

EL

FUEEGO

EN TUS OJOS

Virginia Camacho

El Fuego en tus ojos

Virginia Camacho

Copyright © 2021 Virginia Camacho

Twitter e Instagram: @virginia_sinfin

Web: www.virginiacamacho.com

Primera Edición para Amazon.com

Diseño de Portada: Laura Machado García-Gemelliedición:

Revisión y Corrección: Jenny Mijangos y Tania Ortega

ISBN: 9798495315129

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A Jenny y Tanis,

Por toda la ayuda prestada
en la realización de este nuevo proyecto.

Tabla de contenido

Introducción

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

Epílogo

Otros libros de Virginia Camacho

Biografía de la autora

Introducción

Altoona, Pensilvania.

Samuel Slater salió de la vieja casa de su padre hacia el jardín delantero buscando a su hermana. Era una noche de verano, y se escuchaba el cantar de los grillos en los árboles; la brisa cálida hacía desear meterse a un recinto con aire acondicionado, pero en su casa no había, así que, después de todo, afuera estaba más fresco.

De todos modos, por esta zona no era recomendable ir por allí en la oscuridad, aunque eso Cassie ya lo sabía.

La encontró sentada junto a los setos de la señora Wilson, tan bien cuidados como siempre, y se sentó a su lado en el bordillo del andén.

Cassie lucía un pantalón corto de jean y una simple blusa de tiras de colores. Su cabello castaño oscuro estaba recogido, y gracias a la luz de las farolas, se veía el brillo de las lágrimas en sus ojos.

Se estuvieron en silencio por varios minutos, mirando la niebla entre los añosos árboles de la calle, y de vez en cuando se escuchaban los sollozos de Cassie.

—Lo siento —sollozó ella, y metió su cabeza entre sus rodillas, como si quisiera abrir un agujero en la tierra y meterse allí por una eternidad—. Lo siento tanto—. Samuel levantó su mano y la abrazó—. No quería fallarles así...

—No nos has fallado... —dijo con voz tierna y grave, pero eso no apaciguó a Cassie.

—Esto echa a perder todos nuestros planes.

—No es cierto...

—Y no quiero abortar —siguió ella, moviendo su cabeza para mirarlo de frente—. Lo pensé, lo pensé muy bien, y me da mucho miedo... De hecho, me da más miedo que tú y papá furiosos y decepcionados de mí. Tendré este bebé, Sam.

—Está bien.

—No, no está bien —volvió a sollozar ella—. Sólo tengo veinte años... y mi trabajo no es que me esté pagando en oro...

—No tengas miedo —le pidió él acercándola con su brazo y besando su cabello—. Cuando me gradúe, seré un ejecutivo con una muy buena paga, y luego, un exitoso empresario. Mi sobrino, o sobrina, lo tendrá todo, porque a pesar de que tú entres a la universidad luego de que yo haya salido, serás también una profesional. El bebé no altera nuestros planes.

—Sólo los hace más difíciles de conseguir.

—Por un tiempo —admitió él—. Pero no estás sola... En ningún momento, Cassie—. Los ojos de ella volvieron a inundarse de lágrimas, y lo abrazó con toda su fuerza.

Ah, adoraba a este tonto de cabeza dura, sonrisa fácil y convicciones firmes. Era, junto a su padre, su pilar en la vida, su ejemplo a seguir, casi su mitad, pues habían compartido útero y nacieron con una diferencia de sólo minutos.

La pobreza trae pobreza, decían por allí, y era muy común que jovencitas sin estudios superiores como Cassie, venidas de ninguna parte, procrearan sin son ni ton. Ella había cometido el error de

acostarse con un hombre que luego se hizo el sordo cuando le notificó de su embarazo, y ahora tenía que apechugar.

Afortunadamente, su hermano estaba allí; sólo su apoyo moral ya le daba un gran alivio.

—Siento poner esta carga sobre tus hombros—. Samuel sólo suspiró.

—Te apoyaré en todo lo que esté en mi mano —le prometió él—, pero al fin de cuentas, serás tú quien lleve la mayor parte de esa carga, Cassie. Yo me iré a la universidad, y aunque vendré para el nacimiento, y estaré en las fiestas y las vacaciones todo lo que me sea posible, serás tú quien sufra las náuseas, los antojos, los dolores, los trasnochos...

—Oh, no hables de eso, que me entran ganas de salir corriendo —Samuel sonrió.

—Y papá te ayudará —dijo—. No lo viste, pero, luego de la primera impresión, creo que lo hace feliz ser abuelo.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. Tal vez no vaya a aplaudirte, pero tampoco te dejará sola—. Cassie suspiró apoyando su cabeza contra la de él, sintiéndose mucho mejor.

—Ojalá sea una niña —dijo de pronto.

Ocho meses después de aquella conversación, nació Harper; y tal como lo prometió, Samuel tomó un autobús desde el estado de Massachusetts, donde estaba su universidad, hasta Pensilvania. Sólo pudo estar con ella unas pocas horas, pues tuvo que regresar el mismo día debido a todas sus obligaciones, pero consiguió tener en sus brazos a su bella sobrina y besar a su hermana en la frente mientras al fin se daba un respiro luego de la dura labor de traer a su hija al mundo.

—Bienvenida, Harper —le dijo a la pequeña y preciosa carga que llevaba en sus brazos, arrullándola con suavidad, temiendo hacerle daño, y al mismo tiempo, deseando apretarla muy fuerte entre sus brazos—. Soy tu tío, el tío Sam. ¿No es apropiado? Nada te va a faltar, te lo prometo. Ahora eres una razón más para trabajar mucho y superarme—. En el momento, Harper arrugó su carita, asomó su lengua blanca y rosada y bostezó estirándose como una gatita, pero al tiempo volvió a relajarse y siguió dormida.

El corazón de Samuel quedó totalmente cautivado. Desde ahora, hasta su muerte, ella era el amor de su vida.

1

Ciudad de Nueva York.

—No puedes hacerme esto —protestó Catherine caminando tras su madre a través de los pasillos del enorme apartamento en el que había vivido la mayor parte de su vida. Laverne Brown simplemente ignoró a su hija y se sentó tras un escritorio de álamo, elegante y enorme, que ocupaba casi toda la habitación—. Mamá, te lo advierto, no me hagas esto.

—¿Qué es ese castigo tan grande que crees que te estoy infringiendo?

—No voy a casarme con Oliver White. En primer lugar... ¡No siento nada por él! En segundo, ¡es un idiota!, y en tercero... Me gustaría, si algún día me caso, elegir al hombre por mí misma.

—¿Cómo que no sientes nada por él? —replicó Laverne, como si hubiese sido lo único que Catherine dijera—. ¿No has sido su novia desde hace...?

—¡Nunca he sido su novia! Sólo amigos, amigos del club, de fiestas y paseos, eso no me hace su novia... Lo sabrías si escucharas algo de lo que te digo, pero...

—Entonces son buenos amigos. Eso es suficiente. No necesitas sentir nada demasiado especial para casarte...

—¡No! —protestó Catherine en voz alta—. No, mamá, ¡no! —Laverne respiró profundo al ver que su hija se alteraba y le lanzaba miradas acusatorias.

—No puedo creer que a estas alturas de la vida todavía me salgas con tonterías como esa —dijo con voz suave, aunque no amable—. ¿Acaso no te eduqué para que fueras una mujer emocionalmente independiente? ¿Ahora me sales con que quieres sentir cosas especiales por tu marido?

—¿Y qué tiene de malo?

—Tu deber como la heredera de Laverne Inc. no es tener esos sueños tontos de niña. ¡Despierta, ya estás en el mundo real!

—Mamá...

—La familia White está más que dispuesta a pasar por alto nuestras diferencias en riqueza y aceptarte en su familia. Deberías darte por bien servida, ojalá yo hubiese tenido tu suerte. Créeme, todo habría sido más fácil para mí.

—Pero es...

—Te estoy facilitando las cosas y no haces sino quejarte —siguió Laverne sin dejar hablar a su hija, algo muy común en sus conversaciones y que siempre irritaba a la más joven—. Cumplo con mi deber de madre al dejarte bien posicionada en la vida, ¡y sólo lloras!

Catherine miró a su madre con rencor. No era cierto. Nada de lo que acababa de decir provenía de sus sinceros sentimientos.

En primer lugar, Laverne no quería que su hija heredara su preciosa compañía, su marca de maquillaje que la había llevado al éxito internacional. Sólo tenía cuarenta y siete años, por lo tanto, aspiraba estar en la silla de presidencia muchos años más. Cuando, inocentemente, una vez le dijo que sería la mejor en la escuela y la universidad para algún día dirigir la marca, ella sólo se rio y le contestó que siguiera soñando.

En ese momento pensó que lo había dicho porque dudaba de sus capacidades, así que se esforzó muchísimo más. Veía a su madre trabajar de sol a sol, llevarse documentos a casa y estudiarlos

hasta altas horas de la noche, y ese se había convertido en su ejemplo a seguir.

Fue muchos años después, luego de que logró ingresar a la MIT, y que gracias a eso los socios empezaron a evaluarla como futura presidente, que le dijo que aprendiera todo lo que pudiera para que algún día iniciara su propia empresa.

No para heredar, no. Para iniciar la suya.

Lo que indicaba claramente que Laverne Brown no veía en su hija a su heredera, sino una competencia. La estaba casando con un idiota hijo de una familia más rica y poderosa sólo para tener excelentes contactos y sacarla a ella de su camino. Dos pájaros de un tiro.

Saber eso ardía y dolía al mismo tiempo.

Para su madre, ella nunca estaría lista; nunca estaría a la altura. Pero lo comprendía sólo ahora, que era adulta y se estaba acercando peligrosamente a sus objetivos. Como todavía dependía económicamente de ella, estaba jugando sucio.

“Yo también sé jugar sucio, mamá”, quiso decirle. “Aprendí de la mejor, tú”.

Toda la educación de Catherine había estado orientada a convertirla en una mujer dura, de acero; de las que pegan antes de ser golpeadas, de las que aplastan antes de sentirse siquiera amenazadas. Pero la que la estaba amenazando ahora era precisamente la mujer más fuerte que ella conocía, así que tendría que callarse sus pensamientos y ser más astuta.

Aunque, la verdad, era que por dentro estaba asustada y dolida.

Había hecho de todo para conseguir la aprobación de Laverne, para estar a la altura de sus exigencias, y cada vez que creía que lo estaba consiguiendo, sucedían cosas como esta.

¿Pero qué se podía esperar de la mujer que acabó con su propio marido?

Cuando estaba pequeña, un día simplemente su madre tomó sus cosas, a ella, y se fue lejos. Rentó un apartamento en Manhattan, la puso en una nueva escuela, y a su padre sólo lo veía muy de vez en cuando. Se estaban divorciando, comprendió.

—No quiero que se divorcien —le había dicho a su madre, llorando—. Quiero que estén juntos otra vez.

—Tu padre es un perro infiel —exclamó Laverne entre dientes—. Como todos los hombres, perro infiel. Te prohíbo que llores por él. No tiene derecho a que lo extrañes. Él nos cambió por una zorra.

Al principio lo lloró, lo llamaba a escondidas exponiéndose al castigo de su madre, y él le contestaba feliz, diciéndole todas las cosas bonitas que necesitaba escuchar. Cuando le preguntó si era verdad que era un perro infiel, su padre se molestó, llamó a Laverne para reclamarle el estar hablándole mal de él a su hija, y entonces ella recibió un castigo por llamar a su papá sin autorización.

El divorcio fue largo y ruidoso, pero Laverne le quitó todo lo que pudo. Como la infidelidad de su padre pudo demostrarse, le quitó el dinero, los bienes, y sobre todo, le quitó a su hija, que era lo único que él le pedía.

—¿Por qué le fuiste infiel? —le reclamó ella a su padre en una de esas ocasiones en que podían verse. Unos cortos días en verano, de año en año—. ¿Por qué destruiste la familia? —Él sólo la miró con tristeza. No podía decirle que era mentira, pero si le explicaba sus circunstancias, ella no las entendería.

Pero luego falleció en un accidente, así que nunca pudo explicarle nada.

Cuando entró en la adolescencia, en su mente ya estaba acuñado el pensamiento de que los hombres eran perros infieles, que ninguno servía para nada, que las mujeres podían estar muy bien sin ellos. Al fin y al cabo, su madre lo había conseguido; era una exitosa empresaria, cada vez ganando más dinero con su marca de maquillaje, haciéndose cada vez más famosa, más fuerte.

Si se enteraba de que tenía algún amigo, Laverne la alentaba a aprovecharse de él todo lo que pudiera, sacándole regalos costosos a cambio de muy poco. Si se enteraba de que alguna chica era amiga de su “novio”, le aconsejaba que la destruyera, pues no se podía confiar en nadie.

Era una filosofía de vida agotadora, y a Catherine a veces le faltaban tripas para ejecutarla. Sin embargo, en todas las relaciones que tuvo, ella nunca fue la perdedora.

Excepto ahora que, al parecer, su madre la estaba considerando una amenaza, y la estaba “destruyendo”. Estaba aplicando en ella sus métodos.

—No me casaré —insistió Catherine, tratando con todas sus fuerzas de parecer firme—. Si lo que quieres es tener buenos contactos, hay otras formas de conseguirlo. Si necesitas dinero...

—¿Me lo vas a conseguir tú? —se burló Laverne elevando la comisura de sus labios y mirándola despectiva. El corazón de Catherine se aceleró; su madre estaba cambiando el modo de batalla, lo veía en sus ojos gris pálido, iguales que los suyos, en su sonrisa tenebrosa.

Tragó saliva y empuñó su mano.

—En este momento no —susurró—, pero...

—Casándote es la única forma en que podrías proporcionarme esos millones. Oliver está obsesionado contigo, y es de agradecer. Recuerda que no eres tan bonita—. Al escuchar aquello, Catherine se quedó sin aire—. Atrapa marido ahora que eres joven. Si te parecieras más a mí, te garantizaría tener a todos los hombres a tus pies aun cerca de los cincuenta, pero saliste a tu padre y aun a tus veinte, pareces un hombrecito.

—No me...

—¡Eres la menos bonita entre tus amigas, y lo sabes! Que Oliver se fijara en ti, y no en la boba de Joyce, o la taimada de Jessica, ¡es un milagro!

—Basta, mamá...

—Ah, ¿no te gusta que te recuerde la realidad? Entonces no me provoques, y haz lo que te digo. Oliver es el mejor candidato que jamás tendrás. Hazlo por las buenas... Conoces mis métodos a las malas, y no te gustan—. Los labios de Catherine temblaron, pero se los mordió obligándolos a estarse quietos, y sin poder añadir nada más, dio la media vuelta y salió del despacho privado de su madre.

Al llegar a su habitación, no pudo evitar correr y sentarse frente a su espejo.

Desde luego, no era la primera vez que Laverne atacaba a su hija de esa manera; desde niña siempre le señaló todos los defectos que tenía. Según ella, Catherine tenía el rostro huesudo, igual que todo su cuerpo, sin curvas, como un hombre. Laverne odiaba su nariz, tanto, que incluso había hecho las diligencias para una rinoplastia. Le molestaba que su cabello fuera castaño y no rubio, como el de ella, y siempre criticaba sus cejas anchas y gruesas, también de hombre.

—Seguro ibas a ser un macho —decía siempre—, y a mitad de camino la naturaleza se arrepintió, y naciste con vagina. Ni tetas tienes.

Que sus amigas le dijeran casi hasta el cansancio que en realidad era hermosa, que envidiaban su cuerpo delgado, su piel suave, el color de sus ojos, su estatura, y todo lo demás, no servía de mucho, pues su propia madre la encontraba fea. Todos los halagos de esas chicas no hacían palidecer las críticas de su madre, pues no sólo era una experta en belleza, colorimetría, maquillaje, etcétera... era quien la había traído al mundo.

Las manos le temblaron violentamente, y un sollozo pugnaba por salir de lo más hondo de su pecho.

No. No vas a llorar por esto. No otra vez.

Eres dura, eres fuerte. Tienes cerebro... eso basta.

—Qué pena que tenga que decirlo —dijo Joyce Miller por teléfono, la tarde siguiente—, pero tu mamá es una bruja.

Catherine se sentó en un asiento dispuesto en un pasillo frente a las aulas donde tenía su próxima clase. Había regresado de Nueva York ya tarde en la noche, pues hoy tenía clases, y aunque vivía en el mismo apartamento con Joyce, no habían podido hablar, sólo hasta ahora.

Respiró profundo ante las palabras de su mejor amiga, pero no fue capaz de contradecirla.

Como era de esperarse, le había contado a Joyce la discusión con su madre. Joyce conocía muy bien a Laverne, y más que respetarla, le temía. Sus castigos fueron severos y contundentes cada vez que Catherine no obedeció o siguió al pie de la letra sus indicaciones; no importaba si esas indicaciones fueran a veces maquiavélicas. Es decir, casi todos los castigos que Catherine recibió a lo largo de su vida, fue por ser demasiado buena, tonta, y dejarse de los demás.

Era algo extraño de ver; Laverne quería que su hija fuera dura como ella, pero luego la contenía y aplastaba atacando su libertad y autoestima. Como si esperara que fuera exitosa, pero no tanto como ella. Como si deseara que su hija se empoderara, pero no lo suficiente como para salirse de debajo de su sombra.

—Y con Oliver —siguió Joyce con voz queda—. ¿Por qué precisamente él? Creo que cualquier otro hombre en el mundo, aunque fuera un total desconocido, estaría mejor que ese idiota de Oliver.

—Pero eso a ella no le importa.

—Catherine, vas a tener que ser firme... Si te dejas, te arruinará la vida.

—Ya lo sé... Aunque no me está dejando mucho margen de tiempo. Dijo que el compromiso se celebraría alrededor de las navidades.

—¿Tan pronto?

—Pero algo se me ocurrirá. Esta pelea la tengo que ganar yo.

—No tienes otra opción.

Joyce adujo tener una clase en pocos minutos y cortó la llamada, y Catherine apretó sus dientes todavía con deseos de gritar, romper algo, y sacar un poco de toda su frustración.

Conocía a Oliver White de toda la vida, al igual que a Joyce, Jessica, y los demás del círculo social. Oliver siempre estuvo interesado en ella, desde adolescentes, y llegó a robarle un par de besos, jugaron con la idea de hacerse novios, casarse cuando fueran grandes... Pero los años pasaron y compartir tiempo con él le hizo ver lo idiota que en verdad era.

Era un hombre simple, demasiado para su gusto. Sus conversaciones eran siempre alrededor del dinero, chismes de sociedad, o su opinión acerca de ciertas tendencias. A veces incluso se atrevía a decirle cómo hablar, cómo comportarse o vestirse para gustarle más.

Oliver reunía todo lo que la misma Laverne le había enseñado a odiar, pero ahora quería casarla con él.

De ninguna manera, se repitió. Además, acababa de cumplir veinte años. En su plan de vida, el matrimonio no figuraba sino hasta los treinta, y eso... si algún día se casaba.

Se quedó allí en silencio, con el teléfono en la mano, repasando de nuevo sus opciones.

Huir, y por lo tanto, perder el apoyo financiero de su madre. Dejaría la carrera, empezaría a trabajar, y así, su sueño de ser una empresaria, se iría al traste.

Casarse, y resolver el problema de la dependencia económica de su madre... para pasar a la dependencia económica de su marido, que seguro le impondría más reglas que Laverne, sumando las incómodas y aburridas obligaciones maritales que a ella se le harían imposibles de cumplir. No se veía ni siquiera abrazando a ese idiota.

No era feo. Dios sabía que Oliver White era guapísimo. Rubio, de ojos azules expresivos gracias a su montón de pestañas, con unos labios que muchas chicas habían calificado de besables... Pero a ella no le despertaba ya ni el menor interés, porque conocía su manera de pensar, y era más básico que una ameba.

Dios, ¿tendría que vivir así? ¿Era su destino? ¿No podría escapar?

¿Viviría toda la vida a la sombra de alguien más?

¿Qué pasaba con su madre, de todos modos? ¿Por qué había tenido tan mala suerte de nacer de ese útero específicamente? Sólo tenía veinte años, ¿cómo podía pensar en cortar sus alas tan pronto?

¿La odiaba?

¿Por qué te haces una pregunta tan tonta?, se contestó poniéndose en pie y echando a andar hacia su salón con la mente elevada. Ya sabes que sí. Te odia, te usa, te saca de su camino, y en el proceso, arruina tu vida.

Y no puedes hacer nada para defenderte.

—Lo sien...

—¡Mira por dónde andas! —exclamó al tropezarse con otro estudiante en el pasillo. Todos sus libros habían caído al suelo, y cuando ambos se agacharon para recogerlos, ocurrió el consabido choque de cabezas. Catherine no pudo más, y lanzó una exclamación que habría hecho enrojecer a un vikingo. Tiró el bolso que tenía en sus brazos al suelo y se arrodilló cubriendo su rostro mientras dejaba salir su frustración en un sonido apagado que salía de entre sus dientes apretados.

—Discul...

—¡Déjame en paz! —gritó—. ¡Déjame la jodida vida en paz, y ve y muérete en algún rincón! — la gente se estaba aglomerando alrededor de la escena, pero Catherine había perdido todos los estribos, así que miró al joven con el que había tropezado y siguió—. ¿Podrías perderte de mi vista? ¿Qué haces ahí parado como un estúpido? —el joven la miró pestañeando, y, dando un paso atrás, enseñó sus palmas en señal de rendición. Si hubiese sacado una bandera blanca no habría tenido mejor efecto, y una lágrima de rabia rodó por la mejilla de Catherine, que se puso a

recoger sus libros—. Malditos todos —masculló—, los odio con toda mi vida. Unos jodidos libros por todo el jodido suelo, y ahora me duele la jodida cabeza. ¡Alguien que me consiga un jodido Valium! —Nadie le hizo caso, sólo la miraban como si se hubiese vuelto loca, y cuando Catherine al fin se escuchó a sí misma, encontró en sus palabras las reacciones típicas de su madre.

Así era Laverne cuando se enfadaba. Odiaba a la mujer en la que se estaba convirtiendo.

No pudo evitar echarse a llorar.

Como pudo, recogió todas sus cosas, y se metió a la puerta más próxima huyendo de la mirada de todos.

Samuel Slater miró la cabellera de la mujer que huía juntando su entrecejo sintiéndose un poco molesto. Sólo había sido un accidente, y fue culpa suya, por no mirar por dónde iba. Él también había llevado libros que casi le impedían ver el camino, y por eso había ido anunciando su paso, y pidiendo permiso. Ella debía estar en la luna, pues ni lo vio, ni lo escuchó.

El estropicio lo había causado ella, el mayor daño lo había recibido él, pero fue ella la que se indignó e insultó. Vaya mierda.

Recogió los libros que uno de los profesores le había pedido que juntara, y los apiló luego de contarlos. Vio entonces un pendrive rosado y blanco y lo tomó. Preguntó de quién era enseñándolo, pero nadie dijo nada.

Debía ser de la chica con el vocabulario de marinero, y suspirando, lo metió en su bolsillo.

Esperaba que no fuera algo importante, porque acababa de perderlo.

—Te tardaste un poco —le dijo el profesor al verlo, y Samuel suspiró.

—Tuve un pequeño accidente de camino aquí —dijo sucintamente, y el profesor no inquirió más.

Afortunadamente. No necesitaba recibir un regaño por su culpa.

Sin dedicarle un segundo más en sus pensamientos, se sentó frente su laptop, en el mismo escritorio del profesor, que le estaba dando instrucciones.

Conseguir una beca en la poderosa MIT era el equivalente más cercano a lo que Samuel consideraba un milagro. Nunca había vivido uno, así que decidió que este era el suyo.

Fue de niño que se dio cuenta de que era pobre.

Lo era, de verdad. Sus padres nunca tenían dinero, aunque se esforzaban en sus trabajos; no había viajes de vacaciones a ninguna parte, ni ropa nueva cualquier día del año, a duras penas en navidad y los cumpleaños. Sus compañeros de clase, que vivían en la misma zona de la ciudad, tenían un mejor nivel de vida que ellos. Sólo un chico de su salón era más pobre, y se debía a que era hijo de una madre soltera, con mala reputación.

Él, al menos, tenía papá y mamá en ese entonces, iba limpio a la escuela, y desayunado, aunque fuera con una simple rebanada de pan tostado. Cassie, al ser tan bonita, conseguía de sus amigos y noviecitos cosas que no les eran fáciles de adquirir. Cuando uno de ellos le daba un chocolate, Cassie lo guardaba para compartirlo con él. Al principio, Samuel los rechazaba y se enojaba con ella, pero luego cedió al ver que la niña lo hacía sólo porque era la única manera de conseguir ciertas cosas, y que no le hacía daño a nadie al recibir aquellos pequeños regalos.

Su padre no tuvo muchos estudios, su madre quiso ser enfermera, pero se quedó embarazada de

mellizos y desplazó su sueño por la vida de sus hijos. Tenían varios trabajos cada uno, llegaban cansados, a veces malhumorados, y vivían de mes en mes, de cheque en cheque...

—Qué inteligente es mi hijo —dijo una vez Marie Anne, su madre, revolviéndole el cabello luego de que recibiera sus excelentes calificaciones—. No cabe duda de que conquistarás al mundo con ese cerebro que tienes—. Samuel recordaba haberla mirado con ojos grandes de asombro.

Conquistar al mundo con su cerebro. Nunca se le habría ocurrido.

Y fue a partir de allí que se dio cuenta de que sí, era más inteligente que la media. Cuando en verdad se esforzaba, sacaba las mejores notas y dejaba a los profesores con la boca abierta. Era rápido con los números, bueno con las palabras, diestro con el manejo de las personas... Podía conquistar al mundo con su cerebro.

Cuando su madre falleció en aquel accidente, todos en casa cayeron en una desesperante depresión. Su tía Martha había venido desde su ciudad para cuidar de ellos un tiempo, pero Frank, su padre, parecía no querer levantar cabeza, incluso había empezado a emborracharse muy seguido.

—¡Todavía tienes dos hijos! —le gritó la tía Martha entonces—. Sé un hombre, y cuida de ellos, o te denunciaré y me los llevaré conmigo si veo que no eres capaz.

Bajo aquella amenaza, Frank tuvo que espabilar. Dejó el licor y volvió a su trabajo, arrastrando día con día la pena de su pérdida, pero, conforme fueron pasando los años, estas se hicieron más leves.

Frank era un hombre humilde, de pocas palabras, sin demasiadas ambiciones. Había adorado a su esposa, y su familia era todo su tesoro. Llevaba años en el mismo trabajo, como guarda de seguridad en una empresa, y no era un mal padre para nada.

Le había heredado a sus hijos el color de su piel y cabello; a Cassie, también el color de sus ojos, mientras que Samuel heredó los ojos café verdoso de su madre, lo que hacía protestar a su hermana.

Pero eso era todo lo que le habían dado, una buena genética, y un cerebro inteligente. Todo lo demás, era escasez.

No sabía cuándo, pero eso iba a cambiar. No porque estuviera cansado de la pobreza, que tenía algo de real, sino porque quería explorar todos los límites de sus capacidades, quería ver hasta dónde podía llegar con ese cerebro inteligente del que había hablado su madre.

Antes de graduarse de la escuela superior, envió, junto con un montón de cartas de recomendación por parte de sus profesores, solicitudes a las mejores universidades del país. Su padre, definitivamente, no podía costear los gastos de una, por muy barata que fuera, y él estaba decidido a ser profesional. Le iba demasiado bien con los números, era demasiado inteligente como para desaprovecharlo, y por eso hizo su mejor intento.

Lo aceptaron en varias universidades, pero sólo una le ofreció la beca completa.

Samuel comía, dormía y estudiaba en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, y pagaba todo con trabajo. La universidad había subsidiado todos sus gastos con el compromiso de trabajar para ellos toda la semana, y la planificación de sus horas de estudio y trabajo le garantizaba graduarse sin deuda.

Hasta los veranos estaba allí trabajando, y sólo podía volver a casa en día de gracias, navidad, y

el cuatro de Julio. Era una suerte que Pensilvania estuviera a pocas horas en autobús. A comparación de otros compañeros, que venían del otro lado del país.

No tenía tiempo para nada. Le había ido muy bien, y ahora estaba aquí, estudiando en la que era catalogada como la mejor universidad en el mundo, y becado, además, con una beca completa que estaba pagando con trabajo y esfuerzo.

Sabía que necesitaba contactos, y por eso seleccionaba sus tutores con mucho cuidado, y en cuanto a sus amigos, miraba más allá de la empatía y la diversión, así que, a duras penas tenía un par que podía considerar así. Uno de ellos, William, le había propuesto vivir con él en su apartamento, que era mucho más cómodo, pero, además de que no quería ser una carga, pues su amigo era rico y no le exigía pagar su parte, vivir en las habitaciones proporcionadas por la universidad le facilitaba mucho las cosas, pues no tendría que desplazarse por la ciudad perdiendo tiempo e invirtiendo dinero en transporte.

No sabía lo que era una novia desde la escuela, no tenía tiempo para eso. A veces incluso olvidaba que las mujeres le gustaban, y algunas tenían que ser muy directas con él si querían una noche a su lado.

Era una vida austera, milimétricamente planificada, cada minuto del día estirado todo lo que se podía... Pero era temporal, y si quería tener éxito, más le valía seguir con la misma disciplina que hasta ahora.

Salió de la oficina de su profesor dirigiéndose con prisa a un salón de clases. Luego de eso, tenía trabajo, que en esta ocasión era una investigación importante. Almuerzo, más clase, horas de estudio en la biblioteca, cena, y a dormir.

No tenía tiempo para pensar en tonterías, como la chica que tropezó con él en la mañana, pero, cuando la vio en una de las mesas de la biblioteca ya casi en la noche, recordó el incidente.

La miró de lejos. Ella parecía estar buscando algo desesperadamente entre sus cosas, y no pudo evitar sonreír. Seguro era el pendrive que se le había caído más temprano.

La vio hundirse en su angustia con cierto placer. A eso le llaman karma, dijo, y sacó el pendrive de su bolsillo con una sonrisa en el rostro.

Picado por la curiosidad, lo introdujo en su laptop y miró su contenido. Esperaba que le saltara la notificación de virus o archivos maliciosos, pero estaba limpio.

Catherine Bell, decía en el nombre del dispositivo, y básicamente, contenía todos los trabajos del semestre, bosquejos de ellos, mapas mentales, bibliografía, anotaciones hechas en clase...

Con razón parecía tan desesperada, pensó mirándola a lo lejos. Ella se pasaba las manos por la cabeza. Debía estar maldiciendo con todas las malas palabras que se sabía.

Se lo entrego o no se lo entrego, caviló.

Ella ni siquiera se disculpó, se contestó. Es altanera y malcriada.

Así que no se lo entregó.

2

—Tienes unas ojeras terribles —dijo Joyce sentándose con pereza frente a Catherine, que desayunaba con afán en la estrecha mesa del apartamento que compartían. Ella sólo se encogió de hombros.

—Tuve que empezar de cero un trabajo importante —dijo metiéndose a la boca el último bocado de su sándwich, poniéndose en pie y recogiendo los libros sobre la mesa—. Lo perdí, no sé cómo.

—¿Perdiste el archivo? —Catherine hizo una mueca.

—Ojalá hubiese sido sólo el archivo. Perdí el pendrive donde tenía todos mis trabajos.

—Espero que tuvieras una copia en la laptop...

—Sí, tenía una... pero no con los últimos cambios, ni la bibliografía, ni...

—Vaya mala suerte.

—Lo sé, y no hace sino empeorar —siguió Catherine señalando un ramo de rosas puesto de cualquier manera en una pequeña mesa auxiliar de la sala.

—¿Qué es eso? —preguntó Joyce como si, en vez de flores, fueran serpientes, y Catherine hizo una mueca a la vez que se levantaba y tomaba los platos para dejarlos en el fregadero.

—Las mandó Oliver —respondió—. Quiere que nos veamos.

—Dile que no puedes, estás llena de trabajo y estudio.

—Se lo dije. Pero no le importa; vendrá, y hablará conmigo. Parece que mamá le dijo que acepté casarme con él—. Joyce la miró haciendo una mueca de clara incredulidad; incluso pestañeó varias veces como si así pudiera comprobar que lo que escuchaba era real.

Le costaba creer que en pleno siglo veintiuno existiesen aún los matrimonios arreglados, pero estaba viendo la realidad frente a frente.

—Es tan ridículo todo —dijo caminando a la pequeña cocina y sirviéndose un poco del café que Catherine había preparado. Lo probó con recelo, pero luego comprobó que no estaba tan mal.

Su amiga Catherine tenía muchas habilidades, pero la cocina no era una de ellas.

—Dímelo a mí —dijo Catherine corriendo de un lado a otro preparándose para salir—. Su papá le pide a mi mamá que los hijos nos casemos. Sí, debí nacer en el siglo pasado.

—¿Y qué harás? No puedes impedirle que venga.

—No, no puedo. Pero es evidente que no creerá que no estoy dispuesta a casarme con él hasta que yo misma se lo diga.

—Te deseo suerte.

—Gracias, la necesitaré —dijo, y colgándose el bolso al hombro, salió.

Joyce se sentó con la taza de café aún caliente entre sus manos y suspiró. Catherine lo tendría muy difícil si en verdad pensaba plantarle cara a su madre y llevarle la contraria. Por lo que ella sabía sería la primera vez, así que cualquier cosa podía pasar.

Sonrió meneando su cabeza pensando en lo irónico que era todo. Ella, que estaba buscando un marido rico, no tenía esta oportunidad, pero Catherine, que realmente no lo necesitaba, estaba rechazando una.

Si esto le estuviera ocurriendo a ella...

Pero no tenía tanta suerte. Si Oliver se fijara en ella, con gusto le haría el favor a su amiga de quitárselo de encima, pero ese idiota estaba obsesionado, y ella necesitaba que, además de rico, el hombre con el que se casara, la quisiera... aunque fuera un poco.

Se levantó y tiró lo que quedaba de su café en el fregadero preguntándose si hacer uno para ella que estuviera bien hecho y tuviera buen sabor, pero al revisar las reservas en la alacena vio que ya no quedaba mucho, así que mejor lo dejó allí. Este mes le correspondía a ella hacer el mercado, y mejor ahorrar.

Ah, debió levantarse primero.

Oliver White guardó su teléfono cuando no recibió contestación. Suspiró y apretó sus labios llenándose de impaciencia, pero no podía demostrarlo, así que controló sus gestos y miró en derredor.

Se requería de un permiso para ingresar al campus de la MIT, pero él lo había conseguido, y aquí estaba, detrás de su futura prometida, sólo para verla un momento. Un grupo de chicas, con libros en mano, pasaron por su lado y se quedaron mirando su alta figura, su rostro atractivo y ojos escandalosamente azules, él las ignoró y volvió a mirar el teléfono en su mano. Era común que esto pasara, en una ocasión, incluso, alguien le había dado su tarjeta para que fuera modelo en su agencia. Le aseguró que se llenaría de dinero y tendría a todas las chicas que quisiese.

Pero él ya estaba lleno de dinero, su padre era rico, más que rico. Dueño de empresas excelentemente diversificadas, inversiones en el extranjero, contactos importantes por todo el mundo... Si decidiese algún día ser modelo, lo que ganara con eso sería dinero de bolsillo, pero no le interesaba; su tiempo era demasiado valioso como para perderlo mostrando su cuerpo.

Y por otro lado, no necesitaba ese tipo de atención sobre él, ni siquiera por la tentación de tener a todas las chicas que quisiera a sus pies... Ya las tenía a todas... excepto una.

Dejó salir el aire por entre sus dientes llenándose de incomodidad. Había pensado que esto sería mucho más fácil. En un momento, creyó que Catherine y él estaban sobre la misma página, pero ella, evadiendo sus llamadas, e ignorando sus mensajes, le estaba dejando claro que no era así.

O tal vez se estaba haciendo la difícil, se dijo alentándose un poco. Catherine nunca había sido fácil; siempre había tenido que sonsacarla, convencerla, y dudaba que ahora que pretendía que las cosas fueran más serias, ella cediera fácilmente.

No podía molestarse con ella por esto; era el juego que siempre habían jugado.

Palpó en su bolsillo la caja con el brazaete de diamantes que le había traído. Era una preciosa joya, delicada y elegante, y seguro que le encantaría. A Catherine le gustaban las cosas sencillas, pero caras, así que en cuanto lo viera, cedería un poco y él estaría más cerca de conquistarla definitivamente.

—Bienvenida —sonrió él al verla llegar a la mesa. Corrió la silla y esperó a que ella se sentara para hacerlo él.

—Acabemos con esto —dijo Catherine dejando en el asiento de al lado su bolso lleno de libros—. Tienes que decirle a tu padre que tú y yo no nos vamos a casar.

—¿Y por qué no? —Catherine lo miró a los ojos.

—Por que no —respondió llanamente—. Sería un fracaso, nos divorciaríamos al año.

—No será así.

—Oliver, tú y yo no podemos ser más que amigos. Hemos intentado algo más y...

—Y yo he quedado encantado.

—¿Cómo vas a quedar encantado con algo así? No han sido más que discusiones, escenas de celos, tú tratando de dominar cada aspecto de mi vida...

—Si nos casamos, todo cambiará.

—Sí, para peor.

—Y si tenemos hijos, te será más fácil...

—¿De qué estás hablando?

—De nuestro futuro, de nuestra familia—. Catherine guardó silencio por un momento mirándolo fijamente a los ojos—. Estoy enamorado de ti, Cat. Siempre me has gustado más de lo normal, lo sabes. Sé que puedo conquistarte, te conozco bien —él sacó de su bolsillo la caja con el brazalete, y al verlo, Cath quiso salir corriendo de allí.

Al ver su expresión, Oliver pensó que estaba pasmada ante la belleza de la joya y sonrió.

—Tendremos una boda preciosa, la que quieras, como la quieras. Te oí una vez que soñabas con una boda frente al mar, al atardecer... Pagaré lo que sea necesario para despejar el cielo y que tengas el ocaso más hermoso. Con el vestido más bello, con las flores más...

—Sólo quiero ser libre, Oliver —murmuró Catherine—. Ser independiente, tener mi propio...

—Serás libre. Cuando nos casemos, podremos viajar, disfrutar del mundo. Tendrás tus propias tarjetas, tendrás todo lo que una mujer pueda soñar...

—¡Pero estaré casada! —insistió ella—. Y no te amo, Oliver. No estoy enamorada de ti.

—Pero somos buenos amigos.

—No lo somos, y aunque lo fuéramos, eso no es suficiente—. Oliver dejó salir el aire cambiando levemente su expresión.

—Eso vendrá con el tiempo.

—¿No entiendes lo que te quiero decir?

—Sí entiendo. ¿Quieres terminar la carrera? Está bien, termínala. No me opongo a eso.

—Dios —murmuró Catherine masajeando su entrecejo.

—Juntos lo pasamos bien —siguió él extendiendo la mano a ella y tomándole el brazo—. Olvidas las veces que... —Catherine alejó el brazo, tomó su bolso y se puso en pie.

—Parece que voy a tener que ser más clara. No, Oliver. No quiero casarme contigo. Por favor, no insistas. Dile a tus padres que esto no es posible.

—¿Es que acaso hay alguien más?

—¡No, no hay nadie más! No necesito a otro para saber que no siento nada por ti.

—Entonces, no me rechaces—. Catherine se rascó la frente sintiendo que estaba perdiendo el tiempo y la paciencia.

Dio la media vuelta y salió de la cafetería. Oliver meneó su cabeza negando, tomó la caja con el brazalete, y fue tras ella.

—¡No me sigas! —exclamó ella cuando anduvieron unos metros, dándose la vuelta y

encarándolo.

—No me estás dando una respuesta.

—No te estoy dando la respuesta que tú quieres, más bien. Ya te dije lo que pienso, sólo no quieres entender.

—¿Necesitas tiempo?

—¡Que no!

—Estás confundida, necesitas pensarlo mejor. Admitir que, en todo el mundo, nadie te querrá ni te tratará mejor que yo. Soy tu mejor partido, Catherine—. Eso encendió su ira, pues le recordó a su madre diciéndole que él era el mejor candidato que jamás tendría.

—Entonces tendré que quedarme soltera por siempre —dijo entre dientes, pero Oliver sólo se echó a reír.

—No sabes lo que dices.

—Oh, créeme que sí—. De repente, él la tomó de la cintura y la pegó a su cuerpo. De inmediato, Catherine empezó a forcejear para soltarse—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Déjame demostrarte que podemos ser perfectos. Dame una oportunidad.

—Suéltame —le ordenó ella con voz queda, pero Oliver sólo la aprisionó más.

—No quiero hacerte daño —dijo él—. Sólo quiero que comprendas que tú y yo...

—No puede haber un tú y yo mientras uses la fuerza conmigo.

—Pero no encuentro otra manera de hacerte entender las cosas.

—Más bien, de hacerme aceptar. Suéltame, Oliver, o empiezo a gritar—. Él la miró duramente por un momento, pero no la soltó.

—Tú odias los escándalos.

—Odio más estar aquí a la fuerza—. Él le soltó la cintura para tomarla ahora por el brazo, llevándola hacia un Maybach rojo vino estacionado a pocos metros—. ¡Que me sueltes! ¡¿Qué pretendes hacer?!

—Mostrarte.

—Qué me vas a... —él pretendía meterla a la fuerza en el auto, así que Catherine empezó a revolverse oponiéndose—. Tú... Aléjate de mí, ¡déjame en paz!

—¿Te está molestando? —preguntó alguien acercándose, pero Oliver no la soltó, por el contrario, endureció su agarre.

Catherine miró hacia su salvador. Era un chico alto de ojos marrón claro que miraba a Oliver con desconfianza. Ese rostro le pareció familiar, así que intentó zafarse de Oliver con todas sus fuerzas.

—La dama quiere que la sueltes —dijo el recién llegado señalando las manos de ella que intentaban soltarse de su agarre. Oliver sólo hizo una mueca.

—La dama no sabe lo que quiere.

—¿Y tú le vas a enseñar?

—¿Quién, si no?

—¡Déjame en paz! —exclamó Catherine, y fue el tono de su voz, más que la fuerza que usó, lo

que hizo que él al fin la soltara. Ella, al parecer, estaba dispuesta a avergonzarse delante de sus compañeros gritando y haciendo un espectáculo, y de paso, avergonzarlo a él.

Entrecerró sus ojos mirándola con cierto rencor en ellos, y luego dirigió su mirada al hombre que se había acercado sin que nadie lo llamara. Notó que era alto y algo musculoso; tal vez era un jugador, y una pelea con él estaría muy pareja. Pero alguien como él no se rebajaba a pelear; no podía hacer una escena aquí.

Por esta vez, Catherine se salía con la suya.

La miró de nuevo y elevó su mano para acariciarle la mejilla, gesto que ella rechazó dando un paso atrás. Oliver suspiró.

—Te veré luego, cariño —Catherine no dijo nada, sólo miró a otro lado ignorándolo. Al ver su actitud, Oliver la dejó en paz y se metió en el asiento trasero del Maybach. Éste echó a andar silenciosamente y se alejó por la callejuela.

Catherine se sobó el brazo, que estaba rojo y maltratado, sintiéndose de repente muy cansada. Sin mirar al hombre que la había ayudado, dijo un gracias, y se giró para largarse de allí.

Aquel encontronazo la había dejado sumamente agotada, en todos los modos en que una persona podía estarlo. Creyó que presentándose aquí y diciéndole ella misma que lo rechazaba, él comprendería y aceptaría, pero al contrario, había empezado a portarse como un desquiciado.

¿Y qué iba a hacer ahora? ¿Tendría que sufrir este acoso por más tiempo? ¿Cuándo entendería que él no le interesaba? ¿Qué método tendría que usar?

Sacudió su cabeza y miró su reloj. Había cosas más apremiantes ahora mismo; tenía una reunión con un profesor dentro de pocos minutos, y ya se le estaba haciendo tarde.

Aceleró el paso.

Concéntrate en el ahora, se reprendió.

Varios metros después de estar andando, se dio cuenta de que el joven que antes la había defendido, la seguía. Cruzó dirigiéndose al edificio donde tendría la reunión, y él hizo lo mismo.

¿Por qué la estaba siguiendo? ¿Acaso un loco al día no era suficiente?

Anduvo unos metros más acelerando el paso, pero él le siguió el ritmo.

Definitivamente, la estaba siguiendo.

Se giró entonces y lo encaró. Al notar que ella lo miraba fijamente, él también se detuvo.

—Agradezco mucho tu ayuda —le dijo con voz calmada, aunque sin mirarlo directamente—, pero ya estoy bien. Creo que, de aquí en adelante, me las puedo arreglar sola—. Él no dijo nada, sólo la miró de arriba abajo, como si de repente se hubiera vuelto loca, y siguió su camino. Catherine se quedó allí, pasmada, con la boca abierta, sintiéndose la estúpida más grande del mundo.

Se cubrió el rostro con sus manos empuñadas y respiró hondo varias veces.

Él no la había estado siguiendo, sólo iban hacia el mismo lado, y ella había quedado como una tonta presumida ante alguien que antes sólo la había ayudado.

¿Qué le estaba pasando? La semana había empezado mal, e insistía en empeorar. No sólo había sido prometida a un idiota; su madre la echaba a los lobos, se deshacía de ella; su presunto prometido venía a su universidad a provocarla y obligarla a ir quien a sabe dónde.

No había dormido bien ninguno de estos días, no sólo por sus problemas, además había perdido

su pendrive con toda la información de sus trabajos y clases, lo que la obligó a rehacer un montón de cosas.

Y el vientre le dolía, pues se acercaban los días de su menstruación.

Se abrazó a sí misma cerrando sus ojos preguntándose a qué hora había acumulado tanta mala suerte.

Eres fuerte, se repitió. No vas a llorar por esto.

Se secó las comisuras de sus ojos y avanzó al edificio donde seguramente ya la estaba esperando su profesor.

Al entrar en la oficina, vio que no estaba solo, sino que había varios estudiantes más, entre ellos, el caballero que la había rescatado hacía pocos minutos. Él se sorprendió al verla allí, también ella, pero fue mejor disimulando.

El profesor los reunía porque consideraba que todos los presentes eran buenos en un área específica y les proponía ser parte de una investigación. A Catherine nunca la habían tenido en cuenta para algo así, de modo que aceptaría. Era bueno para su currículum, aunque fuera incómodo por el chico de los ojos café claro.

Eran como café verdoso. Como el olivo.

Pero no le caía bien a esos ojos, la miraban con desprecio. La había rescatado de una situación difícil, pero seguro que ahora se arrepentía y no se explicaba por qué; lo que ella había dicho hacía un momento tal vez fue desatinado, pero no para tanto.

El profesor formó grupos para llevar a cabo las tareas asignadas y, cómo no, a ella le tocó con el chico de los ojos café verdoso.

Incómodos, se acercaron el uno al otro. A ninguno se le ocurrió levantar la mano y quejarse por el compañero asignado, aquello sería demasiado infantil y poco profesional, así que el uno se mordió el interior de la mejilla y la otra apretó sus labios, se tragaron la incomodidad y la vergüenza y se acercaron el uno al otro.

Esto iba a ser una tortura.

—Mi nombre es Catherine Bell —dijo en voz baja.

—Samuel Slater —respondió él.

Michelle, otra joven del grupo, bajita y de cabellos rizados, se acercó a ellos con una sonrisa, pues era el tercer miembro del grupo. Se presentó y compartió su número diciendo estar encantada con el grupo que le había tocado.

—Elijamos un líder —dijo Catherine de repente, lo que sorprendió un poco a sus dos compañeros.

—¿Es necesario? —preguntó Michelle mirándola.

—Me parece que sí. Alguien que designe tareas, organice y programe las reuniones...

—Sólo somos tres —dijo Samuel sin mirarla—. No puede ser demasiado complicado.

—Insisto.

—En ese caso —dijo Michelle—. Que el líder sea el que esté más avanzado en su carrera. Yo estoy en mi tercer año. ¿Y tú? —le preguntó a Samuel, que se encogió de hombros.

—En el último—. Catherine disimuló una mueca, ella estaba apenas en su segundo año, era la más novata aquí, así que Samuel tendría que ser el líder.

La agenda de todos era muy apretada, pero con todo, repartieron tareas, programaron la próxima reunión, y en pocos minutos pudieron salir de allí.

Samuel Slater, se repitió Catherine en su mente mientras avanzaba por el pasillo. Estaba en su último año, es decir, que debía tener veintiuno o veintidós años. Tenía un rostro atractivo, de facciones armoniosas, cejas gruesas y pobladas, nariz recta y de puente alto, con labios rosados y en forma de arco que por ahora no le habían sonreído ni una vez. No con amabilidad. Barbilla cuadrada, espalda ancha, una estatura de más del metro ochenta, y la complexión de un jugador de fútbol.

Tal vez estaba en un club deportivo. Pero también era un buen estudiante... y en su tiempo libre ayudaba a damiselas en apuros, como lo estuvo ella poco antes de la reunión.

Era guapo, eso saltaba a la vista. Y si tomaba el comportamiento de Michelle como indicador, las chicas lo adoraban.

Hizo una mueca sintiéndose un poco tonta. No esperaba que la eligieran a ella como líder del grupo, pero tampoco esperó quedar en último lugar en el rango de posibilidades.

Él pareció divertido cuando fue evidente que no sería la líder; la miró con una extraña luz en sus ojos que la intrigó y molestó a partes iguales.

Pero eran unos ojos bonitos, de un verde no muy común, expresivos... y orgullosos. Eso no se podía negar.

Samuel salió de la oficina del profesor Jones entre irritado y sorprendido. Conocía bien a Jones, pues había trabajado con él en otras investigaciones importantes, y sabía que estudiaba muy bien a sus estudiantes antes de elegirlos para cualquier actividad.

Es decir, que, si lo juzgaba bien a él, por fuerza tendría que darle cierto mérito a esa chica.

Catherine Bell. Era el nombre en aquel pendrive, que aun conservaba y llevaba consigo, y el que le había dado junto con su número de teléfono.

Ella tenía que ser mejor que el promedio para que Jones la tuviera en cuenta para cualquier cosa, y no es que dudara de la inteligencia de las chicas guapas, sólo que esta imagen no cuadraba mucho con el de la grosera y malhablada de la primera vez.

Una persona puede ser lista y grosera a la vez, se dijo. No era nada del otro mundo.

Más temprano, la había visto en apuros frente a la cafetería. Evidentemente, ella estaba huyendo del hombre que la sostenía del brazo, y al parecer, pretendía meterla a un auto. Era un auto caro, pero ella se estaba resistiendo con toda su fuerza.

Tenía una hermana, sabía cómo se comportaba una mujer cuando de verdad se sentía en peligro, y Catherine tenía todas las señales. Se la veía rígida, un poco asustada, a la vez que molesta, y sólo por recordar lo mal que Cassie se sentía cuando era tratada así, acudió en su rescate.

Suspiró. Tal vez le estaba dando demasiada importancia, se dijo, y giró encaminándose a su próxima clase.

Definitivamente, tenía cosas mucho más apremiantes en las que ocuparse, que prestarle atención a los modales de una desconocida.

Sin embargo, ahora que la había visto mejor, sin la sombra de la ira en sus ojos como la primera vez, tuvo que reconocer que esa desconocida era indudablemente hermosa.

3

Pasaron varios días en los que Catherine estuvo completamente ocupada. Y eso era bueno, pues así no tenía tiempo qué dedicarles a sus preocupaciones, aunque Oliver no tenía problema en recordárselas, pues siempre estaba llamándola, y como ella no le contestaba el teléfono, se lo llenaba de mensajes.

Su último encuentro le había dejado más que claro que casarse con él iría no sólo en contra de su deseo de casarse por amor y no por conveniencia; era también un asunto de seguridad y supervivencia. Él estaba dispuesto a usar la fuerza para conseguir lo que quería, lo que lo hacía peligroso.

Se preguntaba por qué se había obsesionado con ella. No era tan bonita, no le reportaba ganancias de tipo económico o político. Si hablaba en el más puro sentido material, la que ganaría allí sería ella, al juntarse con una familia tan poderosa y rica. Él podía, realmente, elegir a cualquier mujer, pero estaba tras ella, y eso más que halagarla, la molestaba.

Caminaba hacia su reunión con Samuel y Michelle cuando su teléfono timbró. Ya estaba a pocos pasos del lugar donde se encontraban los dos hablando, así que tomó el teléfono para rechazar la llamada. Pero entonces vio que se trataba de su tía Janice, hermana de su padre.

—¡Cariño! —la saludó ella con una sonrisa, lo que automáticamente hizo que también Catherine sonriera—. Espero que no estés ocupada, siento llamar tan de repente.

—Hola, tía. No te preocupes, tú siempre puedes hablarme —dijo, mirando de reojo la mesa donde estaban sus compañeros.

Era una sala de estudios, así que se ubicó tras un muro para poder hablar con algo de privacidad.

—No te quitaré mucho tiempo —dijo la tía con su usual voz llena de energía—. Se acerca el aniversario luctuoso de Greg. Sólo quería compartirte que hemos planeado hacer un pequeño homenaje —Catherine apretó levemente sus labios y asintió. Sí, hacía ya diez años que había fallecido su padre.

—Claro, tía. ¿Qué necesitas para...?

—Ah, por eso no te preocupes, acá nos encargamos de todo. Va a ser algo muy sencillo, de todos modos.

—Está bien, pero si necesitas algo, sólo dime.

—De antemano te digo que tu madre no está invitada —siguió Janice endureciendo un poco el tono de su voz—. De todos modos, dudo que asista si la invito. Sólo estaremos la familia.

—Está bien.

—Entonces, nos vemos, cariño. Estudia mucho y sé la mejor. Te amo.

—Y yo a ti —sonrió Catherine y cortó la llamada. Guardó su teléfono y se dirigió al fin hacia la mesa donde estaban Samuel y Michelle enviando al fondo de su mente la tristeza que de repente le había traído el recuerdo de la muerte de su padre.

No tienes tiempo para eso, se dijo, y se sentó frente a sus compañeros.

Samuel la estaba mirando como si la hubiese visto desde antes, así que no podía mentir diciendo que se había retrasado por algo.

—Siento la tardanza —dijo sin mirar a nadie en particular, y sacó de su bolso su laptop para empezar a trabajar.

Ninguno hizo comentarios al respecto, y de inmediato se enfrascaron en los temas de estudio.

Como todas las reuniones, aquella fue rápida y directo al grano. Esta era la tercera vez que se reunían luego de que los citaran en la oficina del profesor, y Catherine tenía que admitir que Samuel era un buen líder, aunque sólo tenía a cargo dos estudiantes más, y una de ellas estaba claramente enamorada.

Bueno, no se lo podía reprochar del todo. Samuel era guapísimo, y cuando le daba la gana de sonreír, sus ojos se iluminaban y su boca se ensanchaba.

Ojos bonitos, manos bonitas, labios...

Pero con ella era un idiota. Nada más qué decir.

No era un tirano; daba tareas concretas, utilizaba palabras sencillas para hacerse entender, era metódico y exigente. Valoraba muchísimo cada minuto de la reunión, y tal vez por eso no se perdía en divagaciones, ni daba chance a los demás a que lo hicieran. Era sumamente eficiente.

Pero eso no hacía que para ella en concreto fuera fácil trabajar con él. La mayor parte del tiempo, él parecía mirarla con odio, o desprecio, o molestia. Catherine lo había ignorado todo lo que había podido, pues hasta ahora, nunca había tenido un desacuerdo en el que pudiera exteriorizar sus dudas. Cuando ella hacía aportes, él los sopesaba y valoraba, y cuando se los rechazaba, le daba los porqués.

Con sus palabras era distante, educado y cordial, pero ese brillo en sus ojos le advertía que no se fiaba de ella, y que, si en su mano estuviera, la sacaría del grupo.

No entendía por qué. Por lo general, ella no le caía tan mal a los chicos.

No es que fuera la más bella sobre el planeta, pero era más común que ellos quisieran adularla y complacerla, que ignorarla.

¿Por qué me odias, Samuel Slater?, quiso preguntar. Aquella vez me salvaste, ¿qué hice o dije para que te comportes así?

Él la miró como si hubiese sentido su escrutinio, y Catherine esquivó rápidamente su mirada sintiéndose como pillada en falta.

El resto de la reunión se la pasó intentando no mirarlo demasiado. Pero, tonta de ella, sus ojos volvían a la piel de él.

Cualquier pedacito de piel, la de su cuello, sus mejillas rasuradas, sus manos bonitas...

—Muy bien —dijo él ya al final—. Eso es todo por hoy.

—Te invitaría a tomarnos un café —le dijo Michelle con una sonrisa en sus ojos—, pero tengo una clase importante y debo estudiar...

Tengo una clase importante y debo estudiar, la remedó Catherine en su mente.

—No te preocupes —le dijo él dirigiéndole una sonrisa amable, y Catherine no pudo evitar entrecerrar sus ojos. Cuando la miraba a ella parecía querer abrazarla con el fuego del infierno, pero con Michelle era todo sonrisas y amabilidad.

Sin despedirse de ella, Michelle recogió sus cosas y salió disparada de allí, y Samuel se puso en pie imitándola. Catherine no hizo nada, sólo miró sus manos recogiendo de la mesa un bolígrafo, un libro, su portátil...

A pesar de que llevaba puesta la sudadera rojo vino de la universidad, podía adivinarse que debajo él tenía músculos y no grasa.

Ya basta, se dijo. Deja de pensar en su piel o sus músculos.

O sus manos, sus ojos, o sus labios.

Cuando Samuel levantó el portátil, sin querer tiró al suelo su mochila y algunas cosas se desparramaron. Él se agachó recogiéndolas, y Catherine no pudo evitar inclinarse para ayudarlo. Entonces lo vio, su pendrive.

No, había muchos pendrives como el suyo, se dijo, pero lo alcanzó y lo tomó. Él alargó su mano también para tomarlo, pero ella estaba más cerca, así que lo hizo primero.

Al revisarlo, pudo ver, llena de asombro mezclado con alivio, que aquel era el suyo. Todos estos días buscándolo, llorando casi por todo el trabajo que había tenido que repetir, durmiendo mal, molesta y preocupada... y aquí estaba.

Un momento. ¿Qué?

Miró a Samuel con los ojos llenos de dudas y preguntas, pero él apretó sus labios. Si hubiera dicho “culpable”, ella no lo habría interpretado mejor.

—¿Por qué tienes tú mi pendrive? —preguntó con voz áspera, sintiendo un torbellino de furia y desilusión ascender por su pecho; él sólo se encogió de hombros. Catherine se puso en pie y empuñó el pequeño dispositivo en su mano—. Tiene mi nombre —insistió—, y al conectarlo a una laptop, se puede ver claramente quién es el dueño, e incluso mis datos. Por qué... —él elevó una ceja, y Catherine tragó saliva antes de seguir—. ¿No vas a decir nada?

—¿Y qué quieres que te diga? —El corazón de Catherine ahora estaba agitado. Este hombre la ponía de los nervios.

—¿Cómo que qué? —dijo entre dientes—. Nos estamos reuniendo desde hace semanas... ¿Vas a decirme que en todo este tiempo no reconociste mi nombre? Seguro que lo abriste, y viste que lo que había dentro era importante. ¿Por qué no me lo devolviste?

—¿Y por qué tendría que hacerlo? —aquello la dejó sin palabras por un momento, y él sólo sacudió su cabeza como si nada, y siguió guardando las cosas que se le habían caído al suelo.

—¿No tenías ninguna intención de hacerme el favor de devolvérmelo? ¿Fue adrede? —Como él siguió en silencio, Catherine no tuvo más remedio que ponerse en pie delante de él obligándolo a mirarla—. ¿Es que me odias?

—¿Tan importante te crees?

—¡No se trata de eso! —explotó ella—. No te costaba nada devolverlo. Es simple amabilidad, solidaridad con otro compañero.

—¿La misma amabilidad que me mostraste tú a mí la vez que lo perdiste? —preguntó él con una mueca de desagrado en su guapo rostro y señalando su mano. Catherine lo miró confundida.

—¿La vez que lo perdí?

—¿Ya lo olvidaste? —preguntó él entrecerrando sus ojos.

—Yo no...

—¿Por qué tendría que ser amable o solidario con alguien tan grosero como tú?

—¿Cuándo fui...?

—Esa tarde —le respondió él antes de que ella pudiera completar su pregunta—. Te tropezaste conmigo, los libros cayeron, nos golpeamos las cabezas... y fuiste sumamente grosera y maleducada. Fue tu culpa que chocáramos, y aun así, salí escaldado por todas tus palabras

malsonantes. ¿Por qué tendría que haberte buscado para entregarte tu precioso pendrive? —Los ojos de Catherine se abrieron grandes de sorpresa al recordar. Si, fue allí cuando lo perdió.

Entonces, este era el mismo chico con el que se había tropezado aquella vez en ese pasillo... y había retenido su pendrive todos estos días como venganza.

—¿Eres tan idiota que una cosa así te trastornó?

—¿Le quitas importancia porque fuiste tú la agresora? —rebatió él—. ¿Estás acostumbrada a que todos te rindan pleitesía aun cuando eres maleducada, grosera y arrogante?

—Yo no...

—Esa tarde mostraste tu verdadera cara —siguió él sin dejar de mirarla molesto—. Y no, no quise hacerle favores a alguien como tú. Sí, te vi buscando el pendrive, muy preocupada. Sí, sabía que era importante y no me dio la soberana gana de devolvértelo ninguno de estos días. La próxima vez, sé más amable con los extraños.

—Eres lo peor —gruñó ella entre dientes.

—¿Por qué? ¿Porque no me encandilé con tus bonitos ojos ni perdoné al instante tu petulancia?

—Y también eres un maldito prejuicioso.

—Ahí vamos otra vez con las palabrotas.

—¿Y quién diablos te crees tú para corregirme o darme lecciones?

—El hombre que tenía tu pendrive.

—¡Idiota!

—Presumida.

—Yo no...

—Sólo lamento no haber sido capaz de retenerlo hasta el final del semestre.

—¿Cómo puedes...? ¿Acaso nunca has perdido un trabajo que ya estaba avanzado? ¿No fuiste capaz de ponerte en mi lugar?

—Pues, no. No me importó verte sufrir.

—¡Idiota! —volvió a gritar ella, e incluso empuñó su mano como si tuviera ganas de golpearlo, pero él solo sonrió.

—Por favor —dijo él cargándose al hombro su mochila—. Sé muy bien que te sabes otros insultos. ¿Por qué sólo dices ese? —y sin darle tiempo a añadir nada más, se alejó.

Catherine se quedó allí, mirándolo mientras se iba, con el pendrive empuñado en su mano y muchas ganas de lanzárselo a la cabeza, pero dudaba de su puntería, y además, eso no le haría el suficiente daño.

Cerró sus ojos tragándose su rabia.

Todos estos días... Todas estas noches durmiendo poco por recuperar lo avanzado, por avanzar sobre lo conseguido. Estudiando, buscando de nuevo toda la bibliografía, reuniendo los datos... Todo pudo evitarse si él no hubiera sido tan hijo de...

Se sentó de nuevo con un gesto de ira e impotencia.

Aquella vez del pasillo, era verdad, ella fue grosera, y luego no se disculpó. Pero había ido demasiado lejos con su idiota venganza.

Volvió a mirarlo masticando su ira y deseando poder fulminarlo allí mismo sólo con sus pensamientos, pero él siguió alejándose sin mirar atrás, caminando muy tranquilo.

El torbellino de actividades de los siguientes días no fue suficiente para apaciguar la rabia de Catherine, y cada vez que lo recordaba, maldecía su nombre. Sin embargo, estaba enormemente aliviada por haber recuperado sus trabajos.

No había sido gracias a él, de todos modos.

La siguiente reunión fue un infierno. Él le lanzaba dardos con los ojos, y ella, puñales. Lo peor, es que Michelle estaba siendo cada vez más entrometida y odiosa, como si temiera que él fuera a dejar de prestarle atención por su presencia entre los dos. La hacía sentir como si estuviera de sobra en el grupo. Por más que se esforzaba en ser eficiente y dar más de lo que se le pedía, ninguno de los dos aprobaba nada de lo que hiciera, y en caso de que aceptaran que había hecho un buen trabajo, se limitaban a dar por sentado que era lo que le correspondía.

—Eres una niña rica, ¿verdad? —le dijo Michelle en una ocasión. Samuel se había levantado por algo y no estaba con ellas en el momento. Catherine tomó aire invocando la paciencia y tratando de ignorarla, pero Michelle siguió—. Por un momento lo dudé porque tus cosas no es que sean de marcas famosas, pero el otro día te vi bajar de un deportivo blanco y me dije: eso lo explica todo.

—¿Qué explica? —preguntó ella al fin perdiendo la paciencia.

—Todo —repitió Michelle con una sonrisa hueca—. Tus modales, tu manera de mirar, tu manera de hablar. Siempre te has creído mejor que los demás, admítelo.

—¿Que lo admita?

—¡Para ti la apariencia lo es todo! —siguió Michelle haciendo una mueca y mirándola de arriba abajo—. Pero estás fuera de lugar aquí, donde el cerebro es más importante que la simetría del rostro. ¿Cómo es que la universidad no te ha enseñado la importancia del librepensamiento y la supremacía de la inteligencia? ¿O estás aquí sólo para cazar un buen marido?

—Tal vez, igual que tú —sonrió Catherine, ya estaba harta de sus insultos llenos de grandilocuencia—. ¿No es por eso que casi babeas encima de la camiseta de Slater?

—No seas ridícula.

—La ridícula aquí eres tú, que con esas mechas sin peinar que traes todos los días menosprecias la apariencia y ponderas la inteligencia, y lo triste es que no tienes ninguna de las dos cosas.

—Con razón Samuel no te soporta. Eres una petulante.

—Ve a peinarte y luego hablamos de petulancia, tus espinillas me distraen del tema.

—Eres una...

—¿Qué está pasando? —preguntó Samuel desde su espalda, y Catherine llenó sus pulmones de aire. Por supuesto, él había escuchado todo, y muy seguramente se pondría de parte de Michelle.

Sin decir una sola palabra, se puso en pie y recogió sus cosas.

—No creo que mi presencia aquí sea indispensable para lo que sigue —dijo con voz sibilante de ira—. Si acuerdan algo importante, tienen mi teléfono y mi correo.

—No puedes irte. Estás obligada a permanecer en todas las reuniones—. Catherine lo miró a los ojos, los de él llameaban.

Pues ella se sentía algo así como un volcán en erupción.

—Entonces, sácame del grupo —dijo, y se alejó sin mirar atrás.

Samuel frunció su ceño mirándola alejarse, y entonces escuchó el sollozo de Michelle.

—¿Por qué es tan mala? —preguntó casi entre lágrimas—. No le hice nada para que me hablara así—. Él no dijo nada, y ante su silencio, Michelle insistió—. Deberíamos sacarla del grupo. No podemos permitir que nos trate así—. Samuel miró su reloj.

—Demos por terminada la reunión.

—Sam, si ella sigue, yo me marchó, ¿entiendes?

—No me pongas en esta situación.

—Pues lo siento, ya estás en ella—. Y lloriqueando, se puso en pie disponiéndose a irse.

Samuel sólo pudo masajearse el puente de su nariz.

No era tan fácil sacar a Catherine del grupo. Periódicamente, habían estado entregando resultados al profesor Jones en los que ya estaba inscrito su nombre, y sabía perfectamente que uno de los logros más destacado era el trabajo en equipo.

El suyo se había desmoronado, era evidente.

—No puedes irte —le dijo Samuel a Catherine, encontrándosela en uno de los pasillos al final de una clase. No era casualidad que estuviera allí; al parecer, había ido a buscarla para hacerle cambiar de parecer.

Al escucharlo, ella casi blanqueó sus ojos. Lo evadió sin contestarle.

—No sólo perjudica al grupo —siguió él yendo tras ella—, también a ti; habrás perdido tiempo y esfuerzo, además de dejar de recibir una buena calificación y créditos extra.

—Pregúntame si me importa —dijo ella apurando el paso. Samuel la siguió.

—No, no puede ser que no te importe. Por favor, recapacita.

—Vaya, dijiste por favor —dijo ella deteniéndose, y Samuel la miró con la esperanza de que hiciera caso de sus palabras—. ¿Eso me ablanda? Déjame ver... Mmm, no.

—Catherine...

—¡No me da la soberana gana! —exclamó ella, repitiendo las palabras que él le dedicara una vez, y se alejó a paso rápido.

—Por supuesto. ¿Qué se podía esperar de ti? —eso la detuvo.

Ya estaban fuera del edificio, y los estudiantes que salían pasaban por su lado sin prestarles demasiada atención. Catherine se giró y lo miró fijamente. Ella estaba unos escalones más abajo, lo que le disgustó, y volviendo a subir, preguntó:

—¿Disculpa?

—Tal vez sólo he tenido razón acerca de ti. Algo te disgusta del grupo y prefieres abandonar antes que llevar la tarea al final. No sé si aspiras a ser empresaria o empleada, pero dejar tirado un proyecto sólo por una diferencia de opiniones no habla bien de nadie.

—¿Una diferencia de opiniones? ¡Esa despeinada me insultó!

—Como sea. Si así eres con un simple grupo de estudio, así serás con todo en la vida.

—Otra vez tú, juzgando mi proceder.

—¿Me equivoco? Entonces, ¿puedo decir que Michelle te espantó?

—A mí no me espanta nadie, idiota. Ni siquiera tú con tus constantes miradas desaprobadoras.

—Entonces, regresa —dijo él, pero sonó más como una orden que una petición.

—Ya veo. Estás preocupado por la desintegración de tu grupo, y me culpas a mí de ello. Pero el verdadero culpable fuiste tú. A mí me menospreciaste, y a Michelle la consentiste, lo que me quitó a mí el entusiasmo por el trabajo, y a ella le subió los humos. Qué mal líder eres, Slater—. Él apretó sus dientes, y Catherine vio un músculo latir en su mejilla.

—Regresa —repitió él—. Te lo pido —aquello la sorprendió, y se miraron a los ojos en silencio por casi un minuto.

Catherine se lo pensó entonces. Había aceptado este trabajo de investigación sólo por ganar algún reconocimiento, por aprender, pero todo había sido nefasto. Sí, estaba aprendiendo, no lo podía negar, pero le quitaba demasiada paz mental además de tiempo, lo que entorpecía su desempeño en sus demás tareas.

Por otro lado, si se iba, probablemente no la volverían a llamar para un trabajo así, y los profesores empezarían a olvidar su nombre.

Miró los ojos de Samuel, que brillaban por emociones que ella no era capaz de descifrar. Él era muy hermético, y sólo lo delataba algún gesto de vez en cuando, y esa mirada que a toda hora parecía desaprobarla.

Si capitulaba y volvía ahora, se dijo, sería porque él se lo pidió, no porque ella fuera derrotada. ¿Verdad?

—La próxima reunión es mañana a mediodía —dijo él simplemente, asumiendo su respuesta aun antes de que ella abriera la boca—. No llegues tarde.

Catherine entrecerró sus ojos mirando su espalda alejarse, y no pudo menos que sacudir su cabeza. El sol brillaba sobre su camisa blanca, y Catherine no pudo evitar pensar que, si Michelle babeaba encima de él, era por no ser ciega.

No podía negar que el idiota era guapo, y exudaba un aura de poder y suficiencia que era difícil de ignorar.

Aun para alguien como ella, aun cuando no había recibido ni una vez una de sus sonrisas.

—Idiota —dijo, convirtiéndose este en su insulto favorito para él.

Samuel dejó salir el aire, lleno de disimulado alivio, cuando vio a Catherine llegar al lugar donde siempre se reunían. Michelle lo miró molesta cuando ella se sentó a su lado.

—El grupo permanecerá igual a como el profesor lo conformó —dijo Samuel con voz firme, lo que detuvo a Michelle de soltar alguna protesta—. Si alguna se va, nadie seguirá, y yo no voy a perder mi tiempo sólo porque dos niñas no se llevan bien.

—¿Acaso no la escuchaste cuando...?

—Michelle, estamos en horas de trabajo. Las quejas, para después—. Samuel miró a Catherine, y vio que ella sonreía disimuladamente, pero no dijo nada, y se dedicaron a trabajar. Las dos mujeres parecían acartonadas cada vez que una tenía que dirigirle la palabra a otra. Afortunadamente, ya estaban llegando al final de este infierno.

Habría lamentado que Catherine se fuera, se dijo internamente. La chica era lista, tenía una perspectiva diferente a la suya en muchas cosas, pero eso enriquecía el trabajo. Además, era inteligente, aprendía rápido, y era también muy proactiva; muchas veces trajo información más allá de la que se le pedía, y no esperaba cumplidos de vuelta, como era el caso de Michelle.

La miró, y se dio cuenta de que uno de los botones de su blusa se había desabrochado, y los ojos de Samuel se quedaron momentáneamente sobre su escote.

Sintiendo en pleno otoño un calor de verano subirle por el cuerpo, miró sus libros y tragó saliva.

—¿Te estás vendiendo, o qué? —preguntó Michelle con sorna y señalando su blusa. Catherine enrojeció al tiempo que se abrochaba su blusa. No respondió al ataque de Michelle, lo cual fue muy raro, y Samuel la miró. Ella tenía las mejillas sonrojadas, y aquello le pareció terriblemente sexy.

Mierda.

4

Catherine miró el cielo encapotado y sintió la baja presión atmosférica tapar sus oídos. Iba a llover, o tal vez este año nevaría por primera vez muy pronto. Se ajustó su bufanda y entró a un salón vacío para concentrarse en estudiar. Su primera opción había sido la biblioteca, pero como era temporada de exámenes, estaba totalmente ocupada de estudiantes que llegaron antes que ella.

Entró y cerró la puerta tras ella, pero luego de andar unos pocos pasos se dio cuenta de que no estaba sola. En el fondo, en una de las mesas, estaba Samuel Slater, que la miraba quitándose de su oreja uno de los auriculares con los que había estado escuchando música, tal vez.

Catherine se quedó allí, de pie y en silencio por varios segundos, preguntándose si devolverse y buscar otro lugar, pero cuando él volvió a ponerse el auricular y a concentrarse en sus libros, ella dejó salir el aire relajándose. Podía estar aquí, a él poco le importaba lo que ella hiciera.

Caminó hacia el estrado del profesor y ubicó en el escritorio sus libros. El silencio del salón era bienvenido, y ella necesitaba estar enfocada.

Pero tras ella estaba Samuel Slater. Su presencia la cohibía un poco, no podía negarlo.

Como sea, se reprendió. Tengo que estudiar.

Se sentó evitarlo mirarlo de frente y estuvo concentrada en sus libros por espacio de una hora. Él no hacía ruido, ni se movía, realmente.

¿Cómo hacía para estudiar con música? Ella no podía. Terminaba cantando y bailando. Sí, era un poco dispersa.

Concéntrate en lo tuyo.

¿Y cómo hacía para estar allí más de una hora sin moverse? Ella ya se había levantado dos veces, estirado sus dedos, su cuello, cambiado de posición en la silla...

Ya había evadido mucho esto, se dijo poniéndose en pie y encarando el tablero con su marcador en mano. Hora de pasar a matemática financiera.

Casi pujó.

Esos largos procedimientos no le estaban dando el resultado que se suponía debían dar. Por más meticulosa que fuera, al final, todo estaba mal, y no importaba cuántas veces revisara, el resultado seguía siendo el mismo.

Sacó de una de sus libretas su hoja de fórmulas, que estaba llena de colores, guiños y viñetas para que la ayudaran a comprenderlas, o distinguir las mejor unas de otras, y recogiendo el pelo y tomando aire, se embarcó en una nueva operación.

Poco a poco, fue llenando el tablero con números y más números. Iba despacio, revisando a cada momento, consultando de vuelta sus libros para verificar que así era.

Sí, así era, se dijo llenándose de esperanza.

El salón estaba lleno de una total quietud, y ella pareció inspirarse, entrar en la zona... y al final. Todo estaba mal.

No, no. Otra vez, no.

Se pasó las manos por la cara masajéandose y queriendo golpearse contra el tablero a ver si así podía entender qué era lo que estaba pasando.

Se rascó la cabeza y revisó su hoja de fórmulas. Repasó número por número, símbolo por símbolo. Los positivos, los negativos...

—Tu fórmula está errada —dijo la voz de Samuel desde atrás. Él se había puesto en pie y ahora estaba a unos pocos pasos, y Catherine se giró bruscamente. Había olvidado que él estaba en el mismo salón—. Allí —señaló él en el tablero—. El signo debería ser negativo.

—No —dijo ella mirando su hoja de fórmulas—. Está bien, está tal cual... —él se acercó más y miró su hoja de fórmulas. Casi sonrió cuando la vio tan llena de colores y dibujitos.

—Te aseguro que está mal.

—Pero lo copié tal cual el profesor...

—Es un error muy común, no te sientas mal —le dijo él mirando la larga lista de números en el tablero—. El estrés, la saturación, o el cansancio nos llevan a estos errores. Tal vez ese día ya tu cerebro estaba sobrecargado de información—. Él se acercó al escritorio y tomó el borrador de tablero. Casi con un quejido, Catherine vio cómo borraba todo su trabajo, y al llegar a la fórmula, corrigió el símbolo que según él estaba mal.

—Inténtalo así—. Catherine respiró profundo, y tomando el marcador, se embarcó en la nueva operación.

Samuel dio dos pasos atrás y la observó trabajar, totalmente concentrada en su hoja y el tablero, llenando otra vez cada espacio de números.

Pero su mente pronto ya no estuvo sobre los cálculos que ella realizaba, sino fija en sus manos, su cabello recogido en un moño en la coronilla de su cabeza, la curva de su cuello.

Se cruzó de brazos y volvió la mirada al tablero.

La había visto luchar por largo rato con estos números, y podía haberla dejado sufrir otra eternidad, pero en algún momento, al ver su meticulosidad, su nivel de concentración, o su empeño, algo se movió en él y se le acercó.

Esperaba que ella menospreciara su ayuda, así que estaba un poco sorprendido porque ella la recibía sin protestar.

Chica lista, se dijo.

Clic, pensó Catherine al llegar al final. Sí, Samuel Slater tenía razón, era su fórmula lo que estaba mal, no su procedimiento, y sonrió ampliamente cuando llegó al final y comprobó que todo estaba bien.

Se giró a él para agradecerle, pero él estaba muy serio, y ya daba la vuelta alejándose.

—Eh... Gracias —dijo ella borrando su sonrisa. La había ayudado, pero seguía detestándola.

—Deberías revisar todas tus fórmulas. No importa qué tan bien hagas el procedimiento, si ellas están mal, todo saldrá igual—. Catherine asintió, pero frunció su ceño cuando vio que él se dirigía a su mesa y recogía todo disponiéndose a salir.

De alguna manera, le molestó que él se fuera.

Le molestó que la tratara con tanta cortesía, distante cortesía, se corrigió.

Somos enemigos jurados, tú ódiame, no me ignores.

—¿Es tu compensación por lo del pendrive? —preguntó con altanería cuando él ya se encaminaba a la puerta, lo que lo hizo detenerse y mirarla.

—No tengo por qué compensarte.

—¿Sigues sin arrepentirte?

—No es un pecado que haya cometido.

—Sin embargo —siguió ella elevando el mentón y acercándose dos pasos, pero sin bajar del estrado—, debiste sentirte culpable cuando me viste batallar con una fórmula mal escrita.

—Nada de eso. Me da igual si te echan de la escuela.

—Haberme dejado padecer, entonces.

—Pero ya es tarde, y tú incluso me agradeciste.

—Es porque yo sí soy educada.

—Una niña educada que dispara mil malas palabras por minuto —dijo él subiéndose al estrado, como si quisiera intimidarla con su estatura.

—Sólo las suelto a personas que se lo merecen —dijo ella casi sonriendo internamente. Ah, se estaba divirtiendo.

—No haberme agradecido, entonces —eso le hizo afilar la mirada.

—¿Siempre eres tan idiota?

—¿Siempre eres tan arrogante?

—Todavía no te perdono lo del pendrive. Estuve semanas sufriendo y volviendo a hacer varios trabajos, y mi único pecado fue perder los estribos en un pasillo.

—La mejor manera de conocer a alguien es viéndolos explotar. Ya sea de rabia, de ira, y esa reacción tuya dejó muy claro que eres una mala persona, y yo suelo alejarme de las malas personas.

—No te veo muy alejado ahora —dijo ella dando otro paso adelante, como retándolo para dar el paso atrás—. A ver, soy Satán. Aléjate, niño puro. Podría corromperte con mis malas palabras—. Pero lo que Samuel hizo fue muy diferente. La tomó de la cintura, la pegó a su cuerpo, y la besó. Fue un beso duro. Labios contra labios, y por un instante, ella quiso luchar para soltarse y abofetearlo.

Pero, ¿por qué iba a hacer una locura así?, se dijo rindiéndose al fin a su beso, que se convirtió en algo casi salvaje. Él la rodeó con sus brazos, apretando su cintura contra él, arqueando su espalda y buscando su lengua con la suya.

Él olía delicioso, sabía delicioso, así que su lengua fue al encuentro de la suya y se restregaron la una a la otra en una furiosa danza dentro de sus bocas. Rodeó con sus brazos su cuello y le alborotó el cabello con sus manos.

Poniendo sus manos en sus muslos, él la alzó y la puso sobre el escritorio del profesor, y Catherine sintió sus caderas contra las suyas, buscándola, excitándola, y dejó salir un gemido que a él le puso los pelos de punta.

Samuel le mordisqueó los labios, la línea de su mandíbula, su cuello. Inhaló su fragante aroma, volvió a besar su boca. Las manos de ella no estaban quietas, y una de ellas se metió entre los botones superiores de su camisa y tocó su piel.

Samuel dejó salir un gemido y la miró a los ojos, con la respiración acelerada, sin deseos de parar, pero sabiendo que, lamentablemente, esto no podía ir más allá. No por ahora.

Había fuego en sus ojos, se dio cuenta Catherine. Lameaban, como si dentro de él hubiese una enorme hoguera, y ella pudiera observarla a través de ese par de ventanas color café verdoso.

Y podía jurar que nunca se había sentido tan bien, tan excitada, tan satisfecha con un simple beso. Lo tenía fuertemente asido de sus brazos y su cuello, mientras una mano de él estaba en su muslo y la otra en su cintura, sosteniéndola precariamente sobre el escritorio del salón.

Satisfecha o no, ella quería más, así que volvió a buscar su boca.

El beso ahora no fue salvaje, sino tierno, lento, delicado. Él la enderezó poco a poco volviéndola a poner de pie, y Catherine sintió que necesitaba apoyarse sobre él, pues su sentido del equilibrio se había ido al diablo.

El cabello de ella se había vuelto a soltar, y Samuel lo acarició de arriba abajo, y dejó su mano en su cadera, pero la alejó y la miró de nuevo a los ojos.

—Esto no está bien —dijo—. Es un error—. Ella frunció su ceño, pero luego, sonrió.

—Un error delicioso —susurró, y volvió a buscar su boca. Él la esquivó cerrando sus ojos. Quería corresponderle, supo ella, estaba excitado, podía sentir su erección a través de su pantalón, pero se estaba negando.

Ella dejó de buscarlo entonces, y lo miró mordiéndose los labios.

Tal vez él tenía razón. Tal vez era un error.

Miró a otro lado y sus ojos se tropezaron con la operación matemática en el tablero.

Acostumbrada a dejar y nunca ser dejada, se alejó varios pasos y respiró hondo.

—Como distracción estuvo bien —dijo sin mirarlo—. Eres bueno en fórmulas y besos. Lo tendré en cuenta para la próxima—. No lo estaba viendo, pero casi pudo sentir las llamas salir de él.

—Para servirte, princesa —dijo él, y tomando de nuevo la mochila, que en algún momento había caído al suelo, salió del salón.

Catherine empuñó sus manos.

—No te hagas el digno ahora —dijo, a pesar de que él ya había salido y no la escuchaba—. ¡Fuiste tú el que dijo que esto es un error! ¡Idiota!

Se cruzó de brazos mirando furiosa la puerta por donde él se había ido. Ah, que ganas de arrojarle algo.

Pero siempre era así luego de que se encontraran.

Se sentó sobre el escritorio y cerró sus ojos volviendo en su mente al beso que se acababan de dar. Dios santo, qué manera de poner patas arriba todo su mundo, sus emociones, sus sentidos. Su corazón seguía agitado, su piel vibrante, y entre las piernas, una cálida humedad que le anunciaba muy bien que lo que quería no era arrojarle algo al cabeza a Samuel, sino hacer otra cosa.

Necesitaba serenarse. Necesitaba volver a ser ella misma.

Lentamente, limpió el tablero, recogió sus libros, y salió también.

Al llegar a casa, ya en la noche, encontró sobre la mesa dos tiquetes de avión, uno para ella, y otro para Joyce. Tenían como destino Nueva York, para el día siguiente en la tarde. No había

boletos de regreso, se fijó.

—Habíamos acordado que respetarías mis fines de semana —le reclamó a su madre por teléfono—. Estoy en temporada de exámenes.

—Sólo te quitaré unas pocas horas—. Catherine quiso decir algo muy grosero, pero se contuvo respirando profundo y apretando sus dientes—. He sido generosa —siguió Laverne—. Invité a tu amiga para que no te sientas sola. Ven sin protestar, haz lo que te pido, y les permitiré regresar la misma noche

—¿Qué quieres que haga?

—Asistir a una fiesta, simplemente. Te necesito allí para conquistar el corazón de un viejo.

—Qué estás...

—Nada malo, no te escandalices. Eres la novia de Oliver y eso hay que respetarlo.

—No soy la...

—Sin quejarte —le advirtió—, y regresarás la misma noche —dijo su madre, y cortó la llamada. Catherine miró su teléfono con ganas de lanzarlo contra la pared, pero eso no la ayudaría en nada, así que se contuvo.

Joyce la miró interrogante, y Catherine sólo meneó la cabeza sintiéndose muy derrotada, como cada vez que su madre se salía con la suya en cualquier cosa.

—Mamá requiere de mi presencia en Nueva York —le explicó.

—¿Y por qué tengo que ir contigo?

—Tú... estás siendo usada para que yo no me sienta sola en el viaje—. Joyce se echó a reír—. ¿No... te molesta?

—No del todo. ¿Llevaremos vestido de diseñador?

—Es lo más probable. Lo siento, Joyce. Pero ya sabes que a ella no le importa si tenemos mucho que estudiar. Sabe que estamos en temporada de exámenes. Ni siquiera se molestó en preguntar si tú podías...

—Cat, no consigues nada quejándote.

—Pero al menos suelto algo de vapor —refunfuñó ella viendo la tranquilidad de Joyce, que volvió a sonreír.

—Podemos estar allí dos horas y volver de inmediato —propuso ella encogiéndose de hombros—. Es una simple fiesta. Y habrá más problemas si no vas que si pierdes unas pocas horas de estudio.

Era verdad. Lo sabía, pero no por eso lo aceptaba.

De manera que, al día siguiente, poco después del mediodía, se encaminaron al aeropuerto. Las dos llevaron sus equipos para estudiar durante la espera y las horas de vuelo. Joyce estudiaba lo mismo que Catherine, pero en otra universidad. Ella no había podido entrar a la MIT, pero la universidad a la que iba tampoco era nada despreciable.

De niñas, recordaba ahora, habían hecho la promesa de estudiar lo mismo e ir a la misma universidad, pero cuando se llegó el momento, Catherine no pudo despreciar entrar a la MIT, y Joyce no le reprochó el haber roto su promesa. Todo lo contrario, ella lamentaba no haber logrado ingresar.

De niñas habían hecho muchas promesas, recordaba ahora. Muy pocas de ellas se habían podido cumplir.

La vida no era tan fácil, ni siquiera para dos adineradas jóvenes de la alta sociedad.

Al llegar a Nueva York, Sharon Smith las esperaba, y sin pérdida de tiempo las condujo a una van negra donde las esperaba un equipo de vestuario y maquillaje. Tal como Joyce había predicho, eran vestidos y zapatos de diseñador. El maquillaje, obviamente, era todo de la marca Laverne, y al llegar al salón de fiestas ya estaban totalmente transformadas.

Joyce llevaba un vestido azul oscuro, sin mangas y un corte desigual en la falda. El diseño acentuaba su estrecha cintura y resaltaba su busto. Joyce había sido bendecida con una figura de reloj de arena, y todo lo que se pusiera le quedaba perfecto.

El vestido de Catherine era rosa, con hombros caídos y una abertura en la amplia falda que enseñaba casi toda su pierna. Era sexy, a la vez que elegante.

—¿Qué se celebra? —le preguntó a Sharon cuando caminaban hacia la entrada.

—Es el cumpleaños de Robin Cooper, la única hija de Ronald Cooper. Un multimillonario.

—Al que mamá quiere meterse al bolsillo —suspiró Catherine—. ¿De casualidad, espera que me haga amiga de la tal Robin?

—Sería lo ideal.

—Santo cielo. Nunca había oído de ella.

—Para eso me tienes aquí —dijo Sharon con una media sonrisa—. Robin tiene apenas diecinueve años, está en la universidad de Nueva York estudiando economía. Adora a su padre, adora los perros pequeños, odia la mostaza, y su pasatiempo son los deportes extremos.

—¿Deportes extremos? ¿No ir de compras, o coleccionar perfumes?

—Así como lo oyes. También toma clases de defensa personal con un instructor privado. Creo que sabe manejar armas.

—Vaya.

—Son “nuevos ricos” —siguió Sharon ya atravesando las puertas del gran salón—. Pero son asquerosamente millonarios, se les perdona lo recién llegados. Laverne espera que también tú pases por alto si acaso no tiene... modales, o estilo, y puedas congraciarte con ella.

—¿Qué ganaré si me hago su amiga? —Sharon se encogió de hombros.

—Esto tendrás que discutirlo con tu madre. Diviértanse —dijo, y se alejó de ellas discretamente.

—Anzuelo y carnada —sonrió Joyce a su lado sacudiendo su cabeza, y Catherine se mordió el interior de la mejilla mirándola de reojo.

—Lo siento, Joyce —murmuró—. No debería ponerte en esta situación.

—¿Bromeas? ¿Quieres que cambie esto por una noche de estudio? —dijo ella señalando el enorme salón donde se reunían parte de los más ricos de la ciudad.

Era un espacio precioso, brillante, lleno de columnas dóricas y arañas de cristal colgando del techo. Caminaron saludando a conocidos, dando lánguidos apretones de manos, sonrisas estudiadas, y alegrándose de verdad cuando veían a alguien cercano.

—Sabía que vendrías —dijo Oliver acercándose, y dándole un beso en ambas mejillas. Catherine miró a Joyce pidiendo auxilio, pero ella sólo pudo mirarlos en silencio—. Dime, por favor, que

planeas quedarte el fin de semana. Mañana quiero ir contigo a...

—Estoy en temporada de exámenes —lo atajó Catherine—. Así que volveré esta misma noche, y aun en el avión, estaré estudiando, así como hice de venida.

—Tan hermosa y dedicada mi mujercita —dijo con una sonrisa condescendiente, y Catherine quiso gritarle algo muy malo, pero Joyce le tomó a tiempo la mano y se la apretó.

—Iré a saludar a... la cumpleañera...

—Te llevaré primero con Ronald Cooper —la atajó Oliver enlazando su brazo con el suyo impidiéndole alejarse.

—Me interesa conocer a Robin, no a...

—No seas tonta, mejor ir directo por el pez gordo—. Él tomó su mano y la llevó hacia el anfitrión. Catherine le dirigió una mirada de auxilio a Joyce, pero poco fue lo que ella pudo hacer.

Catherine saludó a Ronald Cooper, que no fue tan petulante como imaginó. Seguro estaba recibiendo más halagos de los que debía, pero al parecer, hasta el momento, no se le había subido a la cabeza, y fue agradable hablar con él.

Ronald mismo lo guio hasta su hija, una rubia preciosa, de ojos color miel, que miraba al séquito que la rodeaba sin ninguna expresión. Y luego de dejarla allí, se enfrascó en una conversación con Oliver, librándola de su compañía por unos pocos minutos.

—Un placer conocerte —le dijo a Robin, que se giró a ella y miró su mano extendida. La tomó sin mucho entusiasmo y asintió—. Feliz cumpleaños.

—Gracias.

—Es por eso que no puedes desprenderte de mí —dijo Jessica Phillips ubicándose entre ella y Robin. Catherine la miró un poco sorprendida, pero no era nada sorprendente ver allí a Jessica, su ex mejor amiga.

No pudo evitar afinar los labios en una mueca de disgusto, pero se recompuso y sonrió a Robin.

—Espero que te estén tratando bien en Nueva York —siguió, tratando de ignorar a Jessica, pero ella no estaba dispuesta a permitirlo, y en lugar de Robin, contestó:

—La estoy tratando divinamente. La estoy librando de ti.

—¿Quién es ella? —preguntó Robin elevando una de sus rubias cejas evitando que Catherine dijera algo.

—Ya te hablé de ella, cariño. Es Catherine Bell, la zorra roba novios de la que te hablé.

—Ella fue la que te quitó a...

—¿Ya le fuiste con el chisme? —la interrumpió Catherine girándose a mirar a Jessica con sus ojos dispuestos como puñales—. ¿A cada persona que conoces le cuentas lo perdedora que eres?

—No se pierde cuando el otro juega sucio. Y tan solo dije la verdad.

—Eso fue hace años, Jess. ¡Supéralo!

—Nunca. Porque, no sólo me quitaste a Gustav, sino que luego le hiciste la vida tan amarga, que se suicidó.

—¡Mi Dios! —se asombró Robin cubriéndose los labios con sus dedos—. ¡Esa parte no me la contaste!

—Porque es mentira —intervino Catherine entrecerrando sus ojos sin dejar de mirar a Jessica—. Y cada vez que me ve su imaginación se activa alimentada por su rencor e inventa algo nuevo—. Jessica sólo sonrió con suficiencia—. Ándate con cuidado —le advirtió Catherine—. No olvides que alguna vez fui la depositaria de tus secretos.

—Y no sabes cuánto me arrepiento de ello —le contestó Jessica sin vacilar—. De lo que más me arrepiento en la vida, es de haber confiado en ti, de haberte dicho que Gustav me gustaba... Todavía tengo pesadillas con ese momento, por las veces que he deseado retroceder el tiempo.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Robin con un tono de voz algo elevado, lo que llamó la atención de algunos alrededor—. ¿Qué haces en mi fiesta?

Catherine se pasó la lengua por los dientes tratando de hallar una salida a este predicamento. Miró a Jessica con rencor, pero ella, en cambio, sonreía.

—Vete de mi fiesta —dijo entonces Robin Cooper mirándola con desprecio—. No quiero gente como tú cerca de mí.

—Haces bien, cariño —dijo Jessica—. Puedes incluso hablar con tu padre y decirle que por nada del mundo haga negocios con su familia.

—Por supuesto que lo haré.

—Oh, ¿tu padre hace caso de tus sabios consejos? —se burló Catherine, sintiendo como la rabia le subía por la garganta.

—Para su padre, ella no es un cero a la izquierda, como tú —contestó Jessica en su lugar.

—Tú me estás cansando. Deja de meterte conmigo, porque sabes de lo que soy capaz.

—No tengo novio que me puedas quitar —le contestó Jessica—. Al contrario, eres tú la que pronto se comprometerá. Y Oliver siempre me ha parecido guapísimo... —Jessica se mordió los labios en un gesto de sensualidad, pero aquello más bien provocó la risa de Catherine.

Sin embargo, se contuvo.

Oh, por favor, dijo en su mente mientras sus ojos vagaban por el salón disimulando su diversión. Quítamelo, quítamelo de encima. Y si luego haces que se suicide, yo no diré nada.

—Si retrocediera el tiempo —susurró Catherine llena de rencor, con los ojos fijos en su ahora enemiga—, te volvería a quitar a Gustav. ¿Sabes qué decía de ti?, que cada vez que lo besabas, le dejabas la cara llena de babas. Tenía que lavársela cada vez.

—¡Cállate, zorra!

—¡Por eso me buscó a mí! —sonrió Catherine poniéndose la mano en el pecho y simulando lástima—. También dijo que eres pésima en la cama...

—Tú... —Catherine no esperó a que dijera nada, y dando la media vuelta, se alejó de allí.

Seguro que Jessica seguiría despotricando contra ella, y poniendo a cada persona que quisiera oírlo en su contra.

Era inevitable. La odiaba. Se odiaban la una a la otra desde lo de Gustav, pero Jessica seguía poniéndose en el papel de víctima y usando esa historia para perjudicarla y arruinar su imagen cada vez que le daba la gana. Parecía ser un juramento que se hiciera: arruinarla a toda costa.

¿Cómo habían pasado de ser mejores amigas junto con Joyce, a ser las peores enemigas?

El culpable había sido Gustav, y lo peor, es que el maldito no estaba aquí para dar explicaciones.

—Ah, estás aquí —dijo Oliver llegando hasta ella, y Catherine lo miró tratando de ubicarse en el aquí y el ahora. Tal vez él era su karma. Tal vez sólo estaba expiando sus pecados, pero eso no significaba que se quedaría quieta, que se quedaría sin luchar.

Sabiendo que tenía la mirada de Jessica todavía sobre ella, recostó su cabeza en el hombro de Oliver y lo abrazó.

Para él, fue como si el cielo se abriera y sonaran campanadas, se escuchara el batir de alas de ángeles, y alguna lira. Para Jessica, como si un nuevo camino al infierno se abriera desde los pies de Catherine.

Para Catherine, su manera más práctica de matar con un tiro, dos pájaros.

—¿Cómo has conseguido enemistarte con la hija de Ronald Cooper en los primeros minutos de la fiesta? —le reclamó Laverne con voz sibilante de ira a su hija, que tenía la mirada baja, mientras con sus dos manos apretaba el diminuto bolso—. Por Dios, Catherine —gruñó ahora—. Te hice venir con un solo propósito, una sola cosa te pedí, ¿y lo arruinas antes siquiera de empezar? ¿Cómo has podido? ¿Tan poco te importa tu madre?

—Laverne... —intervino Oliver tratando de tranquilizarla, y Laverne lo miró asintiendo como si sólo necesitara que le recordaran recobrar la compostura para hacerlo y respiró hondo. Parecía que, en vez de gritar, quisiera usar sus uñas, pues las tenía como garras en aquel momento.

—Eres decepcionante, como siempre —farfulló Laverne sin mirar a su hija, y Catherine sólo tragó saliva.

—Son cosas de chicas —volvió a hablar Oliver con voz conciliadora—. Tengo fe en que Catherine lo sabrá solucionar luego, sólo necesita una oportunidad para mostrarle a Robin Cooper que es una buena persona.

—¡Pidió que la echaran de la fiesta! ¡Gracias a la intervención de Ronald Cooper no nos echaron a todos!

—Porque hasta él sabe que en asuntos de mujeres... de niñas... es mejor no meterse. No seas tan severa con Catherine, ya verás cómo todo se soluciona.

—Eso espero. Oh, Oliver, cariño. No sabes cuánto agradezco al cielo que estés aquí y te ocupes de ella...

—Estoy aquí sólo para ella y para ti, Laverne.

—Llévala a casa, ¿quieres?

—Necesito volver a Cambridge... —susurró Catherine como si en vez de en una sala junto a su madre y su supuesto prometido, estuviera ante la silla eléctrica.

—¡No puedes exigirme nada! —exclamó Laverne volviendo a su tono agresivo—. No cumpliste con la única condición que te puse. Te irás mañana.

—Mamá... —suplicó Catherine—. Estoy en exámenes. Necesito estudiar, necesito...

—Ya no me hables. ¡Me fastidias!

—¡Mamá! —la llamó Catherine con voz quebrada, pero Laverne ya había dado la vuelta y se alejaba.

Catherine quiso ir tras ella, pero por experiencia sabía que aquello no serviría de nada. Ni si le suplicaba de rodillas obtendría lo que quería o necesitaba. ¿Cuándo podría hacer entender a su madre que había cosas que para ella eran importantes?

—Necesito volver —repitió con voz llorosa—. Estoy en exámenes...

—¿Por qué te empeñas tanto? —dijo la voz sonriente de Oliver, y ella, que casi había olvidado que él seguía allí, se giró a mirarlo.

Qué ganas de abrirle la cabeza para comprobar si allí había un cerebro.

Él la miraba con esa sonrisa que indicaba que la tonta era ella y el inteligente él, como si intentara explicarle cosas básicas de la vida, porque ella, pobrecita, era corta de miras.

Eres más inteligente que él, se recordó. La razón por la que no te gusta, es porque sabes que

puedes manipularlo, usarlo a tu antojo. Ya lo has comprobado.

Ella prefería un hombre con carácter, que de vez en cuando se le enfrentara, que le hiciera ver las cosas conservando el equilibrio entre la fuerza de su personalidad y la de ella. No que todo fuera una constante pelea, pero tampoco que le diera siempre la razón. Oliver hacía esas dos últimas cosas dependiendo de su humor, o del de ella.

Ahora necesitaba al bobalicón que siempre le daba la razón.

—Tu familia tiene un Monet —dijo, tratando de usar un razonamiento que él pudiera comprender. Oliver sonrió automáticamente orgulloso sin preguntarse por qué de repente ella traía el tema a colación.

—Así es. Costó unos cuantos millones.

—Y conseguirlo fue difícil.

—La subasta estaba reñida.

—La universidad es mi Monet —dijo ella simplemente, lo que hizo que él la mirara sorprendido. Catherine tomó aire y empezó a explicarse—. Graduarme sería lo más valioso para mí. Y no graduarme de cualquier manera... Graduarme con un reconocimiento... el que sea.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué es tan importante? Si te casas conmigo, nunca necesitarás trabajar, que es para lo único que te serviría un título —Catherine se mordió los labios pareciendo desamparada, cuando lo que en verdad quería era clavar sus tacones en esa cabeza.

—Porque... —empezó a decir, hablando despacio— quiero que mi marido se sienta orgulloso de mí no sólo por mi belleza, por la manera como manejo los asuntos de la casa, o por cómo crío mis hijos. Quiero que me admire por mi inteligencia, quiero poder hablar de negocios con él antes de quedarnos dormidos. Quiero que cuando me exprese que está preocupado por el precio de las acciones, yo pueda entenderlo... Tal vez no necesite mi consejo, pero al menos sabrá que no está hablando con la pared—. Oliver la miró fijamente. Parecía que, por fin, la entendía.

Claro, ella había usado su título como otro beneficio para el marido, no para ella misma, y por eso se le había hecho fácil empatizar.

¿Ves, idiota?, quiso decir. Soy más inteligente que tú.

—Te ayudaré a conseguir tu Monet —dijo, y Catherine dejó salir el aire de puro alivio—. Convenceré a tu madre de dejarte volver esta noche.

—¿De verdad? ¿Lo harías por mí?

—Haría cualquier cosa por ti, Catherine. Hasta iría al infierno para conseguirte lo que quieres—. Ella sonrió más bien horrorizada, pero no despreció sus palabras.

—Gracias, Oliver.

—A cambio de algo —Catherine contuvo el aliento. Pero claro. ¿Por qué pensó que podía ser tan fácil? Nada nunca lo era. Todo tenía un precio, la mayoría de veces, muy elevado.

Oliver se acercó a ella, poco a poco, hasta tenerla contra una pared.

Estaban en un salón contiguo al de la fiesta, y, aunque solos, Oliver no podría hacer nada comprometedor aquí.

—Quiero besarte —susurró él—. Y quiero que te comportes como mi verdadera novia el resto de la velada, que me mires sólo a mí, que no te alejes de mi lado—. Catherine tragó saliva pensando en si debería hacerle caso.

Pero al pensar en el examen del lunes a primera hora su estómago se encogía, así que sin pensarlo mucho movió su cabeza asintiendo. Oliver sonrió de oreja a oreja.

—Qué fácil es conseguir lo que quiero de ti—. Ella entrecerró sus ojos mirándolo, pero él rio y se acercó para besarla.

Ya conocía sus besos, ya habían estado en esta situación antes.

Oliver nunca había encendido en ella lo que todos llamaban la llama de la pasión, y mientras la besaba, su cuerpo automáticamente evocó otro beso, otros labios.

Sólo había sido una vez, un beso robado en un vacío salón de clase, pero en esa ocasión fueron tantas las sensaciones que la recorrieron que sin pensarlo lo había abrazado, atraído y reclamado. Se había quedado allí deseando más y más, pero ahora...

Ahora sólo podía experimentar incomodidad, insuficiencia, vacío...

El beso terminó y Oliver sonreía, como si estuviese reclamando algún precioso trofeo delante de todo un grupo de perdedores, todos inferiores a él.

Un beso por mi examen, pensó Catherine, pensando que la transacción no era nada placentera, y que ella salía perdiendo.

Pero si Jessica cumplía su amenaza, Oliver le sería infiel con ella, y entonces podría deshacerse de él y sacar de la mente de su madre la idea del matrimonio. Si había algo que Laverne no perdonaba en los hombres era la infidelidad, y hasta el mismo Oliver podría ir olvidándose de conquistarla por muchos regalos caros que le diera.

Había mucho en riesgo, y este juego podía explotarle en la cara. El tiro podía salirle por la culata, pero no tenía más nada qué ofrecer ni qué perder. Oliver ya había demostrado que no la dejaría en paz, que no se rendiría con el asunto del matrimonio; con esto, tal vez pudiera conseguirse un poco de tiempo para sí misma. Todavía quedaba mucho tiempo hasta su graduación, y debía ser muy cuidadosa.

El resto de la velada transcurrió con normalidad. Estuvo alejada de Robin y Jessica todo lo posible, pero cuando tuvo oportunidad de hablar de nuevo con Ronald Cooper, se disculpó por los malentendidos.

Afortunadamente, le había caído bien al magnate, y esperaba que aquello fuera suficiente para calmar las aguas.

Cuando a Catherine le costaba fingir ser una novia amorosa, sólo tenía que recordar que Jessica probablemente los estaba mirando y se corregía. Necesitaba que creyera que Oliver era importante para ella. Si por alguna fatalidad del destino se enteraba de que al contrario, ella quería deshacerse de él, no cumpliría su amenaza de “quitárselo”.

Así que bailó con él, cenó a su lado, sonrió celebrando sus malos chistes, y escuchó su larga disertación acerca del fino traje de paño inglés que había comprado hace poco, y sus propiedades que lo ponían por encima de los demás.

Sólo quería salir huyendo de allí.

No vio a Joyce sino hasta el final, cuando Oliver las acompañó hasta la van para reclamar allí sus pertenencias. Él había conseguido convencer a Laverne para dejarlas ir esa misma noche, y él mismo las llevaría hasta el aeropuerto.

—Por favor, no ignores mis llamadas —le pidió él cuando ya entraban para abordar su avión.

—Si estoy en clase o estudiando, no podré atenderte.

—Entonces, iré a verte de vez en cuando.

—Si haces eso, me molestaré contigo, Oliver.

—No seas así...

—Entonces vamos a tener que renegociar...

—No, no, no. Está bien. Prometí respetar tu sueño de estudiar. Es que sólo deseo estar contigo—. Catherine lo miró por un momento encontrando aquello un poco cursi y fastidioso, y sin añadir nada más, dio la vuelta y se alejó.

Ya en el avión, podía sentir la mirada inquisitiva de Joyce.

—No me he rendido —le dijo mientras se sentaban y abrochaban sus cinturones—. Sigo en pie de lucha.

—Entonces... ¿le das atención para que te deje en paz?

—Algo así.

—No quiero ser aguafiestas, pero eso podría empeorar las cosas.

—No encontré otra salida —contestó Catherine con voz apagada—. Lo odio... y odio a mi madre por obligarme a esto. Joyce... En el fondo tengo miedo. Tal como tú dices, todo podría salir mal... y prefiero morir que ceder, ¿me entiendes?

—No digas tonterías.

Pero no era una tontería, pensó Catherine secándose la humedad de los ojos y recostando su cabeza al espaldar del asiento.

Si acaso no conseguía que Oliver le fuera infiel y que su madre la liberara del compromiso. Si acaso no lograba aplazar el matrimonio hasta después de su graduación, no tendría más remedio que desaparecer, dejar la carrera, irse a trabajar.

Su sometimiento de ahora se debía sólo al deseo de graduarse de la MIT como fuera. Pero si todo salía mal, prefería la pobreza que ser la esposa de Oliver, o seguir siendo la propiedad de Laverne.

Ya antes había intentado huir de ella. Cuando cumplió dieciséis, poco después de lo ocurrido a Gustav, se fue a casa de su tía Janice sin decirle a su madre. Laverne la descubrió, pero le permitió quedarse allí una semana, y luego apareció con una demanda contra su tía por secuestro a menores. Janice y su esposo estaban dispuestos a pelear con la justicia por ella, pero fue Catherine la que, al saber que su madre estaba dispuesta a destruirlos, se rindió y volvió a casa.

Había sido reconfortante que alguien peleara por ella por las razones adecuadas, pero no podía hacerle eso a unas personas tan buenas, unas personas que vivían de su trabajo, que podrían ser fácilmente aplastados por su madre, así que cedió, y volvió a casa ahogada en su propia impotencia, y eso le produjo una nueva depresión.

A los dieciocho, al enterarse de que era admitida en la MIT, envió una carta pidiendo una beca, pero para ser becado necesitabas comprobar que no podías pagar, que tu familia no tenía dinero. No importaba el mérito, las calificaciones de la escuela, nada. Debía demostrar que era pobre, y no, no lo era. Laverne tampoco aprobaría tanta independencia, y habría hecho lo que fuera necesario para sabotearla.

El apartamento que compartía con Joyce había sido un supuesto regalo por su mayoría de edad,

pero cuando quiso venderlo y usar el dinero para su tan ansiada independencia, descubrió que no estaba a su nombre, sino del de su madre.

—¿Crees que lo mío es tuyo sólo porque eres mi hija? —se había burlado su madre cuando descubrió lo que había intentado hacer—. ¿Crees que te daré bienes y propiedades sólo porque saliste de mi útero? Trabaja, así es como se consigue todo.

Pero no podía trabajar, porque entonces ella hacía todo lo posible para que fuera despedida.

No tenía nada de donde echar mano. Sus joyas no eran tan caras como para venderlas e independizarse; su auto no estaba a su nombre, ni ningún otro bien. Su padre no le había dejado nada más que baratijas con valor sentimental...

Y no había nadie en el mundo que pudiera hacerle frente a Laverne y Oliver juntos y vencerlos. No tenía un paladín que peleara por ella.

No lo necesitas, se reprendió. De vez en cuando, el concepto de la princesa atrapada en la torre más alta y custodiada por un furioso dragón se volvía muy real, pero la vida real no tenía príncipes con espadas que pudieran rescatarla.

Su mente evocó unos ojos café verdoso, que lo mismo la miraban con deseo que con odio.

Si tan sólo...

—No te vi en toda la fiesta —dijo sonriendo, borrando de un plumazo cualquier pensamiento inapropiadamente romántico, y centrándose en su amiga, cuyos ojos brillaron con una sonrisa que ella conocía bien—. ¿Conociste a alguien? —Joyce dejó salir una risita nerviosa.

En el momento la asistente de vuelo empezó a dar las indicaciones para el uso de los elementos de emergencia, y Joyce se giró a mirarla con una sonrisa llena de picardía.

—Tal vez... sí.

—¿Quién es, cómo se llama, y cómo luce?

—No sé si decirte... todo podría quedar en nada... Pero bailé con él, y hablamos... reímos... Cat, es el hombre de mis sueños.

—¿Quién es! Vamos, no seas así, dime... —El resto del vuelo, lo invirtieron hablando del misterioso hombre de los sueños de Joyce, y Catherine sólo sonreía feliz, internándose en la vida de su amiga para huir de la suya.

—¿Estás bien? —le preguntó Samuel a su hermana por teléfono—. Te oyes fatal.

—Sólo estoy constipada —contestó Cassie con reproche—. Estaré bien.

—¿Y Harper?

—Bien, grande, inquieta. Un demonio de ojos bonitos —Samuel no pudo evitar reír, con la dulzura dibujada en el rostro mientras se acomodaba mejor el teléfono en su oreja y dejaba su bolso en el suelo, pues pesaba mucho.

—Lo heredó de mí.

—¿Lo de los ojos, o lo de demonio?

—Las dos cosas.

—Lo sé, y te odio.

Unos pasos tras él apareció Catherine, que al verlo se sonrojó un poco, pero él no la vio a ella y

siguió hablando y bromeando con su hermana melliza.

—Pero yo te amo.

—Ten cuidado con lo que dices, o tus novias pensarán que de verdad tienes a alguien.

—Sólo te tengo a ti —Cassie se echó a reír.

—Lo peor es que temo que sea cierto.

“Yo te amo”, repitió Catherine en su mente, y tragó saliva notando de inmediato un nudo en su garganta.

Más que la frase, fue el tono en que lo dijo. Sus ojos tenían una expresión que hizo que a Catherine le doliera algo muy dentro. Él le estaba diciendo “te amo” a una mujer, y probablemente era verdad... sólo que lo hacía pocos días después de haberla besado a ella como si no hubiera un mañana.

—Iré pronto a verte —siguió Samuel—. Cuida tu salud por favor. Eres terrible cuando te enfermas —la mujer al otro lado debió decir algo muy gracioso, pues él soltó la risa, una risa que a ella le llenó la cabeza de palabras como asesinato y ejecución.

Él la vio al fin, y su expresión cambió. Cortó la llamada luego de una apresurada despedida y se giró a mirarla.

—Hola, Slater —lo saludó ella sin alegría. Era la primera vez que hablaban desde lo del beso, y esta había sido la manera más incómoda en que el reencuentro podía haber sucedido.

Gracias, universo, dijo internamente.

—Hola, Catherine. Estaba... —ella lo miró esperando. ¿En verdad iba a explicarse? ¿Iba a decirle con quién estaba hablando antes?

Él pareció darse cuenta de que no tenía por qué hacerlo, y dejó caer su mano dejando el resto de la oración en el aire.

—¿Estás preparada? —preguntó, y ella asintió bajando la mirada.

Definitivamente, no había príncipes en el mundo.

Michelle llegó un par de minutos después y trató de concentrarse en lo que tenían delante.

Expusieron su trabajo, presentaron todo el resultado de semanas de investigación y trabajo duro, y al final, el profesor los felicitó por su buen desempeño. Todo había salido muy bien.

Seguramente no volvería a ver a Samuel, y si así fuera, de nada serviría. Él tenía una novia a la que amaba.

No podía reprocharle nada. El beso había sido...

Caliente, explosivo, profundo, divino...

Pero él había reaccionado a tiempo y admitido que fue un error. Si él lo decía, entonces lo era.

No lo volvería a besar.

Pero... ¿y si lo provocaba un poco? ¿Si lo sonsacaba? ¿Volvería, acaso, a experimentar las llamas de su deseo?

No quieres ser la otra, se recordó. No importa qué tan bien te sientas, no puedes ser la otra. Hay una mujer en algún lugar que quiere a este hombre, lo espera, y tú no puedes hacerle esto aunque sea una desconocida.

Ella sabía muy bien todo lo que se sufría por una infidelidad; su familia había quedado totalmente rota gracias a eso.

—Fue un placer trabajar contigo —le dijo Michelle a Samuel abrazándolo un poco más fuerte y por más tiempo del que era adecuado para la ocasión, y Samuel sólo sonrió un tanto incómodo. Luego la miró a ella como si también estuviera esperando un abrazo de su parte.

Lo miró fijamente sin decir nada. Sus ojos recorrieron sus brazos y sus hombros como si el recuerdo de lo que se sentía estar allí le invadiera la mente, y luego miró sus labios.

—Aunque para mí no fue tan placentero —dijo, tratando de elevar su mirada a los ojos café verdoso—. Me alegro de haber llegado al final, Slater—. Él la miró inexpresivo por largo rato, pero por fin extendió la mano a ella.

Catherine se sintió atraída tal como una polilla al fuego, y antes de darse cuenta, su mano ya estaba siendo tragada por la suya, más grande y masculina.

—También yo me alegro —dijo él, y su voz envió corrientes que parecieron dispersarse por todo su cuerpo.

Estás mal si sólo su voz produce ese efecto en ti, se reprendió. Pero era cierto. Nunca antes le había sucedido algo así.

Y la idea de que nunca más volvería a frecuentarlo, ni a tener una excusa para hablar con él le trajo cierto dolor, una sensación de pérdida.

Pestañeó asintiendo a sus últimas palabras, se acomodó la mochila en su hombro, y se giró para alejarse.

Si tan solo Oliver provocara en ella la mitad de las reacciones que Samuel Slater. Si tan solo su vida no estuviera patas arriba ya, fuera de su control, en manos de otra persona.

Se dio la vuelta sin poder evitarlo, y volvió a buscarlo con la mirada, encontrándose con que él la miraba a ella, y otra vez ese dolor, esa pérdida.

Tonta, tonta.

Los días pasaron, y las temperaturas se tornaron cada vez más frías. En el primer fin de semana de noviembre, Catherine hizo una pequeña maleta y tomó un vuelo a la ciudad donde vivía su tía Janice. Ésta la recibió en el aeropuerto, y la abrazó con cariño. Paul, su tío político, le quitó la pequeña maleta, haciendo un comentario acerca de lo pesada que estaba.

—Seguro la llenó de libros —sonrió su tía, y Catherine no pudo contradecirla. Había traído todo lo posible para aprovechar el tiempo y estudiar, aunque adoraba la compañía de su tía.

Al llegar a casa, abrazó a sus primos John y Nathalie. Eran adolescentes ambos, pero a pesar del poco tiempo que compartían, podía decirse que se llevaban bien.

Fue un día para ponerse al día en los últimos acontecimientos. Janice le contaba detalles curiosos del trabajo de Paul, que estaba en el negocio del calzado y poco a poco había ido creciendo, de su día a día ayudándolo en el trabajo y dirigiendo la casa y cuidando de los chicos. Nathalie hablaba de su último verano y todas las actividades realizadas.

Eran temas que a veces la llenaban de extrañeza. Nathalie le hablaba a su madre con respeto, pero también con confianza, y Janice la escuchaba cuando le hablaba, y le prestaba atención a cada palabra, nunca la interrumpía, y mucho menos le decía que lo que decía estaba mal o era una tontería.

Pronto, ella empezó a dar detalles de su vida. Pero no había mucho que decir, se dio cuenta. Sólo estudio, estudio, estudio... Todo lo demás implicaba quejarse, y si empezaba esta noche, jamás pararía.

—Ojalá pudieras quedarte unos días más —le dijo Janice ya en la noche. Todo estaba listo para la ceremonia del día siguiente, y se acurrucaban junto al fuego con una bebida caliente en las manos.

—Ojalá —suspiró Catherine—. Pero tal vez venga en navidad.

—Sí, el año pasado no viniste.

—Mamá tenía esa presentación importante en Francia, y tuve que acompañarla.

—Todavía lo recuerdo. Pasaste la navidad trabajando.

—Pero estuve en Francia. Una mañana pude pasear por ahí por mi propia cuenta.

—No deberías sentirte feliz por eso. Espero que al menos te haya pagado.

—Ella ya me mantiene y paga mi colegiatura.

—No, no, no. Catherine, tienes que dejar de pensar en que le debes la vida. Es tu madre, no tu acreedora. Si yo le cobrara a mis hijos todo lo que les he dado...

—De vez en cuando lo hace —dijo Nathalie mirando a su madre de reojo, y Catherine no pudo evitar reírse un poco.

—No es cierto —se defendió la tía Janice—. No ando por allí diciendo que si no hacen lo que les digo dejaré de pagarles sus gastos. Eso no es ser una madre; Laverne es una carcelera, y esconde muy bien las llaves de tu prisión—. La sonrisa de Catherine se fue borrando poco a poco—. Si tu padre viviera, no lo estarías pasando tan mal. Estúpido accidente.

Estúpido accidente, se repitió Catherine al día siguiente, recordando cómo había ocurrido.

Una noche, Gregory Bell, que lo había perdido todo luego del divorcio, incluso su auto, su negocio, y todo su dinero, se detuvo en una parada de autobús junto con más de diez personas, que al igual que él, sólo ansiaban regresar a casa luego de una larga jornada laboral.

Había sido culpa de un delincuente, que luego de robar un auto, huía de la policía. Perdió el control del vehículo y arremetió contra las personas de la parada, que no tuvieron tiempo de reaccionar para ponerse a salvo, dejando cinco muertos, y muchos heridos de gravedad.

El siniestro había sido noticia nacional, y al culpable le sumaron cargos dándole una larga condena, pero eso no les había devuelto a sus seres queridos.

Ahora, todas las familias afectadas por aquel accidente se reunían y compartían su duelo. Algunos dejaban flores en la parada de autobús, otros, como ellos ahora, se reunían en el cementerio, ponían farolas encendidas sobre las tumbas, que estaba cercas la una de la otra, y decían palabras en honor a ellos.

Catherine suspiró apretujándose su bufanda negra, alegrándose de haber traído estas botas, tan calentitas y cómodas y acercándose más a su tía Janice, que sostenía el paraguas que los protegía de la fina llovizna. El frío atenazaba sus mejillas, pero sus ojos estaban fijos en el nombre grabado en la lápida gris, y la fecha de nacimiento y muerte.

Las familias de los otros cuatro fallecidos estaban allí, pues se habían unido para esta conmemoración, ya que era el décimo aniversario, y Catherine se preguntó cómo había hecho la

tía Janice para contactarlos a todos. A lo mejor...

Sus pensamientos parecieron congelarse automáticamente cuando vio allí a Samuel Slater. Vestido de negro y sosteniendo un paraguas del mismo tono como todos los demás con una mujer muy bonita a su lado y colgada de su brazo. No había duda, era él.

Sería posible que...

Con el corazón retumbando en su pecho, miró los nombres de los otros fallecidos en las lápidas, y entonces lo encontró. Mary Anne Slater. Era su madre, probablemente.

Lo miró de nuevo, y entonces él elevó la mirada y la vio.

En sus ojos se dibujaron la sorpresa y la duda. Seguro se estaba preguntando lo mismo que ella, y lo vio recorrer con la mirada las lápidas, y también encontró el de su padre.

—Por Cristo —sonrió Catherine.

Las casualidades existían.

6

Luego de la ceremonia en el cementerio, todos los asistentes acudieron a un pequeño salón que fue alquilado con el propósito de conmemorar la vida y muerte de cuatro adultos y un menor. Incluso varios de los sobrevivientes estaban allí, y contaban la anécdota de cómo había sido el momento más terrorífico de sus vidas.

Había fotografías de los fallecidos, con una pequeña reseña de sus vidas. Una mesa con muchos alimentos, vino, y buenas conversaciones.

No era la primera vez que se hacía un memorial como este. Hacía cinco años, se habían reunido para una conmemoración, pero no hubo tantos asistentes como en esta.

Samuel miró a la distancia a Catherine, y la vio caminar frente a las fotografías, deteniéndose por más tiempo ante la de su madre.

Su figura alta y delgada se veía un tanto solitaria, y sus ojos la recorrieron desde las botas hasta su cabello suelto. Como siempre, ella se comportaba como si no necesitara de nada ni de nadie, pero cuando sus ojos se encontraron en el cementerio, él casi había podido ver en ellos vulnerabilidad.

Dio un paso acercándose, y luego otro y otro. Cuando pudo darse cuenta, ya estaba ante ella.

Catherine lo miró un tanto sorprendida, pero sus ojos fueron iluminados momentáneamente por un brillo de alivio, o alegría. No supo con exactitud.

—Qué... coincidencia tan grande —dijo él con voz grave, y los ojos de Catherine le recorrieron el rostro.

¿Se había afeitado bien?, pensó de inmediato. ¿Se había peinado?

Ella sonrió.

—Una triste coincidencia, diría yo —dijo, y señaló la fotografía delante de ella—. ¿Es tu madre? —él asintió en silencio—. Lo lamento.

—Yo también lamento tu pérdida—. Ella tragó saliva y bajó la mirada.

—Puedo decir que aún no lo entiendo del todo —dijo—. Estúpido accidente—. Él sonrió, y respiró hondo. Ambos guardaron silencio por espacio de un minuto, con muchas cosas que decir, pero sin atreverse a expresarlas.

—No vives en Altoona, ¿verdad? —preguntó él, y ella sonrió.

—No. Vivo en Manhattan.

—Ah.

—Pero papá se vino a vivir acá luego de divorciarse de mamá. Ayudaba a mi tía en su negocio, y esa noche, simplemente, no volvió a casa. Estuvo una semana en coma, y, finalmente, falleció—. Él la miró de nuevo, muy atento a sus palabras, y Catherine carraspeó—. Tú... Imagino que tú sí vives aquí—. Él asintió.

—Con mi padre y mi hermana —respondió. Catherine se giró a mirar entonces a la mujer que antes había estado colgada de su brazo.

Aleluya, no era su novia.

Pero aún podía tener una.

O, tal vez... ¿Entre hermanos se dicen “Te amo”?

Pregúntale, ¡pregúntale!

Pero sólo volvieron a mirarse en silencio.

—Oye, Sam —dijo Cassie acercándose con el teléfono en la mano, pero al ver que Samuel miraba fijamente a la mujer delante de él, sus ojos volaron automáticamente a ella.

Era una guapa y sofisticada mujer no mayor que ella, y que también tenía clavados sus bonitos ojos en él.

¡Flechazos, flechazos!

—¿Me presentas a tu amiga? —sonrió de inmediato, y Samuel carraspeó.

—Es Catherine Bell, una compañera de la universidad. Catherine, ella es Cassie, mi hermana.

—Un gusto, Cassie.

—¿De la MIT? —preguntó Cassie extendiendo la mano a ella y apretándola suavemente—. ¿Sam te invitó?

—Eh, no... Gregory Bell era mi padre —contestó ella señalando su fotografía. Cassie miró fugazmente la foto, y luego a Catherine. Aquello era verdad, pues padre e hija tenían mucho parecido. Pero eso sólo hizo que la casualidad le pareciera aún más grande.

Por lo general, Catherine no se llevaba bien con otras chicas guapas. Sólo Joyce había permanecido siendo su amiga a pesar de todo lo que habían vivido juntas. Lo había comprobado en la escuela, y luego en la universidad; de inmediato, era considerada por las demás chicas como una competencia, una amenaza, y constantemente tenía que estar librando pequeñas batallas, cuidando sus espaldas, o teniendo que ser agresiva.

No era sólo con las guapas, reconoció. Michelle era muestra de ello, pero necesitaba caerle bien a la hermana de Samuel.

—Eres muy bonita —dijo de inmediato. Por lo general, reconocer la belleza de la otra mujer hacía que esta bajara la guardia y se creyera a salvo. Pero Cassie sólo se echó a reír.

—Oh, gracias, pero no es cierto. Aquí el “bonito” es mi hermano.

—No empieces —protestó él arrugando su frente.

—Mira esos ojazos. ¿Te parece que yo soy bonita luego de mirarlo a él? Hasta los hombres se sienten atraídos. Están conmigo tal vez porque soy él en versión mujer.

—Eres una exagerada.

—Y tengo que reconocerlo —suspiró Cassie tomando el brazo de su hermano y colgándose en él—. Las mujeres me halagan sólo porque quieren caerme bien para que las ayude a conseguir un cupo en su cama—. Catherine no pudo evitarlo y se echó a reír.

Ella era una de esas, probablemente.

Pero primero muerta que reconocerlo.

—Tu hermano ni siquiera me cae bien —dijo elevando el mentón y agitando su mano—. Es malo, orgulloso y vengativo.

—Las dos últimas, sí... ¿Qué hiciste para que ella diga que eres malo? —preguntó mirando a Samuel, y éste sólo miró a Catherine con ojos entrecerrados, y luego se giró a su hermana.

—¿Tienes que ponerte de su lado de inmediato? ¿Por qué soy yo el malo? ¿Dónde está la lealtad que me debes?

—Soy tu melliza, no tu abogada. ¿Qué te hizo? —le preguntó a Catherine, que por un momento pareció sorprendida por el dato de que eran mellizos, y luego sonrió. Cassie cada vez le caía mejor.

—Robó mi pendrive. El pendrive donde tenía todos los trabajos del semestre —Cassie abrió grande su boca.

—Estás añadiendo cargos —protestó Samuel—. Nunca lo robé. Sólo... lo encontré y no quise devolverlo.

—Es lo mismo —dijeron Cassie y Catherine al tiempo, se miraron y sonrieron. El teléfono de Cassie sonó en el momento, y se alejó pegándolo en su oreja. Samuel la miró entonces.

—¿Vamos a discutir eternamente por lo mismo? —le preguntó. Catherine abrió grandes sus ojos.

—Eso suena como si me estuvieras proponiendo una eternidad—. Él cayó en cuenta entonces de sus palabras, y sucedió lo más hermoso que Catherine jamás había visto. Samuel Slater se sonrojó—. Pero podríamos... en vez de discutir... No sé, hacer otra cosa más entretenida.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—¿Qué dije?

—Lo que dijiste.

—No he dicho nada—. Él sonrió, y Catherine pudo admirar al fin su auténtica sonrisa. Dientes bonitos, ojos bonitos... —Entenderé si consideras que soy demasiado para ti —dijo ella, ya arrojada al fuego y exponiéndose al rechazo sin miedo a nada—. La mayoría de los hombres piensan como tú.

—Vaya que eres humilde.

—No me enseñaron a ser humilde —dijo, y de repente comprendió cuánta verdad había en aquello. Tragó saliva y se giró a mirarlo encarándolo como se encara al enemigo—. ¿Por qué me besaste? —preguntó—. ¿Por qué luego dijiste que era un error? ¿Sabes las ganas que me dieron de tirarte una roca a la cabeza luego de eso? —Samuel sólo elevó sus cejas y miró a otro lado. Tal vez no se había esperado que ella le hiciera ese reclamo.

—Lo siento —dijo, y aquello sorprendió y molestó a Catherine. No quería una disculpa, quería una explicación.

—¿Por lo del Pendrive? De acuerdo, te perdono —Samuel se echó a reír, y Catherine lo miró pasmada.

—Vaya, Slater, por primera vez, ríes por algo que dije —Samuel la miró fijamente.

Esta mujer era atractiva, pero no sólo físicamente. Era dueña de una fuerza y una entereza que había visto en muy pocas. Era sincera, y eso le daba el alivio de saber que siempre diría lo que pensaba no importando cuán arrogante sonara. Para alguien como él, que consideraba que los subterfugios usados por las mujeres eran una pérdida de tiempo, ciertamente esta sinceridad era algo muy refrescante.

Además, notaba en ella cierta soledad. Elevaba su mentón y miraba por encima del hombro, se enfadaba y decía cosas casi hirientes sin andarse con medias tintas, pero tal vez todo era un escudo para no mostrar que era tan de carne como cualquier otro.

Lo había demostrado en aquel salón de clases vacío, luego de ese beso. Cuando él dijo que era un error, ella lo tomó a broma diciendo que como distracción había estado bien, cuando al principio fue evidente que ella quería seguir besándolo, e incluso intentó seducirlo de nuevo cuando él

había parado.

No había dejado de pensar en ese beso. Por todos estos días, estuvo presente en su mente. Se había dado besos muy calientes con otras chicas antes, pero en ninguno de ellos estuvo a punto de perder la razón. Y ahora que la tenía delante, sólo podía pensar en lo bien que se sentiría volver a tomar su cintura y pegar sus labios a ella, a toda ella.

No te distraigas, se reprendió. Ella, definitivamente, sería una enorme distracción en sus objetivos, en su camino.

No estoy buscando una relación en este momento. No está en mis planes. Por el contrario... sería lo último.

Pero aquellas palabras no lograron salir de su boca, se estancaron detrás de sus dientes como si tuvieran voluntad propia.

Además, ella lo miró con esos enormes ojos grises, y las palabras que estaba luchando por pronunciar, simplemente se borraron de su mente al instante.

¿Por qué?, se preguntó entonces. ¿Por qué no podía tener una relación?

Su razón y su lógica, recibiendo el llamado, se pusieron a trabajar a toda marcha.

Porque todo tu tiempo lo inviertes estudiando y trabajando. Ni siquiera tienes tus horas de sueño completas, y llamar a tu familia a veces es un lujo. Una novia requiere tiempo.

Porque no tienes dinero ni para comprarte unos calcetines nuevos, y trabajas incluso en vacaciones pagando la carrera para no graduarte con deudas. Una novia requiere dinero.

Porque toda tu concentración, todo tu esfuerzo, y toda tu voluntad deben enfocarse en una sola cosa: salir adelante, ser alguien que pudiera conquistar el mundo. Una novia ahora sería una enorme imprudencia.

Pero ella seguía mirándolo fijamente, y los ojos de él se desviaron a sus labios, tan carnosos y sensuales, que invitaban a un beso.

Se pasó la mano por su cuello y cerró sus ojos evadiendo su mirada, pero cuando los abrió, volvieron a clavarse en ella.

—Por lo que pasó aquella vez, en ese pasillo —dijo ella de repente con su mirada baja y tono de voz quedo—. Lo lamento —él la miró ahora un poco sorprendido—. No debí desquitarme contigo; fue grosero y maleducado de mi parte no sólo gritarte de esa manera, sino todas las estupideces que dije e hice... Si tan sólo dijera que estaba siendo la peor semana de mi vida, aun así no me excusaría, así que... sólo me queda pedirte perdón por eso—. Samuel abrió sus labios para decir algo, pero se quedó en silencio, tan pasmado como estaba. No mentiría si decía que nunca esperó de ella esta disculpa.

Catherine suspiró y volvió a mirarlo.

—Tampoco te acuso por lo del pendrive —sonrió—. Probablemente, yo habría hecho lo mismo. Has tenido razón en todo, pero soy terca, como acabo de decirte, no soy nada humilde, y... todos mis defectos me impedían ver la realidad.

Samuel tragó saliva, ahora más que nunca deseando llevarla a algún rincón y comérsela a besos.

Sólo pudo sonreír y miró a otro lado, casi viendo con sus propios ojos cómo todas las respuestas que antes la razón y la lógica tan firmemente le habían expuesto para huir de ella se iban al diablo. Estaba cayendo, y lo peor, caía con una sonrisa.

Casi por inercia, dio un diminuto paso hacia ella, cerrando un poco más la distancia entre los dos. Era como si el calor de ella lo atrajera, como si sus miembros tuvieran voluntad propia, y ella seguía mirándolo a los ojos como pidiéndole que se acercara más, otro poco, que la tocara.

Tragó saliva y respiró hondo.

Sería una tontería preguntarse qué le estaba pasando. Ya lo sabía, o lo presentía.

Ella le gustaba de un modo animal, básico, profundo. No importaba cuánto luchara contra esto; toda su alma, todo su cuerpo, estaban rugiendo por reclamar lo que tenía delante: el cuerpo y el alma de ella.

—¿Te gustaría tomar un café luego de esto? —dijo, y ella se mostró auténticamente sorprendida. Samuel sólo se encogió de hombros con la sombra de una sonrisa en sus ojos—. Si me cuentas qué tan mala estaba siendo esa semana, tal vez te perdone.

Lo decía como si tal cosa, se dio cuenta ella, pero esa mirada prometía otras cosas, y a ella le encantó. Sonrió ampliamente, aunque hubiese preferido contenerse, pero por dentro estaba bailando la danza de la victoria.

Se miraron el uno al otro con sonrisas contenidas, deseando reír, pero con miedo de mostrar demasiada felicidad, demasiada satisfacción.

Pero los ojos no mentían, y los de ambos estaban llenos de mucha calidez, un fuego suave que les calentaba el alma, y era algo que les sucedía por primera vez.

—Tía, iré a casa más tarde —le dijo Catherine a Janice, que la miró sorprendida—. Por casualidad... me encontré con un amigo de la universidad —le explicó ella—. Vamos a tomarnos un café, pero te prometo llegar a tiempo.

—Tu vuelo es a las nueve.

—Lo sé. Volveré a tiempo—. Janice miró más allá de Catherine buscando a ese amigo del que ella le hablaba, y Catherine se lo señaló.

—Oh, el hijo de Mary Anne Slater.

—¿La conocías? —Janice sacudió su cabeza.

—Claro que no, pero luego de reunirnos en varias ocasiones, ya los identifico a todos y a sus familias. ¿De qué lo conoces tú?

—Va a la misma universidad que yo.

—Oh, qué bien. Es un chico listo, entonces. ¿Ves? Si hubieses venido aunque fuera una vez a los memoriales, lo habrías conocido antes—. Catherine sonrió admitiendo que su tía tenía razón.

Luego de despedirse de ella, caminó hacia Samuel, que ya la esperaba, y lamentó de veras no haber venido en las ocasiones anteriores, aunque le constaba que no habían sido muchas.

Al principio, estaba muy pequeña, y su madre nunca autorizaba el viaje. Luego, fue una adolescente ocupada, rebelde y molesta con la memoria de su padre, así que no le placía rendirle ningún homenaje. Su memoria estaba destrozada ante ella por la misma Laverne.

Cuando ya se hizo adulta, y fue capaz de comprender algunas cosas, quiso corregir aquello, pero esta era la primera vez que venía.

—Pareces muy pensativa —comentó él sin dejar de mirarla, y Catherine se encogió de hombros. Él la condujo a la salida y Catherine se puso su abrigo.

—En que tal vez mi padre se haya entristecido en el más allá, porque ni una vez fui a visitar su tumba, hasta ahora.

—¿Estabas enojada con él? —preguntó Samuel llegando junto a ella al exterior y miró el cielo comprobando que la llovizna había cesado.

—Sí, mucho—. Él la miró entonces—. Líos familiares —dijo ella lacónicamente, y él aceptó esa evasiva—. ¿A dónde me llevas?

—Cerca hay un café. Podemos ir andando.

—Vale—. Él le señaló el camino y echaron a andar el uno al lado del otro. Estuvieron en silencio todo el camino, pero ninguno se sintió incómodo por ello, ni trataron de rellenar el vacío con comentarios.

Al llegar, él le abrió la puerta, y luego le corrió la silla para que se sentara. Una camarera se acercó y ella pidió un capuchino, mientras él sólo pidió un café negro.

—Así que, cuéntame —le pidió él mientras esperaban el pedido—. ¿Qué tan mala fue esa semana? —Catherine suspiró.

—Tendría que empezar por decirte que tengo una madre un tanto particular—. Él la miró en silencio, y ella cayó en cuenta de que no podía contarle acerca del supuesto compromiso con Oliver White.

Por nada del mundo. No lo conocía bien, pero estaba segura de que él no aceptaría que ella ya estuviera comprometida, aunque fuera sólo de palabra, con otro hombre.

Y no, no quería dejar pasar esta oportunidad con él por alguien como Oliver.

—Mamá es una empresaria muy ruda —dijo, eligiendo con cuidado cada palabra—, y me estaba imponiendo algunas cosas que... beneficiarían su negocio, pero perjudicarían mi vida—. Como él sólo elevó una ceja, Catherine se sintió con la necesidad de contar todo, al menos, la parte que podía ser contada—. Hice todo un esfuerzo muy grande para ingresar a esta universidad, creyendo que así calificaría al fin para trabajar a su lado... ya sabes... Pero luego me dejó claro que no heredaré su empresa —dijo—. No tiene más hijos, pero no me ve a mí como su sucesora.

—Y eso te molesta —concluyó él, y Catherine hizo una mueca tratando de restarle importancia, pero se quedó en silencio—. Entonces, emprende tu propia empresa —dijo él llanamente, y Catherine volvió a elevar su mirada—. No es obligación que continúes el negocio de la familia. Eres lista; por ti misma, puedes empezar algo y hacerte exitosa.

Ella guardó silencio. Al final, el supuesto motivo por el que su semana estaba siendo horrible tenía una solución muy básica, y ella estaba quedando ante él como una tonta.

—Luego, cuando seas exitosa —siguió él—, podrás ir ante ella y decirle que eres una digna sucesora, pero, qué lástima, porque ya no tienes tiempo para ocuparte de cosas pequeñas—. Aquella imagen llegó nítida a su mente, y la amó. Lo miró encantada, y no pudo evitar reír.

Él se cruzó de brazos recostándose a su silla, fascinado por su hilaridad, y esperó a que se calmara.

Él no la estaba juzgando, pensó ella. Por el contrario, le daba soluciones a un problema que ella apenas si había expuesto.

Así era él. En todas las reuniones de trabajo en las que estuvieron, encontró que aquel era su método. No se enfrascaba en el problema, tratando de hallar los porqués, sino que saltaba a la búsqueda de soluciones, otras alternativas.

—Si conocieras a Laverne Brown —dijo ella sofocando su risa—, entenderías mi risa.

—Pero tú puedes convertirte en alguien capaz de luchar contra ella. Tienes lo que se necesita.

Sí, tal vez, pensó ella, pero estaba cansada de luchar contra alguien que se suponía debía ser su mejor aliada en la vida.

Las bebidas llegaron y ella recibió su capuchino en silencio. Esperó a que él diera el primer trago y le sonrió.

—Ahora, dime algo de ti —le pidió, y Samuel se encogió de hombros.

—No hay mucho qué decir —ella entrecerró sus ojos, pero él no parecía esquivo, sino que simplemente estaba declarando un hecho—. A diferencia de ti, mis padres no tienen negocios o empresas que puedan heredarme —dijo, y Catherine lo miró con sorpresa—. Papá es un empleado de la seguridad privada, y yo estoy becado en la MIT.

En otras palabras, era pobre.

Catherine clavó sus ojos en él, como si de repente él le hubiera dicho que venía de alguna comunidad de excéntricas costumbres, y él sonrió con humor.

—¿Sorprendida? —ella pestañeaba como si trataba de interiorizar esa información.

—Bueno... Sí, un poco.

—No deberías. La población rica es realmente reducida. El resto... somos ciudadanos de a pie.

Y aquello, ahora comprendía, era literal.

—Personas como tú y yo tenemos muy pocas cosas en común, Catherine —dijo él muy serio—. Vemos la vida desde orillas opuestas.

—Y sin embargo —dijo ella—, yo estoy feliz de haberte conocido. Estoy feliz de que estemos aquí, compartiendo un café. Tal vez, el ver la vida desde orillas opuestas enriquezca nuestras perspectivas—. Él elevó una comisura de sus labios en una media sonrisa, y el corazón de Catherine saltó por la belleza de aquella expresión.

Samuel cruzó sus fuertes brazos sobre la mesa, recostándose un poco, con lo que quedó más cerca de ella, y Catherine pudo sentir su aroma.

Ah, olía delicioso. Recordaba este aroma desde la vez que se besaron. Quería volver a tenerlo cerca, alrededor suyo, envolviéndola totalmente.

—¿Tienes hermanos? —preguntó él, y ella sacudió su cabeza negando.

—¿Y tú?

—Sólo Cassie.

—¿Tienes novia? —él meneó su cabeza.

—Si tuviera una, no estaría aquí contigo.

—Tenía que preguntar, con los hombres nunca se sabe —él elevó una ceja inquisitivo.

—Conmigo siempre se sabe.

—Bueno, el otro día te escuché hablando por teléfono. Le decías “Te amo”.

—Seguro era a mi hermana.

—Ah.

—¿Eres celosa? —preguntó él ahora con una sonrisa, y Catherine se concentró en su capuchino

dándole un largo trago.

—Tal vez —admitió—. Papá le fue infiel a mamá, se divorciaron, y mi vida fue un infierno desde entonces. Odio la infidelidad.

—Vaya. Lamento eso.

—También yo.

—Por eso no visitabas su tumba —comprendió él, y ella sonrió con un poco de amargura.

—Lo castigué severamente, supongo.

Y por eso eres como eres, quiso decir él, pero guardó silencio. Empezaba apenas a conocerla, y agradecía enormemente esa personalidad que no se guardaba nada.

Terminaron las bebidas y él propuso salir de nuevo.

El aire estaba helado, pero a ninguno le importó, y caminaron hasta un parque natural con senderos empedrados. Uno al lado del otro, fueron hablando de cosas triviales, como las calificaciones de la universidad, cursos que él ya había visto y que pronto ella enfrentaría, o lo mucho que le había servido la corrección a aquella fórmula.

—Revisé una por una todas las que tenía en esa hoja, y no me vas a creer. Había otras dos mal.

—Suele pasar.

—Gracias por haberme ayudado esa vez.

—Ya me agradeciste —dijo él sin prestar mucha atención, pero ella lo estaba mirando con una sonrisa.

—¿Responder a ese beso cuenta como agradecimiento? —Él sonrió con timidez.

—No me refería a eso.

—¿Entonces?

—En esa ocasión dijiste “Gracias”. Es suficiente para mí.

—Ah.

Él se detuvo de repente, y ella, que venía detrás con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, casi chocó con él.

Se miraron de nuevo el uno al otro, cargando el aire de intensidad.

Otra vez, él dio un paso hacia ella, pero Catherine no retrocedió. Si iba a besarla, ella no podía más que celebrarlo.

—Dime la verdad —murmuró él, y hasta su voz le pareció a Catherine endiabladamente sexy—. Te gusto, ¿no es así? —ella se echó a reír, encantada por la pregunta, por su mirada, por su postura, por todo él.

—Deja de decir tonterías, eres tú el que no ha dejado de mirarme.

—Ah, yo.

—Y fuiste el primero en besarme esa vez.

—Pero tú querías más —dijo él, dando otro paso.

—No es cierto.

—Mentirosa —ella sólo siguió sonriendo como una boba—. Si te besara ahora...

La mirada de ella tenía tanto anhelo, que la de él se encendió de inmediato, centrándose en los labios de ella.

Y de nuevo, pero esta vez sin prisas, él tomó su cintura, la acercó a su cuerpo, inclinó su cabeza a la de ella y la besó.

Los labios de él sabían a café y a pasión, y Catherine se dejó besar entregando sus labios completamente, dejándose llevar por cada movimiento, por cada respiración. Elevó sus manos por su pecho hasta llegar a sus hombros, y una vez allí le rodeó el cuello apretándose contra él.

No hacía frío, por el contrario, el calor estaba invadiendo sus cuerpos. Sentía que el abrigo que llevaba puesto le sobraba, que toda su ropa estaba de más.

Y comprender eso le encantó y asustó a partes iguales, pero no dejó de besarlo.

Justo en ese momento, un teléfono empezó a timbrar, lo que los hizo separarse.

Era el de Samuel, que lo atendió un poco contrariado por la interrupción.

Catherine lo escuchó hablar con su hermana, y luego mirar su reloj. La actitud de él cambió de inmediato, y ahora parecía apurado.

—Ya es hora de irme —dijo luego de cortar la llamada—. Tengo una clase mañana a primera hora.

—Oh... reservaste tu vuelo muy temprano —dijo ella mirando también su reloj.

—No voy en avión —dijo él, y ella pestañeó varias veces confundida.

Desde aquí hasta el campus eran muchas horas en coche. ¿Haría ese viaje por tierra?

La caricia de él en su mejilla le hizo volver al presente, y él se inclinó para besar de nuevo sus labios, pero esta vez fue un beso fugaz.

—Lamento que la cita termine así —dijo—. Te prometo compensarte. Tengo el tiempo justo para recoger mis cosas.

—Iré contigo.

—¿A dónde?

—A tu casa... a recoger tu equipaje —él sonrió algo incrédulo—. No lo pienses tanto —apuró ella tomando su mano y emprendiendo el camino de vuelta.

Ya en la calle, él detuvo un taxi y subió con ella, mirándola de reojo. Su casa no era nada grande ni lujosa, y no podía negar que se sentía un poco cohibido por ese asunto, pero era mejor que desde ya ella supiera quién era él y de dónde venía. No podía ser acusado de exagerar ni mentir más adelante.

Y por otro lado... ella en su casa...

Sería algo interesante ver sus reacciones. Ya lo estaba esperando.

Catherine no sabía exactamente qué había esperado, pero definitivamente no era lo que estaba viendo.

La casa de Samuel era pequeña, de una sola planta, y de un revestimiento que antes debió ser azul. Se le notaba que era algo vieja, que tal vez necesitaba reparaciones en el tejado, que la malla que separaba el jardín ya necesitaba un cambio... Pero era bonita, acogedora, limpia.

A pesar de ser invierno, se hacía evidente que el jardín estaba cuidado, pues los arbustos, aunque desnudos, tenían cierto orden, y las macetas se apilaban la una al lado de la otra indicando que había una mano que las cuidaba.

Sonrió mirando a Samuel, que parecía estudiar sus reacciones.

Ajá, él había esperado que ella se horrorizara.

—¡Sam, date prisa! —dijo la voz de Cassie saliendo al porche, y entonces vio a Catherine. No pudo disimular su sorpresa, y le agitó la mano invitándola a entrar.

—Bienvenida a nuestra pequeña casa —dijo Cassie con una sonrisa.

Catherine entró y de repente vio la explosión de colores que era la casa por dentro. Las paredes eran blancas, pero los muebles azules, amarillo y rojo, haciendo juego con una vieja alfombra, fotografías en las paredes, plantas de interior, y los juguetes que estaban esparcidos por el suelo.

La casa tenía una estructura antigua, con paredes que separaban cada ambiente, pero lucía limpia, cuidada, y llena de detalles como fotografías de los mellizos de niños, de la fallecida madre, y de la familia al completo.

—Si hubiese sabido que venías, habría limpiado un poco —dijo Cassie excusándose y recogiendo del sofá un largo gusano de colores. Catherine sonrió.

—No hace falta. Tu casa es muy bonita.

—Eres muy amable. Sam, ¿estás lento!

—Ya voy —contestó él, y miró a Catherine—. Espérame un momento, no tardaré —dijo, y caminó por un pasillo que seguramente llevaba a las habitaciones.

—¡Papá, ven para que conozcas a la amiga de Sam! —llamó Cassie, y Catherine la miró con un poco de aprensión.

Tal vez esperaba a alguien con expresión severa, o que la rechazara tal como había hecho Samuel al principio, pero Frank Slater fue sumamente amable.

—Bienvenida —le dijo Frank estrechando su mano—. Eres muy guapa.

—Oh, gracias.

—Es de la misma universidad que Sam, papá —comentó Cassie con una sonrisa—. ¿En qué año estás?

—En segundo —contestó ella sintiéndose un poco rara. Para ellos parecía ser algo muy interesante que estuviera estudiando en una universidad, siendo que tenían a Samuel que también lo hacía.

Le ofrecieron café, y mientras lo tomaba, pudo ver a Samuel ir y venir un par de veces por el pasillo.

De repente, se escuchó a alguien llorar. Un niño, o bebé.

—Oh, Harper despertó. Sam, ¡hiciste ruido! —se quejó Cassie, y se metió en una habitación, saliendo luego con una bebé en sus brazos.

Era una niña, y debía tener dos o tres años, no estaba segura. Ella se recostaba en el pecho de Cassie muy somnolienta, y la miraba con los mismos ojos de Samuel.

—Esta es mi hija —le dijo Cassie a Catherine—. Saluda, Harper —pero la niña solo la miró en silencio, y luego giró su cabeza a otro lado—. Cuando recién se levanta, es un poco gruñona.

—Es... preciosa —sonrió Catherine, y estaba siendo totalmente sincera. Pero no podía negar que le sorprendía que alguien tan joven como Cassie ya tuviera una hija.

—Oh, ya está aquí el taxi—. Samuel salió al fin con un pequeño maletín en su mano, Catherine se puso en pie dejando la taza de café en la mesa más próxima. —Sam, no voy a poder acompañarte —le dijo Cassie, y señaló a la bebé—. Pero puedes ir con Catherine —siguió—. ¿Tienes algún problema con acompañar a mi hermano a la terminal de transportes?

—No, ninguno.

—De acuerdo —suspiró Samuel, y caminó hacia su padre para darle un beso en la mejilla. Aquello la sorprendió mucho, y más, cuando vio los mimos que le hacía a su hermana y sobrina despidiéndose.

Ella también se despidió de los Slater, y siguió a Samuel hasta el taxi.

Ya dentro, lo miraba disimulando una sonrisa. No había imaginado que pudiera ser tan amoroso con sus familiares, pero acababa de verlo. Y fue algo tan natural y bonito, que le llenó el corazón de una cálida alegría.

Como él la miraba con una pregunta en sus ojos, ella sólo sacudió su cabeza negando, y obligándose a disimular sus emociones.

Ya en el terminal de transportes, Catherine miraba todo alrededor como si estuviese en un circo lleno de animales exóticos. Tampoco podía creer que Samuel fuera a pasar tantas horas en un bus; llegaría pasada la media noche, pero eso no parecía importarle.

—Supongo que tú volverás en avión —ella asintió, y Samuel sonrió—. Entonces... nos veremos en la universidad.

—Tenlo por seguro —le sonrió ella acercándose, ocasión que él no desaprovechó para pegarla a su cuerpo y buscar su boca.

—Me has vuelto loco —susurró él casi sobre sus labios—. No puedo pensar en otra cosa que en besarte, y tocarte—. Ella sonrió encantada.

—Me pasa exactamente lo mismo.

—¿Qué nos espera ahora, Catherine? —ella elevó su mirada a la de él, que ahora parecía muy serio—. Somos personas ocupadas, y seguro que también tú pones tu carrera por encima de todo —. Catherine mordió el interior de sus labios muy pensativa, y a él le costó no volver a besarla al ver ese gesto.

—¿Qué tal si... simplemente... dejamos que las cosas... pasen? —él elevó una ceja muy interesado. Catherine suspiró—. Esto podría ser algo pasajero —admitió ella encogiendo un hombro—. Pero también podría ser... algo... que me asusta sólo pensarlo—. Eso lo hizo reír, y volvió a acercarse y a besarla.

—Sí, podría ser algo pasajero —admitió él.

—Ni tú ni yo estamos en posición de defender una relación ahora. Pronto te graduarás, yo...

—No hables de posiciones ahora—. Eso le hizo abrir grandes sus ojos, y al ver su mirada llena de picardía, no pudo evitar soltar la carcajada—. Ya te lo dije, me has vuelto loco.

—Ya lo veo. Pero me encanta.

—Te encanto.

—Me fascina —volvieron a besarse, hondo, suave, caliente. Pero entonces anunciaron la salida del bus de Samuel y él tuvo que dejarla.

—Deberás tomar un taxi —dijo él mirando hacia la salida—. Por favor, ten mucho cuidado.

—No te preocupes. He tomado taxis antes —él sonrió pensando que era una broma, pero ella de verdad parecía orgullosa de eso. ¿Era una “niña rica”, entonces?

Vaya, tenía mucho que conocer de ella.

—Te llamaré.

—También te llamaré.

—Nos vemos.

—Adiós —sonrió ella, y él por fin soltó su mano y dio la vuelta alejándose.

Catherine se ajustó el abrigo viéndolo partir. Él no sólo era bello de frente, también de espaldas, y le emocionaba saber que pronto podría volver a verlo.

¿Qué le pasaba?, se preguntó poniéndose los dedos sobre las mejillas calientes. ¿Por qué le emocionaban tanto cosas tan triviales? ¿Por qué era feliz sólo por saber que mañana, o esta misma noche, podría escribirle, bromear y seguir hablando con él?

Podía ser algo pasajero, se repitió. Pero en el fondo sabía que había más probabilidades de que fuera importante.

De vuelta en la universidad, Catherine no hacía sino atisbar por los pasillos por si acaso veía a Samuel. Estaban en la misma facultad, después de todo. Cabía una posibilidad, pero no tuvo suerte.

Anoche, en cuanto había llegado, él le había escrito. Estaba cansado, dijo, y quería aprovechar las pocas horas de sueño que le quedaban.

Pero al menos le había escrito, sonrió.

Cuando estaba en clase le llegó un mensaje suyo. Al parecer, sus horarios estaban cruzados, y sería difícil verse durante el día.

Hizo una mueca de decepción.

“Estaré en la biblioteca a las siete”, le escribió él, y el ánimo le volvió.

A las siete estuvo allí.

Al verla, él se puso en pie y le tomó la mano. Por el lugar en el que estaban, no pudo saludarla como realmente quería, pero la sonrisa de ella le decía que comprendía y también lo lamentaba.

No se dijeron nada, y ella sacó sus libros en el lugar frente a él y empezó a estudiar, pero toda la concentración de Samuel se había ido al diablo, y muy seguido levantaba la mirada a ella.

Cuando por debajo de la mesa los pies de ella se tropezaron con los suyos, al parecer sin querer,

Samuel no pudo desaprovechar la oportunidad de retenerle el pie entre los suyos. Catherine lo miró fijamente.

“¿Qué haces?”, le preguntó con la mirada, pero él sólo sonrió disimuladamente. Al ver que no planeaba liberar su pie, y que, como si nada, él siguió leyendo, Catherine entrecerró sus ojos.

Poco a poco, fue subiendo el otro pie hasta tocarle el muslo, y entonces él reaccionó liberándola.

Ella soltó una risita divertida y metió su cabeza entre los libros.

Un minuto después. Él se puso en pie, la tomó de la mano, y la llevó fuera de la biblioteca hacia las escaleras de emergencia. Su agarre, aunque firme, no era duro, y Catherine no pudo evitar morderse los labios por la expectativa.

Una vez a solas, Samuel la puso contra la pared, y sin perder un instante más, la besó.

Catherine elevó sus brazos a sus hombros rodeándolos, entregándose a él tal como lo había venido deseando desde ayer que se despidieron en el terminal.

La lengua de él buscaba la suya, sus manos le rodeaban la cintura, y poco a poco se fueron pegando el uno al otro encendiendo el calor que ya conocían. Un afán de tocarse los invadió, y él la alzó a su cintura restregándose suavemente contra ella.

Estaba duro, otra vez, y lo que quería hacer a continuación no podría terminarse en este lugar, así que apoyó su frente en el cuello de ella, con la respiración entrecortada, excitado, pero invocando la calma.

—Tu casa, o la mía —propuso ella, y él la miró entre fascinado y sorprendido. Ella estaba tomando la iniciativa, y eso le encantaba.

Rápidamente, hizo cálculos en su mente. Tenía clases a primera hora. Todos los días tenía clases a primera hora. Reuniones con sus profesores, pues ya estaba trabajando en su tesis de grado; horas de trabajo para la universidad, pues tenía una deuda, y luego, horas de estudio para sus exámenes y actividades.

Ni un minuto disponible, y lo que él quería era por lo menos pasar toda una tarde, una noche, y una mañana, adorando el delicioso cuerpo que tenía entre sus brazos.

Y se temía que aquello no le bastaría.

—Déjame... abrir un espacio en mi agenda —pero al tiempo que lo decía, besaba suavemente la delicada piel de su cuello, y Catherine echó su cabeza hacia atrás dándole mejor acceso, y sintiendo como si diminutas estrellas nacieran en cada punto que él besaba, y se esparcieran llenas de luz y calor por todo su cuerpo, llegando a su centro, donde no había necesidad de más estímulo—. Dios, Catherine, eres tan hermosa. Me prendes tanto... —ella sonrió.

—Dime Cath —él ahora mordisqueaba su oreja, y metió la mano en su entrepierna sobándola muy atrevidamente, lo que le robó a ella un gemido.

—Mi cat.

—¿Tuya? —rio ella.

—Créeme, una vez estés en mi cama, serás mía y de nadie más—. Catherine lo miró fijamente extrañamente complacida. Si cualquier otro hombre hubiera dicho algo así, ella simplemente lo mandaría al diablo, pero con Samuel eso de hecho sonaba... correcto.

—¿Posesivo? —preguntó con voz divertida, y él volvió a besarla.

—Ni te imaginas cuánto —dijo, y luego se separó un poco para mirarla a los ojos—. Pero no te

preocupes, porque cuido muy bien lo que es mío. Velaré porque nada te falte —dijo, pasando sus dedos por sus labios, su mentón y su garganta—. No te faltarán besos —murmuró, y acto seguido los besó—, ni caricias, ni atenciones. Todo lo que quieras, Cath —Ella cerró sus ojos.

Ya antes había escuchado promesas más o menos de ese tipo, pero nunca, y Dios lo sabía, nunca las creyó tanto.

Samuel Slater, a pesar de su edad, a pesar de su posición en la vida, era un hombre de verdad. Podía sentirlo sólo con mirarlo, sólo al hablar con él.

—Sí —murmuró ella, ansiando desde ya ser suya, y de nadie más.

De repente, él se alejó de ella y dio dos pasos atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, pero él levantó una mano y miró hacia la puerta. Al parecer, había escuchado pasos cerca, pero pasado un minuto, nadie apareció.

Ella lo miró interrogante, y Samuel sonrió y le tomó la mano volviendo a la biblioteca.

—Si nos quedamos allí, nos llevarán al comité disciplinario por escándalo público—. Catherine sonrió. Al llegar a la mesa, él se pasó las manos por el cabello, alisándolo hacia atrás—. Contigo no se puede estudiar —murmuró en voz muy baja, para no interrumpir a los demás que sí estudiaban. Ella estiró sus labios en pose culpable.

—Ya no es mi culpa —sonrió tomando el abrigo que había dejado en el espaldar de su asiento—. Pero como tampoco tú dejas estudiar, es mejor que lo hagamos por separado.

—¿Nos vemos mañana? —ella le sonrió mirándolo con tal calidez, que él tuvo que empuñar sus manos.

—Si encuentras un espacio.

—Lo encontraré para ti. Y el día siguiente también. Todos los días, Cat—. Ella se mordió el labio, y asintió sin añadir más, tomó sus cosas y se fue de la biblioteca.

Samuel se dejó caer en la silla mirándose a sí mismo un poco divertido por lo duro que estaba, a la vez que adolorido.

Iba a ser una noche un poco incómoda.

Gimió cuando pensó en la mañana que le esperaba.

Era posesivo, se dio cuenta Cat. Pero un posesivo lindo.

Cuando le escribía, siempre le preguntaba cómo estaba, qué estaba haciendo, pero no con un tono que ella pudiera interpretar como controlador, sino tierno, atento, interesado en sus cosas.

Así, poco a poco ella fue abriéndose más, contándole cosas de su día a día, de sus sueños del futuro, todos los planes que tenía.

Era realmente difícil hablar cara a cara con él. Antes, que no tenían nada entre los dos, se veían con más frecuencia que ahora, pero se debía al trabajo que habían hecho juntos. ¿Por qué no hacían otro?

Sin embargo, cuando él tenía libre siquiera una media hora, la aprovechaba para pasarlo junto a ella. Alineó sus horarios de comida para pasar más tiempo juntos, y poco a poco fueron acomodando sus vidas para verse.

Y para besarse, acariciarse, arrinconarse el uno al otro en cualquier espacio que se los permitiera.

Samuel vivía en las habitaciones que proporcionaba la universidad a sus estudiantes becados, y lo compartía con otro compañero. Tampoco estaba permitido el paso a mujeres, mucho menos para pasar la noche con ellos.

La única solución era que él pasara la noche en el apartamento de ella, pero realmente le daba miedo que su madre la tuviera vigilada, y se enterara de sus andanzas.

Había moteles cerca, y aunque aquello le daba cierta reserva, parecía ser la única solución para calmar esas ganas de sexo que le daban cada vez que lo veía.

Era brutal, nunca le había pasado esto. De verdad, lo veía y se encendía.

A qué se debía, no lo sabía, pero lo cierto era que cada día que pasaba se hacía mucho más difícil disimularlo y aguantarse.

—Sólo eres una perra en celo —se dijo, burlándose de sí misma una tarde en que lo esperaba en una de las banquetas de los tantos jardines de la universidad.

Habían pasado dos semanas desde que empezaran a salir, y a pesar del tiempo tan corto, cada vez se sentía mucho más compenetrada con él. Le gustaba su sentido del humor, le gustaba la manera como hablaba de cosas triviales, tanto como de cosas serias. Le gustaba incluso que le hablara de su sobrina Harper, de cómo él, luego de graduarse y encontrar un empleo estable, ayudaría a su hermana a estudiar y ser profesional.

—¿Un empleo estable? —le preguntó ella dándole un sorbo a su bebida, una noche en que estaban los dos afuera del edificio de habitaciones donde él dormía, esperando que se hiciera la hora del toque de queda para luego entrar—. ¿Por qué emplearte? Con ese cerebro tuyo, podrías iniciar tu propio negocio, y hacerlo luego una gran potencia—. Él la había mirado casi fascinado por sus palabras, lo que le hizo pestañear analizándolo—. Qué —preguntó una vez que encontró que no había dicho nada del otro mundo.

—Cuando era pequeño —sonrió él y miró lejos, como transportándose a aquella época—, mamá dijo algo así, que con mi cerebro... yo podría conquistar el mundo.

—La señora Slater me cae muy bien, pues era una mujer visionaria —sonrió Catherine mirando también a lo lejos—. Sólo necesitarías una excelente idea de negocio, porque ya tienes todas las capacidades para sacarla adelante—. Al oír aquello, él simplemente había tironeado de ella para acercarla y besarla, y tan sólo unos minutos después él tuvo que entrar.

¿Cómo hacían los demás universitarios para tener una vida loca y a la vez estudiar? Samuel y ella no podían, casi le mendigaban al tiempo para poder verse.

Pero ya era viernes, mañana podía levantarse un poco tarde, y había decidido proponerle a Samuel irse esta noche a un hotel. Estaba segura de que él se mostraría de acuerdo.

Según lo que le había explicado, a veces trabajaba incluso los fines de semana, en su contrato estaba estipulado que debía tener una disponibilidad absoluta, y él mismo decía que entre más horas acumulara, más rápido saldaría su deuda, y a eso se había dedicado todo el tiempo. Cruzaba los dedos para que ningún profesor le pidiera nada y lo dejaran en paz este par de días.

No le había contado a Joyce nada acerca de Samuel, y realmente no se explicaba esta ansia de mantenerlo a escondidas. Sabía que Joyce le guardaría el secreto, siempre lo hacía, pero por ahora, quería mantenerlo así.

No sabía a dónde la llevaría esto, o si trascendería. Si esto llegaba a convertirse en algo más seguro, oficial, estable, le contaría a su mejor amiga, aunque luego ella protestara por haberle

ocultado cosas.

Unos pocos minutos después de estar esperando apareció él, pero no solo. A su lado estaba un chico alto, de piel clara, ojos azules y cabello muy negro. Muy atractivo, pero al lado de Samuel palidecía. Al menos, a los ojos de Catherine.

—¡Ajá! —exclamó él al verla, y ella sólo paseó su mirada de él a Samuel un poco confundida—. ¡Ahora lo entiendo todo! Con razón tú...

—Ya para, o te mataré —le advirtió Samuel entre dientes.

—¡Tienes novia! Qué maravilla. ¡Nuestro Sam ha crecido!

—Te presento un amigo —dijo Samuel mirando a Catherine con una media sonrisa, y ella notó que él no negaba la parte de “novia”.

—Mucho gusto —saludó Catherine sonriendo también,

—¿Y cuál es el nombre de la preciosa dama? —preguntó el recién llegado haciendo las florituras dignas de un dandi francés. Catherine sonrió y le dio la mano con la palma abajo, tal como él lo solicitaba.

—Catherine.

—Hermosa Catherine. Yo soy William Walton. A tus pies, mi bella dama.

—¿William Walton? —preguntó ella un poco asombrada, y él asintió cerrando sus ojos y poniendo una mano sobre su pecho.

—Sí. WW, como los superhéroes.

—Se te hace tarde —farfulló Samuel mirándolo con cara de pocos amigos, y William sólo sonrió, hizo una inclinación algo exagerada ante Catherine, y se fue. Catherine miró a Samuel divertida.

—Tienes amigos interesantes.

—Sí, siempre le digo que en vez de finanzas, debió estudiar teatro —Catherine se echó a reír.

—Pero parece que te llevas bien con él.

—Es una buena persona, le gusta pasar por tonto, pero es una de las mentes más agudas que he conocido—. Eso Catherine no lo dudó, y tomó su mano echando a andar preguntándose si acaso estaba enterado de que su mejor amigo era el heredero de una de las familias más ricas de las que ella había oído hablar jamás. Tanto así, que si Laverne se enterara de que acababa de conocer a William Walton, dejaría tirado a Oliver y buscaría la manera de comprometerla con él.

Qué lástima que Samuel no tuviera una riqueza que tentara a su madre, pensó mirándolo.

Casarse con él sería fácil, divertido, y...

Pero, ¿por qué diablos estaba pensando en una cosa así?, se preguntó algo espantada.

Porque su madre la estaba vendiendo como mercancía al matrimonio, y era inevitable que ella cambiara el novio, pero no el escenario...

Y, de alguna manera, imaginarlo con Samuel no le repelía en ningún modo. El matrimonio, visto así, era una cárcel a la que ella tendría prisa por entrar.

—¿Y bien? ¿A dónde vamos ahora? —él sonrió de manera enigmática, una sonrisa que ella adoró y la llenó de expectativas.

—Ya vas a ver —le dijo—. ¿Trajiste tu coche? —ella asintió, y él tomó su cintura, la acercó a su

cuerpo y le besó la frente—. He conseguido el fin de semana libre —le dijo, y ella lo miró con ojos grandes—. ¿Puedes?

—¿Viajaremos a algún lugar? —él se mordió los labios. No, la maravilla no llegaba a tanto—. No importa —se corrigió ella en seguida. Iré a donde tú quieras—. La sonrisa de él fue amplia, muy amplia, como la de un gato que ve su taza de nata llena a rebosar.

Sin perder otro minuto, se tomaron de la mano caminando hacia el coche de Catherine.

8

No fueron a un hotel. Samuel condujo y la llevó a un edificio de apartamentos de lujo. Cuando ella lo miró interrogante, él sólo se encogió de hombros.

Al entrar, Catherine se asombró al ver que era uno de los áticos, increíblemente espacioso, iluminado, sin una mota de polvo.

—¿Eres un rico millonario que hasta ahora me estuvo engañando haciéndose pasar por pobre? — Samuel se echó a reír.

—Lamentablemente, no —dijo él viéndola quitarse su cárdigan y dejarlo en uno de los muebles mientras miraba alrededor. Al escuchar su respuesta, ella lo miró con ojos entrecerrados—. Es de William —explicó él—, el amigo que te acabo de presentar.

—Oh. Claro.

—Me ha insistido varias veces para que me venga a vivir aquí. Y aunque eso me facilitaría algunas cosas, me complicaría otras, así que he preferido permanecer en el campus—. Al oír aquello, ella no pudo evitar caminar a él y abrazarlo.

—De modo que eres un hombre que sacrifica la comodidad y pondera el pragmatismo.

—Sí, ya me han acusado de eso —sonrió él acariciando la delgada espalda con ambas manos abiertas, tiñendo su mirada con el deseo.

—Me imagino cómo sería una casa construida por ti —siguió ella—, minimalista, enteramente funcional... y elegante—. Samuel la soltó para quitarse la chaqueta que llevaba puesta, y se quedó con una simple camisa.

—Bueno, hay aspectos en los que soy un derrochador.

—Ah, ¿sí? —sonrió ella viendo cómo él se desabrochaba uno a uno los botones de la camisa, y no pudo evitar morderse los labios. Quería, quería ver su piel. Ya.

—Estaré encantando de mostrarte.

—Sí, por favor —dijo ella casi sin aire, y él se quedó al fin desnudo de la cintura para arriba.

Los ojos de Catherine se quedaron fijos sobre él, sin perderse ningún detalle.

Su piel era suave, lisa, de un tono bronceado que debía ser natural, con un abdomen suavemente marcado, y Catherine sintió su corazón y respiración acelerarse. De inmediato su propio cuerpo respondió a este llamado silencioso, y tragó saliva abriendo la palma de su mano para tocarlo.

Él era cálido, tan... increíblemente bien hecho.

—¿Haces... ejercicio? —él sonrió, y cerró sus ojos cuando la pequeña mano de ella bajó por su tórax y tomaba camino al abdomen.

—Era muy activo en la escuela... y creo que ya luego fue más fácil mantenerme.

—Eres... hermoso, Samuel Slater—. Él sonrió. Ella siempre prefería llamarlo por su nombre completo, o, cuando algo la molestaba, sólo por su apellido.

—Dime Sam—. Catherine lo miró a los ojos—. Estás demasiado vestida, ¿no te parece? —ella sonrió.

—Me desnudaré —dijo ella dando un paso atrás y mirándolo con sus ojos llenos de travesura—. Pero... para que me quite cada prenda, tendrás que decirme cosas bonitas.

—Oh... —dijo él, y el gesto quedó a la mitad entre un gemido y una risa.

—A ver... te escucho —dijo ella poniendo sus manos en los botones de su blusa, y Samuel se mordió el interior de la mejilla mirándola como si planeara hacerle pagar muy caro por esta espera.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida—. Eso la dejó quieta en su lugar, deseando con toda su alma no haber empezado este juego. Ahora no sabría si esas palabras las decía de verdad, o sólo por seguirle la corriente—. ¿Dije algo malo? —preguntó él al verla totalmente quieta. Ella sacudió su cabeza. Había hecho un trato, y ella era una mujer de palabra.

Se quitó la camisa, quedando en un sencillo top. Los ojos de Samuel se pasearon por sus delgados hombros, la línea de su clavícula, y sus esbeltos brazos desnudos. Ahora, ella bajó sus manos al botón de sus vaqueros.

La respiración de Samuel era ahora más trabajosa, se dio cuenta ella.

—Me encanta tu risa —dijo él, con la mirada fija en las manos de ella—. Te escucharía reír todo el día—. Ella lo complació en ese momento, y la mirada de él subió a su rostro para, tal como había dicho, verla reír.

Trato era trato, pero no se sacó los pantalones, sino que se apoyó en la esquina de una pared y se desató los cordones de sus botas. Samuel se rascó la cabeza gruñendo por lo bajo, lo que hizo que ella volviera a reír.

Una vez ella estuvo descalza, él caminó a ella y la abrazó.

—Me asombra tu inteligencia —dijo—, cómo a veces decides no ser buena, cómo luchas por lo que crees que es justo... Y la facilidad que tienes para aceptar lo que te han enseñado que es diferente—. Catherine estaba embelesada por sus palabras, su mirada.

Aquello sonaba sincero, como que salía del alma, y no de un juego.

Tú tampoco eres un juego para mí, pensó mirándolo fijamente, hambrienta, sedienta de él. Siento que te quiero. Peor... siento que te necesito.

—¿Esas fueron... suficientes palabras bonitas? —preguntó él acercándola más y más, y Catherine cerró sus ojos sintiendo su alma y su corazón desfallecer. Asintió agitando su cabeza, y sin poder resistirlo más, le rodeó el cuello y se lanzó a sus labios.

Samuel caminó con ella llevándola por el pasillo, al tiempo que luchaba por desabrochar los pantalones de ella y luego los suyos.

Atravesaron una puerta, la de la habitación principal, tal vez, y una vez dentro, él la alzó a su cintura y casi corrió con ella para ponerla sobre la cama, tirar del pantalón y tenerla al fin en ropa interior. Se puso sobre ella y la besó, la besó, la besó.

Ella lo tocaba. Realmente, deseaba tener diez pares de manos para tocarlo todo, y por eso estaba usando hasta la planta de sus pies para sentirlo, paseándolos por las piernas de él, que seguían cubiertas por el pantalón.

Metió las manos entre los dos y bajó el cierre suavemente, tirando hacia abajo para sacarlo.

—Mi Dios —murmuró ella al ver la erección atravesada en el frente de sus bóxer, y él sonrió por la cara de ella.

—Parece que te gusta lo que ves.

—Estoy fascinada por todo tú—. Él volvió a besarla. Metió las manos por debajo de su top y se lo sacó por la cabeza.

Los pequeños senos quedaron a la vista, y él llenó sus ojos con la hermosa visión. La piel de ella era ligeramente más clara que la suya, y las aureolas eran chatas, morenas, perfectas para su boca.

Samuel besó su cuello, su pecho, el valle entre sus senos; tomó un pecho, lo abultó entre sus dedos y luego se metió el pezón a la boca, rodeándolo con su lengua y acariciándolo con pequeños círculos que le sacaron a ella un suave gemido. Metió una mano debajo de su panti para acariciar sus nalgas, y con la boca siguió chupando, esta vez con fuerza, y Catherine gimió sintiéndose bañada por su propio deseo, metiendo las manos bajo su bóxer para deshacerse de ellos, metiendo prisa, porque moría por sentirlo al completo.

—Hermosa —susurró él volviendo a sus labios, y paseando su mano por encima de su panti, acariciando su centro de arriba abajo con la yema de sus dedos, haciéndola gemir cada vez que se acercaba a la entrada, totalmente empapada a través de la suave tela—. Absolutamente asombrosa —dijo.

Tiró del panti a un lado y la penetró con un dedo, luego dos, y Catherine apretó sus dientes ahogando un gemido.

—Sí —dijo—. Sí... sí—. Samuel ahogó sus gemidos con un beso profundo, mientras con sus dedos la acariciaba por dentro, justamente en ese punto que cada vez que rozaba la hacía ver estrellas. La piel de ella se fue volviendo más caliente, y pronto una pátina de sudor la cubrió, haciendo que las hebras de su cabello se pegaran a sus hombros y su cuello. Elevó las piernas dándole mejor acceso, lo atrajo con sus brazos para rodearlo con ellos y gimió subiendo más y más hacia su orgasmo. Los mágicos dedos de él no se detuvieron en ningún instante, y por un momento, las miradas de ambos se conectaron.

Fuego, era puro fuego, y ella dejó salir de su garganta un largo gemido, al tiempo que su alma y su cuerpo se desconectaban por completo estallando en una llama que tardó en desaparecer, y que luego la dejó lánguida sobre el colchón, sin aire, temblorosa.

—Has vuelto —susurró él cuando sus temblores se hubieron calmado, y el tono de su voz, la mirada y la sonrisa, eran las mismas que habría empleado para desearle un buenos días, lo que hizo que el corazón de Catherine se encogiera.

No seas tan lindo, por favor, rogó dentro de su alma.

Corro el terrible peligro de enamorarme de ti.

Su corazón no se calmó, por el contrario, y desnuda sobre la cama, totalmente expuesta a él, se cubrió el rostro con sus manos. Él no hizo ni dijo nada acerca de esa repentina timidez, y luego lo sintió ponerse sobre ella y abrirle los muslos con suavidad. Cuando abrió sus ojos, lo vio muy concentrado en ponerse el preservativo, y Catherine tragó saliva admirándolo.

Qué hermoso era, tan perfectamente formado, tan increíblemente sensual.

Con el dorso de sus dedos, acarició el bajo abdomen y lo deslizó hacia la base de su miembro, totalmente duro, largo, y ahora cubierto por el látex. Se notaba que recientemente se había afeitado, y eso le causaba ternura. Era extraño, pero lo cierto es que quería ser ella la próxima que le pasara la máquina de afeitar por todo su cuerpo.

—No te imaginas cuánto tiempo... llevo imaginando hacer esto —dijo él, y ella frunció su ceño.

—Por qué —preguntó con voz ronca, y Samuel sacó su lengua para pasarla por su pecho, haciéndola gemir una vez más.

—Oh, eso dímelo tú. Algo me hiciste —ella sonrió, pero apagó su sonrisa y cerró sus ojos cuando lo sintió en su entrada.

—Ah, sí —gimió ella, pero él se quedó quieto, sin entrar, y ella buscó su mirada.

—Di mi nombre —pidió él, y ella pestañeó—. Nunca lo dices. Dilo ahora.

—Samuel...

—Dime Sam —eso parecía ser importante para él. Hasta ahora, ella nunca había usado su diminutivo, y se sentía como si estuviese traspasando alguna invisible barrera.

Con la punta de su pene, él la acarició arriba y abajo, amenazando con entrar, tentándola hasta la muerte, pero absteniéndose a modo de reto.

—Dilo —insistió él.

Ella hubiese querido resistirse un poco más, sólo para ver qué hacía él, pero estaba tan caliente, tan húmeda, que su cuerpo rechazó de inmediato toda demora.

—Sam —dijo al fin—. Sam... Mi hermoso Sam —nada más decirlo, él se empujó dentro de ella, resbalando sin dificultad hasta el mismo fondo, y de la garganta de Catherine salió un grito ahogado, y de su centro, sensaciones increíbles que le hicieron elevar sus piernas, sus caderas, y apretarlo con todas sus fuerzas, acunándolo en un fuerte puño que otra vez la elevó hasta lo más alto, y esta vez el estallido fue más amplio que el anterior. Lo abrazó con fuerza sintiendo las increíbles vibraciones dentro de ella latir con una fuerza impresionante, y minutos después, apoyó la cabeza de nuevo en el colchón sacudiéndose con violencia.

Él ni se había movido, y ella había tenido un segundo orgasmo.

No había terminado de recuperarse cuando él le tomó la rodilla y la dobló sobre ella poniéndola sobre su hombro, y casi sin salir, casi sin moverse, empezó a balancear sus caderas, con lo que Catherine sintió que llegaba hasta lo más profundo de su ser.

—Oh, Dios —volvió a gemir—. Qué... Sam... ¿Qué me haces...?

—El amor —respondió él en su oído, con su voz grave, enronquecida por el deseo—. Te hago el amor, Cat—. Ella volvió a gemir, a invocar a Dios, a preguntar algo, y él volvió a contestarle en el mismo tono.

Era sublime. Nunca había sentido algo así. ¿Cómo era posible, si casi ni se estaba moviendo?

De allí en adelante, todas las reacciones de su cuerpo escaparon totalmente de su control, entre los brazos de Samuel ella se volvió solamente un cuerpo inundado de sensaciones, que al tiempo quería reír y llorar, volar y sumergirse. Lo abrazó, lo mordió, gimió y rogó. La temperatura de ambos fue subiendo, y él al fin empezó a moverse, primero lento, lento, y luego, tan rápido como su cuerpo le permitía.

Enloquecida, inundada por la furia de su arrebato, Catherine elevó sus caderas y volvió a apretar su interior dejando salir por fin la ola de éxtasis que la estaba quemando, y vio que también él se quedaba quieto con su miembro totalmente enterrado en su interior. Lo vio gemir y gimió con él, lo escuchó llamarla, y también lo llamó.

Y así, juntos, galoparon hacia la cima de su placer, increíblemente admirados por lo que el uno había conseguido del otro, pero sobre todo, admirados por lo que cada uno era capaz de dar.

Los espasmos del orgasmo los recorrían a ambos, que se abrazaron en una madeja de brazos y piernas totalmente fuera de dominio. Se apretaban, se arañaban un poco, se abrazaban, y al fin, todo fue luz y calor para ambos, como si hubiesen llegado al centro mismo del universo, totalmente desnudos no solo en sus cuerpos, sino también en sus almas.

Después de varios minutos, de vez en cuando él volvía a empujar, y ella a apretar. Ella estiró su cuello a él buscando un beso, y él no se hizo rogar.

Todavía dolía respirar, el aire les parecía esquivo, y cuando al fin su visión se fue aclarando, y el aire frío rozó sus pieles encendidas, la cordura se abrió paso sólo para dejar al descubierto cuán grande había sido esto.

Sublime, eterno.

Él nunca había vivido nada así.

Ella nunca había imaginado siquiera que pudiera suceder.

Una sonrisa nació desde el alma, pasando por sus espíritus y se instaló en sus rostros, pero ambos ladearon su rostro para que el otro no la viera.

Era demasiada intimidad, y asustaba, asustaba porque, bendito Dios, se sentía muy parecido a la felicidad.

En Nueva York, Oliver White miraba su teléfono con el ceño fruncido. Le había hecho al menos diez llamadas a Catherine en la última media hora; incluso se había salido de una reunión muy importante de su empresa para no estorbar a los otros ejecutivos y ella nada que daba señales de vida.

Llamó a Joyce, pero esta le cortó diciéndole que no la molestara, ya que estaba en clase, lo que indicaba que no estaban juntas.

¿Dónde estaba? ¿Por qué lo evitaba? Creía que habían llegado a un acuerdo.

—¿Qué haces? —le preguntó su padre entrando a su despacho, donde Oliver se había metido para hablar a gusto en caso de que ella se dignara en contestarle. Apretó los dientes metiendo el teléfono en el bolsillo de su chaqueta y simplemente sacudió su cabeza—. ¿Hablabas con Catherine?

—Ojalá —farfulló Oliver—. No contesta mis llamadas.

—Tal vez está ocupada.

—No, sólo se está haciendo la interesante.

—Ah...

—No la entiendo —volvió a hablar Oliver con la mirada oscurecida—. ¿Por qué me hace esto? He sido bueno con ella, he sido generoso, le he prometido hasta bajarle la luna. Yo podría... —se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba revelando demasiado. Tenía confianza con su padre, pero admitir que estaba perdiendo ante una mujer era demasiado para su orgullo.

Dennis White puso una mano sobre el hombro de su hijo y lo apretó suavemente.

—¿Por qué te empeñas? Tantas mujeres que querrían que tan sólo te voltearas a mirarlas, ¿por qué bajarle la luna a una que es renuente?

—La quiero a ella, papá —insistió Oliver—. No seré feliz con otra, no sentiré que de verdad gané si no es ella. Quedarme con alguna de las que dices sería... conformarme. Y odio eso.

—¿Pero qué tiene ella que tanto te enloquece? —preguntó Dennis—. Ni siquiera es tan hermosa.

—¡Lo es! —exclamó Oliver—. A mis ojos, lo es—. Dennis lo miró entonces muy serio, elevó sus cejas y sacudió su cabeza.

—Entonces, no te rindas.

—Pero es que es tan voluntariosa... Está acostumbrada a hacer lo que le place, y eso en parte me gusta, pero al tiempo... ¡En este momento, podría estar con otro! ¡Y ese otro podría enamorarla!

—Déjala entonces que tenga sus pequeñas aventuras.

—¡No lo estás diciendo en serio!

—Las mujeres de hoy en día no son como las de antes, hijo. Ya ellas no se guardan para el matrimonio, y son bastante liberales. Déjala que tenga una aventura, y ten una tú. Pero déjale claro que al final, ella será tu esposa—. Oliver cerró sus ojos sin poder aceptar ese concepto, y Dennis sonrió ante la renuencia de su hijo—. Si al final esa chiquilla insiste en despreciarte... Encontraremos la manera de doblegarla. No es más que una niña, y tenemos a nuestro favor a la madre. Por muy voluntariosa que sea, la domarás, por eso no te preocupes.

Oliver dejó salir el aire tratando de relajar su expresión. Una vez más, sacó su teléfono, pero con la misma prisa volvió a guardarlo.

Más le valía que no estuviera teniendo una aventura con alguien más, porque en ese caso, él se volvería loco, y no respondería por sus actos.

Catherine abrió sus ojos notando cómo al fin podía respirar tranquilamente. Su cuerpo ahora estaba adormecido, agotado, pero al tiempo, despierto, más vivo y consciente que nunca.

Volvió a sonreír, con esa sonrisa que le inundaba hasta el alma, y se giró para mirar a Samuel, que abrió sus ojos café verdoso y la observó con languidez.

—Eso fue increíble —dijo ella pasando su brazo por su cintura y pegándose un poco más a él—. En mi vida jamás sentí algo así.

—Bueno... lo mismo digo—. Catherine rio tímida y feliz.

—Sabía que sería así. Dios mío, me ha dejado el alma vuelta del revés—. Con delicadeza, él echó su cabello hacia atrás, y con la yema de uno de sus dedos acarició el contorno de su oreja.

—Dame unos minutos, y verás cómo te la vuelvo a acomodar —ella rio abiertamente ahora, y Samuel la miró encantado, como siempre que ella reía.

Con pereza, salió de la cama y se dirigió al baño privado de la habitación. Catherine no se perdió ni un movimiento de aquel desfile, y deleitó sus ojos con la hermosa visión de su espalda y sus nalgas. Las piernas no tenían casi vello, y eran bonitas, largas, y bien torneadas.

Era perfecto.

Cuando él salió, ella esperaba en la puerta envuelta en la sábana, y entró al baño en un suspiro, lo que hizo que él sonriera.

—¿Qué quieres comer? —preguntó él buscando su teléfono entre sus pantalones—. Dudo que William tenga algo en el refrigerador. ¿Pollo frito? ¿Sushi? ¿Hamburguesas?

—Hamburguesa está bien —dijo ella desde el baño. Su respuesta le hizo elevar una ceja.

—¿Comes chatarra? —preguntó con una sonrisa—. ¿Cómo conservas esa figura? —Catherine se

asomó por la puerta entreabierta.

—¿Figura? —preguntó—. Todo el mundo me manda a comer, dicen que estoy demasiado huesuda, que... —se detuvo cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba revelando una de sus más grandes inseguridades. Se volvió a meter en el baño en silencio—. Lo que pidas está bien.

Al cabo de unos minutos, salió del baño y empezó a buscar su ropa interior, sus pantalones, su top...

—No eres huesuda —dijo él dejando su teléfono a un lado, y ella se giró a mirarlo sorprendida. Samuel se encogió de hombros—. A mí me gustas.

Catherine caminó a él apenas con el panti puesto, y él paseó su mirada por todo su cuerpo.

—Estás increíble—. Como ella no decía nada, Samuel tomó una pose más relajada. Él todavía estaba completamente desnudo, y no era nada tímido al respecto—. ¿Quieres una prueba de lo que te digo? —sonrió él, y señaló hacia abajo.

Los ojos de Catherine siguieron su movimiento, encontrándose con un pene que empezaba a erguirse, lo que la hizo sonreír.

—Creí que necesitarías más tiempo para estar listo otra vez.

—Contigo, eso no parece necesario.

—¿De verdad... no te parezco...?

—¿Sexy, provocativa, despierta vergas...? —aquello último le hizo abrir su boca de asombro—. La mía, por lo menos, está dándose un estirón ahora mismo—. Catherine rio. Le encantaban estos momentos en que él era tan bruscamente sincero sin llegar a sonar vulgar.

Se acercó otro poco a él y lo miró. Todo lo que él decía era cierto, su miembro estaba ahora un centímetro más arriba y más largo. Había oído decir que los hombres sólo necesitaban ver un par de tetas para excitarse. Ella no tenía unas grandes, y aun así, él se excitaba con ella.

Elevó su mano a su rostro y acarició sus labios, su barbilla, bajó por su garganta y su pecho hasta llegar a su ombligo. Lo sintió inhalar con un poco más de fuerza que antes cuando ella llegó al bajo vientre y lo rozó con la yema de sus dedos.

—Está así por ti —dijo él cuando ella se quedó mirándolo, pareciendo encantada con lo que veía—. Sólo la expectativa de lo que puedas hacer ya me hace endurecerme.

—Pero yo... —se quedó en silencio, y Samuel la acercó más tomándola de la cintura, acarició su brazo y guio su mano hasta él, haciéndola empuñarlo con suavidad. Ella dejó salir un gemido de asombro que sonó muy quedo, y se permitió acariciarlo de arriba abajo, sintiéndolo tan suave, tan cálido, tan duro.

Ella no es virgen, se dijo él, pero tampoco tiene tanta experiencia. Tal vez los hombres que habían estado en su cama se habían limitado a penetrarla y saciarse con ella. Tal vez sí la habían llevado al orgasmo, pero nunca al cielo, y trata de disimular su ignorancia, pero no sabe que eso es imposible.

Enséñale tú, se dijo. Márcala para siempre.

Que cuando esté con otro hombre, no pueda evitar compararlo contigo.

Pero, de repente, imaginarla con otro hombre dolió, y se detuvo allí.

Él subió la mano de ella hasta su boca, sacó la lengua y humedeció su palma, lo que hizo que

Catherine se estremeciera, y luego la volvió a bajar para que lo rodeara con su puño. Le estaba enseñando a masturbarlo, suavemente desde la base hasta la punta, y Catherine vio que era una clase fascinante.

—Preciosa —susurró él tomándola de su cuello para acercarla a su boca—. Qué bien lo haces —ella sonrió, pues era él el que guiaba sus movimientos con su otra mano, pero era una alumna aventajada, así que, una vez aprendió y entró en confianza, lo tomó con sus dos manos. Tomó un poco de la humedad que salía de su cuerpo y lo envolvió con ella, y aquello le pareció tan sexy a Samuel que casi rugió junto a su oreja.

Volvió a decirle cosas, algunas bonitas, otras sucias, y poco a poco la fue empujando no a la cama, sino a la fría pared. Una vez allí, tomó su muslo y lo elevó, apoyó el pie en su propia cadera y empezó a jugar en su entrada.

Catherine ya se sentía otra vez más allá de la cordura, por eso, cuando él se detuvo y dio dos pasos atrás, casi se cae.

Samuel la detuvo a tiempo y se disculpó profusamente.

—Qué... —empezó a preguntar ella, pero él estaba enfebrecido, casi temblaba.

—Casi... olvido el preservativo. Lo siento —su mirada estaba llena de disculpas, de locura, de deseo. Cuando la tuvo bien apoyada en la pared, corrió de nuevo a los pantalones y sacó el pequeño sobre; volvió con la misma prisa a ella, y esta vez Catherine se lo quitó.

—Quiero ponértelo yo.

—Te prometo... que a la próxima lo harás —dijo él volviéndoselo a quitar, y en menos de nada, estuvo cubierto otra vez, y al otro instante, empujaba dentro de ella.

Tenía prisa. En esta ocasión no parecía dispuesto a juegos, sino que iba rápido, con fuerza.

No importaba, Catherine se adaptó a su ritmo muy pronto y se emparejó con él en la cima del orgasmo.

Era verdad, él no mentía en eso. La deseaba, la encontraba hermosa, perfecta, todo lo que él decía, y Catherine, que toda la vida se sintió acomplejada por todas sus carencias, por una vez pudo sentir que de verdad era guapa, que de verdad era atractiva.

Sus ojos se humedecieron a la vez que gemía apoyada en su hombro, con él todavía dentro y paladeando los últimos temblores del placer que él le daba. El regalo que él le había hecho hoy era inestimable. Que le bajara la luna no tenía ningún significado frente a esto.

9

Minutos después, y parcialmente vestidos, Samuel y Catherine comían sentados ante la hermosa mesa de madera de William. Se miraban el uno al otro con sonrisas veladas, y Catherine se admiraba y bromeaba por el buen comer de Samuel.

—¿Comida favorita? —preguntó ella. Hacía unos minutos habían empezado el juego de las veinte preguntas, pero sus bocas habían estado ocupadas comiendo y riendo.

Ante la pregunta, él hizo una mueca.

—Tengo paladar de camionero. Como de todo —ella se echó a reír.

—Pero debes tener alguna preferencia. Tacos mexicanos, sushi, fideos chinos... O prefieres nuestro precioso plato típico americano, el hot dog—. Él rio.

—Mamá preparaba una crema de pollo estupenda. La hacía sólo en ocasiones especiales, porque llevaba muchos ingredientes. Pero cada vez que la comía, yo me sentía en la gloria.

Ella sonrió, casi envidiándolo por ser capaz de tener un recuerdo así.

—¿Y tú? —Catherine suspiró.

—Sonaré pretenciosa.

—No importa.

—Es un plato francés. Filet mignon. La carne es increíblemente tierna, se deshace en tu boca.

—Como la de la hamburguesa —aquella horrorosa comparación hizo que a ella le diera tos, pero Samuel sólo se echó a reír, y luego se levantó para darle golpecitos en la espalda.

—¿Color favorito?

—El azul.

—El azul —dijo ella sonriendo también—. ¿Película?

—El quinto elemento.

—¿De verdad? Creí que dirías Star Wars, o algo así.

—Ah, pero es que dijiste “película”, no saga. En cuanto a sagas, sí, Star Wars, o El señor de los anillos. ¿Cuáles son las tuyas? —Catherine sonrió.

—Película... Mulan, de Disney —él elevó sus cejas aprobando. Al parecer, no la criticaba porque fuera una película animada—. Y Sagas... El padrino, Matrix, Piratas del caribe...

—Tienes un gusto muy variado —sonrió él metiéndose a la boca una papa frita, y Catherine sonrió sin perderse ninguno de sus movimientos.

—Sí, Joyce también me lo dice. Ella es más de cuentos de hadas... El cliché de la cenicienta le encanta—. Samuel se cruzó de brazos apoyándose en la mesa mirándola fijamente.

—No puedes identificarte con la cenicienta; no eres una chica pobre abusada por su madrastra y hermanastra. No tienes tu belleza escondida tras la ceniza, ni confías en que un príncipe te eleve de estatus.

—Entonces... ¿qué espero?

—Tú quieres ser fuerte por ti misma, hacer que otros dependan de ti y no depender tú de otros. Ser reconocida, respetada, por tus logros, no por tu apellido, o tu condición de mujer—. Ella lo miraba asombrada.

—Cómo...

—Elegiste Mulán —sonrió Samuel—. Entre todas las princesas, elegiste a la única guerrera de verdad, la que usaba armas, y que salvó todo un país.

Y en ese momento Catherine se preguntó si era posible haberse enamorado luego de sólo un par de semanas saliendo y una primera noche juntos.

No, no. Es sólo emoción, se dijo. Por primera vez encuentras a alguien que parece entenderte de verdad. Es pasajero.

Terminaron de comer y mientras Samuel dejaba la cocina en orden, Catherine buscó su teléfono para avisarle a Joyce que pasaría la noche fuera y que no se preocupara.

—¿Con quién andas? —le preguntó ella con picardía, y Catherine tuvo que morder sus labios para no reír de emoción.

—Después te cuento —fue lo que le dijo.

Luego vio las llamadas perdidas de Oliver, casi veinte, y no pudo evitar hacer una mueca de desprecio.

Sin embargo, le dejó un mensaje donde se disculpaba por no poderlo atender, ya que estaba estudiando mucho y no podía estar pendiente de su teléfono.

Era mejor tenerlo tranquilo. Si abusaba de su paciencia, él era capaz de presentarse aquí.

Caminó a la sala de televisión sintiéndose terriblemente mal por lo que estaba haciendo, pero todavía no encontraba una salida a su situación. Todavía estaba atrapada.

—¿No has elegido nada aún? —preguntó Samuel sentándose a su lado en el sofá. Catherine prestó atención entonces a la pantalla, y trató de componer su expresión—. ¿Pasa algo?

—¿Algo? ¿Por qué?

—Pareces...

—Estoy bien —dijo ella acomodándose mejor en el sofá y entregándole el control remoto—. Elige tú algo para ver.

—¿Estás segura? —ella sonrió y se recostó en su hombro.

Como si fuera magia, todo su tormento pareció desaparecer. Samuel ni siquiera sabía cuáles eran sus problemas, y mucho menos tenía el poder de resolverlos por ella, pero su sola presencia la calmaba, le infundía seguridad y tranquilidad.

Le hacía pensar que todo aquello era muy lejano, pequeño, casi inexistente.

Él puso una película recién estrenada, y la rodeó con su brazo recostándose en el sofá mirando la pantalla, pero muy consciente de ella. Olía bien, se sentía bien, el peso de su cabeza era perfecto en su hombro, incluso el sonido de su respiración... que se volvió acompasado y tranquilo, pues se estaba quedando dormida.

Con cuidado de no despertarla, la acomodó mejor sobre su pecho, y ella suspiró quedándose quieta. Se la quedó mirando por largo rato, como si quisiera memorizar todos sus rasgos.

Le encantaban sus labios, carnosos y sensuales. Sus cejas pobladas y esas pestañas de niña, largas y arqueadas. No podía creer que alguien como ella no se creyera hermosa, siendo que lo era, en verdad lo era.

Es verdad que era delgada, sus senos eran pequeños, pero eso a él no le incomodaba en ningún

sentido. En cambio, ella tenía una cabellera preciosa, unas piernas increíbles, y era absolutamente apasionada.

En la cama se habían compenetrado demasiado bien, y por eso ahora, mientras la tenía dormida sobre su pecho, ya estaba ideando formas de despertarla y volverle a hacer el amor.

Metió su mano por debajo de su blusa sintiendo la piel cálida y suave, y la fue subiendo hasta tocar los pequeños senos, mientras, le besaba el cuello y el hombro. Ella se movió sintiendo el toque de él, y cuando vio la mano debajo de su ropa, se giró a mirarlo.

—Tú...

—Película, o sexo. Dormir no está en el trato —ella tenía los ojos adormilados, pero poco a poco se fue despertando. Se dio la vuelta y se puso a horcajadas sobre él.

—De acuerdo —dijo, y se sacó la camiseta quedando sólo en bragas, cosa que lo fascinó—. Dijiste que te gusto.

—Me encantas —ella rio, y metió la mano en sus pantalones para tomarlo en su mano, lo que le hizo soltar un gemido.

—Esta vez sí te pondré yo el preservativo.

—Cat...

—Nada de peros —ordenó ella, y él le entregó obediente el sobre—. Ya sé que tú lo harías más rápido... pero la tortura es parte del placer, ¿no?

—No sé quién dijo eso —se quejó él, y ella sonrió rompiendo suavemente el sobre metalizado. Sacó el preservativo y se tomó su tiempo poniéndoselo, admirando su forma, su dureza, la tersura de la piel.

Catherine estaba segura de nunca haber visto un pene tan bonito. Le daban ganas de...

Tragó saliva y elevó su mirada a él, pero de repente se quedó quieta y en silencio, como dándose cuenta de algo que hasta ahora podía ver. Y no podía ser.

—Eres tan guapo —dijo admirada, con sus ojos fijos en sus ojos llenos de deseo, su nariz recta, y las pestañas pobladas. Así tan cerca como lo tenía ahora, podía ver cada detalle de su rostro, como los puntitos de su barba, o cada pelito que conformaba sus pobladas cejas.

Las manos de él la acariciaban combinando la ternura con la urgencia, pues ella se había quedado quieta con su miembro en su mano.

—Cath...

—Tan bello.

—Por favor...

—Tan bello, tan bello —ella le besó el ceño, los párpados cerrados, la nariz, sus labios...

Parecía perdida en un mundo extraño, pero pronto se fue guiando hacia él y en un solo movimiento se empaló con su miembro, haciéndolos gemir a ambos.

—Mi Sam —decía ella, y eso fue lo más sexy que él jamás escuchó, mientras ella subía y bajaba su cadera para darse placer a sí misma—. Eres mío.

Qué mujer más sensual, fue lo que pensó Samuel mientras ella se agitaba sobre él, y muy pronto llegaron al éxtasis.

Cuando ella cayó sobre su regazo, hirviendo de calor, satisfecha y sudorosa, él la abrazó y la

besó, deseando, casi de manera inconsciente, poder vivir noches así por el resto de su vida... con ella.

La mañana llegó demasiado pronto, pero antes de que ella despertara, Samuel le hizo el amor.

Desayunaron, y al ducharse, lo volvieron a hacer bajo el agua cálida.

Se vistieron, y vieron algo en la televisión, dormitaron en el sofá, y al despertar, el uno encima del otro, hablaron de cosas triviales de la universidad. Él le daba spoilers acerca de la carrera, aconsejándola acerca de cómo tratar a cada profesor con el que se enfrentaría en el futuro.

Hablaron muchísimo, y cada vez, Catherine se asombraba más cómo podía ser tan compatible con una persona del sexo opuesto.

Aquello, de verdad, nunca lo había imaginado siquiera.

Tenía el concepto de que hombres y mujeres eran incompatibles, que buscaban cosas diferentes, que sus gustos eran distantes... Pero con Samuel, aunque no coincidían en todo, sí que se entendían.

Pero bueno, sólo habían pasado unas pocas horas con él.

—¿Quieres que vayamos a bailar? —preguntó él cuando ya caía la tarde, y los ojos de Catherine brillaron.

—Tendría que ir a mi apartamento por ropa...

—Te acompañaré.

—No le he dicho a mi amiga... que estoy contigo.

—Esperaré abajo—. Ella lo miró fijamente. Había esperado que él le propusiera ser presentado ante su amiga, pero él parecía conforme con lo que ella proponía.

Así hicieron, y Catherine subió en volandas a su apartamento para ir por ropa.

Al verla, Joyce se asombró y la siguió desde la puerta hasta su habitación con una sonrisa en el rostro.

—Catherine Bell. Dime en qué pasos andas.

—Luego te cuento —sonrió ella.

—Es un chico, ¿verdad? Pasaste toda la noche y el día con él, y por lo que veo, no tienes intención de regresar —dijo Joyce señalando la ropa que sacaba de su armario.

Catherine se detuvo en sus movimientos, y en silencio, la miró.

—Tienes que guardarme el secreto, Joyce —susurró, y ella pudo ver que aquello realmente la ponía nerviosa.

Se puso en pie, caminó a Catherine y la miró fijamente cruzándose de brazos.

—¿Cuándo no lo he hecho?

—Es que... No es el tipo de chico al que estamos acostumbradas.

—¿Qué puede tener de diferente?

—Pues... Que tiene... un presupuesto ajustado—. Joyce ladeó su cabeza sin comprender, y Catherine se mordió los labios—. No es como tú y como yo... Él es...

—Es pobre.

—Sólo económicamente hablando —lo defendió de inmediato Catherine—. Tampoco es que sea un indigente muerto de hambre, sólo que sus padres... Ya sabes, son empleados.

—Catherine...

—Ya sé, ya sé lo que me vas a decir... Que voy a tener mil problemas, que mamá no lo va a aprobar, y que está Oliver en medio, y...

—¿Le dijiste lo de Oliver?

—Aún no.

—Entonces no vas en serio.

—¡Sí! Quiero decir... Dios, Joyce... Acabo de conocerlo, y al principio pensé... que podía ser sólo atracción, ya sabes... Pero me gusta demasiado. Con él... Con él me siento tan libre... Puedo ser yo misma, no me critica y ni me censura cada cosa que digo y hago, es como si... Es mi hombre perfecto—. Joyce tragó saliva.

—¿Cuál es su nombre?

—Samuel Slater.

—¿Y no te molesta... que por su presupuesto ajustado... no pueda llevarte de compras, ni de viajes, ni hacerte regalos caros...?

—No necesito nada de eso. Si eso fuera lo único que me importara, estaría casada con Oliver White desde que cumplí la mayoría de edad. Samuel me gusta más allá de todo eso, y además... Es listo... y es joven. Con su mero cerebro llegará muy lejos. Y si quiere hacerse rico... quiero estar allí para ayudarlo. Ser parte de algo al fin, Joyce. Con él puedo.

Joyce quedó en silencio por largo rato, mirando a su amiga bajo una nueva luz.

Tragó saliva y asintió.

—Estás enamorada, Catherine.

—Dios, creo que sí —respondió ella recostándose a la pared con un vestido corto en la mano.

—¿Y dónde está?

—Abajo, esperándome.

—Dile que suba... O, ¿no quieres que lo conozca? —Catherine sonrió.

—Le preguntaré—. Catherine tomó su teléfono, y Joyce la escuchó hablar. Su tono era diferente, dulce, tierno, y cuando cortó la llamada, sus ojos otra vez brillaban.

—Estás perdida, amiga mía—. Catherine se cubrió la sonrisa con el teléfono, y Joyce notó que tenía los ojos humedecidos—. Entra a ducharte, yo lo atenderé.

—Trátalo bien.

—Como si fuera de cristal.

—No... Quiero decir...

—Sé a lo que te refieres. Ve, entra, confía en mí—. Catherine corrió a la ducha, y pocos minutos después, sonó el timbre.

Joyce no sabía qué esperaba, pero, ciertamente, aquello fue mucho más allá de sus expectativas. Samuel Slater era alto, guapo, pero eso no fue lo que llamó su atención, sino el aura de fuerza y seguridad que emanaba.

—Un placer conocerte, Samuel —le dijo tendiéndole la mano—. Soy la mejor amiga de Cat... que ahora mismo está en la ducha, y no quería hacerte esperar tanto allá abajo.

—Un placer...

—Joyce. Mi nombre es Joyce. Sigue, siéntate —Samuel traspasó el pequeño vestíbulo mirando todo con serenidad—. ¿Te apetece tomar algo? Tenemos vino, jugo, agua...

—Estoy bien, gracias—. Joyce miraba fijamente a Samuel, y los ojos de él por fin se encontraron con los suyos.

—Disculpa, es que... Me sorprende un poco conocer al fin a... Quiero decir...

—¿Cath te había hablado de mí? —Joyce contuvo el aire.

—Sí, sí. Claro... se la pasaba hablando de ti.

—Estás mintiendo.

—Claro que no —rio Joyce.

—No tiene nada de malo que no te haya hablado de mí. Apenas nos conocemos.

—Apenas se conocen —sonrió Joyce—, pero la tienes un poco trastornada.

—Ya veo. Eres tú la que está molesta por no haberte contado de mí. Tal vez no era tan importante, y no merecía la pena incluir a la mejor amiga—. Joyce tragó saliva. Definitivamente, este hombre era diferente.

—¿Piensas eso de veras? —él sólo se encogió de hombros.

—Y si además le añadimos que no tuvimos un buen inicio...

—¿Cómo?

—Nos odiábamos —Joyce abrió grandes sus ojos—. Ella te dará más detalles. Pero puedes estar tranquila, a mi lado, ella estará bien; no haré nada que pueda lastimarla.

—Eso no es lo que me preocupa —dijo Joyce casi sin pensar, y Samuel ladeó su cabeza mirándola interrogante. Al darse cuenta de que había hablado en voz alta, Joyce se disculpó—. No me prestes atención.

Samuel la miró un instante más, pero no hizo preguntas. Tenía la sensación de que Joyce no estaba de acuerdo con esta relación, pero más que eso, parecía temerosa.

Se sentó en los muebles que ella le señalaba, y ella tomó asiento frente a él. Le hizo preguntas acerca de lo que estudiaba y dónde vivía, preguntas que él contestó sin problemas. A cambio, ella dio datos sueltos de su vida, como que también estudiaba finanzas en otra universidad.

—Cath y yo prometimos estudiar lo mismo en la misma universidad. Desafortunadamente, no fui admitida en la MIT.

—¿Desde cuándo se conocen?

—Desde niñas —dijo Joyce con una sonrisa—. Siempre nos hemos llevado bien—. Joyce siguió hablando, contando anécdotas de la infancia y la adolescencia, y en un par de ocasiones incluso lo hizo sonreír.

Un rato después, Catherine al fin salió, y Joyce la miró espantada. Estaba sin gota de maquillaje.

—Me tardo otro poquito —se disculpó ella mirando a Sam, que se puso en pie y caminó a ella para besarla.

—No te preocupes. No van a cerrar el sitio por ahora —ella rio, y la pose de él pareció más relajada que antes, y su sonrisa más tierna, el brillo en la mirada era suave...

El corazón de Joyce, en vez de serenarse, se apresuró.

Catherine no le dejaba ver su rostro lavado a nadie, pero con él era distinto, y esa aura de amor y ternura, esa nube rosa que se había formado entre los dos...

Cuando Cath se metió de nuevo en la habitación, Joyce le sonrió a Samuel, que volvió a sentarse en el sitio de antes.

—Tienes que... Tienes que tener cuidado, Samuel —dijo con voz temblorosa—. La madre de Catherine no es una persona fácil. Ella podría hacerles daño.

—La conoces bien.

—Sí. He visto de cerca lo que es capaz de hacer... No quiero asustarte... y seguro que Catherine me matará por decirte esto, pero... Vayan con cuidado—. Él la miró muy serio, pero al cabo de unos instantes, asintió en concordancia.

—Parece que sabes algo que Cath no.

—No, no... No es nada. Es sólo que he sido testigo de... muchas cosas, y Catherine no tiene la fuerza que se necesita como para vencer a alguien como Laverne Brown. Y por lo que me ha dicho... tú tampoco—. Él elevó sus cejas—. No lo ha dicho en tono despectivo ni de crítica, sólo exponiendo un hecho. Por favor, ten presente lo que te digo.

—De acuerdo.

Joyce asintió muy nerviosa, para gusto de Samuel, pero luego ella cambió el tema a otros más agradables y él le siguió la corriente.

Cuando Catherine salió, lista para la noche, y una bolsa con ropa para el día siguiente, él sonrió olvidando casi todo. Ella estaba preciosa.

Bailaron por horas. Bebieron mojitos, sudaron, gritaron, cantaron... Fue una noche fantástica.

Cuando ella se ofrecía a pagar los tragos, él se negaba, y casi con nervios, miraba cómo él sacaba efectivo y pagaba.

Estaba gastando demasiado en ella. ¿Y si se quedaba sin dinero luego? ¿Y si lo dejaba sin comer? Pero él se negaba a que ella ayudara.

—Catherine —le dijo él al oído hablando en voz alta. Era la única manera en que el uno podía escuchar al otro por lo alta que estaba la música—. Relájate, deja de pensar en mi dinero —ella lo miró con sus ojos grandes de sorpresa por cómo él exponía las cosas. Samuel se echó a reír—. ¡Deja de pensar en mi dinero! —repitió entre risas.

—¡No me interesa tu dinero!

—Yo creo que sí. Tranquila. Puedo invitarte a unos tragos de vez en cuando. No soy tan pobre.

—No es eso... Sería más equitativo si cada uno pagara su parte. Yo puedo hacerlo.

—Y me encanta que puedas hacerlo, pero es mi dinero y yo miro qué hago con él. No quiero que pagues, se acabó la discusión—. Catherine no dijo nada más, pero por dentro se preguntó si era por eso que él casi no estaba bebiendo.

Pero cuando regresaban al auto, se dio cuenta de que eso se debía a que él iba a conducir, y se

relajó un poco.

Definitivamente, debía dejar de pensar en su dinero.

—¿Te gustó mi amiga? —preguntó de repente, ya en el auto, camino al apartamento de William Walton, y Samuel sonrió.

—Sí, es muy agradable. Me contó cosas de tu infancia.

—¿Como cuáles?

—Como que participaste a escondidas de tu madre en un reinado de belleza de tu escuela.

—¿Te contó eso? La mataré—. Samuel volvió a reír.

—Me dijo que quedaste de virreina, y eso te enfureció. Que tu madre se enteró y te castigó — Catherine sonrió.

—No me castigó por haber participado en un reinado a espaldas de ella.

—¿Sino?

—Sino porque quedé en segundo lugar.

—Oh—. Él encendió el auto y salieron de allí. Iban de camino al apartamento de William, sonrió ella, y su corazón se llenó de una alegre emoción cuando imaginó que pasarían otra noche desnudos el uno en brazos del otro.

Y ya mañana en la tarde volverían a la vida normal, común y corriente, que tenían antes de este maravilloso fin de semana.

—Estás muy callada —comentó él mirando el tránsito y a ella alternadamente. Catherine suspiró.

—¿Qué somos? —preguntó de repente.

—¿Qué somos? —repitió él pareciendo confundido, y Catherine se mordió el labio arrepintiéndose de haber hecho la pregunta. A ella era la que menos le convenía ponerle una etiqueta a su relación, no podía olvidarse de la existencia de Oliver.

—No importa —dijo.

—Me parece a mí que ya somos algo —ella lo miró de reojo, como deseando que no siguiera, y al mismo tiempo, anhelándolo—. Dijimos que dejaríamos que las cosas simplemente pasaran... y están pasando, ¿no te parece?

—Sam...

—¿Sí, Cat? —preguntó él cuando ella se quedó callada. Parecía agitada, preocupada, y Samuel tuvo que preguntarse qué tan horrible era ese miedo que la hacía frenarse tanto.

—Tengo una familia complicada —él la miró serio.

—¿Y eso qué significa?

—Mamá jamás te aprobaría.

—¿Por qué?

—Pues... Porque no tienes una fortuna que ella pueda usar—. Samuel sonrió de medio lado—. Si somos algo —siguió Catherine con voz queda—, no podría presentarte ante ella... ni presumirte, ni... Tendría que mantenerte a escondidas—. Él guardó silencio por largo rato, notándose cierto enfado en sus facciones. De repente el auto se había llenado de una tensión negativa.

—Entonces... ¿estaré oculto, como si fuera algo de lo que avergonzarte?

—Jamás me avergonzaría de ti. Por el contrario, desearía presentarte a todas nuestras amistades, presumir de ti, porque ya sabes que me encantas, pero mamá... Ella no va a pensar igual que yo. Ella...

—Parece una mujer muy materialista—. Catherine hizo una mueca.

—Lo es.

Materialista y egoísta, comprendió Samuel. Y por lo poco que sabía, la causante de las inseguridades de Catherine.

Suspiró.

Esa mujer parecía una típica come hombres, de las que haría cualquier cosa con tal de conseguir lo que se proponía. Al parecer, estaba dispuesta a usar a su hija para obtener más de lo que ya tenía.

Típico de las familias ricas. Había pensado que eso sólo era cierto en las películas y los libros, pero al parecer, también en la vida real.

Llegaron al apartamento, y ella se echó a sus brazos inmediatamente. Él no la despreció, todo lo contrario, y en pocos minutos estuvieron desnudos otra vez sobre la cama.

Amaneció tal como Catherine deseó amanecer, desnudos, el uno en brazos del otro.

Pasaron toda la mañana y toda la tarde juntos. Comieron fuera, pasearon, se contaron más cosas, y al regresar, se dieron otra ronda de sexo.

El fin de semana había llegado a su fin.

—Fue maravilloso —dijo ella frente a su puerta, ya de noche, con Samuel abrazándola y renuente a soltarla—. Hay que... repetirlo —él sonrió mirando sus labios.

—Cuando quieras.

—Yo... Joyce y yo... tenemos la regla de no permitir que chicos pasen la noche aquí, o si no... —él rio.

—No te preocupes. ¿Qué harás el día de gracias...? —Catherine no respondió inmediatamente. Hasta ahora, su madre no había dicho nada concreto acerca de ese día, pero tampoco se atrevía a hacer planes.

—No lo sé aún.

—Si acaso no surge ningún plan, ¿quieres pasarlo conmigo? —Catherine sonrió.

—Claro que sí.

—Está bien. Nos vemos en la universidad, entonces —dijo él y se acercó a sus labios para besarlos. Ella lo abrazó respondiendo a su beso con la sensación de que debía atesorar todos estos momentos, como si a la vuelta de la esquina estuviera su madre con la intención de alejarla para siempre de él.

—Sí—. Él sonrió alejándose, y cuando dio la espalda para encaminarse al ascensor, Catherine lo llamó—. Entonces... ¿eres mi novio? —él se echó a reír.

—Creo que sí.

—Creo que sí... —repetió ella en voz baja—. No lo creas, lo eres. Desde hoy, Samuel Slater —él

hizo un saludo militar, y al fin se dio la vuelta alejándose. Catherine se metió en el apartamento sonriendo.

10

Pasaron los días, y el día de acción de gracias no lo pudieron pasar juntos como hubiesen querido. Catherine tuvo que volver a casa con su madre, en una cena que pretendía ser familiar, pero resultó que allí estaban Oliver y sus padres.

—Se supone que el día de gracias es algo... familiar. No para hacer negocios —se quejó ella delante de Laverne, que sólo la miró elevando una perfilada ceja.

Como siempre, ella estaba perfecta, sin un solo defecto ni en su atuendo, ni en su peinado. Catherine antes había admirado eso de ella, pero ahora sólo se preguntaba si acaso no era cansado estar todo el día derecha como una Barbie, y mirándose al espejo cazando nuevas arrugas para ir a corregirlas donde el esteticista.

—No puedo sacar ningún provecho de ti hablando en una mesa, no seas tonta —dijo Laverne menospreciando sus palabras—. En cambio, trayendo estos invitados, sí que podrías ser útil. Ve, charla con ellos, sé linda, sonríe...

—Mamá...

—Es una orden, Catherine—. Ella cerró sus ojos por una mezcla de tristeza y temor, los sentimientos que siempre despertaban en ella la presencia y las palabras de su madre.

Soy tu única hija, quiso decirle. Tu única familia. ¿Por qué no te importa mi felicidad?

Pero no lo dijo, no se atrevió, y además, sabía que eso sólo traería como respuesta más palabras afiladas que herirían su ya maltrecho corazón.

Salió a la enorme sala donde esperaban los invitados, y Catherine saludó con una sonrisa algo forzada a los padres de Oliver, que realmente parecían más interesados por su vida y su bienestar que la misma Laverne.

—Cuando Oliver nos dijo que habías ingresado a la MIT me sentí muy orgullosa —dijo Audrey White, rubia y de ojos impresionantemente azules, como los de su hijo—. Le he dicho a Oliver que debería esperar a que te gradúes para la boda... Ni siquiera él pudo ingresar allí, así que tener una esposa que sí, será muy adecuado.

—Muy adecuado —repitió Catherine desganada.

—Eres inteligente además de hermosa. Oh, mis nietos serán la envidia de la alta sociedad...

Esta gente seguía hablando de los dos como si estuvieran a las puertas de la iglesia, y de repente, Catherine se sintió muy sola. Muy abandonada en el mundo. Nadie aquí la escuchaba, nadie aquí tenía cuidado de sus deseos. La única persona que quizá la entendía era Joyce, pero no estaba, sino con su familia, y ella sólo deseaba poder teletransportarse a donde Samuel estuviera para refugiarse en sus brazos.

Cenó prácticamente en silencio, y Laverne no paraba de lanzarle miradas dicientes para que se comportara, pero no le importó. Que la castigara como quisiera, no iba a participar de esta pantomima.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Oliver ya al final de la velada, llevándola a un pasillo a solas.

Ella no lo miró, sólo sacudió su brazo para soltarse de su agarre, lo que hizo que él suspirara exasperado.

—¿Otra vez vamos con lo mismo?

—Qué casualidad. Es justo lo que pienso yo. ¿Otra vez con lo mismo, Oliver?

—Oh, cielos...

—¿Por qué trajiste a tus padres? —preguntó ella cerrando sus ojos, cansada—. ¿Por qué me presionas de esta manera?

—¿Te molestan mis padres?

—No he dicho eso. Ellos son amables. Me refiero a que... esto ya parece como si tú y yo estuviéramos casados, y ni siquiera...

—Sólo porque tú no has querido. ¿No te has dado cuenta de que eres la única aquí que se comporta distinto?

—¿Y no debería ser suficiente para desistir de esta locura?

—¿Qué locura?

—Tú y yo. Algo que nunca podrá ser.

—¿Por qué estás tan segura?

—Oliver...

—Sólo madura y deja de comportarte de manera tan caprichosa. Ha sido muy divertido para ti ignorarme durante todo este tiempo. Pues, ¡ya basta! Abre los ojos, ¡esto ya es un hecho! —Los ojos de Catherine se humedecieron, y Oliver, al verla así, se giró rascándose su cabeza—. Oh, por favor, no vayas a llorar.

—No voy a llorar —dijo ella con voz dura—. Sólo estoy cansada.

—¿Cansada de qué?

—Cansada de ti —dijo—. Cansada de explicarte una y otra vez que no siento nada por ti, que no puedes obligarme a estar contigo—. Él la miró pasmado por esa contestación—. ¿Es esto lo que quieres, Oliver? —preguntó ella señalándose a sí misma—. ¿Quieres una mujer que no te ama, una mujer que ni siquiera te desea, que siempre estará luchando contra ti?

—Algún día tú...

—¡Algún día nada! —exclamó ella—. Nunca voy a sentir nada por ti, nunca iré alegremente hacia ti. ¿Me entiendes? ¡Nunca! Vas detrás de una mujer que no quiere ser perseguida, que no tendría por qué ser perseguida, porque si sintiera lo más mínimo por ti, me dejaría encontrar, ¡o yo te buscaría a ti! Y eso, que tengas que acosarme, no hace sino disminuir más y más tu estima ante mí. Entre más me persigues, más quiero huir, ¿es eso lo que quieres?

—Tienes a otro, ¿verdad?

—Oh, ¡Dios mío! —exclamó Catherine exasperada.

—Tienes a otro, y por eso me rechazas. ¿Quién es? ¿Acaso puede darte lo que yo? —eso la hizo reír, pero Oliver no comprendió su humor y la tomó de los hombros sacudiéndola—. ¡Dime quién es, maldita sea! —Catherine apretó sus dientes deseando con toda su alma poder decirle quién, pero debía proteger a Samuel, y a sí misma.

—No tengo a nadie —dijo, y una lágrima rodó por su mejilla—. Sólo estoy concentrada en mis estudios; no me interesa el romance, ni nada que tenga que ver con hombres... Pero tú no haces sino estorbarme, y me estoy cansando, Oliver.

—Yo también me estoy cansando de tus niñerías.

—Entonces, déjame en paz. Déjame en paz, porque soy capaz de cualquier cosa, ¡hasta de

matarme, si me veo demasiado acorralada! —Oliver la soltó de repente, impresionado por su vehemencia al decir aquello.

—No puedes valorar tan poco tu vida.

—¿Cuál vida, Oliver? —siguió ella, con otra lágrima rodando—. ¿Cuál vida? ¿Crees que esto que yo tengo es el sueño de toda chica? ¿Que debería sentirme extasiada porque tú me persigues? ¡No! No soy como las demás chicas, siempre lo has sabido, ¡y me tienes asfixiada! —él se rascó la cabeza, contrariado por cada cosa que decía.

—Estás mintiendo. Tienes que estar mintiendo. ¿Por qué me rechazarías? ¡La otra vez incluso me besaste!

—Sólo fue para poder regresar a tiempo para mi examen.

—¡Me usaste!

—¡Hicimos un trato y lo aceptaste!

—Catherine... Es que no puedo. No puedo dejar de pensar en ti. Eres todo lo que quiero, eres todo lo que sueño... —Catherine cerró sus ojos.

—No puedo hacer nada para ayudarte en ese sentido. Yo no siento nada por ti... y eso no va a cambiar, menos, si me tratas como una posesión, como una mercancía—. Oliver empuñó sus manos apretando duramente sus dientes.

Tenía que tomar una decisión ahora, pero le estaba costando demasiado. Lo que había dicho su padre tenía sentido, pero ah, qué duro era.

—Dime... ¿qué quieres que haga? ¿Qué puedo hacer para que me aceptes? Lo que digas, Catherine, lo que me pidas.

—Es que no te voy a aceptar.

—Esa es la única respuesta que no voy a admitir. Dime que requieres de tiempo, dime que necesitas que te demuestre que en verdad te amo. Pídeme lo que sea, Cat, pero no digas que jamás serás mía. Porque... Me volveré loco, y creo que prefiero verte destruida que en brazos de otro, ¿me entiendes?

—No puedes decir eso en serio... —dijo ella, pálida y mirándolo sin podersele creer.

—Estoy hablando muy en serio. En un año, en dos, o en diez, maldita sea mi vida si no consigo que te cases conmigo.

—¡Estás loco!

—¡Lo juro por Dios hoy! —exclamó él tomándola de nuevo de los brazos—. Así que dímelo. Dime qué quieres que haga.

Él estaba más loco de lo que había creído, se dio cuenta Catherine. Peor, peor de lo que había imaginado. El problema es que tenía todos los medios para cumplir su amenaza, y ella en cambio, no tenía nada, sólo muchas cosas que proteger, y muy pocas armas a su favor.

Otra lágrima rodó por sus mejillas cuando pensó en Samuel. ¿Qué iba a hacer con lo que sentía por él? ¿Qué iba a hacer con su vida, con sus sueños, con este nuevo anhelo que nacía junto a él?

—Te odio —le dijo entre dientes—. Cada vez te odio más.

—No me importa si me odias. Con todo y tu odio, serás mía.

—Muy bien —sonrió Catherine secando sus lágrimas con su brazo—. Muy bien —respiró hondo

tratando de desatar el nudo en su garganta y cuadró sus hombros dando un paso hacia él—. Tú hiciste un juramento, ahora yo hago el mío. Prefiero morirme, Oliver, que alguna vez pertenecerte —él abrió su boca, totalmente pasmado por esas palabras—. Vamos, destrúyeme, porque hoy juro que nunca seré tuya.

—Tú...

—Quítame todo, destruye todo. No me importa. Si el precio es librarme de ti, bienvenido sea.

—No puedes...

—Sí puedo. Es mi vida, y yo decido a quién amo. Y a ti jamás te amaré, ¿me entiendes? ¡Jamás!

—Oliver no lo pudo soportar, y levantó la mano dándole una bofetada. Catherine ladeó su cabeza, pero no pudo reaccionar, porque acto seguido él la tomó en brazos y la besó.

—No te destruiré. No destruyo lo que amo.

—Suéltame —forcejeó ella.

—No sé qué es lo que tendré que hacer, pero te conseguiré, Catherine.

—¡Eres un maldito desquiciado!

—Tal vez.

—¿Es así como esperas conquistarme?

—¿Conquistarte? No, cariño. Pero te aseguro, que no te alejarás de mí por el resto de tu vida—. Él la soltó al fin, y Catherine no perdió tiempo de devolverle la bofetada.

—¿Quieres apostar? —susurró ella entre dientes. Oliver se sobó la mejilla y sonrió.

—De acuerdo. Veamos quién gana. El premio, obviamente, serás tú, querida. Y el ganador seré yo—. Ella le lanzó una mirada de desprecio, y dando media vuelta, se alejó de él, abrió una puerta y se metió allí para no volver a salir.

Él debió excusarla con los presentes, porque no fueron a molestarla, pero el regaño de Laverne no se hizo esperar por tener la poca delicadeza de irse antes de despedir adecuadamente a los invitados.

No le importó.

Hasta el momento, había creído que con desprecios y desplantes, se libraría de Oliver, pero acababa de comprender que no sería así.

Tanto su madre, como él y su familia, estaban empeñados en venderla y comprarla, y eso la aterraba.

No tenía salida. Tendría que dejarlo todo.

En el momento en que el compromiso se volviera real, tendría que matar a Catherine Bell.

—Es fascinante cómo has cambiado en los últimos días —dijo William Walton mirando a su amigo sonreírle al teléfono sentado delante de él. Samuel, como si lo hubiesen pillado en falta, borró su sonrisa y tomó una actitud más despreocupada guardando disimulado el aparato, lo que hizo que William riera—. Espero que sea para bien.

—Tal vez lo sea.

—¿Ya investigaste sus antecedentes? —Samuel lo miró sin comprender—. No me digas que no. ¡Es algo de vital importancia, Sam! Si empiezas a salir con una chica, y luego el asunto empieza

a volverse... serio, ¡la investigas!

—¿En qué mundo eso es normal?

—En el mundo al que quieres entrar. ¿Qué pasa si te está mintiendo en algún aspecto? ¿Si no es lo que aparenta ser? ¿Y si está loca, es una psicópata, estuvo en la cárcel por haber asesinado a los miembros de su familia, se cambió el nombre, etcétera?

—¿Qué libros estás leyendo?

—¡De todo puede pasar!

—No seas tonto.

—Ya veo que no lo vas a hacer —suspiró William tomando su teléfono. Segundos después, hablaba con alguien—. Catherine Bell —dijo—. De Nueva York.

—¡No hagas eso! —intentó detenerlo Samuel.

—Es por tu bien. Eres mi amigo y te quiero.

—¡Para! El psicópata aquí parecees tú haciendo eso—. William cortó la llamada y lo miró elevando una negra ceja.

—Dentro de unos años, Samuel, serás un hombre importante, rico, tenido en cuenta. Necesitas que tu mujer, tus parejas románticas, estén a tu altura, sin una sola mancha en su historial. Porque todo lo que arrastran ellas, podrían ser un peso insoportable o innecesario para ti.

—¿Eso te lo enseñaron tus padres?

—Claro que sí. ¿Quién si no?

—Tus padres están locos.

—No. Son listos, protegen lo suyo.

—¿Y yo soy tuyo, mi amor? —preguntó Samuel apoyando su mejilla en la palma de su mano y el codo en la mesa. William imitó su pose.

—Claro que sí, querido.

—Estás de remate —se sacudió Samuel, y William se encogió de hombros—. Pero... —Retomó Samuel mirándolo serio—. ¿Tus padres se molestarían mucho si acaso... te enamoraras de una chica que no es de la alta sociedad? —Los ojos de William brillaron.

—Por qué. ¿Al fin vas a presentarme a tu hermana?

—Ni en cien vidas.

—Aguafiestas.

—Responde —William hizo pucheros cruzándose de brazos, pero luego lo miró.

—No les haría mucha gracia —contestó al fin—, ella tendría que demostrar que no es una arribista, o vividora, para poder ganarse su parabién.

—Pero no... la atormentarían, ni te atormentarían a ti por haberla elegido.

—Cuando conozcan a Cassie, la amarán.

—No estoy hablando de mi hermana. Deja de soñar.

—Aguafiestas —volvió a quejarse William volviendo a hacer pucheros—. Mis papás no son tan retrógradas... Habrá algunos a los que eso sí les moleste, porque creen que aún no lo tienen todo y quieren más—. Samuel asintió ante sus palabras.

—¿Todavía... hacen eso de los matrimonios arreglados en tu círculo social? —William lo miró elevando una ceja.

—¿Qué dices?

—¿Ya no es así? —William se echó a reír.

—No lo sé. Supongo que algunos lo hacen, pero lo disfrazan como amor verdadero. ¿Por qué tantas preguntas? ¿Sospechas de Catherine?

—Tiene una mamá... que parece dominante.

—Cuando me traigan el reporte de tu novia sabremos si es de las que piensan así.

—Cancela eso...

—Pero aún estamos jóvenes —siguió William como si no lo hubiese escuchado—, no creo que estén pensando en casar a chicos universitarios—. Samuel asintió, y se tranquilizó pensando en eso.

El siguiente fin de semana no lo pasaron juntos, pero al menos, tuvieron la tarde del domingo para sí. Samuel no tuvo el descaro para volver a pedirle el apartamento a William, pero al menos pudieron ir a un bonito hotel, y pasar allí un rato más que agradable.

Esto cada vez se ponía mejor, pensó Samuel. Ella era cada vez más hermosa, coqueta, desinhibida... Le fascinaba en todas sus facetas.

Era una lástima que su café fuera tan terrible.

—¡Yo lo hago! —dijo en una ocasión, en su apartamento. No había pasado la noche allí, pero tenía la mañana libre y ella lo había invitado. Ella había estado a punto de poner a hacer café, afortunadamente, él llegó a tiempo.

Catherine no pensó en lo extraño que era que él hubiese saltado de esa manera, sólo le dio la bolsa de café y se hizo a un lado hablándole de todo y de nada, y él la escuchaba encantado mientras ponía a salvo el precioso polvo negro.

—Catherine —le dijo en otra ocasión, en medio de la noche, tomados de las manos, y cubiertos de abrigos, gorros y bufandas, pues el frío era cortante. Caminaban hacia el auto de ella luego de ver juntos una película. No había sido tan buena, y él ahora se arrepentía por ese par de horas mal invertidas.

Pero al ver su rostro, decidió que no importaba, ella estaba contenta.

—Dime —contestó ella.

—¿Te gustaría pasar la navidad conmigo? —Ella elevó su mirada a él con los ojos llenos de alegría y esperanza—. Mi casa es pequeña, ya sabes... Pero...

—¡Sí! —contestó ella sonriendo.

—¿Tan rápido?

—Sí! —Samuel se echó a reír—. Será genial...

—Vale —sonrió él—. No imaginé que aceptarías tan rápido.

—Secretamente, soñaba con que me invitaras.

—¿De verdad?

—Pero me asustaba que fuera demasiado pronto para pedirte que pasemos juntos fechas tan importantes—. Él se detuvo, tiró suavemente de su brazo y la pegó a su cuerpo abrazándola por la cintura.

—¿Te asustan esas cosas?

—A veces siento que vamos muy rápido. Es decir... Sólo llevamos un mes saliendo... Pero... Siento que todo esto es adecuado. Cada día quiero pasarlo contigo. Quiero hacer de todo, mostrarte todo...

—Entonces, sentimos igual —sonrió él—. No tengas miedo de hacer algo inadecuado. Invítame a donde quieras. Sabes que si puedo, iré; y si no puedo... haré lo posible por compensártelo—. Ella sonrió encantada, y él no perdió el tiempo y besó esa sonrisa.

—Me gustas muchísimo, Sam.

—Tú también me gustas.

—Quisiera... —su voz se fue apagando, y cuando la incertidumbre asomó a sus ojos, Sam elevó sus cejas interrogante—. Yo... quiero hablarte de algo... de algo importante—. Samuel la miró interrogante, pero ella sólo sonrió sacudiendo su cabeza—. No es nada malo, pero es un tema largo, y quiero... hablarlo bien.

—¿No puedes decírmelo ahora? —Catherine meneó su cabeza negando.

No podía arriesgarse a que los interrumpieran, a que él no entendiera y ella no alcanzara a explicarse bien. No iba sólo a contarle algo que había sucedido, sino los planes que tendría que organizar, y mil cosas más.

En su casa lo haría, era ideal. Le hacía muy feliz que él le hubiese propuesto pasar las vacaciones juntos.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Laverne en un grito. Catherine tomó aire llenándose de paciencia.

—Voy a pasar la navidad con tía Janice —mintió—. Estaré con ella. Hace años que no me lo permites, y...

—No vas a hacer tal cosa.

—No puedes impedírmelo.

—Sí que puedo.

—¿De qué manera, mamá?

—¡Cortaré tus tarjetas!

—Adelante, hazlo.

—¿Qué diablos...?

—Corta mis tarjetas, ¡deja de enviarme dinero! No pagues mi próxima matrícula.

—¿Unas vacaciones junto a la estúpida de tu tía valen todo ese sacrificio?

—Sí, mamá. Y sólo te llamaba para avisarte... Desde aquí me iré para su casa, así que, feliz navidad, y próspero año nuevo.

—Catherine, no te atrevas a desobedecerme. ¡Catherine! —pero ella colgó, y Laverne se quedó con el teléfono mudo en su mano.

Apretó sus dientes entrecerrando sus ojos, y en el momento entró Sharon, su secretaria, trayéndole un documento.

—¿Pasa algo? —preguntó Sharon, y Laverne estalló.

—¡Otra vez Catherine! ¡Otra vez desobedeciéndome, llevándome la contraria! ¡Ya no sé qué hacer! —Acostumbrada a esta situación, Sharon se dispuso a tomar nota.

—¿Cancelaremos sus tarjetas, como siempre? —Laverne se recostó pesadamente en el sillón sin contestar—. ¿Señora?

—No sé qué hacer —susurró Laverne—. Esta niña es más terca y voluntariosa de lo que esperé. La crié para ser dura, pero no imaginé que lo sería contra mí. Soy su madre, sé lo que es mejor para ella.

—Entonces, no cancelaremos sus tarjetas.

—Me echa a perder todos los planes que tenía para navidad —siguió Laverne sin prestarle atención—, y si acaso la trajera a la fuerza...

—Haría un desplante —completó Sharon. Conocía a Laverne, pero también conocía a Catherine. La una estaba presionando demasiado a la otra, y sospechaba que pronto alguna se quebraría.

Viendo a Laverne, ella sería la primera.

—Está bien —suspiró Laverne—. Dejémosla pasar la navidad en esa pocilga que Janice llama casa.

—¿Quiere que la mantenga al día de sus actividades? ¿Que envíe a alguien a vigilarla? —Laverne hizo un gesto con la mano, y Sharon lo tomó como una respuesta negativa.

—No quiero saber si fueron al parque a comer helado, o si se llenaron de burritos y salchichas... Siempre son las mismas historias.

—Los señores White...

—Yo me las arreglaré con ellos. Y Oliver... Que asuma la consecuencia de no haber enamorado bien a mi hija.

Samuel metía en su maleta su pocas pertenencias. Había acordado viajar mañana a primera hora con Catherine a su casa, a pasar la navidad juntos, y sonreía solo ante la expectativa.

Su compañero de habitación ya se había ido, por lo que estaba solo. Sin embargo, la puerta se abrió casi con violencia y en el vano apareció la figura alta de William.

—Tu novia tiene novio —dijo sin preámbulos, y Samuel lo miró ceñudo—. William caminó acercándosele con un sobre de manila en las manos—. Hay rumores de que sale con Oliver White. Las familias últimamente han estado muy unidas, y muy de acuerdo en varios negocios.

—Eso no significa...

—Significa lo que te digo. Si esas dos familias están pensando unirse, no será a través de una sociedad comercial, sino a través del matrimonio.

—Pero eso es...

—Del siglo pasado, ya lo sé. Pero sea anticuado o no, lo que importa aquí, es que Catherine está prometida a otro—. Algo dolió en el centro del pecho de Samuel, y tomó los papeles que William le ofrecía.

Ella ya había dicho que su familia era complicada, pero no imaginó que le hubiera ocultado algo tan importante.

Algo demasiado importante. Si ella estaba prometida, entonces él, simplemente, era el otro.

Al estudiar los papeles, encontró fotografías de Catherine y una mujer rubia y hermosa que debía ser su madre. También fotografías de Catherine siendo cariñosa con un hombre alto y rubio en una fiesta. Rico a todas vistas por su traje a medida y su reloj de pulso.

Dejó salir una risa cansada cuando reconoció en ese hombre al mismo que una vez intentó empujarla dentro de un auto... y él la había rescatado.

—Este es...

—Oliver White.

—¿Tú... lo conoces?

—No personalmente. No tuve tiempo de hacerlo investigar a él, mi prioridad era mostrarte las pruebas antes de que te fueras de viaje—. Samuel tragó saliva, y miró su maleta sintiendo de repente que todo se ponía muy frío alrededor.

—Gracias... supongo... —William hizo una mueca y miró la maleta que estaba armando. Ya le había dicho que pasarían la navidad juntos, pero por su expresión de ahora, dudaba que eso fuera a suceder. Samuel era orgulloso, nunca perdonaría este engaño.

—Lo siento, Sam —siguió William—. Tú no querías que la investigara, pero no puedo permitir que nadie le vea la cara de idiota a mi amigo—. Samuel cerró sus ojos.

—No se repetirá —dijo él entre dientes.

—¿Hablarás con ella? —Samuel dejó salir una risita llena de desdén.

—¿Qué tengo que hablar? Ya tú lo has descubierto todo.

—Bueno... tú la conoces mejor que yo, sabrás si vale la pena darle la oportunidad de explicarse.

—¿Una oportunidad? Y entonces, qué seré, ¿el otro?, ¿el amante? —William dejó salir el aire.

De repente, Samuel empezó a meter todas sus cosas en la maleta, la cerró, tomó su chaqueta y su bufanda y se encaminó a la puerta.

—¿No viajabas mañana?

—Me iré ahora.

—Pero...

—Seguro que encontraré un bus a esta hora. No te preocupes.

—Pero...

—Feliz navidad, amigo. Nos vemos en año nuevo—. Samuel cerró la puerta y William quedó allí solo, pestañeando y sorprendido.

Catherine esperaba a Samuel. Habían acordado verse a primera hora de la mañana y salir juntos desde su apartamento. Viajarían en su auto. Pero ya era la hora, y Samuel no llegaba, tampoco contestaba sus mensajes.

Había sido precavida, y antes de avisarle a su madre que pasaría la navidad en otro lado, hizo compras de ropa, alimentos y regalos. No llegaría a la casa de Sam con las manos vacías. Joyce

aún no había salido, pero también estaba alistando su equipaje. Viajaría en la noche, le había dicho.

Miró su reloj.

Era extraño en Samuel ser impuntual, así que empezó a preocuparse.

Esta vez no le escribió, sino que llamó, y al fin, luego de tres intentos, él contestó.

—Hola... Estaba preocupada —sonrió Catherine—. Es que... te estoy esperando y... ¿Prefieres que vaya por ti?

—Ya estoy en mi casa —contestó él secamente—. Viajé anoche.

—¿Qué? Pero...

—Adiós —dijo simplemente. Catherine se quedó mirando el teléfono con el corazón acelerado.

Volvió a marcarle. Otra vez tres intentos, y Samuel contestó.

—¿Qué quieres, Catherine?

—¡Una explicación! —exclamó ella, supremamente confundida por su actitud.

—Ah. Eso. No la necesitas.

—Qué diablos...

—Del mismo modo que tú no necesitas explicar quién es Oliver White, tu compromiso con él, y todas tus mentiras—. Catherine se quedó muda, y al cabo de unos segundos, se escuchó la risa despectiva de Samuel—. Espero que tengas una feliz navidad —dijo, y volvió a colgar.

Catherine se sintió sin aire, con el pecho oprimido, sintiendo una extraña desesperación invadirla.

Ya antes se había sentido desesperada, pero esto era diferente. Dolía horrores, como si le estuvieran extirpando de su alma algo muy importante.

Él había descubierto la existencia de Oliver. ¿Cómo?

Eso no importaba ahora, lo que urgía era explicarle. Obviamente estaba molesto, dolido. Conociéndolo, no debía caerle nada bien sentirse el segundón, el otro, y seguramente era eso lo que estaba pensando.

Necesitaba explicarle, dejarle claro que en su vida, él era lo primero, lo único.

—Joyce, ¡me voy! —exclamó desde la puerta. Su amiga apenas alcanzó a asomarse a la puerta de su habitación.

—¡Disfruta! —le gritó, pero Catherine cerró la puerta sin mirar nada más.

Joyce suspiró. Cómo envidiaba a su amiga. Ojalá ella pudiera tener a alguien con quien pasar las navidades.

Se acercó a la cama donde tenía la maleta y sacó las pocas cosas que había metido, y luego la guardó.

Le había hecho creer a Catherine que pasaría la navidad en Nueva York con sus tíos, pero lo cierto era que ya le habían dicho que se irían a Italia, y obviamente, ella no estaba invitada. Daba lo mismo pasar navidad allá que acá, así que prefería ahorrarse el dinero del viaje.

Al pensar en que pasaría navidad sola su estómago se encogió.

—No será la primera vez —susurró. Pero sus ojos se humedecieron inevitablemente.

11

Catherine llegó a Altoona y ya empezaba a oscurecer. Recordaba más o menos dónde quedaba la casa de Samuel, así que preguntando un poco, por fin llegó. Al verla, Cassie se sorprendió muchísimo.

—Sam no está —le dijo—. Está en el gimnasio, con papá.

—¿Me das la dirección, por favor? —Cassie se mordió los labios sin saber qué hacer, y Catherine imaginó que tal vez Samuel le había contado algo—. Necesito hablar con él, explicarle. Por favor, ayúdame.

—Está bien —asintió Cassie, y le dio las indicaciones de cómo llegar.

Catherine no perdió tiempo y se introdujo de nuevo en el auto.

Al llegar al gimnasio, se dio cuenta de que no era uno común y corriente, sino que estaba dedicado, más que todo, a los deportes de lucha. Había rings y peras de boxeo, sacos, entrenadores con protectores en el rostro y el cuerpo, guantes...

Algunos hombres se la quedaron mirando mientras caminaba, pero no le dijeron nada, y ella fue avanzando hasta que encontró a Samuel.

Un hombre le sostenía el saco de boxeo mientras él golpeaba una y otra vez con sus puños protegidos por vendas. Al verla, el hombre levantó la mirada, y Catherine reconoció a Frank, que le sonrió.

—Hola —saludó ella. Samuel perdió la concentración y su puño resbaló en el saco.

Se giró a mirarla con su ceño fruncido, pero ella no dio ni un paso atrás.

—¿Qué haces aquí? —bramó él caminando hacia ella. Catherine afincó sus pies en el suelo y cuadró los hombros.

—¿Qué esperabas, que me quedara quieta luego de lo que me dijiste?

—No quiero verte. Lárgate.

—No lo haré.

—Catherine...

—Tú me vas a escuchar... —y luego, suavizando la voz: —Necesito que me escuches—. Él se echó a reír.

—No me gusta hablar con gente mentirosa.

—No te he mentado.

—Oh, perdona. Cierto. Sólo me ocultaste información —ella iba a decir algo, pero Samuel se dio la vuelta y le dijo algo a su padre. Sin añadir nada más, caminó hacia el fondo del gimnasio. Catherine fue detrás.

—Sam... —Él la ignoró, y Catherine no tuvo más remedio que insistir mientras sólo podía ver su espalda sudada—. Hay una razón por la que no te dije nada —dijo—. Por favor, déjame explicarte la verdad, toda la verdad—. Él se giró por fin a ella mirándola con algo muy parecido al rencor, y Catherine tragó saliva—. Si decides no creerme luego, yo... te entenderé —siguió ella con el corazón palpitando fuertemente en su garganta—. Pero por favor, déjame decirte todo—. Él sonrió con sorna, y volvió a darle la espalda. Lo siguiente que Catherine vio, fue una puerta cerrarse ante sus narices. Eran las duchas.

Dio un paso atrás y miró en derredor. Algunos de los hombres la miraban con curiosidad, y ella se abrazó a sí misma preguntándose si acaso sabían todo, y la estaban juzgando.

Se rascó el cuello y empezó a dar vueltas por el pasillo. Samuel tenía que salir en algún momento, y ella no tenía nada más que hacer que esperar.

Salió quince minutos después, duchado y fresco, pero aún enojado.

—¿Sigues aquí? —le preguntó con rostro adusto, y ella se enderezó y lo miró fijamente.

—No vine hasta aquí para no ser escuchada —dijo, y Samuel la miró de pies a cabeza. Ella lucía unos simples pantalones blancos y zapatos deportivos, una chaqueta de cuero y un pequeño bolso cruzado.

Al parecer, ella había conducido todo el día hasta aquí para, según ella, explicarle.

Pero a su mente vino la imagen de ella sonriéndole a ese rubio y todo su genio volvió a agriarse.

—No sé qué te dijeron, pero...

—La verdad, simplemente —dijo él avanzando hacia la salida con un maletín bajo el brazo.

—No puedes saber toda la verdad.

—Entonces, quién la sabe, ¿tú?

—¡Sí, yo! —exclamó ella—. No puedes, de buenas a primeras, creer lo que alguien más te dice. Sólo yo sé lo que está pasando en verdad.

—Qué conveniente que sólo tú sepas la verdad.

—Pues es así.

—A ver —dijo él girándose de nuevo para mirarlo—. Me muero por escucharlo.

—¿En verdad quieres que te lo diga aquí? ¿Delante de todos? —Él miró en derredor. Habían llamado un poco la atención, y algunos incluso habían interrumpido su entrenamiento por ponerse a mirarlos.

Con una seña, él apuntó a la salida, y ella lo siguió. Al estar afuera, Catherine le pasó las llaves del auto para que él condujera, como siempre, pero esta vez, él las rechazó y se sentó en el asiento del copiloto.

Catherine sólo suspiró.

—Dime a dónde quieres ir.

—Sólo conduce. Cualquier lugar es bueno—. Otra vez, ella guardó silencio e hizo como él dijo. Samuel le daba indicaciones acerca de dónde no era permitido cruzar para no cometer infracciones, y en un momento, Catherine simplemente detuvo el auto frente a un parque y lo miró.

—Sam, entiendo que estés molesto, pero tienes que creerme, porque te juro que esto es verdad: Oliver White no es mi novio—. Samuel no dijo nada, y sólo miró por la ventanilla—. No lo es, y nunca lo será —siguió Catherine con voz firme—. Mamá quiere comprometerme con él, pero yo... no quiero, y no lo haré. Sam, tienes que creerme.

—No es tu novio —repitió él, y Catherine se giró a él soltando su cinturón de seguridad.

—Sus papás y mi mamá quieren que nos casemos, desde siempre han estado presionando. Hace poco mamá simplemente me dijo que debía casarme con él y ya, pero no cuentan con mi consentimiento. Ni una vez me han preguntado si estoy de acuerdo, y obviamente no lo estoy.

Sam... es la verdad—. Él, por fin, se giró a mirarla.

—Vi una foto tuya con él. En un baile. Muy cariñosos, los dos—. Catherine apretó sus dientes antes de responder.

—En ese momento, yo no estaba saliendo contigo... —aclaró—. Y aun así... todo fue parte de un teatro. Es difícil de explicar, pero...

—¿Qué tan difícil puede ser?

—Dependo económicamente de mamá —dijo ella con voz desesperada—, si le llevo la contraria en algo, no me permitirá terminar la carrera. Y es algo que necesito, Sam, tú mejor que nadie puede entender eso. No puedo hacer como tú y pedir una beca, porque mi familia tiene los recursos. Mi madre simplemente sabe que es mi punto débil y cada que quiere presiona para conseguir lo que quiere... y hay momentos en que simplemente me toca dar el brazo a torcer, como en esa fiesta. Cuando no te conocía, yo simplemente aguantaba, y aguantaba, porque no tenía mayor cosa que perder, pero te juro que desde que estoy contigo, no he permitido que se tome licencias conmigo—. Él la miró a los ojos por espacio de un minuto en silencio, y Catherine sólo lo miraba esperando su veredicto.

Al final, él suspiró y abrió la portezuela para salir.

—Esto es un desastre —dijo.

Al ver que se alejaba, Catherine lo imitó.

—¿No me crees? —le preguntó, y Samuel apretó sus labios en una señal de incertidumbre.

—Sí. Te creo.

—¿Me crees... que no estoy comprometida con él? ¿Que no tengo nada con él? El único en mi vida eres tú, Sam. ¿Me crees?

—Te creo —dijo, y Catherine lo miró fijamente. Si él lo decía es porque era cierto, sin embargo, él no parecía dispuesto a volver a sus brazos y besarla como cabría luego de una declaración así.

¿Le creía, pero no volvería con ella? Aquello la angustió.

—No me casaré con él —le dijo—. No me casaré si no es por amor... y a ese hombre yo... más bien lo aborrezco.

—Te creo.

—¿Y por qué parece que no?

—Es sólo que ahora tengo muchas dudas, Cat. ¿Y si tu madre simplemente deja de pagarte el estudio y deja de mantenerte? Te verás obligada a dar tu brazo a torcer, ¿no?

—No —aseguró ella—. Te lo juro, Sam —él al fin relajó sus hombros, cambiando poco a poco la tirantez de su expresión—. Te dije que mi familia era complicada... y te dije... que había algo muy importante que quería explicarte... Era esto, Sam.

—Lo recuerdo.

—Porque... es mi vida, se trata de mi vida, y cómo voy a vivirla en los años venideros, y la persona que se supone debería apoyarme y alentarme, mi madre, simplemente me hunde. Nunca he pensado en ceder, ni siquiera cuando no estaba contigo se pasó por mi cabeza rendirme en esto... y ahora que estoy contigo, menos. Ahora que te conocí, menos puedo resignarme a estar con alguien por quien no siento nada.

Samuel sacudió su cabeza mirando a otro lado, parecía que quería decir mil cosas, pero no sabía

por dónde empezar. Catherine guardó silencio esperando que él dijera algo. Ya había dicho lo esencial, pero debía esperar. Si de repente empezaba a soltar y soltar excusas, perdería la poca credibilidad que le quedaba.

—¿Sabes cuál es, realmente, el problema? —hubo unos segundos de silencio, donde sólo se miraron el uno al otro—. Esto era algo demasiado importante, Catherine, algo que debiste decirme desde el principio... y tú simplemente lo ocultaste—. Ella pestañeó varias veces admitiendo aquella verdad—. En ese momento en que me preguntaste qué clase de relación teníamos, debiste decir: Por cierto, Samuel. Tengo un pretendiente algo intenso; mamá quiere casarme con él, pero te prometo que eso no pasará.

—Lo sé —susurró ella.

—Desde que supe de este supuesto compromiso, sí, admito que sentí celos, pero más allá de eso... no pude evitar empezar a hacerme preguntas como: ¿Y si hay más cosas que me ocultas? ¿Puedo confiar en ti?

—Sam, no hay nadie más.

—No me muevo en tus medios, no sé nada de cómo funcionan las cosas en tu mundo. ¿Y si para ti sólo soy una aventura de la universidad, y luego, simplemente, tengo que enterarme de que estás casada?

—¡No! —exclamó ella con sus ojos humedecidos y acercándose a él—. ¡Eso no va a pasar! Dices que me crees, por favor, créeme también en esto. No desconfíes de mí, lo que tenemos es precioso para mí. Jamás te haría algo como eso—. Él cerró sus ojos, y Catherine se tiró a su pecho y lo abrazó—. Es lo que me ha mantenido cuerda todo este tiempo. Cuando antes no hacía sino llorar por mi mala suerte al tener una madre así, ante el absurdo de comprometerme cuando aún soy una estudiante, el cómo me manipulan sólo por desear graduarme... Tú has sido mi polo a tierra, Sam... —él por fin respondió a su abrazo, y Catherine no pudo reprimir más las lágrimas.

De repente se había vuelto de vital importancia que él le creyera, que volviera con ella.

Sin embargo, este abrazo que le daba era una muy buena señal, y su corazón oprimido por fin sentía que podía latir con normalidad.

—Al principio no imaginé que esto llegara tan lejos —se explicó Catherine, todavía abrazada a Samuel, sin intención de soltarlo, pero no parecía que eso a él lo incomodara—. No imaginé que esto se volviera algo más que unos pocos besos y buen sexo. Pero luego... me fui enamorando de ti, y empecé a sentir miedo—. Él la miró abriendo grandes sus ojos por lo que ella acababa de admitir—. Miedo de que no me entendieras, miedo de que no aceptaras los problemas con los que tengo que lidiar día a día...

—No te entiendo. ¿Qué clase de hombre crees que soy? —preguntó otra vez molesto—. ¿Tan insensible parezco que no podría comprender tus problemas, ni atender tus inseguridades? —Catherine dio un paso atrás mirándolo con ceño.

—Samuel, te fuiste y me dejaste plantada porque alguien te dijo que estaba comprometida. Ni siquiera me diste la oportunidad de explicarme, ni siquiera preguntaste si era verdad. A la primera dudaste de mí y saliste corriendo. ¿Tenía razón o no en dudar? —él se quedó callado, y Catherine dejó salir el aire—. No me diste la menor oportunidad. Es casi como si quisieras que fuera verdad para salir huyendo—. Él dejó salir una risita.

—No es así.

—En todo el camino aquí, y fueron muchas horas en mi coche, sola, meditando, llegué a preguntarme si acaso no estabas usando esto como excusa para dejarme, Sam.

—No es así —repitió él.

—¿Y por qué diablos no preguntaste? ¿Por qué, al enterarte, no fuiste a tumbarme la puerta a mi apartamento para reclamarme? Por mentirosa, por ocultarte cosas, por lo que fuera. Yo, en tu lugar, habría exigido respuestas, no habría huido, que fue lo que hiciste tú.

—Ya no me regañes.

—¿Y si alguien más viene con mentiras? Si de repente Michelle dice que me vio besándome con otro, ¿tú simplemente le creerías?

—¿Por qué metes a Michelle en esto?

—¡Porque le crees a cualquiera antes que a mí! —él tragó saliva y miró a otro lado.

—Está bien. Lo siento—. Ahora, fue ella la que se cruzó de brazos—. Te prometo que a la próxima, tumbaré tu puerta y exigiré respuestas.

—Eso no me tranquiliza.

—Y te buscaré hasta el fin del mundo para hacerte escupir la verdad—. Ella sonrió ante esas palabras—. Entonces... —siguió él acercándola de nuevo para abrazarla—, ¿estás enamorada de mí? —ella frunció su ceño luego de que su corazón casi se saltara un latido.

—¿Quién te dijo eso?!

—Tú.

—¿Cuándo dije tal cosa?!

—Hace un momento.

—No es cierto. Yo no...

—¿Entonces no es así? Ah... ¿lo dijiste sólo para ablandarme? —Catherine lo miró de reojo—. Funcionó —dijo con una sonrisa blanca—. Eso me impactó.

—Samuel Slater, no te atrevas... —pero él sí se atrevió, y le dio un beso en la boca, un beso que la hizo suspirar, y le relajó todo el cuerpo. Era como si, al fin, hubiese vuelto a casa. Una sensación que hacía muchos años no experimentaba.

—Es verdad, o no —susurró él contra sus labios.

—Diablos, sí —él se echó a reír.

—¿Te enamoró mi estupenda forma de ser? O, ¿mi estupenda forma de hacerte el amor?

—¿Estás buscando elogios?

—¿Por qué no? —Catherine sonrió y suspiró recostándose de nuevo en él.

—Prométeme que a la próxima no te irás lejos sin tratar de arreglar las cosas, Sam.

—Te lo prometo. Es sólo que... no estoy acostumbrado a lidiar con este tipo de problemas. No es que quiera sabotear lo que tenemos... Es que... me aterra lo que soy capaz de hacer, decir, o imaginar por heridas de este tipo—. Él la tomó de los hombros y la movió para mirarla fijamente—. Tienes que explicarme todo. Cómo empezó lo de Oliver, cómo es que tu mamá insiste en casarte cuando todavía eres una estudiante, y...

—Todo, todo —asintió ella—. Te contaré todo. Tal vez necesite una semana o dos para que no quede nada por fuera.

—Bien. Empecemos esta noche—. Ella sonrió y suspiró cuando él empezó a masajear sus hombros.

—Estás tensa —dijo Samuel, y Catherine movió su cabeza asintiendo.

—Conduje todo el día —le contestó con sus ojos cerrados—. Y pensar que este malentendido podía dañar nuestra relación, obvio hizo estragos en mis músculos.

—Pobrecita niña. Te he hecho pasarlo mal.

—Nunca me había angustiado tanto.

—¿Es porque estás enamorada? —volvió a preguntar él con esa sonrisa traviesa, y Catherine hizo rodar sus ojos—. Está bien, está bien. Tendré que atender muy bien a mi chica. No has comido, ¿verdad? —en respuesta, los ojos de ella parecían los de un perrito callejero al que por fin le demuestran amor. Samuel estuvo a punto de echarse a reír—. Vamos a un restaurante.

Él condujo esta vez, y Catherine al fin pudo relajarse en su asiento. Guardaron silencio todo el camino, y cuando llegaron, Catherine dormitaba.

Debía estar agotada, pensó Samuel con algo de culpa. Se suponía que el viaje lo iban a hacer entre los dos, pero lo había hecho ella sola.

—Si quieres, vamos directo a casa a dormir.

—No —dijo ella un poco sobresaltada—. No he comido nada desde la mañana y... —él hizo una mueca, añadiendo más culpa a su alma.

—Está bien, vamos.

Ella pidió algo liviano, y Samuel sonrió al ver su buen apetito. Eso le gustaba de ella, comía de todo, y comía bastante.

Al final, los ojos de ella estaban pesados de sueño, pero se masajeó el rostro y apoyándose en la mesa empezó a hablar.

—Quiero empezar desde el mismo principio —dijo Catherine con voz suave. Es una historia algo larga.

—Tengo toda la noche —contestó él limpiándose los dedos en la servilleta y dando un último trago a su bebida. Catherine asintió.

—Cuando mamá se divorció de papá —empezó ella—, le quitó todo, y gracias a eso, y una buena idea de negocio, empezó a ascender. Pronto pudo hacer contratos millonarios, contratar gente famosa para que promocionaran su marca... Y se habituó al éxito, a ver crecer sus números, nunca decrecer. Los White... son gente rica, y si las familias se unieran, mamá tendría acceso a muchos de los beneficios que conlleva ser parte de la élite. Me consta que ellos la seducen con su dinero. Le prometen inversiones, apoyo financiero, etcétera... Mamá ya tiene dinero, ya es rica... pero es que los White son... millonarios. Y es ambiciosa, muy ambiciosa... El único precio que piden por todo ese apoyo es... mi cabeza. Que me case con su precioso hijo —. Samuel no hizo ningún gesto, sólo la escuchó atentamente.

Cansada, Catherine se recostó en su asiento, y en un momento se olvidó de la etiqueta y dobló una de sus rodillas para estar más cómoda. Respiró hondo y siguió.

—Estudiamos en el mismo colegio, él me lleva sólo tres años. Desde adolescente creo que le gusté... y no te voy a mentir... Nos llegamos a dar un par de besos, a retozar un poco... Y tal vez eso le dio a entender que yo sentía algo por él. No sé por qué no comprendió que sólo fueron juegos, cosas de niños explorando los límites, y empezó a empeñarse conmigo.

—¿Nunca se lo dijiste?

—¡Hasta el cansancio! —exclamó ella—. Le he dicho hasta quedarme sin voz que no me gusta, que no siento nada por él... Pero mamá le da alas, le dice que sus regalos me gustaron, que pregunté por él... Me hace quedar como la que sí está interesada, cuando es mentira, ¡todo es mentira! Entre ellos, el compromiso es real, la boda es algo que se realizará a como dé lugar...

—No entiendo —la interrumpió él—. Si los White son más ricos que tu mamá, si lo tienen todo... ¿qué ganan con un matrimonio contigo? —Catherine se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Me parece a mí que en esa transacción ellos no ganan mucho... materialmente hablando.

—Así es. La empresa de mamá está prosperando, cotiza en bolsa, los dividendos son excepcionales, pero... ellos podrían crear o comprar una empresa similar sin un matrimonio de por medio.

—La vez que te empujaba hacia el auto... ¿qué pretendía? —Catherine pestañeó un poco al darse cuenta de que Samuel había reconocido a Oliver. Respiró hondo y contestó:

—Según él, llevarme a dar un paseo, para demostrarme que a su lado yo tendría todo lo que quisiera.

—¿Intenta comprarte con regalos?

—Juró que su vida sería maldita si no me casaba con él—. Samuel guardó silencio por unos instantes, como si intentara analizar toda la información que ella le daba, pero seguía sin encontrarle sentido.

La única explicación, era que en verdad Oliver estuviese enamorado.

O, más bien, obsesionado.

Lo que lo hacía muy peligroso.

Luego de la cena, y viendo que Catherine intentaba ocultar el cansancio de sus ojos, condujo directo a casa, donde encontró a Cassie y Frank esperándolos.

No tuvo que explicar que ya estaban bien, seguramente su lenguaje corporal lo decía todo, y el hecho de que él arrastraba la pequeña maleta de su novia al interior de la casa. Cassie sonrió guiando a Catherine a su habitación.

—Entonces, ¿ya dejarás de golpear el saco de boxeo como si fuera tu peor enemigo? —le preguntó Frank mirándolo con ojos entrecerrados. Samuel no pudo decir nada ante esto, y sólo sonrió de medio lado.

Era verdad, había sido un día difícil para él, y los demás tuvieron que soportar su genio hurraño.

Ignoró a su padre y se encaminó a su habitación, detrás de su novia.

—Esta es... tu habitación —dijo Catherine un poco sorprendida, y Samuel se recostó en el marco

de la puerta con sus brazos cruzados encogiéndose ligeramente de hombros.

—¿Y dónde creíste que dormirías?

—No lo sé... ¿en la habitación de huéspedes? —Cassie se echó a reír.

—No tenemos una... Y estamos en el siglo veintiuno, así que ni a papá ni a mí nos escandaliza que duermas en la habitación de tu novio—. Catherine miraba al par de mellizos pestañeando sin poder procesar del todo esas palabras. A ella le habían enseñado que había que guardar las apariencias. Era mejor que el resto del mundo imaginara que eras virgen, y nunca debías admitir que habías dormido con un hombre.

Al parecer, acá era distinto; y le gustaba esta sinceridad.

Además, no iba a ser ella la que pusiera pegas a dormir con Samuel en su habitación.

Miró en derredor. La habitación era estrecha, a duras penas cabía una cama doble, pegada a la pared y bajo la ventana. Un escritorio con un computador de mesa, el armario, y nada más. Estaba organizada, aunque llena de cosas, como un balón en una esquina, una cómoda pegada al otro lado de la pared, cuadros y posters de jugadores de baloncesto, o de sus películas favoritas, etcétera.

—No es muy grande —dijo él, pero aquí tendrás privacidad.

—Gracias —sonrió ella, y se dejó caer en la cama a la vez que acomodaba una de las almohadas mirándola como se mira a un amante, y Samuel sonrió.

—El baño es la puerta de al lado, sólo tenemos uno, así que toca compartirlo con todos.

—Lo tendré en cuenta.

—Cualquier cosa que necesites... grita —ella sonrió, y Samuel salió de la habitación por fin. Cassie salió tras él; antes de cerrar la puerta le guiñó un ojo.

—Me alegra que se hayan arreglado —susurró—. Sam enojado es horrible —Catherine se echó a reír, pero no dijo nada, y al quedar sola, buscó en su maleta lo esencial para ponerse cómoda.

Una hora después, Samuel entró a su habitación y la encontró profundamente dormida en su cama, aovillada del lado de la pared y acaparando toda la sábana.

No pudo evitar sonreír. Y se metió a su lado buscándola para abrazarla. Ella ni cuenta se dio, y Samuel no tardó en contagiarse de su sueño y dormirse también.

A la mañana siguiente, al despertar, Catherine se estiró sobre la cama y encontró a Samuel dormido a su lado. Qué guapo era por la mañana.

Y por la tarde, y por la noche, pensó con una sonrisa.

Sin dejar de sonreír, se fue colocando sobre él, y empezó a besar su rostro, sus labios, y a acariciar todo su cuerpo buscando despertarlo.

Y sí que lo despertó. Pocos minutos después, ahogaba sus gemidos en la almohada, mientras él empujaba dentro de ella con energía. El mejor despertar del mundo mundial.

Durante la mañana, Cassie y Catherine se ocuparon del árbol de navidad con las constantes interrupciones de Harper, que también quería ayudar. Encontró que la bebé era muy apegada a su tío, y que cuando ella se le acercaba, la miraba como se mira a una serpiente.

Increíble. Tendría que competir contra una bebé.

Cassie cocinaba muy bien, y ella intentó ayudar cuando se dispuso a preparar el almuerzo, pero al parecer era más estorbo que ayuda, porque a los pocos minutos la envió a otro lado de la casa a hacer otras cosas.

En la tarde, salieron por el pueblo buscando regalos para todos. En la noche, cenaron juntos y charlaron mucho.

Esta era una familia de verdad, se dio cuenta Catherine. Cassie era la que más hablaba, la que mantenía el buen ambiente, pues tanto Frank como Samuel eran más bien callados, y pocas veces iniciaban una conversación, aunque no tenían ningún problema en seguir las que ella proponía. Bromeaban, reían, se contaban cómo había sido el día...

Frank entrenaba regularmente en el gimnasio donde había encontrado a Samuel cuando llegó, y había sido él quien le enseñara a Samuel desde muy joven a luchar con sus puños.

—Si quieres, te enseñaré un par de técnicas de defensa personal—. Catherine pestañeó ante esta oferta, y miró a Cassie.

—Di que sí. No te dejaré en paz hasta que aceptes —no pudo evitar reír.

—¿A ti te enseñó?

—Obviamente. Sé romperle la crisma a cualquiera que intente ponerme la mano sin pedirme permiso—. Parecía un conocimiento muy útil.

Llegó nochebuena, y Catherine comprobó que aquello, más que una fiesta familiar, parecía una fiesta de vecindario. La señora Wilson, la vecina, trajo comida y se estuvo un largo rato con ellos, y también su hija, o nieta, una joven de su misma edad que miraba a Samuel como si quisiera comérselo, y a ella como si quisiera escupirla.

—Mi nombre es Susan, es un placer conocerte —se presentó ella con una sonrisa falsa desde cualquier ángulo sobre la tierra, y Catherine le correspondió con otra muy parecida.

—Igualmente—. En el momento, Cassie llamó a Sam para que la ayudara con algo en la cocina, y Catherine lamentó que no la llamara a ella para poder escapar de la mirada inquisitiva de la vecina.

—¿Y desde cuándo conoces a Sam? —preguntó Susan con una amplia sonrisa.

—Desde el otoño.

—Oh, realmente no llevas mucho de conocerlo. Yo conozco a Sam desde que éramos niños. Somos los mejores amigos desde siempre.

—Qué bueno —dijo Catherine disimulando su impaciencia.

—Confía muchísimo en mí —siguió Susan—. Fuimos a la misma escuela, y siempre he sido su confidente. Con decirte que hasta conozco la clave de su teléfono.

—Maravilloso.

—¿Tú la conoces?

—No la necesito.

—Si fueras más cercana, la conocerías. Él me cuenta casi todo, no tiene secretos conmigo—. Catherine elevó sus cejas.

—Pero no te contó de mí —Susan se echó a reír.

—Supongo que sólo me cuenta las cosas importantes—. Esta niña no sabía en lo que se estaba metiendo, pensó Catherine sonriendo. Pero no podía ser grosera con una invitada en la casa de su novio, así que soportó.

—Sí, supongo.

—Es decir. Sam ha tenido varias novias. Le gustan flacas, sin nada que agarrar, así como tú, y bueno, quién soy yo para criticar sus gustos, pero siempre que terminan, es a mí a quien regresa para contarme sus penas.

—Oh, ha tenido varias novias —murmuró Catherine con la misma sonrisa de antes.

—Pues claro —se burló Susan—. Durante la escuela tuvo una o dos. No esperarás que hayas sido la primera. Con lo guapo que es.

—Por supuesto que sé que no soy la primera —y, acercándose un poco más, susurró—. Besa demasiado bien como para ser su primera vez—. Aquello hizo que Susan se quedara sin palabras, pero Catherine había decidido sacar la cuchilla más afilada de su arsenal—. Lo que me sorprende es que, conociéndote a ti desde siempre, y siendo tú tan devota a él, haya preferido a cualquier otra de su escuela, y siempre hayan sido unas flacuchas sin nada que agarrar. ¿No te hace pensar que él elegiría a cualquier mujer en el mundo, menos a ti? —No le dio tiempo de responder, y con una sonrisa triunfal, se acercó a la cocina para seguir estorbando a Cassie en lo que fuera que estuviera haciendo.

Allí vio a Samuel, que la miró con la duda en los ojos, pero ella sonrió.

Samuel, como si hubiese leído algún guion con anterioridad, se le acercó y le besó los labios. Susan podía verlos desde su lugar, y Catherine no pudo evitar echarse a reír.

—¿Pasa algo? —preguntó Samuel algo confundido. Ella sólo se encogió de hombros.

—Nada, mi amor. Todo es perfecto.

12

Fue una noche bastante agradable, a pesar de las vecinas entrometidas, intercambiaron regalos y cenaron.

Poco a poco, Catherine fue consiguiendo que Harper no hiciera una escena cada vez que se le acercaba a Samuel delante de ella, pero al parecer no tenía ningún problema al jugar con el juguete que le había regalado por navidad.

La mañana de navidad fue una de nieve y mucho frío, pero no le importó mucho, pues la mayor parte la pasó bajo las sábanas con Samuel. Ahora que él sabía lo de Oliver, ella sentía más libertad de contarle sus cosas, su vida, compartirle anécdotas hilarantes, o vergonzosas, y él también empezó a compartir las suyas.

Oía hablar de Mary Anne y se asombraba por lo bien que la recordaban sus hijos y su esposo. Al parecer, había sido una madre amorosa y dedicada, que trabajaba, pero que no descuidaba su hogar. Una mujer maravilla.

—Parece que no le caíste muy bien a Susan —le comentó Cassie ya en la noche, en tono confidente, mientras Catherine ayudaba a organizar la cocina. Al oír aquello, Cath sólo blanqueó sus ojos.

—¿Por qué será? —Cassie se echó a reír.

—No le prestes demasiada atención. No puede hacer nada. Lleva enamorada de mi hermano toda la vida, pero él nunca le ha hecho caso. Y, además... yo te apoyo a ti.

—Ah, ¿sí? ¿Aun por encima de Susan a la que conoces de toda la vida?

—Está bien —se corrigió Cassie ante el razonamiento de Catherine—. Apoyo a mi hermano, y él te prefiere a ti, así que eso no entra en discusión.

—Eso tiene más sentido para mí.

—No tienes hermanos, ¿verdad? —Catherine meneó la cabeza negando—. ¿Te gustaría, algún día, tener hijos?

—Bueno —suspiró Catherine—, en este momento no puedo hacerme responsable ni de mí misma, así que el tema hijos...

—Sí, te entiendo. Yo estuve muy asustada cuando me enteré de mi embarazo —dijo, con una voz que le hizo pensar a Catherine que ese susto no había pasado del todo. Y era comprensible, su hija era aún una bebé—. Pero no estoy sola. Harper no tiene papá, pero tiene un tío y un abuelo que darían lo que fuera por ella.

—Eso sí —rio Catherine, pensando en que Cassie le caía cada vez mejor. Era sincera, valiente, y muy leal. Una hermana que le hubiese gustado tener.

Tal vez así fuera, pensó con el corazón emocionado. Tal vez sí.

William Walton detuvo su Porsche delante de la casa de una planta cuya nomenclatura correspondía a la que su investigador le había dado. Era una casa pequeña. Muy pequeña.

Bajo la atenta mirada de vecinos curiosos, descendió de su coche y miró la casa pensando en que el terreno que ocupaba era más o menos el de su cochera.

No. Mucho más pequeña.

Pero aquí vivía su amigo, Samuel Slater.

Con paso decidido, se acercó a la puerta y llamó.

Unos preciosos ojos café se asomaron tras la puerta y el corazón de William saltó en su pecho. Era preciosa, la hermana de Samuel.

La había visto en una fotografía antes, y violando olímpicamente el código que decía que las hermanas de los amigos se respetaban, William comentó lo hermosa que era... sólo para recibir una mirada adusta de Samuel advirtiéndole que mantuviera sus ojos y sus lascivos pensamientos lejos de ella.

Al diablo su instinto protector de hermano oso. Cassie era preciosa.

Al verlo, Cassie se sorprendió. Tenía los ojos azules más hermosos que jamás había visto, y cuando le sonrió, se preguntó si acaso estaba ante un modelo, o actor de cine. Tenía que ser. Era demasiado guapo.

Pero debía estar perdido por estos lugares, y los vecinos debían pensarlo también, pues miraban su coche y a él con diferentes expresiones que denotaban curiosidad y confusión.

—¿Es la casa de los Slater?

Nop, él no estaba perdido, pensó Cassie.

Sonrió asintiendo.

—Así es... Y tú eres...

—Oh, mi nombre es William Walton. Soy amigo y compañero de Samuel, de la universidad. ¿Podría... hablar con él?

—Ah, claro. Pero sigue, pasa.

—Gracias —sonrió William. Una vez dentro, pudo ver a Catherine, y se quedó de pie en medio de la pequeña sala como si estuviera en shock. Catherine le sonrió saludándolo—. Estás aquí —dijo él, señalando lo obvio.

—Eh... sí —contestó Catherine.

—Entonces, Samuel... está bien.

—Sí. Samuel está bien. ¿Por qué no lo estaría?

—¿Le pasó algo a Sam en la universidad? —preguntó Cassie mirándolo con sus bonitos ojos preocupados. William carraspeó, y miró en derredor.

De una de las puertas apareció una pequeña niña que correteaba hacia él y se estrelló contra su pierna, sonriéndole como si le conociera de toda la vida, de toda su corta vida.

—Harper, no seas así con los invitados —se apresuró Cassie, tomando a la niña en brazos.

Catherine, desde un lado de la sala, se dio cuenta del momento en que William procesaba la información. Harper era hija de Cassie, lo que probablemente le estaba haciendo pensar que era una mujer casada, y eso, luego de la sonrisa que le había dirigido antes, indicaba que era un golpe.

Sólo pudo sonreír.

La puerta principal se abrió y tras ella aparecieron Samuel y Frank, que habían salido minutos antes, y al ver a William, Samuel tuvo varias reacciones. Primero, se mostró confundido, luego,

agradado, y después, casi molesto.

—Entonces, ¿ese Porsche es tuyo? —preguntó por todo saludo. William sonrió con todos sus dientes.

—Hola, Sam.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó luego de saludarlo muy fraternalmente, contradiciendo toda su amabilidad.

—Me quedé preocupado por ti, y no contestabas mis mensajes.

—¿Me escribiste?

—Varias veces. Me preocupó que el descubrimiento acerca de tu novia te orillara a cometer una locura.

—¿Qué locura?

—¿Qué descubrimiento? —preguntó Catherine al tiempo que Samuel, poniendo sus brazos en jarras y mirándolo muy ceñuda.

—Ah, yo fui quien le dijo lo de Oliver White, pero al parecer no es cierto y ya te arreglaste con él.

—¿Qué? —preguntaron Cassie y Frank mirando a Catherine.

—¿Fuiste tú? —exclamó esta última, y Samuel tuvo que ponerse en medio previendo una trifulca.

—Tú cierra la boca —le advirtió a William—. Lo que descubriste fue un malentendido. Ya lo aclaramos.

—Eso es obvio —sonrió William, como si no fuera culpable del peor susto que Catherine había pasado hasta el momento. Se cruzó de brazos deseando poder reclamarle concienzudamente, pero delante estaban Cassie y Frank.

Cassie se echó a reír, distendiendo el ambiente.

—Tienes amigos muy particulares, hermano —dijo—. ¿De dónde sacaste este?

—Yo lo saqué a él de una piñata —aclaró William.

—Ya viste que estoy bien —sonrió Samuel mirándolos con desconfianza—. Ya te puedes ir.

—Pero qué grosero eres. Volé y conduje hasta aquí sólo para comprobar que estabas bien, ¿y me echas nomás entrar? —Samuel entrecerró sus ojos. Sí, había volado y conducido hasta aquí, pero seguro que tenía otras motivaciones además de comprobar su estado.

—Al menos deja que tome un café —reconvino Cassie mirando a Samuel con expresión seria, y sonriéndole a William.

Diablos, pensó Samuel.

Esa noche cenaron fuera, y cómo no, William invitó a todos. Ahora que sabía que Cassie no estaba casada, y que tampoco tenía relación alguna con el padre de su hija, todo su entusiasmo había vuelto y con fuerza.

Al terminar, Samuel le preguntó en qué hotel estaba hospedado, y él, sin ningún remordimiento,

dijo que no tenía hotel.

—Podrías, como buen amigo, ofrecerme tu casa —le propuso William con sonrisa de inocencia, y Samuel se lo quedó mirando con la boca abierta.

Lo peor es que enviarlo fuera sería demasiado descortés, ya que William muchas veces le ofreció su casa para dormir, e incluso se la prestó durante todo un fin de semana para llevar allí a su novia.

—Tendrás que dormir en el sofá de la sala —le dijo en voz baja, y William se encogió de hombros. No le importaba para nada pasar una mala noche.

—Yo creo que le gusta Cassie —sonrió Catherine cuando volvían a casa. Samuel miraba hacia ellos todo el tiempo, que hablaban confidentemente. Frank llevaba en sus hombros a Harper, y hablaba y jugaba con ella varios pasos adelante.

Samuel suspiró.

—¿Qué puedo hacer? —se quejó.

—¿No te gusta para Cassie?

—No es eso.

—¿Es mal hombre, mal amigo?

—El maldito es perfecto.

—Entonces, ¿qué te preocupa? —Samuel no dijo nada. Era difícil explicar que todo se debía a una mezcla de celos y posesividad sobre su hermana melliza. Sabía que William nunca haría nada para lastimarla, pero diablos, era su hermana, la persona más cercana a él en todo el mundo. Si acaso se fuera, sentiría un vacío enorme en el pecho. Aunque fuera para ser feliz y ser tratada como una reina.

Suspiró sintiéndose el peor hermano del mundo.

—Ella es adulta, y sabe lo que hace —le insistió Cath tomando su brazo—. Tal vez todo quede en un simple coqueteo, no te angusties—. Samuel la miró al fin y le sonrió.

—Esta noche tendremos la casa aún más llena—. Catherine asintió encogiéndose de hombros—. Tendremos que ser todavía más silenciosos en la cama—aquello la tomó por sorpresa, pues no esperó que sacara ese tema en medio de una conversación seria, y Catherine no pudo menos que reprocharle. Samuel rio a carcajadas, y todos fueron caminando hasta la casa, que estaba bastante cerca.

Con William en casa, la dinámica de todo varió bastante. Era una persona a la que le gustaba reír alto, contar historias graciosas, jugaba como un niño más con Harper, sentado en el suelo, y agradecía con sonrisas luminosas el café, o el desayuno, o cualquier cosa que Cassie hiciera por él, y luego no tenía problemas en limpiar la cocina.

No parecía niño rico, excepto cuando pedía comida a domicilio, o invitaba a todos a comer fuera, o los llevaba de uno en uno a pasear en su carísimo Porsche.

Para poder hablar a solas, Catherine y Samuel inventaron el pretexto de salir a buscar algo que ella necesitaba, y así se perdieron toda la tarde. Samuel la llevó a un café donde se sentaron y hablaron largamente.

Fue allí que al fin pudo exponerle sus planes, su real situación económica, y cómo dependía

enteramente de la generosidad de su madre.

Él parecía asombrado por todo eso.

Después de todo, él tenía mucho más que ella: libertad.

—Ha sacado el tema del matrimonio antes de que me gradúe porque sabe que para mí es sumamente importante obtener mi título —le dijo Cat, y desalentada, agregó: —Creo que demostré demasiada felicidad cuando me llegó la carta de admisión. Como quería que ella se enorgulleciera de mí, cometí el error de mostrársela saltando de la alegría.

—También yo salté de alegría —aseguró Samuel, ceñudo—. Y todos bailaron conmigo esa vez. ¿Para qué es la familia, si no puedes celebrar con ellos tus triunfos?

—La familia es para hacer buenos matrimonios —contestó Catherine con sequedad, y mirándolo, añadió: —Si le preguntas a mi madre, eso te contestará.

—¿Y por qué no se casa ella? Es joven, ¿no?

—Después de lo de papá, ella... odia un poco a todos los hombres. Intentó inculcarme que sólo sirven para sacarles regalos caros.

—Mierda. Soy tu peor prospecto entonces —ella sonrió, tomó sus mejillas entre sus manos y le besó los labios.

—Yo decido eso—. Él sonrió, pero luego esa sonrisa se desvaneció y la miró algo preocupado.

—Entonces, debido a que no estás haciendo lo que ella quiere, ¿crees que tengas que abandonar la universidad? —ella hizo una mueca y miró a otro lado.

—Tal vez. Realmente, es lo más probable.

—¿Pero... no hay un fideicomiso, o una cuenta que puedas usar cuando te independices? —Cath soltó una risita de burla—. No. Eso sería demasiada libertad para mí.

—Pero eso es absurdo. Es decir... tengo compañeros hijos de familias ricas, y sé que ellos también usan las tarjetas de sus papás y todo eso, pero al menos tienen una especie de ahorro que los respaldará en el futuro—. Catherine sólo siguió negando y mirando a otro lado—. ¿Qué harás entonces? —Ella se encogió de hombros.

—Trabajar, supongo. Ahorrar, y solucionar mi vida.

—Y no quieres eso.

—No es justo que tenga que hacerlo... pero prefiero eso que empeñar mi vida—. Samuel extendió la mano a la suya y la apretó suavemente.

—Cómo quisiera poder ser tu respaldo en este momento —Catherine sonrió y se movió para recostarse en su hombro.

—Aunque no lo creas, sí lo eres—. Él dejó salir el aire y tragó saliva.

—Sé que por el momento no soy de gran ayuda, pero tengo planes, Catherine, y sé que darán fruto. Me tomará algunos años, pero si para entonces sigues creyendo en mí, seremos grandes juntos —ella movió su cabeza para mirarlo a los ojos.

En el momento, él no tenía manera de enfrentar a alguien como Oliver White y su familia, pero sus palabras la reconfortaban.

—Me da miedo que, por mi culpa, tus planes se vean afectados.

—Ese niño crecido no tiene tanto poder —Catherine evitó contradecirlo. Ella creía que sí podía.

Desde Nueva York, podía destruirlo si se lo proponía, y si a él le pasaba algo por su culpa, ella nunca se lo perdonaría—. Catherine —la llamó él tomando su barbilla, obligándola a volver a mirarlo a los ojos—. Prométeme que confiarás en mí. Pase lo que pase, te quedas sin nada, o no. Prométeme que esperarás y permitirás que te ayude.

Ella suspiró.

A él se le hacía fácil pedir una promesa así, pero no lo era.

Él no conocía a Oliver, ni a su madre. Sólo lo que había oído de ella.

No sabía que los padres de Oliver absorbían pequeñas empresas sin problemas ni remordimientos; no sabía que Laverne estuvo a punto de meter a la cárcel a su propia cuñada y destruir su negocio sólo por haberle dado cobijo una vez que quiso escapar.

Para ellos, Samuel ahora mismo debía ser menos que un insecto... tan fácil de aplastar...

—Catherine... —volvió a llamarla él, conminándola a dar una respuesta.

Y Catherine tuvo que prometerlo. Era importante para él, así que lo hizo.

—Y, ¿puedes hablarme de esos planes que tienes? —le pidió ella, caminando por las heladas calles, mientras Catherine metía su mano en el bolsillo del abrigo de él. Samuel le sonrió.

Sin ninguna reserva, aunque a grandes rasgos, empezó a hablarle de una idea que había tenido hace tiempo, y que incluso había iniciado junto a William.

—Él le contó a su padre acerca de mí —le dijo Samuel—, y el señor Walton mandó por mí el verano pasado para conocerme. Hablamos, creo que le agradé, e iniciamos.

—Cómo... ¿ya iniciaron? —Samuel sonrió.

—Es un negocio en pañales... y aun tengo que madurar mucho para poder hacerlo crecer.

—¡Pero ya empezaste! —Samuel seguía sonriendo lleno de orgullo, sobre todo, porque ella lo miraba como si él fuera una especie de genio, o dios.

—Tuve que ser muy firme con los Walton —explicó él—. Pretendían de una vez hacerle grandes inyecciones de dinero y empezar por lo alto, pero de esa manera, el negocio ya no sería mío. Así que... tuve que pelear un poquito.

—Oh. Pero no retiraron su ayuda.

—No. Sólo entendieron que, pasara lo que pasara, yo sería la cabeza, no ellos.

—Eso fue impresionante. A los ricos no les gusta ceder nada.

—Y no lo reprocho. Pero yo no soy de los que se deja arrebatar cosas fácilmente—. Catherine rodeó su cintura supremamente orgullosa. Él la abrazó también.

—¿Cuánto tiempo le pones para que sea un negocio rentable? Ya sabes, para deslumbrar a alguien como los White—. Samuel se llevó un dedo a los labios mientras hacía cálculos.

—No menos de cuatro años, lamentablemente.

—Es suficiente.

—¿Quieres deslumbrarlos con mis logros?

—Tus logros los sentiré como mis logros mientras estemos juntos. Me sentiré orgullosa de cada cosa pequeña o grande que consigas. ¡Imagínate! ¡Haces negocios con los Walton! Ni siquiera

Oliver con su rancio abolengo ha podido lograr algo así.

—Oh, ¿los Walton son más ricos que los White?

—Tres o cuatro veces —Samuel se echó a reír, y juntos siguieron avanzando por la calle, sin rumbo determinado, sólo aprovechando el tiempo a solas, hablando de todos los planes, de lo frío que estaba el aire, de lo rico que besaba el otro...

Pronto volverían a la universidad, y el tiempo juntos se reduciría notablemente.

—¿Por qué Catherine no volvió para navidad? —le preguntó Oliver a Laverne, en su oficina, sintiéndose muy molesto, pero esta simplemente hizo rodar sus ojos y lo miró de arriba abajo.

—Esa pregunta debería hacértela yo a ti. ¿Cómo es que mi hija prefiere irse a una casa de pobretones en vez de pasarla con su novio millonario? ¿Estás haciendo las cosas bien, querido?

—Oliver mordió el interior de su labio mirándola furioso.

—¿Dónde está?

—En casa de su tía Janice. Y si me preguntas, sí, creo que huye de ti—. Oliver apretó sus puños, pero Laverne no se intimidaba fácilmente, así que suspiró—. Mira, debes tener mucho más cuidado. Yo te puse a mi hija en bandeja de plata, la he acorralado todo lo que he podido, pero estamos en el punto en que si apretamos más, ella simplemente escapará.

—No sería capaz.

—No la conoces lo suficiente, entonces.

—Sólo está jugando y llevando mi paciencia al límite a propósito.

—Está bien, si prefieres creer eso. No soy yo la que tiene que convencerla de casarse, ya hice todo lo que podía como madre.

—No lo creo.

—¿Me estás llamando mentirosa? —Oliver le dirigió una mirada ominosa, y Laverne se echó a reír—. Estoy tan interesada como tú en que este negocio se lleve a cabo, pero lo máximo que puedo hacer es llevarla hasta el altar. Es ella la que debe dar el sí frente al sacerdote, recuérdalo.

Oliver salió de la oficina de Laverne todavía con sus dientes apretados, y tomando el teléfono, hizo varias llamadas y consultas.

Tal como Samuel y Catherine lo predijeron al volver a clases, el tiempo juntos volvió a ser un lujo que pocas veces podían darse, pero tal vez precisamente por lo escaso que era, cada uno lo disfrutaba al máximo.

Debido a que Samuel entraba en su último semestre, tenía mucho más trabajo que antes, y en algunas ocasiones, sólo para pasar tiempo con él, le ofreció su ayuda en los asuntos más sencillos o rutinarios.

—Pero tú tienes tus propias tareas.

—No tantas como tú —le explicó ella—. Yo sólo atiendo mis clases, pero tú, además, tienes que trabajar por tu beca, tu negocio, y tu tesis de grado, así que, toma la ayuda que te ofrezco—. Él la miró serio por un par de instantes, pero luego le extendió unos documentos y le enseñó lo que tenía que hacer.

A su lado aprendía muchas cosas, no sólo de la carrera y los negocios, sino de la vida.

Aprendió a apreciar la comida callejera, o los restaurantes baratos. Cuando se enteró de cuánto ganaba un camarero, se horrorizó, y empezó a dejar más propina y a ser más amable. Lo mismo con las dependientas de las tiendas, el personal de los bancos, etcétera.

Con Samuel aprendía una lección de vida tras otra.

De vez en cuando le compraba ropa. Le gustaba comprarle camisetitas y abrigos para el frío. Además que en él todo se veía bien. Al principio él las aceptaba con una sonrisa, pero cuando vio que su armario básicamente se comprendía de ropa que ella le había dado, tuvo que pedirle que se midiera.

—¿Por qué? —le preguntó ella—, no es tu dinero.

—Tampoco el tuyo.

—¡Mejor! —exclamaba ella, y zanjaba el asunto.

Una de esas tardes heladas de febrero, Samuel, que había decidido sorprender a Catherine llegando a su casa, se encontró con Joyce en el mismo autobús.

Ella lo miró con ojos grandes de sorpresa, y él le sonrió, pero no se sentó a su lado. A veces sentía que no le caía del todo bien a la mejor amiga de Catherine.

Y luego se preguntó por qué alguien como ella andaba en transporte público. ¿No tenía un auto como Catherine?

Tal vez no era otra niña rica, se dijo encogiéndose mentalmente de hombros.

Pero una vez bajaron, ella puso conversación como si nada pasara, y él tuvo que borrar de su mente la idea de que no le caía bien a Joyce.

—¿Te puedo... pedir un favor especial? —preguntó ella ya a pocos metros del edificio donde tenían el apartamento.

—Sí, claro —contestó él.

—¿Podrías no... decirle a Catherine que me viste bajar de un autobús? —Él detuvo sus pasos, y Joyce lo imitó. En sus ojos veía que era algo importante para ella, que la asustaba, y eso lo intrigó.

—Lo haré, pero entonces creo que tengo derecho a decirte algo —Joyce no dijo nada, aunque se mostró aliviada de que él accediera a no contarle nada a Catherine—. Si temes que ella te juzgue por... andar en autobuses, entonces, no la conoces lo suficiente. Mírame, soy su novio, y ando en autobuses todo el tiempo—. Joyce sonrió mirando el suelo.

Era una chica realmente guapa, pensó Samuel, de una manera delicada y clásica, con su cabello oscuro y ojos azules.

—Sí —dijo ella elevando el rostro de nuevo—, pero ella te conoció así, y tú... nunca tuviste que aparentar nada... Simplemente te mostraste como eres, y ella no tuvo más remedio que aceptarte, porque se enamoró de ti siendo como eres. En mi caso... las cosas son mucho más complicadas, y ya la vida de Catherine es un caos sin tener que enterarse, además, de que su mejor amiga lleva ocultándole cosas por años.

—No soy quien para darte consejos —dijo Samuel—, pero creo que lo mejor sería revelarlo cuanto antes, y no dejar que esto aumente y empeore—. Joyce sólo sonrió, y volvieron a avanzar

hacia el edificio.

Al verlo tras su puerta, Catherine le saltó encima, feliz de verlo, pues había creído que no lo vería sino hasta el día siguiente.

Al verla feliz, Joyce sonrió, y la llevó a su habitación para decirle algo en secreto, dejando a Samuel solo frente al televisor encendido.

—Acerca de la regla de no permitir que chicos pasen la noche aquí... sáltatela esta noche.

—¡No! Es una regla sana que nos impusimos y la hemos seguido al pie de la letra.

—Pero se trata de Samuel.

—Oh, Joyce —exclamó Catherine y abrazó a su amiga—. ¡Te quiero tanto! —Joyce se echó a reír.

—¿Sabes? Yo creo que él te quiere más de lo que aparenta.

—¿De verdad?

—¿No te lo ha dicho? —Catherine hizo una mueca.

—No. Es tan tacaño—. Joyce reprimió una sonrisa divertida.

—Te quiere. Se le ve de lejos—. Catherine sonrió emocionada, y luego de que Joyce se despidiera de ambos y se encerrara en su habitación, Catherine le comentó a Samuel de la nueva regla.

—Muy generoso de su parte —comentó, pero no pudo evitar echarle una mirada de suspicacia a la puerta. Tal vez ella le estaba compensando por tener que guardarle un secreto.

O tal vez sólo estaba imaginando cosas, se dijo, y recibió el beso que Catherine le ofrecía.

—¿Te digo algo? —susurró ella, y él la atendió al fin mirándolo con ojos llenos de toda la ternura que ella le inspiraba—. Creo que... voy de camino a caer fuertemente enamorada de ti—. Él sonrió. Ella por fin lo admitía sin tener que sonsacarla.

—Para mí —dijo—, ya es tarde—, y la besó profundamente.

Oliver se bajó de su automóvil y miró el campus en derredor. Hacía semanas que Catherine no atendía sus llamadas ni respondía sus mensajes, así que tomó un avión hasta aquí a comprobar con sus propios ojos lo que estaba sucediendo.

No le fue difícil encontrarla, tenía su horario de clases, y cuando la vio, su impulso fue ir hacia ella y reclamarle una tras otra todas sus faltas.

Pero entonces la vio abrazar a otro hombre, y éste la alzó por unos segundos en sus brazos y la besó.

Su primer instinto fue correr hacia ellos y matarlos a ambos a golpes, incluso llegó a empuñar su mano, pero se contuvo, se contuvo fuertemente.

Había tenido razón. Había tenido toda la razón. Ella tenía otro. Lo estaba engañando, la muy zorra. Era tan descarada que lo besaba a él, y al tiempo estaba con otro acá.

¿Y quién era ese otro? ¿Por qué lo prefería a él?

La ira lo dejó sin fuerza momentáneamente, y se pasó la mano por la cara sintiéndose frío.

Esta me las pagas, Catherine, dijo para sí.

Y al malnacido que se había atrevido a tocar a su mujer, ah, no sabía el enemigo que se había ganado.

13

—¿Un año en Inglaterra? —preguntó Samuel casi sin aire, mirando fijamente a Owen Walton, que asentía con entusiasmo mientras les pasaba, a él y a William, unos documentos.

Samuel miró de qué se trataba, y encontró las ofertas de una especialización en una reconocida universidad inglesa.

Owen Walton le estaba ofreciendo pagarle una especialización, para eso lo había hecho venir en un vuelo privado hasta Nueva York. Samuel estaba de pie frente a su fino escritorio, en medio de una enorme y luminosa oficina. Owen Walton era joven, aún atractivo, con mucho parecido a su hijo, especialmente en sus ojos azules, y la suspicacia en su mirada. Era desconfiado, pero también muy leal, y eso también lo había heredado William.

No podía decir sino que había caído en gracia ante sus ojos. Tal vez se lo debía a William y sus buenas referencias. Tal vez lo habían investigado a fondo, tal como acostumbraban, y hallado genuino. O quizá todo se debiera a su buena intuición, que usaba para sus millonarios negocios.

Lo estaba viendo a él como su próxima inversión, quizá, y eso lo asustaba y halagaba al mismo tiempo.

Las palmas de las manos de Samuel empezaron a sudar.

Un año fuera, tan lejos.

¿Qué pasaría con Catherine?

Un año sin poder verla, ni poder llamarla a la hora que le apeteciera por la diferencia horaria... Un año sin ella.

De inmediato su corazón empezó a doler. Ya estaba empezando a extrañarla, a necesitarla.

Se detuvo cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando. Por esto no se había enamorado, por esto no tenía relaciones desde que había empezado su carrera, para poder concentrarse, para no distraerse, y si acaso rechazaba esta oferta y ponía como excusa su relación, estaría, justamente, haciendo lo que tanto evitó por años, y todo habría sido en vano.

Pero le era inevitable. Había sido irremediable que se enamorara de Catherine, era como si le atrajera con algún poder inescrutable. Todo el día pensaba en ella, pero no de esa manera que lo obnubilara y lo distrajera, no. Pensaba en ella y se inspiraba, se entusiasmaba, hacía planes a futuro, y lo impulsaba a terminar proyectos, a mejorarlos, porque ella era su fuerza, el impulso que había necesitado para este último tramo de su carrera.

Se lo había dicho. Hacía pocas noches, fue capaz de confesárselo, y ella lo había besado toda la noche.

Un hombre podía sentirse completo y poderoso sólo porque su mujer lo besaba, porque lo miraba.

Y ahora iba a estar un año sin ella.

—Qué —preguntó Owen mirándolo con sus ojos entornados cuando él se quedó largamente en silencio—. ¿Vas a rechazarlo?

Samuel le lanzó una mirada a William, que sonreía de medio lado.

—N... no, señor.

—Ah, ya me parecía.

—Es un chico listo, después de todo —comentó William, y Samuel apenas lo miró.

—¿Qué será de... mi negocio... cuando no esté? ¿Quién se hará cargo?

—Tú mismo —contestó Owen—. Si encontraste tiempo para trabajar en él durante la carrera, lo encontrarás durante el posgrado. O, ¿quieres que lo haga yo? Ya sabes, bajo mis condiciones.

—No, gracias —Owen no pudo evitar reír, pero luego se encogió de hombros.

—Entonces, tendrás que hallar el tiempo. Es bueno que empieces a conocer otros mercados, otras formas de cerrar tratos. Créeme, los ingleses serán una buena escuela para ti.

Sí, se dijo. Y hallaría la manera de ver a Catherine, no importaba si no era tan seguido.

Tendría que comentarle esto; seguro que no iba a estar muy feliz, pero si querían ser grandes juntos, habría que hacer unos cuantos sacrificios por parte y parte.

Owen siguió hablando acerca de las condiciones. Compartiría apartamento con William, trabajarían juntos, haciendo especializaciones diferentes, pero todas enfocadas hacia lo mismo. Lo estaba tratando como a un hijo; él no podía, ni debía, rechazar su generosidad. Sabía de muchos que llorarían por un padrino así, y tenía que ser agradecido.

Sharon entró a la oficina de Laverne con los nuevos informes de ventas. En los últimos meses, las acciones de Laverne Inc. estaban en su punto más alto de toda su historia. Laverne estaba eufórica.

Definitivamente, la amistad con los White era beneficiosa a varios niveles. Los rumores de que Catherine y Oliver estaban prometidos ayudaban muchísimo a que su negocio creciera, así que esta felicidad casi le hacía olvidar que su hija no tenía intención de casarse.

—Oliver White está afuera y pide verla —le informó Sharon, y Laverne dejó salir el aire.

—Me asombra que ese niño halle tiempo para venir a ponerme quejas. ¿Por qué no es un hombre más ocupado?

—Pude ver que está molesto. Pretendía entrar sin anunciarse, y tuve que convencerlo de esperar.

—Está bien. Hazlo pasar —Sharon salió con su usual paso estirado, y segundos después, apareció Oliver.

Si Laverne creyera en auras, habría podido decir que la de Oliver en ese momento era negra, negra y turbulenta.

—¿Pasa algo? —le preguntó mirándolo con gesto preocupado.

—Tu hija tiene a alguien. Tiene a otro—. Laverne elevó una ceja y se giró suavemente en su sillón.

—¿Qué... dices?

—Fui a verla a la universidad. Se besaba con otro, y yo... Ella no me va a hacer quedar como un cornudo, Laverne. Tu hija no me va a hacer esto.

—Debes estar equivocado; Catherine jamás...

—¡Que te estoy diciendo que la vi! —gritó Oliver, y Laverne, nada acostumbrada a que la gritaran, se puso en pie.

—Baja el tono de voz, Oliver. Si estás acostumbrado a gritar a tu madre, te recuerdo que yo no lo soy—. Oliver la miró apretando sus dientes, pero guardó silencio. Miró a Laverne tomar el

teléfono y marcarle a su hija, pero luego de varios intentos, tuvo que dejarlo de nuevo sobre su escritorio—. Arreglaré esto con ella.

—Eso espero.

—Debe ser... un capricho. Catherine sabe muy bien cuál es su obligación.

—Más le vale. Estaré muy enojado, y mi familia tomará esto como una ofensa muy grave, Laverne.

—Lo entiendo, pero no apesuremos las cosas... Hablaré con ella, y la convenceré de volver al redil—. Oliver hizo un tieso asentimiento y salió dando un giro. Laverne, con el corazón acelerado, volvió a tomar su teléfono.

Catherine veía las llamadas entrantes y simplemente las rechazaba. Estaba ocupada en clases, y su madre parecía olvidar que no debía llamarla durante ciertas horas.

Luego, recibió una de Samuel, pero a él sí lo atendió. Inmediatamente, todo su estrés y cansancio parecían esfumarse cuando hablaba con él.

Dios, qué enamorada estaba.

—Tengo algo importante que decirte —le dijo—, pero estoy fuera de la ciudad.

—Oh... ¿Cuándo regresas?

—Mañana.

—¿Es algo malo?

—No, no lo es. No puedo darte detalles, por eso esperaré a verte. Sólo llamaba para escucharte —dijo con voz sonriente— y para desearte que pases una buena noche.

—No podré —sonrió ella—. Estaré pensando en ti.

—Ah, ¿y qué estarás pensando, cariño mío? —Catherine sonrió mientras se detenía frente al elevador de su edificio. Ya había terminado el día, le quedaba estudiar un par de horas, y luego, a la cama. Tener este minuto hablando con él era una absoluta delicia.

—No sé... pensaré en tus besos —dijo con un tono de voz suave y pausado—. Pensaré en tus ojos que me miran queriéndome comer —él se echó a reír.

—Todo el tiempo quiero comerte. Pasarte la lengua por todos lados es una manera muy deliciosa de saborearte—. Nada más con oír aquello, Catherine sentía que se sonrojaba. A pesar de que en la cama habían probado un sinfín de cosas, él aún conseguía que con una simple sugerencia su imaginación y sus ganas se activaran.

—Te voy a echar de menos hasta que llegues—. Sólo iba a ser una noche, pero Samuel asintió en total concordancia.

—Yo también te echaré mucho de menos. Hasta mañana, hermosa.

—Hasta mañana.

—Cath —la llamó él antes de que ella cortara la llamada, y Catherine volvió a pegarse el teléfono a la oreja—. Sufre sin mí —dijo él, lo que hizo que Catherine abriera grande sus ojos y su boca, totalmente pasmada por esa orden, y luego soltó la carcajada.

Samuel cortó la llamada con el sonido de su risa flotando en sus oídos, y suspiró.

Catherine entró en su apartamento todavía con una sonrisa en sus labios, las mejillas sonrojadas, y la mente divagando acerca de la lengua de Samuel recorriendo todos sus rincones.

Iba a necesitar una ducha fría.

Sin embargo, la sensación que tuvo al abrir la puerta fue exactamente esa. Su madre estaba sentada en su sillón, y frente a ella estaba Joyce hablándole de algo en voz baja.

Al verla, Laverne giró su cabeza tal como una muñeca muy tiesa y muy estirada, y Catherine tardó en procesar la imagen, asimilarla, y comprender lo que estaba pasando.

—Mamá —dijo con un tartamudeo. Laverne le dirigió una mirada a Joyce, y ésta se puso en pie dirigiéndose a su habitación. Catherine la miró interrogante, pero Joyce no tuvo tiempo de decirle nada, sólo se mordió los labios y se internó en su habitación.

—Siéntate —le ordenó Laverne señalando el asiento que Joyce había dejado libre. Catherine, sin soltar aún la mochila llena de libros, le hizo caso.

—¿Por qué no me dijiste que vendrías?

—Lo intenté, pero no contestabas ninguna de mis llamadas.

—Oh... Estaba... tan ocupada. Lo lamento. Habría preparado algo especial para ti —trató de sonreír y se puso en pie dirigiéndose a la cocina—. No tengo nada de lo que te gusta, pero aún podemos llamar a un restaurante, o...

—Que te sientes, Catherine —Catherine tragó saliva, y volvió a su asiento. Guardó silencio, su madre se veía molesta, y se preguntaba si acaso aquello tenía algo que ver con Oliver.

Seguramente, se contestó, y esperó.

—¿Quién es Samuel Slater? —aquello la dejó totalmente sin habla.

—¿Q... Qué? —contestó, casi atragantándose.

—Que me digas quién es —ordenó, pero Catherine no era capaz de articular palabras. Su pecho subía y bajaba con violencia, y los ojos se le humedecieron.

No te acobardes. No eres una miedosa. No debes tener miedo. Ni siquiera de tu madre.

Ni siquiera de ella.

—Es... el hombre que amo —Laverne hizo un gesto que mezclaba una risa con el desprecio, y ladeó su cabeza como si encontrara muy vergonzoso mirar a su hija directamente.

—Conque es tu más reciente aventura.

—No es una aventura. Lo amo —repitió con voz más segura.

—¿Y qué planeas hacer con él?

—Cómo que qué...

—Sí. ¿Casarte? ¿Tener hijos? ¿A dónde irán a vivir?, ¿a su miserable casa al lado de tu tía Janice? —Catherine tragó saliva—. Sí, lo investigué, y lo sé todo acerca de él, y acerca de ti retozando como una libertina con un miserable que no tiene dónde caerse muerto —y al decir aquello, Laverne se puso en pie—. ¿Pero qué es lo que te he enseñado, Catherine? ¿Es que acaso nada de lo que te inculqué entró en esa estúpida cabeza? ¿Cómo es posible, cómo es que no te da asco abrirte de piernas ante un pobretón como él?

—¡Mamá!

—Esto se acaba aquí y ahora, ¿me entiendes? —exigió Laverne señalándola con su dedo—. No

hagas que me avergüence aún más de ti. Por Dios, cuando me dijeron que te habían visto con otro, sentí que me insultabas, ¡pero esto simplemente es aberrante! Ni por un instante pienses que eso va a continuar.

Catherine se puso en pie. Sabía que lo que iba a decir cambiaría el rumbo de su vida por siempre, sabía que la marcaría de por vida, pero era ahora o nunca.

Tomó aire e hinchó su pecho, y casi sin parpadear, habló.

—No, mamá. No dejaré a Samuel—. Al oírla, Laverne elevó una ceja y dejó salir una risita burlona—. Tú no entiendes ese concepto, pero lo amo. No tienes ni idea de qué se siente, pues te lo repito: lo amo. Así me hagas, me quites, o me destroces, eso no va a cambiar.

—Eres la novia de Oliver.

—¡No soy nada de ese estúpido! —gritó al fin con todas sus fuerzas—. No soy nada, nunca he aceptado una relación con él. Nunca lo haré, ¡nunca! Samuel es el hombre que quiero, y si estar con él implica dejar de ser tu hija, ¡pues mira! ¡Decido no ser más tu hija!

—No seas ridícula.

—¡Quítamelo todo! Estoy dispuesta a renunciar a lo que sea que tú me das. ¡Pero nunca, nunca lo dejaré a él!

—Te estás comportando como una niña. ¿Cómo puedes renunciar a todo por un hombre al que apenas conoces? Acaso quieres que te recuerde lo que sucedió con ese chico... ¿cómo se llamaba? ¿Gustavo?

—No conoces a Samuel, ¡no te atrevas a compararlo con esa rata!

—¡Todos los hombres son iguales!

—¡Samuel no! —gritó ella en respuesta—. Y ya te lo dije mamá. Dime si seguiré siendo tu hija o no, pero mi decisión es firme, de aquí hasta que me muera.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si él sólo está jugando contigo?

—¡Pues que juegue! Habrá sido mi decisión. Quiero que mi vida se rija sólo por lo que yo decidí, por lo que yo quise o no quise hacer. Salí de tu útero, pero no te pertenezco. Mi vida es mía ¡y hago lo que me da la gana!

—Estás muy equivocada si crees que voy a permitir que arruines mis planes sólo por tu capricho adolescente.

—Mamá...

—Sólo vine a asegurarme de que mi hija no era una completa estúpida, pero evidentemente estuve equivocada. Eres peor, peor de lo que esperé. La decepción más grande de mi vida sin duda, luego de tu padre, has sido tú.

—Cómo puedes ser tan...

—¿Te gusta un pobretón? ¡Prueba la vida de pobretona! ¡Joyce! —gritó, y Joyce apareció tras su puerta mirándolas a ambas con el corazón martilleando en su pecho—. Debido a tus mentiras, nuestro trato se cancela. Vete de este apartamento esta misma noche.

—¿Qué? —preguntó Catherine, muy pálida y sorprendida. Los ojos de Joyce se abrieron grandes, y miraron de Laverne a Catherine sin decir nada.

Laverne, sin añadir nada más, tomó su bolso y salió del pequeño apartamento. Una vez fuera, antes de cerrar la puerta, miró a su hija y habló una última vez.

—Cuando te canses —dijo—, ya sabes lo que tienes que hacer —y cerró la puerta con un golpe seco. Catherine no sabía a dónde mirar, ni si ir tras su madre para hacerle entender. Simplemente se giró a mirar a su amiga, que se apretaba los dedos de una mano con la otra, y no le sostenía la mirada.

—¿Qué? —volvió a preguntar—. ¿Qué trato tenías con mamá?

—Nunca te he traicionado, Catherine —dijo, y ésta sólo pudo pestañear repetidamente. Caminó hacia su amiga y se detuvo frente a ella.

—¿Qué trato tenías con mamá? —insistió, y Joyce cerró sus ojos.

—Perdóname.

—¡No! —exclamó—. Dime primero cuál fue tu falta, y luego, veré si te perdono o no. Joyce, eres mi amiga, MI amiga, no la de mi mamá. ¡Qué maldito trato tenías con ella! —gritó al fin.

Lágrimas rodaron por las mejillas de Joyce, y bajó la mirada. Catherine quería sacudirla para hacerle hablar, pero esperó.

—Ella... me pagaba, y me permitía compartir el techo contigo... a cambio de que le pasara información acerca de ti. Acerca de lo que hacías, decías, pensabas... todo.

Aquello fue un duro golpe para Catherine, y casi se sintió real en el centro de su pecho. Dio un paso atrás y la miró como si sus ojos quisieran salirse, sin poder hablar.

Su mejor amiga la había estado vendiendo desde siempre. Su mejor amiga le había estado pasando información a su peor enemiga: su madre. Su mejor amiga, una mentirosa, una traidora.

—¡Pero nunca le dije nada real! —añadió Joyce al ver cómo se oscurecía su mirada—. Nunca, nunca, le dije nada comprometedor. La oíste, le mentí todo lo que pude.

—Tú le hablaste de Samuel.

—No, te lo juro.

—Tú se lo dijiste.

—¡Por mi vida que no, Cat!

—¿Entonces cómo se enteró?

—¡No lo sé!

—¿Como puedo confiar en ti ahora?

—¡Lo siento! Necesitaba el dinero, necesitaba...

—¿Necesitabas el dinero? ¡Por favor!

—¡No soy rica como tú, Cat! —gritó Joyce—. Mis padres no me dejaron nada, soy una arrimada en la casa de mis tíos, y ellos sólo esperan la hora de deshacerse de mí. Hace tiempo que no ven por mí, ni me pasan dinero. He estado sobreviviendo con trabajos de medio tiempo, con lo que enviaba tu mamá, ¡con tus sobras! ¿Acaso no notaste que hace tiempo no vamos juntas de compras? ¿No notaste que cada noche que llegabas encontrabas comida preparada en casa y ya no había necesidad de pedir a restaurantes? —Catherine la miró largamente en silencio, completamente aturdida.

Joyce se secó una lágrima.

Joyce era pobre, se repitió Catherine sin dejar de mirarla. Vivía de sobras, ¡trabajaba!

—Por qué... ¿Por qué me lo ocultaste? —preguntó con un hilo de voz, y Joyce esquivó su

mirada.

—Por vergüenza.

—¿Conmigo?

—¡Sí! Sentí vergüenza. Me odiaba, odiaba mi situación... —Catherine meneó la cabeza incapaz de comprender. No alcanzaba a imaginar qué tanta vergüenza podía sentir que la llevara a mentir durante años.

Y ahora tenía mil preguntas que hacerle, porque ella no sólo le había mentido acerca de su realidad, sino que había tenido un trato traidor con su madre.

Todavía sin saber qué pensar, ni qué hacer, Catherine empezó a dar vueltas por la pequeña sala. Había mucho que hablar, mucho que reevaluar, pero se sentía perdida, como si de repente le movieran el piso bajo sus pies.

Totalmente desorientada, se sentó en el sofá y metió su cabeza entre sus manos.

Laverne sabía lo de Samuel, y lo más seguro era que le cortaría las tarjetas, dejándola sin suministros por lo que quedaba del semestre, y apenas era febrero. Y si además se negaba a seguir pagando su carrera, entonces ella estaría totalmente a la deriva.

Ni siquiera podría apoyarse en Joyce, ya que no tenía ni cómo sustentarse a sí misma.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a conseguir terminar el semestre y a la vez, procurar por su sustento? En su agenda no había espacio para dedicarle tiempo a un trabajo. Tal vez si ese hubiese sido su proyecto desde el principio, habría acomodado los horarios para que eso se le facilitara, pero no era así. Por el contrario.

Tenía ahorros, afortunadamente. Como si algo dentro le dijera que esto en algún momento podía suceder, había abierto una cuenta en un banco diferente al de su madre, y había ido consignando allí una cantidad mensual. Desde que su madre había insinuado que no la reemplazaría como Presidente de Laverne Inc., que no heredaría, sino que tendría que iniciar su propia empresa, había estado ahorrando.

Ahora se arrepentía de no haber iniciado una inversión, aunque fuera pequeña. Ahora tendría utilidades y tendría un poco más. Pero, al menos, se consoló a sí misma, tenía ahorros.

Estos le servirían por un tiempo. Tendría que cambiar drásticamente de costumbres si quería que le alcanzaran hasta el verano. Y entonces...

Entonces tendría que empezar a apañárselas por sí misma.

Tenía que contarle a Samuel, pero, conociéndolo, él se ofrecería a ayudarle, y no era justo; ya tenía muchas cargas. Ya se lo imaginaba ofreciéndole su propio dinero, incluso trayéndole comida. Él era generoso y bueno, incapaz de ver a otros pasando una mala situación, porque sabía exactamente cómo se sentía no tener nada.

Sonrió ante eso.

Y al pensar en él, su mente al fin empezó a despejarse. Aunque estaba en medio del caos, saber que él le tendería una mano, que encontraría soluciones prácticas, le hizo sentirse mejor. No estaba sola, después de todo.

Miró en derredor. Tal vez tuviera que dejar este apartamento, para poder economizar en gastos,

tal vez tuviera que mudarse al campus...

Su vida, tal como había imaginado, estaba cambiando.

Miró a Joyce, que seguía de pie y muy quieta en el mismo lugar de antes, pero estaba llorando, notó. Su mejor amiga parecía tan desolada que Catherine fue capaz de dejar de pensar en sus propios problemas para enfocarse en los de ella.

Su mejor amiga.

Se preguntaba si debía seguir llamándola así. Pero ya había perdido a Jessica, y de la manera más absurda.

¿Se iba a quedar totalmente sola, sin amigas?

Después de lo de Jessica, valoraba muchísimo más a Joyce. La atesoraba. Pero era probable que la hubiese traicionado, y tenía miedo, se sentía herida...

Sin embargo, tenía que bajar un poco la guardia, y escucharla. Tenía mucho que perder si acaso obraba con soberbia.

—¿Hace cuánto... que no tienes dinero? —preguntó con voz suave. Joyce se mordió los labios.

—A los dieciocho, mis tíos dijeron que no tenían obligación conmigo —contestó Joyce secándose las lágrimas—. Me quitaron las pocas tarjetas que tenía, y se desentendieron de mí. Desde entonces... he vivido de vender lo que tenía, y de... apariencias.

—¿Desde hace tanto? —Joyce se encogió de hombros—. ¿Por qué nunca me contaste?

—Por favor, Cat. No me preguntes eso. Ya te lo dije. Vergüenza, ¡sentí vergüenza!

—¿De mí, de tu mejor amiga?

—Sí, sí, sí. Eres mi mejor amiga, pero yo soy orgullosa. No quería tu caridad.

—Pero aceptaste la de mi madre.

—¿Crees que ella me dejó opción? ¿Acaso no la conoces? Se dio cuenta hace tiempo de mi situación, y la usó a su favor. Me amenazó, me asustó. ¿Quién soy yo delante de ella para pelear? Ella creía tener conmigo una aliada, unos ojos y oídos sobre ti.

—¿Y lo fuiste? ¿Fuiste sus ojos y oídos?

—¡No! —gritó Joyce—. Ya te dije que nunca le di demasiados detalles. Y por supuesto, no fui yo la que le dijo lo de Samuel. Si hubiese tenido esa intención, la habría llamado desde el mismo día que me enteré, y habría sacado mucho, mucho dinero, ¡pero ya ves que en vez de eso, me echó! Dios mío —susurró, como dándose cuenta de lo precaria que era su situación—. ¿Qué voy a hacer?

Catherine todavía no se sentía capaz de perdonarla por haberle ocultado algo tan grande, pero verla así le rompió el corazón.

—No te dejaré sola —le dijo, y Joyce no pudo evitar reír.

—Te recuerdo que estas igual o peor que yo.

—Oh, cierto.

—Yo al menos, sé trabajar... me ha tocado duro, Cat, pero sé trabajar, dormir pocas horas, sé comer lo que haya, ponerme lo de hace un año, comprar zapatos de imitación, o baratos... —Al oír todo aquello, Catherine se masajeó el puente de la nariz—. La pobreza es abrumadora —admitió Joyce al verla reaccionar así—. Uno nunca se acostumbra, pero... estaré bien.

La pobreza es abrumadora, se repitió Catherine, y pensó en Samuel. Ahora que iba a ser pobre, necesitaría mucho consejo y orientación por parte de alguien que estaba acostumbrado a tener un presupuesto ajustado.

—Cat... Lo lamento —siguió Joyce acercándose a ella—. Por favor... perdóname... te juro que no te traicioné. Te lo juro por mi vida. Nunca le dije lo de Samuel—. Catherine meneó su cabeza sin saber qué decir, y Joyce empezó a desesperarse—. De lo que sí soy culpable es de haber usado el dinero de tu madre para sobrevivir. ¡Le mentí siempre!

—No lo sé, Joyce.

—Ahora, en navidad —insistió Joyce—, ella me llamó preguntándome si era verdad que te irías a donde tu tía Janice, y le dije que sí, que esos eran tus planes. Siempre me llamaba pidiéndome informes, y yo sólo le decía que estabas centrada en tus estudios, que casi no salías, que...

—Pero no me lo dijiste.

—¡Porque sabía que te molestarías!

—Y con toda razón. Pero, si me hubieses explicado primero tu necesidad, tus razones, tal vez te hubiese entendido, pero callaste, Joyce, a la persona que supuestamente guardaba tus secretos, en la que más confiabas.

—Lo siento —lloró Joyce—. Necesito que me perdones. Si pierdo tu amistad... entonces yo... de verdad me habré quedado sin nada—. Catherine tragó saliva y cerró sus ojos.

También yo, quiso decir, pero se contuvo, y la miró en silencio.

—Ya sé que en el pasado... fui alguien muy superficial... eligiendo mis amigas por su estatus, por sus posesiones o conexiones. Estaba muy influenciada por mi madre. Ya sé... que antes mi prioridad eran las cosas materiales, los objetos caros que podía comprar y presumir. En cierta forma... entiendo que tuvieras miedo. Pero... Pero ahora, Joyce... es diferente. Quiero que tengas claro que no me importa lo que poseas o no—. Joyce sonrió al fin, pero era una sonrisa triste.

—Es verdad. Has cambiado mucho. Samuel te ha cambiado—. Catherine soltó una risita entre molesta y divertida.

—Sí, ¿verdad? Diablos, sí. Sí, he cambiado. Y ahora soy capaz de entender por qué me lo ocultaste... pero de ahora en adelante, Joyce, no me vuelvas a ocultar algo tan grave. Eres la única amiga de verdad que tengo. No quiero perderte también a ti.

—Eso quiere decir que...

—Que seguimos siendo amigas... Pero sólo si me haces esa promesa—. Como si fuera una niña, Catherine extendía su meñique, esperando que ella hiciera lo propio.

Y Joyce lo hizo, y enlazó sus meñiques en una promesa, y luego, se echó a sus brazos, y las dos lloraron y se consolaron alternadamente.

La amistad era ahora el único tesoro que tenían, y no podían arriesgarse a perderlo por soberbias y orgullos.

Catherine la abrazó, paseando sus manos por la delgada espalda de su amiga, preguntándose cuánto sufrimiento había tenido que aguantar sola. Y ella, su mejor amiga, no había estado allí para consolarla, apoyarla, darle ánimo.

Seguro que había llorado mucho, y había estado asustada, así como lo estaba ella ahora. Tan joven, y tan sola. Y ella no había sido de gran ayuda.

Joyce recibía el consuelo de Catherine, pero, en vez de dejar de llorar, esto sólo hacía que quisiera sacar al fin todo el miedo y la frustración que antes había sentido, así que sin poder evitarlo se echó a llorar.

Toda su vida había estado sola. Sus padres habían fallecido muy jóvenes, y, despreocupados como eran, dejaron a su única hija sin nada seguro.

Y desde entonces, desde que vio la mirada despectiva de la esposa de su tío, supo que tendría que valerse por sí misma todo lo que pudiera.

Pero no había podido. No le habían enseñado, sólo la dejaron sola, sin darle las herramientas para poder sostenerse, y en cambio, viendo cómo las demás niñas de su edad despilfarraban sin temor a nada.

Que Catherine lo supiera todo al fin era un peso enorme que le quitaban de encima. Ya no estaba tan sola. Ahora, al menos, tenía a alguien con quien compartir sus incertidumbres.

Luego de un rato, la una secó las lágrimas de la otra y se sonrieron.

—Ahora, cuéntamelo todo —le pidió Catherine—. ¿Cuál es ese trabajo que tienes? ¿Aceptan a alguien más? ¿Estaré calificada? —Joyce se echó a reír, y juntas caminaron al sofá para seguir hablando.

14

Debido a la hora en la que Samuel volvió de Nueva York, tuvo que pasar la noche en el apartamento de William, y este trató de convencerlo, otra vez, para que se quedara definitivamente allí. Con todo lo que tenía que hacer, Samuel estaba pensando en que aquello sería lo mejor.

A pesar de la hora, le envió un mensaje a Catherine informándole de su llegada, y se sorprendió cuando ella le contestó.

“¿Todo está bien?”, le preguntó por mensaje, y ella aseguró que sí.

Le prometió verla en la universidad al día siguiente, y se acostó a dormir pensando en que tal vez estaba ocupada estudiando y por eso seguía despierta tan tarde.

Al día siguiente, cumplió lo prometido, y luego de clases, fue a verla. Ella le sonrió como siempre al verlo, pero se notaba un poco de tensión en su mirada. Luego de darle un beso, le preguntó de nuevo si pasaba algo.

—Sólo estoy un poco tensa —le sonrió ella.

—¿Tensa? ¿Son los estudios? —como ella no contestó, Samuel empezó a preocuparse—. ¿Es algo más?

—Ayer hablé con mamá.

—Ah.

—Sí, lo sé. Siempre es lo mismo con ella—. Catherine sabía que tenía que decirle todo, pero no estaba acostumbrada a quejarse.

No estaba acostumbrada a apoyarse en nadie, realmente, y en los siguientes segundos estuvo batallando en si contarle todo de una vez, y echarse a llorar sobre él como una niña.

Sonrió al imaginarlo, pero seguro que luego se iba a sentir mucho mejor.

—Yo también tengo algo que contarte —dijo, y Samuel elevó sus cejas. En el momento le llegó un mensaje por teléfono y soltó su mano para mirarlo. La expresión de él cambió. Se veía feliz, y nervioso, y eso encendió las alarmas de Catherine—. ¿Quién es?

—Owen Walton —dijo él, y la miró lleno de orgullo. Catherine elevó sus cejas.

—Parece algo importante.

—Lo es —sonrió él—. Pero dime, ¿qué es eso que tienes que contarme?

—No, no. Dime lo tuyo primero.

—Pero...

—Vamos, no me tengas en ascuas —Samuel rio por lo bajo, y le señaló un mueble dentro del café; caminaron allí y se sentaron el uno al lado del otro.

—Creo que le agrado a ese millonario —dijo Samuel entre risas. Una camarera se acercó y pidieron sus bebidas. Catherine lo miró elevando sus cejas—. Me propuso pagarme un posgrado en Inglaterra—. Los labios de Catherine se abrieron un poco por la sorpresa, y sintió que el cuerpo se le enfriaba lentamente.

—Obviamente aceptaste —susurró ella, y Samuel se pasó la mano por los cabellos.

—Será un año alejado de ti.

—Bajo ningún concepto aceptaré que uses eso para rechazarlo —Samuel la miró fijamente a los ojos.

—¿Soportaremos un año separados?

—Si no lo conseguimos, entonces, no era amor, Sam—. Los ojos de él brillaron.

—¿Amor? —preguntó. Hasta el momento, se habían admitido enamorados, encantados, encandilados, pero la palabra amor...

Extendió la mano a ella y acarició su mejilla con el dorso de sus dedos.

—Sabía que te alegrarías por mí —los ojos de ella estaban algo húmedos, notó él, y pestañeaba para ahuyentar esas lágrimas, pero le era imposible.

—Sí, me alegro. Aunque mi yo egoísta se entristece un poquito.

—Te escribiré todos los días —le prometió él—. Hablaremos a toda hora.

—¿Lo prometes?

—Claro que sí. Y tal vez el no estar encima de ti todo el día te ayude a centrarte mejor en tus estudios.

—¡No digas eso! —rio ella limpiando la esquina de sus ojos con sus dedos—. Desde que estoy contigo, entiendo mejor muchos temas. Soy mejor estudiante gracias a ti.

—¿De verdad?

—¿No te lo había dicho?

—Creo que no.

—Pues entérate. Me haces mejor persona. Lo he podido comprobar—. Los ojos de él se pasearon por sus labios, y Catherine se sintió besada a pesar de que él no se movió.

—Tendrás que ir a verme a Inglaterra —sonrió él apretando suavemente su mano—. Usa el dinero de tu madre —ella se echó a reír, olvidando muy convenientemente que ya no tenía esas tarjetas—. ¿Lo harás? ¿Irás a verme?

—Haré todo lo posible.

—Dios, no me he ido y ya te echo de menos.

—También yo —susurró ella y se movió para apoyar su cabeza en el fuerte hombro masculino. Aspiró su aroma, se llenó de él, y volvió a secarse las lágrimas. Él la rodeó con su brazo, acariciándolo suavemente, y besando sus cabellos.

—Tienes algo que decirme —le recordó él—. ¿Qué hizo tu madre esta vez?

Catherine cerró sus ojos. ¿Cómo decirle que necesitaba su ayuda si estaba preparándose para irse del país? Si acaso ella le dijera cómo era su situación ahora, tal vez él no pudiera irse tranquilo.

Una parte de ella quería contarle todo, desahogarse, llorar, apoyarse, que la sostuvieran, pero no podía ser tan egoísta, no podía robarle sus oportunidades, que tanto le había costado conseguir.

No podía ella, una niña privilegiada toda la vida, coartar los sueños de alguien que todo lo que tenía lo había conseguido con duro esfuerzo.

—Bueno... Es sólo que... Mamá quiere que ahorre para que monte mi propia empresa —mintió con descaro, sin ningún remordimiento, e incluso lo miró a los ojos.

Samuel elevó una ceja.

—Pero eso es bueno.

—Sí, es bueno, y yo sólo quería... pedirte ayuda para hacerlo correctamente. Es decir... puedes enseñarme un par de trucos para hacer rendir mi dinero.

—Oh. ¿Ella espera que lo hagas con lo que ya te da? ¿No te aumentará la mesada? —Catherine asintió, aferrándose a esa mentira—. Entonces, vas a tener que recortar unos cuantos gastos —dijo él, poniéndose de inmediato en modo profesional. Sacó de su mochila una libreta y empezó a hacer cuentas. Le preguntaba cuánto le daba, cuánto tenía propuesto ahorrar, y ella adoró el lápiz en su mano haciendo cuentas sobre el papel. Adoró su voz mientras le explicaba los mejores métodos para hacer crecer el dinero, y hablarle de maneras de llevar un presupuesto.

Si él supiera que estaba eligiendo la pobreza sólo porque no quería perderlo. Y bueno, también porque era mejor ser pobre que la esposa de Oliver, pero definitivamente, él era toda la fuerza que la estaba manteniendo en pie.

Los días pasaron, y Catherine tuvo que comprobar que en verdad su madre había cancelado todas sus tarjetas. Afortunadamente, no la había sacado del apartamento, pero los gastos y facturas allí eran altas, así que Catherine estaba considerando sub arrendarlo, y pasarse a un lugar más económico. Samuel la aconsejó en ese sentido.

Él le creía. Odiaba mentirle, pero no podía decirle la verdad acerca de su situación, porque enseguida preguntaría los porqués, y todos apuntaban a él. Sin embargo, recibía su ayuda y sus consejos.

Cuando no estaban hablando de ese tema, o haciendo el amor, Samuel y Catherine se hacían promesas. Pasarían un año separados, y a ambos los aterraba, pero confiaban en que lo que sentían el uno por el otro sería fuerte y soportaría la separación.

Tenía que soportarlo.

—Cuando empezamos a trabajar en ese proyecto —dijo él tomando su mano y jugueteando con sus dedos, los dos acostados, desnudos, y mirando el techo, mientras recuperaban fuerzas para volver a ponerse el uno encima del otro—, ¿imaginaste que esto terminaría así? —ella se echó a reír.

—Definitivamente, no.

—¿No? ¿Seguro?

—Seguro.

—¿No era tu tipo? —ella giró su cabeza para mirarlo, y él elevó sus cejas esperando una respuesta.

Sí, él era su tipo. Le gustaba así tal cual era. Cada vellito, cada peca, cada hebra de cabello; la forma de su nariz y sus labios, la de sus uñas, todo, todo, todo. Él era perfecto para ella.

Se movió apoyándose en él y suspiró.

—Sí, sí eres mi tipo. Físicamente hablando, porque en tu forma de ser eres demasiado mandón.

—No soy mandón, no digas eso.

—Como mandes—. Él se echó a reír.

—Tal vez sí lo soy un poquito—. Catherine paseó su mano por el pecho masculino, quedándose

por más de un segundo en sus tetillas morenas, notando la mirada de él, muy atenta.

—No te imaginas todo lo que soy capaz de dejar por ti, todo lo que soy capaz de conseguir por ti —. Él se inclinó para besarla.

—Y tú... no te imaginas todo lo que soy capaz de hacer por ti. Quisiera poder llevarte conmigo... o poder hacer ese posgrado aquí, pero...

—No depende de ti, lo sé —Catherine lo abrazó fuertemente y cerró sus ojos—. Abrázame —le pidió—. No me sueltes esta noche.

—No tengo ninguna intención de soltarte —aseguró él, y la sostuvo fuertemente en sus brazos.

Samuel ya tenía una fecha para su viaje a Inglaterra, y sería al final de ese verano. Con miedo, ambos veían ese día acercarse peligrosamente.

Samuel ayudó a Catherine en su mudanza, pues ella y Joyce se pasaron a un apartamento mucho más pequeño. Se alegró cuando se dio cuenta de que Joyce le había hablado de su situación a su amiga, y se llenó de orgullo al ver que ella no la censuraba por eso, sino que, al contrario, estaba apoyándola.

Desobedecer a su madre tenía varias ventajas, comprendió Catherine en esos días, pues, como ella ya no pagaba sus gastos, tampoco tenía que acudir a ella cada vez que la llamara. Por lo general, en las vacaciones de primavera, tenía que estar en casa, pero ahora Laverne ni siquiera la llamó ni le recordó sus obligaciones como hija.

Tampoco la llamaba para preguntar cómo lo estaba pasando, si tenía para comer, transportarse, etcétera.

Y los días estaban siendo difíciles. Con el paso de las semanas, Catherine empezó a darse cuenta de lo duro que era ganar cada centavo. Vendió bolsos originales a tiendas de segunda mano, incluso zapatos, sólo para tener comida en la despensa. Fue cambiando sistemáticamente su ropa de diseñador por otra más barata, y no estaba nada acostumbrada, no podía evitar encontrarles todos los errores y defectos, pero esta era su nueva vida.

Cuando Samuel iba a verlas, bendito fuera, siempre comían en casa, y él aportaba para no serles gravoso. Y pronto, las únicas veces que pedían comida a domicilio era porque él invitaba.

Sentía vergüenza a veces, pues lo poco que trabajaba los fines de semana no representaba gran cosa, sólo le servía para gastos menores, para no minar demasiado sus ahorros. Los demás chicos tenían el apoyo de sus padres, no importaba si fuera mucho o poco. Algo les mandaban, los llamaban para preguntarles si habían comido. Y eso era lo más importante. Ella no tenía nada de eso.

Cada vez ponía más en duda el amor de su madre. Cada vez comprendía mejor que sólo podía contar con Samuel y Joyce, y sus propias fuerzas.

Por ahora, era suficiente. Luego de que él se fuera, y sus ahorros se agotaran, y su madre dejara de pagarle la universidad, no sabía qué haría.

Oliver no estaba nada satisfecho con los resultados de las acciones de Laverne. Catherine nada que daba su brazo a torcer, y ya se habían pasado los meses. Al parecer, le daba lo mismo tener o no tener dinero para sus gastos, y eso lo ponía furioso.

Ella debería ser más normal, como todas las demás mujeres que él conocía. Estaba cansado de la

multitud de mujeres que lo buscaban, y él sabía que era sólo por su dinero, y resultaba que la única que a él le interesaba, le traía sin cuidado cuántos millones tenía.

Pero si no la iba a tener de un modo, la tendría de otro, así que le dijo a Laverne que se dejara de tonterías, que de ahora en adelante, él tomaría las riendas del asunto.

—¿Tenemos Netflix? —le preguntó Catherine a Joyce, que miraba algo en su portátil, y ésta la miró impresionada.

—¿No lo pagaste tú? —Catherine meneó su cabeza, y entonces hizo una prueba con sus tarjetas. Su madre, al parecer, se había cansado, y le había devuelto el derecho a usarlas.

—Qué extraño —murmuró, pero no se atrevió a llamar a su madre para verificar aquello. De inmediato se fue de compras para llenar las despensas y comprobó que realmente todas sus tarjetas habían sido restablecidas. Lo increíble fue que, semanas después, las tarjetas aún funcionaban.

Samuel pasaba la mayor parte de las noches en el apartamento de William. Ya estaba en la etapa donde debía empezar a hacer cuentas con la universidad para reclamar su paz y salvo y poder graduarse, pero aun así, permanecía ocupado. Una vez todo esto terminara, sería libre, libre para pasar en casa el verano completo por primera vez desde que iniciara esta carrera. Se preguntaba si acaso Catherine podría pasar con él siquiera una semana.

—¿Samuel Slater? —preguntó una vez un desconocido en la calle. Era tarde en la noche y volvía solo a casa y a pie. A veces William le dejaba usar alguno de sus autos, pues tenía como cuatro, pero esta vez no había previsto que tardara tanto en volver y tuvo que tomar el autobús. Sólo estaba a pocos metros del edificio, pero estaba siendo abordado por tres desconocidos, que hacían tronar los nudillos de sus dedos y se relamían por el deseo de ponerlos en acción.

Samuel frunció su ceño. Aquello no era un simple asalto, iban por él específicamente.

Dejó a un lado su bolso y los midió con la mirada.

Muy bien, se dijo. Que empiece esto.

Catherine miró su teléfono timbrar, pero era un número desconocido, así que lo ignoró.

Lo siguiente fue un mensaje, y cuando vio que era de William Walton, se apresuró a leerlo.

Samuel estaba siendo atendido en una unidad de emergencia por un asalto.

Nunca había sido tan veloz. Le avisó con un grito a Joyce y corrió a la salida. En pocos minutos estuvo en la unidad de emergencia que William le había dicho, y preguntó por él.

Lo encontró sentado en una camilla recibiendo curaciones por parte de un enfermero. Estaba vivo, estaba despierto, y completo, comprobó.

Al estar frente a él, no supo si abrazarlo, tal vez tenía algo roto dentro que ella no podía ver y le haría más daño.

El enfermero se retiró diciendo que esperara unos minutos por el alta, y Catherine no dejaba de mirar a su novio muy aprensiva.

—¿Por qué la llamaste? —le reclamó Samuel a William, y a Catherine le cambió el semblante.

—¿No pensabas decirme nada? —le reclamó, pero él le sonrió abriéndole sus brazos para que se metiera entre ellos, y Catherine no lo rechazó.

—Estoy bien. Ellos quedaron peor.

—¿Qué? —se asombró ella volviéndose a mirarlo, y Samuel sonrió, pero tenía un labio roto y el gesto le dolió. Catherine lo analizó mejor, y tocó su rostro con suavidad, rozándolo apenas. Tenía un ojo morado, igual que la mandíbula, y un labio roto. Ya que no tenía camisa, pudo ver que también había recibido golpes en su hombro y espalda.

—Fueron tres hombres —dijo William al otro lado de la camilla—, y salieron peor que él. Sam, vas a tener que enseñarme —Samuel se echó a reír.

—¿Te asaltaron? ¿Te quitaron algo? —Samuel sólo apretó sus labios asintiendo.

—Me quitaron valiosos minutos de mi tiempo.

—¿No lograron quitarte nada? —William se echó a reír.

—Fueron ellos los que perdieron algo. Quien sea que los haya mandado, tendrá que contratar mejor gente a la próxima—. Catherine abrió grandes sus ojos al escuchar aquello, y Samuel miró a su amigo entrecerrando sus ojos—. Qué, ¿no pensabas decirle que no fue un simple asalto?

—No.

—Oh. Lo siento. Me voy —y casi de manera irrisoria, empezó a andar hacia atrás y se escabulló. Catherine miraba a Samuel ahora llena de miedo.

—¿No fue un asalto común? —Samuel hizo una mueca de dolor, para ver si así Catherine se distraía, pero no funcionó. Ella insistió.

—No lo sé, Cat.

—Sí lo sabes. Todavía tienes tu reloj, y lo que dijo William...

—Es un reloj barato.

—No sabía que los asaltantes primero preguntaban el precio.

—Cat...

—¿Qué pasó, Sam? ¿Por qué William dijo que no fue un asalto? —Samuel dejó salir el aire y buscó su camisa. Como ella no lo ayudaba a ponérsela, se tardó un poco.

—Está bien —se rindió Samuel al ver su mirada terca—. Ellos, antes de empezar a usar los puños, preguntaron por mí—. Catherine se llevó las manos a la boca cubriendo un gesto de horror—. Pero no te preocupes, como ves, no me pasó nada esta vez.

—¿Ya los denunciaste a la policía?

—Sí.

—¿No dijeron nada más? Si alguien los había enviado, o...

—Por supuesto que no.

—¿Sospechas de alguien? —preguntó, pero la verdad, es que era ella quien ya estaba juntando sospechosos. Por esto su madre le había devuelto las tarjetas, por esto parecía que no le importaba si pasaba hambre o no. Había pasado de atacarla a ella a atacar a Samuel. La creía muy capaz de usar la violencia.

—No, no tengo enemigos...

No tenía, quiso decir ella, y los ojos se le humedecieron. Samuel estaba en peligro. No imaginó que esto pudiera pasar, pensó que si lo atacaban, sería de otras maneras, no directamente

amenazando su vida.

—Estoy bien —intentó tranquilizarla él, pero los ojos de Catherine estaban inundados de lágrimas—. No llores, no estés asustada.

—Pero...

—Ven aquí —dijo él, y la abrazó suavemente—. Estoy bien.

—Tendrás que andar acompañado.

—No puedo pagar un guardaespaldas.

—Pero tal vez estés en peligro...

—Tendré mucho cuidado, y procuraré no andar solo...

—No, Sam. ¡Eso no será suficiente! —lloró ella. Samuel la miró analítico, le retiró el cabello del rostro y atrajo su mirada.

—Tú sospechas de alguien —ella volvió a abrazarlo para que no tuviera que ver su llanto. Samuel suspiró, y la consoló largo rato.

Poco después el enfermero le dijo que podía irse, y Samuel volvió a calzarse los zapatos y salió apoyado en Catherine.

Ella tenía cosas que decirle.

Catherine los acompañó de vuelta al apartamento de William, que había conducido para ellos. Al principio, Samuel había dicho que no era para tanto, que estaba bien, pero al ver a Catherine preocupada y tan solícita, empezó a quejarse más, y a andar más despacio.

William lo miraba reconociendo sus trampas, pero a Samuel no le importó.

Al final, tan preocupada que estaba ella por él, decidió pasar la noche cuidándolo.

Bingo.

Catherine preparó para él una horrible sopa, que él se tragó un poco de mala gana y preguntándose si acaso la indigestión lo pondría peor, y luego, lo ayudó preparando su cama, organizando sobre la mesa de noche sus medicamentos, y ayudándolo a acostarse. Él sólo la miraba disimulando una sonrisa.

La verdad, es que en competiciones del gimnasio había quedado peor, pero no le iba a decir eso. Tenía muy pocos momentos junto a ella, y le encantaba ser atendido así, aunque fuera con trampas.

—Dime una cosa —dijo él palmeando la cama a su lado para que ella al fin se quedara quieta. Catherine hizo caso y se sentó en el espacio que él señalaba—. Tu madre sabe lo nuestro, ¿verdad? —Catherine esquivó su mirada, y Samuel la tocó para llamar su atención de vuelta—. Lo sabe, y le disgusta.

—Ella... Lo que ella quiere, nunca coincide con lo que quiero yo.

—Hablaré con ella. La buscaré y le diré...

—Ni se te ocurra.

—Catherine, tengo que intentarlo. Es mejor que hablemos y le deje claro que yo no soy...

—Sólo te maltratará.

—No soy de papel.

—Ella no te tratará como si fueras de papel —se angustió ella. Al verla tan asustada, Samuel frunció su ceño.

—Ya sabía que era una mujer difícil, pero... ¿la crees capaz de hacerme algo?

—¡Lo estoy viendo!

—¿Estás tan segura?

—Sam... —quiso decirle todo, todo lo que era capaz de hacer, todo lo que le había hecho en el pasado, pero eran tantas cosas, que no supo por dónde empezar—. Sí, estoy segura.

—Ven aquí —le dijo él tirando suavemente de ella para que se acostara a su lado, y Catherine lo hizo con cuidado de no lastimarlo—. Soy resistente —le dijo—, y no puede hacerme nada, sólo... tratar de asustarnos.

—Yo no lo creo.

—Tranquila. Cuando me conozca, le gustaré. Soy un buen chico, por lo general, las damas se enamoran de mí —ella se enderezó para mirarlo fijamente, pero él sonreía, y Catherine no fue capaz de disgustarse con él.

—Muy confiado tú.

—Le gustaré —siguió Samuel con la misma sonrisa—. La conquistaré.

Pero a Laverne Brown sólo se la conquistaba con millones y muy buenos contactos, pensó Catherine desganada. Y Samuel no tenía nada de eso.

De vuelta a casa, Catherine tomó su teléfono y llamó a su madre, pero todos sus intentos fueron ignorados. ¿Laverne se estaba escondiendo? O, ¿simplemente no le interesaba escuchar acusaciones?

El día de la graduación al fin llegó, y Catherine felicitó a su novio llena de orgullo. Él había obtenido un reconocimiento por su excelente desempeño, y con el corazón henchido vio cómo varios profesores se fotografiaban con él y le estrechaban la mano con sonrisas de reconocimiento.

Para este acontecimiento, vinieron Cassie y Frank desde Altoona, que también felicitaron a Samuel con mucha alegría y orgullo.

—¿Y Harper? —le preguntó Catherine a Cassie luego de darle un abrazo.

—Susan se ofreció a cuidarla.

—Ah...

—No te pongas celosa. Harper te quiere a ti—. No era cierto, pero Catherine igual se echó a reír.

La fiesta fue privada. Una sencilla cena en el apartamento de William, en donde sólo asistieron los amigos y familiares. Brindaron con vino del más fino, y la cena la preparó un chef contratado por William.

—¿Y tu fiesta? —le preguntó Cassie a William—. También tú te graduaste. ¿Por qué no están aquí tus padres? —William sonrió.

—En casa me espera. Papá y mamá no harán una sencilla cena, ya me avisaron que tiraron la casa por la ventana —Samuel sonrió al escucharlo.

—Ya el señor Walton me dijo que estoy invitado —dijo mirando a Catherine, como si la estuviera invitando a ir con él, y ella se puso nerviosa. Sería la primera presentación en sociedad a su lado.

Era emocionante y aterrador a la vez, así sólo le dio un trago a su vino sin responder.

Catherine había presentado a William y a Joyce, y estos se saludaron con cordialidad. De no ser porque ya sabía que William le tenía el ojo puesto a Cassie, Catherine habría intentado juntarlos más.

Mala suerte para Joyce, pensó, porque William era en extremo interesante, divertido e inteligente.

Sin embargo, a mitad de cena a Joyce le entró una llamada que le hizo cambiar totalmente el semblante. Ahora parecía tan feliz como un chiquillo en el circo, y, disculpándose, se ausentó varios minutos.

—¿Qué harás en verano? —le preguntó Samuel a Catherine, y ésta no supo qué contestar. Debía ir a casa y arreglar las cosas con su madre, dejarle claras muchas cosas. Y dependiendo del resultado de esa discusión, pasar el verano en casa, o volver y buscar trabajo para sostenerse.

Ni siquiera sabía si estudiaría el otro año, así que esa respuesta estaba complicada.

—¿Propones algo? —dijo, en vez de contestar.

—Quisiera invitarte a mi casa unos días —le dijo él—. Hace un calor horrible —rio—, y no tenemos aire acondicionado, pero aprovechamos los días para ir a un lago, pescar, acampar... — Catherine sonrió. Nunca había acampado, nunca había pescado, y por supuesto, el verano prefería pasarlo con aire acondicionado, pero imaginar todo aquello con él hacía que sonara hasta idílico.

—Me encantará.

—Entonces, ¿irás?

—Claro que sí —prometió, pero luego tuvo que hacer una salvedad—, haré todo lo posible.

—¿Verano sin aire acondicionado? —intervino William mirando a Cassie horrorizado. Ésta se encogió de hombros.

—No podemos permitirnoslo.

—Pobrecita Cassie. ¡Pobrecita Harper! Maldición, haré una llamada —dijo poniéndose en pie.

—No se te ocurra comprar un sistema de aire acondicionado central para mi casa.

—¿Sería capaz? —se asombró Cassie con ojos muy abiertos.

—¿Por qué no? —fue la respuesta de William—. ¿Crees que soporto ver el sufrimiento de mi novia?

—¡Mi hermana no es tu novia!

—Eso lo decido yo! —exclamó Cassie tras él, lo que hizo que William sonriera enseñando toda su dentadura. Catherine no pudo evitar reír.

Y al día siguiente cada cual ya volvía a su casa.

La noche la habían pasado juntos, despidiéndose, dándose mucho amor, pero a cada instante, Catherine sentía su corazón oprimirse más y más. Se estaba separando de él.

Era increíble. Llevaban menos de un año de conocerse, pero ya lo sentía esencial para su vida.

Los acompañó al terminal de buses que lo llevaría a Altoona, y una vez allí, Samuel llevó a Catherine un poco aparte para despedirse en condiciones, y se besaron y abrazaron.

—Estás preocupada —advirtió él—. Cariño, sólo serán unos días. Cuando vengas a verme... lo volveremos a pasar muy bien—. Catherine tragó saliva.

—Lo sé.

—Entonces deja esa cara, sonrío un poquito para mí. No quiero que la última imagen que recuerde de ti sea de esos ojitos tristes—. Catherine sonrió al fin, y Samuel la besó.

—Te echaré mucho de menos.

—También yo.

—No importa qué me toque hacer, Sam. Iré a verte para acompañarte al aeropuerto antes de irte a Inglaterra—. Él la miró pensativo. Ella cada vez más se mostraba llena de miedo por separarse de él, como si temiera que al perderlo de vista algo malo le fuera a pasar.

Pero también él tenía esa duda. La imagen que tenía de su madre era cada vez más terrorífica.

Para que una mujer como Catherine se amedrentara, tenía que ser algo muy malo.

—No te dejes —le dijo tomando sus manos y mirándola fijamente a los ojos.

Aquello llamó la atención de Catherine, que levantó la mirada a él.

—Haz lo que tengas que hacer, pero gánale a tu madre, gánale a tus enemigos. Usa todo lo que tengas, no importa si tienes que valerte de artimañas. Si tu enemigo es más fuerte, usa su fuerza contra él. Si tienes que hacer trampas, hazlo. Miente, hiere y despedaza. Ser bueno está bien, pero llega un momento en que tenemos que sacar lo peor de nosotros mismos... Que no confundan tu bondad con debilidad, Catherine—. Los ojos de ella se humedecieron. Él estaba diciendo justo aquello que necesitaba oír de sus labios.

Se había cansado de esta lucha donde ella siempre perdía, y que él le diera el aval para hacer trampas, él, alguien tan recto y tan íntegro, le daba mucha tranquilidad.

—Oh, Sam, te amo —le dijo en un sollozo, y él la apretó entre sus brazos sonriendo.

—Lo sé, mi amor. Ya lo sabía.

—Tonto. Dime que también me amas —se miraron a los ojos, y Samuel se echó a reír.

—Sí. También te amo.

—Ah, Dios —susurró ella volviéndolo a abrazar—. Me haces tan feliz, Sam. De verdad... me haces tan...

—También yo soy feliz contigo.

—Te voy a extrañar tanto.

—Mi amor. Ni te imaginas cuánto te echaré de menos yo—. Y ella volvió a abrazarlo, y a besarlo, y a decirle cosas.

Qué lástima que se hubieran declarado su amor cuando estaban a punto de separarse, porque lo que a los dos le apetecía en aquel momento era irse corriendo a un lugar a solas y demostrarse con hechos y muchas caricias lo que el uno significaba para el otro.

Pero llamaron desde el autobús de Samuel, y ella agitó su mano despidiéndolo.

Se repitió una y otra vez sus palabras.

Miente, hierre, despedaza.

Respiró hondo y se secó las lágrimas.

Había llegado el momento de sacar a la perra que tenía dentro.

—¡Vaya! —se burló Laverne al ver a Joyce entrando con paso dubitativo a sus oficinas—. De todo esperé en esta vida, menos verte por aquí. ¿Quieres renovar nuestro trato? —le preguntó mirándola de arriba abajo, y Joyce asintió con un leve movimiento de su cabeza.

—Sí, señora —dijo en voz baja, y Laverne volvió a reír.

Odiaba a esta niña debilucha y llorona. Odiaba a todas las mujeres que por su propia fuerza no eran capaces de hacerse responsables de su vida. Era una niña, y difícilmente podía conseguir algo, pero le molestaba ver su soledad y su desamparo.

Le recordaba a sí misma a esa edad.

—Tendrás que darme información muy jugosa, muy importante, como para que vuelva a considerar darte dinero.

—Catherine no volverá en verano —dijo Joyce—. Lo pasará con Samuel en su casa—. Laverne hizo una mueca con sus labios que denotaba todo el desprecio que esa información le producía —. Ella no dará su brazo a torcer... Pero Samuel... se irá un año a Inglaterra para hacer un posgrado—. Aquello hizo cambiar la expresión de Laverne. Ahora parecía complacida.

—¿Es así? ¿Tiene dinero para pagar un posgrado en Inglaterra?

—En verdad, no. Sigue igual de pobre... Pero al parecer... es una beca.

—Es un cerebritito, entonces —se rio Laverne poniéndose en pie. Señaló un mueble y Joyce se sentó en él con sus rodillas muy juntas y su espalda recta—. Dime más.

—Como no se quiere separar de él demasiado tiempo... Catherine planea verlo de vez en cuando.

—Sobre mi cadáver.

—Nunca se casará con Oliver.

—Eso lo veremos—. Joyce elevó su mirada a la mujer mayor.

—Es de verdad —le dijo, y los ojos de ella parecían un poco asustados—. Catherine está muy enamorada. Prefiere la pobreza que dejarlo. Cometerá una locura.

—¿Qué locura?

—Le oí decir que prefiere morir que casarse con Oliver White—. Laverne hizo rodar sus ojos.

—Esa testaruda.

—Pero descubrí... que hay algo que la aterra mucho más que la pobreza y que morir—. Laverne la miró alentándola a seguir—. Perder a Samuel es lo que más la aterra. Hace unas semanas sufrió un asalto, y ella... simplemente enloqueció —Laverne guardó silencio, disimulando muy bien sus pensamientos.

—Está bien —dijo al fin dando media vuelta sobre sus tacones y volviendo a su escritorio.

—Te daré lo de siempre por esta información.

—No. Quiero más —Laverne la miró elevando sus cejas—. Y quiero volver al apartamento que compartía con Catherine.

—No quieras equivocarte conmigo.

—Usted me necesita —le dijo Joyce con una sonrisa—, tanto como yo necesito el dinero. Todo

lo que le dije esta vez es cien por ciento real. Merezco más—. Laverne la miró entrecerrando sus ojos, pero la chica se mantuvo en su posición, cosa que tuvo que admirar.

Dejó salir el aire y sacó su chequera.

—De acuerdo —dijo luego de firmar y extenderle el cheque a Joyce—. Manténme informada de todo lo que haga Catherine, pero esta vez, te tendré bajo vigilancia también a ti.

—Lo sé.

—Así que no se te ocurra volver a engañarme.

—No lo haré. Necesito el dinero.

—Sí, lo necesitas. Ahora, vete—. Joyce le hizo un saludo de despedida con la cabeza y salió de su oficina a paso rápido.

El corazón le bombeaba a mil, y tuvo que contenerse con todas sus fuerzas.

Una vez afuera del edificio donde Laverne Inc. tenía sus oficinas, tomó su teléfono e hizo una llamada.

—¿Lo hiciste? —preguntó Catherine al otro lado, y Joyce se puso la mano en el pecho.

—Está hecho.

—¿Cuánto te dio?

—el doble de lo de siempre —Catherine dejó salir el aire.

—Esperaba más.

—Lo sé. Lo siento. Tal vez todavía desconfía.

—Qué mujer tan tacaña. Oh... me está llamando.

—Buena suerte.

—Gracias —Joyce cortó la llamada, y caminó a prisa hacia una parada de autobuses.

—Pasarás el verano conmigo —le dijo Laverne a Catherine, tal como había esperado que hiciera. Miente, le había dicho Samuel. Haz trampa.

Pues bien. Lo estaba haciendo.

Laverne tenía que bajar la guardia, tenía que creer que la tenía bajo su control, y así dejaría en paz a Samuel.

Tal vez tuviera que sacrificar esa semana que él le había pedido pasar a su lado, pero a cambio, él estaría a salvo el tiempo que le quedara aquí antes de irse a Inglaterra, y para ella eso era suficiente.

Oh, no podría ir a pescar ni acampar con él, y lo lamentaba. Pero verlo herido había dejado huellas profundas en su alma. No sabía que tenía tanto miedo de perderlo de esta manera hasta que eso había sucedido.

Prefería verlo lejos y a salvo, que a su lado y malherido. Una vez en Inglaterra, ya su madre no podría alcanzarlo.

Ahora, tendría que encargarse también de Oliver, si es que él insistía con ella. Todos estos meses había estado en silencio, y tal vez eso significara que se había resignado.

Estaba equivocada. Oliver no se había resignado.

En cuanto llegó a casa de su madre con sus maletas, lo vio. Según él, para darle la bienvenida.

—Sabía que volverías al redil —sonrió Oliver caminando a ella para abrazarla, pero Catherine dio un paso atrás.

—Como te atrevas a tocarme, te romperé las pelotas de una patada, Oliver —le advirtió, y la sonrisa de él se desdibujó un poco, pero no del todo.

—¿Sigues prefiriendo a ese tal Samuel? —Aquello hizo que Catherine abriera su boca de asombro.

—¿Qué?

—¿Crees que no lo sé? ¿Lo de Samuel Slater?

—Cómo...

—Ah, cariño... Lo sé todo. Estos meses tuve paciencia, porque sabía que volverías de un modo u otro. Vi que las tácticas de tu madre no funcionaban, así que... ¿Cómo quedó luego de esa paliza? —Catherine palideció, y Oliver se echó a reír—. ¿Por qué me miras así? ¿Esperabas que me quedara tan tranquilo mientras tú me hacías cornudo?

—Fuiste... ¿Fuiste tú?

—¿Qué cosa, amor? Oh, no se te ocurra acusarme de nada. No tienes pruebas. Me he estado conteniendo con mucha fuerza, pero ya sé donde vive... tiene una hermana, una sobrina... Un papá algo mayor...

—Tú no... No serías capaz —susurró Catherine sintiendo que se quedaba sin aliento, totalmente lívida por sus palabras. Los ojos se le humedecieron por el terror, y no pudo sino mirarlo con desprecio.

—Por ti, soy capaz de cualquier cosa.

—No. No los toques, Oliver. Te lo prohíbo.

—No puedes prohibirme nada, mi amor. ¿Qué crees? Llegaste justo a tiempo. Hice traer varios vestidos de novia para que te los midas—. Oliver tomó su codo para hacerla caminar, pero ella se resistió. Sin embargo, él era fuerte, y logró arrastrarla—. Al fin descubrí lo que te haría cambiar de parecer. Gracias por enseñarme tu punto débil.

—Eres lo peor. No sabes cuánto te odio.

—Yo, en cambio, te amo tanto. ¿Sigues pensando que jamás te casarás conmigo? ¿Es más valiosa tu soltería que... el bienestar de toda una inocente familia?

—Te mataré —farfulló ella—. Si les haces algo, te juro que te mataré—. Él sonrió.

—Tan bella, como siempre. Por eso me encantas—. Laverne entró a la sala, y al ver a su hija y a Oliver hablando, sonrió.

—Qué bien, qué bien —sonrió—. Al fin estás aquí. Pero mira como tienes ese pelo. A prisa —dijo mirando a Sharon, su sempiterna secretaria—, llama a la estilista.

—¿Qué quieres hacerme? —preguntó Catherine intentando zafarse de Oliver, sin éxito.

—Esta noche, cariño, es tu fiesta de compromiso.

—¡No!

—Ya están todos invitados. Tus amigas estarán aquí. ¿No te hace feliz?

—Mamá. Te lo ruego. No lo hagas. ¡No lo hagas!

—Mi niña. Es por tu bien. Es lo mejor para ti—. Las lágrimas rodaron por las mejillas de Catherine.

Si acaso se negaba, no dudaba que las consecuencias las pagaría Samuel, o su familia. Y si cedía, las noticias llegarían a él, y la creería mentirosa y falsa.

Hoy, otra vez, Catherine estaba perdiendo la batalla.

—Hola, cariño —la saludó Samuel por teléfono—. ¿Llegaste bien?

Catherine cerró sus ojos. Hoy, más que nunca, se sentía atrapada, perdida, en lo más profundo.

—Sí, amor —contestó tratando de que su voz pareciera tranquila—. Ya estoy en mi... habitación, deshaciendo la maleta.

—¿Cómo fue el recibimiento de tu madre? ¿Todavía crees que fue ella la que mandó golpearme?

—Catherine dejó salir una risita.

—No lo sé aún.

—Ah, esa novia mía de familia complicada —sonrió él, y Catherine tragó saliva.

—Tal vez... veas en la prensa, o escuches chismes... acerca de mí y Oliver—. Catherine sintió cómo a Samuel le cambiaba poco a poco el humor.

—¿Qué chismes?

—Como que... me he comprometido con él.

—Pero no será cierto, ¿verdad?

—Sam, sólo me casaré por amor, y te amo a ti. Y si tú no me propones matrimonio, nunca me casaré —él rio, pero fue una risa corta y algo preocupada.

—¿Te están forzando a algo?

—No te preocupes, sabré manejarlo. Pero te juro por mi vida que... no cederé.

—Catherine, si es demasiado lo que te piden, ven a mí.

—¿Cómo que vaya a ti?, ¿a dónde?

—¡Aquí, a mi casa!

—¿Por cuánto tiempo, Sam? ¿Mientras te vas a Inglaterra? ¿Y luego qué?

—¿Me estás diciendo que cederás al chantaje de tu madre porque no puedo estar a tu lado?

—No cederé a los chantajes de nadie, pero no puedes ayudarme, Sam. Esto tendré que hacerlo sola.

—Estoy seguro de que algo podré hacer.

—¡No puedes, Sam! —exclamó Catherine—. No puedes contra ellos.

—¿Porque no soy nadie?

—Oh, Dios... —se quejó Catherine pasándose la mano por el rostro—. Sólo... confía en mí. Nada de lo que escuches... no lo creas, por favor—. Samuel respiró hondo, sin saber qué pensar de lo que ella le pedía, sólo podía entender que ella lo estaba haciendo a un lado.

—Yo te digo lo mismo. Confía en mí. Si llega a pasar algo, ven a mí. No importa cómo, te

ayudaré.

—Lo sé.

—Tenlo presente.

—Sí, mi amor. Lo tendré siempre presente.

—No me quedo tranquilo, Cat.

—Lo sé, y lo entiendo. Y, también... Sam...

—¿Algo más? —Catherine cerró sus ojos deseando poder simplemente teletransportarse y aparecer junto a él.

—Si acaso, por alguna razón, perdemos comunicación... tal vez es porque voy de camino hacia ti.

—Eso me tranquiliza más. Pero trata de avisarme antes.

—Está bien.

—Catherine.

—¿Sí, amor?

—Te amo. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ti. No me importa qué. ¿Me entiendes? —ella lo entendió, lo entendió muy bien. Él le estaba diciendo que, si acaso tenía que elegir entre ella y su estudio, la elegiría a ella.

Y era tan injusto, pero a la vez, tan importante para ella saberlo.

—Lo sé, mi amor. Recuerda lo que te dije la otra vez. No te imaginas lo que soy capaz de dejar y conseguir por ti. Lo decía en serio —Samuel suspiró.

—Bien, trata de hablarme todo el tiempo que puedas. Ya sabes que estoy en casa y sin hacer gran cosa. Te echaré de menos.

—Y yo a ti—. En el momento, Laverne entró a la habitación de Catherine, y justo la escuchó despedirse de Samuel. Catherine guardó su teléfono y lo puso tras ella, como temiendo que en cualquier momento su madre se abalanzara sobre ella y se lo arrebatara.

—En unos momentos subirán los estilistas para vestirte y peinarte. Trata de no llorar demasiado, o tendré que decirles a todos que mi hija es una tonta emocional.

—Mamá —la llamó Catherine cuando ya Laverne daba la vuelta—. ¿Qué es eso tan importante que te han ofrecido los White y que tanto ambicionas? —Laverne respiró profundo.

—Poder, cariño. Mucho poder.

—Samuel es un hombre que dentro de poco se hará rico y poderoso. ¿No puedes esperarlo? —Laverne la miró primero pasmada, y luego no pudo evitar echarse a reír.

—¿De qué estás hablando? —dijo entre carcajadas—. ¿Crees que el poder se consigue de la noche a la mañana? La familia White lleva casi cien años cultivando ese poder... ¿y me pides que espere a un desconocido?

—Él será grande. Lo sé.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque vi su proyección, su determinación, y tiene amigos, amigos importantes que lo están

apoyando.

—Puede tener al mismo rey Midas de su lado, pero no conseguirá nada al menos en diez o veinte años.

—No me vendas a Oliver —le pidió Catherine con un nudo en la garganta—. No valdrá la pena.

—No te estoy vendiendo.

—¡Sí lo haces! —contestó Catherine—. Al traicionarme y entregarme a él a cambio de poder... ¡me vendes!

—Cariño —Laverne se acercó y le acarició el rostro, gesto que logró conmovier a Catherine.

—Si me quieres, no lo hagas. Mamá. Te lo estoy rogando. No me vendas a los White.

—Pobrecita, mi niña—. Laverne la miró como si lo estuviera pensando—. Hagamos algo... Cásate con él... y luego de un par de años, te divorcias. Habré tenido tiempo para conseguir lo que quiero. Dile a tu Samuel que te espere ese tiempo. Si te ama... lo hará.

—Debes estar loca.

—Después de divorciarte de Oliver, te dejaré ser libre para casarte con quien quieras, te doy mi palabra. Pero pasa por el matrimonio.

—¿No vas a ceder?

—Te estoy dando una salida—. Catherine respiró hondo, se secó la lágrima que había rodado y enderezó su espalda—. Qué. ¿Al fin te rindes?

—Sólo me resigno a que mi madre me traiciona —dijo Catherine—. Ojalá no tengas que llorar por todas las decisiones erradas que estás cometiendo ahora—. Y sin añadir nada más, Catherine caminó hacia su baño privado, dejando a Laverne sola en medio de la habitación.

Pero ella menospreció esas palabras, y sin dedicarles un solo pensamiento, salió.

—Esta vez es verdad —le dijo William a Samuel—. Se comprometieron, Sam —Samuel cerró sus ojos al escuchar a William—. Para no cometer errores, lo verifiqué una y otra vez.

—Ella me lo dijo. Es... una treta, una mentira.

—¿Mentira? Ya se están movilizand millones entre las dos familias. Laverne Inc. disparó el precio de sus acciones luego de esa noche, y, Sam...

—Confío en Catherine.

—Amigo, no quiero que te vean la cara...

—Confío en Catherine —repitió Samuel—. Ella no se casará si no es por amor.

—Ya tienen fecha, Sam —insistió William—. ¡En pocas semanas se casarán!

—No lo hará.

—Oh, Sam...

—Te prometo que no lo hará. Tal vez... tenga que irme con ella a Inglaterra. Estoy seguro de que encontrará la manera de burlar a su madre.

—Dios mío —masculló William—. Que conste que te avisé —y cortó la llamada.

Samuel sentía que las manos le temblaban, que todo su cuerpo estaba en tensión. Tomó su teléfono y buscó la noticia, pero al parecer no era tan importante como para que ningún blog o

foro les dedicara atención. Tenía que fiarse de las palabras de William.

Llamó entonces a Catherine, pero ella no contestó, y su incertidumbre no hizo sino aumentar.

Dos días después, ella lo llamó. Le explicó lo que estaba pasando.

—Te comprometiste —le dijo Samuel con voz grave, y Catherine tragó saliva.

—Te dije que escucharías el rumor.

—No es un rumor, Cat. En verdad, estás comprometida.

—Pero te juré que no me casaré—. Samuel se echó a reír.

—Dios. ¿Sabes que me estoy sintiendo como el hombre más estúpido sobre la tierra?

—Yo... te entiendo. Entiendo perfectamente...

—¿Qué debo pensar ahora? ¿Que mi novia realmente está prometida con otro? Catherine, explícame qué quieres que piense de ti ahora.

—Esto es temporal. Es sólo un negocio, y te juro que no cederé. Dios, Sam, necesito que me creas. Necesito saber que me crees o me volveré loca. Estoy al borde de la locura. Vigilada por mi madre, por todo el servicio. No había podido llamarte...

—Escapa, y ven a mí.

—Amor...

—Si me amas, deja todo, y ven a mí, Catherine.

—Sí te amo.

—Entonces, aquí te espero —dijo. Catherine se sentó en su cama y se echó a llorar.

—¿Y si algo te pasa a ti o a tu familia? —lloró—. ¿Podrás estar conmigo luego de eso?

—Catherine —la llamó Joyce entrando a su habitación. Ella se secó las lágrimas y la miró—. Te necesitan en la sala—. Se puso en pie y se secó las lágrimas.

—Te llamaré luego, Sam.

—No me has dado una respuesta, Catherine —dijo él, y Catherine respiró profundo.

—Sólo puedo jurarte por mi vida que estoy luchando por los dos. Estoy dándolo todo, Sam. De ti, sólo necesito tu confianza. Confía en mí. Sólo te amo a ti. No me casaré con Oliver White.

—Cat... —volvió a apurar Joyce, y Catherine asintió.

—Te amo —le dijo a Samuel por teléfono. Él volvió a protestar, pero ella cortó la llamada.

—¿Averiguaste aquello? —le susurró mientras andaban por los pasillos, y Joyce sonrió.

—Sí. Jessica estuvo rondando a Oliver todo este tiempo.

—Bien. Entonces, todo es cuestión de tiempo —dijo, y compuso su rostro para el teatro que estaba a punto de montar.

Los días pasaban largos y lentos para Samuel. Catherine no lo llamaba, y cuando la llamaba él, su teléfono estaba apagado.

—Pensé que pasaría unos días con nosotros —dijo Cassie, y ante eso, Samuel no tenía una explicación.

Tal vez otra vez su madre la estaba presionando, y no le permitía comunicarse. Con lo terrible que seguramente era, aquello no le sería muy complicado. Pero además del teléfono había muchas otras formas de comunicarse, así que Samuel seguía esperando.

Pasadas dos semanas, ya Samuel estaba desesperado, pero por más que le dejaba mensajes e intentaba llamarla, Catherine no se comunicaba.

Aquello estaba acabando con su cordura. Batallaba cada día con sus dudas, y la ausencia de ella no hacía sino incrementarlas.

Hasta que un día al fin recibió una llamada. Pero no fue de Catherine, sino de Joyce.

—¿Ella está bien? —le preguntó Samuel de inmediato, saliendo de la casa hacia el jardín trasero para poder hablar con tranquilidad y bajo la sombra del cobertizo—. ¿Por qué me llamas tú y no ella? Dile que se ponga al teléfono, tenemos mucho que hablar.

—Sam... Te estoy llamando de mi cuenta, ella no sabe nada de esto.

—¿Pasa algo? ¿Le están obligando a hacer algo? ¿Ella está bien? —Joyce suspiró.

—No te imaginas todo lo que ha pasado estos días, Samuel —dijo—. Pero te lo voy a contar... porque necesitas saber toda la verdad.

—¿Por qué no me llama ella?

—Cuando te cuente todo lo que ha pasado aquí, entenderás por qué está incomunicada, por ahora, ten paciencia, prométeme que escucharás hasta el final, y que... y que vas a poner todo de tu parte para comprender sus decisiones—. Samuel tragó saliva. Ya eso era motivo para sentirse más inseguro aún, pero cerró sus ojos y asintió.

—Está bien —contestó—. Dime todo—. Joyce tomó aire y empezó.

—Catherine tenía la fuerte sospecha de que la culpable de que te dieran aquella paliza era su madre.

—Sí, me lo dijo.

—Y debido a que Oliver desde hacía meses no la buscaba más, creímos que se había dado por vencido, así que intentamos tenderle una trampa a Laverne. Tú pronto te irías a Inglaterra, así que estarías a salvo de ella, no volvería a hacerte nada. Ella solamente tendría que entregarse como rehén durante el verano, y... cuando te fueras, las cosas volverían a normalizarse. Contigo lejos, Laverne no tendría razones para presionar, y sus tentáculos no llegan tan lejos. Estarías a salvo.

—Entonces...

—La relación entre ustedes de todos modos sería a distancia, y para cuando regresaras, ella esperaba haber convencido a su madre de desistir emparejarla con Oliver White. Pero estábamos equivocadas, Samuel —siguió Joyce con voz que denotaba culpa—. No fue Laverne quien mandó esos hombres... fue Oliver. Y una vez que puso un pie aquí... todo fue un caos.

—¿Ella está con él?

—No del modo que crees.

—No creo nada. A estas alturas... ya no sé qué creer...

—Es que no conoces a ese hombre. No sabes hasta dónde ha sido capaz de llegar.

—Entonces, dímelo tú.

—Catherine intentó denunciarlo en la policía —añadió de inmediato Joyce—. A su madre por secuestro, a él por amenaza hacia ella y hacia ti...

—¿Denunciarlo? —dijo Samuel algo sorprendido—. Entonces... ¿tiene pruebas?

—Más o menos. Digamos que... tiene buenas razones para creerlo. Y luego intentó hablar con la prensa, hacer un escándalo, lo que fuera con tal de liberarse, pero en ambos casos esas personas prefirieron congraciarse con los White y avisarles de lo que estaba sucediendo antes que ayudar a Catherine, y como imaginarás, eso no les gustó nada, así que la presión sobre ella aumentó—. Samuel guardó silencio por varios segundos, y Joyce dejó salir el aire y siguió: —Está incomunicada, Sam. No le permiten salir de casa, ni usar el teléfono. Por eso estoy llamándote, y contándote cómo está la situación. Catherine está presa en su propia casa.

—¿Qué puedo hacer por ella? —preguntó Samuel cerrando sus ojos. Verdaderamente, todo esto parecía demasiado estrambótico e irreal.

—Por ahora, creer en ella. Y quedarte aquí, a salvo.

—¿Me pides, luego de todo lo que me cuentas, quedarme de brazos cruzados?

—Samuel, es por tu bien.

—Le dije a Catherine que sé defenderme, estaré bien.

—Pero no eres antibalas, Samuel.

—Aun así...

—¡Y tu familia tampoco! —exclamó Joyce ante la terquedad de Samuel, que se quedó totalmente en silencio al escuchar aquello—. Oliver amenazó a Catherine con que si seguía adelante con su intento de escapar, de estar contigo... sería tu familia quien lo pagara.

—Es... ¿Es capaz de algo así?

—¡Y de más! —dijo Joyce con voz desesperada—. ¡Está loco! ¡Está obsesionado! Tiene metido entre ceja y ceja que debe casarse con Catherine, es como si su vida no fuera a tener sentido si no gana esto. ¿Me comprendes, Samuel? ¿Entiendes por qué Catherine está haciendo lo que está haciendo? —Samuel tragó saliva y se fue dejando caer hasta recostarse a la sucia pared del viejo cobertizo.

El sol era inclemente, los grillos cantaban, había poco viento, pero dentro de él había empezado a expandirse un frío que lo dejaba sin fuerzas.

—Aun así, tengo que hacer algo. Tengo que...

—¿No has entendido nada?

—Tengo que hacer algo, Joyce —repitió Samuel, esta vez en tono alto—. No puedo quedarme aquí simplemente viendo cómo...

—¡No podrás hacer nada! Si vienes aquí, no sólo habrás perdido tu tiempo, sino que empeorarás las cosas, tanto para ti, como para Catherine.

—Aun así.

—No lo hagas. Catherine tiene al menos la tranquilidad de que estás en casa y a salvo. No te llamé para que expusieras tu vida haciendo de salvador, sólo para que... pasara lo que pasara, y... escucharas lo que escucharas, confíes en ella. Catherine te quiere, Samuel. Nunca vi a mi amiga tan enamorada. Ella necesita tu confianza, sólo eso le dará aliento para seguir.

—¿Cómo puedo quedarme tranquilo? Todo lo que me dices no hace sino asustarme más.

—Déjala luchar sus batallas.

—No, en eso te equivocas. Si ella está pasando por todo esto por haber tenido una relación conmigo...

—De todos modos tú te irás a Inglaterra, Sam...

—¡Con mayor razón! Será un año en que no podré ver qué está pasando, sin poder ayudarla ni...

—Samuel, no hagas que me arrepienta de haberte llamado. Sólo lo hice porque necesitas saber y entender. Dime que lo comprendes, dime que le vas a creer no importa qué rumores escuches. Sé que tienes un amigo importante y que podría decirte cosas...

—William nunca esparciría rumores falsos.

—Aun así, Samuel...

—Joyce...

—Se trata de tu vida... de la de tu familia... Catherine no podrá con esa culpa, Samuel. Y tampoco tú—. Aquello lo dejó al fin en silencio. Samuel tragó saliva y cerró sus ojos sintiéndose impotente, más pobre que nunca, más nadie que nunca.

El silencio se extendió, y Samuel escuchó a Joyce suspirar.

—Haré lo posible por decirle a Catherine que tú la entiendes, que le crees. No he podido hablar con ella desde hace días, no me permiten entrar a su casa, y... Ella está pasando terribles momentos, pero... si sabe que desde donde estás, le crees y la comprendes, para ella eso será lo más grande—. Samuel no decía nada, sólo la escuchaba lleno de mil emociones que no era capaz de poner en orden. Entre todas ellas sobresalía la ira y la impotencia.

—¿Todo esto que me dices... significa... que no la veré sino hasta dentro de un año? ¿Hasta que regrese de Inglaterra?

—Si todo sale bien... tal vez ella pueda ir a verte antes—. Samuel dejó salir una risita—. Yo haré todo lo posible por hacer de puente entre los dos —siguió Joyce—. Todo lo que me digas, de alguna manera, se lo haré llegar.

—Por ahora... hazle saber, que lo que le dije la última vez que nos vimos... sigue siendo la mejor opción. Ella sabe lo que significa.

—Está bien —dijo Joyce—. Se lo diré.

—Gracias por... llamarme, y ponerme al tanto—. Joyce sonrió.

—Siempre, Sam. Ahora, tengo que irme. Intentaré hacerle llegar a Catherine tu mensaje, te lo prometo, que no descansaré hasta que lo escuche.

—Gracias—. Joyce cortó la llamada, y por unos minutos, Samuel se quedó allí, en silencio, mirando su teléfono con mil ideas yendo y viniendo.

Luego, por fin, como saliendo de un letargo, hizo una llamada.

—William —dijo—. Necesito tu ayuda.

—¿Me estás diciendo entonces que Catherine es una especie de princesa encerrada en una torre y custodiada por un terrible dragón? —le dijo William a Samuel por teléfono mientras organizaba una maleta.

Ya habían pasado tres semanas desde la graduación. Las anteriores dos había viajado primero con sus padres, luego solo. Y mientras estaba en una paradisíaca playa bebiendo finos cocteles y admirando el paisaje, comprendió que definitivamente su vida no podía seguir así.

Sí, se iría a Inglaterra un año, pero desde hacía unos meses que no podía sacarse a Cassie de la cabeza, y por eso ahora armaba de nuevo su maleta, esta vez, para meterse a la fuerza en la casa de Samuel y verla a ella. Sólo un poco. Tal vez por fin pudiera darle un beso. Sólo un beso le daría la fuerza suficiente para resistir todo un año.

—Sí —contestó Samuel a su pregunta—. Algo así.

—Esto es tan... bizarro. ¿Tú lo crees?

—No tengo motivos para dudar.

—Ella está comprometida con Oliver White. Ya tiene su anillo en su dedo, ya tienen fecha para la boda—. Ante esas palabras, Samuel cerró con fuerza sus ojos.

—Yo confío en Catherine —dijo de nuevo, como cada vez que William le recordaba lo del compromiso.

—Insistes con eso —suspiró William con tono resignado—. De acuerdo. ¿Y cómo quieres que te ayude?

—Joyce asegura que mi familia está en peligro. Quiero ir a ver a Laverne Brown para decirle unas cuantas cosas. Y si puedo, también ver a Catherine... pero no quiero dejar sola a mi familia. Si es verdad, y están en peligro, no quiero que nada les pase mientras estoy fuera—. Esas palabras alertaron a William.

Dudaba muchísimo de las palabras de Catherine. Dudaba que realmente estuviera incomunicada y encerrada, pero no podía tolerar que algo pusiera en peligro a Cassie, Harper, y hasta al mismo Frank.

—Me haré cargo —dijo sin vacilar.

—¿Crees que puedas... no sé, poner una especie de vigilancia alrededor de la casa? —William se echó a reír. A veces, su amigo todavía pensaba en pequeño.

—Ya te dije —contestó—. Yo me haré cargo. Te llamaré en cuanto lo tenga resuelto. Imagino que no te moverás de allí hasta que todo esté planeado.

—Así es. Por eso... no te tardes. Yo... algún día podré pagarte todo lo que haces por mí.

—Sí, sí. Dame la mano de tu hermana y todo estará saldado —Samuel se echó a reír—. ¡Oh! —exclamó William ante esa risa—. Por primera vez no reniegas ni dices que jamás en la vida, por encima de tu cadáver, y etcétera—. Samuel hizo una mueca negando.

—Son celos de hermano mellizo. Cassie es... demasiado importante para mí. Pero tengo que reconocer que ella nunca podrá encontrar mejor hombre que tú.

—¡Me estás aceptando como tu cuñado!

—Sólo nunca le hagas daño, porque te mataré.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero... Samuel, prefiero morirme antes que hacerle daño. Te lo aseguro.

—Está bien.

—No te preocupes por lo otro —aseguró William volviendo al tema—. En menos de nada estará resuelto. Te dejo. Tengo llamadas que hacer—. Cortó la llamada y de inmediato corrió a la salida al tiempo que marcaba otro número en su teléfono. Su madre lo vio en la entrada, pues venía de hacer compras, así que lo llamó.

—¿Pasa algo? —le preguntó, pero William sólo se detuvo a darle un beso en sus negros cabellos y pasó de largo.

—Ciao, cara mía —le dijo—. ¡Te contaré luego! —exclamó cuando hubo avanzado varios pasos—. ¡Te amo! —gritó.

Chiara Nicoletta Fioravanti sólo se giró a mirar a su hijo mientras agitaba su cabeza. Luego le dio la orden a sus asistentes de llevar las bolsas al interior de la mansión.

—¿Qué? —exclamó Cassie con Harper en brazos mirando a William con su ceño fruncido. Él había venido aquí de repente, diciendo que se los llevaba, a ella, Harper, y Frank, a unas vacaciones.

Miró a Samuel que sacaba de su armario varias prendas de ropa y las metía en un maletín.

No había dicho nada de Samuel, lo que indicaba que él no iría.

—No puedo dejar mi trabajo —dijo—. No puedo...

—Sí puedes —refutó Samuel a su espalda—. Sólo aprovecha la oportunidad.

—¿En serio prefieres quedarte trabajando que ir a pasear en una isla paradisíaca? —Cassie frunció su ceño.

—Obviamente no. No es lo que yo prefiera. Pero no puedo pensar sólo en el ahora, soy una madre responsable. Luego, cuando regrese, estaré sin empleo, y, ¿de qué voy a vivir? ¿Cómo le daré de comer a Harper? Papá no puede con todos los gastos, y Sam...

—Acepta ir con William —la interrumpió Samuel—. Encontrar un empleo no será difícil después de eso—. Cassie lo miró sin deshacer su ceño.

—¿Por qué me empujas a aceptar esta invitación? ¿Está pasando algo?

—No. Sólo quiero que disfrutes un poco la vida. Tenemos un amigo rico, aprovechémonos un poco.

—Es lo más lindo que jamás me ha dicho —sonrió William formando un corazón con sus manos, y Cassie no pudo evitar reír. Segundos después dejó a la niña en el suelo y suspiró.

—Está bien. Iré. Aunque aún pienso que me están ocultando algo, no voy a despreciar la oportunidad, y si me quedo sin empleo, los haré responsables.

—Así se habla, nena —la alabó William guiñándole un ojo. Cassie reprimió la sonrisa.

—Iré a hacer las maletas. También tengo que llamar a mi jefe... —William asentía ante cada una de sus palabras con una sonrisa boba en su rostro. Cuando vio a Harper deambulando por la habitación, se acercó a ella y la alzó para hacerle cosquillas y jugar.

Samuel lo miró por un segundo sonriendo, y siguió llenando de ropa su maletín.

Esa misma noche viajó a Nueva York. Llegó tarde, así que se hospedó en un hotel y descansó preparándose para el día siguiente. Las fuentes de William le decían que tanto Laverne como Catherine no estaban en su apartamento, sino que se habían trasladado a una mansión en Los Hamptons.

La zona más cara y exclusiva de la ciudad. Entrar allí no iba a estar fácil, pensó.

Y luego le llegó un mensaje de William asegurándole que podría entrar sin ningún problema, ya que la casa de sus padres estaba en esa misma zona.

Samuel se recostó en su cama metiendo el brazo bajo su cabeza y dejando descansar el teléfono sobre su pecho.

Tal vez mañana cambiara todo para él. Hablaría con Laverne Brown, la enfrentaría, y rescataría a Catherine de ese castillo, tal como había dicho William.

Había esperado todo lo que había podido, pero era momento de hacer algo.

Fuera verdad o mentira todo lo que Joyce decía de Catherine. Fuera cierto o falso su peor miedo, mañana lo averiguaría.

—Samuel Slater está aquí —le dijo Sharon a Laverne Brown, que de inmediato levantó la cabeza de las muestras de tela que una asistente le enseñaba, y la apartó con un gesto centrando toda su atención en su secretaria.

—¿Qué? —preguntó con una risita burlona, y Sharon repitió sus palabras.

—Píde hablar con usted —añadió, y Laverne volvió a reír.

—Deshazte de él —dijo con un gesto, pero antes de que pasara un segundo, volvió a llamarla—. Mejor no —agregó, con su índice elevado y mirando el salón en el que se hallaba como evaluando la conveniencia de entrevistar aquí a Samuel—. Llévalo a la sala donde está el vestido de novia—. Sharon no hizo ningún gesto, sólo asintió y dio media vuelta saliendo de la hermoso salón. Laverne se relamió los labios ante la expectativa de lo que iba a suceder, y deliberadamente esperó que pasaran diez minutos para al fin dirigirse a donde estaba.

Antes de entrar a la sala, lo espío un poco en silencio, y tal como había esperado, Samuel estaba de pie mirando el precioso vestido de novia en un maniquí. No lo tocaba, no hacía expresiones de ningún tipo. No dejaba ver qué tan alterado estaba, si es que aquello lo alteraba, lo cual fue un poco decepcionante para Laverne.

Tal vez era alguien que se guardaba muy bien sus emociones, o, tal vez, simplemente, no le importaba Catherine, ni lo que hiciera con su vida, lo que haría de todo el sufrimiento de su hija un desperdicio.

Lo analizó bien. Sin duda era un chico guapo. Un niño, a su modo de ver. Debía tener veintidós, o veintitrés años, pero definitivamente era muy atractivo. Alto, de espalda ancha y piernas bien formadas que se adivinaban por encima de sus jeans.

Cuando la sintió, se giró hacia ella, y Laverne elevó una ceja ante la belleza de su rostro.

No le podía quitar eso a Catherine. Su hija tenía buen gusto.

Lástima que fuera un chico pobre, de no ser así, le aplaudiría su elección.

—Señora —saludó él dejando caer sus brazos a cada lado de su cuerpo en una pose tranquila y relajada, y Laverne lo miró de arriba abajo varias veces con toda la intención de hacerlo sentir

incómodo, pero si lo logró o no, no quedó claro, ya que él permaneció impávido.

Definitivamente, era alguien que sabía disimular muy bien sus emociones... o que no tenía ninguna.

—Así que tú eres... la última aventura de mi hija —dijo en tono despectivo, y no le brindó asiento, ni una bebida, y sólo caminó al minibar de la sala para servirse una copa sin brindarle a él nada.

—Soy Samuel Slater —asintió Samuel—. Y tengo una relación con Catherine—. Laverne elevó una ceja como burlándose—. Quiero hablar con ella, pero sé que sólo puedo hacerlo a través de usted. Esperaba que... me concediera unos minutos con ella.

—¿Para qué? ¿Qué piensas decirle?

—Eso es algo entre ella y yo.

—Con eso no me estás convenciendo de dejarte verla—. Samuel la miró fijamente, como evaluando si decirle o no.

Debió decidir que sí, porque tragó saliva y habló.

—Necesito saber qué está pasando exactamente —dijo—. Y sólo ver que se encuentra bien.

—Catherine está perfecta.

—Lamento si la ofendo, señora, pero su palabra no me basta—. Aquello sorprendió a Laverne, que frunció sus labios, y con la copa de vino tinto en su mano, caminó lentamente hacia él.

—Tendrá que bastarte.

—Entonces es verdad lo que ella dice —volvió a hablar Samuel—. Usted es una mala madre, que constantemente la minimiza, la menosprecia, ataca su inteligencia y ha intentado toda la vida aplastar su feminidad.

—¿Qué?

—Y ahora la está vendiendo a un tal Oliver White, sólo porque le interesan los millones que obtendrá de esa transacción.

La tentación de arrojarle el vino en la cara fue muy fuerte para Laverne, pues aquellas palabras habían entrado en ella atravesando una dura coraza que no era consciente que tenía.

—¿Catherine te dijo todo eso?

—No con esas palabras —respondió Samuel encogiéndose de hombros—. Más bien con lágrimas, con gestos que hablan de una baja autoestima siendo ella la chica más hermosa y brillante que jamás haya conocido, sintiéndose menos cuando podría fácilmente dominar un imperio. Y ya que usted es su único familiar y con quien más tiempo ha pasado en su vida, sólo fue deducir la verdad—. Laverne tragó saliva, aun cavilando acerca de si arrojarle el vino o no.

Respiró hondo, muy hondo, y dejó la copa a un lado.

—No estoy vendiendo a Catherine. Y me sorprende que haya actuado tan desvalida delante de ti. Esa no es la hija que yo crie.

—Esa no es la hija que usted quiere, por eso no la ve.

—Basta —lo detuvo Laverne con voz dura.

—En eso se parecen las dos —sonrió Samuel—. Cuando les dicen algo que no les gusta, elevan la voz.

—Crie a Catherine para ser astuta, ágil de pensamiento, aguerrida, y dura, muy dura. Ella nunca sucumbiría ante el amor, y menos el amor de... alguien como tú.

—Y lo intentó, señora. Ser como usted le enseñó. Lo intentó.

—Y lo logró. La prueba está ante mis ojos. ¿De verdad crees que mi hija está enamorada de ti? ¿Realmente? Es novia de Oliver desde hace varios años. ¡Desde su adolescencia! Tú sólo eres... un capricho, que le ha durado demasiado, debo admitir.

—No pienso tener en cuenta ninguna de las cosas que me diga, señora. Sólo creeré lo que la misma Catherine me diga.

—Te va a decir lo que quieres escuchar, porque así la he educado. Los hombres son para sacarles todo el provecho que se pueda, sean cosas materiales, o no. Veo que en ti ella encontró una especie de gurú de la autoestima y la confianza en uno mismo, y se ha estado alimentando de esa buena energía. Bien por ella.

—Quiero ver a Catherine —insistió Samuel, en tono un poco menos amable que antes. Laverne sonrió internamente.

—¿Y sabes qué? —preguntó haciendo un gesto con su mano—, no se lo reprocho. ¡De verdad! Aplaudo a mi hija por haberse fijado en un chico como tú. Eres guapo, se ve que eres interesante, pero no eres, definitivamente, el jinete que montará esa fina yegua por el resto de la vida. No te alcanza, hijo.

—¿Cómo puede referirse así de su propia...?

—Ay, por favor. Soy una mujer pragmática, igual que Catherine. Ella se va a casar con Oliver White porque sabe que es lo más conveniente para ella —dijo señalando el vestido de novia, y Samuel no pudo evitar mirarlo también—. ¿Y sabes lo que me dijo? Que en el futuro, tú serías un hombre rico y poderoso, como tratando de hacerme entender que sí, que se casaba, pero que no te iba a perder la pista porque tenías todo el potencial para convertirte en el tipo de hombre bajo cuya sombra es conveniente estar. Entonces acordamos algo—. Samuel la miraba con sus labios apretados, pero muy calmado.

Laverne se echó a reír y recuperó su copa de vino.

—Le propuse que fuera la esposa de Oliver por dos o tres años, y luego se divorciara. Los hombres son infieles siempre, así que ese sería tiempo suficiente para encontrarle alguna falta, y por infidelidad, ella tendría derecho a su fortuna. Luego de eso, sería libre de buscarte a ti. ¿Quieres saber la respuesta que me dio mi hija? —Samuel meneó su cabeza.

—Patrañas.

—¡Aceptó! —exclamó Laverne—. De todos modos, tú te vas a ir al extranjero, ¿no? Estando tan lejos, no podías estar con ella, así que sería un desperdicio dejar pasar ese tiempo.

—Catherine no tiene como sueño atrapar a un hombre rico y conseguir así sus objetivos. Ella está totalmente convencida de que con su inteligencia podrá conseguir todo lo que usted, y hasta más.

—¿Entonces qué significa ese vestido aquí en esta sala?

—¿Porque la amenazó, a lo mejor? Porque incluso le hizo creer que si no le obedecía, mi vida, y la de mi familia estaban en peligro.

—¿Eso fue lo que te dijo? ¿Y esa es la razón por la que la has esperado mientras ella prepara su boda? ¿No te das cuenta de que se está burlando de ti? ¡Todo eso es mentira! Por Dios, ¡no soy

una asesina!

—Tal vez usted no —insistió Samuel, aunque no pudo evitar que la duda entrara en él—, pero Oliver White sí que tiene ganas de ponerme las manos encima. Ya una vez mandó a sus matones, ya le demostró a Catherine que no está jugando. La tiene amedrentada y no es para menos.

—Todo suena tan conveniente para los planes de Catherine. ¿Estás seguro de que fue Oliver quien hizo algo así? Ni siquiera te conoce, ¡no sabe nada de ti! No se casaría con ella si supiera que tuvo una aventura contigo. Hasta ahora, Catherine se ha mostrado como una novia fiel—. Samuel apretó sus labios.

Lamentablemente, lo que Laverne decía tenía mucho sentido.

—Catherine no siente nada por él —dijo, como aferrándose a un clavo ardiendo.

—Eso hace más triste tu posición —suspiró Laverne, como si disimulara su diversión—. Porque entonces ella, a pesar de no sentir nada por él, de todos modos se va a casar. Tú no puedes tenerla, no estás a su altura. En una batalla, perderías. No te conozco, y por lo tanto, no me caes ni bien, ni mal; pero siento mi deber aconsejarte que te olvides de mi hija... por lo menos, durante los siguientes dos años—. Samuel la miró con sus ojos entornados, sin poderse creer que estuviera diciendo, y por lo tanto, aprobando algo así.

En el momento entró otra mujer a la sala, y Samuel la miró con la esperanza de que se tratara de Catherine, pero era otra mujer mayor, rubia y hermosa como la misma Laverne.

—Oh, tenías un invitado, Laverne —dijo, y Laverne sonrió.

—No, Audrey. Sólo es un recadero, traía información acerca de los vinos.

—¿Ya está solucionado ese asunto? —preguntó la mujer mirándolo interesado. Un recadero. ¿Eso les parecía?

—No soy un recadero. Soy...

—Los chicos de hoy en día creen que deben ponerle nombres sofisticados a sus ocupaciones —lo interrumpió Laverne elevando el tono de su voz, haciéndose oír por encima de él—. Ya te puedes ir, muchacho.

—Le dije que no me iría sin hablar con...

—La novia está demasiado ocupada como para encargarse de estos detalles, la boda es en unos días... —insistió Laverne, y Samuel sintió que la sangre le subía al rostro. ¿Tan sólo unos días?

—Pues si la novia no me atiende, no me iré. Tal vez la dama aquí presente quiera ayudarme en ese sentido—. Laverne estaba atrapada. Prácticamente, Samuel la estaba amenazando con contar todo delante de Audrey si no lo dejaba ver a Catherine—. Apretó sus dientes, recompuso su semblante y le sonrió a Audrey, que miraba a Samuel confundida.

—Deja que yo me encargue de esto —le pidió, casi señalándole la puerta para que saliera.

Audrey debía ser muy tonta, o muy sumisa, porque salió sin hacer preguntas.

—No se busque un problema, Slater, y salga de aquí. Podría llamar a la policía y acusarlo de algo. No le conviene.

—Le dije que no me iría sin... —Samuel no terminó de hablar, pues en el momento, un auto se detenía afuera, y a través de los ventanales, Samuel pudo ver que se trataba de Catherine.

Una sonriente Catherine, que llevaba un teléfono en la mano.

¿No que estaba presa en casa? ¿Incomunicada? Ya estaba viendo que, al menos esas dos cosas,

eran falsas.

Inmediatamente, corrió a la entrada y casi tropezó con ella en el jardín delantero.

Pero ella no estaba sola. Oliver White inmediatamente se puso a su lado y le tomó la mano, y los ojos de Catherine se clavaron en él como si verlo allí fuera lo último que hubiese esperado en la vida.

Samuel miró a Catherine de arriba abajo. Ella estaba bien, no parecía baja de peso, ni enferma, ni nada.

Por un segundo se sintió aliviado, y al instante, al ver en su dedo el enorme diamante, se acusó a sí mismo por tonto.

Catherine lo miraba con sus ojos grandes de asombro. Ella estaba preciosa, luciendo un fino vestido de algún reconocido diseñador, zapatos de tacón alto, y una cartera que también parecía muy cara. Nunca la había visto tan elegante, tan diferente a su Catherine.

Pero al parecer, no era su Catherine. La mano de ella estaba en la de ese hombre, y Samuel tragó saliva.

Catherine sintió su estómago revuelto.

¡Samuel estaba aquí!

Sintió alegría, pero la alegría fue rápidamente superada por el miedo.

¡Samuel estaba aquí!

Miró a Oliver espiando sus reacciones, temiendo que se fuera a formar una pelea, y al ver que Oliver entrecerraba sus ojos mirando a Samuel, algo dentro de ella se encogió.

Oliver apretó la mano de Catherine y no quitó la mirada de encima al recién llegado. Era un par de centímetros más alto que él, pero nunca lo superaría. Había cosas en las que Samuel Slater jamás podría igualarlo, y mucho menos sobrepasarlo. Él nunca volvería a tener a Catherine, de eso estaba completamente seguro.

—Catherine —habló Samuel mirando a uno y a otro—. Explícame —Catherine intentó zafarse de su agarre, pero Oliver la apretó más duro.

—¿Qué haces aquí? —fue la respuesta de ella, y Samuel sacudió su cabeza.

—Es obvio lo que vengo a hacer aquí. Me dijeron que estabas... incomunicada, retenida, y he venido a... Explícame lo que está pasando. En este instante, Catherine.

—¿Quién es este hombre, cariño? —preguntó Oliver con voz dulce, simulando confusión. Catherine apretó sus dientes sin saber qué contestar ante esa farsa. Si lo trataba mal para explicarse ante Samuel, él tomaría represalias, si lo trataba bien y lo apaciguaba, Samuel lo tomaría de la peor manera—. ¿Por qué te pide explicaciones?

Samuel apretó sus dientes.

—Soy su novio—. Oliver elevó sus cejas, y el corazón de Catherine empezó a latir desaforado en su pecho.

—Oh. ¿Es una broma, querida? —sonrió mirando a Catherine—. ¿Una sorpresa antes de la boda?

—Por favor, Samuel —murmuró Catherine, temiendo cada segundo que él pasaba aquí, sintiendo las palmas de su mano sudadas, terriblemente asustada—. Te lo explicaré todo luego.

—Explícalo ahora.

—Por favor...

—Será mejor que se vaya de mi casa, señor —intervino Oliver endureciendo el gesto.

Su casa, pensó Samuel. Entonces William había tenido razón; ella y su madre se hospedaban aquí.

Y seguro que también compartían habitación.

Entonces, al entenderlo todo, palideció.

Qué tonto había sido, por Dios. Qué estúpido.

Había sido, después de todo, la aventura de esta niña rica antes de casarse. Toda esa historia de que su vida, y la vida de su familia estaba en peligro, la había inventado para tenerlo esperando mientras ella organizaba su boda. Había pensado mantener la relación a distancia mientras él estudiaba en Inglaterra, como si él nunca se fuera a enterar de la verdad, y luego, se divorciaría.

O quién sabe. A partir de allí, Samuel ya no quería imaginar nada.

Lo peor de todo es que él había creído cada una de sus palabras, cada una de las palabras de Joyce, la mejor amiga y cómplice.

Par de malditas mentirosas.

—¿Entonces es verdad? —preguntó él dando un paso atrás, y nunca un gesto de él fue tan diciente. Catherine sintió que el corazón se le rasgaba al ver cómo, poco a poco, de los ojos de Samuel se apagaba toda llama—. O, mejor debería decir: ¿todo fue mentira?

—Sam...

—Será mejor que llame a seguridad.

—No es necesario —lo detuvo Samuel—. Ya no tengo nada que hacer aquí.

—Por favor, Sam...

—¿Qué, Catherine? ¿Vas a decirme la verdad al fin? ¿O vas a seguir mintiéndome, y viéndome la cara de estúpido? —ella cerró sus ojos, y una lágrima rodó por sus mejillas.

—Vamos, linda, dile la verdad —intervino Oliver, viendo la escena muy divertido. Y si Samuel hubiese tenido cabeza, habría notado muy extraño ese comentario, pero ahora mismo, todo dentro de él gritaba y maldecía. Se maldecía a sí mismo, la maldecía a ella.

Pero tomó aire, llenó su pecho de oxígeno respirando muy hondo, y aunque sintió un nudo en su garganta, fue capaz de hablar con claridad.

—Lamento... haber irrumpido en su casa —dijo sin mirar a nadie en particular—. Tal vez... se merecen el uno al otro —y sin añadir nada más, los esquivó caminando hacia la calle.

Catherine se giró mirándolo hacerse pequeño por el camino, y apretó el teléfono de Oliver en su mano deseando correr, deseando gritar, pero sin poder hacer nada, porque sobre ella todavía estaba la amenaza de Oliver.

Sólo imaginar lo que él debía estar pensando de ella la lastimaba más que mil pinchos muy

afilados por todo su cuerpo. Causarle tal dolor la estaba matando, y lo peor es que no podía hacer nada, porque esto era, después de todo, menos malo que la alternativa.

Se secó las lágrimas y miró a Oliver con odio. Le devolvió el teléfono y echó a andar hacia la casa.

No podía perderlo, así que debía redoblar esfuerzos. Si perdía a Samuel, su vida perdería todo color. Y ahora mismo, casi lo veía todo en gris.

Cuando todo pasara, se prometió, podría demostrarle con todas las pruebas que ella no había mentido. Que todo lo que había dicho era verdad. Pero ahora no, ahora no podía, y él pasaría esa noche pensando lo peor de ella, y ella quería morir.

¿Por qué? ¿por qué había tenido que venir?

Tan sólo unos minutos antes, tuvo una esperanza. Pudo por fin quitarle el teléfono a Oliver, desbloquearlo, y estaba a punto de enviarle un mensaje cuando lo vio allí. En todas estas semanas no había podido salir si no era acompañada de Oliver, y mucho menos tuvo acceso a ningún dispositivo con internet.

Pero él estaba aquí, y verlo fue hermoso, a la vez que trágico.

Se había metido a la boca del lobo, y eso era tan peligroso y tan heroico.

Pero sólo imaginar todas las cosas feas que él debía estar pensando le destrozaban el corazón. No bastaba con saber que pronto le podría explicar todo con detalle. Que la odiara ahora dolía, dolía hasta la muerte.

Samuel caminó a paso rápido y por fin salió del camino privado de la mansión, y pronto estuvo en la calle. Era una calle solitaria, de todos modos; no había gente, ni perros, ni autos, nada, así que caminó largo rato solo.

Dios, ¿cuán estúpido había sido? Confiando, esperando, teniendo fe en ella. ¡Cuán idiota!

Al final, ella se iba a casar, y él no había sido sino una aventura.

Todo lo que habían vivido, todo lo que se habían contado, todo... una falsedad.

A su mente vino el recuerdo de la primera vez que estuvieron juntos, cómo ella le pareció en cierta manera inocente, tan cándida...

El primer beso que se dieron, fue él quien lo propició. Y ella respondió con ardor, con entrega...

Cuando se vieron en el homenaje a los fallecidos del accidente donde murió su madre y el padre de ella... Pareció que no eran más que dos seres humanos con mucho en común.

¿Todo eso, de verdad, de verdad... había sido fingido? ¿Tuvo ella todo el tiempo un prometido?

Empuñó sus manos y se dio la media vuelta con toda la intención de regresar a esa casa, gritarle, gritarle hasta hacerle hablar.

Pero William ya le había dicho todo, pensó deteniéndose otra vez. Incluso le mostró fotografías, y él, estúpido, estúpido, había preferido creerle a ella.

La paliza que le habían dado fue real. Y esos hombres en verdad primero preguntaron por él antes de empezar, lo que lo hacía estar seguro de que no era un asalto común.

Y a Catherine le cortaron las tarjetas, al punto de que tuvo que mudarse, y él la ayudó muchas veces.

Pero nada le garantizaba que eso tuviera que ver con él. Y lo de la paliza, Laverne ya había dicho que fue muy conveniente para que él le siguiera creyendo, y no la dejara.

De repente, Samuel se quedó sin fuerzas, y no fue capaz de avanzar o retroceder en el camino.

El pecho le estaba doliendo, y se llevó la mano al centro, allí donde latía adolorido su pobre corazón.

Él sí se había enamorado.

Maldición, le había creído cada cosa. La esperó todo este tiempo en silencio, excusándola cada día que pasaba y que no recibía un mensaje suyo.

Delante de William, la defendió, y cada noche imaginó mil razones por las cuales ella no podía comunicarse con él.

Pero todo, todo, había sido una mentira.

Y, joder, ahora él quería romper algo, gritar, huir.

Habían jugado con sus sentimientos. Eso nunca se lo podría perdonar.

—Es lo mejor, cariño —dijo Laverne al ver entrar a su hija a la casa—. No sufras tanto—. Catherine la ignoró. Las lágrimas no la dejaban ver, pero como pudo, subió las escaleras hacia su habitación.

Laverne sólo suspiró. Los jóvenes tan dramáticos, se dijo encogiéndose de hombros. Para ellos, cada cosa que pasaba era el fin del mundo. Si así fuera, para ella, el mundo se habría acabado más de diez veces.

Catherine entró a la habitación donde era prisionera desde hace días, y esta vez fue ella quien puso la llave de su cuenta.

Siempre lo hacía, de todos modos. Gracias a eso, Oliver no había podido entrar ni una sola vez, y lo había intentado.

Se sentó en el borde de la cama sintiendo el estómago arder. Como no comía bien desde hacía días, éste había empezado a dolerle, como si tuviera fuego dentro, pero ahora mismo, el dolor en su alma era mucho más fuerte.

Le dolía el dolor de Samuel. Le dolían esos ojos desconfiados, apagados, enojados.

Respiró hondo, muy hondo, y pasados varios minutos, pudo calmarse un poco.

Miente, engaña, haz trampa. Eso le había dicho él, y eso estaba haciendo. No parecía que estuviera ganando nada, pero pronto lo haría.

Samuel llegó al hotel donde se había hospedado y empezó a hacer la maleta de inmediato. Todavía quedaban unas semanas para el viaje a Inglaterra, pero ya quería desaparecer de aquí. Tomó su teléfono y vio allí una llamada perdida de William, así que le marcó de vuelta.

—Todos la están pasando bien conmigo —le dijo William—. Puedes unirte, si quieres—. No, él no estaba de ánimo para vacaciones, y no tenía nada que hacer en Nueva York.

Le dijo eso mismo a William, y cortó la llamada. De inmediato, se fue al terminal para volver a casa. Estaría solo, pero tal vez eso le hiciera bien.

Los días pasaron. Catherine poco dormía, y poco comía, lo que hacía que ese dolor en el estómago no se calmara.

Obedecía como un autómata a todo lo que le dijeran. No importaba que sus ojeras fueran descomunales, a ellos sólo les interesaba que se midiera el vestido de novia, que se sentara con los demás a la mesa para cenar. Ni siquiera les interesaba que sonriera, sólo que estuviera allí.

Obligatoriamente, usaba el anillo de Oliver, pero por las noches lo escondía para no tener que sentirlo. Toda la ropa que tenía ahora, se la había comprado él, todos los zapatos, las carteras. Todo de excelente calidad, de marcas lujosas, como si quisieran demostrarle que con él sólo tendría lo mejor de lo mejor, pero ella no dejaba de pensar en que prefería una casa pequeña y las estrecheces si era al lado de Samuel.

Era así, porque a su lado, ella era libre, libre de amar y ser amada. Todo le nacía; sonreír, dar un beso, tomar la mano...

Y se llegó el día de la boda.

A lo lejos, Catherine miró a Joyce, que hizo un levísimo asentimiento con la cabeza, como anunciándole que todo estaba bien, y ella suspiró.

El nudo que tenía en la garganta desde el día que Samuel había estado aquí no se había deshecho, y lo que pasara hoy sería crucial. Todo tenía que salir bien.

Vestida de novia, y acompañada de su madre, avanzó hasta el altar. La boda se realizaría allí mismo en el jardín de la casa de los White, como si no quisieran darle la opción de huir.

No sería necesario después de hoy. Ella sería libre al fin.

“Perdóname, Sam”, dijo para sí. “La primera vez que vistiera de novia, quería hacerlo enamorada, feliz... y en mis últimas ensoñaciones, yo caminaba hacia ti, no hacia una farsa que pronto se volverá lo más bizarro que jamás viviré”.

La sonrisa de Oliver, que la recibió en el altar, no era de amor, sino de triunfo. Como el medallista olímpico que gana el oro.

“Ah, sonrío”, quiso decirle. “Pronto sonreiré yo”.

Una vez en el altar, y sosteniendo su ramo de flores traídas de alguna parte del mundo, Catherine miró al público. Había gente muy importante allí reunida: políticos, algún famoso, gente de la familia de Oliver, que eran otros empresarios importantes.

De su lado, sólo estaba Joyce y Laverne.

Oliver había insistido en que invitara a la tía Janice, pero su tía Janice sólo asistiría a su boda cuando esta fuera de verdad, así que no la invitó.

Ah, y también estaba Jessica, porque su madre, siempre desinformada acerca de su vida y sus amistades, seguía creyendo que eran amigas. Lo impresionante aquí era que Jessica siguiera la farsa y asistiera.

Muy bien. Tal vez así era mejor.

Cerró sus ojos, cuadró sus hombros, respiró profundo, y elevó al cielo una oración.

Miró al sacerdote que ya se preparaba para iniciar la ceremonia, y llamó su atención elevando una mano.

Oliver la miró extrañado, también Laverne, y ésta, además, miró a Joyce, pero ya no se hallaba entre las damas de honor.

—Tengo una petición que hacer —dijo Catherine con voz suave, casi tierna, con sus ojos humedecidos aparentando emoción. El sacerdote se inclinó a ella cuando esta le pidió hablarle al oído.

—¿Qué estás...? —empezó a preguntar Oliver, pero al ver que el sacerdote sonreía, se tranquilizó. Por un momento pensó que Catherine se rehusaría a casarse.

—Está bien —dijo el sacerdote, y Catherine se puso en pie.

De inmediato, dos hombres pusieron a un lado del arco nupcial un proyector y su pantalla, y Catherine tomó un micrófono. Oliver miró a Laverne, Laverne miraba a Catherine, pero esta ignoró a ambos.

—Oliver es el mejor hombre del mundo —dijo Catherine—. Soy la mujer más afortunada por tener su amor —casi todos los presentes hicieron un gesto de ternura al escucharla, y Catherine sonrió por dentro—. Quería, antes de pronunciar los votos, decir adiós a nuestra vida de solteros

mostrando nuestros mejores momentos juntos a través de un video. Como saben, somos novios desde... hace tanto tiempo.

—Catherine... —murmuró Oliver tras ella—. ¿Qué estás haciendo? —aún con el micrófono en la mano, Catherine contestó:

—Una sorpresa para ti, mi amor. Porque te lo mereces—. Los ojos de Oliver todavía estaban sobre ella de manera inquisitiva cuando el proyector empezó a escupir imágenes una tras otras. En las primeras, estaban los dos de adolescentes, sonriendo. Eran imágenes reales, imágenes de cuando ella todavía creía que él era un chico normal, no el psicópata que en verdad era.

Y de repente, gemidos de sexo inundaron el jardín.

Oliver y Jessica en una cama, desnudos, copulando.

El grito de las mujeres y el espanto de algunos hombres inundó la reunión, y Oliver lo primero que hizo fue gritar dando la orden de que se apagara el maldito proyector.

Pero otra imagen salió; esta no era de sexo, sino Catherine y Oliver hablando.

—Me caso contigo sólo porque amenazaste con matar a Samuel Slater y a toda su familia si no lo hacía. Lo hago sólo porque tengo miedo de que en verdad seas un psicópata y les hagas daño.

—¡Te juro que lo haré! —gritó el Oliver del video—. Así que déjate de estupideces y sé la novia que te pido.

Esto asombró otra vez al público, pero, sin tregua, otra imagen se proyectó: Jessica y Oliver besándose.

—Sí, me casaré con ella —decía Oliver en ese video—, pero no pienses ni por un momento que te dejaré. Eres mucho mejor que ella en la cama.

—¡Apaguen eso! —gritó Laverne ahora, pero nadie hacía nada, y las imágenes seguían sucediéndose. Ahora apareció la imagen de un chat; Oliver y Jessica compartían desnudos, se juraban amor eterno, etcétera.

—¡Maldita sea, quiten eso! —bramó Denise, el padre de Oliver, y éste al fin reaccionó, pero no corrió a tirar abajo la pantalla de proyección, sino que agarró a Catherine del cuello como si pretendiera estrangularla. Ésta soltó el micrófono y le sujetó la mano con las suyas. Pero él era muy fuerte, demasiado, y pronto empezó a ver lucecitas detrás de sus párpados.

Todo fue caos, confusión. Laverne golpeaba con fuerza el brazo de Oliver, que no soltaba a Catherine a pesar de que ésta ya había perdido el conocimiento. Denise le dio una bofetada a Joyce, que claramente había sido quien proyectara tan horribles imágenes. Los hombres que sostenían la pantalla la dejaron caer y echaron a correr al ver la gravedad de la situación.

Audrey gritaba, Jessica se había desmayado, y todos los presentes estaban de pie gritando, espantándose, y algunos, los más realistas, hacían video riéndose, porque estaban en un circo, después de todo.

—¡Suéltala, suéltala! —gritaba Laverne—. La vas a matar, ¡suéltala!

—¡Ella lo arruinó todo! —gritaba Oliver, que no soltaba la garganta de Catherine.

—¡Alguien que llame a la policía! ¡Va a matar a mi hija! —gritaba Laverne.

Se requirió de dos hombres para que al fin la soltara, y aun después, Oliver intentaba alcanzarla con sus patadas, ensuciando su vestido de novia.

Laverne se inclinó ante Catherine, la sacudía, la movía, pero nada que reaccionaba.

La angustia le nubló los ojos, y al ver a Joyce a su lado, no pudo evitar tomarle con fuerza el brazo hiriéndola con sus uñas largas.

—¿Qué hicieron? —le gritó—. ¡Por qué lo hicieron!

—¿Se atreve a preguntar eso? —le reclamó Joyce, envalentonada—. Acaba de ver por qué, maldita sea. ¿Todavía pregunta?

Laverne la soltó de repente, sentándose de cualquier manera en el suelo mientras sentía que perdía el aire, y los latidos de su corazón casi se hacían dolorosos.

Joyce llamaba a Catherine con suavidad, intentado despertarla, y por fin, luego de lo que pareció una eternidad, ella pudo tomar aire.

—Dios, gracias —oró Joyce golpeando suavemente la espalda de su amiga, y Catherine casi se dobló sobre sí misma intentando que el aire llegara a sus pulmones.

—Esto no se quedará así, ¿oíste Catherine? ¡Me las pagarás! Buscaré a Samuel Slater y...

—¡Cállate idiota! —lo detuvo su padre poniendo una mano sobre su boca—. Cállate si no quieres ir preso esta misma noche. Si haces algo, nada en el mundo podrá evitar la cárcel para ti.

—Maldita sea —sollozó Oliver al comprenderlo. Al exponerlo de esta manera, Catherine no sólo había frustrado sus planes de casarse, sino que había protegido por siempre a Slater y su familia—. ¡Maldita sea! —gritó con toda su garganta.

Catherine se giró a mirarlo con mucho rencor. Su garganta dolía, y comprobó que no podía hablar. Sin embargo, no pudo evitar escuchar lo que Denis le decía a su madre.

—Como comprenderá, esto no puede quedarse así. Mañana mismo recibirá a mis abogados.

—Denise... Denise, tienes que entender...

—¡Cállate, mamá! —gritó Catherine lastimando aún más su garganta—. Acabas de ver que ese maldito casi mata a tu hija, ¿y te atreves a rogar? —tosió por el dolor de su garganta, pero pudo ver la confusión de Laverne.

Era verdad, su hija había estado en peligro. Pero todos los millones que se estaban esfumando de sus manos dolían, dolían mucho para ella.

—Sácame de aquí —le pidió Catherine a Joyce, que la ayudó a ponerse en pie.

—Tú también lo pagarás, jovencita —le prometió Denise a Joyce, pero esta se burló.

—No tengo nada que me pueda quitar, señor.

—Eso lo veremos. Y ahora, váyanse de mi casa. No quiero huéspedes tan ingratas. Tienen media hora para desaparecer.

—Nos tomará menos, ya tenemos hechas las maletas.

—No te llevarás nada de lo que mi hijo te dio—. Catherine rio con sorna.

—No se preocupe. Esas cosas me producen asco —y volvió a toser. Cada palabra le costaba más y más, y se apoyó en Joyce para levantarse del suelo. Luego ayudó a su madre, que caminó tras ella como si hubiese perdido toda voluntad de vivir. Para nada era la Laverne de siempre.

Sharon, como siempre, las ayudó a sacar sus pertenencias de la hermosa casa, y tuvo listo un auto para ellas. Catherine se quitó el vestido sin cuidado alguno, rasgándolo, y se puso un jean y una simple camiseta.

Mientras salían con sus maletas, Audrey las interceptó en el camino, mirando a Catherine con sus ojos llorosos.

—Hija, ¿por qué hiciste eso? —dijo—. Podían haber solucionado las cosas si tan sólo tú...

—No me interesa para nada solucionar nada —dijo Catherine casi sin voz—. Su hijo es un maldito, sólo puedo desearle que se pudra en el infierno—. Audrey se cubrió la boca al oír maldecir a Catherine, como si las palabras malsonantes las hubiera pronunciado ella.

—No hables más —le pidió Joyce—. Te lastimarás.

—Necesito... llamar a Sam.

—Te daré mi teléfono, pero envíale mensajes. No desgastes más tu garganta.

—Necesito... un teléfono nuevo...

—Luego. Luego lo harás.

—Estamos en la ruina ¡y lo único que haces es pensar en el arrastrado ese! —gritó Laverne reaccionando al fin—. Acabas de enviarnos directo a la bancarrota, ¡y sólo piensas en Samuel, en Samuel! —Catherine cerró sus ojos deseando hacer lo mismo con sus oídos y se internó en el auto. Joyce la siguió, y por último Laverne.

Sharon se sentó adelante y le dio indicaciones al chofer de llevarlas a casa.

—¿No te das cuenta de lo que acabas de hacer? no es sólo que ya no recibiremos millones; ¡es que hemos perdido los pocos que teníamos!

—Señora, usted misma vio los videos.

—¡Y qué! ¡Catherine sabe que todos los hombres son infieles! No tenía que mostrar eso ahora; en cambio, si los mostraba luego de que firmaran el acta de matrimonio...

—O sea, ¿que sólo le molesta que haya sido antes? ¿La infidelidad, la humillación, y la amenaza a la vida de toda una familia a usted no la inmuta?

—Un hombre furioso y posesivo es capaz de todo.

—Sí, ¡hasta de matar! —gritó Joyce. Catherine permanecía en silencio, sólo mirando a través de la ventanilla el cielo llenarse de colores por el atardecer. Sólo le urgía hablar con Samuel. ¿Seguiría en Nueva York?

Lo dudaba. Lo más probable es que estuviera en su casa, odiándola.

Joyce le pasó al fin su teléfono y lo primero que hizo fue buscar el contacto de Samuel. Marcó su número, pero, como era de esperarse, él no contestó.

Le envió un mensaje pidiéndole hablar.

“Soy Catherine. No me casé”, decía el mensaje. “Hablemos”.

Cuando se pasaron los minutos y él no contestó, volvió a escribirle.

“Mi amor, todo era una mentira. Me dijiste que mintiera e hiciera trampa, y eso hice. Por favor, déjame contarte todo lo que pasó. Jamás me casaría con ese hombre, sólo te amo a ti, lo hacía por protegerte”.

Llegaron al apartamento de Laverne, y esta no dejaba de despotricar contra Catherine y sus malas ideas, contra Joyce, y elegir el lado equivocado, contra todo el mundo y su mala suerte al tener una hija tan estúpida.

—¡Calla mamá! —gritó Catherine, aunque su grito pareció más un susurro, pues la voz estaba

totalmente rasposa y opaca—. Ya sé que no me quieres, ya sé que no te importo, ¿pero podrías, por una vez, dejarme en paz?

—¡Niña estúpida! —siguió Laverne como si nada, y Catherine se dobló en medio de la sala, apoyándose en uno de los muebles, pues el estómago le dolía otra vez. No había comido nada desde ayer, y dolía, dolía.

De pronto, salió corriendo hacia el baño, y allí vomitó. No tenía nada en el estómago, pero seguía vomitando.

—Deberíamos llevarla a un centro médico.

—Déjala —rechazó Laverne con un gesto de su mano—. ¡Yo también tengo el estómago revuelto, pero de la misma ira! ¡Todas esas preciosas pruebas que recaudaste... tan mal usadas! ¡Lo que le pase a mi empresa será tu culpa, Catherine! ¡La vida no te alcanzará para pagarme lo que me debes! ¡Sharon! Llama a nuestros abogados. Que se alistén para la guerra, ¡la guerra que la estúpida de mi hija propició!

Catherine, apoyada en la taza del inodoro, sentía que todo le dolía. El ardor en su estómago era peor ahora.

—Tal vez necesites comer algo —dijo Joyce a su lado, pero Catherine no la escuchó, y cayó desmayada.

Samuel llegó a casa desde el gimnasio deseando darse una ducha. Hacía calor, estaba sudado, pero había necesitado esta dura sesión de entrenamiento. Renunciar a Catherine era más duro de lo que había pensado, aunque imaginarla usando ese vestido blanco y de la mano de Oliver le ayudaba a avanzar un paso más.

Había buscado información acerca de ella. Por una vez, le pidió a William ayuda, y él mismo se puso a investigar, pero todo apuntaba a que lo que le había dicho Laverne Brown en aquella sala era real: eran una pareja desde la adolescencia, y se casarían no importaba qué. Laverne Brown y los White eran socios comerciales desde hacía mucho tiempo, y últimamente el precio de las acciones de ambas firmas habían subido mucho por la latente unión.

Cada vez que leía algo acerca de la preciosa pareja, se enfermaba más, se envenenaba más, dolía más.

Entró a su habitación y se quitó la ropa de gimnasio sudada tirándola de cualquier manera en el suelo, pero entonces la pantalla de su teléfono brilló con un nuevo mensaje.

Lo tomó y miró el remitente: era Cassie.

Ignoró los otros mensajes, de Joyce, en su mayoría, y leyó el de su hermana.

“¿Cuándo vendrás?”, decía, y él sólo sonrió negando. En vez de contestarle, la llamó.

—Dime que vas a hacer la maleta y venir.

—Ya se regresan en unos días, ¿para qué quieres que vaya?

—Para que disfrutes con nosotros.

—Disfruten igual sin mí.

—No seas tan amargado, Sam... Te vas para Inglaterra en pocos días, ¿por qué no aprovechar el tiempo que nos queda juntos? Por favor, ven—. Pocas cosas hacían que Samuel cambiara de parecer tan fácilmente, y la voz suplicante de su hermana era una de esas.

Samuel suspiró.

—Está bien. Me iré mañana, entonces.

—¡¡Yei!!

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Convenzo a William para que me deje conducir su Porsche.

—¿Qué? ¿Estás loca? ¿Sabes cuánto cuesta un auto de esos?

—Varios cientos de miles, creo.

—¡Exacto! Lo que ganas en diez años no te alcanzará para pagar uno solo de sus faroles. Deja ese auto en paz y haz otra cosa menos arriesgada.

—Sí, papá —Samuel refunfuñó algo, pero Cassie sólo se echó a reír y cortó la llamada.

—Ves, hasta tu hermano está en desacuerdo —le dijo William a Cassie mirándola con sus brazos cruzados. Cassie caminó hacia él mirándolo de manera seductora, y le puso una mano en el brazo. William de inmediato sintió un calor inundarlo desde cierta parte de su cuerpo hasta llegar a cada rincón.

—Tú vas a guiarme—. William estaba sonrojado. Como un adolescente, totalmente rojo, poniéndose en evidencia cual niño inexperto, y Cassie, al verlo así, se echó a reír, se acercó a él, le besó los labios, y él no pudo desaprovechar la oportunidad.

¿Qué importaba un Porsche? Un beso de ella valía más, y le dio la llave.

Por supuesto, entró en el auto con ella, con la esperanza de otro beso en el camino.

Ah, sí. Esta mujer hacía con él lo que le daba la gana, pero la adoraba. Qué feliz era en este momento.

Catherine abrió sus ojos con pesadez. Se sentía fría, como si la hubiesen metido a algún refrigerador, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Miró a un lado y allí estaba Joyce sentada, esperando que despertara. Su madre no estaba por ningún lado.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Joyce al ver que abría sus ojos y se movía. Catherine volvió a cerrarlos sintiéndose cansada, dolorida, y lo peor: se sentía sola, muy sola.

Amaba a Joyce, pero no era la persona que más quería ver aquí. Ni siquiera era Laverne, aunque su presencia la hubiese reconfortado un poco.

Samuel, quiso decir, pero su voz no salió, y Joyce le mostró su teléfono.

—No he parado de escribirle, pero no ha contestado. Le he timbrado a ver si contesta, pero nada —. Una lágrima rodó por la sien de Catherine y volvió a temblar. Joyce la abrigó mejor con una chaqueta, pero no era suficiente, sentía los pies como bloques de hielo—. El médico dijo que podrás salir en cuanto termine el suero intravenoso.

Catherine se tocó la garganta, sintiéndola más adolorida que antes.

—No debes hablar al menos en dos días, para poder recuperarte bien. Yo... me tomé la libertad de denunciar a Oliver por agresión física e intento de asesinato —Catherine la miró impresionada—. Los médicos preguntaron, así que denuncié. También denuncié a Denise por pegarme. Encontraremos alguna prueba, alguien nos servirá de testigo, y vi que algunos hasta hacían video de lo que pasó.

—Gracias —dijo Catherine sin voz, y Joyce dio una cabezada asintiendo.

—Tendrán que hacerte unos estudios, pero todo apunta a que es una gastritis. No te has alimentado bien el último mes. Ahora que estás despierta, iré a comprar los medicamentos. Espérame aquí —Catherine asintió, y le extendió la mano pidiéndole el teléfono, y Joyce se lo pasó.

Ya era la madrugada, pronto amanecería. Pero no le importó, siguió llamando a Samuel.

“Te necesito”, decían sus mensajes. “Por favor, no importa si luego decides que no me quieres perdonar, necesito que me escuches, atiéndeme. No terminemos así. Necesito explicarte tantas cosas...”

Pero a cambio sólo había silencio.

“Te amo. Sabes que te amo. No amo a nadie más. Sólo a ti. Eres mi vida. No quiero seguir sin ti. Por favor, dame la oportunidad de explicarte, y si luego mis razones no te son suficientes... puedes hacer lo que quieras. Pero no me dejes así”.

Nada. Él no decía nada.

Tal vez no le importa, pensó.

Tal vez está tan enojado y decepcionado, que ya le da igual si me caso o no. Tal vez...

No, él me ama, se reprendió. Su indiferencia se debe a que tiene el orgullo herido. Sólo necesito insistir un poco más.

En cuanto amaneciera, iría a buscarlo a su casa, si por teléfono no le atendía, cara a cara sería diferente. Cuando la viera, se daría cuenta de que decía la verdad.

Samuel despertó empapado en sudor gracias a los golpes en la puerta principal de su casa.

Un poco aturdido, se sentó y agudizó el oído. ¿Lo había imaginado? Golpeaban a la puerta.

—¡Samuel! —sí, definitivamente, lo estaban llamando. Era Susan, la vecina.

Extrañado, tomó una camiseta y se la puso. Hacía tanto calor que sólo dormía en boxers, pero no se preocupó por ponerse un pantalón.

Abrió la puerta y miró a Susan, pero ella parecía que lloraba.

—Por fin contestas. Por favor, llama a tu papá. ¿Tenías el teléfono apagado? ¡Han estado intentando contactarte y no atendías! —sí, había apagado el teléfono porque no paraba de encenderse con los mensajes de Joyce.

—¿Pasó algo? —preguntó empezando a espabilarse. Si su padre había insistido y llamado a la vecina era porque algo era urgente—. ¿Le pasó algo a Harper? ¿Está bien?

—Oh, Sam... —al escuchar su tono de voz angustiado, Samuel sintió que los pelos se le ponían de punta—. Parece que tu hermana sufrió un accidente.

Samuel palideció.

En el Porsche. Más temprano, ella había salido en el Porsche con William.

Diablos, parecía que iba a tener que pagar un Porsche sin haberlo tenido, pensó un poco molesto.

Pero, su padre no lo llamaría a esta hora por algo así, ¿no?

Dio la vuelta a su habitación buscando su teléfono sin darse cuenta de las miradas furtivas que le

enviaba Susan, pues básicamente estaba en ropa interior. Lo encendió y vio las llamadas perdidas de su padre. Ni una de William.

Qué extraño, pensó.

—¿Papá?

—Hijo, tienes que venir a Nueva York —dijo Frank con voz serena—. Tu hermana y William se accidentaron... están muy mal—. Un peso muy duro y muy doloroso se instaló en el pecho de Samuel, que sintió que perdía las fuerzas.

—Ya estoy yendo, papá —le dijo—. Voy para allá.

El vuelo fue corto, pero angustiante. Cada minuto, Samuel sólo trataba de pensar en todas las opciones. Si lo llamaban era porque no había sido un accidente leve, y su hermana estaba en peligro, pero no quería ponerse trágico desde ya. No podía.

Si algo le pasaba a su hermana...

Todo su cuerpo se estremecía sólo con imaginarlo, el dolor, la angustia, la desesperación lo invadían por momentos. No quería siquiera pensar en la posibilidad de perderla. No, no.

En cuanto aterrizaron, Samuel encendió su teléfono y llamó a su padre para pedir una actualización, pero él solo dijo que la situación era la misma que antes.

Eso no le decía mucho, pero era normal en su padre ser de cortas palabras.

Tomó un taxi, y en pocos minutos, estuvo en el hospital donde los habían ingresado.

Tan solo ver a su padre, su corazón pareció caer por un abismo de desesperanza. Lo encontró en un asiento en una sala de espera, con la cabeza entre las manos, llorando.

Con paso lento, se acercó a él, y no fue sino hasta que estuvo a un par de metros que vio que allí estaban dos personas más, Owen, y la que debía ser la madre de William.

—Oh, chico. Estás aquí —dijo Owen con ojos decaídos, y la mirada de la fina y hermosa mujer a su lado tampoco le anunció nada bueno.

—¿Papá? —llamó Samuel con el corazón acelerado, las manos frías, y un nudo en su garganta —. ¿Papá?

—La perdimos, hijo —lloró Frank—. Perdimos a tu hermana.

—No —susurró Samuel sintiendo su estómago encogerse ante tan terrible noticia—. No.

—Lo siento tanto —dijo Owen con voz suave mirando a Samuel descomponerse poco a poco, haciéndose lejano dentro de su dolor.

Samuel cayó arrodillado frente a su padre, que permanecía en la misma pose.

—¿Estás seguro? ¿Ya la viste? ¿Ya la viste!

—¡Sí! —exclamó Frank—. Ella... no resistió. Se fue... poco después de llegar.

—¿O sea, que cuando te llamé desde el aeropuerto ya había muerto? ¿Y no me lo dijiste?

—¡No podía decírtelo por teléfono! —exclamó Frank.

—Dios mío, ¡mi hermana! —lloró Samuel bajando la cabeza, con un enorme nudo en su garganta que lo atoraba, que dolía como si lo estuviesen estrangulando. Cerró sus ojos y las lágrimas de inmediato rodaron por sus mejillas, bajando por su garganta y acumulándose en su pecho. Pero el dolor en vez de disminuir por tratar de mitigarlo a la fuerza, lo que hacía era agrandarse y agrandarse al darse cuenta de que su hermana ya no estaba, que se había ido para siempre.

Nunca más vería su sonrisa, ni escucharía su voz. La persona que lo había acompañado desde el vientre, que había estado allí para él en todo momento, y él para ella, ya no estaba, ya no estaría, y no podía hacer nada, nada para traerla de vuelta.

Su llanto nació desde muy adentro, desde su alma, agitando su estómago, reventando todo a su paso, sacudiéndolo porque era devastador esto que estaba viviendo. No podía ver, ni sentir nada más que dolor, más que una profunda angustia que parecía querer llevárselo también a él.

Su hermana, a la que le faltaba tanto por vivir... a la que le faltaban tantas sonrisas, ya no podría ver otra vez el sol... y lo peor... se perdería de ver crecer a su pequeña hija... Harper se había quedado sin madre.

Owen puso una mano en su espalda intentando consolarlo, pero él ni cuenta se dio. Sólo lloraba agitándose y ahogándose por momentos, sin poder asimilarlo, sin poder creerlo, mucho menos imaginarlo.

Luego de lo que parecieron horas, él al fin se puso en pie, se limpió las lágrimas, apretó los dientes y miró a Owen.

—¿Dónde la tienen?

—En la morgue. Su cuerpo...

—Quiero verla.

—¿Estás seguro? Ella...

—Es mi hermana, necesito verla. Por favor, Owen... tengo que verla... no lo creeré si no la veo —. Owen pasó saliva, y asintió lentamente. Tomó su teléfono e hizo una llamada, y pocos minutos después Samuel se dirigía a un cuarto frío donde había varias camillas, y sobre una de ellas, el cuerpo de su hermana.

No pudo evitar volver a llorar y angustiarse al verla. Ella tenía un golpe terrible en su cabeza, y ya esa parte se estaba poniendo morada. Su ropa manchada de sangre indicaba que había sufrido hemorragia, y sin poder evitarlo, se echó sobre su cuerpo y lloró.

Estaba tan fría, tan quieta. Ella no era así, ella era tan cálida, tan enérgica.

De los dos, ella siempre era la de los planes llenos de travesuras. Le causó uno que otro dolor de cabeza a sus padres, y en alguna ocasión, le pidieron que fuera más como Samuel, que se comportara como una señorita, pero ella prefería trepar árboles en vez de jugar a las muñecas, montar la bicicleta en vez de ver la televisión. Y por supuesto, él estaba siempre con ella.

Luego de la pérdida de su madre, durmieron por meses en la misma habitación, haciéndose compañía y consolándose como sólo unos mellizos podían hacerlo. No se decían nada, sólo dormían como dos mitades de un todo y así fue hasta que Frank los descubrió y les hizo volver a sus habitaciones.

Se sentía ahora tan vacío, tan incompleto. Le estaban arrancando la mitad de su vida y no sabía siquiera por dónde empezar a medir su pérdida. No tenía ni idea de qué iba a hacer ahora.

Tanto dolor, ¡tanto!

—Cómo pasó —inquirió de pronto, limpiando sus lágrimas y sus mocos con el dorso de su mano y mirando a Owen con fiereza—. ¿Cómo ocurrió el accidente? —Owen cerró sus ojos—. Dímelo, Owen, cómo ocurrió.

—Por ahora... sólo sabemos que era ella quien conducía.

—¡Oh, Dios mío! Se lo dije. Le dije que no condujera. ¡Le dije que no debía! Y yo sólo me preocupé por si le hacía daño a un auto tan caro. ¿Cómo fue que se accidentaron si supuestamente sólo iban a dar un paseo? ¡Una vuelta por el barrio no pudo ocasionar un accidente tan grave!

—Se adentraron en la autopista, Samuel.

—¿En la autopista?

—Allí fue el accidente, ya contacté a las autoridades pertinentes a la búsqueda de videos de seguridad; el auto quedó totalmente destruido, lo que podría indicar muchas cosas. Mi hijo también está en peligro. Créeme que me estoy tomando este asunto muy en serio. Llegaremos al fondo... Pero... ella iba al volante... es todo lo que sé por ahora.

—William. William tiene que saberlo.

—Está en cirugía. Tiene varias contusiones, una costilla rota... No sé más... Los médicos no quisieron dar demasiados detalles... —su teléfono se iluminó ante una llamada entrante, y de inmediato contestó—. Ya voy para allá —dijo, y cortó. Miró a Samuel y respiró hondo.

—William salió de la cirugía. Según el médico... se recuperará—. Samuel cerró sus ojos llevándose la mano a la frente sin poder dejar de llorar. En el fondo estaba aliviado, pero ese alivio no alcanzaba para mitigar su horrible dolor.

Controló su llanto y asintió. miró de nuevo el cuerpo de su hermana y otro par de lágrimas rodaron por sus mejillas.

Tan bonita. Con tanto por vivir. Tan joven... tan....

Una idea se coló en su mente, y se giró para mirar a Owen, pero ya no estaba allí.

—Si pudieras volver —dijo muy cerca del rostro maltratado de su hermana—. Vuelve. Por mí. Vuelve. Por favor. Vuelve. Te lo ruego. Te lo ruego...

Y volvió a llorar.

Frank tuvo que venir a buscarlo, tomarlo del brazo y llevárselo de allí.

El frío de la muerte parecía haber invadido su alma, y Samuel supo que le costaría mucho en los años venideros asimilarlo, comprenderlo. Su hermana se había ido.

Catherine salió de la clínica a paso lento, sobándose el punto en su mano donde le habían puesto la intravenosa, sintiendo sus extremidades frías, adormecidas.

Su maquillaje de novia prácticamente había desaparecido, quedando sólo una mancha de rímel que Joyce había intentado limpiar.

Había dejado de llamar a Samuel. Era evidente que él no contestaría, no desde el teléfono de Joyce, ni desde el suyo, si lo tuviera.

Una vez en la calle, miró a ambos lados y pidió un taxi, pero no para que la llevara a casa, sino al centro.

—Necesito un teléfono nuevo —le explicó a Joyce cuando esta la miró interrogante—. Y un número nuevo. Desde este, tal vez Sam no me ignore.

Así lo hizo. Compró un aparato nuevo con sus tarjetas de crédito, y con él, un nuevo número. Lo primero que hizo en cuanto tuvo línea, fue llamarlo, pero otra vez, él la ignoraba.

Al menos, se dijo, estaba ignorando a todo el mundo.

Ya eran las siete de la mañana, él debía estar levantado desde hacía rato.

Guardó su teléfono y suspiró. Si lo llamaba demasiado insistentemente, él sabría que era ella, y guardaría el número para seguir ignorándola, así que mejor esperaba un poco.

Oh, Sam, pensó. Por favor, no te cierres, no me impidas explicarte todo.

Entraron de vuelta al apartamento de su madre, y no había rastro de ella, ni de Sharon. Seguro

estaban muy ocupadas arreglando todo el desastre de su fallida boda el día anterior.

Mejor, así no le estorbaban para sus planes.

Entró a su habitación, abrió la maleta sacando ropa y efectos personales para meterlas en un maletín más pequeño.

—¿Qué haces? —le preguntó Joyce al verla.

—Me voy a Altoona —contestó Catherine sucintamente. Se la veía pálida, sin la vitalidad de siempre, con los labios algo resecos y el cabello hecho un desastre.

—Por lo menos, date un baño primero —Catherine se miró al espejo entonces, y no pudo evitar sonreír.

—Sí, estoy hecha un asco.

—Iré contigo. Tal vez necesites ayuda, y Samuel...

—No, Joyce. Será mejor que vaya sola.

—No debes viajar sola, todavía estás delicada.

—No te preocupes, yo estoy bien. Tendré cuidado de comer saludablemente, necesito estar bien para cuando lo enfrente—. Joyce la miró apretando sus labios—. Estaré bien —le aseguró—. Dormiré durante el viaje.

—Te estaré llamando.

—Claro que sí—. Sin poder evitarlo, Catherine marcó de nuevo el número de Samuel, pero él seguía sin contestar. Lo intentó de nuevo al salir de la ducha, y otra vez mientras se vestía.

En un momento, dejaron de entrarle las llamadas, y simplemente saltaba el buzón.

William abrió sus ojos y lo primero que vio fue la cara aliviada de su madre. Extendió su mano a ella, que se la apretó con suavidad, y su pregunta fue contestada con una negativa.

No, Cassie no había sobrevivido.

Pero casi no le dejaron expresar su dolor, de inmediato unos investigadores policiales vinieron a hacerle preguntas, y él tuvo que dejar de lado sus lágrimas y llanto para explicar lo que había sucedido los últimos minutos de vida de Cassie.

Ella lo había convencido de conducir por la autopista, y él, nervioso, había aceptado.

Todo iba bien, ella era cuidadosa, en la velocidad mínima, tanto, que incluso se ganaron algunos bocinazos porque ella iba muy lento. Eso sólo les causaba risa.

De repente ella cambió su semblante, y le señaló atrás.

—Nos están siguiendo —dijo, y William miró a su espalda.

—Nena, muchos autos nos siguen.

—No, ese auto negro, sin placa... nos sigue desde antes de entrar a la autopista —dijo Cassie muy seria, y William fue borrando poco a poco su sonrisa.

Hizo cuentas en su mente, encontrando la salida más próxima a la autopista, y le indicó maniobrar, pero no les fue posible.

—Provocaron el accidente —les dijo William ahora a los investigadores—. Empezaron a golpearnos desde atrás, y luego, desde un lado. Obviamente... Cassie perdió el control del

auto...

—¿Puede recordar algún dato del auto que los seguía? —le preguntó uno de los agentes—. Color placa...

William les describió el auto, la marca y el modelo. El hecho de que no tuviera placas lo hacía muy sospechoso. Obviamente, iban específicamente por ellos, y el caso dejó de ser un accidente y empezó a investigarse como homicidio.

Catherine llegó hasta la casa de Samuel en un taxi. No había olvidado la dirección desde la última vez que estuvo aquí, así que le fue fácil llegar. Ya era mediodía, y tal vez encontrara a Cassie, pensó con una sonrisa. Ella tal vez sabía algo de lo que había ocurrido y sería hostil, pero planeaba arrodillarse si era posible para poder explicarse.

A pesar de todas las veces que insistió, incluso desde un teléfono público, Samuel no había contestado ni una vez. Su teléfono había vuelto a encenderse, pero no atendía, y eso ya la estaba poniendo nerviosa.

Se acercó a la casa esperando escuchar la voz de Cassie, o la risa de Harper, pero todo estaba en silencio, las cortinas corridas, ningún ruido desde adentro.

Aun así, llamó a la puerta. Una, dos, tres veces. No hubo respuesta.

¿Se habrían ido a almorzar a algún lado?

No estarían despidiendo a Samuel ya en el aeropuerto, ¿verdad?, pensó con angustia, y volvió a insistir.

Oh, Sam, ¿cómo es que mi vida se volvió una constante búsqueda de ti?

—¿Quién es usted? —preguntó una voz molesta y estridente al otro lado del jardín, y Catherine dio unos pasos alejándose para mirar mejor. Era Susan, la vecina enamorada de Sam.

—Hola, Susan —saludó Catherine con una sonrisa. Ahora lamentaba no haber usado más maquillaje y ocultar sus ojeras y lo devastado que estaba su rostro—. ¿Están los Slater? —Susan dejó salir una risita molesta.

—¿Cómo es que eres la novia de Sam y no lo sabes?

—¿No sé qué? —preguntó Catherine elevando una ceja, empezando a molestarse con ella. Siempre era lo mismo, sacándole en cara cosas que no venían a cuento.

—¡Cassie falleció anoche en un accidente! —gritó Susan, y aquello se sintió como un golpe directo en el centro del pecho—. ¡En Nueva York! Se fueron de vacaciones hace unos días, y ella... está muerta—. Catherine dio unos pasos atrás aferrándose al pequeño maletín que colgaba de su hombro.

—Es una broma muy pesada, Susan.

—No es una broma. Esta madrugada Samuel salió corriendo luego de la llamada. Hace poco confirmaron que no sobrevivió. Ella murió. Están todos en Nueva York—. Catherine cerró sus ojos, que de inmediato se humedecieron.

Sin pensar en nada más, dio media vuelta y caminó hacia la avenida, un lugar donde pudiera tomar un taxi.

Y sus llamadas a Samuel se intensificaron.

—Él lo hizo —lloró Catherine por teléfono, a Joyce—. Lo hizo, cumplió su amenaza. Si lo que esa vecina dijo es verdad... ¡¡Oliver mató a Cassie!! —Joyce seguía en shock, escuchando el llanto de su amiga, y el terror debajo de esas palabras, porque si Oliver era culpable, también ella lo era, y Samuel jamás le perdonaría eso.

—No vengas a Nueva York —le pidió Joyce—. Déjame averiguar qué está pasando con ellos, en qué hospital atendieron a Cassie.

—¡Tengo que estar allí, Joyce!

—No, Cat. Si todo esto es verdad... lo más normal será que se devuelvan a Altoona... No sé, querrán... enterrarla en su tierra. Déjame averiguar primero. No te muevas de allí.

—La angustia me está matando, Joyce.

—Lo sé, pero primero verifiquemos todo. Te prometo ser rápida, llamaré a todos los hospitales posibles—. Catherine aceptó aquello, y cortó la llamada con su rostro otra vez mojado por las lágrimas

Deseaba que todo fuera mentira, que todo fuera una simple pesadilla.

¿Sería Oliver capaz? ¿De verdad había matado a Cassie?

¡Oh, Cassie! Tan joven, tan bonita, tan... era la última que merecía ser una víctima de la maldad de ese estúpido y su familia. Esto era tan injusto. Tanta gente mala y vieja, y se iba un ser tan puro, con tanto futuro.

Pobre Harper, que se quedaba sin madre.

Pobre Frank, que luego de perder a su esposa, ahora perdía una hija.

Pobre Sam.

Al pensar en él, de alguna manera su corazón dolía más. Deseaba con toda su alma poder estar a su lado y consolarlo, la necesitaba, pero le aterraba la idea de que al verla, él la creyera culpable de todo.

Y probablemente lo era.

—¿A dónde vas, Samuel? —gritó Owen yendo tras él, que salía de la habitación donde estaba William recuperándose, y tomándolo de su camisa.

—¡Iré a matar a ese hijo de perra con mis propias manos! —gritó Samuel—. ¡Lo haré pedazos!

—¡Tú no harás nada! —exclamó Owen con energía, pero Samuel era fuerte y tuvo que usar toda su energía para detenerlo—. ¡Maldita sea! ¡Cálmate!

—¡Mató a mi hermana!

—¿De quién estás hablando?

—De Oliver White. ¡Él mató a mi hermana! Él envió esos autos. ¡Estoy seguro! —Owen miró a través de la habitación a su hijo, que permanecía recostado en su camilla, con sus ojos cerrados, llorando en silencio por Cassie. Acababa de dar su testimonio a la policía, y Samuel lo había escuchado.

—White... ¿de los White de Nvist, la multinacional? —preguntó Owen mirando a William, refiriéndose a la empresa dedicada a la tecnología y a la familia que lo regentaba. William asintió con una cabezada.

—Él... hizo esa amenaza.

—¿Hay pruebas? —William pensó en aquello, y miró a Samuel y respiró hondo.

—Yo no tengo. Pero... tal vez Catherine tenga—. Samuel detuvo su lucha por liberarse al fin, y Owen lo dejó estar.

—¿Quién es Catherine?

—La... amiga de Samuel.

—No podemos ir a la policía y denunciar a alguien como él simplemente por nuestras sospechas. Necesitamos pruebas, pruebas sólidas. ¿Soy claro? —Samuel buscó su teléfono en su bolsillo y lo miró. Estaba apagado.

En sus prisas, no se había ocupado por ponerlo a cargar, y seguramente llevaba horas muerto.

Ella había estado llamándolo casi todo el día, y toda la noche. ¿Y si había intentado advertirles algo? ¿Pudo haber salvado la vida de su hermana?

No, no pienses en eso, te volverás más loco aún.

—¿A dónde vas? —le preguntó Owen al verlo dirigirse de nuevo a la salida, aunque más calmado.

—Necesito averiguar cosas —dijo, y salió.

Cuando al fin pudo encender su teléfono, Samuel miró todas las llamadas perdidas. Eran más de cien, y la gran mayoría, de dos números; uno era el de Joyce, y otro desconocido.

Llamó primero a Joyce, y ésta, un poco impresionada, le contestó.

—¿Dónde está Catherine? —le preguntó sin mediar palabras de saludo, pero Joyce tenía sus propias preguntas.

—Oh, por favor, dime; ¿es cierto lo de tu hermana?

—Sí. Es cierto. ¿Dónde está Catherine? —Joyce tragó seco, y cerró sus ojos con fuerza, pero sin pérdida de tiempo, contestó.

—Buscándote, en Altoona. Sam, ella no se casó, ella... —no pudo seguir hablando, pues Samuel cortó la llamada.

Samuel marcó el antiguo número de Catherine, pero éste sonaba apagado, como siempre, así que llamó al segundo número que más veces lo había llamado.

La voz de Catherine sonó sorprendida y aliviada al mismo tiempo.

—¡Por fin me llamas!

—Dime que toda tu insistencia llamándome era para advertirme de la muerte de mi hermana —dijo Samuel—. O, no. No me lo digas. Dios... no sé qué pensar. ¿Fue Oliver, Cat?

—Entonces... ¿lo de tu hermana es cierto?

—¡Sí! —exclamó Samuel—. ¡Está muerta! ¿Fue Oliver, Catherine? —A Catherine le rodaron las lágrimas, siempre dispuestas últimamente.

—No lo sé, Sam...

—Diablos...

—Pero tengo un video donde él amenaza con hacerte daño a ti y a tu familia.

—Eso servirá. Envíalo a mi correo.

—De acuerdo. ¿Estás en Nueva York? ¿Vendrás a Altoona? —Samuel no contestó, sólo guardó silencio por un momento—. Dímelo, mi amor. Para esperarte, o ir por ti a donde estás.

—¿A ti, la futura señora White?

—Nunca.... Nunca seré la señora White. Tengo tanto que contarte.

—No es momento para mentiras, Catherine.

—Mi amor, tienes que escucharme. Yo misma sabotéé...

—Sólo envíame el maldito correo, y luego, desaparece para siempre de mi vida.

—¡No! —exclamó Catherine, pero Samuel cortó la llamada. Conteniendo las lágrimas, Catherine llamó a Joyce para pedirle que enviara el correo con el video, y luego simplemente compró un boleto para el siguiente vuelo a Nueva York.

—¿Está seguro? —le preguntó Denise White a alguien por teléfono, yendo a prisa hacia la piscina de su casa, donde le habían dicho que descansaba su hijo—. Gracias por la información. Será muy bien apreciada—. Cortó la llamada y se acercó a Oliver, que tomaba el sol en una tumbona frente a la piscina.

—Haz la maleta, y vete del país —Oliver se bajó los lentes de sol y miró a su padre con extrañeza—. Ahora.

—¿Por qué?

—Porque yo te lo digo. Ahora mismo —apuró Denise—. Toma los vuelos de la luna de miel. Diremos que te enviamos lejos porque tenías mucha pena moral por lo sucedido en esa dichosa fiesta.

—Pero...

—¡Hazme caso! —desde aquí manejaré la situación, no te preocupes por eso—. Oliver hizo una mueca de hastío, pero hizo caso, y entró a la casa para obedecer a su padre.

19

Samuel tenía el teléfono en la mano. Acababa de leer todos los mensajes dejados por Joyce y Catherine. En ninguno de ellos le advertían que su hermana estaba en peligro, sólo hablaban de una boda frustrada, sabotada, y cómo ella había hecho todo para no casarse con Oliver.

Ella le pedía que le creyera, que la escuchara, pero ahora mismo, Samuel no sabía qué pensar. El dolor por lo de su hermana lo tenía ahogado, y no era capaz pensar, mucho menos de sentir algo más.

Recibieron el cuerpo de Cassie, y Frank pidió que la llevaran a Altoona, para enterrarla al lado de su madre, donde le correspondía estar. Owen se encargó de todo, y aunque William todavía estaba delicado, le dieron el alta prematura para que también pudiera asistir a su funeral.

Asistió muchísima gente, sus antiguos compañeros de escuela, de trabajo. Todos los vecinos... Ninguno tenía nada malo que decir de Cassie, todos lamentaban una pérdida tan prematura, un segundo golpe tan duro para los Slater. Se condolían por el padre, el hermano y la hija que quedaban atrás.

Catherine llegó justo a tiempo para su sepultura, y no pudo acercarse a Samuel.

Había ido y vuelto de Nueva York vanamente, pero al fin estaba aquí, cerca de él.

Él la vio de lejos, pero no le sostuvo la mirada, no hizo ningún gesto que indicara que la quería cerca, pero ella no hizo ademán de buscarlo, respetando su deseo de permanecer solo, aunque eso suscitó algunos comentarios, sobre todo, de Susan, que le decía a todos que seguramente ya no eran nada.

Esa noche, luego de que dejaran el cuerpo de la hermosa Cassie en la fría tierra, deseando estar solo, alejarse de toda la gente, sintiéndose vacío, como si le faltara la mitad de su cuerpo, Samuel salió de la casa a escondidas, pero Catherine, que había estado pendiente de él en todo momento, lo siguió.

Cuando él se detuvo, dos cuadras más adelante, ella al fin lo alcanzó.

—¿No me vas a dejar en paz? —preguntó él sin girarse a mirarla. Seguro ya sabía quién era.

Catherine apresuró el paso hasta quedar a su lado, y sonrió con dolor.

—Sé que me necesitas—. Él agitó su cabeza.

—No te necesito a ti. Necesito... un milagro, y que mi hermana regrese. Y, sabes, ni aun después de eso, podría volver contigo.

—Sam, no es mi culpa. Yo... Intenté... por todos los medios, evitar esto. Lo que hice... lo hice por miedo a que algo así ocurriera. Intentaba protegerte, y a tu familia. Estaba dispuesta a llegar hasta donde fuera necesario...

—No, es que no es tu culpa —dijo él con voz serena, y Catherine lo miró fijamente, con una esperanza brillando en sus ojos—. Es mi culpa. Toda mía.

—No, mi amor.

—Yo me acerqué a ti —dijo él—. Yo te besé. Yo me enamoré de una mujer que ya estaba prometido a otro, un asesino.

—¡No estaba prometida a él! —exclamó ella—. ¡Nunca!

—Como sea —eludió él—. Todo lo que ocurrió, nos trajo a este momento, y a la pérdida de mi

melliza, Catherine. ¿Entiendes... lo que estoy sintiendo? ¿Entiendes mi dolor?

—Sí, mi amor.

—No, no lo entiendes. Tú no tienes hermanos, tú no amas a nadie.

—Te amo a ti.

—Entonces tu amor es venenoso. No lo quiero.

—Sam...

—Debí seguir el plan. Mi vida ya estaba trazada. Debí apegarme a mis principios y no poner mis ojos en ti. Yo tenía ya todo resuelto en mi mente; estudiaría, me esforzaría para ser el mejor, iniciaría un negocio, y sacaría a mi familia adelante, y entre ellos, Catherine estaba Cassie. Yo iba a pagar su carrera cuando por fin mis actividades fueran rentables. Ella quería ser doctora, yo iba a pagar su matrícula en la mejor universidad. Y ahora... ¿qué voy a hacer, Cat? —por las mejillas de Catherine corrían furiosas lágrimas, pesadas y calientes. Se las secaba, pero era en vano, porque estas volvían a salir—. Sólo por una temporada contigo... sólo por un polvo... ¿todo esto?

—Sam...

—¿Qué quieres de mí ahora? ¿Vas a insistir, hasta que pierda también a mi padre y a Harper?

—¡No digas eso! Por favor. Te amo. Yo tampoco planeé enamorarme de ti. Yo también tenía un plan, y lo último que quería era involucrar a alguien más, y que por mi culpa le pasara algo. Esto sólo... no lo pude evitar. Mi vida entera... ha estado empeñada, yo sólo quería ser libre, pero te conocí, y todo se complicó porque me enamoré, y te amo. Sam, tienes que creerme, nunca te engañé con ese maldito. Sólo te hice caso y mentí e hice trampa, ¿lo recuerdas?

—¿Y crees que eso me importa ahora?

—Lo meteremos a la cárcel. Con las pruebas que tenemos, con mi testimonio, Oliver White irá a la cárcel. ¿Qué quieres que haga, mi amor? Dime qué quieres que haga, y te juro que lo haré, para demostrarte que sólo tú eres el hombre de mi vida.

—Sólo quiero no volver a verte jamás. Estoy harto de ti.

—Oh, Sam.

—Harto de tus mentiras, de tus maquinaciones, de las intrigas que te rodean.

—Estás dolido. Sé que me amas, pero ahora estás...

—Oh, déjame en paz...

—Te daré tiempo. ¿Necesitas pensarlo? —Samuel se echó a reír dándole la espalda. Catherine fue detrás—. Por favor no hagas esto...

—Sólo vete.

—Maldita sea, ¡no! —gritó ella al fin, empuñando sus manos y apretando sus dientes—. ¡Escúchame!

—De eso se trata, precisamente. No quiero escucharte, no quiero saber de ti.

—No es justo.

—Acabo de enterrar a mi hermana, que murió seguramente por lo que tuvimos. ¿Crees que me importa la justicia ahora?

—¿Y yo qué? —lloró ella—. ¿Qué hay de mí?

—Ahí estás. Sólo eres una maldita egoísta.

—¡Tal vez! Toda mi vida me ha tocado luchar y defender con fuerza cada cosa que quiero. En esta ocasión sólo quería mi libertad, libertad que quería compartir contigo. Pero desde siempre sólo dudaste de mí, de mis palabras, de mi amor. Te pedí que confiaras en mí...

—¡Y lo hice! —gritó ahora él—. Hasta el punto de quedar como un estúpido frente a todos. ¡Lo hice! Lo hice aun cuando tu vestido de novia estaba exhibido en una sala, aun cuando tu madre me dijo que te casarías y a la vuelta de dos años te divorciarías solo por el dinero de los White. Maldición, confié en ti aun cuando te vi sonriendo con ese maldito. ¡No puedes acusarme de nada! ¿Qué quieres ahora? ¡Qué más quieres, Catherine! —ella lloró en silencio, secaba sus lágrimas, pero estas simplemente no paraban.

Lo estaba perdiendo, se daba cuenta. Su dolor era demasiado profundo; la herida, demasiado grande.

Y lo peor, es que tal vez tenía razón.

Tal vez era su culpa.

—Voy a morir sin ti —dijo en un susurro—. Te amo demasiado. No quiero... no quiero perderte. Es... la petición más egoísta que jamás haré. Sam... por favor. No me dejes—. Él cerró sus ojos bebiéndose sus lágrimas.

Lo que iba a decir tal vez era lo peor que ella pudiera escuchar, y tal vez no se sentía así del todo, pero estaba tan cabreado, tan enojado, tan dolido...

La sensación de que lo habían tomado por estúpido, y que por culpa de su negligencia había perdido a su hermana, le carcomía el alma.

—La que murió es mi melliza —dijo, con el brazo estirado en dirección a su casa, como si Cassie todavía pudiera estar allí—. La que compartió el vientre conmigo, estuvo a mi lado cada día de mi vida. ¿Crees... de verdad crees... que me importa lo que te pase a ti?

Ella abrió su boca al escuchar aquello, totalmente pasmada.

Su corazón se sintió como si algo muy frío y muy agudo penetrara en él.

Era el frío de esas palabras tan horribles, la agudeza de su desprecio.

—No me amenes con que te vas a morir. La verdad... me tiene sin cuidado lo que te pase —y dicho esto, simplemente se giró y caminó a paso rápido alejándose aún más de la casa, y de ella, y tal vez, del mundo entero.

Catherine se puso la mano en su estómago, que ardía.

Se concentró en respirar hondo, las manos le sudaban, todo su cuerpo temblaba.

Por favor, vuelve, quiso decir. Por favor, di que no es cierto.

Por favor, no digas que a la única persona en el mundo que alguna vez dijo que me amaba, no le importa lo que me pase.

Poco a poco sus piernas dejaron de sostenerla, y se fue agachando hasta quedar sentada en el sucio suelo de la calle.

—Ah... —dijo en suave quejido. Dolía, dolía muy fuerte algo dentro, pero ya no era capaz de decir si era algo físico, o simplemente su alma.

Por favor, no digas que no me amas. Si muero o sigo viviendo... di que te importa.

Volvió a quejarse, pero eso no ayudaba en nada.

Lo dijo porque está enojado, quiso justificarlo. No lo siente en verdad. No es cierto eso.

Nunca, nunca, nunca... el alma le había dolido tanto.

Se llevó la mano al pecho sintiendo perfectamente cómo su corazón se rompía en mil pedazos. Le faltaba el aire, todo su cuerpo empezó un dolor muy agudo, muy punzante, como si desde todas direcciones la estuvieran golpeando sin piedad, y ella trataba, trataba de resistir.

Cuando te estás ahogando, pataleas con tal de encontrar el aire. Cuando te estas quemando, corres lejos del fuego que te lastimó. Pero, ¿cómo se huye de este dolor? Y así, luego de varios minutos tratando de contener el llanto, Catherine se dio por vencida, y lloró.

No había imaginado que podría perderlo todo, a tantos niveles. Nunca sospechó siquiera enamorarse tanto sólo para quedar desnuda y expuesta. Había abierto su corazón, y ahora estaba hecho pedazos.

Lloró lo que parecía una eternidad. Por ella misma, por su amor perdido, por Cassie, por Sam, por todo lo que había salido mal. Pero no lograba concentrarse en nada en medio de su llanto. Tenía tantas cosas que lamentar que sospechaba que el resto de la vida no le alcanzaría para llorarlas.

Lloró como una niña abandonada en una calle solitaria, y tal vez así estaba, más o menos. La mujer fuerte que pegaba primero, la chica a la que le enseñaron abandonar primero, había sido golpeada fuertemente, y abandonada.

Ninguna enseñanza de su madre la preparó para este momento. Ninguna pérdida le creó la resistencia para esta que estaba sufriendo hoy.

Dolía demasiado.

Dos desconocidos pasaron por allí y vieron a la mujer tirada en el suelo y llorando. Preocupados, se le acercaron para preguntarle qué necesitaba, pero Catherine no logró contestar. Sólo lloraba.

Entre los dos intentaron ponerla de pie, pero ella simplemente no daba cuenta de sí, y sin saber qué hacer por ella, llamaron a una ambulancia.

You are my sunshine, My only sunshine

You make me happy when skies are gray

You'll never know, dear, how much I love you.

Please don't take my sunshine away...

Una Catherine de ocho años reía encantada al escuchar a su padre cantar. Adoraba esa canción, adoraba que su padre le dijera que era su sol, su único sol. Gregory Bell de vez en cuando tomaba la guitarra, se ponía delante de ella, no importaba si era el interior de la casa, un parque, o un jardín, y le decía, con esa canción, cuánto la adoraba, y ella, con una sonrisa de dientes faltantes, o muy grandes, reía aplaudiendo, tímida, o a veces, tenía que reconocerlo, sintiéndose la persona más importante sobre la tierra.

Eres el tesoro de papá, le decía él, y ella siempre le creyó.

Por eso no entendió por qué él se fue lejos, dejando a su familia por una mujer que no era su esposa, que no era su sol.

Gustav también le dijo una vez que ella era la única en su vida, que la amaba más allá de toda cordura. Y también le creyó... y también pagó caro su credulidad.

Oh, Sam, lloró ahora. ¿De verdad ya no me amas? ¿Maté ese amor sólo por mi mala suerte en la vida?

¿Llegué demasiado pronto a tí?, ¿no era el tiempo? ¿O, simplemente, nunca debí llegar?

¿Hay alguien en esta tierra que se preocupe por mí, y me ame genuinamente? ¿Que se quede a mi lado a pesar de lo mal que me van las cosas?

Oh, Sam... por favor, no te lleves mi sol lejos.

Tía Janice llegó al centro de salud tan rápido como pudo, casi despeinada y vestida de cualquier manera. Preguntó a una enfermera, y ésta la guio hasta la camilla donde tenían a su sobrina.

—Fue la única que encontramos en sus contactos con un título familiar —le explicó la enfermera—. Dos personas la encontraron casi devastada por el llanto en medio de una calle. No contesta su nombre, no dice qué le duele, así que hemos tenido que mirar su teléfono y documentos.

—Entiendo.

—Le practicamos algunos exámenes, estamos esperando los resultados.

—¿Está golpeada, o algo?

—No, no muestra signos de violencia de ningún tipo. Tuvimos que sedarla —siguió la enfermera mirándola un poco desconcertada—. No paraba de llorar y eso no es bueno para ella. Ahora está dormida—. Janice se acercó al lugar donde estaba su sobrina, y la enfermera descorrió la cortina que le daba privacidad descubriendo a una Catherine aovillada en su camilla—. Vaya, con todo el sedante que le dimos, debería estar dormida —comentó la enfermera, y se acercó a Catherine revisando sus signos—. ¿Se siente mejor, señorita? —Catherine no contestó, no parpadeó, no miró a nadie.

La enfermera suspiró.

—Háblele, por favor —le dijo, y se retiró.

Janice se acercó a ella y tocó su frente. Estaba fresca, pero sus ojos rojos anunciaban que había llorado muchísimo. Durante horas, quizá.

—¿Qué te pasó, mi niña? —le preguntó tía Janice—. ¿Por qué estás así? —los ojos de Catherine se movieron hacia su tía, y ésta le sonrió—. ¿Cuándo llegaste a Altoona?

—Tía —le habló Catherine con voz rasposa—. Me duele el corazón —le dijo, y de sus ojos volvieron a salir lágrimas—. Está roto, tía. Y me quiero morir.

—No digas eso, mi amor —le dijo Janice acercándose a ella para acariciar su espalda.

—Es mi culpa —dijo Catherine—. Todo es mi culpa. Pero creo... que aun así... no soy mala. ¿Verdad?

—Eres buena, y valiente, y fuerte.

—No. No tía. No soy fuerte. Estoy cansada. Quisiera... dormir... y no despertar otra vez dentro de esta pesadilla—. Catherine cerró sus ojos acomodando mejor su cabeza debajo de su brazo—. Él dijo que no le importa lo que me pase —susurró con sus ojos cerrados, pretendiendo quedarse dormida—. No le digas que estoy aquí.

—¿De quién hablas, Cat? —ella no contestó, sólo tragó saliva y permaneció con sus ojos cerrados—. ¿Tu madre sabe que estás aquí? —Catherine negó meneando la cabeza.

—A ella tampoco le importa lo que me pase —dijo—. No la llames—. Janice frunció su ceño sin entender lo que estaba pasando o de qué hablaba su sobrina, sin embargo, no le hizo preguntas. Pasaron los minutos y Catherine pareció quedarse dormida. Cuando llegó el médico con los resultados de los exámenes, Janice escuchó atentamente.

Catherine mostraba signos de malnutrición y anemia. Al parecer, había colapsado luego de sufrir mucho estrés.

La llevó a casa, pero aunque le hizo preguntas, Catherine no contestó ninguna, y al llegar, ella sólo se acostó a dormir como si nada más le importara.

—¿Qué le pasa a Cat? —le preguntó Nathalie a su madre, y ésta sólo se encogió de hombros.

—No lo sé, pero estoy segura de que Laverne tiene mucho que ver.

Catherine despertó al día siguiente con la vibración constante de su celular. Miró la hora, era pasado el mediodía.

Había dormido diez horas seguidas, se dio cuenta, pero no habían sido suficientes.

El teléfono volvió a vibrar. Era Joyce.

—Hola.

—Me tenías preocupada —suspiró Joyce—. No me hablas desde ayer, y... —Catherine cerró sus ojos. No quería, no quería contarle a Joyce lo que había pasado. Ponerlo en palabras lo hacía más real. No quería.

—Estoy... bien —mintió. Joyce suspiró.

—Me temo que... las cosas no hacen sino complicarse, Cat.

—¿Qué pasa?

—Tu madre me llamó desesperada porque no sabe dónde estás. Parece que está en problemas.

—No... entiendo.

—Yo tampoco. Ella no me explicó. Pero... creo que deberías llamarla, y enterarte de qué sucede —. Catherine suspiró.

—Está bien —dijo—. Gracias por avisar.

Catherine cortó la llamada y volvió a acostarse. No iba a hablar con su madre. Seguro que estaba teniendo problemas de dinero, tal vez lo estaba perdiendo todo, o el valor de las acciones se había desplomado, quién sabe. No le interesaba, así que apagó su teléfono y volvió a quedarse dormida.

Otras diez horas después, alguien llamó a su puerta y la despertó. Era tía Janice con un plato con lo que parecía ser sopa. Su estómago gruñó al instante, pero notó que su paladar protestaba. Tenía hambre, pero al tiempo no.

—Vamos, niña. Come algo —le dijo tía Janice poniendo la bandeja con la comida delante de ella—. Tienes que cuidarte. No quiero que enfermes—. Catherine apretó sus labios al notar que temblaba. ¿Por qué, de repente, esa muestra de cariño y preocupación le hacían querer llorar?

Tragó saliva y se sentó en la cama mirando la bandeja a un lado, y luego le sonrió a su tía.

—Te quiero, tía.

—Ay, mi niña —le sonrió Janice—. Yo te quiero más.

—¿De verdad?

—¿Y por qué lo dudas?

—No... lo sé.

—Eres mi única sobrina. Lo único que tengo de Greg... Y aunque no fueras su hija... eres preciosa, y te adoro. Come algo, ¿sí? —Catherine se secó la lágrima que había rodado por su mejilla.

—Debes pensar que estoy loca.

—No, no.

—No me has preguntado qué me pasó, por qué...

—Me lo dirás cuando te sientas lista—. Catherine cerró sus ojos por un momento luchando otra vez con las ganas de llorar. Cuando logró ponerse bajo control, extendió su mano a la bandeja y empezó a comer.

Cuánta hambre sentía, pero qué pocas ganas de comer.

Comió más o menos la mitad, y alejó el plato, y otra vez, se acostó a dormir.

—Entonces... ¿no podemos hacer nada? —le preguntó Samuel a Owen mirándolo con incredulidad. Owen meneó su cabeza negando, y se cruzó de brazos. Samuel soltó una palabrota y dio vueltas por la sala.

Estaban en la mansión de los Walton. Nico, la madre de William, les había ofrecido su casa como hospedaje no sólo a él, sino también a Frank y a Harper, considerando que ninguno de los dos quería volver a esa casa tan llena de recuerdos y que tanto daño les hacía.

Harper todavía preguntaba por su mami, y los adultos, cada vez que la escuchaban, sentían que se les rompía el corazón.

William, que estaba sentado en uno de los muebles de la sala, aún con sus costillas vendadas y la movilidad limitada, se puso en pie poco a poco y se acercó a su amigo.

—Sabíamos que no iba a ser fácil meter a Oliver White a la cárcel.

—Pero huyó el muy maldito, ¿eso no es muestra de que es culpable?

—Todo es circunstancial, según los abogados —explicó Owen—, y te garantizo que tengo a los mejores.

—Aun así. Él es culpable.

—No podremos cobrar nuestra venganza por la vía legal, Samuel —dijo Owen—. Lo lamento.

—¿Y vamos a quedarnos así? ¿con los brazos cruzados?

—No he dicho eso.

—Bien, porque no quiero que se quede así. Ese maldito tiene que pagar.

—Yo también quiero que pague —dijo William entre dientes mirando a su padre—. Dime que vamos a hacer algo, papá—. Owen miró a su hijo fijamente, notando los cambios en su mirada y su expresión. Desde lo de Cassie, él no era el mismo y eso lo preocupaba.

Sin embargo, sabía perfectamente lo que se sentía. La impotencia podía volver loco a un hombre, y llevaba mucho rato pensando en esto. Este par de jóvenes rugían y clamaban por venganza, pero si esta energía era mal encauzada, sus vidas se echarían a perder, y era demasiado potencial como para desperdiciarse así.

Abrió su boca tomando aire y caminó hacia el par de jóvenes que esperaban su veredicto. Puso las manos sobre el hombro de cada uno y sonrió.

—Ustedes cobrarán venganza.

—Cómo.

—Se convertirán en hombres fuertes, temibles, poderosos... y los aplastarán. Esa es la mejor venganza. Si insistimos con meterlo a la cárcel ahora, es muy probable que fracasemos, pero si se convierten en hombres capaces de aplastar un conglomerado como ese... les garantizo que eso les dolerá lo mismo.

—Eso tomará tiempo.

—¿No has oído que la venganza es un plato que se sirve frío? No importa cuánto tiempo tome, úsenlo para encontrar cuál es el lado en el que más les va a doler el golpe.

Samuel miró a Owen entrecerrando sus ojos queriendo decir algo en contra de esas palabras, pero una vez más, tuvo que admitir que este viejo zorro tenía razón.

Él no tenía poder, y a pesar de que contar con la ayuda de los Walton era conveniente, todo sería mejor si no dependía de nadie.

Tan poderoso como para ser capaz de aplastar a los White, se dijo. Tan poderoso, como para poner a Laverne Brown de rodillas.

Se pasó la lengua por los dientes casi saboreando esas victorias.

Para eso, tendría que seguir su plan de vida. Su motivación antes fue sacar a su familia de la pobreza, pero se temía que eso ya no sería suficiente. Aunque Cassie no iba a estar allí para verlo, él sería un hombre rico... y temible. Eso lo juraba.

20

“¿Cuánto tiempo más planeas ignorarme?”, preguntó Laverne a su hija en un mensaje, y ésta, otra vez, la ignoró.

Llevaba una semana en casa de la tía Janice, sólo vegetando. Comiendo y durmiendo, iba al baño sólo porque no podía evitarse, y ducharse no era importante.

Si su madre la viera así, le daría una embolia.

Esa mañana, abrió un poco las cortinas para mirar hacia afuera. En el jardín, John y Nathalie se mojaban el uno al otro con la manguera de regar el jardín. Se gritaban y reían, y eso le hizo sonreír.

Era verano. Aunque ya casi terminaba, todavía hacía mucho calor.

Dentro de poco, Samuel se iría a Inglaterra, pensó con tristeza.

Ya no pienses en él. Duele cuando lo haces. No lo hagas... Olvídalo, olvídalo.

Pero eso se lo decía sólo como para evadir el dolor y la tristeza. En el fondo, se preguntaba de dónde sacaría la fuerza de voluntad para olvidar, si ni siquiera era capaz de salir de la cama para enfrentar al mundo.

Y ahora, ¿qué iba a hacer con su vida?

¿Se quedaría aquí por siempre, encerrada en la habitación de Nathalie, por el resto de su vida, para no ver lo patética que era?

Definitivamente, sería lo más cómodo, admitió apoyando su barbilla entre sus brazos, mirando a sus primos gritarse y reír.

La puerta de la habitación se abrió y su tía Janice entró. Al verla mirando hacia afuera, se sentó a su lado.

—¿No quieres salir y jugar con ellos? —Catherine no dijo nada, y Janice suspiró—. Catherine, aunque no sé qué fue lo que te pasó, tienes que saber que quedarte aquí encerrada no es la solución. En algún momento tendrás que salir, y ser otra vez fuerte y seguir luchando contra el mundo. Lo entiendes, ¿verdad? —Catherine cerró sus ojos.

—¿Y por qué... tengo que ser siempre fuerte y luchar? ¿Por una vez... no pueden las cosas simplemente ser pacíficas?

—Ay, cariño...

—Desde siempre, tía... desde siempre he tenido que luchar. Y lo peor es que no importa lo duro que lo haga... yo de todos modos siempre pierdo lo que más quiero. Empecé perdiendo a papá... dos veces... Y ya luego no seguí la cuenta—. Janice sonrió.

—Acerca de tu padre... sabes que él te adoraba, ¿no?

—No lo sé. Se fue con otra mujer—. Janice apretó sus labios negando.

—No se fue con ella.

—Oh, tía. Ya estoy grande y sé lo que pasa entre los adultos. Papá se fue con esa mujer.

—No es cierto—. Catherine la miró fijamente, con sus ojos iluminados por la esperanza. Janice tomó aire y lo dejó salir lentamente—. Como dices, ya estás grande, y sabes lo que sucede entre los adultos. Poco antes de sufrir ese accidente, Paul emborrachó a tu padre y logró sacarle la verdad—. Catherine la miró muy atenta, y Janice hizo una mueca—. No es mentira que tu padre

se acostó con esa mujer... Al parecer... y no es una justificación, tu madre llevaba años sin permitirle a Greg que la tocara en la cama. Para un hombre eso es nefasto, déjame decirte. Ella había dejado de cumplir sus obligaciones de esposa, pero él se quedó callado... sentía vergüenza, tenía la esperanza de convencerla, pero... Llegó esta mujer, y empezó a coquetearle, y bueno. El resto imagínatelo.

Catherine tragó saliva y volvió a mirar por la ventana. Típico de su madre, pensó. Hasta en eso era una egoísta.

—Tu madre lo descubrió, encontró pruebas muy dicientes, y le quitó todo, como ya sabes, pero luego... tu padre descubrió que esa mujer había sido contratada por Laverne para hacerlo caer—. Aquello sorprendió a Catherine, que miró a su tía con ojos grandes—. Le tendió una trampa. Greg siempre se preguntó cómo era posible que se encontraran fotografías tan delatorias, tan convenientes. Buscó a la mujer, y ella se negó a hablar por meses... pero de alguna manera logró convencerla y ella dijo la verdad.

—¿Mamá hizo eso?

—Oh, Cat... ¿no conoces aún a Laverne?

—Pero eso es... ¡Es terrible!

—Sí. Lo es. Tu padre cometió un error, sí. Pudo haber dicho que no, pudo haber salido corriendo, pero... lo que hizo tu madre fue peor, fue premeditado, Catherine. Destruyó su propio hogar y luego lo culpó de todo. Y lo peor, le quitó tu cariño. Más allá de todo lo que le quitaron, lo que más lamentaba Greg era haberte perdido a ti—. Los ojos de Catherine volvieron a humedecerse—. Apeló por tu custodia —siguió Janice—, pero perdió. Volvió a intentarlo, y volvió a perder. Consiguió los veranos contigo, las visitas los fines de semana, consiguió verte seguido... pero no pudo luchar contra todo el veneno que tu madre te inyectó contra él, y me consta... que en sus últimos días te extrañaba. Porque te adoraba, Cat—. Catherine se secó las lágrimas apretando sus dientes.

Janice suspiró y miró a lo lejos, imaginando las turbulencias que se desataban en la mente de su sobrina.

—No sé, no imagino qué te sucedió —dijo en voz baja—, o si mis palabras en vez de consolarte sólo te abruman más, pero creo que es tiempo de que lo sepas. La vida no dejará de ser una lucha para ti mientras Laverne te controle. Y para salirte de su control no basta con quedarte aquí escondida. Tienes que ser fuerte, más fuerte que ella... y salir adelante —Janice extendió su mano a ella y le acomodó el cabello enmarañado—. Hay momentos en la vida en que toca ignorar el dolor y, aun con las manos sangrantes, seguir escalando. No descanses, Cat. No puedes permitirte por ahora. Tal vez, en el futuro, llegue un momento en que puedas recostarte y disfrutar, pero por ahora... tienes que seguir luchando—. Janice se levantó, se inclinó a ella y besó su frente. Catherine tragó saliva y cerró sus ojos pensando en su padre, en el dolor que Laverne le había infringido.

Sí, esa era su madre, la que había arruinado su propio hogar por razones mezquinas.

Y la que había arruinado su vida. Su propia madre.

Se levantó sintiéndose enojada, y buscó su teléfono entre las sábanas revueltas de la cama. Miró las llamadas perdidas y encontró que también Sharon, la secretaria de su madre, la había estado llamando.

—Catherine, qué bien que llamas —le dijo Sharon en un suspiro—. Las oficinas de Laverne Inc.

son un caos —siguió—. Todo está mal.

—Imagino. ¿Para qué me necesita mamá?

—Quiere que estés aquí, supongo. Es poco lo que puedes hacer.

—Entonces, ¿sólo quiere tenerme a la vista y castigarme con su presencia?

—Lo ha perdido todo, Catherine —le informó Sharon—. Las acciones se desplomaron, los inversores se retiraron. Muchas tiendas han tenido que cerrar en estos días... las cosas no hacen sino empeorar, y...

—¿Seremos pobres?

—Tal... Tal vez—. Catherine sonrió. De alguna manera, todo aquello le causaba gracia. No le asustaba qué iba a ser de su vida, sólo se alegraba de las precauciones que había tomado.

—Pues qué bien. La pobreza tal vez le siente bien a mi madre.

—¿Vendrás? —Catherine miró la habitación de Nathalie, que había tenido invadida todos estos días. Pobre su prima, desplazada porque ella era una llorona.

—No. Ya se acabaron mis vacaciones, y tengo que prepararme para el nuevo año en la universidad.

—Pero... tal vez no haya dinero para pagar la matrícula.

—La matrícula ya está paga —dijo Catherine—. Y la del siguiente año también. Ahora que somos pobres, la universidad podrá becarme si lo solicito. Si mi madre pregunta por mí, dile que me emancipé. Ya que no le sirvo para nada, me fui—. Y dichas estas palabras, cortó la llamada, dejó el celular en la cama de nuevo y se metió a la ducha.

De repente, sentía que podía respirar.

Samuel abrazó a su sobrina, que lloraba. Desde lo de Cassie, Harper era llorona e irritable, no se consolaba con nada, y lo peor es que lo único que podía calmarla ya no estaba.

Owen le había hablado de la posibilidad de que tanto Frank como Harper se fueran con él a Inglaterra ese año. Frank ya tenía un empleo que lo esperaba, y Harper sólo necesitaría una niñera. Samuel quiso protestar en un momento. No tenía cómo pagar todo eso, pero Frank se lo impidió. Increíblemente, ese hombre callado y austero estaba bien con que le financiaran una estancia en el viejo continente.

Lo aceptó por él, y por la niña. Y, después de todo, tenerlos cerca le hacía bien.

Y ahora se despedían de todos, y se encaminaban a las puertas de embarque.

—Estaremos esperándolos —dijo Susan, la hija de la vecina, que se había ofrecido para ser niñera de Harper en Inglaterra, pero nadie estuvo de acuerdo con eso—. Y para lo que necesites, Sam. Si acaso cambias de opinión...

—Lo tendré presente.

—La niña necesita una cara conocida que cuide de ella, todos esos cambios, tal vez no le hagan bien...

—Lo superaremos.

—Eres terco —sonrió Susan—. Pero igual, te acepto así. Espero que no me olvides, Sam—. Éste la miró un poco ceñudo, y se dejó besar la mejilla, pero no dejaba de preguntarse por qué de

repente esta mujer soltaba comentarios como ese.

Echó una última mirada a las personas que habían venido a despedirlo, y por fin atravesó las puertas.

William iría unos días después, ellos se adelantaban porque necesitaban acomodar su vivienda antes de que Samuel empezara sus clases, mientras que William seguramente llegaría a un lujoso apartamento amoblado, y tenía menos prisas.

Se sentó en el lado de la ventanilla, al lado de su padre y con Harper en brazos, que seguía inquieta y llorosa. Iba a ser un viaje muy largo, pensó tratando de consolar a la niña. Pero iniciaban una nueva vida... Dejaba atrás muchas cosas, pero iba para emprender otras.

Con mirada apagada, dirigió sus ojos por la ventanilla.

Esta vez, sí se apegaría al plan. Ya había perdido demasiado por desviarse.

Catherine viajó desde la casa de su tía Janice directo a la universidad. Joyce con ella.

Ahora vivirían en un apartamento mucho más pequeño e incómodo, pero las dos trabajarían. Catherine había acomodado sus horarios para poder trabajar medio tiempo en diferentes lugares. No necesitaría nada de Laverne, y seguramente esta no podría, de todos modos, pagarle una vida más lujosa.

Bien. Eso era parte de la libertad. La había conseguido a un precio alto, demasiado alto, pero ahora que la tenía, no iba a echar atrás.

Pensar en Samuel era doloroso todavía, y aún había noches en que las pasaba en blanco pensando en él, extrañándolo. Preguntándose qué estaba haciendo, y luego reprendiéndose por amarlo tanto.

Ahora que había tenido tiempo para pensar, y que sus ánimos se habían calmado un poco, entendía que Sam tenía razón; luego de lo de Cassie, ellos no podrían volver jamás. No importaba cuánto lo amara ella, no importaba qué hubiera sentido él, eso lo había cambiado todo, lo había condenado para siempre.

Había sido una tonta al buscarlo, al pedirle que no la dejara, al decirle que le daría tiempo. No había en el tiempo un número de años que permitiera olvidar la muerte de alguien que amabas... sólo te resignabas.

Al pensar en esto, sentía deseos de volver a llorar, porque lo había perdido. Para siempre su amor por él era imposible.

Y maldecía a Oliver, porque aunque no la consiguió a ella, sí logró separarla de Samuel. Era una victoria para él, y lo odiaba con todo su ser.

Oh, Sam. No me odies, pedía a veces, a solas, mirando el cielo, el vacío, o cualquier cosa que le hiciera recordar a él. Pero de él sólo podría obtener su odio, o el olvido, y, realmente, no sabía cuál de las dos cosas dolería más.

A veces no pensaba en él, sino en Cassie, y lloraba. Llevar la muerte de un ser tan querido a cuentas era demasiado pesado y doloroso. Se preguntaba si algún día podría perdonarse el haber sido la causante de esta pérdida.

Le sorprendía que Oliver siguiera libre y llevando una vida como si nada, pero a lo mejor la prueba que ella había enviado contra él no había sido suficiente.

En los siguientes meses, se desataron varios escándalos.

Primero, Jessica anunció estar embarazada de Oliver, y pocas semanas después, se casaron.

Y luego, el más terrible de todos, Laverne Brown fue acusada de uso indebido de información privilegiada y fue detenida.

En esta ocasión, Catherine sí viajó para verla. Una cosa era distanciarse de su madre, y otra, saber que iría presa y no hacer nada.

Era sábado, y Catherine pidió permiso en el trabajo para ir a verla. Entró al apartamento de su madre y lo encontró prácticamente vacío. Al parecer, Laverne había prescindido de pinturas y muebles finos para sobrevivir en los últimos meses, y ahora se veía desnudo.

Sharon estaba sentada en un sillón con un portátil en las piernas al tiempo que atendía una llamada. Pobre, debía estar muy agobiada.

—Qué bien que llegas —le dijo Sharon.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Catherine señalando la sala, y Sharon suspiró.

—Hay que pagar abogados —se explicó Sharon elevando un hombro, y Catherine se mordió el interior de la mejilla casi sin poderse creer todo lo que estaba sucediendo.

—Llévame con mamá —dijo, arrastrando la maleta hasta la que era su habitación, encontrándola con la mera cama—. Dios, esto va de mal en peor.

—Como comprenderás, tu madre vendió algunas de tus cosas.

—Eran tuyas, de todos modos —dijo Catherine saliendo de nuevo—. ¿Vamos?

—Te va a impactar un poco lo que vas a ver. Tu madre ya no es...

—¿La todopoderosa Laverne Brown? Me imagino que ya no lo es. De todos modos, iré a verla.

—Pensé que esta vez también ignorarías nuestras llamadas.

—No soy tan perra —dijo. Aunque lo cierto es que sí había querido ignorarlas.

En el camino, Sharon le explicó de qué trataba la acusación, y cómo los abogados sólo habían podido solicitar indulgencia, pues, al parecer, Laverne era culpable, y había pruebas en su contra.

—Fueron los White —le informó Sharon—. Le dieron la información, y luego la acusaron por usarla.

—Claro. ¿Quién más que ellos? Se están vengando, y lo peor es que pueden hacerlo, los malditos. Pero... ¿es verdad? ¿Mamá lo hizo? —Sharon suspiró.

—Confió en ellos. Sí, usó la información a su favor—. Catherine tragó saliva.

—¿De cuánto será la pena?

—Dos a tres años. Aunque aún no se dicta la sentencia, los abogados creen poder conseguirle una rebaja—. Catherine, que nunca creyó estar más decepcionada, se sorprendió al ver que sí; su madre seguía sorprendiéndola cada vez más.

La encontró sentada en un catre maloliente, vestida sencilla, sin maquillaje, y el cabello recogido en un moño alto. A pesar de todo, esa mujer seguía siendo guapa, imponente. Todos los tratamientos de belleza que se hizo en el pasado le favorecían ahora, aunque sus ojos denotaban desesperación.

Estaba desesperada, sí, y tenía por qué estarlo. No solo había perdido el dinero, lo más valioso para ella, sino que se enfrentaba a la perspectiva de pasar los siguientes dos años de su vida aquí encerrada.

Al verla, Laverne se puso en pie y caminó a la reja de hierro que las separaba, empuñando los barrotes con fuerza en sus manos.

—Al fin estás aquí, Catherine. Pensé que ignorarías mi llamada de auxilio.

—¿Llamada de auxilio? —preguntó Catherine—. ¿Acaso puedo ayudarte en algo?

—¡Claro que puedes! Esto me lo hicieron Oliver y Denise en venganza por lo que les hiciste. Tienes que buscarlos, pedirles perdón, decirles que te arrepientes y hacer que me quiten los cargos. Catherine...

—No lo puedo creer —sonrió Catherine dando un paso atrás, sintiéndose otra vez, por increíble que pareciera, decepcionada de su madre—. No lo puedo creer.

—¿Qué no puedes creer? ¿Vas a permitir que tu madre pase años en la cárcel sólo por tu maldito orgullo?

—¿Mi maldito orgullo? De verdad cometiste ese delito, mamá. ¡La pena que enfrentas es la que mereces!

—No puedes estar hablando en serio. ¡Soy tu madre!

—¡Para mi mal! —gritó Catherine, otra vez con sus ojos húmedos—. No puedes pedirme que vaya ante ese par de malditos y me arrastre por ti. No lo haré.

—Sabes lo que me pasará si...

—Y tú, ¿lo sabías cuando usaste la información que te dieron los White para ganar más dinero? ¿No se te pasó por la cabeza que esto podía pasar si te descubrían?

—¡No me habrían delatado de no ser porque tú arruinaste todos nuestros planes!

—¿Entonces es mi culpa que seas señalada como una criminal?

—¿Y de quién más? —Catherine cerró sus ojos, y una lágrima volvió a rodar por su mejilla.

—No iré —dijo casi sin aire—. Lo siento, mamá. Esta vez, vas a pagar por tu maldad.

—Catherine...

—Tal vez, así también pagues lo que le hiciste a papá.

—¿Qué le hice yo al desgraciado ese?

—¡Le quitaste todo! —le gritó Catherine—. Lo arruinaste, arruinaste su vida, ¡y luego, como si no pudieras estar sin ser un veneno mortal, arruinaste la mía! Una persona murió, mamá, por tu inconsciencia. Así que no, no voy a mover un solo dedo.

—¿Sabes lo que estás haciendo? Le estás dando la espalda a la persona que te trajo al mundo y te lo dio todo. ¡Todo! Todo lo que tienes lo tienes porque yo te lo di, ¡hasta la vida!

—¡Y te odio por eso! —lloró Catherine—. Porque en esa vida, han sido muy pocos los momentos en que me alegré de estar viva, de ser yo. Esa vida que me diste, tú misma la volviste un infierno. Así que no me pidas nada más. Por favor, déjame en paz. Paga tus culpas... paga tu deuda con la sociedad... y déjame en paz.

—Catherine. Hija... —aquella última palabra dolió en el corazón de Catherine, y aunque ya había dado un paso para alejarse, se detuvo y miró de nuevo a su madre.

Creyendo que la había ablandado un poco, Laverne extendió una mano a ella.

—Tienes que ayudarme —dijo.

—Ya supe que contrataste a esa mujer para hacer caer a papá —la interrumpió Catherine—. Ya sé que todo fue una trampa ideada por ti para quitarle todo. ¿No te parece curioso que lo que con trampa ganaste, con trampa lo hayas perdido?

—Cómo...

—No importa cómo lo supe.

—Fue la maldita Janice—. Catherine sonrió al ver a su madre refunfuñar y maldecir contra su tía.

Ella no iba a cambiar, se dijo. Ni estando aquí, en la miseria, en lo más hondo, ella reconocía sus errores.

—A esto le llaman karma —dijo en voz baja—. Si no sabes lo que es, tendrás el próximo par de años para meditarlo. Adiós, mamá.

—No pensarás dejarme aquí sin hacer nada, ¿verdad? —gritó Laverne, pero Catherine apuró el paso para salir de la comisaría—. ¡Eres la peor hija del mundo! —gritó Laverne—. ¡El karma es lo que va a caer sobre ti!

Pero ya Catherine no la escuchaba, aunque sí imaginaba todo lo que debía estar diciendo de ella.

Laverne tuvo la más fuerte sentencia; a pesar de que pagaron abogados muy caros con lo poco que les quedaba, estos no pudieron obtener una indulgencia. Al parecer, los White habían movido sus hilos para que a Laverne le cayera todo el peso de la ley, y fue sentenciada a tres años.

Fue trasladada a una prisión federal, bajo gritos y reniegos, reprochándole a su hija el no haber hecho nada por ella. Catherine lloró al verla así, pero no podía hacer nada, no podía salvar a su madre, más que ir a visitarla de vez en cuando.

—No es tu culpa —le decía la tía Janice por teléfono—. Ella es la culpable de todo, su avaricia la cegó, y por su misma ambición lo perdió todo. Así que no te sientas mal por ella.

—Tú intentaste advertirle —le recordaba Joyce—. Le pediste por lo más sagrado, le rogaste, que se detuviera, porque en algún momento se iba a arrepentir... y ella no te escuchó, así que no tienes responsabilidad sobre lo que le está pasando.

Pero Laverne no opinaba así, y le achacaba a ella el origen de todas sus desgracias. Todas las visitas que le hacía eran una tortura, y al principio volvía a casa destrozada y llorando. Pero poco a poco fue comprendiendo que no había nada qué hacer, y sus visitas se fueron haciendo más esporádicas.

—Es increíble que hayas terminado así —dijo la voz de Jessica Phillips, ahora Jessica White, al verla en una tienda de ropa.

Catherine trabajaba allí durante el verano como dependienta. El dinero era escaso, y hacía tiempo que las vacaciones no eran para descansar, sino para hacer dinero.

Catherine miró a Jessica de arriba abajo. Ostentaba un avanzado embarazo, y se la veía un poco gorda e hinchada, pero altiva y más prepotente que nunca.

—No ha terminado, Jessica —sonrió Catherine—. Mi vida no se ha acabado, y hasta entonces, no se sabe qué va a pasar—. Jessica se echó a reír.

—Me encanta tu optimismo. Pero todo esto es justicia, después de todo. Estás donde te mereces estar por lo que le hiciste a Gustav. Tú me lo quitaste a él, y yo te quité a Oliver. Es un empate—. Fue turno de Catherine de reír.

—No, querida; tú no me quitaste a Oliver.

—Oh, por favor...

—Tú me hiciste el favor de librarme de él. ¿No te diste cuenta de que todo era parte de mi plan? Aparenté estar interesada para que cayeras sobre él como el ave de rapiña que eres, y así, fácil, me diste las imágenes que me sirvieron para impedir toda posibilidad de casarme con Oliver.

—Es mentira.

—¿Sabes por qué, Jess? —siguió Catherine como si no la hubiesen interrumpido—. Porque odiaba a Oliver, la sola idea de ser su mujer me asqueaba, y estaba desesperada. Así que actué, porque recordaba muy bien la amenaza que me habías hecho, de devolverme lo que supuestamente te hice con Gustav. Pues te quedaste con las ganas; te casaste, vas a tener un hijo, y no concretaste tu venganza—. Jessica abrió grandes sus ojos deseando creer que esto fuera mentira, pero Catherine no le dio tregua para asimilarlo—. Deberías estar aquí más bien odiándome por hacer que te casaras con él, no ufanándote de haber ganado en una apuesta que desde el principio ya estaba amañada, y si no te has dado cuenta porque estás deslumbrada con el dinero de los White, te lo voy a decir, cariño: aquí, la que perdió fuiste tú.

—Estás trabajando como empleada de medio pelo en una tienda de ropa, ¿y la que ganó fuiste tú?

—Lo di todo a cambio de mi libertad. Sí, yo gané. Y por lo demás, cosas como el dinero, la posición social y todas esas cosas que crees haber conquistado con el matrimonio... Dame chance —sonrió Catherine—. En unos pocos años estaré allí mismo. La diferencia será que yo lo conseguí por mis propios méritos, no por haberme casado.

—Qué estúpida...

—¿Se le ofrece algo, señora White? —la interrumpió Catherine—. En esta tienda no tenemos ropa de maternidad—. Jessica meneó su cabeza negando, no a la pregunta que Catherine le hacía, sino a la posibilidad de que estuviera diciendo la verdad. Hacía mucho tiempo ella había jurado vengarse, pero según sus palabras, todo había sido una trampa.

Tragó saliva y la miró de arriba abajo, y luego, empezó a ser una clienta fastidiosa e insoportable, obligando a Catherine a atenderla durante horas para luego no comprar nada.

No importaba, se dijo al salir. Aunque no le hubiese quitado al hombre que amaba vengándose así, todavía era una mujer rica ante la cual todos corrían para atenderla.

No importaba nada más.

El tercer año de universidad fue duro y caótico para Catherine. Todavía lloraba por Cassie, por Sam. Se preguntaba cuánto tiempo más lloraría por él.

Cada vez visitaba menos a Laverne; no sólo por su salud mental, sino porque también tenía menos tiempo.

En el último año de universidad pudo obtener una beca parcial, y así sus gastos se redujeron un

poco. Ahora tenía menos preocupaciones, pero no por eso tenía más tiempo libre.

Joyce, por su lado, se vio obligada a abandonar la carrera faltándole sólo un año. Sus tíos no le pagaron la última matrícula, y así, se quedó sin nada. De todos modos, estuvo al lado de Catherine en su pequeño apartamento. Ya que no estaba estudiando, podía trabajar, y pronto encontró un empleo como secretaria en una pequeña empresa de inversiones.

No ganaba una suma exorbitante, pero al menos era mejor que ser dependiente en tiendas y supermercados, que eran los últimos empleos que conseguía. Ahora, ella podía encargarse de gran parte de los gastos de las dos, y Catherine, agradecida y avergonzada a partes iguales, aceptó su ayuda.

—Algún día te lo compensaré —le dijo Catherine con una sonrisa la primera vez que Joyce recibió su cheque mensual y llegó a casa con bolsas de compras y llenó la despensa.

—No te apures —le dijo Joyce con una sonrisa—. No te dejaré en paz, así que ya te daré una ocasión de devolverme el favor —Catherine se echó a reír y la abrazó.

La vida de su amiga parecía haberse ido enderezando a pesar de todo, suspiraba Catherine. Estaban solas en el mundo, pero teniéndose la una a la otra, no era tan duro.

Y una mañana ella salió de su cama gritando emocionada, y le mostró a Catherine un chat.

—Pensé que esto nunca pasaría —dijo Joyce casi llorando de la emoción—. Kit va a volver —dijo—. Y dice que quiere verme.

—Kit... tu enamorado—. Joyce sonrió asintiendo.

Ya conocía esa historia. Joyce conoció a Christopher Rutherford en aquella fiesta de cumpleaños a la que Laverne la obligó a ir, pero en ese entonces, Christopher tenía que viajar al extranjero por estudios. Al parecer, ya había terminado y estaba de vuelta. La emocionaba saber que lo primero que había hecho al volver fuera buscar a Joyce.

Había visto fotografías de él. Era guapo, con el cabello castaño, y los ojos grises, y una sonrisa que a Joyce le cortaba el aliento.

Además de todo, era rico, escandalosamente rico.

—Justo lo que necesitamos —había bromeado Catherine—. Un hombre rico que nos saque de apuros.

—¿Te imaginas? —rio entonces Joyce—. Me saca de pobre a mí, y luego yo te saco de pobre a ti —. Juntas habían reído por su propia tontería.

—¿Se van a ver? —le preguntó ahora a Joyce.

—Sí, quiere que nos encontremos. Pero... él vive en Nueva York. Seguro quiere que vaya allá.

—Tu trabajo está aquí, en Cambridge. Dile—. Joyce sonrió nerviosa.

—Yo... no le he dicho que soy... una simple secretaria, Cat.

—Pues díselo ahora. Y ahí, de paso, lo mides. Si deja de hablarte porque ahora no estás en el mismo estrato social que él, pues... no vale la pena—. Joyce asintió con una media sonrisa, y contestó el mensaje de Christopher.

Cuando él contestó, ella volvió a sonreír, y ahora, además, estaba sonrojada.

—Va a venir —dijo—. Oh, Cat. Va a venir.

—Eso es perfecto. Parece que lo dejaste muy bien impresionado esa vez que se vieron.

—Bueno... No paramos de hablar en estos años. Según sé... no tuvo otras novias por allá.

—Y si lo primero que hace al volver es venir a verte, déjame decirte, Joyce, que ese hombre está enamorado.

—¿Tú crees? —Catherine suspiró.

—Eso sólo puedes averiguarlo tú. Así que, adelante—. Joyce se mordió los labios.

—Me da un poco de miedo —dijo, y Catherine hizo una mueca.

—¿Miedo de qué?

—De enamorarme... y de que me rompan el corazón.

—Ah... ¿lo dices por lo que me pasó a mí?

—No quiero... pasar por eso.

—¿Y qué es lo peor que puede pasar? —dijo Catherine encogiéndose de hombros—. Si te rompen el corazón, lo vuelves a armar; si lloras... te secas las lágrimas; si te dejan... tú sigues adelante. Nadie se muere de amor. No tengas miedo de enamorarte... Te lo dice una persona que ya pasó por ahí—. Joyce sonrió, y emocionada, corrió a la ducha, como si Christopher hubiera dicho que la vería en un par de horas.

21

—¿Ya se vieron? —le preguntó Catherine a Joyce por teléfono. Ella se había ido a la cita, muy nerviosa, comprobando una y mil veces su ropa, su cabello. Le constaba que su amiga casi no había podido dormir pensando en ese encuentro.

—No —contestó Joyce.

—¿Está retrasado?

—No, todavía está a tiempo. Soy yo que llegué muy temprano.

—Estás ansiosa.

—¿Te parece poco? —contestó Joyce, y Catherine, sintiéndola muy nerviosa, bromeó para hacerla sonreír.

—No es para tanto. No es que necesitemos sus millones—. Eso la hizo reír.

—Si tenemos que ser sinceras, sí necesitamos sus millones.

—No es para tanto, es un rico cualquiera. Hay miles afuera. Relájate.

—No es un rico cualquiera. Es EL rico. Puede comprarme y venderme, y luego volverme a comprar.

—Tú no estás a la venta.

—Por él sí me dejo comprar.

—Los Rutherford no son la gran cosa.

—Bromeas —volvió a reír Joyce—. Es la familia más rica de... No sé, ¿son más ricos que los Walton? —Catherine se echó a reír, y Joyce suspiró—. Gracias por ayudar. Ahora me siento... más tranquila. Hasta sudé, ay, Dios mío. Voy a llegar con las axilas sudadas. Me quiero morir.

—Que vaya conociendo a lo que hueles cuando sudas. Un hombre debe saber esas cosas.

—¡Pero no en la primera cita! —Catherine ahora soltó la carcajada, y Joyce cortó la llamada. Seguro que ya había llegado Christopher.

Suspiró mirando su teléfono.

Lo que ella daría por una cita con Sam.

No, tonta. No otra vez por ahí. No consigues sino llorar.

Tragó saliva y trató de concentrarse en sus libros. Ya le quedaba poco para graduarse.

Joyce regresó dos horas después, y al verla, Catherine la atacó a preguntas. Sin embargo, su amiga no venía emocionada, eufórica ni feliz. Todo lo contrario.

—¿Qué pasó? —preguntó, y Joyce meneó la cabeza sentándose en el pequeño sofá de su pequeña sala.

—Él... no acudió a la cita—. Catherine tragó saliva. Joyce encorvó la espalda y apretó sus labios intentando disimular sus ganas de llorar—. No fue.

—Pero... ¿le pasó algo? ¿Te llamó? —Joyce negó mirando su teléfono.

—Yo lo llamé... varias veces. Al final... me envió un mensaje diciéndome que no podría asistir. Ni siquiera salió de Nueva York, y... también me dijo... que en este momento no está para

relaciones y eso.

—¡Es un canalla!

—Ay, no lo sé. Esta mañana me habló, todo parecía normal.

—Esta mañana debía estar de camino aquí, para verte. Pero ni se movió de su casa. ¡Lo odio!

—Tal vez se le presentó una emergencia familiar.

—Pues te lo hubiera dicho antes de que te fueras a la cita. O hubiese tenido la delicadeza de llamarte—. Joyce cerró sus ojos y una lágrima rodó por su mejilla.

—Yo... le dije que soy una simple secretaria anoche, que no tengo dinero ni familia. Se lo confesé. ¿Crees que eso... haya tenido algo que ver? —Catherine palideció, y Joyce, al verla, cerró sus ojos lamentándose.

—Ay, Joyce —dijo Catherine acariciando su cabello—. Lo lamento.

—No. No importa —dijo Joyce poniéndose en pie y metiéndose al baño—. No es para tanto. Hombres hay muchos... —ella lo decía de la boca para afuera, comprendió Catherine. De verdad había creído que las cosas con Christopher funcionarían.

Y los días empezaron a pasar. Llegó otro verano, otro invierno, y pronto fue el momento para que Catherine se graduara.

Por sus buenas calificaciones, la universidad había empezado a integrarla en diferentes proyectos, y eso la impulsó muchísimo, dándola a conocer en diferentes empresas, que ya la tenían fichada para contratarla. Pero ella quería iniciar su propia empresa, su propia marca.

Sin embargo, no tenía dinero para algo así, de modo que tendría que empezar de cero, y cero era empezar a juntar el dinero, así que, inmediatamente después de graduarse, empezó a trabajar en una empresa allí mismo en Boston.

Otra vez se mudó con Joyce a un nuevo apartamento, pero este era un poco más espacioso. Cada una tenía su habitación, aunque compartían el baño. Joyce se había resignado dejando atrás lo que sentía por Christopher, pero hasta ahora, ninguna de las dos se había decidido a salir con alguien.

Y terminado ese año, Catherine renunció a su trabajo y volvió a Nueva York con Joyce para iniciar al fin su propia empresa. Tenía en su cuenta de ahorros lo justo para empezar, conocía el mercado, conocía a la gente adecuada... Ella quería iniciar su propia marca de maquillaje, pero a diferencia de Laverne Inc., esta tendría una filosofía muy diferente, y como estaba escasa de dinero, su método para iniciar también fue poco ortodoxo.

Sharon Smith decidió trabajar con ella, lo cual fue una ayuda invaluable, sobre todo, porque por ahora no podía pagarle lo que ella merecía, pero a Sharon no le importó. Si había soportado a Laverne por años, trabajar con Cath sería una delicia. Además... nadie le pagaba lo suficiente luego de haberse visto involucrada en los escándalos de Laverne. Ayudaría a Catherine a surgir, o se hundirían juntas.

Para cuando Laverne Brown fue libre al fin de la cárcel, y su sentencia estuvo cumplida, Catharis Beauty, que era la marca de maquillaje de Catherine, ya se estaba conformando. Catherine estaba usando todos los medios posibles, y aprovechando el auge de las redes sociales, hizo su clientela.

Pero tan solo un mes después, descubrieron el cáncer de Laverne.

Al enterarse, Catherine había palidecido, completamente asustada. Ella tan sólo llevaba un mes fuera, y ahora tendría que enfrentarse a esto.

Miró a su madre, que lucía completamente distinta a como había sido tres años atrás.

Ahora recordaba cuando, tan solo tres meses después de haber sido dictada su sentencia, fue a visitarla en prisión y la encontró con el cabello totalmente rapado. Su rubia cabellera, de la que siempre había estado orgullosa, había desaparecido.

—¿Qué pasó con...?

—No te atrevas a decir nada —la detuvo Laverne con voz dura—. ¿No has entendido que esto es el infierno? A las otras presas, las muy malditas, les pareció que mi cabello era bonito, y lo querían para sí. ¡Y me lo quitaron! —Catherine había tragado saliva.

—No te dejes, mamá. ¿No me enseñaste que hay que ser fuerte? ¿Pegar antes de que te peguen?

—¡Aquí es a otro precio! —exclamó—. Las reglas son a otro nivel, ¡porque las enemigas son criminales!

—Pero...

—¿De verdad esperas que me rebaje al nivel de esas palurdas y me pelee con ellas?

—No hablaba de una pelea física, sino...

—Es tu culpa —la interrumpió Laverne—. Todo lo que me sucede aquí es tu culpa. Eres la peor hija del mundo, Catherine, pero para ti hay reservado un lugar en el infierno—. Y así, toda la conmiseración que había sentido por ella se esfumó.

Su cabello había vuelto a crecer, su piel se veía maltratada, un poco seca y sin ese brillo de siempre. Las arrugas habían asomado al fin luego de tanto tiempo sin sus tratamientos. Pero lo peor era esa mirada de amargura. Antes había sido dura; ahora, además, estaba llena de odio contra todo el universo.

Cuando volvió de la cárcel, tuvieron que cambiar de apartamento para que ella tuviera su propia habitación. Laverne se había encerrado dos semanas, y no quiso salir ni para hablar con su hija. Catherine intentaba ponerle conversación, la invitaba a salir. Aunque ya no podían ir de compras como antes, al menos podía enterarse de cómo estaba el mundo afuera, cómo funcionaban las cosas luego de tres años encerrada, pero no había funcionado.

Una mañana entró al baño y la encontró mirándose al espejo. Al principio se molestaba por esta invasión, pero luego comprendió que no podía quedarse horas en el baño, y se había resignado a darse sus baños luego de que ella y Joyce se fueran a trabajar, pero ese día fue diferente, y Catherine la encontró con un brazo alzado mientras con la otra mano se palpaba la mama. Catherine la miró fijamente, pero Laverne se echó a reír.

—Tengo un tumor —dijo—. Y como está mi suerte, a lo mejor es cáncer.

—¡Mamá!

—Parece que voy a cumplir tu sueño y me voy a morir.

—¿Por qué dices esas cosas? —exclamó Catherine, cansada de su trato—. ¿Por qué siempre piensas que te odio? Al contrario, siempre he sido yo la que piensa que tú me odias. Y aun así... ¿Estás segura de lo que dices? ¿Sientes... un bulto?

—Bulto, enrojecimiento, hundimientos. Sí, es un tumor.

—Vamos al médico... Hagamos los exámenes. Oh, Dios... —Catherine tomó su teléfono e hizo varias llamadas. Desde el baño, Laverne la escuchó concretar citas con especialistas, y luego, fueron juntas para hacerse todos los exámenes pertinentes.

No había escapatoria, era cáncer, y Laverne, en vez de llorar, se echó a reír.

—Otra vez perderé mi pelo —dijo Laverne riendo sin pizca de humor—. Otra vez quedaré calva.

—Mamá... lo siento tanto.

—Y tal vez muera —siguió ella riendo. Iban de vuelta a casa, luego de haber recibido los resultados. Catherine sintió la mirada del taxista a través del retrovisor, y tragó saliva.

Lo que se venía iba a ser muy duro para ella, así que le tomó la mano. Por esta vez, su madre no rechazó su gesto.

—Estaré junto a ti —le dijo—. En todo el camino, no te dejaré sola.

Catherine nunca había visto a su madre llorar, pero esa vez, una lágrima rodó por la mejilla de Laverne, y cayó cristalina en las manos unidas de ambas.

—Tal vez debería morir.

—No digas eso.

—No quiero pasar por todo esto.

—No digas eso —repitió Catherine ahora con voz dura—. Tú vas a luchar, vas a ser esa mujer dura y fuerte que me enseñaste ser y vas a salir de esto, porque si no, mamá, te odiaré, y esta vez te odiaré de verdad.

—¿Acaso ya no me odias? Yo hice que ese Samuel Slater te dejara, yo arruiné tu vida, ¿no es lo que me has dicho siempre?

—¡Pero eres mi madre! —exclamó Catherine—. Ya perdí a papá, ¿quieres dejarme también sin mamá? ¿Tan egoísta eres? —Laverne se secó otra lágrima y miró por la ventanilla meneando su cabeza y negando.

Ella se estaba resignando a morir, pensó Catherine un poco asustada. A pesar de todo lo mala que había sido con ella, a pesar de todo lo que había sufrido por su culpa, Catherine no podía soportar la idea de que su madre muriera.

Pero sentía que cualquier cosa que le dijera ahora caería en saco roto.

Los tratamientos empezaron, y Catherine ya había agotado todas las palabras y razones para hacer que Laverne luchara por su vida.

Era agotador, para todas en casa.

Por esos años, A pesar de que Catherine había conocido a hombres interesantes, no sostuvo una relación con ninguno. La excusa que les daba era que estaba centrada en su empresa, en su carrera, y a pesar de que algunos insistían, aquello era tan cierto que poco tiempo tenía para salir en citas y paseos.

Además, nunca podía dejar de compararlos con Samuel, y siempre salían perdiendo. Por otro lado, no podía negarlo, sentía miedo. El dolor que le había producido el abandono todavía estaba allí, y enamorarse de nuevo casi estaba fuera de cuestión.

—No debes tener miedo de convertirte en una solterona —le dijo Joyce una noche, en que juntas hablaban del tema. Ella estaba sentada en un extremo de su cama y miraba distraídamente su teléfono celular—. Estamos jóvenes después de todo—. Catherine asintió ante eso.

—Por ahora, lo mejor será concentrarme en mi empresa. Es muy pequeña todavía. Y... la verdad... Ni siquiera me apetece tener una relación ahora. Pasar por todo eso... el conocerse, salir, los besos... Te juro que no me llama la atención—. Joyce sonrió de medio lado.

—Entonces vas a odiarme cuando te cuente que estoy saliendo con alguien —Catherine abrió grandes sus ojos.

—¿De verdad?

—Su nombre es Joseph, me lleva un año, es muy guapo y... parece que le gusto mucho—. Catherine sonrió y se acercó más a su amiga dispuesta a sonsacarle toda la información.

Conoció a Joseph luego de varias semanas; la relación se había concretado entre los dos, y era verdad lo que Joyce decía, Joseph parecía enamorado. Pero, por alguna razón, Catherine no se sintió tranquila al verlos juntos.

Cuando le preguntaban a Joseph de qué vivía, o en qué trabajaba, él daba múltiples respuestas. Siempre tenía tiempo para viajar y pasear, aun entre semana, y gastaba dinero como si le sobrara. Tenía un apartamento en Soho, una motocicleta grande y ruidosa, y autos de lujo, pero no parecía un hombre ocupado en algo que justificara sus ganancias.

Al principio, Joyce parecía muy feliz, convencida de que esta vez había encontrado el amor, pero en varias ocasiones Catherine la encontró revisando las redes sociales de Christopher Rutherford.

Catharis Beauty ya estaba en las tiendas de cosmética, y era cuestión de tiempo que pudieran abrir sus propias tiendas. Catherine había expandido su personal, y ahora estaba barajando la posibilidad de abrir sus propios laboratorios, pues sus productos eran naturales, y tan solo por esa consigna estaba ganando mucha popularidad.

Requería de una inversión grande, pero aunque pareciera imposible, varios la estaban llamando, ofreciéndoles su dinero para expandir la empresa.

A veces le daban nervios. Tal vez ella no era tan fuerte como Laverne como empresaria. Tal vez de aquí en adelante tendría que enfrentarse a tiburones del mercado, y no sabía si podría contra ellos.

Iba a dar el salto, iba a empezar a sonar y tronar en el mercado.

—Hazlo —le dijo Laverne una vez, luego de escuchar casi a hurtadillas una reunión entre ella, Sharon y Joyce. Las tres se habían hecho socias, y aunque Joyce tenía la porción más pequeña de las acciones, tenía voz y voto.

Las tres miraron a Laverne entrar a la sala, con su rostro desprovisto totalmente de maquillaje, un pañuelo que cubría su escaso cabello, ojeras, y labios pálidos. Catherine se puso en pie con el ánimo de ayudarla a estarse en pie, pero como siempre, Laverne la rechazó.

—Hazlo —repitió—. Sé grande, sé internacional—. Catherine tragó saliva.

—Sé que tengo que hacerlo, pero...

—¿Eres una cobarde?

—No.

—¿Y por qué lo estás dudando?

—Mamá... Estoy asustada, y es normal que lo esté. Catharis está creciendo demasiado rápido, no quiero cometer errores —Laverne caminó despacio hacia uno de los sillones y extendió la mano para tomar los documentos que antes habían estado estudiando. Era la primera vez que Laverne se interesaba por su empresa, y Catherine no pudo evitar lanzarle una mirada a Joyce, que le alzó las cejas en respuesta.

—Antes de expandirte, tienes que verificar cómo están tus cimientos —dijo Laverne concentrada en los documentos, analizando las cifras y demás—. Ya que tus productos son libres de derivados del petróleo... deberás tener tus propias patentes, tus propios laboratorios, y deberás ser tu propia proveedora de materia prima.

—Para eso tendría que... comprar fincas, y...

—Pues cómpralas.

—Estoy generando empleo, las personas que me proveen se benefician por mis pedidos.

—Pero pagas el doble que si fueran tus propias fincas, y eso reduce tus beneficios.

—Además de generar beneficios, me interesa ser una fuente de bienestar para...

—Entonces serás por siempre una empresa pequeña, fácil de comprar y vender para tiburones como los White. ¿Eso quieres? —Catherine palideció al escuchar aquello. Laverne hizo un gesto de hastío y dejó los papeles de nuevo en su lugar—. Pensé que eras más ambiciosa. Pensé que sabías que debes fortalecerte para poder dar guerra. No sólo porque tú quieras entrar en guerra, sino porque, Catherine, este mundo es un todos contra todos. No pienses que te quedarás tranquila en tu esquina y no serás notada. Que nadie te verá ni codiciará lo que tienes. Sea por beneficio propio, o sólo por destruirte, lo intentarán... Si no estás lista para eso, entonces quédate en tu rincón—. Con dificultad, Laverne se puso en pie, rechazó de nuevo la ayuda de su hija y se metió en su habitación.

Catherine miró a Sharon y Joyce y tragó saliva.

Su madre tenía razón, pero eso no le quitaba el miedo.

Lo primero que hizo Samuel Slater al regresar a Altoona, fue visitar la tumba de su madre y su hermana.

Con una Harper de ocho años tomada de la mano, dejó flores en cada tumba, y se detuvo en la de su hermana enseñándosela a su sobrina, que miraba la piedra fría con ojos un poco asombrados, ojos casi idénticos a los de su tío Samuel.

—Aunque tu mamá y tu abuela ya no están aquí, sino en el cielo —le explicó Samuel a Harper agachándose frente a la tumba para limpiarla y poner encima flores frescas—, venimos para mostrar nuestro respeto, para conmemorarlas, y para prometerles que... nunca las olvidaremos.

Samuel se puso en pie, se sacudió las manos y las metió en los bolsillos dejando salir el aire. A pesar de que ya habían pasado seis años, todavía dolía pensar en que su hermana no estaba aquí, que su vida había sido truncada tan miserablemente.

Respiró hondo y miró al cielo. A pesar del paso de los años, todavía seguía viva la promesa de meter preso al culpable de la muerte de Cassie, o, aunque sea, hacerle vivir el mismo infierno, y hoy podía decir que tenía el poder para hacer tal cosa.

Hacía sólo unos días regresó del viejo continente convertido en un hombre rico; seis años de

trabajo duro, muy duro, le habían arrojado excelentes resultados, pero sabía que el dinero solo no sería suficiente para eso, y por eso había prestado especial atención en hacer muy buenos contactos, en codearse con los poderosos, hasta llegar a ser uno.

Se lo había prometido a Cassie, se lo había prometido a sí mismo. No se dio tiempo para salir, tener citas, ni siquiera para vacaciones en todos estos seis años. Ni una vez perdió el tiempo en relaciones que nada aportarían, y tal vez eso lo hizo un poco cínico, pues descartaba las relaciones según su conveniencia.

Hasta las mujeres eran elegidas con ese fin.

Por supuesto que no se había vuelto a enamorar. ¿Cómo podría? Y, afortunadamente, tampoco tenía tiempo.

Saliendo del cementerio, fue a la vieja casa que alguna vez fue todo lo que tuvo en la vida. Al paso de los años, le habían llegado varias propuestas para venderla o alquilarla, pero su lado melancólico y apegado no lo permitió. Le había preguntado a su padre si quería venderla, pero el viejo tampoco quería deshacerse de ella, así que aquí estaba, intacta, vacía, aunque limpia.

—¿Viviremos aquí? —preguntó Harper caminando hacia la estrecha cocina y Samuel sonrió con melancolía, como si pudiera verla cuando apenas tenía dos años correteando por estos mismos pasillos, con Cassie detrás tratando de atraparla.

—No, sólo estamos de visita.

—Es una casa bonita.

—Sí, lo es. Aquí vivíamos con tu mamá, antes de irnos a Inglaterra.

—Oh. Es la casa de las fotografías.

—Sí. ¿Te gusta? —Harper asintió agitando su cabecita, y él no pudo evitar posar su mano sobre ella. Era tan bonita, aunque tan apegada a él. No tenía esposa, pero tenía sobrina. Ella lo celaba más que cualquier novia que hubiese tenido en la vida, pero estaba bien; él no pensaba buscarse a nadie por ahora.

Luego de enseñarle a Harper la casa, salió dirigiéndose al Bentley plateado parqueado afuera. Cuando abrió la puerta para que Harper subiera, escuchó en un grito su nombre. Un poco sorprendido, se giró a mirar, y su cara de desconcierto fue todo un poema cuando vio a Susan correr hacia él y nada pudo hacer para evitar que lo abrazara con fuerza.

De inmediato, Harper frunció su ceño y miró a la desconocida elevando una curiosa ceja.

—¡Qué alegría que estés aquí! —exclamó Susan tomando entre sus manos el rostro de Samuel, que tuvo que alejarlas, pues parecía que lo siguiente que haría era plantarle un beso.

—Hola, Susan. Cuánto tiempo.

—Sí, cuánto tiempo. Qué felicidad que hayas... Dios mío, estás más guapo que nunca, estás...

—Eh... gracias.

—¿Vas a volver a vivir aquí? Si necesitas ayuda para amoblar la casa...

—No, no voy a volver a vivir aquí.

—Oh, pero entonces... ¿Y esta niña? ¿Tuviste una hija? —Samuel se echó a reír.

—Olvidaste a Harper —Susan miró a la niña un poco desubicada—. La hija de Cassie.

—Oh... ¡Por supuesto que no la olvidé! Pero es que... está tan grande, ¡Dios mío! ¡Qué

hermosura de niña! —Harper miraba a Samuel interrogante, y éste sólo se encogió de hombros.

—Susan es una vecina. Te conoce desde que naciste —le explicó Samuel.

—Pero es una alegría volver a verte. Sam... tienes que traerla seguido, para hacernos amigas, así como éramos Cassie y yo—. Sam asintió, aunque sin mucha convicción—. De mi vida te cuento que... sigo soltera, no tengo hijos, y trabajando mucho. Tú sabes que siempre he sido muy de mi casa.

—Sí, sí. Me alegró volver a verte, Susan...

—¿Tienes que irte?

—Sí. Lamentablemente.

—Pero dame tu número telefónico al menos. Mi oferta de ser niñera de Harper sigue en pie.

—No necesito niñera —protestó Harper, y Samuel tuvo que ponerle una mano en el hombro para que se tranquilizara.

—¡Una amiga entonces! —enmendó Susan sonriendo—. Nos llevaremos muy bien. Y además —dijo ahora mirando a Samuel—, hay tanto que contarnos... que podríamos un día de estos salir y tomar algo. Me lo debes, Sam—. Sam se preguntó por qué razón él le debía algo así a ella, pero sacó su billetera y le dio una tarjeta. Susan lo agradeció con una enorme sonrisa—. Qué carro tan bonito. ¿Es tuyo?

—Así es...

—Parece que te fue muy bien por allá en Europa.

—Afortunadamente.

—Afortunada yo, por volver a verte. Cassie estaría feliz de verte así—. Samuel asintió, apuró a Harper para que subiera y se abrochara el cinturón, y le dio la vuelta al auto para sentarse frente al volante. Antes de abrir la puerta, Susan volvió a abrazarlo, y Samuel, incómodo, logró zafarse de ella y entrar al auto.

—Es una pegajosa —criticó Harper mirando a Susan con cara de pocos amigos, y Samuel sólo se echó a reír. Por experiencia sabía que lo mejor era no prestarle atención a los celos de su sobrina.

—¡Señor! —exclamó Howard al verlo, un fornido hombre, que medía casi dos metros, calvo, moreno, y algo sobreprotector—. No debió salir sin avisarme. No debió salir solo... —Samuel ayudó a bajar a Harper y le entregó a Howard las llaves de su Bentley.

—No hice nada arriesgado, Howard.

—Hola, tío Howard —saludó Harper con una sonrisa, y Howard respondió a su saludo con una inclinación y un poco sonrojado, como siempre que Harper le decía tío, y fue detrás de ambos.

—Soy el encargado de su seguridad, y mi deber es acompañarlo a donde sea que vaya. Salir así en una ciudad desconocida no es nada recomendable, si me deja decir...

—Altoona es mi ciudad natal —señaló Samuel caminando hacia los ascensores del hotel cinco estrellas donde se hospedaba con Harper—. No es una ciudad desconocida.

—De todos modos...

—No te angusties, Howard. No corrimos ningún riesgo.

—Sí corrimos —dijo Harper elevando el mentón—. Una mujer abrazó tan fuerte a tío que creí

que lo iba a asfixiar—. Samuel se echó a reír al oír aquello.

—¿Tienes el avión preparado para nuestro vuelo?

—Claro que sí, señor. Sólo esperando que usted dé la orden...

—¿Qué opinas, Harper? ¿Vamos a casa, o nos quedamos otra noche aquí?

—¿Volveremos a Londres? —Samuel hizo una mueca.

—No, cariño. Nuestra casa ahora estará en Nueva York.

—Oh... ¿El abuelo estará allá? —Samuel miró a Howard para que contestara él.

—El señor Frank los espera en Nueva York.

—Entonces vamos con él.

—El apartamento está listo, señor. Los muebles llegaron anoche tal como lo solicitó. Una decoradora trabajó en él todo el día, y si llega esta noche, tal vez falten algunos detalles, pero no será mucho...

—No importa. Da aviso entonces. En cuanto lo dispongas, nos iremos a Nueva York.

—Sí, señor —contestó Howard, y de inmediato tomó su teléfono para dar las órdenes pertinentes. Samuel miró la decoración de la suite dando golpecitos en el espaldar de una de las sillas del comedor, y dejó salir el aire.

Al fin. Al fin tomaría el lugar que por tanto tiempo preparó. Tenía todo preparado, todo muy bien trazado.

Miró la puerta tras la cual se había ido Howard a hablar por teléfono, con la terrible tentación de hacerle un encargo, pero se abstuvo.

¿Dónde estaría Catherine? ¿Cómo estaba? ¿Qué había hecho con su vida en estos años?

Tragó saliva, pensando en lo fácil que ahora era para él averiguar todo acerca de su vida, pero conteniéndose por considerarlo una debilidad.

Al menos, le debía una disculpa.

Pero buscarla luego de seis años para algo así sonaba muy forzado, aún para él.

Todavía tenía grabado a fuego su mirada cuando le dijo aquellas palabras en aquella calle, y algo muy dentro le dolía.

Pero ella siempre fue una mujer fuerte. Seguro que, luego de mandarlo al carajo, siguió con su vida.

Era lo más natural.

De vuelta en Nueva York, Samuel apenas si se detuvo a admirar la decoración de su nuevo apartamento. Era enorme, de tres habitaciones, salas amplias y muy iluminadas desde las cuales se podía admirar parte del Central Park. Esta era una de las calles más exclusivas de la ciudad, uno de los barrios más caros del mundo, pero cada centavo que había pagado por este apartamento lo valía.

Había sido adquirido en un remate bancario, por lo que había costado menos de lo que en verdad valía. Podía irse a vivir a una casa, algo con patio y jardín donde Harper pudiera jugar, pero estaba cerca de la que sería su oficina, y el tiempo era más que oro ahora mismo.

Helga, una mujer rubia de algunos cuarenta años, muy alta, con fuerte acento húngaro que había conocido en Inglaterra y se había convertido en su ayudante del servicio, le sonrió a modo de saludo y tomó su maleta y la de Harper para guardarlas, al tiempo que Enzo, un hombre también de mediana edad, de cabello negro y bigote curioso, con acento francés, le prometía que su cena no tardaría.

Los había traído consigo porque estaba muy acostumbrado a ellos, y afortunadamente, también ellos le tenían aprecio a él, y ya que sus raíces no estaban, de todos modos en Londres, decidieron seguirlo al continente americano.

Todavía recordaba la época en que discutía con William por invertir tanto dinero en cocineros, jardineros, y gente para el servicio de la casa, y su amigo tuvo que enumerarle uno a uno los beneficios de tenerlos en su plantilla. No sólo le ahoraban tiempo y le aportaban mucha comodidad, sino que también le daban estatus, y eso, precisamente, era lo que necesitaba ahora.

Su teléfono timbró y al ver que era William, contestó pronto.

—¿Ya estás instalado? —le preguntó, y Samuel miró alrededor dejando salir un suspiro.

—A medias. Mañana tengo que encargarme de las oficinas.

—Eso no tomará mucho tiempo. ¿Sigues con la idea de trabajar como incógnito? —al oír aquello, Samuel asintió.

No podía ir haciendo ruido y divulgando su nombre, no todavía. Necesitaba primero establecerse, echar raíces muy profundas, y luego sí, dar el golpe. Los White jamás entenderían de dónde les había venido el mal. Si acaso dejaba que se supiera que Samuel Slater ahora era un industrial millonario, los pondría sobre aviso... Eso en el caso de que recordaran su nombre, pero no podía arriesgarse.

Para eso estaría Joe Riguetti, fungiendo como su representante legal. El hombre era de su completa confianza; era graduado de una importante universidad, y lo había contratado desde mucho antes de ser rico; hasta ahora había sido su mano derecha, y ya había mostrado innumerables veces su lealtad. La primera acción la harían mañana, visitando el National Trust, un banco muy importante, en horas de la mañana.

—Sí. Joe Riguetti será mi cara y mi voz por ahora.

—Como lo prefieras... Mamá le envía saludos a Harper —Samuel sonrió. La señora Walton adoraba a la niña; era lo más cercano a una mamá que podía tener. Muchas veces fueron juntas de compras, de paseo, y a Harper se le habían pegado algunos de los modales de Nicoletta. También el gusto por las cosas caras, lamentablemente.

—Se los daré—. Y luego de despedirse de él, marcó el número de su secretario, traído también

del extranjero, y que era su otra mano derecha.

Había mucho que hacer. Mañana mismo echaba a andar su plan; iba a ser arrollador; silencioso, pero destructivo.

Catherine sonrió tragando saliva mirando fijamente a Norman Morris, el director general del National Trust, el banco donde había solicitado un crédito, comprendiendo al fin a qué se debía su sonrisa sobrada.

Le iba a negar el crédito.

Catharis Beauty sólo llevaba tres años fundada, pero había crecido muchísimo, se estaba posicionando en el mercado de élite y necesitaba expandirse, y para eso necesitaba este préstamo. Pero al parecer, no importaba cuán bien estuviera su expediente, su vida crediticia, ni lo bien respaldada que estaba... no le darían el crédito. Y creía saber por qué.

—¿Sigues sola, querida Catherine? —le preguntó Norman poniendo en una taza de café dos cucharadas de azúcar y ofreciéndoselo. Catherine lo recibió con la misma sonrisa de hacía un momento.

—Así es —contestó.

—Es una lástima lo que sucedió entre tú y Oliver —suspiró Norman, y Catherine no pudo evitar apretar los dientes al tiempo que sostenía su sonrisa—. Si te hubieses convertido en su esposa, no necesitarías estar aquí, pidiendo ningún crédito.

—Aun los millonarios solicitan créditos —contestó Catherine con voz suave, y luego le dio un sorbo a su café aparentando calma.

—Oh, eso lo sé. Sólo decía... que es una lástima lo que pasó.

—¿No ser la esposa de un rico es un impedimento? ¿Me está negando el crédito porque soy mujer? —Norman negó meneando su cabeza, teniendo mucho cuidado con las palabras que decía. Si acaso se le acusaba de misoginia, discriminación, o cualquier tontería de esas que las mujeres hoy en día se habían inventado, no sólo habría un escándalo que lo perjudicaría a él, sino también al banco.

—No, querida Catherine... Es sólo que no cumples los requisitos.

—Voy a tener que repasar de nuevo, entonces, cuáles son esos requisitos que su banco pide, señor Morris.

—¿Cómo está la querida Laverne? —preguntó ahora Norman Morris, y Catherine no pudo evitar entrecerrar sus ojos—. ¿Cómo está luego de la cárcel? Hace mucho tiempo que no la veo en las fiestas y las reuniones sociales, tal como antes. ¿Acaso está escondida luego de su escándalo? —Norman suspiró—. Es una lástima. Seguro que estás molesta con ella por todo lo que te perjudicó...

—¿Esa es su respuesta final, señor? ¿Que por haber rechazado a un White y tener una madre que pisó la cárcel soy inadecuada para contraer una deuda con su banco?

—En todos los bancos te dirán lo mismo —sonrió Norman—. No calificas para un préstamo tan grande.

—No estoy pidiendo tanto...

—No es la cantidad que te vamos a dar a ti, sino la que tú tienes... y tienes poco.

—En mis informes le mostré que Catharis Beauty ha tenido un crecimiento exponencial durante el último año, y...

—Lo siento, Catherine. No estás lista aún. Vuelve... en un año, tal vez. Sigue trabajando duro, lo estás haciendo bien. Ah, y no olvides mi saludo a Laverne... —Catherine tragó saliva, pero sin demora, dejó la taza de café en la mesa de centro y se puso en pie. Se limpió los labios mirando la sonrisa hipócrita del hombre barrigón, de cabello blanco y cejas negras, y que en otro tiempo fue un “gran amigo” de su madre.

—De todos modos... muchas gracias, señor Morris.

—A ti, querida, por tenernos en cuenta para tu pequeño negocio. Las puertas del National Trust siempre estarán abiertas para ti—. Sí, claro, quiso decir Catherine, pero sólo fingió una sonrisa, tomó su bolso, su carpeta y sus papeles y salió de la oficina.

No era la primera vez que algo así le pasaba. Podía ver la negra mano de los White manipulando los estamentos para que ella no pudiera progresar tan rápido como quería. La estaba frenando, pero ella no paraba de acelerar.

Había pensado que en algún momento se cansaría, pero al parecer, ese maldito tenía energía infinita, o le causaba mucho placer intentar estancarla.

Se detuvo en el pasillo mirando a la secretaria deseando ser muy grosera y decir lo que pensaba de su jefe, pero esa pobre mujer no tenía culpa de que el estúpido de Morris fuera un lame pelotas.

Llamó uno de los ascensores, y éste se abrió al instante.

No se rendiría, pensó. Conseguiría ese préstamo tarde o temprano. Los White no podían tener influencias en cada uno de los bancos del país.

Al tiempo que las puertas del ascensor de la izquierda se cerraban, se abrían las del de la derecha, y de él salían Joe Riguetti y Samuel Slater. Joe iba delante como si fuera el jefe, y Samuel detrás como su escolta, con un auricular color piel en su oreja y lentes de sol, traje negro barato y una actitud vigilante.

Ya Joe estaba entrenado para esta labor, así que miraba con altivez a todo el mundo, siendo que en verdad este hombre era un pan de Dios. Vestía un traje hecho a medida muy caro, reloj todavía más costoso, y pisaba el suelo como si todo le diera asco. Era digno de ver.

La secretaria los anunció, y Joe entró a la enorme oficina de paneles de madera, escritorio de álamo, ubicada en la esquina del edificio desde el que se podía tener una excelente vista de la ciudad. A lo lejos, Samuel pudo ver la estatua de la libertad. Era un panorama encantador.

—¡Señor Riguetti! —saludó Norman Morris saliendo de su escritorio y caminando a Joe con su mano extendida y una sonrisa de Colgate. Joe la estrechó con su usual actitud circunspecta—. Es un placer tenerlo por aquí. Por un momento pensé... Es decir... tome asiento, por favor—. Joe, sin aun pronunciar una palabra, se dirigió a los sofás de cuero negro que estaban a un lado de la enorme oficina. Samuel se mantuvo en pie, pero tomó posición detrás de Morris, para que Joe pudiera verlo muy bien.

—Imagino que sabe a qué se debe mi visita...

—Oh, sí, pero estoy ansioso de escucharlo de su boca, señor Riguetti. Hemos oído mucho de usted, y de sus... lucrativos negocios. Sabemos que está muy diversificado, y junto con mi equipo hemos preparado un portafolio de servicios que seguramente le encantará. Su dinero no

podrá estar en mejores manos...

—Nada de eso interesa. Estoy depositando mi dinero en diferentes bancos. El National Trust es mi primera parada, pero no será la única, eso se lo garantizo.

—Oh... Claro, es totalmente comprensible—. Morris empezó a hablar de cada uno de los servicios que le ofrecía y lo rentable que era cada opción. Mostró credenciales, premios y distinciones tratando de ganarse la confianza de su cliente, pero Joe parecía más bien aburrido. Luego de echarle una mirada disimulada a Samuel, asintió como si al fin se hubiera decidido.

—Está bien. Trasladaré a su banco la suma de dos mil millones de dólares—. La cara de Morris fue todo un poema al escuchar la cifra, pero logró reponerse pronto, aunque fue evidente que empezó a sudar. De inmediato llamó a su secretaria y al personal pertinente para esta tarea.

—Es una gran muestra de confianza que deposite su fortuna con nosotros, señor. Le aseguro que está en las mejores manos.

—Oh, ese es sólo un pequeño porcentaje de todo lo que poseo.

—Una... ¿Una pequeña parte de todo lo que...?

—Señor Morris, no esperaría que depositara en un mismo banco todo mi dinero, ¿verdad?

—Oh, no... no... Quiero decir...

—Pero como dicen... —siguió Joe—, no es aconsejable tener todos los huevos en la misma canasta...

—Ah, sí —dijo Morris y rio por lo bajo, tratando de disimular la diversión que le causaba que un hombre tan rico usara dichos de granjero—. Es un refrán muy sabio.

—También quería dejarle saber que soy amante del arte, y estoy interesado en adquirir algún buen lugar en los Hamptons. Si acaso sabe de alguna subasta, o...

—Por supuesto, por supuesto... No se preocupe por minucias como esa. Conozco la gente indicada para... que esté presente en eventos de ese estilo... —Sin poder disimularlo, Samuel sonrió. Sólo era mostrar un poco del dinero que se poseía para que las invitaciones a entrar a los círculos de negocio más exclusivo llegaran por sí solas.

Si tenía en sus manos la bienvenida del director y dueño de uno de los bancos más influyentes, lo demás sería cuestión de tiempo.

Catherine salió del edificio del banco y miró hacia la calle sintiéndose desanimada, y también un poco cansada. Sabía que todavía tenía mucho que hacer, muchas batallas que librar, pero hoy específicamente se sentía alicaída.

No es el único banco en el mundo.

Tienes mucho camino que recorrer.

No puedes cansarte ahora, siendo que apenas estás empezando.

Todo eso se lo repetía como un mantra, pero esta mañana no estaba funcionando.

Catharis Beauty ya estaba dando utilidades y con eso podía vivir. Todavía no cotizaba en bolsa, ni estaba dando millones, pero iba en auge. Todas las ganancias se reinvertían para hacerla crecer, sus oficinas no estaban en Manhattan, pero pronto lo estarían. Tampoco tenía un auto, pero en Nueva York a veces era más fácil desplazarse en metro. Pero al parecer, las cosas no iban a ser como las había proyectado...

Si las cosas seguían así, si los White seguían poniéndole obstáculos a cada paso del camino, su proyección de llevar su empresa a lo más alto en cinco años se iría al diablo, y lo peor era que no tenía la fuerza para luchar contra una corriente así.

Llegó a pensar que la habían olvidado, que se habían desentendido de ella, pero al parecer no era cierto; la humillación sufrida en aquella frustrada boda debía arderles todavía, lo cual era asombroso; hacía ya seis años de eso, Oliver incluso se había casado y tenido un hijo con Jessica Phillips, aunque también era cierto que había rumores de que se iban a divorciar.

Él había hecho su vida, nadie lo miraba diferente por haber sido grabado copulando con la que ahora era su esposa. A pesar de que fue impactante, lo cierto era que hoy en día esas cosas poco importaban. Así que... ¿por qué seguía pendiente de ella?, ¿por qué se empeñaba en hacerle las cosas difíciles?

No, no puede seguir con eso de que está enamorado de mí, ¿verdad?

Si era eso, estaba jodida.

Date un respiro, se dijo, y miró al cielo llenando sus pulmones de aire. Luego de contar hasta tres, lo dejó salir y volvió a mirar hacia la calle.

Caminó hacia la siguiente estación, pero viéndose tan cerca del central Park, decidió llegar hasta allí. Tenía varias citas luego, pero unos minutos para sí misma no quebrarían su empresa.

Anduvo despacio por los diferentes jardines hasta llegar a uno infantil. Varios niños jugaban allí con sus padres, o solos, mientras éstos los vigilaban desde una banqueta.

Catherine no pudo evitar sonreír. Muy cerca estaba el apartamento en el que había vivido desde que sus padres se separaran, y solía venir aquí con la niñera de turno, y en contadas ocasiones, con su padre. Alguna vez, ella fue una de estas niñas despreocupadas jugando con otros pequeños bajo la vigilancia de un adulto.

Bajó la mirada hacia su carpeta llena de documentos, y dejó salir el aire de nuevo. Ahora era una adulta con miles de responsabilidades, recordó, pero, sin poderlo evitar, se quitó los zapatos y caminó sobre el césped. Sonrió elevando la cabeza al sentir el cosquilleo en sus plantas, y se quedó allí por espacio de un minuto, muy quieta, como si sus malas energías pudieran irse a través de sus pies hacia la madre tierra, y del sol pudiera absorber todas las buenas.

—¿Es tan bueno? —dijo una voz tras ella, y Catherine se giró a mirar. Una niña la miraba desde unos pocos metros. Tenía en la mano una paleta de agua, lentes de sol rosados, y ropa ligera, muy apropiada para el verano. Tenía el cabello castaño recogido en lo alto y flequillo, por lo que de su rostro sólo podía apreciar la pequeña naricita y los labios rojos por la paleta que estaba comiendo.

Le miraba los pies descalzos en el césped, y Catherine sonrió.

—Es lo mejor del mundo. Se siente muy agradable.

—Pero te estás ensuciando los pies—. Catherine se encogió de hombros.

—Vale la pena. Además... toda la estática que se acumula en mi cuerpo por estar siempre frente a un computador o con el teléfono en la mano, se va por mis pies a la tierra, así que es como una terapia de salud—. La niña ladeó su cabeza y elevó su mirada a ella como analizando si le estaban tomando el pelo o no, pero Catherine estaba muy seria y empezó a caminar despacio por el césped, como si se esforzara en dejar su estática en la tierra—. ¿No quieres intentarlo? —la niña se miró los pies, calzados por unas sandalias de cuero, y con un par de movimientos, se las

quitó y estuvo descalza también.

—De verdad es agradable —dijo—. Vete, estética, vete...

—Es estética—. La pequeña la miró por un momento, pero luego siguió con su mantra. Catherine la imitó. Dejó su carpeta a un lado y empezó a empujar la estática de su cuerpo hacia la tierra.

—La próxima vez que venga, haré lo mismo. Ya me regañan mucho porque paso mucho tiempo frente al computador—. Catherine elevó sus cejas. La niña tenía acento inglés, y se le oía precioso.

—¿No estás aquí sola, verdad?

—Oh, estoy con Helga —dijo, señalando hacia una banqueta a una mujer rubia y uniformada.

—¿Ya fuiste al zoo?

—He ido a muchos zoos.

—Pero este es diferente. Tiene un oso polar. ¿Lo has visto antes? —la pequeña abrió grandes sus ojos al oír aquello—. Ya que estás de vacaciones, pídele a tus padres que te lleven. No te vas a arrepentir—. La niña guardó silencio, y el teléfono de Catherine timbró. Era Joyce, seguro quería saber cómo le había ido en la entrevista con Norman Morris—. Espero que te diviertas en Nueva York. En verano, es muy divertida. Háblale a tus padres del Museo de Historia Natural, o del Candy Bar. En Brooklyn hay un museo especialmente para niños—. Miró su teléfono, que volvió a timbrar—. Que pases un excelente verano —le dijo, y contestó el teléfono al tiempo que se ponía los zapatos, recogía sus cosas del suelo, y volvía al sendero.

—¿Cuál es tu nombre? —gritó la niña, y Catherine se giró.

—Catherine.

—¿Tienes Instagram? —Catherine rio asombrada. Pero no debía impresionarse, la juventud de hoy en día era muy avanzada en las redes sociales. Le gritó su usuario y volvió a concentrarse en su llamada.

—¡Mi nombre es Harper! —gritó la niña, pero Catherine no la escuchaba.

Harper miró la mujer, muy bonita, por cierto, alejarse mientras hablaba por teléfono. Era una adulta diferente, no le había hablado como si fuera una retrasada, por el contrario.

Y había aprendido una palabra nueva: estética.

Le preguntaría a su tío qué era, y si era cierto que se podía ir por la tierra si andabas descalzo. Su tío, afortunadamente, era muy inteligente, y sabía todo tipo de cosas.

—Eso fue muy fácil —le dijo Joe a Samuel saliendo del National Trust, y Samuel sonrió de medio lado.

—Cuando puedes demostrar que tienes dinero, sí, muchas cosas se facilitan. El siguiente paso es conseguir acciones de diferentes clubes, comprar unos cuantos autos de alta gama, y...

—Y hacer una fiesta privada—. Samuel quiso blanquear sus ojos, pero se contuvo. Esta era la parte menos divertida para él, pero reconocía que era tanto o más eficiente para sus propósitos que las mismas reuniones de negocios.

—Sí, hacer fiestas...

—La siguiente será una cita con Ronald Cooper. Es un hombre muy poderoso en el medio, así que nos interesa su amistad.

—De acuerdo, a por Ronald Cooper.

—Mis investigadores dicen que no es un hombre fácil de engañar o persuadir.

—Por alguna razón es tan rico.

—Pero también dicen que es un tipo agradable.

—Habrá que verlo. Por lo general, los ricos son también petulantes.

—Señor, usted también es rico —Samuel se echó a reír.

—No me lo recuerdes. ¿Vamos? —Joe asintió, y tuvo que recordarse que debía ir delante, no detrás de Samuel. Se sentó en el asiento trasero del Bentley con su actitud distante, y Samuel se ubicó frente al volante.

—Esto no es divertido —Samuel se echó a reír.

—Para mí, sí lo es.

Samuel estaba sentado frente a Ronald Cooper, un hombre rubio, de barba más bien pelirroja, alto, que a pesar de estar en sus cincuenta aún se mantenía en forma, y se miraban el uno al otro muy serios. Estaban sentados en una mesa de uno de los tantos restaurantes de un prestigioso club de élite, pero estaban en una esquina apartada, y pocos les prestaban atención.

La primera batalla la había ganado Cooper al descubrir quién, entre Joe y él, era el verdadero jefe. Al parecer, no se había creído la pantomima que delante de todos habían montado.

Estaba descubriendo que era un hombre muy sagaz.

—Fue fácil —sonrió Cooper ufanándose un poco—. A pesar de tu traje barato y tu actitud vigilante digna de un escolta, Joe dependía de ti para las decisiones. Te hiciste a mi espalda para que él no tuviera que girar su cabeza y mirarte, pero supe leer dónde tenía en verdad su atención.

—Admirable. No se puede engañar fácilmente a un hombre que hizo tanto dinero en tan poco tiempo.

—Al parecer, te pareces en eso a mí. ¿Quién eres en verdad, y qué quieres de mí?

—Sólo quería conocerlo... y medir si es alguien con quien vale la pena hacer negocios.

—¿Has concluido algo?

—No mucho, sólo que es alguien de cuidado —Cooper se echó a reír y agitó su cabeza en un gesto de regocijo.

—Eres demasiado joven, pero admirable. ¿Por qué no estás siendo un chico normal y ostentando tu riqueza y tu poder? —Samuel hizo una mueca sin contestar—. No haré negocios con alguien que tiene motivos ocultos.

—Tal vez sólo valoro mi privacidad.

—O tal vez estás aquí para poner el mundo a arder—. El brillo en la mirada de Samuel lo delató, y Cooper se inclinó sobre la mesa para hablar en voz baja—. ¿A quién quieres destruir?

—¿Cómo es que...?

—Antes de que llegaras al país, ya había oído de tu firma. Una pequeña empresa que aprovechó

la explosión de la era digital a comienzos de la década, y hoy por hoy es un conglomerado muy diversificado, pero su fuerte siguen siendo las tecnologías. Arriesgado, innovador, atrevido... Tú encajas más con esos adjetivos que tu... amigo —dijo, mirando de reojo a Joe—. Estabas muy bien en Inglaterra, pero desde hace unos meses empecé a escuchar los rumores de que trasladarían su matriz aquí. ¿Por qué harías algo así? Debes tener un motivo personal muy fuerte.

—Volver a casa es un motivo personal muy fuerte—. Ronald Cooper entrecerró sus ojos, y dándose por vencido, dio un suave golpe sobre la mesa y se puso en pie.

—Como dije, no trabajo con gente en la que no puedo confiar.

—No necesita saberlo todo de mí para confiar.

—Si me buscaste es porque necesitas algo de mí. Si necesitas algo de mí, es porque todavía te falta... Apenas llegaste al país y ya empezaste a movilizarte. Ni una semana de vacaciones al volver a casa. Dame al menos un motivo... y tal vez quiera escuchar tu propuesta—. Samuel apretó sus dientes, y endureciendo aún más su expresión, soltó:

—Venganza.

—Oh —susurró Ronald Cooper, con un brillo delator en su mirada, y sentándose nuevamente frente a Samuel—. Eso sí que es fascinante. ¿Contra quién? No contra mí, ¿verdad?

—Señor, a usted apenas lo estoy conociendo.

—¿La gente de la que te quieres vengar ya te conocía? —Samuel asintió, aunque fue un movimiento un poco ambiguo, pero fue suficiente para Cooper—. Te fuiste del país hace varios años... así que es algo que has estado rumiando y planeando detalladamente. ¿Quién es? — Samuel sonrió. Definitivamente, tendría que soltar toda la sopa.

—Oliver White. Y toda su familia—. Ronald Cooper no se asombró al oír aquello, sólo acarició su barba y miró a lo lejos.

—Sé que han destruido a varios... ¿qué te hicieron a ti?

—Mataron a mi hermana—. Aquello fue impactante para Cooper, y lo miró atentamente—. Hace seis años, estuvo a punto de casarse con alguien... esa mujer no lo quería a él, sino a mí... y como saboteó la boda... se vengó matando a mi hermana. Por eso he trabajado duro hasta ahora, es la sangre de mi hermana, no cualquier cosa, la que clama venganza. ¿Me entiende ahora? —a medida que Samuel hablaba, los ojos de Cooper se iluminaban más y más. Como si comprendiera cada palabra que él dijera.

—Hablas de Catherine Bell, la hija de Laverne Brown—. Samuel casi palideció. Pero por supuesto, él debía conocerlas—. Oh, yo estuve en esa boda. Fue espantoso. Entonces... fue por ti que Catherine hizo algo tan... escandaloso.

—No sé los detalles. Sólo sé que lo dejó plantado, o algo así—. Ronald se echó a reír con ganas.

—¿Dejarlo plantado? ¡No me digas! ¿No sabes nada de nada? Oh, muchacho. Esa mujer hizo algo mucho más impactante y bochornoso que dejarlo plantado en el altar. Por Dios, si hasta hay videos de eso aún circulando por allí. Aunque Denise White pagó miles por cada video, y se aseguró de que ninguno siguiera rodando en ninguna pantalla, pero... Cielo santo, fuiste la razón de esa debacle.

—¿Debacle?

—Te prometo conseguir la copia de unos de esos videos y enviártela. Necesitas... no, mereces saber en qué consistió la humillación a los White. Entonces... fue por ti...

—Y mi hermana lo pagó caro —intervino Samuel—. No pude meterlo a la cárcel en ese entonces, pero juré que me vengaría de otro modo, y por eso me hice rico, y he vuelto a casa... Como comprenderá, es una información que no puedo ir diciendo por allí por donde voy, por eso uso a Joe como tapadera. Hasta ahora, había funcionado perfectamente.

—Sí, sí. Es una idea genial, lo admito.

—Y si usted se opone a mi propósito, le prometo que...

—No, no. No me opondré. Es fascinante, ¿por qué me opondría? No tengo afecto por los White, por mí, hazte una sopa con ellos.

—Bien, me alivia oír eso.

—Seguro que sí, ¿y para qué me necesitas? —Samuel sonrió. La conversación había resultado ser mil veces más interesante de lo que jamás imaginó.

Empezó a contarle algunos detalles, y Joe, desde lejos, los vigilaba.

Casi media hora después, una joven rubia vestida con uniforme de tenis, se sentó en la misma mesa sin ser invitada, y los dos hombres la miraron sorprendidos.

—Robin, cariño... —Robin miró a Samuel, pero más que mirarlo a él, miró su ropa. Barata. No era nadie. Y volvió su mirada a su padre.

—¿Te quedarás más tiempo en el club? —preguntó tomando de su bebida e ignorando totalmente a Samuel. Ronald vio que se había cruzado de brazos y adoptado una expresión cerrada.

—Estoy hablando con un amigo, cariño —un amigo?, se preguntó entonces Robin. Su padre no llamaba amigo a cualquiera, así que se giró a mirar nuevamente al hombre de ropa barata.

Dios santo, era guapísimo.

Tragó saliva y le lanzó una mirada interrogante a su padre.

—Ahora no puedo presentarte, pero te prometo que en el futuro lo haré.

—Por favor... ¿Cuál es el misterio? Mi nombre es Robin Cooper —dijo mirando directamente a Samuel—. Soy la única hija de este hombre, ¿quién eres tú? —Samuel la miró. Sin duda era una chica guapa, todavía muy joven, de ojos miel y cabellera rubia preciosa.

Pero para él, como si hubiese visto un maniquí.

—Samuel.

—Samuel. ¿Sin apellidos?

—Por ahora, sí —Robin frunció su delicado ceño.

—Hombre misterioso —le sonrió a su padre—. Me cae bien. ¿Lo llevarás a casa?

—No es una cosa... que pueda llevar y traer.

—De acuerdo. Supongo que lo veré en el futuro, de todos modos—. Robin al fin se puso en pie y se inclinó para besar la mejilla de su padre. Se fue con una ruidosa despedida dejándolos solos de nuevo.

—Disculpa a mi hija. Es un poco...

—No importa. ¿En qué íbamos? —Ronald Cooper pestañeó un poco mirando a Samuel. Eran

pocos los hombres que no se deslumbraban con la belleza de su hija, o con sus millones.

Lo que le dio variada información: Samuel Slater no estaba buscando aventuras, ni novias, ni esposa. Tal vez porque estaba demasiado enfocado en su venganza, o, simplemente, porque aún pensaba en Catherine Bell.

Luego de tantos años, lo segundo era poco probable, pero no del todo descartable.

Y eso lo hizo sonreír.

—¡Esto es un atropello! —exclamó Joyce con sus manos empuñadas, mirando a Catherine sentarse tras su pequeño escritorio y encender su laptop—. Todavía esos canallas siguen tras nosotros? Cuándo nos dejarán en paz? —Catherine suspiró.

—No lo sé. Pero es tarea nuestra no debilitarnos ni darnos por vencidas.

—Por supuesto que no nos daremos por vencidas. Maldición, no importa qué tan fuerte sea la corriente que nos viene en contra, Cath, tenemos que seguir.

—Sí, sí... —Joyce siguió despotricando contra los White, pero Catherine no intentó detenerla. Ella también había sido una víctima de todo lo ocurrido seis años atrás. Denise no había amenazado en vano cuando le dijo que le quitaría todo lo que tenía. Habían descubierto que la razón por la que sus tíos no le pagaron el último año de matrícula en la universidad, fue porque se dejaron persuadir por los White, obteniendo a cambio jugosos negocios. Y luego hizo que la despidieran de todos los empleos que fue capaz de conseguir, no importaba cuán inferiores fueran.

La relación con Joseph había durado poco más de un año, y Joyce le terminó en el momento en que le descubrió una infidelidad. Poco después de eso, el maldito se embriagó y allanó su casa. Estuvo a punto de hacerles daño a ambas, pero fue gracias a Laverne que salieron ilesas de ese desagradable encuentro, y desde entonces, Joyce había permanecido sola.

Le había dicho que lo peor que le podía pasar era que le rompieran el corazón, pero tuvieron que descubrir de la peor manera que no era así. También te podían romper la cara, los huesos, todo... tal como había amenazado Joseph en aquella ocasión, y hasta lo había intentado.

—Felicity —llamó Catherine por el intercomunicador—. Por favor, organiza una cita con el siguiente en la lista de bancos.

—Sí, Cath —dijo su secretaria, y Joyce la miró llenándose de esperanza.

Pero ambas eran conscientes de que era muy difícil para una hormiguita como lo era su empresa, luchar contra un titán.

—¿Te parece bien? —le preguntó Samuel a Joe, enseñándole las nuevas oficinas de C.S. Technology, pero Joe sólo lo miró de reojo.

—A mí me da igual. Estaré aquí por poco tiempo. ¿Le parece bien a usted? —Samuel se echó a reír.

Habían pasado ya varios días desde que llegara, desde que empezara a extender su red de contactos, y ya incluso tenía las primeras invitaciones a subastas de arte, joyería y bienes raíces, también a fiestas sociales. Imaginaba que en una de estas últimas tendría por fin contacto con alguno de los White, pero para entonces, el nombre de su empresa ya sería conocido por varios.

Su teléfono vibró con un mensaje, y al ver que era de Ronald Cooper lo abrió de inmediato.

“Aquí está la debacle”, decía. “Lo encontré para ti”.

Samuel frunció el ceño. A veces no entendía del todo el sentido del humor de este hombre, pero de todos modos abrió el video.

Inmediatamente sintió un apretón en su estómago. En el video estaba Catherine usando un vestido de novia, claramente era una boda, y el novio era... Oliver White.

Levantó la mirada, pero Joe estaba entretenido con el personal en la oficina, así que prefirió salir para tener más privacidad. Se encerró en un baño y volvió a poner el video.

Era la boda fallida de Catherine y Oliver White. Ella estaba usando el vestido blanco que vio en aquella sala, y aunque estaba totalmente enfocado en lo que sucedía alrededor, no pudo evitar notar lo hermosa que estaba ella vestida de novia. Pero al tiempo, odiaba que el hombre a su lado fuera ese... maldito.

Muchas cosas empezaron a suceder al tiempo, así que tuvo que devolverlo para ver mejor. Catherine hablaba con un micrófono en la mano, y en una pantalla se proyectaba la imagen de dos personas teniendo sexo. Ante aquello, se levantaban exclamaciones, gente horrorizada por lo que estaba viendo. Luego, se vio la imagen de Oliver amenazando a Catherine con matar a Samuel Slater si ella no se casaba con él, esa que ella le había enviado por correo y que los fiscales desestimaron como prueba insuficiente.

Hubo gritos, mucho movimiento, pero lo más impactante de todo era que Oliver corría a Catherine y la sostenía del cuello intentando estrangularla.

Una debacle, había dicho Ronald Cooper.

Sintió que todo su cuerpo temblaba, que se ponía frío como si la sangre se le hubiera ido toda a los pies. Y una vez más, miró el video desde el principio.

Joyce, la amiga de Catherine, era quien había proyectado el video desde una laptop. Laverne Brown gritaba tratando de soltar el agarre de Oliver en el cuello de su hija, y Catherine caía desmayada en el suelo. Denise abofeteaba a Joyce, la gente corría de un lado a otro, pero el que sostenía la cámara estaba francamente divertido, y en vez de correr como los demás, se acercó un poco a escondidas capturando las imágenes: Catherine en el suelo sin recobrar el sentido, Oliver siendo alejado y dando patadas.

—Maldito —masculló Samuel, ya no pálido, sino rojo de la furia.

Al final del video, Catherine despertaba tosiendo, Denise profería una amenaza tras otra, y todo alrededor era un auténtico desastre.

Samuel vio una y otra vez el video asimilando cada imagen, cada sonido, cada detalle.

“Confía en mí”, había dicho ella. “Tengo un plan”.

“No importa lo que escuches de mí. Por favor, confía”. Y él lo había hecho, pero su fe había flaqueado cuando, en aquella mansión, la vio llegar sonriente, con un teléfono en la mano y seguida por Oliver. Había creído que todo lo que había dicho Joyce era mentira, y luego, con la muerte de Cassie, ni siquiera se había tomado la molestia de escuchar qué había sucedido en esa boda.

Ella había parecido tan frágil y pálida durante el entierro de Cassie, pero, por Dios, él estaba tan mal, tan cegado por el dolor, que no preguntó nada. No hizo nada por averiguar qué le había ocurrido a ella.

Cerró sus ojos y respiró profundo tratando de desatar el nudo en su garganta, pues le estaba doliendo todo lo que estaba viendo. Catherine había desafiado a los White e infringido una vergüenza terrible al sabotear la boda de esta manera. Dejarlo plantado en el altar no habría sido tan terrible como esto. Al parecer, Catherine usó una infidelidad de Oliver para zafarse del compromiso, pero había esperado hasta la fiesta de bodas para ventilarla.

—¿Qué hiciste? —preguntó ahora, mirando por enésima vez el video—. ¡Por qué!

La respuesta vino sola. Por él, por protegerlo a él y a su familia.

Ella se había expuesto demasiado por protegerlo, y él, en cambio, la dejó tirada en una calle diciéndole que no le importaba lo que le sucediera.

Oh, Dios, qué duro había sido, sobre todo, con alguien que lo había dado todo por salvaguardar su vida y la de su familia.

Aunque no había funcionado. Cassie había muerto.

Sus ojos se humedecieron.

Oh, Cath. De verdad lo intentaste. De verdad luchaste.

Pero no contabas con la maldad de ese monstruo.

Ni yo, que además, dejé de confiar en ti.

Lo siento tanto, tanto...

Otra vez empezó a sentir el frío del miedo al preguntarse cuáles habían sido las represalias que tomaran contra ella por esto tan horrible que les había hecho. Dios mío, eran asesinos, ¿qué le hicieron a Cath?

—Joe, escribe este nombre —dijo volviendo a la oficina sin pérdida de tiempo, y Joe de inmediato sacó su teléfono para tomar nota—. Catherine Bell, Laverne Brown, Joyce... No recuerdo el apellido, pero es la mejor amiga de Catherine...

—Apuntado. ¿Algo en especial?

—Todo. Quiero saber todo de ellas.

—De acuerdo—. Samuel apretó sus dientes caminando hacia los ventanales, aun con su teléfono apretado en su puño, pero no admiraba los edificios cercanos, ni el hermoso paisaje. Sólo reafirmaba su juramento. No importaba qué le hubieran hecho a Catherine, pero si la habían lastimado, los White lo pagarían muy caro.

Joe miró a Samuel sintiéndose un poco admirado por todas las reacciones que estaba teniendo a medida que escuchaba su informe.

Desde hacía unos días andaba como loco por este tema. El día que le pidió que investigara acerca de ese grupo de mujeres, estaba claramente alterado, y ahora que le informaba de su vida y obra, estaba peor.

Estas mujeres eran importantes para él, pero estaba seguro de que no eran familia, y no se atrevía a preguntarle si acaso había tenido algún lío romántico con una de ellas, o con todas ellas, aunque ninguna de esas opciones pegaba para nada con la forma de ser de Samuel. Si le había conocido dos amigas en todos los años que llevaba con él, eran demasiadas; no sabía por qué un hombre joven, guapo y adinerado, prefería quedarse en casa o en la oficina trabajando y trabajando que divirtiéndose y disfrutando de su dinero, pero así estaban las cosas. Parecía no necesitar demasiado la compañía femenina, nunca tuvo que traerle amigas, ni enviar regalos, por el contrario, había que espantarlas.

Laverne Brown era demasiado mayor para eso, pensó recordando los nombres y edades de las mujeres, pero Catherine y Joyce eran de su misma edad, así que una de ellas debía ser.

La vida de esas tres había sido muy accidentada, pero los gestos de asombro y otras emociones que no alcanzaba a distinguir se sucedían uno tras otro a medida que hablaba.

Laverne estuvo presa seis años, y al oírlo, Samuel se puso en pie con cara de asombro, y luego, cuando le dijo del cáncer, pareció quedar pasmado. Catherine se había graduado, eso le hizo asentir con cierto brillo extraño en su mirada, y luego de trabajar un año para una empresa, fundó Catharis Beauty, una compañía dedicada al maquillaje. Joyce había tenido que dejar la carrera suspendida un buen tiempo, y fue después que pudo costear la matrícula, que pudo graduarse al fin.

—¿Dónde vive Laverne? —preguntó él.

—Con su hija, Catherine.

—¿Ella... la recibió de vuelta?

—Al parecer, sí —al principio, él pareció confundido, pero se fue calmando y luego sonrió, aunque intentó ocultarlo.

—¿Viven... solas? Quiero decir... ¿alguna de ellas se casó, o...?

—Las tres están solteras. La señorita Joyce tuvo una relación con Joseph Harrison que duró más o menos un año, y terminó con una orden de alejamiento por parte de ella—. Samuel lo miró un poco asombrado, y Joe se encogió de hombros—. Él intentó hacerle daño, allanó su casa y... todo terminó en una comisaría de policía.

—¿Y las demás?

—Las demás... no encontré nada acerca de sus relaciones. Al parecer... la señora Brown no tuvo tiempo por la cárcel y luego su enfermedad, y mi informe dice que la señorita Bell estuvo muy ocupada estudiando y sacando adelante su empresa—. Él tragó saliva y asintió. se masajeó el cuello y luego los ojos, como si no hubiese dormido bien en días—. ¿Estas mujeres... tienen algo que ver con tu vida antes de irte a vivir a Londres, de casualidad? —Samuel no contestó, sólo se había quedado mirando al vacío largo rato.

Cuando dio la vuelta para salir, Samuel lo volvió a llamar.

—Tráeme todo acerca de esa empresa —dijo—. Consigue todo lo que puedas.

—¿Necesitas un dato en especial?

—Su historia, su imagen pública... todo lo que se pueda sin invadir su privacidad.

—¿Con algún objetivo especial? —Samuel lo miró interrogante—. Si acaso quieres comprarla, o destruirla...

—¿Por qué la compraría o destruiría?

—¿Y por qué no? Tengo la sensación de que es importante a nivel sentimental. ¿Son parte de tu venganza? —Samuel tragó saliva, pero no dijo nada, y Joe permaneció en silencio esperando su respuesta.

—Enfoca la investigación... como si fueras alguien que quiere invertir con ellos.

—De acuerdo.

Joe lo miró ahora más intrigado que antes, pues él mostraba mucho interés en todo lo referente a ellas. Pero estaba decidido a descubrir cuál era la que lo intrigaba más, la que verdaderamente le importaba. Podía ser muy útil en el futuro, pues ella podía ser una aliada, o una enemiga. Dudaba que se quedaran en el terreno de lo neutral. Apreciaba a Samuel como a un hermano, así que era natural este interés.

Samuel recibió poco después el informe acerca de Catharis Beauty, y al día siguiente, con ojeras y aspecto de no haber dormido bien, le dio la orden de ofrecer una inversión millonaria.

¿Cómo no iba a sentirse intrigado por ellas?

A primera hora de la mañana, antes de salir a correr un poco, lo primero que siempre hacía Catherine era revisar su correo electrónico en su teléfono, y esa mañana en particular se llevó una sorpresa. CS Technology quería invertir en Catharis Beauty.

Lo siguiente que hizo fue googlear el nombre, encontrándose con que era un conglomerado multimillonario, que además, estaba muy diversificado y acababa de mudar su matriz a Nueva York.

Luego, más tarde, reunió a su directiva y expuso el correo. Varios de ellos quedaron muy impresionados, porque una empresa tan grande como esa quisiera invertir con ellos.

—¿Los conoces? —le preguntó Catherine a Sharon, que era una de las que se mostraba a favor—. Yo nunca había oído hablar de ellos.

—Es porque estuvieron radicados todo este tiempo en Londres. Su CEO es Joe Riguetti, un londinense que al parecer quiere venirse definitivamente aquí —Catherine se cruzó de brazos y apoyó una mano en la barbilla muy pensativa—. Sus negocios son legales, ¿verdad?

—Hasta donde sé, lo son. ¿Por qué dudas de ellos?

—No lo sé. Porque estas cosas no pasan regularmente. Me parece demasiado bueno para ser cierto...

—Entonces, reúnete con ellos y averigua por ti misma si es gente de confiar —dijo Mark Peterson, hasta ahora, el único hombre en su directiva. Catherine confiaba en él, pues hasta ahora, todas sus ideas habían sido entre buenas y exitosas. Lo había contratado recientemente, pero escaló muy pronto y llegó aquí con honores—. Ve, mira sus instalaciones, haz preguntas...

—Hasta ahora, son ellos quienes quieren venir aquí... Y por lo general es el inversor el que pone las condiciones.

—Fueron ellos quienes te contactaron a ti, y nos han pasado tantas cosas que es natural que estemos desconfiados —intervino Joyce leyendo nuevamente el correo enviado por CS Technology—. Ve a sus oficinas, Cath. Tenemos derecho a saber quién quiere confiarnos su dinero—. Catherine apretó sus labios y asintió.

—Ven conmigo, Mark —le pidió Catherine—. Necesitaré otro par de ojos y oídos, que sean neutrales, para que me ayude a juzgar.

—Con todo gusto —sonrió él. Joyce miró a su amiga asintiendo. Mark no sabía lo sucedido con los White, ni la persecución que estaban sufriendo debido a ellos. Llevar a alguien neutral les ayudaría a no perder una inversión que podía ser muy beneficiosa para ellos.

—Quiere venir aquí —le dijo Joe a Samuel enseñándole en una Tablet el correo respuesta de Catherine. Samuel pareció entrar en pánico, lo cual fue muy curioso de ver.

—¿Qué? —exclamó poniéndose en pie—. ¿Venir aquí? ¿Por qué? ¿Le parece poco lo que le ofrecimos?

—No le hemos ofrecido ninguna cantidad concreta.

—¿Cree que somos una empresa fantasma? ¿Por qué querría venir?

—Podríamos rehusarnos —Samuel lo miró en silencio y con la boca abierta dos segundos, y en esos dos segundos alcanzó a sopesar todos los pros y los contras que tenía el que Catherine viniera. Respiró hondo y se relajó visiblemente.

—No. Déjale que venga —contestó. Joe elevó una ceja analizando a su jefe, pero no dijo nada.

A eso de las diez de la mañana, Catherine estaba atravesando las puertas de CS Technology acompañada de Mark Peterson.

Por órdenes estrictas de Samuel, la señorita había sido tratada como si la inversora fuera ella, y no al revés. Mejor dicho: tratada como una princesa.

Desde la recepcionista, pasando por las secretarias, hasta Joe, que era quien se entrevistaría con ella, tenían orden de ser amables y cuidadosos.

Pero Samuel no esperaba que fuera acompañada, menos de un hombre.

Al verlo, su ceño se frunció. ¿Quién era? ¿Por qué estaba aquí, si era un asunto estrictamente de negocios? ¿Acaso Catherine no tenía la confianza para tomar decisiones por sí misma? ¿Era este hombre importante para la empresa? ¿Para ella? ¿quién era, diablos?

—Si no quieres que te vea —le dijo Joe mirándolo de reojo—, deberías irte —le señaló la puerta de la oficina, pero Samuel seguía dando vueltas alrededor.

—¿Qué sabes de ese tal Mark? —Joe se encogió de hombros.

—No mucho. Pero puedo averiguar.

—No, no. Ya es tarde. O, bueno, sí, averigua... Nunca había oído hablar de él.

—Lo extraño sería que sí. ¿Quieres que le pregunte algo en especial? —Samuel asintió.

—Quiero saber cómo está su relación actual con... los White —Joe elevó sus cejas. Cada vez entendía mejor el interés de Samuel por estas mujeres, pero ya podía asegurar que quien en realidad le importaba era Catherine Bell.

—¿Te refieres a una relación de negocios, o... una romántica? —Samuel lo miró fijamente con sus ojos que parecían cuchillos afilados.

—¿No dijiste que no había relaciones románticas?

—Nunca se sabe —dijo Joe encogiéndose de hombros, pero en realidad quería reír.

—No importa. Sólo averígualo.

—De acuerdo.

—Y sé...

—Amable, ya lo sé.

—Pero inquisitivo. No muestres debilidad.

—No tengo debilidad.

—Y tampoco te muestres nervioso.

—Tú eres el que parece nervioso.

—¡Claro que no! No me interesa para nada Catherine Bell.

—Ajá —dijo Joe, pero más para sí, mientras Samuel salía al fin de la oficina.

Sonrió y dio al fin la orden de hacer seguir a Catherine y su amigo.

Ella estaba afuera mirando todo alrededor, notando que cada mueble, planta y alfombra parecía nueva, muy nueva.

Era normal que en una oficina las cosas estuvieran en excelente estado, pero también era normal que se les viera un poco el uso diario. Pero aquí todo parecía recién desempacado.

—¿No te parece extraño? —le preguntó a Mark, que miraba la pantalla de su teléfono sin mostrarse demasiado intrigado por las observaciones de Catherine.

—Tal vez se deba a que se han mudado recientemente. O a que limpian muy bien.

—Sí. Escuché que se mudaron de Londres. Pero aun así...

—Hace muy pocas semanas que están aquí. Su presidente, Joe Riguetti, es inglés. Y ya sabes lo que dicen de los ingleses...

—No lo creo. ¿Y si son estafadores?

—No lo son. Ya pregunté a varios amigos en el medio. El señor Riguetti es real. En verdad tiene dinero—. Mark miró a Catherine, y al darse cuenta de que no se fiaba de sus palabras, dejó a un lado su teléfono y le hizo mirarla palmeando suavemente su mano—. Escuché un chisme acerca de él —Catherine elevó una ceja—. Dicen que al día siguiente de llegar de Londres, lo primero que hizo fue visitar el National Trust y depositar dos mil millones de dólares.

—¿Qué?

—Y muy despreocupado dijo que esa no era, ni por asomo, toda su fortuna. Al parecer, dejó a Morris con la boca abierta. También ha comprado arte y propiedades muy caras.

—Está ostentando dinero. ¿Por qué un rico necesitaría ostentar su dinero?

—¿Para crear una reputación? Tú fuiste rica; ¿no harías algo similar si necesitas ganar un poco de respeto en una nueva ciudad y un nuevo país? —Ahí tenía un punto, pensó Catherine pero no dijo nada.

Desde una esquina, Samuel los miraba disimuladamente. No podía escuchar lo que cuchicheaban, pero sí que podía ver que al hombre le gustaba tocar.

Idiota. ¿Quién se creía?

Respiró hondo recordándose que si acaso Catherine tenía una relación, estaba en todo su derecho. Podía haber tenido dos novios por año, y él no podría decir absolutamente nada.

Dos novios por año era demasiado, se dijo, pero volvió a reprenderse por sus pensamientos.

Además, se recordó, Joe dijo que no había tenido tiempo para relaciones románticas. No debía alegrarse de eso, pero...

Cuando ella se puso en pie para entrar a la oficina principal, se metió en la sala de juntas, dio vueltas por largos minutos, y pensó y pensó acerca de Catherine y todo lo que había tenido que vivir todo este tiempo.

Ella, luego de ese desastre con los White, y con él mismo, se había levantado y se había vuelto más fuerte que antes. Tuvo la suficiente entereza como para terminar por sí misma su carrera, trabajar, destacarse, ahorrar, y además, iniciar su propia marca de maquillaje. La noche anterior se había permitido a sí mismo una pequeña licencia y la había pasado en vela viendo sus videos en YouTube e Instagram en donde daba consejos de maquillaje y enseñaba a usar sus productos.

Casi había visto todo su repertorio, y en cada ocasión rio con ella, y la admiró, y... luego tuvo que explicarle a su sobrina por qué miraba videos de ella, si él era un hombre, y no se maquillaba.

—¿La conoces? —le preguntó a Harper guardando su teléfono y concentrándose en su sobrina. Harper sonrió como sonríe una fan privilegiada.

—Sí. La vi un día en el parque. Ella camina descalza sobre el césped para soltar la estática.

—¿La viste en el parque? ¿A Catherine Bell? —Harper volvió a asentir.

—Es muy bonita.

—Sí, lo es... —Cuando Harper lo miró un poco intrigada, carraspeó—. ¿Y por qué ves sus tutoriales, si tú no te maquillas?

—Algún día lo haré —ella sólo tenía ocho años, le faltaba mucho, pero al parecer, admiraba a Cath. Eso lo hizo sonreír, porque Harper no le daba fácilmente su aprobación a las mujeres jóvenes.

Si Harper la recordaba era porque la había impresionado para bien. Y aquello había sido más complicado cuando ella fue a su casa esa navidad, y su sobrina tenía poco más de dos años. Pero aun entonces había luchado por ganarse su confianza y lo consiguió.

Ella era así, tan enérgica, tan...

Tan hermosa... pensó sentándose en uno de los asientos de la sala de juntas, sintiendo de nuevo los latidos acelerados de su corazón, una sensación demasiado conocida y que llevaba a algo que luego sería doloroso, pero que no podía evitar.

Sólo ella, en el pasado y en el presente, le hacían olvidar todo, sus propósitos, sus planes, sus reglas... sólo ella hacía que su cuerpo se encendiera en deseo de correr y abrazarla y llenarla de besos, y decirle que todo estaría bien, que era mentira, mentira que no le importaba lo que le sucediera. Que había intentado con todas sus fuerzas, con toda su voluntad, empujar su recuerdo y su amor por ella en lo profundo de una grieta de su alma rota, pero que aun desde allí hacía eco y no importaba cuán duro tratara su cuerpo tratando de acallarla, era imposible.

Salió de la sala de juntas y miró al interior de la oficina principal un poco a hurtadillas, tratando de no llamar demasiado la atención y así pudo observarla de nuevo mientras conversaba con Joe. Su cabellera castaña había sido recortada hasta los hombros, pero eso la hacía verse más hermosa, no le molestaba. Sus ojos, Dios, sus ojos seguían siendo igual de hermosos, y estaba delgada, vestida con ese traje sastre blanco, sin resaltar demasiado sus curvas, curvas que él recordaba muy bien.

Se miró las manos, y no pudo evitar evocar una imagen de ella, desnuda en sus brazos, y casi escuchó el sonido de sus gemidos bajo él.

Cielo santo. Volverla a ver sólo reafirmaba el hecho de que estaba loco por ella, absurdamente enamorado.

¿Y si...?

Se detuvo a tiempo ante lo que casi hace. En ese terrible momento de debilidad, su impulso fue decirle a Joe que él mismo entrevistaría a Catherine. Ah, quería ver el asombro en sus ojos cuando se diera cuenta de que era él el hombre tras la fachada, quería que supiera de todos sus logros, que había venido aquí totalmente cambiado para...

No podía. No podía mostrarse. Y tampoco podía tener nada con ella. Aunque pudieran borrar todos los malentendidos, todo el daño, las palabras inadecuadas, y el tiempo distanciados... todavía estaba lo de Cassie en medio.

Y al pensar así vino al fin ese dolor tan conocido y que a punto estuvo muchas veces de volverle loco: el dolor de su alma.

Cassie no volvería para salvar ese enorme abismo entre los dos. Mirarla de lejos y en silencio era un martirio. Sólo quedaba intentar seguir sobreviviendo.

—Parece que sigues dudando —le dijo Mark a Catherine saliendo de las oficinas, mientras ella miraba todavía atrás, analizando todo alrededor.

—No, no es eso... ¿No te pareció que hacía preguntas extrañas?

—¿Como cuáles?

—Bueno... parecía que quería saber cosas de mi vida personal, y de la tuya.

—¿De verdad? No lo noté—. Catherine miró a Mark, un poco contrariada por sus palabras—. Sólo noté que se interesaba por tu relación con otros ricos. Cuando preguntó qué otros inversores tenías, parecía que quería preguntarte por alguien en concreto.

—Sí. Eso también—. Mark se encogió de hombros, y presionó el botón del ascensor.

William Walton entró con paso decidido a un lujoso bar, de muebles grandes y pesados, y una ostentosa barra tras la cual se presumían las más caras botellas de alcohol. Allí estaba sentado Samuel, y al verlo, William no pudo evitar torcer el gesto un poco preocupado por su amigo.

Caminó con paso seguro hacia él, y haciéndole una señal al bartender, se sentó a su lado.

—Sabía que pasaría esto si volvías a Nueva York, pero no imaginé que sería tan pronto—. Samuel lo miró de reojo por un instante, pero volvió a fijar la mirada en su vaso de whiskey—. ¿No es un poco temprano para beber? —Samuel se encogió de hombros—. La volviste a ver, ¿verdad? —En silencio, Samuel asintió—. ¿Hablaste con ella?

—Claro que no.

—¿Por qué no?

—¿De qué hablaría?

—De todo —contestó William dejando salir el aire—. Tienen tema atrasado—. Samuel le dio un trago a su whiskey, y lo saboreó pasándose la lengua por los dientes.

—Ella no querrá hablar. La conozco, es orgullosa, y... aunque quisiera hablar, aunque siguiera sintiendo algo por mí... aunque lo aclaráramos todo... todavía hay una cosa en medio que no... desaparecerá. ¿Para qué atormentarla con cosas del pasado? Ella está bien sin mí. Ya es suficiente con que uno de los dos sufra.

William meneó su whiskey en su vaso con un rictus amargo en sus labios.

—¿Estás seguro de que ella te olvidó?

—Es inteligente, es hermosa... Por supuesto que me olvidó, y quizá... hasta conoció a alguien más.

—¿Y si no fue así, Sam? ¿Y si tal vez ella, tal como tú, no ha podido olvidar? —Samuel dejó salir el aire en lo que pretendió que fuera una risita sarcástica, pero sonó más bien como un quejido.

—No me hables de eso, por favor.

—¿Y si también pasó muchas noches en vela llorando por ti, por lo sucedido, y lamentando que, después de todo, no pudo conservar su único consuelo?

—Will...

—Me llamaste para hablar. ¿No imaginaste que te diría todo esto? Siempre lo hago, aunque siempre me ignoras, también.

—Por el bien de ella... lo mejor será que me haya olvidado.

—Eso no lo deseas por nada del mundo y lo sabes.

—William...

—¿Crees que Cassie te reprocharía por querer estar con ella? —el nombre lastimó su alma al salir de sus labios, y la de Samuel al entrar por sus oídos. Era un nombre doloroso para ambos, sobre todo en ciertas conversaciones. Samuel tragó saliva y se acabó su bebida—. Pensar así de ella no honra su memoria, ¿sabes? Ella era... la persona más generosa, jamás te pediría que renunciaras a nada en su nombre.

—Lo sé —sonrió Samuel con tristeza—. Lo sé bien... pero aun así, no puedo, Will.

—Deberías al menos intentarlo. Nunca sabrás si...

—Si nunca me hubiese involucrado con Catherine —lo interrumpió Samuel—, Cassie seguiría viva. Harper tendría a su madre... y tú habrías podido tener tu romance con ella sin sentirte culpable, y no serías el lobo solitario que ahora eres preguntándote eternamente qué habría pasado, y si también tuviste algo de culpa—. William elevó sus cejas ante semejante análisis, pero rato después, soltó una risa triste y bebió un trago.

—Tú hablando de lobos solitarios.

—Si nunca me hubiese involucrado con Catherine —insistió Samuel— yo me habría perdido de vivir... todo aquello con ella, pero al no saberlo, no dolería.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó—. Seguramente te tropezarás con ella en eventos futuros. Ella se dará cuenta de quién eres y con qué propósito estás aquí.

—No me preguntará nada.

—¿Cómo estás tan seguro? —Samuel sonrió lleno de amargura.

—Me encargué de alejarla de mí para siempre la última vez que hablamos. Nunca dará el primer paso, su dignidad y su orgullo se lo impedirán, así que... así estaremos, a kilómetros el uno del otro, aunque estemos estrechando nuestras manos. Cuando me vea... sabrá por qué hago todo, y no me lo reprochará, me entenderá. Por dentro, quizá hasta celebre lo que voy a hacer... pero en sus ojos no habrá nada para mí. Y aunque yo... quiera saltar ese abismo entre los dos, sé que siempre me detendré justo a tiempo.

—¿Aun después de que Oliver White esté en la ruina y tras las rejas?

—Aunque esté muerto. No hay esperanzas para mí con respecto a ella. Sólo tengo que soportarlo.

—Dado que estás muy joven aún, y bastante saludable... tendrás que soportarlo demasiado tiempo, amigo—. Samuel hizo una mueca.

—Ya lo sé. Pero esa fue mi suerte.

En una mansión en Hampton, Oliver White le entregó a su padre una Tablet con información acerca de Joe Riguetti, y Denise, luego de toser un par de veces, la recibió y la leyó detalladamente.

—Dicen que está forrado en dinero —le comentó Oliver a Denise—. Desde que llegó, hace sólo

unas semanas, sólo ha gastado millones y millones a mansalva; ya se compró una casa en esta zona, tiene en su poder varias piezas de arte valuadas en varios millones, invirtió en bolsa de manera escandalosa, y algunos ya han empezado a jactarse de tenerlo como socio y amigo. Hizo un depósito líquido de dos mil millones en el National Trust, además de poner su dinero a trabajar en múltiples inversiones...

—Está haciendo bastante ruido.

—No sólo eso, se codea con celebridades, y políticos importantes. Escuché que algunos de ellos están buscando financiación para sus campañas y buscan la manera de conquistarlo para que haga contribuciones...

—Es normal.

—Y ha empezado a quitarnos importantes clientes —se quejó Oliver frunciendo su ceño—. Al parecer, está decidido a ser nuestra competencia—. Denise elevó la mirada a su hijo, pero le dio otro acceso de tos, y Oliver tuvo que pasarle un vaso de agua y palmear suavemente su espalda.

Denise se calmó, respiró con dificultad y se enfocó en su hijo.

Hace un tiempo, ninguno de los dos se habría preocupado por la aparición de un competidor, pero las cosas habían cambiado ligeramente desde que él enfermara y Oliver tomara las riendas de las empresas. No era que su hijo lo hiciera mal, era que, a ojos de sus socios y clientes, al más joven de los White le faltaba un *je ne sais quoi*, y le sobraba mucho de un *algo*, y eso los hacía reticentes a depositar su entera confianza como habían hecho con él.

Y era un problema, porque él no era eterno, estaba un poco enfermo... o más bien, bastante enfermo, y no podría estar al frente como antes.

Oliver se quejaba de esto, pero por más que se esforzaba, no podía ganarse la total confianza de sus seguidores. A pesar de que sus errores habían sido moderados, seguía sin ganar total lealtad.

A veces pensaba que se debía a esa esposa que tenía, tan odiosa y fatua; en muchas ocasiones ella arruinó las buenas relaciones con gente de bien por su mal carácter y su malcriadez. Pero a veces no podía evitar preguntarse si lo ocurrido años atrás en esa fallida boda con Catherine Bell lo había marcado para siempre, y nunca había podido librarse de la mala imagen que de él ella había propagado esa noche.

Se había encargado de que la maldita no surgiera, y le constaba que el mismo Oliver en más de una ocasión le fue de tropiezo para grandes negocios, pero por más que la mantuvieran en la pobreza, impidiéndole volver al círculo al que originalmente perteneció, el daño estaba hecho para siempre.

—Si no puedes contra tu enemigo —sentenció Denise—, únete a él—. Oliver lo miró molesto y sorprendido a la vez—. O al menos —se corrigió Denise con una sonrisa—, finge que te unes a él. Visítalo, hazte su amigo, dale la bienvenida... y luego acaba con él. Dos mil millones no son la gran cosa. La gente que se ha impresionado hasta el momento con su manera de gastar dinero, no se da cuenta de que lo hace sólo porque carece de muchas otras cosas. Encuentra su debilidad, y ataca... como siempre lo hemos hecho—. Oliver sonrió de medio lado aprobando totalmente las palabras de su padre.

Odiaba a todo aquel que amenazaba su estabilidad, así que Joe Riguetti se había ganado un enemigo formidable tan poco después de haber llegado.

Justo antes de que Catherine firmara con CS Technology, el National Trust la llamó para informarle que su crédito había sido aprobado. Fue impresionante, pero Catherine no le hizo ascos a esta posibilidad, y acudió con Sharon para analizar la nueva propuesta. Al parecer, Morris no sólo había cambiado de opinión, sino que también le ofrecía un poco más.

—¿Qué harás? —le preguntó Sharon cuando pidieron un momento para hablar a solas—. ¿Despreciarás el ofrecimiento de CS Technology?

—Desde el principio me pareció muy sospechoso que alguien tan... importante, quisiera invertir con nosotros, pero esto es más sospechoso todavía. ¿Crees que... los White hayan tenido algo que ver?

—No veo nada en sus números que me parezca extraño. La tasa de interés, y todo lo demás está en orden... No veo ninguna trampa legal en la que podamos caer.

—Podría... aceptar las dos cosas, ¿no crees? No estaría tan endeudada en el banco, y la inversión de esta otra empresa no sería tan comprometedora... Esto es increíble.

—Lo que sea que decidas, hazlo pronto, Cath—. Ella asintió, y volvió a hablar con Morris diciéndole que aceptaba la cantidad originalmente solicitada. Luego se comunicó con Joe Riguetti, bajando la cantidad de la inversión ofrecida. Y su expansión echó a andar con toda la fuerza que se había propuesto al principio.

Poco tiempo después, Catharys Beauty estaba abriendo sus primeras tiendas de lujo, lanzando nuevos e inigualables productos, contratando celebridades para ser su imagen y llevando a cabo una campaña publicitaria tan innovadora como agresiva. Empezar a cotizar en bolsa era cuestión de tiempo.

—Parece que al fin se ha despejado el camino —celebró Joyce una vez que almorzó con Catherine y Laverne, que, como siempre, permanecía en silencio en su asiento de siempre en la mesa—. Es como un día nublado que al fin se aclara por la llegada inesperada del verano.

—Qué poética andas —rio Catherine, pero estaba feliz, y sobre todo, aliviada.

No sólo había comprobado que CS Technology era una empresa real y muy seria con sus clientes, sino que Joe Riguetti había ganado muy buena reputación en los últimos meses. Incluso, se estaba posicionando en su mercado por encima de los White, lo que era en extremo sorprendente.

—Un cielo que se despeja tan pronto tampoco es un buen augurio, si es que crees en los augurios —dijo Laverne rompiendo su silencio—. Nadie ayuda gratis, nadie hace favores a cambio de nada. No debiste aceptar ese préstamo de Morris.

—Entonces, ¿debí aceptar la inversión de CS Technology?

—Tampoco.

—¿Y de dónde debía sacar el dinero?

—Trabajando un poco más.

—Tú misma no hiciste las cosas así. También recibiste favores.

—Y por eso estoy como estoy —dijo Laverne elevando un poco el tono de su voz. Se puso en pie, dejó la servilleta sobre su comida empezada y se fue de la sala. Catherine la vio alejarse sintiendo impotencia y tristeza a la vez. A pesar de que había superado el cáncer, a pesar de todo, ella no había vuelto a motivarse por nada en la vida. No hacía nada, no trabajaba, sólo hacía las veces de un ave de mal agüero en su mesa las veces que decidía comer con ella.

A veces incluso extrañaba a la madre fría que fue. Esta sombra en la que se había convertido era agotadora de ver.

—No le prestes atención —le pidió Joyce. Conocía muy bien estos arranques de Laverne—. No permitas que te haga dudar de tus decisiones.

—No dudo. Los resultados me confirman que hice bien.

—Lo sé, pero Laverne sabe meterse en la cabeza de uno. Lo digo por experiencia... —en el momento, Aida, la joven que las ayudaba con la limpieza en el apartamento, le entregó un sobre diciéndole que acaba de llegar. Catherine dejó la copa para recibirlo y de inmediato lo abrió. Era la invitación para una fiesta en casa de Ronald Cooper. Su hija cumplía años.

—Vaya. Hace ya siete años de la vez que fuimos a su primera fiesta —sonrió Catherine—. Cómo pasa el tiempo.

—¿Por qué te invita? ¿Has hablado con él en alguna ocasión?

—No. Lo tendría muy presente. Y tampoco soy amiga de su malcriada hija. De hecho... me odia. Jessica supo ponerla en mi contra aquella vez—. Catherine desechó la invitación, pero Joyce la miró con avidez.

—Deberías ir.

—¿Para qué? —Joyce sonrió.

—Para codearte con la gente de ese círculo, hacer amistades, ganar la simpatía de posibles socios o clientes...

—Toda esa gente nos dio la espalda a mi madre y a mí cuando estuvimos en problemas.

—Pero castigarlos es improductivo. Su vida seguirá normal si los rechazas, mientras que la tuya se puede beneficiar si los perdonas —Catherine apoyó su codo sobre la superficie de la mesa acercando su rostro al de Joyce con ojos llenos de sospecha.

—¿Por qué quieres que vaya?

—Por ninguna razón en particular.

—Ah, te tengo. ¿Crees que tal vez Christopher vuelva a aparecer por allí? Fue en esa fiesta de hace siete años que lo conociste, ¿no?

—¿Cuál es la probabilidad? Además, te invitaron a ti, no a mí.

—Tienes toda la razón. Acabas de convencerme. Iremos a esa fiesta.

—¿Iremos?

—Por supuesto. Eres mi socia y amiga, y la invitación es para dos personas.

—Es para que vayas del brazo de algún galán.

—Pero como no hay galán, irás tú. Si tú no vas, yo tampoco, y así nos perderemos la oportunidad de hacer posibles socios y clientes.

—Qué chantajista—. Catherine se echó a reír, pero luego suspiró y tomó de nuevo su copa.

—Creo que ya es tiempo de volver —dijo en un suspiro—. Conozco ese círculo, ya no me pueden hacer daño.

—¡Revisa de nuevo! —exclamó Oliver White mirando con furia a uno de sus ejecutivos—. No

es posible, ¿no es posible!

—Ya lo revisé varias veces... señor. Las cifras... son las correctas —al escuchar aquello, Oliver gruñó con ira y arrojó al suelo los papeles que tenía en la mano. Los tres hombres frente a él miraron las hojas esparcirse por el aire y caer en todas direcciones parsimoniosamente, contradiciendo el volcán de ira que era el hombre que las había arrojado.

Las acciones de Nvist habían bajado tan sólo un punto, pero era un acontecimiento nunca antes visto. Por lo general, subían o se mantenían, nunca, nunca, bajaban.

A qué, a qué se debía, se preguntaba. Los productos eran igual de buenos que siempre, no había escándalos en la familia, ni siquiera por parte de la estúpida de Jessica. Había un heredero, las cosas estaban bien...

Excepto por la enfermedad de Denise, y el hecho de que él había asumido el cargo recientemente.

La gente no estaba confiando en él, y si las cosas seguían así, pronto habría una venta masiva de acciones, lo que haría que estas se desplomaran.

Tenía que trabajar más en su imagen. Ya su padre se lo había dicho, y Jessica era una mala socia en ese sentido. Pero divorciarse era también negativo, y por eso seguía casado con ella, aunque la verdad es que no la había tocado en años. Ella se metía en su cama buscando un segundo hijo, pero Oliver la rechazaba sin miramientos. Era tan estúpida, era tan boba... La única mujer que él jamás habría despreciado fue quien dañó irremediablemente su imagen pública.

Pensar en Catherine lo ponía de peor humor, así que la rechazó en su mente y trató de concentrarse en las soluciones.

Miró una invitación a un tonto cumpleaños dispuesto sobre su escritorio, y lo tomó.

Su vida social no podía parar por esto. Tendría que usar la máscara de “todo está perfecto” y seguir con su vida. Por supuesto, a esa fiesta no podía ir del brazo de su esposa.

—Es increíble —sonrió William mirando a Samuel ponerse su carísimo traje negro, vistiéndose para la fiesta—. Te prometiste tener a Nueva York a tus pies en seis meses, y lo conseguiste en tres. Todos lamen el suelo por donde va a pasar el CEO de CS Technology. Y en el camino, añadiste unos cuantos centavos a tu fortuna—. William elevó sus dedos pulgares en señal de aprobación—. Eres el puto amo.

—Ya cállate.

—Con un aliado tan importante como Owen Walton, y por supuesto, la amistad de ese Ronald Cooper, era totalmente factible que consiguieras tus metas.

—Has olvidado la inapreciable ayuda de William Walton—. William se echó a reír.

—Por supuesto. Qué sería de Batman sin Robin—. Samuel lo miró elevando una ceja al tiempo que se abrochaba las mancuernas.

—Eso implica que eres el segundón de esta historia, y no es así. Yo tal vez sea Batman, pero entonces tú eres... ¿Acuaman?

—No seas idiota. Soy Superman —Samuel sonrió de medio lado, incapaz de divertirse del todo, ni sentirse orgulloso por sus logros. William lo observó mientras terminaba de alistarse, y en sus gestos no había sentimiento de triunfo ni orgullo, sólo... cansancio—. Deberías estar nervioso por tu primera aparición en público. No estás acostumbrado a estas fiestas, siempre fuiste muy

ermitaño. ¿Por qué estás tan confiado?

—¿Y por qué quieres tú minar esa confianza?

—Es una fantasía mía verte sudar por algo que no sea el ejercicio físico.

—Cállate, asqueroso —William se echó a reír—. Pero sí siento un poco de nervios... Es el cumpleaños de la hija de Cooper, pero... esta noche todos se enterarán de que soy realmente la mente detrás de CS Technology. Hoy me descubriré ante los White... Estos intentarán ponerlo todo en duda, menospreciarme, pero allí estarán mis socios y amigos para respaldarme... Es el todo por el todo. Ya estamos cerca de nuestra venganza, Will—. William asintió.

—Más cerca que nunca. Nada puede salir mal.

Joyce entró con Catherine a la fiesta, quien lucía preciosa con su traje largo rojo vino con escote profundo que en cualquier otra se habría visto vulgar, pero en ella lucía simplemente espectacular. Su maquillaje, obviamente, eran todos de su marca, y realzaba con delicadeza sus facciones. Era su estilo, con poco, conseguir mucho.

Ella, por su lado, lucía un hermoso traje que combinaba muy bien el blanco y el negro, con mangas caídas y escote discreto, el cabello negro recogido en un moño poco elaborado, y un maquillaje que resaltaba sus ojos azules.

Las dos entraron al salón de fiesta con sus pequeños bolsos en sus manos, y las miradas de muchos alrededor se centraron en ellas. Algunos las reconocían, otros ya querían conocerlas. Los que las reconocían, se dividían entre los que se alegraban de verla, y los que no se podían creer que se hubiese presentado.

Es Catherine Bell, cuchicheaban entre sí. La que dejó plantado a Oliver White.

La de aquella horrible y escandalosa boda. Fallida, por supuesto.

La hija de Laverne Brown, que fue a la cárcel.

La que se atrevió a ir en contra de Denise y Oliver White.

No todos cuchicheaban en voz lo suficientemente baja, y Joyce y Catherine llegaron a escuchar algunos comentarios.

—No puedo creer que se haya atrevido a volver —dijo alguien. Pero otros, también decían:

—¿No te parece admirable? Ella, finalmente, se salió con la suya.

Sí, se dijo Catherine a medida que avanzaba por el salón de fiesta sonriendo a algunos, y estrechando la mano de los pocos que se la extendían. Se había salido con la suya. Había luchado y vencido. Y estaba aquí, de camino al triunfo.

Y un poquito muerta por los nervios.

—Deberíamos ir y saludar al anfitrión. Y de paso... a su hija, la que cumple años —le susurró Joyce al oído, y Catherine llenó sus pulmones de aire tratando de disimular su nerviosismo.

—Sí, sí. Pero comamos algo antes de que esa antipática nos eche de la fiesta —Joyce no pudo evitar echarse a reír, y su risa fue calmando poco a poco la ansiedad de Catherine.

Hizo tal como lo planeó. Comió un poco del bufet, bebió una copa de champaña, habló con personas amables, o la mayoría de ellas lo fueron. Varias mujeres le expresaron su admiración por la marca de su maquillaje. Se admiraban de que en verdad fuera una marca tan buena, y la comparaban con otras reconocidas a nivel mundial. Catherine se llenaba de orgullo, y se alegraba

de haber venido. Alguien incluso le propuso llevar sus tiendas a Europa, y le preguntó qué estaba haciendo a ese respecto.

Y entonces lo vio. A la persona que jamás creyó volver a ver, menos en una fiesta como esta, y... tan bien rodeado.

Samuel Slater sostenía una copa mientras era presentado a alguien, y a cada lado estaban Ronald Cooper, el anfitrión de la fiesta, y Owen Walton, un hombre rico y poderoso que por lo general no iba a fiestas. Y él reía y hablaba con ellos como si fueran sus iguales.

Catherine sintió que se enfriaba toda al verlo, y la mano con la que sostenía su copa tembló un poco. Joyce no estuvo a su lado para sostenerla, así que se apoyó en la mesa y dio la espalda.

Samuel aquí. Había vuelto de Inglaterra al fin, al parecer, y... Caminó a un lado del salón saliendo de su campo de visión para poder verlo furtivamente, sintiendo que el corazón se le iba a salir por la garganta, que estaba toda azul por contener la respiración, y que si no se controlaba ya, se iba a echar a llorar.

Sí, a llorar, porque dolía mirarlo.

Su angustia desplazó el montón de preguntas que venían a su mente, y sus ojos se humedecieron irremediablemente. Era doloroso que, aun después de tantos años, con solo verlo, se viera a sí misma otra vez en aquella calle pidiéndole que no la dejara, llorando, casi suplicándole, sólo para recibir una respuesta tan dura.

Has crecido, se reprendió. Has madurado, eres más fuerte ahora que entonces. No necesitas de nadie, mucho menos de él.

Pero ay, las palabras no surtían efecto, y corrió a un baño antes de delatarse. Se encerró en uno de los cubículos y respiró hondo varias veces, por mucho rato, invocando la calma.

No seas estúpida. Te estás rebajando a un nivel que haría chillar a Laverne Brown, se dijo, y aquello le causó risa. Pensar en su madre y sus enseñanzas le devolvió un poco el equilibrio, el saberse inocente de todo le devolvió la tranquilidad.

Cassie no murió por tu culpa, se repitió; fue culpa de los White. Samuel estaba en lo más negro de su dolor y desesperación, pero también tú. Creíste que sin él morirías, pues no fue así. Ve y demuéstalo.

Pega antes de que te peguen. Abandona antes de ser abandonada.

Salió del cubículo y se lavó las manos con agua fría. Retocó su maquillaje y respiró hondo.

Estaba guapísimo. Tenía un traje caro, se rodeaba de gente importante... y eso significaba que alcanzó sus metas, todo su plan de vida del que tantas veces le habló, desnudos en la cama, o vestidos en una mesa... le funcionó.

Claro que le funcionó, sonrió. Él era inteligente entonces, y seguro ahora lo era aún más. Era determinado, enfocado, líder nato, casi un ñoño metido en sus libros, y hablando de los cambios en los mercados, la evolución del mundo, la utilidad de los medios digitales para hacerse rico.

Lo era, ya lo era, y por lo que veía, también poderoso.

¿Qué hacía aquí?

Sintió un apretón en un estómago cuando de su mente empezaron a venir muchas preguntas que ahora no era capaz siquiera de poner en orden, pero su aparición aquí no parecía gratuita, ni casual. Tenía un propósito. Samuel Slater no daba puntada sin dedal.

Luego de serenarse, agradeció el hecho de haberlo visto primero. Ahora tendría la calma de incluso saludarlo y hacer como si no le perturbara el hecho, cuando lo cierto fue que minutos antes estuvo a punto hasta de vomitar.

Por fin buena suerte para ti, se dijo saliendo de los baños y volviendo exactamente al punto donde estuvo antes de verlo. Veamos qué reacción tiene cuando te vea a ti.

Samuel reía de una broma de Jason Rutherford cuando la vio. Estaba de rojo, tenía una champaña en la mano, con su cabello corto recogido y... luciendo absolutamente preciosa. No había nada en ella que no fuera perfecto, su piel relucía, el vestido realzaba sus encantos, sus gestos al hablar eran tan refinados... una dama perfecta.

—Parece que el joven quiere ser presentado —dijo Jason mirando significativamente a Ronald, y éste sonrió.

—De hecho, ya se conocen. Y, Rutherford, la dama a la que admiramos es la razón de todo.

—La razón de todo —repitió Samuel como tonto sin dejar de mirar a Catherine, pero entonces ella se giró y al fin lo vio. Pareció sorprendida, pues elevó sus cejas, paseó sus ojos por todo él, desde los pies, hasta la cabeza, aprobó con un gesto de sus labios, y volvió a mirar a otro lado.

Samuel abrió sus labios quedándose totalmente pasmado. Sabía que el reencuentro se daría, que en algún momento tendrían que verse. Creyó estar preparado al menos para soportarlo, pero ni en sus más sombrías fantasías esperó que fuera de este modo.

Entonces tenía razón. Ella lo había superado.

Alégrate. Deseaste esto. Y es lo mejor para ella.

—Explícame eso —dijo Jason ante las últimas palabras de Ronald.

—Bueno... es una historia larga. Y muy pocos la saben...

—¿Vas a contar, o no? —Ronald se echó a reír y abrió la boca para empezar a hablar, pero fueron interrumpidos por Owen, que había ido por la dama de la que hablaban y ahora estaba delante de ellos.

—Catherine, permíteme presentarte a este caballero... Samuel Slater. Samuel, esta es Catherine, una gran empresaria en auge—. Samuel seguía con su boca abierta, pero la cerró y extendió la mano a ella.

—Ho... Hola... Cath... Quiero decir... Catherine.

—Me está jugando una broma, señor Walton —dijo Catherine con soltura, como si conociera a estas personas de aquí de toda la vida, cuando lo cierto era que nunca había cruzado palabras con ninguno; excepto Cooper, aquella vez, en aquella fiesta—, pues parece olvidar que ya conozco a Samuel Slater personalmente. Por supuesto, en aquella época ni él ni yo éramos... empresarios en auge.

—¿Cómo podría saberlo?

—Porque lo sabía su hijo, el mejor amigo de Samuel.

—Entonces conoces a este caballero muy bien —sonrió Ronald Cooper, que miraba la mano de Catherine aún en la de Samuel, pues este no la había soltado.

—Oh, sólo un poco. No puedo presumir de más—. Catherine al fin retiró su mano, y Samuel seguía mirándola en silencio.

Habla, estúpido, se reprendió. ¡Reacciona!

Estaban llamando la atención. Las personas alrededor encontraban interesante este peculiar grupo de personas reunidas en medio de la fiesta. Tres titanes de las finanzas junto a una principiante y un total desconocido.

Pero para Samuel, parecía que allí solo estaban los dos. Se había olvidado de todos en la fiesta, no imaginó que la encontraría aquí, era una total sorpresa, pero no se hizo preguntas ahora, la estaba mirando a los ojos al fin, luego de tantos años.

—Estás... preciosa —perfecto, quiso llorar Samuel. Ahora parecía un puberto balbuceante ante una estríper.

—Gracias.

—Yo... —Él cerró sus ojos. Parecía que la visión de ella lo encandilaba, lo aturdía, y se giró parcialmente para que ese brillo dejara de cegarlo.

Pero es que estaba tan bonita.

Sé fuerte. Sé valiente.

—No esperé verte aquí.

—Imagínate mi sorpresa —no, ella no había parecido sorprendida, sólo... un poco curiosa.

Perdóname, quiso decir. Pero ah, no era el momento.

Aún te amo.

No, no, no.

Pero sus ojos sí lo decían. ¿Lo entendería ella?

Mejor no.

—Me alegra saber que estás bien —dijo él.

—Oh, ¿te alegra?

—Claro —se sorprendió él ante esa respuesta.

—Me alegra que te alegre. ¿Estás... radicado en Nueva York?

—Sí —iba añadir que estaba con Harper, pero de repente pensar en su sobrina lo enfrió un poco —. Sí. Ahora vivo aquí.

—El señor Slater no solo ha traído su domicilio, por lo que he escuchado —sonrió Ronald Cooper entrometiéndose en la conversación de la pareja—. También sus empresas.

—Sus... empresas —repitió Catherine, haciendo énfasis en el plural y mirando a Samuel a los ojos. Samuel miró a Owen como enviándole una señal, y éste asintió.

Era el momento perfecto.

—Samuel Slater es el cerebro detrás de CS Technology —sonrió Owen—. Fundador y socio mayoritario de un conglomerado que no ha parado de crecer desde que se fundó. Seguramente has oído hablar de él, querida Cath—. Catherine tenía una sonrisa cortés congelada en el rostro.

CS Technology. ¡Por supuesto que había oído hablar de él! ¡El maldito había invertido una muy buena cantidad en Catharis Beauty!

Elevó una ceja mirando a Samuel, y la sonrisa ahora parecía una mueca.

—Así que fuiste tú—. Samuel no dijo nada, sólo la miró y la miró como hacía unos minutos. Catherine se echó a reír—. ¡Impresionante! —dijo paseando su mirada por cada uno de los caballeros ante ella. Alrededor, se había formado un círculo de curiosos que escuchaba cada palabra, y algunos impresionados por la noticia recibida, cuchicheaban. Qué bueno dejar de ser el centro de atención, porque ahora lo era él.

Y tal vez todo estaba planeado, él había venido con una estrategia muy clara y la había puesto en marcha nomás llegar, y ella, por ignorante, había puesto en sus manos su empresa. Era un inversor muy importante, y si acaso quería hacerle daño, ella... Oh, ella tendría que volver a luchar.

CS Technology. Cassie Slater Technology, seguramente. O Cassie y Samuel Technology. Él había vuelto para vengarse.

Y también de ella, porque aunque no era la culpable, sí había estado involucrada. Él se lo había dicho esa vez... había perdido a su hermana por un romance con ella. No, recordó. Por un polvo. Pestañeó repetidamente tratando de disimular el miedo que ahora sentía, la desilusión, el dolor. Miró a Samuel, que respondía a algo que Jason Rutherford, otro hombre asquerosamente millonario, le preguntaba.

¿De la talla de los Rutherford, Cooper y Walton? ¿Así de rico era?

Había oído que sí. Todos no hacían sino hablar de lo escandaloso que estaba siendo el CEO de CS Technology ostentando su dinero, dejando miles de millones en un banco, y otros miles en otro para que entre sí se pelearan, comprando obras de arte, casas carísimas, rascacielos enteros...

Había llegado pisando fuerte y para romper todo a su paso.

¿Estaba ella en su paso?

—¿Qué es todo esto? —preguntó alguien tras ella. Una mujer rubia y hermosa se metió en su círculo y besó las mejillas de Ronald Cooper, y Catherine comprendió que era su hija, la que cumplía años—. Es mi cumpleaños, no una reunión de negocios. Hola, querido Sam—. Robin besó ahora la mejilla de Samuel, que frunció su ceño sin mirarla. Robin la miró a ella entonces—. ¿Te conozco?

—¿Debería?

—Estás en mi fiesta, ¿no?

—Ah. Entonces fuiste tú quien me envió la misteriosa invitación. Vine porque tenía mucha curiosidad, pero ya está saciada.

—Catherine —la llamó Samuel mientras ella se daba la vuelta, y eso la congeló allí en su sitio. Lentamente, se giró para mirarlo. Robin lo miraba con adoración, pero no lo tocaba, lo que le envió una señal—. Me alegró... volver a verte—. Catherine sonrió, pero ni asintió ni negó, y tampoco dijo nada, y luego de una corta disculpa, salió de allí con la cabeza muy en alto.

—Samuel Slater es el verdadero dueño de CS Technology —casi aulló Joyce cuando se volvió a ver con ella—. No es Joe Riguetti. ¡Es Samuel!

Y la misma información iba y venía en oleadas por todo el salón de fiestas. Algunos incluso habían empezado a hacer fila para ser presentados.

Catherine había estado caminando con el pequeño bolso en su mano directo a la salida, llena de temores, preguntas, ira, pero sobre todo, llena de admiración.

No, estúpida, no te admires, ¡enfádate!

—Ya lo sé —le dijo a su amiga—. Nos engañó, y ahora tiene una importante inversión en Catharis Beauty.

—Oh, Cat.

—Le devolveré su dinero en cuanto pueda... No tendrá razón para lastimarnos, y...

—¿Crees que ese haya sido su propósito? ¿Lastimarnos por lo ocurrido? —Catherine dejó salir el aire y se detuvo soltando las faldas de su vestido.

—No a ti. A mí.

—Cath, estoy tan metida en esto como tú.

—Pero no tienes nada que temer.

—¡No me digas eso! ¡Claro que sí! Si algo le pasara a la empresa... —Joyce siguió hablando, pero Catherine se había detenido en su afán de salir de la fiesta y ahora estaba quieta y con sus ojos cerrados.

¿Qué era lo peor que podía pasar ahora que Samuel había vuelto como un hombre rico y poderoso, con mucha sed de venganza?

Podía acabarla, y si usaba métodos desleales, sólo necesitaría unos días para conseguirlo, pues su pequeña empresa apenas estaba empezando a florecer.

No sentiría tanto miedo de no ser por esa inversión. ¿Planeaba derrotarla desde adentro? Todos los documentos estaban firmados, y él estaba tan comprometido como ella a respetar los pactos, pero eso a un hombre que ya lo tiene todo y lleno de odio le podía importar un bledo.

¿De verdad, de verdad, la destruiría?

Se giró para mirar en dirección a Samuel, pero ya estaba fuera de su vista por el tumulto de gente que lo rodeaba. No pudo evitar pensar en lo injusto que era todo; tanto que le había costado encontrar lo que tenía, y lo iba a perder por culpa de un amor que también perdió.

A él también lo había perdido, y le había dolido casi hasta partirle el alma, y le seguía doliendo. ¿Tendría que soportar ver que el hombre que más amó alguna vez se convirtiera en su enemigo? ¿Podría contra eso?

Respiró hondo tratando de calmar sus miedos. No tenía muchos argumentos para eso, sólo su intuición. En lo profundo de su ser, no creía a Samuel capaz de algo así. La última vez que se vieron, allá en Altoona, él no expresó odiarla, sólo había menospreciado el valor de su relación, disminuyéndolo a lo absurdo, hiriéndola de paso. Pero no habló de odio, después de todo, ella no le había hecho daño directamente.

Y además estaba, otra vez, ese fuego en sus ojos. Una luz que llameaba en el fondo, y que siempre había calentado su alma, haciéndola sentir en un lugar seguro. Era la misma luz, la misma llama que se encendía cuando la veía desnuda, o le expresaba sus sentimientos, o reía por algo que ella dijera. Esa luz estaba allí, todavía.

Podía no significar nada. Podía ser algo que siempre se imaginó, y que volvía sólo porque lo hizo él.

Pero podía ser todo.

—Estoy impresionado. ¡Ustedes dos aquí! —tanto Joyce como Catherine se giraron, para encontrarse con la alta figura de Oliver White, con su caro traje hecho a medida, su cabello rubio bien recortado y la barba bien cuidada que ahora ostentaba. Tenía ambas manos en los bolsillos y una actitud algo displicente. Las miraba como mira un anciano a dos niñas muy traviesas, y Catherine sentía que ahora lo odiaba aún más. Si hubiese podido, le habría puesto la cara morada de un puñetazo.

Joyce también endureció su expresión, y dio un diminuto paso atrás tomando la mano de Catherine, como diciéndole que estaba lista para correr si acaso se hacía necesario.

—¿Por qué me miras así, querida? Somos amigos desde hace mucho tiempo.

—Púdrete —susurró Catherine, y lamentó aquello. Oh, había imaginado todo tipo de cosas para la próxima vez que se encontrara esta caca de perro en su camino, pero había subestimado su propio odio. Lo que le había hecho a ella, a su madre, a Cassie... todo se revolvía dentro de ella convirtiéndose en el ingrediente necesario para que su odio y su mala sangre empezaran a echar chispas.

—Todavía no, mi Cath. Todavía no. ¿Cómo te está yendo con tu tienda de maquillaje? Escuché que te negaron un préstamo hace tiempo. Pobrecita. Si me hubieras dicho lo que necesitabas, te habría ayudado...

Oliver siguió hablando, y la mente de Catherine se fue aclarando al fin, ya no veía todo rojo. Por supuesto, él había estado detrás de la negación del préstamo, pero entonces... no estaba enterado de que poco después se habían retractado y habían firmado. Hasta ahora se preguntaba qué había pasado realmente. ¿Alguien más poderoso que Oliver convenció a Morris de aflojar? ¿Qué diablos había sucedido?

La respuesta vino por sí sola. Samuel Slater había tenido que ver también con eso. Al verla reticente a recibir la inversión, manipuló para que le aprobaran el crédito.

Y aquello fue toda una revelación. Si él tuviera intención de destruirla, ese acto era un poco contradictorio. Había tenido tiempo de atacar, pues de eso hacía ya varios meses, y por el contrario, ella pudo crecer y ampliar sus cimientos.

¿La odiaba o no? ¿Intentaba destruirla o ayudarla?

Oliver seguía hablando, diciendo estupideces acerca de todo lo que se estaba perdiendo por no haberle hecho caso, pero ella ya no lo escuchaba desde hacía rato, y giró su cabeza buscando a Samuel, y esta vez, su miradas se conectaron. Los ojos de él, al ver a Oliver, ya no llamearon, sino que se endurecieron como un témpano de hielo por el odio, y lo vio desembarazarse de toda la gente que le hablaba y caminar directo a ellos.

Su corazón se saltó un latido por la confrontación que estaba a punto de ocurrir, pero después de ese microsegundo, lo que hizo fue reír. Elevó su mirada a Oliver, y con la misma sonrisa le dijo:

—Tienes los minutos contados, White—. Él se quedó en silencio al fin, mirándola confundido, y al instante estuvo Samuel entre los dos.

—¿Te molesta, Cath? —Catherine lo miró y tragó saliva. Samuel tenía una mezcla de preocupación y odio en su semblante. Preocupación por ella, odio hacia Oliver.

No te dejes engañar, se reprendió.

—Aunque así fuera —dijo—, yo sé defenderme sola.

—¿Quién diablos es este...? —Oliver se quedó en silencio a mitad de la pregunta. Reconocía a Samuel, claro que sí. Lo había visto en varias ocasiones, aunque sólo hablaron una vez.

La cara de Oliver fue todo un poema. Palideció un poco, se quedó en silencio con una palabra incompleta en la boca, y toda la comprensión llegaba a golpe en su estrecha mente, y casi se podía ver cómo juntaba toda la información.

Pero, como siempre, la prepotencia le ganaba a la inteligencia y la diplomacia, y torció el gesto en una mueca de desprecio.

—¿Qué hace esta persona aquí? ¿Eres un camarero? ¿Todavía persiguiendo a Catherine?

—¿Te parece que está vestido como un camarero? —casi ríe Catherine, inevitablemente sorprendida por las deducciones de Oliver—. No cabe duda de que eres tan estúpido como siempre.

—Tú...

—Persigo a otra persona, de hecho —dijo Samuel metiéndose los puños al bolsillo y mirando directamente a los ojos a Oliver. Tan sólo era dos centímetros más alto que él, pero Catherine se sentía mirando a dos gigantes. Sintió la mano de Joyce apretar su brazo, casi había olvidado que seguía allí.

—¿De dónde saliste? —se burló Oliver.

—De las cloacas del infierno —respondió Samuel sin inmutarse.

—No cabe duda. Es verdad; llevas un traje caro, ¿quién te lo prestó? ¿Quién te permitió entrar a una fiesta tan distinguida? ¿Viniste a buscar empleo, o algo así?

—Es el dueño de CS Technology —dijo Catherine casi con placer—. Y no ha venido a Nueva York a buscar amigos, sino a cazar a sus enemigos—. Samuel la miró al fin, y sus ojos sobre ella estaban llenos de cosas que ella no entendió, y no quiso analizar.

Oliver cerró al fin su boca y parecía haberse convertido en un bloque de hielo, y Catherine, que sentía la mirada cálida de Samuel, dio un paso atrás llevando consigo a Joyce.

—Estaré esperándolo, señor Slater, si acaso tiene algo reservado para mí. Sólo sepa que daré la pelea —y sin añadir nada más, se alejó.

Unos pasos más adelante se detuvieron para reclamar sus abrigos y salir de allí tan rápido como dignamente se podía.

—Tal vez no debimos venir —se lamentó Joyce—. Lo siento. No debí presionarte.

—No, estuvo bien que al fin me enterara de su regreso —contestó Catherine con voz pesadosa—. Su propósito era revelarse hoy, y a Ronald Cooper no le importó opacar el cumpleaños de su hija con tal de ayudarlo. Si estamos en el lado de sus enemigos o no, pronto lo sabremos...

—Joyce —llamó alguien tras ellas interrumpiendo a Catherine, y ambas se giraron a mirar. Un hombre guapísimo, de cabellos castaños, lentes de armazón dorada y ojos claros la miraba un poco sorprendido. Era Christopher Rutherford, el chico que estuvo a punto de tener una cita con Joyce hace años y nunca acudió. Por quien ella, secretamente, todavía suspiraba.

Ambas lo miraron boquiabiertas. Él era alto, de espaldas anchas y manos bonitas, manos que extendió a ella como si quisiera tomar la suya, como si quisiera llevársela a algún lugar alejado.

—Chris... Christopher... Tú...

—¿Cómo estás? —preguntó él con la mirada más dulce que Catherine jamás viera, y no pudo evitar reír internamente. Esta estaba siendo la noche de los reencuentros.

—Me iré primero —le dijo en el oído a Joyce, y ésta sólo atinó a asentir sin quitarle de encima los ojos a Christopher.

Catherine miró de nuevo a la pareja, que parecían haberse perdido en un mundo de cielos azules, lleno de nubes color rosa y cerezos en flor. Todo un estallido de poesía y color.

Primero sácale la verdad, quiso decirle a su amiga, por qué se perdió de esa manera.

Pero ya habría tiempo para eso. Ella sabía exactamente lo que era estar en el cielo.

Miró de nuevo hacia la fiesta, pero desde aquí no alcanzaba a ver ni oír lo que sucedía dentro, y sin pensar en nada más, salió de allí.

Samuel miró la dirección en la que Catherine se había ido ignorando momentáneamente a Oliver, pero en cuanto ella se perdió de vista, se concentró de nuevo en él.

—Tiene que ser una broma —se burló Oliver mirando a Samuel de arriba abajo—. ¿Tú un empresario? ¿Dueño de...? Ah, viéndolo bien, tiene sentido que seas tú. Un nuevo rico comportándose como nuevo rico. ¿Qué regalo enorme y ostentoso le trajiste a la cumpleañera? ¿Has vuelto para reclamar tu lugar en la cama de Catherine? ¿No sabes acaso cuántos amantes ha tenido desde que... casi se casa conmigo? Una perra total—. Samuel entrecerró sus ojos. A su mente vino la imagen de él intentando estrangular a Catherine, tanto y tan fuerte, que casi hace que sus pies se separaran del suelo.

El que había tomado aquel video no perdió detalle alguno, y sabía que el cuello de ella había estado entre sus manos por más de un minuto, y a punto estuvo de matarla de verdad.

Era un asesino. Era lo peor.

Sus deseos de cogerlo a puñetazos hasta volverlo una pulpa sanguinolenta en el suelo alcanzaron a nublar un poco sus pensamientos. Cuánto había deseado que llegara este día, ¡cuánto seguía anhelando el momento de poder ponerlo donde se merecía!

En sus meses en Nueva York, había podido estudiar más de cerca la empresa de su familia. Eran retorcidos, tenían malos tratos con la gente, manipulaban, amenazaban, presionaban...

Pero era cuestión de tiempo, se dijo tratando de calmar sus instintos asesinos. Había visto imperios más grandes caer desde más alto. Quedaba poco tiempo.

De pronto, se hizo consciente de que llamaban mucho la atención. La gente no tenía ni idea de qué había entre los dos, pero la animosidad era demasiado evidente. No había venido a esta fiesta para declararle la guerra abiertamente a los White, sino para darse a conocer, de modo que, aunque se moría de ganas por romperle los huesos a este malnacido, y decirle lo que le corría pierna arriba, debía comportarse a la altura de sus anfitriones, y de los otros hombres que le habían dado su apoyo.

Qué difícil era, por Dios, cuando sus puños estaban clamando por aterrizar repetidamente sobre la cara del causante de sus miserias, sus noches en blanco, todo su pesar.

Pero la confrontación tendría que esperar.

Miró de nuevo hacia la salida, pero Catherine hacía rato que ya se había ido.

—No voy a gastar mi energía contigo —le dijo a Oliver con voz llena de desprecio—; después de todo eres un pelele que no ha sabido mantener el precio de sus acciones desde que tomó las riendas de la empresa familiar.

—¿Qué estás tratando de...?

—Buenas noches, señor White.

—¡Tú no me dejas con la palabra en la boca! —exclamó Oliver en voz un poco alta, y todos alrededor se giraron a mirarlo. Un total desatino, comprobó Samuel sonriendo internamente. Había pensado que quien perdiera los estribos sería él, pero estuvo equivocado.

—Señor White, ¿algo lo molesta? —preguntó la voz de Ronald Cooper a la izquierda de Samuel, y casi de inmediato apareció Owen Walton ubicándose a la derecha. Todo un frente unido, y eso

debió parecerle a White, que los miró un poco boquiabierto por esa defensa tan inmediata.

—Sólo quiero que expliques tu presencia aquí —insistió Oliver mirando a Samuel.

—No tengo por qué hacerlo. Soy un ciudadano libre y voy a donde me plazca. Pero quiero ser amable esta noche; Ronald Cooper me invitó a su fiesta, y me pareció descortés rechazarlo cuando ha sido tan amable.

—No me la creo. Si tus intenciones fueran normales, no habrías estado escondido detrás de ese hombre que se hizo pasar por el CEO todos estos meses. Has actuado ladinamente, y...

—Si le parece que he actuado en contra de la ley, puede denunciarme, señor. Pero yo en su lugar tendría mucho cuidado; he escuchado que tiene rabo de paja. Si acaso pisa una corte, tal vez ya no salga de allí—. Oliver lo miró frunciendo su ceño sintiéndose muy disgustado. Estaba acostumbrado a ser él quien intimidara, nunca estuvo él al otro lado en estas situaciones.

Al fin elevó su mirada y pudo ver alrededor. Las caras de los otros invitados eran muy poco amables con él, pero en cambio, muy condescendientes con Slater. Había venido a esta fiesta para elevar un poco su popularidad, pero al parecer, había conseguido todo lo contrario.

Intentó relajarse, recordar el propósito por el que había venido, pero tener a Samuel delante no le ayudaba. Odiaba a este sujeto, lo odiaba porque por su culpa nunca pudo tener a Catherine. Había creído vencerle hacía tiempo, deshacerse de él, dejarle claro quién era superior, pero había vuelto como vuelven las cucarachas y ahora estaba dispuesto a enfrentársele.

Maldita fuera.

—Lamento el momento incómodo —dijo con una sonrisa y mirando al anfitrión—. Somos amigos, Cooper. No quiero echar a perder su fiesta.

—Entonces lo invito a pasarlo bien—. No, Oliver no podría pasarlo bien en el mismo espacio que este hombre, así que se disculpó, y tan sólo unos minutos después de haber entrado a la fiesta, tuvo que irse.

Samuel lo miró alejarse con sus puños aún en sus bolsillos, lamentando profundamente que este no fuera un ring de boxeo donde pudiera dejarlo hecho mierda con sus propias manos.

—Es sólo el primer asalto —le dijo Owen, como si le leyera la mente—. Lo bueno viene ahora, no te dejes llevar por las emociones.

—No, no —contestó Samuel muy calmado—. Llevo demasiado tiempo planeando esto como para echarlo a perder por la ira.

—Pero casi lo haces, cuando viste que hablaba con Catherine —Samuel miró al fin a su amigo y mecenas. Owen lo sabía, claro que sí. Sabía que Catherine era su dolor, su espina eternamente clavada, su punto débil por siempre.

—Intenté ser indiferente, pero...

—No lo intentes. Habla con ella.

—No puedo.

—Has resistido todos estos meses... y has sufrido por eso. No le veo propósito alguno. Habla con ella.

—No puedo —repitió Samuel—. Ella es... demasiado...

—Samuel, si no sacas todo lo que tienes dentro y que ella provoca, se va a pudrir dentro de ti. Mi recomendación es que seas valiente y la busques—. Samuel cerró sus ojos, y, sacudiendo su

cabeza, se alejó de Owen Walton.

Éste sólo lo miró y suspiró.

Luego, dejó salir una risita. Había hecho una apuesta consigo mismo: Samuel no resistiría mucho tiempo más, sobre todo, ahora que Catherine sabía que estaba aquí.

Oliver subió a su auto y tomó el teléfono para llamar a su padre. En pocos minutos, le contó todo lo acontecido en la fiesta.

—No lo provoques —le dijo Denise con voz cascada—. Ve con cuidado.

—¿Por qué tendría que cuidarme de ese maldito? Tuve que venirme pronto, porque ese maldito tiene encandilados a toda esta gente. No los necesito, son unos...

—Sí los necesitas. Tus relaciones públicas están cada vez más...

—No voy a lamerle el culo a gente que no me apoya...

—¡Te digo que te andes con cuidado, maldición! —exclamó Denise—. ¡Samuel Slater te odia! ¡Tiene, o cree tener motivos para eso! Cuida tus espaldas, cuida tus finanzas, porque podría querer vengarse.

—No le hice nada a ese maldito.

—¿Lo que le hiciste a Catherine?

—Se lo hice a Catherine, no a él.

—Diablos, no puedo creer que tengo un hijo tan idiota.

—¡Papá!

—¡Te digo que te andes con cuidado porque cree que matamos a su hermana! En los días de esa fallida boda, ¡su hermana murió en un accidente y nos investigaron por eso! —Oliver palideció.

—¿Tú... lo hiciste? —como Denise no contestara de una vez, Oliver se echó a reír—. ¿Lo hiciste? Te amo, papá.

—No estás entendiendo, Oliver. Una cosa es meterse con un don nadie y hacerlo pasar canutas, otra cosa, con alguien tan poderoso. ¿Crees que te daría ese consejo, ir con cuidado, si no creyera que puede convertirse en un enemigo formidable? —Oliver tomó aire y sosegó su risa.

—Que lo intente. Es un recién llegado, y sepa Dios de dónde sacó su dinero. Que lo intente. Estaré esperándolo—. Denise quiso gruñir de pura frustración, pero Oliver cortó la llamada.

Luego del encuentro con Catherine, y la pequeña discusión con Oliver, la fiesta se arrastró lenta y angustiante para Samuel. Estaba allí, y al mismo tiempo, no. Saludaba a la gente y sonreía, pero era la máscara que llevaba desde hacía muchos años, una máscara de civilidad y sosiego que pesaba, pero que se ponía para no preocupar a los demás.

Pero la verdad era que el cuerpo le picaba, por dentro quería gritar.

Así que, en cuanto se hizo medianamente aceptable, se excusó con Ronald Cooper y se fue de la fiesta. Varias mujeres intentaron detenerlo, entre ellas la misma Robin, pero ya era experto evadiéndolas sin parecer grosero o descortés, y pronto estuvo en el asiento trasero de su Bentley, conducido por Howard.

—¿A casa, señor? —preguntó el escolta, y al no recibir respuesta, miró hacia atrás. Samuel tenía la espalda doblada y mostraba dificultad para respirar—. ¡Señor! ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí —dijo al fin enderezándose en su asiento—. Llévame a casa, por favor—. Howard lo miró de hito en hito por un momento más, y luego de que Samuel repitiera la orden con tono más tranquilo, puso el auto en marcha.

—Te espero en el gimnasio, Howard —dijo Samuel en cuanto llegaron al edificio de apartamentos y saltó al suelo. Howard miró su reloj, eran pasadas las once, y casi gimió ante lo que le esperaba. Iba a ser una de esas noches.

Samuel no entró a su apartamento, sino que fue directo al gimnasio que había instalado en uno de sus pisos. Era suyo, y se especializaba sobre todo en el boxeo, así que entró y sólo se quitó la chaqueta de su traje y la camisa, dejándolas en el suelo de cualquier manera, y luego de sacarse el cinturón, empezó a vendarse los nudillos de las manos.

Cuando Howard llegó, lo encontró calentando, todavía con sus carísimos zapatos, pero ansioso por empezar.

Ojalá sólo sea una hora, quiso rogar Howard, así que empezó a recibir los golpes de sus puñetazos en las almohadillas que se puso en las palmas.

Catherine llegó a casa en silencio, caminando en la oscuridad para no despertar a su madre, quitándose sus pendientes y el vestido dentro del baño y sin hacer el menor ruido.

Son alucinaciones tuyas, se dijo una vez más. Samuel no siente nada por ti. No importa lo que digan sus ojos, pasaron seis años y ni una sola vez se comunicó contigo, y luego de tres meses en Nueva York, y de saber dónde estabas, tampoco te contactó.

Sabía dónde y cómo estaba porque había invertido en su empresa, pero usó un tercero para no tener contacto. Si ella hubiese podido, sí lo habría contactado, sí hubiese sentido, al menos, curiosidad por saber cómo estaba, si había seguido adelante. De hecho, lo intentó, pero a Samuel nunca le interesaron las redes sociales, no tenía cuenta sino en WhatsApp, pero una vez fuera del país, le perdió el rastro.

Seis años en silencio, y luego, tres meses más de indiferencia. La manera como le habló en la fiesta, aunque tartamudeó un poco, debía tratarse a lo inesperado que era que ella se encontrara allí.

Se desmaquilló cuidadosamente y se miró al espejo tal cual era.

En una sola noche, el dolor que ya se había adormecido, y la esperanza perdida, habían vuelto de golpe, y luego de analizar las circunstancias, sólo había quedado el dolor.

¿Por qué no te he olvidado? ¿Por qué tu nombre aún es dolor? ¿Por qué no he podido sacarte de mi corazón? ¿Es esto una señal de que debo forzarme a seguir adelante también en ese sentido? ¿Cómo voy a hacer para aceptar a alguien más, si todo mi corazón lo llenas tú?

Reprimió un sollozo, y una lágrima rodó por su mejilla. Qué doloroso era amarlo, ¡y cuán difícil olvidarlo!

—Frank... —jadeó Howard escondido en el baño del gimnasio, luego de pedirle tiempo fuera a Samuel—. Tienes que venir —dijo—. Es Samuel... está en el gimnasio... lleva tres horas entrenando... y no tiene intención de parar.

Frank, que había estado dormido como cualquier ser humano normal un sábado en la madrugada, se sentó en su cama y suspiró.

Samuel entrenando en la madrugada, otra vez.

—¿Es una de esas noches?

—Eso parece... pero es peor, peor que siempre, Frank. Joder, ven a salvarme —Frank reprimió una mueca de tristeza.

—Ya voy.

En pocos minutos estuvo en el gimnasio, y al ver a su hijo sintió ese apretón en el abdomen. Estaba totalmente bañado en sudor, el cabello empapado soltaba gotitas de sudor que se disparaban en todas direcciones cada vez que daba un golpe, y miraba el saco de boxeo que Howard le sostenía golpeándolo una y otra vez con todas sus fuerzas.

Reparó entonces en que no era el saco de siempre, y encontró arena regada por todo el lugar. Al parecer, ya había roto uno.

—Para ya, Samuel —dijo Frank en voz alta. Para Samuel, como si sólo el viento pasara—. Howard, ve a descansar —ordenó Frank, y Howard lo miró lleno de alivio.

—¿Lo vas a reemplazar tú? —le preguntó Samuel mirándolo ceñudo. Frank miró su reloj.

—Sólo media hora más. Howard.

—Ya me voy. Gracias—. Frank asintió sin quitarle la mirada de encima a su hijo.

Cuando quedaron solos, Frank tomó la posición de Howard detrás del saco de boxeo. Samuel estaba totalmente concentrado, y aunque ya se le veían signos de cansancio, como la sombra oscura bajo sus ojos, o la poca fuerza que le imprimía a sus golpes, no se detenía.

Tragó saliva, porque sabía perfectamente a qué se debía el estado de su hijo. Sabía que al llegar a Nueva York estas crisis se intensificarían, y no se había equivocado. Le constaba que anoche sólo había dormido un par de horas, y ahora esto.

Pero todo había empezado seis años atrás, luego de la muerte de Cassie. Perder a su hermana melliza lo había enloquecido, y los primeros días luego de enterrarla fueron un total infierno para todos, pero mientras él había terminado resignándose y aceptando la ausencia de su querida hija, Samuel había terminado por perder un poco la razón. No era el mismo de antes, el chico de buen humor que siempre le encontraba el lado positivo a todo, que incluso se había enamorado a pesar de sus propios planes y había reacomodado todo a su nueva situación se había ido para siempre.

Aquel accidente, y luego, perder a la mujer que amaba, le habían dejado la mente hecha un total caos, y no se había recuperado a pesar del paso del tiempo.

Los primeros meses fueron una tortura, siempre taciturno, siempre de mal humor. Pasaba las noches en blanco estudiando o frente a un saco de boxeo, tal como ahora. Y en el peor de los casos, se embriagaba hasta perder la consciencia. Si el nombre de Cassie le dolía al ser pronunciado, el de Catherine le escaldaba el alma, y había terminado por no mencionarla nunca más.

Frank, por supuesto, se preocupaba por su hijo. Entendía que lo de Cassie le doliera, pero no entendía que se volviera incapaz de seguir adelante con su vida. Parecía que más que su hermana se le hubiera muerto el alma y las ganas de vivir, así que una noche se peleó con él y le gritó que a Cassie jamás le habría gustado verlo así, pero su hijo, entre lágrimas, sólo pudo responderle que Cassie debía estar odiándolo allá donde se encontrara.

—¿Se murió por mi culpa, papá! —gritó entonces—. Se murió porque me enamoré de una mujer, y lo peor es que sigo enamorado de esa mujer. He intentado arrancarme este sentimiento del alma, del corazón, ¡y simplemente no puedo! —Frank lo había mirado pasmado.

No encontraba la relación entre estos dos eventos, así que casi a golpes hizo que Samuel le contara todo. Ponerlo en palabras fue muy doloroso para él, pero consiguió que se desahogara, y Frank supo la verdad. El accidente de Cassie no había sido tal, lo provocó un hombre en venganza por haber puesto sus ojos en la mujer que quería para sí: Catherine.

Ay, ay, lloró Frank al entenderlo. Samuel, su pequeño Samuel. No sólo había perdido a su hermana, la persona que casi era parte de su alma, la mejor amiga, compañera de vientre, de juegos, de todo... también a la única mujer en la que en verdad se había interesado desde que naciera, la única que trajera a casa y a la que siempre miró como si fuera lo más valioso sobre la tierra.

Le habían quitado todo a su hijo, le habían roto el alma de manera insana, cruel, despiadada. ¿Cómo iba a hacer para que se levantara de nuevo? La culpa lo estaba matando, envenenándolo desde muy adentro, torturándolo.

Sí, dormir, intentar conciliar el sueño, debía ser una pesadilla cada noche.

—¿Ella lo sabe? —le preguntó Frank entonces, y Samuel, totalmente destruido por dentro, le dijo que sí.

Oh, pobre muchacha, pensó Frank. Pobre hijo suyo. Pobre par de almas condenadas.

Un padre siempre debería poder consolar a sus hijos, pero comprendió que en este caso sólo le quedaba cuidarlo para que no se autodestruyera, para que su dolor no terminara de matarlo a él también.

Pasó el primer año, Samuel terminó sus estudios y además empezó a consolidar su primera empresa. Ni se mencionó la posibilidad de volver a casa.

Al principio no había entendido de dónde sacaba su hijo tanto tiempo para hacer tantas cosas a la vez, se había llenado de muchísimas responsabilidades, viajaba mucho, leía, estudiaba, se entrevistaba con personas. Hacía el trabajo de diez hombres y empezó a acortar el plazo de sus metas. Luego comprendió: estaba sacrificando sus horas de sueño.

—Duerme, por favor —le decía cada noche, pero él regularmente tenía las manos puestas en un libro, o sobre su laptop, o enguantadas y dando golpes.

—Dormir... no puedo —le respondió él una vez—. Quedarme quieto, mirando nada, con la mente en blanco... no puedo. Tengo que caer rendido de cansancio, tengo que arrastrarme hasta la cama, o todo... volverá a mi mente y me enloquecerá.

Pero ya estaba enloquecido. Su hijo no era el mismo.

Al pasar el segundo año, este dolor no se había disipado ni un poco, y además le quedó por siempre una amargura latente bajo sus ojos, detrás de sus gestos. Sus problemas para dormir se habían intensificado, y cuando una tarde colapsó, y los Walton lo amenazaron con sacarlo de su sociedad por su incapacidad de cuidarse a sí mismo, tuvo que aceptar recibir ayuda. Empezó una terapia psicológica y de vez en cuando, a tomar pastillas para dormir.

Empezó a aparentar que estaba mejor, iba a terapia una vez por semana, pero Frank lo conocía demasiado bien: sólo estaba mintiendo.

Sin embargo, algo debió ayudar el poder dormir de vez en cuando, el desahogarse con un profesional, y poco a poco fue recuperando la estabilidad. Cuando empezó a ganar dinero en grandes cantidades, celebró jurando su venganza una vez más, y Frank sólo sintió tristeza.

Owen había intentado presentarle mujeres, él mismo alguna vez ayudó a que sucedieran coincidencias con chicas guapas, pero Samuel nunca miró a ninguna. Le preguntaba a Howard acerca del tema, pero él le confirmaba que nunca se quedaba a dormir con ninguna de ellas, que las dejaba en casa y luego regresaba a la suya, que nunca iba a hoteles a pasar la noche con ninguna. Salía con ellas, cenaba. Dejaban que él las besara un poco, pero luego se quedaban preguntándose por qué de allí no pasaba. Estas mujeres terminaron convirtiéndose sólo en amigas, amigas que nunca vieron su cama.

Y así se pasó otro, y otro año.

Su hijo llevaba seis años sin dormir bien, sin volver a estar con ninguna mujer, sin tener más alegría que aquella que encontraba consintiendo a Harper. Ni el dinero, el poder comprar cosas caras, ni saber que la venganza estaba aquí lo habían sosegado un poco.

Regresar a Nueva York sólo había empeorado las cosas otra vez. Su insomnio había vuelto, el trabajar hasta casi caer desmayado, y aquí estaba, matándose a sí mismo, culpándose por la muerte de su hermana, y peor aún, culpándose por amar a la mujer que al parecer había sido el detonante de todo.

No se engañaba, él había estado recibiendo información acerca de ella, de lo que hacía, de a dónde iba, y su presentimiento de que se acercaba de nuevo el desastre se estaba confirmando al verlo aquí.

Frank sostuvo el saco de boxeo con fuerza, cerró sus ojos, tomó aire, y se preparó para lo que venía.

Recomendarle terapia no funcionaría. Las pastillas para dormir estaban descartadas. Tendría que meter el dedo en la llaga.

—Habla con ella, Sam —dijo, y Samuel erró el golpe, resbalando un poco y sosteniéndose en el saco. Bajó los brazos cansados y miró a su padre como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué?

—Sí. Habla con ella. O terminarás atado con una camisa de fuerza en un psiquiátrico. Busca a Catherine Bell y arregla las cosas con ella—. Samuel lo miró estupefacto por un buen rato, tras el cual, sólo pudo echarse a reír.

—Papá... ¿estás escuchando lo que dices? —Frank soltó el saco y caminó hacia él. Tenían la misma estatura, el mismo cabello, pero en Frank ya abundaban las señales de los pesares de la vida.

—La viste hoy, ¿verdad?

—No voy a hablar de eso —dijo, terco, y volvió a golpear el saco, pero el golpe salió sin fuerza y sin ánimo.

—La viste. ¿Qué sentiste, Sam?

—Papá, no eres psicólogo. No intentes analizarme.

—La amas todavía, ¿verdad? —Samuel gruñó y arremetió contra el saco dando golpe tras golpe.

—¿Por qué no dejas el tema?

—No, esta vez no lo dejaré. Necesitas sacarte toda la podredumbre que hay en esa herida, y sólo con ella podrás.

—¿Pero es que acaso no...?

—¿Y si Catherine Bell todavía no te ha olvidado?

—¿Y qué podría conseguir si eso fuera verdad? ¿Cassie volverá?

—No. Cassie nunca volverá. Nada hará que vuelva, pero si sigues así, también tú te irás. Llevas matándote seis años, Samuel. Ya para, por favor.

Ante el tono de voz de su padre, Samuel se quedó quieto, totalmente agotado, los brazos caídos y el sudor corriendo por su pecho desnudo.

—Pero es que no puedo, papá —dijo al fin con voz suave, y Frank lo miró directamente a los ojos, totalmente dolido por su hijo—. Con cada respiración —dijo, elevando una mano enguantada a su pecho —la amo —siguió—. Y con cada latido... me duele Cassie. Amar a una mujer, llorar a mi hermana... es un círculo; no puedo parar... porque lo primero causó lo segundo, y duele, pero no lo puedo evitar, mucho menos olvidar, y luego vuelvo a empezar.

—Sam...

—Sí, hoy la vi —admitió Samuel con su rostro totalmente compungido—. Y fue como un golpe en el centro del alma. Y ya sabes cuánto duele ahí. Me duele pensar en ella solamente, ahora imagínate verla... pero no importa cuánto duela, no muero. Mi sentimiento también persiste... ¿Por qué un sentimiento es más resistente que una persona, papá? ¿Por qué no pudo sobrevivir Cassie del mismo modo que sobrevive mi corazón?

—Tienes que decirle lo que te pasa.

—¿Y luego qué? ¿Se irá mi culpa?

—Tú no tienes la culpa, Samuel. Ni tampoco ella.

—Nunca la he culpado a ella.

—Los culpables fueron los que dieron la orden de matar. Nunca amar a una persona debería despertar un sentimiento de culpa tan profundo como el tuyo. Ya viste que no puedes dejar de quererla, entonces date por vencido y sucumbe ante ese sentimiento. Prueba si acaso eres capaz de estar delante de ella sin querer matarte a ti mismo, inténtalo. Cassie jamás te lo reprocharía, hijo. Yo no te lo reprocho... Harper sólo quiere que su tío sea feliz... pero nos estás decepcionando a todos con tu actitud.

Samuel pestañeaba eludiendo las lágrimas, pero no le fue posible, y para evitar que lo vieran llorar otra vez, le dio la espalda y empezó a quitarse los guantes con la poca energía que le quedaba.

Una vez libre de ellos, buscó su camisa, y sin ponérsela del todo, salió del gimnasio. Frank fue detrás en silencio. Entró con él en el ascensor, atento a todos sus gestos y reacciones, pero Samuel sólo miraba al vacío y permanecía en silencio.

Al entrar de nuevo al enorme apartamento, Frank le tomó el hombro para que lo mirara.

—¿Me harás caso? ¿La buscarás?

—Sólo te prometo... dormir esta noche. Estoy cansado—. Frank dejó caer sus hombros, pero suponía que no podía pedir demasiado cuando acaba de presenciar una crisis. Asintió y lo vio meterse en su habitación.

—Ay, hijo —se quejó Frank en voz baja—. Te echo tanto de menos. Por favor, vuelve.

Samuel se metió a la ducha totalmente desnudo, con cada músculo de su cuerpo desgarrado y adolorido. Se lavó de pies a cabeza y luego buscó ropa interior y una pijama. El reloj en su nochero anunciaba que ya pasaban las tres de la mañana.

Al mirar la cama enorme y vacía, todo volvió a él, e incapaz de meterse en ella, caminó hacia el ventanal, movió un sillón orejero, y se sentó allí mirando hacia la oscura noche.

Sus ojos se perdieron en el recuerdo de Catherine vestida de rojo, con el cabello corto recogido, y sonriendo con su copa de champaña en la mano.

Recostó su cabeza en una de las orejas del sillón y respiró hondo.

No podía olvidarla. Nunca pudo. Y ahora que estaba tan cerca, más duro se hacía. Ya hacía tiempo que se había resignado a seguir amándola.

Ayudaba el no saber dónde estaba, ni cómo. Muchas veces estuvo a dos letras y un clic de buscarla en las redes, pero el saber cuánto dolería luego evitó siempre que lo hiciera.

Pero eso ya era inevitable. Estaba perdido.

Y saber lo que ella había intentado hacer por él sólo lo había sumido más en ese hueco profundo y oscuro donde había estado todo este tiempo. Pero es que había perdido demasiado, y cada cosa era irremplazable.

Algunas noches en que lograba dormir, sólo era para tener pesadillas. Siempre estaba de vuelta en esa sala de la morgue, con su hermana dormida sobre una de esas camillas metálicas, llorando, pidiéndole que volviera.

Otras veces, soñaba con Catherine. Soñaba que reía con ella, la besaba y la abrazaba, y entonces despertaba llorando, porque era un sueño imposible.

“Moriré sin ti”, había dicho ella. “No me dejes”.

Esas palabras habían calado profundo en él. Nunca las olvidó, pero en el momento había estado tan dolido y enojado, que no lo conmovieron hacia ella, sino que le hicieron odiarse a sí mismo porque, en medio de todo, su corazón enamorado sentía placer al escucharlas. Y darse cuenta de eso pareció exacerbar su dolor, despertando esa bestia dentro de él que hasta el día de hoy seguía rugiendo. Porque mientras Cassie yacía muerta bajo tierra, sin la posibilidad de ver un nuevo sol, él seguía aquí, vivo, y lo peor, enamorado.

Sentado en su sillón, mirando por la ventana, respiró hondo ante la nueva oleada de angustia, y se golpeó el pecho como si así pudiera conseguir que dejara de latir tan dolorosamente. Pero no funcionaba. Simplemente nada funcionaba.

“Prueba si acaso eres capaz de estar delante de ella sin querer matarte a ti mismo, inténtalo”, había dicho su padre.

¿Hablar con ella? ¿Buscarla, y presentarse ante su puerta?

Pero ella ya no lo quería. ¿De qué serviría?

Se echó a reír, porque pensar en que ella no lo quería dolía también.

¿Cuándo dejaría de sentir todo esto?

Cerró sus ojos y se imaginó a sí mismo delante de ella. Tenía una excusa, después de todo, para buscarla y hablarle. Ella creía que la odiaba, que planeaba destruirla. Había interpretado su inversión como una mala señal, y podía ir a tranquilizarla.

No, le diría. No tienes nada que temer.

No te odio.

Dios, santo. Te amo tanto... eres la única mujer en mi vida; jamás podría odiarte.

El sol salió por el horizonte calentando al fin este lado de la tierra, y sacando energías de donde no tenía, Samuel se preparó para el nuevo día.

Iría con Catherine. La tranquilizaría. Eso se lo debía.

Y luego, recogería sus pedazos para completar al fin la venganza a la que se debía desde la muerte de su hermana.

—Catherine, Samuel Slater está aquí —le dijo Sharon por teléfono mientras esta terminaba de vestirse en su casa. Se le había hecho tarde, anoche no durmió casi, y en el poco tiempo que pudo cerrar sus ojos, tuvo sueños desagradables.

Al oír a Sharon, se quedó paralizada en el acto de ponerse sus pendientes. Quitó el altavoz del teléfono y se lo pegó a la oreja.

—¿Estás... segura que es él?

—Sí. Lo recuerdo bien, y se presentó a sí mismo, además. Está aquí desde antes que yo llegara, desde antes que todos llegaran, según el conserje del edificio. Llegó tempranísimo, Cath. Le dije que sin cita previa no podrías atenderlo, pero no le importó; está sentado frente a tu oficina esperando que llegues—. Catherine tragó saliva totalmente pálida.

¿Para qué había ido?, se preguntó. ¿Iba a anunciarle que era su enemiga y que la destruiría junto a los White? ¿Venía a retirar su inversión?

Respiró hondo y tomó sus cosas metiéndolas en un bolso ahora con más prisa para irse.

—Estaré allá en media hora más —le dijo a Sharon—. Dile que me espere.

—¿Lo atenderás?

—No puedo eludirlo. Ni se me ocurriría ser descortés con el inversionista más grande que tenemos—. Sharon quedó en silencio al oír aquello, y Catherine podía imaginarse perfectamente su expresión de miedo y asombro.

Sí. Tal vez Samuel lo estaba haciendo para eso, sus enemigos debían temerlo ahora, nunca nadie lo volvería a tratar como en el pasado.

—Vas tarde —le dijo Laverne al verla correr hacia la puerta, y ella apenas si atinó a despedirse mientras pasaba por la pequeña sala como una exhalación. Corrió al auto que al fin había podido comprarse luego de que Catharis Beauty al fin empezara a dar ganancias, y se internó en el tráfico de la ciudad.

En el camino, iba analizando todas las salidas, todas las probabilidades, los abogados que debería contratar, las pérdidas que supondrían el entrar en pleito. Retrocedería mucho más de lo que había avanzado, y quizá, quizá, hasta le tocara volver a empezar.

Se mordió los labios ante esa perspectiva. No importaba, ella podía volver a empezar. Era joven, era lista. Volvería a empezar, o seguiría adelante, como fuera.

Pero los ojos se le humedecieron al pensar en su pobre empresa acabada, y el tener que entrar en guerra contra el hombre que una vez dijo amarla.

Dispuesta a todo, entró a sus oficinas, Felicity la estaba esperando ansiosa, Sharon y Joyce la miraron llenas de miedo, determinación y esperanza mezcladas, y Catherine al fin lo vio.

Estaba sentado en un asiento dispuesto cerca de sus oficinas, miraba el suelo con sus manos juntas como si estuviera haciendo alguna plegaria, y al escuchar sus pasos acercarse, levantó la cabeza.

Tenía una mirada turbulenta, como si una terrible tormenta eléctrica se estuviera desarrollando por detrás de ellos, pero poco a poco empezó a despejarse al verla. Incluso sonrió.

—Catherine —fue su saludo, y escuchar su nombre pronunciado de esa manera hizo que el corazón de Catherine ronroneara como una gatita satisfecha.

¡Basta!, se regañó. Endureció el gesto y señaló la oficina en silencio. No confiaba en su voz ahora mismo.

—Espero que mi personal lo haya atendido bien, señor Slater. Aunque fue un poco intempestiva su llegada.

—Sí —dijo él llanamente, y Catherine lo miró. Samuel detallaba todo en su oficina, los muebles, el color de las paredes que iban en consonancia con los colores de su marca: blanco y palo rosa. El velo de una sonrisa apareció en ese rostro, pero Catherine seguía en tensión. Le señaló los muebles, pero él no se sentó, y eso la puso más nerviosa aún.

—Sólo vine a decirte algo —dijo él, y Catherine asintió esperando, esperando, con el corazón golpeando fuerte en su pecho, las manos sudorosas, pero recta como una tabla—. No invertí en tu empresa para luego destruirla. No eres mi enemiga, no te consideres así. —aquello la dejó pasmada, e incluso los labios se le entreabrieron sin dejar de mirarlo fijamente. Samuel sonrió, y hasta entonces Catherine notó un montón de signos de tensión y cansancio en él. La comisura de sus labios estaba tensa, tenía ojeras, y había cierto movimiento nervioso en sus manos, que terminó metiendo en sus bolsillos como si de otra manera no pudiera controlarlas.

—¿Qué? —preguntó al fin. Samuel asintió con la mirada baja.

—Por mi culpa... perdiste muchas cosas en el pasado... la empresa de tu madre... se vino abajo. Sólo quería ayudar a que recuperaras algo de lo que te arrebataron por haberme aparecido en tu vida. Afortunadamente eran cosas materiales —sonrió él sin mirarla, sin mirar nada, realmente, y su voz sonaba tan... triste, y agotada, como si viniera de un muy largo viaje—. Y si yo puedo echar una mano... ¿por qué no?

—No —dijo ella con voz algo dura—. No, no es tan así. Usaste el nombre de tu empresa para invertir, y sabías que tarde o temprano yo lo descubriría. ¿Por qué, si tu intención era ayudar, lo hiciste de manera solapada?

—Porque sabía que si te decía de parte de quién venía la ayuda, jamás la habrías aceptado.

—Y aun sabiendo eso, pasaste por encima de mis deseos.

—Era una deuda que tenía contigo.

—¿Qué deuda tenías conmigo? ¿Fuiste tú quien destruyó Laverne Inc. acaso?

—No, pero fue por mí.

—No seas tan engreído, Samuel. Los White me habrían destruido de todos modos sólo por haberlos rechazado, y aun antes de conocerte yo ya sabía que jamás me casaría con Oliver.

—Pero el saber que había otro hombre en tu vida ayudó a aumentar el odio y la saña que le imprimieron a su venganza contra ti —contestó Samuel mirándola fijamente a los ojos. Catherine se quedó en silencio por un momento, y meneó la cabeza sin dejar de mirarlo.

—Eso es asunto mío, de todos modos —dijo luego—. No tienes nada que ver. Mi problema con los White ya estaba desde antes de conocerte a ti. Si se agravó o no por tu existencia... es irrelevante—. Samuel dejó salir el aire.

—Tal vez —dijo—. Supongo que eso sólo lo sabe Oliver White. De todos modos... sentí que era lo correcto. Supe que él te estaba poniendo trabas, así que...

—No era algo en lo que debieras inmiscuirte. Yo peleo sola mis batallas—. Samuel la miró a los ojos, y Catherine esquivó su mirada apretando sus labios.

—Entiendo. Si quieres que rompamos el trato... para no estar vinculada conmigo... hay maneras

amigables de hacerlo.

—Sabes muy bien que ahora no puedo hacerlo.

—Yo podría...

—Y tampoco quiero recibir más favores de ti.

—Yo sólo... me preocupé, Cath.

—Demasiado tarde como para preocuparte por lo que me pasa, ¿no crees? —Samuel volvió a elevar su mirada a ella, comprendiendo perfectamente a qué se refería con esas palabras. Dejó caer los hombros, y empezó a sentirse demasiado cansado, como si cada miembro de su cuerpo se empezara a dormir cada uno por su cuenta y sólo lo mantuviera en pie la inercia.

—Con respecto a eso... Lo siento —dijo, y tuvo que buscar el espaldar del sofá para apoyarse—. Lo siento.

Catherine guardó silencio. Otra vez se vio a sí misma dejada en esa calle luego de escuchar que una persona había muerto sólo por un polvo con ella. Que no le importaba lo que le sucediera.

Una a una, todas esas palabras volvieron y se instalaron entre los dos.

Catherine sintió de nuevo ese dolor que la dejó paralizada una semana, sin poder reaccionar, porque todo lo que venía a su mente sólo la hundía más y más.

El causante de todo aquello estaba allí, delante de ella, y decía "lo siento".

Era verdad, Oliver White no se habría ensañado tanto contra ella de no ser porque tuvo un romance con otro hombre. Las cosas habrían sido malas, pero no tanto, de no ser por la existencia de Samuel Slater...

Pestañeó varias veces ahuyentando las lágrimas. Era increíble que esa herida siguiera abierta, pues con sólo recordarlo volvía a doler. Ah, cuántas veces deseó tenerlo así, frente a ella, para gritarle un par de cosas. Para desahogarse y paliar así un poco este dolor.

Ahora podía. Ahora podría reprocharle todas sus palabras, no importaba si con eso quedaba un poco en evidencia. Él había sido demasiado cruel.

Elevó su mirada a él, y en su mente ya se estaban juntando todas las palabras. Primero, en rechazo a su disculpa, y luego, en reproche por los sentimientos heridos.

Él había menospreciado lo que habían tenido, lo había reducido a un polvo, le había dicho egoísta, maquinadora, mentirosa. Había dicho que odiaba sus intrigas, sus maquinaciones. Y mientras ella le decía que lo amaba, que se moriría sin él, él sólo le gritó que no quería verla, que estaba harto de ella.

Que le tenía sin cuidado lo que le ocurriera, porque acababa de enterrar a su hermana, y ya nada le importaba...

Al hacer semejante resumen de aquella conversación, juntando todos los motivos, y todo el veneno que quería soltar, Catherine sintió una pequeña punzada en su corazón, la punzada de algo muy dentro que quería salir no importando qué desgarrara a su paso.

Lo miró. Samuel estaba apoyado en el espaldar del sofá, muy quieto, respirando con dificultad, el odio se había desvanecido de su mirada, pero lo otro seguía allí.

El dolor.

Ah, el dolor. La culpa. El remordimiento.

Y al darse cuenta de eso recordó algo esencial, algo que parecía a veces olvidar.

Sí. Ella lo había perdido todo, y había quedado con su corazón destrozado... Pero sus pérdidas habían sido, en gran medida, materiales. Todo, de hecho, había podido irlo recuperando poco a poco.

Samuel admitía que por su relación con él ella había tenido pérdidas, pero estaban dejando de lado que por ella la pérdida de él había sido inconmensurable. Algo que nunca, nunca, se podría recuperar.

Él había perdido a su hermana melliza, pero ni siquiera la estaba culpando por eso. Se había echado encima toda la responsabilidad. Por amarla, por haberla metido en su vida.

Ya habían pasado seis años de eso. ¿Había seguido él pensando de esa manera?

Un vistazo a la tensión de su cuerpo, a la manera en que se apoyaba en el sofá, y evitaba mirarla le dijo que sí. Samuel no había parado de culparse.

Dios, no. No.

—Sólo quería venir y tranquilizarte un poco —dijo él luego del largo silencio—. Perdona que haya aparecido así, tan temprano, y sin una cita previa. Te doy mi palabra de que jamás tomaré acciones contra ti. No soy ese tipo de persona—. Catherine no dijo nada. Su corazón estaba gritando, gritando por él. Quería hacerle preguntas, pero eran tan espinosas, que no sabía ni por dónde empezar.

—Sam...

—Estoy... muy orgulloso de ti —dijo él con una sonrisa, y Catherine no supo cómo reaccionar ante esas palabras—. Eres muy fuerte... siempre lo supe, pero comprobarlo ha sido... —Ella frunció su ceño al ver que él de repente palidecía. Respiraba desacompadadamente, su mirada era errática.

Dio un paso a él para tocarlo y comprobar que estaba bien, pero él rehuyó su contacto poniéndose al otro lado del sofá.

—No lo hagas —dijo en voz baja.

—¿Te sientes bien?

—Estoy perfecto. Debería irme —pero no se movía, parecía clavado en el piso, sin capacidad de mover un pie y luego el otro.

—Tú no estás bien —él se echó a reír, y como si simplemente se diera por vencido, se sentó en el sofá justo a su lado. Catherine lo imitó sentándose frente a él.

—La verdad es que no —dijo él con su cabeza casi hundida en su pecho. Catherine extendió los brazos a él y puso sus manos sobre sus hombros. Su contacto pareció lastimarlo, porque se encogió aún más, pero no la rechazó.

—¿Samuel? —él puso una mano sobre el brazo de ella, tocando su piel con suavidad. Tenía los ojos cerrados, como si librara una batalla interior en la que desde hacía mucho rato ya viniera perdiendo.

Catherine volvió a llamarlo, y él elevó al fin su mirada a ella.

“Prueba si acaso eres capaz de estar delante de ella sin querer matarte a ti mismo”, recordó.

Había venido para tranquilizar sus temores, o eso se había dicho, pero lo cierto era que venía por su droga, por el contacto con ella.

Luego de tanto, tanto tiempo sin tenerla, estaba famélico, moribundo.

Eso, sumado a la exigencia a su cuerpo las últimas noches, las últimas semanas, los últimos seis años.

Ella lo miraba preocupada, pero no lo rechazaba. Quizá seguía ofendida por las palabras tan duras que él dijera esa noche, pero no lo odiaba.

Y eso sólo hablaba de ese buen corazón, escondido bajo la coraza de mujer de hierro.

Sus labios se arquearon en una sonrisa impregnada por la tristeza y el anhelo. La amaba, Dios santo. Cuánto la amaba.

Elevó una mano a su rostro, y acarició suavemente su mejilla. Ella, bendita fuera, no lo alejó.

—Eres tan hermosa, Cath —dijo, y los ojos de ella se abrieron grandes ante la sorpresa. Pero a Samuel ya no le importaba nada. Por un instante, por este segundo, sólo era un hombre hambriento—. Anoche estabas... No eres mi enemiga, Cath. Jamás te culpé por nada...

—Pero... te culpas a ti mismo —contestó ella, sabiendo perfectamente a qué se refería él.

—Ahora no. No. En este instante... no hables de eso—. Una lágrima gorda y pesada cayó de los ojos de ella, y Samuel la limpió inmediatamente. Sus labios estaban tan cerca...

—Lamento el daño que te hice.

—Yo lamento más lo que pasó.

—Nunca pude olvidarte.

—Ni yo a ti —lloró ella, y se acercó más para pegar su frente a la de él—. Ni yo a ti—. Samuel sonrió de nuevo, y cerró sus ojos como si al fin la fuerza lo abandonara. La acercó más para acomodarse sobre su hombro, y luego de un suspiro, se quedó profundamente dormido.

Catherine no se dio cuenta de esto sino unos momentos después, cuando sintió la respiración de él profunda y acompasada. Intentó moverlo para verle el rostro, pero era un hombre grande, pesaba, y no fue capaz.

—¿Sam? —lo llamó sacudiéndolo una vez, dos veces, pero él simplemente no reaccionó. Le tomó la temperatura, pero esta estaba normal, buscó su pulso, y éste latía suavemente. Estaba cálido, con una expresión algo atormentada en el rostro, pero dormido. Samuel estaba dormido.

Usando toda su fuerza, apalancándose en el sofá para moverlo, logró quitárselo de encima y dejarlo sobre el espaldar del sofá. Se puso en pie un poco asustada. Esto no era normal, algo debía estarle pasando. Tal vez estaba desmayado, tal vez tenía insuficiencia de algo, y por eso había perdido la consciencia.

Caminó a la puerta de su oficina pensando en llamar por ayuda, pero entonces se detuvo.

Tenía que pensar en Samuel como alguien muy importante, de quien había que cuidar su imagen pública. Llamar una ambulancia no era lo más adecuado en su caso, pero temía estar perdiendo tiempo valioso.

Se acercó de nuevo a Samuel y palpó su duro cuerpo en busca de su teléfono. Lo encontró en el bolsillo interior de su chaqueta, y luego de usar su huella para desbloquearlo, buscó el contacto de su familia. Frank.

—¿Dónde estás, muchacho? —preguntó la voz del padre de Samuel—. Las oficinas son un caos ahora mismo. Joe ha llamado varias veces preguntando por ti...

—Señor Slater —saludó Catherine con cautela—. Soy yo, Catherine Bell.

—¡Catherine! —exclamó Frank asombrado—. ¿Está contigo? ¿Samuel fue a verte?

—Sí.

—¿Por qué me llamas desde su teléfono? ¿Él está bien?

—Pues... No lo sé. Vino, hablamos un poco y... creo que se desmayó en mi sofá.

—Oh, Dios. Ese muchacho colapsó.

—¿Debería llamar a una ambulancia?

—No. No. Dame tu dirección y yo mismo iré por él...

—¡Pero tal vez necesite ayuda! —Frank suspiró.

—No. No te preocupes. Sólo está dormido...

—¿Pero cómo...?

—Sólo cuida de él mientras llegamos allí. Dame la dirección, por favor—. Catherine quería hacer más preguntas, pero guardó silencio y le dio la dirección a Frank. Luego de cortar la llamada, se sentó al lado de Samuel mirándolo dormir.

—Felicity, en unos minutos llegará un hombre llamado Frank Slater —le dijo Catherine a su secretaria—. Hazlo pasar en cuanto llegue. Por favor avisa en la entrada para que no le hagan demorar.

—De acuerdo —contestó Felicity un poco extrañada, asumiendo que la visita del hombre que ahora estaba en su oficina tenía todo que ver con aquella orden—. ¿Todo está bien?

Catherine miró a Samuel dormido en su sofá, y respiró hondo.

—Creo que sí. Por favor, no me pases llamadas, ni permitas que nadie entre a mi oficina. Es una reunión... muy importante, así que... Dile a Sharon y a Joyce que todo está bien, no hay nada que temer.

—Como digas—. Catherine cortó la llamada y se pasó las manos por la cara masajeando sus mejillas como si llevara horas en tensión. Volvió a mirar a Samuel y se alegró de que fuera sábado. Hoy no venían todos sus empleados, y los pocos que sí, se iban al mediodía.

Caminó por su oficina pensando en una manera de sacarlo sin que nadie lo viera, pero lo veía muy difícil. Tendría que esperar a que todos se fueran, lo que significaban muchas horas con él aquí.

Dejó salir el aire y se sentó en el mismo sofá donde estaba Samuel mirándolo atentamente. Él, más que dormido, parecía desmayado. Según palabras de Frank, esto era un colapso. ¿Qué estaba ocurriendo con él? ¿Por qué colapsaría?

Intentó moverlo para ayudarlo a estar cómodo, pero simplemente no podía. Él había ganado mucha masa muscular estos años, estaba grande, y apenas si daba para rodarlo un poco.

Se quedó allí, simplemente viéndolo dormir, sin pensar en lo extraño que era todo.

Tenía sus labios entreabiertos, y poco a poco se acercó a él para besar sus labios. Hacía tanto tiempo que no lo veía, ni lo tenía tan cerca... Cuando él despertara, todo lo que los separaba se haría real de nuevo, ¡y ella tenía tantas ganas de volver a besarlo!

Con la yema de sus dedos, acarició su nariz y sus labios. Las espesas pestañas estaban inmóviles sobre sus mejillas, y no pudo evitar sonreír al verlo así. Poco a poco, totalmente hipnotizada por

la belleza de sus facciones, el aroma de su cuerpo y la calidez que emanaba de él, se acercó más y más hasta besar sus labios. Tan dulces, tan suaves.

Tal vez fuera la última vez que pudiera hacerlo.

Había demasiadas cosas entre los dos, culpa, dolor, remordimiento, y etcétera, pero ahora, en este instante, nada de eso importaba.

Frank llegó media hora después de que lo llamara, bastante calmado, y acompañado de un hombre enorme que se mostró más angustiado que el mismo padre. Ambos entraron a su oficina y al ver a Samuel casi inconsciente, tuvieron gestos diferentes; Frank apoyó ambas manos en sus caderas como si no se lo pudiera creer de no estar viéndolo, y el otro se acercó de inmediato a Samuel revisando sus signos vitales, y acomodándolo con facilidad sobre el sofá para que quedara acostado.

—Este es Howard Scott —lo presentó Frank hablando en voz baja—. Es el escolta de Samuel—. Catherine asintió, pero su atención estaba en Frank. Volver a verlo revolvía muchas nostalgias en ella. El hombre estaba más canoso, y con más señales de vejez en su rostro, pero igual de saludable y fuerte. Siempre había pensado que así se vería Samuel de mayor.

—Me alegra verte, Frank... aunque sea en estas circunstancias—. Frank sonrió de medio lado tal como su hijo.

—También me alegra saber que estás bien. ¿Algo extraño, Howard?

—Todo en orden —contestó este dando un paso atrás y mirando a Samuel como si fuera un enorme enigma—. ¿Cuánto lleva dormido?

—Media hora, más o menos.

—Consumió algo, o...

—No consumió nada.

—Seguro no ha comido desde ayer —masculló Frank—. Deberíamos aprovechar este colapso y obligarlo a dormir un día entero.

—¿Hablas de sedarlo?

—¿Sería muy malo? —Howard frunció su ceño meditando, y Catherine no se perdía palabra de este diálogo. ¿Por qué obligarían a Samuel dormir durante todo el día? ¿Por qué estaba él en este estado?

—Él... no está enfermo, ¿verdad? —Frank la miró a los ojos y meneó su cabeza negando.

—Hay muchas maneras en que un hombre puede estar enfermo y aun así tener un cuerpo saludable, Catherine.

—¿Qué quiere decir eso? —Frank sólo negó, pero Catherine no tenía intención de dejar el tema ahí—. ¿Por qué colapsó, Frank? Si está saludable, ¿por qué está así? —Frank miró a Howard significativamente, y mientras salía, Catherine siguió—. Se presentó aquí a primera hora de la mañana para verme, se le notaba tenso, y algo nervioso. No es el Samuel que conozco, ni el que recuerdo. Me gustaría...

—Siéntate, por favor—. Catherine guardó silencio y se sentó frente a Frank, notando que Howard había salido muy discretamente—. Tal vez Samuel quiera matarme luego de decirte esto, pero soy su padre, no lo hará—. Ante esas palabras, Catherine quedó muy confundida, y

Frank sonrió—. Mi hijo está muy mal, Cath —al fin él usaba su diminutivo, lo que de alguna manera, apaciguó un poco sus temores—. Lleva seis años encerrado en un infierno que él mismo se creó. Se culpa profundamente por la muerte de Cassie. Se siente sin derecho a vivir, amar, y todo lo demás, por haber provocado todo—. Catherine cerró sus ojos con fuerza y ladeó su cabeza como si acabara de recibir un golpe. Frank tomó aire y siguió—. Necesita... salir de ahí pronto.

—Me lo imaginé —susurró Catherine—. No me equivoqué.

—¿Qué hablaste con él? Supongo que no se reconciliaron, pero... ¿Qué le dijiste?

—Vino a aclararme que no acabará con mi empresa. Nos vimos anoche, en una fiesta, y le di a entender que era lo que me temía. Estaba dispuesta a plantarle cara, dar la batalla... pero vino a decirme que no soy su enemiga, que... no me haría daño.

—No te lo hará.

—Ahora lo sé. Pero...

—¿Qué le dijiste? —volvió a preguntar él. Parecía muy interesado en qué sentimientos tenía ella, y Catherine pasó saliva deseando poder eludir esa pregunta—. ¿Todavía lo quieres, Cath? —ella asintió, y una lágrima bajó por su mejilla, lágrima que limpió casi tan rápido como salió—. ¿Él... te habló... de sus sentimientos? —Catherine hizo una mueca y miró a Samuel dormido. Era increíble que siguiese en ese estado a pesar de tener gente alrededor hablando en voz alta.

—Creo... que todavía me quiere—. Frank no pudo evitar dejar salir una risita, y Catherine lo miró inquisitiva.

—Todavía te adora, Cath. No te olvidó ni un solo instante. Pero... la culpa es terrible. Es un hombre demasiado estricto, demasiado inflexible. Un juez muy severo de sus propias acciones. Cree que no debió conocerte, pero dime tú como pudieron haberlo evitado.

—No pudimos —susurró Catherine, como si recordara aquel tiempo.

—¿Y cómo evitar enamorarse?

—Yo no habría podido —lloró Catherine, tratando de secar sus lágrimas, pero estas salían una tras otra.

Frank se puso de pie y le pasó su pañuelo, gesto que Catherine agradeció.

—Pensé... que en estos seis años... él había podido...

—¿Seguir adelante? ¿Conocer a otra mujer?

—Habría sido lo normal, ¿no?

—No. No para Samuel. Él no ha vuelto a dormir tranquilo desde lo de Cassie, Cath. Ideó un gran plan con su amigo William para hacer pagar a su enemigo la muerte de su hermana. Ese plan implicaba que él fuera rico y poderoso, así que se dedicó a hacer dinero. Era un plan a largo plazo, pensé que le tomaría décadas, pero helo aquí, seis años después, a punto de hacerlo realidad.

—Sí... me sorprendí mucho cuando me enteré de que es el verdadero dueño de CS Technology.

—Sabía que te impresionaría. Pero eso no es todo, porque además... se ha impedido avanzar en la vida. Y es hombre de una sola mujer... no avanzará sin ti—. Catherine elevó los ojos a él, ojos llenos de tantos sentimientos que Frank casi sonríe—. Pero cree que... sentir algo por ti es traicionar a su hermana, y al mismo tiempo, no puede evitarlo, y eso hace que crezca su culpa.

—¡Pero no es su culpa! —exclamó Catherine poniéndose en pie y acercándose más a Samuel—. Hay que hacer que entienda. No es su culpa.

—Y tampoco tuya... —Catherine lo miró fijamente quedándose en silencio—. Lo entiendes, ¿verdad? No es culpa de ninguno de los dos. Tienes que aceptarlo, Catherine. Ya que no he podido convencer a ese cabezota, entiéndelo tú—. Catherine esquivó su mirada y Frank suspiró audiblemente—. No te pido nada. No te pido que lo perdones, o que vuelvas con él... No me atrevo a tanto. Sólo quiero ayudar a mi hijo a que por fin sea libre, y así, de paso, tal vez también tú lo seas.

Catherine no dijo nada, ni lo miró. Sus ojos se posaron de nuevo en Samuel, que seguía dormido, ignorante de todo, en su sofá.

Frank decía no esperar a que se reconciliaran, a que volvieran a estar juntos, pero era evidente que eso era lo que deseaba. No la acusaba por haber provocado la muerte de su hija, al parecer, y eso era increíble.

¿Podrían, alguna vez, olvidar todo y volver a estar juntos? ¿Podrían ser otra vez ese par de jóvenes despreocupados que alcanzaron a hacer planes?

¿No los acosaría por siempre la sombra de una vida truncada? Una niña que se quedó sin madre, un padre que perdió a su hija.

¿Lograrían sobreponerse a todo?

—Creo que... Lo único que haría que Samuel olvidara todo... y volviera a ser el mismo de antes, es que milagrosamente descubriéramos que los White no tuvieron nada que ver con lo sucedido—. Catherine no miraba a Frank, por eso no pudo ver su expresión.

Desde que llegara a Nueva York, se había propuesto firmemente a investigar la muerte de su hija. Tenía amigos en el sector de la seguridad debido a su antiguo trabajo, y uno que otro buen contacto, así que pidió cintas de seguridad, y las examinó con cuidado.

Ninguna prueba apuntaba directamente a los White, así que decidió seguir su corazonada y reorientar su investigación.

Pero no podía decirle nada a Catherine, ni a Samuel. Darles a entender que había una posibilidad de que los White no tuvieran nada que ver con la muerte de Cassie los llenaría de esperanza, y si acaso se estaba equivocando, los resultados de esa esperanza rota serían nefastos.

Pero tenía que darse prisa. Samuel estaba muy cerca de dar el primer golpe, y no quería en la conciencia de su hijo el haber hecho daño a una familia por algo en lo que eran inocentes.

Y además, quería que su hijo fuera feliz otra vez, y ya estaba comprobado que la única mujer a la que aceptaría en su vida, era esa precisamente a la que ahora consideraba tan prohibida.

No pudieron sacar a Samuel de la oficina de Catherine sino hasta que todos los empleados se fueron. Joyce y Sharon le habían enviado mensajes de texto expresando su preocupación, así que cuando se quedó de nuevo a solas, les dijo que todo estaba bien, que Samuel no tenía intención de hacerle daño a la empresa, ni a ellas.

Se quedó en su oficina largo rato, con muchos deseos de llorar por haber visto el estado en que se encontraba Samuel. Anoche lo había visto tan normal y saludable... nunca se imaginó que llevara tal infierno por dentro.

Y en cambio, Oliver tan tranquilo.

Sabía que él había sufrido mucho la muerte de su hermana. Sabía que era un daño irreparable, lo sabía y lo entendía bien, pero no imaginó que Samuel cargara con la culpa de tal manera que se impidiera a sí mismo un mínimo de felicidad.

Ah, las pocas veces que se permitió pensar en él, no hacía sino preguntarse si acaso había conocido a otra mujer, se había enamorado de nuevo, y se había dedicado a tener hijos en una casa bonita. Cuando pensaba eso lo odiaba un poquito, porque ella, al contrario, no había podido olvidarlo.

Lo había odiado por las palabras tan duras que dijo esa vez, destruyéndola por dentro, pues habían dado en el punto más sensible de su alma. Pero lo había hecho, precisamente, para alejarla todo lo posible, porque conociéndola, ella no daría nunca el primer paso para buscarlo, y estar alejado era parte de su autocastigo.

Se balanceó suavemente en su silla giratoria, y miró al techo pensando y pensando. Ahora que estaban en la misma ciudad, ahora que incluso tenían negocios juntos, sería inevitable que se encontraran de vez en cuando. Si verla le hacía daño al punto de caer enfermo, ¿qué les esperaba?

¿Debía ella hacer algo?

Respiró hondo y, más cansada que si hubiese trabajado duro toda la mañana, recogió sus cosas disponiéndose a volver a casa.

Samuel despertó en su habitación, en su amplia cama, sin una sola luz alrededor. Se sentó poco a poco sintiéndose muy confundido, y con dolor de cabeza. Se quedó allí en medio de la cama, tratando de ubicarse en el espacio y en el tiempo, pero no sabía ni por dónde empezar para lograrlo.

Luego de varios minutos, recordó que existía el celular, y lo miró para saber qué día y qué horas eran.

La siete de la noche del sábado.

Anoche, viernes, había ido a una fiesta en casa de Ronald Cooper, y luego no había ido a dormir, no que recordara.

Ah, qué sueño tan bonito había tenido. Fue un sueño con Cath, y esta vez, a diferencia de las otras veces, no sintió el ácido de la culpa corroer su alma por haberse atrevido a tener este momento de paz, sino que ésta perduraba en él como un bálsamo que suavizara sus heridas.

“Nunca pude olvidarte”, le había dicho él en ese sueño, y ella había contestado: “Ni yo a ti”.

Frunció su ceño. Nunca sus sueños eran tan nítidos, y este se sentía muy real.

Y poco a poco su mente fue despertando de verdad.

¿Por qué estaba él dormido a las siete de la noche? ¿Qué hacía en la cama a esa hora?

Extendió su brazo y encendió la lámpara del nochero, vio un asta con una bolsa de suero vacía, y la marca en su brazo de haber sido inyectado.

Con su ceño fruncido, se levantó despacio y salió de la habitación. En la cocina vio a Frank trasteando con la cena, en la sala de televisión estaba Harper viendo videos en YouTube, y él allí, descalzo y desorientado, se preguntaba por qué todo parecía tan normal.

—¡Tío! —exclamó Harper cuando al fin reparó en su presencia. Corrió a él y abrazó sus piernas —. ¿Te sientes mejor? ¿Ya no estás enfermo? —Frank lo miró y sonrió.

—Al fin despiertas.

—¿Qué... pasó? Por qué... ¿dormí todo el día? ¿Por qué estás cocinando? —Frank se echó a reír.

—Les di el día libre a Helga y a Enzo. ¿Te sientes mejor? —Samuel siguió con su expresión de confusión, y Frank se acercó con una prueba de lo que estaba preparando para que Harper le diera el visto bueno. Cuando ella aprobó, Frank volvió a prestarle atención a su hijo—. Anoche, luego de esa fiesta, pasaste la noche en el gimnasio entrenando. ¿Te suena de algo? —Samuel pestañeó al recordarlo—. Luego, en vez de dormir, seguramente te quedaste despierto hasta el amanecer, y a primera hora de la mañana fuiste a buscar a Catherine.

—¿Lo hice?

—Tuve que ir a recogerte, porque colapsaste en sus brazos, tal como una princesa de cuento.

—Oh, Dios...

—Catherine se preocupó mucho y me llamó. Ahora sabe lo peor de ti: que no duermes bien, que la sigues amando, y que tu más grande anhelo es casarte con ella y tener muchos hijos.

—Cuando tío tenga novia tendré que revisarla muy bien. No quiero que se case con cualquiera —dijo Harper, pero Samuel tenía expresión de horror.

Miró a su padre con los ojos entrecerrados.

—Ya lo recuerdo todo. No hice nada de eso.

—¿Estás seguro? —No. Samuel no estaba seguro. Hasta hacía unos minutos creyó que todo había sido un sueño—. Te sedamos para que pudieras dormir. Y sí, Catherine lo vio todo.

—No me mortifiques más.

—Es tu culpa. Cuando vuelvas a tener tus crisis, no vayas a buscarla. O mejor... no vuelvas a tener crisis. Sé un hombre y duerme correctamente—. Ante eso, Samuel no pudo decir nada, sólo suspiró y puso su brazo en el hombro de su sobrina, que lo miraba un poco preocupada por las palabras de su abuelo.

—Estoy bien —le dijo a la niña, y la dejó para volver a su habitación y tomar su teléfono.

No había mensajes de nadie. Catherine no tenía su número, pero él sí tenía el suyo.

Abrió el WhatsApp y empezó a escribirle algo, pero se detuvo al pensar en lo impersonal que era un simple mensaje de texto cuando ella había visto lo peor de él en su peor momento.

Se resignó y marcó el número.

—¿Samuel? —preguntó ella sonando sorprendida, pero más sorprendido quedó él al oírla. Nadie tenía su número. ¿Cómo lo había conseguido ella? ¿Se lo había dado su padre? —¿Te sientes mejor? —Ay, qué vergüenza, pensó él rascándose la frente.

—Me dijeron que... me viste desplomarme como una princesa—. Catherine se echó a reír, y esa risa cantarina llenó su alma de más de ese bálsamo que suavizaba sus heridas.

—Parece que estás bien.

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Todo. Todo, Cath. Yo... —Cath permaneció en silencio, esperando a que siguiera, sin correr en su auxilio. Samuel suspiró—. Parece que papá te contó algunas cosas.

—Unas cuantas.

—No es tan grave. Él hace parecer un raspón en la rodilla como una enfermedad terminal, así que...

—Pero a mí me parece que todo es verdad. Y por lo que vi... no es exageración—. Samuel tragó saliva. No, esto no debió suceder. Pero era su culpa, así que... a apechugar.

—Tendré que amenazarte con algo muy malo si acaso llegas a compadecerte de mí.

—No puedes amenazarme con nada que me pueda aterrar. Todo lo malo que podía pasar, ya pasó

—Ay, otra vez.

—Lo dices por...

—Por Cassie —Samuel cerró sus ojos—. Voy a decir algo muy trillado, Samuel: a Cassie no le hubiera gustado verte así.

—Lo sé.

—¿Y sabiéndolo, continuaste?

—Es que en mi mente, a veces... Cassie me acusa. No pudo vivir, no pudo casarse. No pudo criar a su hija... —Catherine guardó silencio por un momento, y antes de que pudiera decir algo, Samuel volvió a hablar—. Lo siento, pensé en voz alta. No es, de todos modos, una conversación que debamos tener por teléfono.

—Ciertamente. ¿Significa eso que quieres que lo hablemos personalmente?

—No sé si...

—Qué, ¿volverás a colapsar si me ves? —Samuel sonrió en silencio. Era evidente que ella sólo lo estaba retando—. Todavía tengo un par de cosas reservadas para reprocharte, y quiero desahogarme. Aquella vez, en aquella calle, sólo me puse a llorar y no pude gritarte como tal vez te merecías, así que, seis años después, y respetando la memoria de tu hermana, y sin gritar, obviamente, pienso decirte todo lo que esa vez no pude. ¿Te parece que nos veamos mañana al mediodía?

—Catherine...

—No voy a hablarte de amor ni nada de eso, así que pon a un lado todos tus sentimientos de culpa, porque no le estarás fallando a tu hermana, y ve a recogerme a mi casa y llévame a un restaurante de lujo. No me merezco menos.

—No sé...

—Te enviaré la ubicación por mensaje, y molesta a tu secretaria para la reservación, o hazla tú mismo. Te lo juro, Samuel, que si no me vas a buscar mañana, te atormentaré.

—¿Más? —preguntó Samuel con humor, pero Catherine no rio, sólo tragó saliva.

—Entonces... nos vemos mañana. Adiós.

—Adiós —contestó él, y ella cortó la llamada primero. No pudo evitar seguir sonriendo, pues esta Cath mandona le gustaba sobremanera.

Ah, verla otra vez, esta vez en sus cinco sentidos, y hablar.

Diablos. Hablar. Había tanto que decir, y todos temas tan dolorosos.

“No voy a hablarte de amor”, había dicho ella. ¿Por qué creía que eso lo molestaría?

Es decir, sí, no iban a hablar de amor, pero especificarlo de esa manera...

No, no. No significaba que él sí quisiera hablar de amor...

¿A quién engañaba? Era inevitable que al estar juntos surgieran temas del pasado, y el pasado entre los dos sólo era eso: amor.

No estaba haciendo mal. Tal vez Catherine lo hacía sólo para finiquitar los asuntos entre los dos, para limar asperezas y esas cosas que hacía la gente civilizada. Todavía no estaba seguro de que ella no tuviera a nadie en su vida, así que... era como ver a una vieja amiga, ¿verdad?

Perdóname, Cassie, se dijo al fin, tirándose en la cama y mirando al techo. No hay manera bonita de decirlo, sigo enamorado de Cath.

Samuel hizo las reservaciones esa misma noche, y a la mañana siguiente despertó un poco más motivado que de costumbre. Mientras se daba una ducha incluso una canción se vino a su mente y casi, casi la tararea.

—Sam —lo llamó su padre desde la habitación, y Samuel salió del cuarto de baño envuelto en una toalla y secando su cabello con otra—. ¿Le dijiste a Susan, la hija de la señora Wilson, que le darías trabajo? —Samuel miró a su padre con el ceño fruncido.

—No —contestó Samuel buscando en su armario qué ponerse.

—¿Le diste nuestra dirección? —Samuel volvió a mirarlo confundido.

—No.

—Pues está aquí, en nuestra sala. Dice que será la niñera de Harper—. Más confundido aún, Samuel se puso cualquier cosa con prisa y salió a la sala. Encontró allí a Harper sentada en el sofá, con una rodilla sobre la otra y mirando a Susan con altanería, mientras ésta le hablaba tratando de hacerse su amiga.

—Susan —saludó Samuel pareciendo más contrariado que sorprendido. Susan se puso en pie y su mirada cambió por completo al verlo. Le echó una mirada de pies a cabeza sin perderse ningún detalle de su cuerpo.

—Hola, Sam. Qué alegría verte.

—¿Qué haces aquí? Cómo...

—Ah... perdona. ¿Te molesta mi presencia?

—No he dicho eso...

—Vine sólo a pedir tu ayuda —dijo de inmediato Susan acercándose a él, demasiado, para gusto de Harper—. Estoy en una situación desesperada, y me imaginé que tú podrías ayudarme, ya que... hemos sido amigos de toda la vida, y...

—¿Ayudarte?

—¡Con trabajo! —sonrió Susan extendiendo sus brazos—. Eres un importante empresario. Seguro que tienes algo para mí.

—No necesito una niñera —dijo Harper con voz dura y mirando a su tío con enfado.

—Claro que no... Pero seguro que alguien que te ayude con las tareas, y te acompañe en el parque, será agradable para ti.

—Helga me ayuda con todo. Tío... —su tono había cambiado. Ya no parecía enfadada sino asustada. Samuel dejó salir el aire y sacó su teléfono.

—Harper no necesita una niñera —dijo, al tiempo que marcaba un número. Harper no pudo evitar hacer una mueca triunfal.

—Entonces tal vez puedo ayudar aquí en este enorme apartamento con la limpieza y...

—Helga y Enzo se encargan —intervino Frank. Susan miró a ambos como asimilando que aquí no tenía aliados, así que volvió a acercarse a Samuel y tomó su brazo.

—¿Qué dices, Samuel?

—Me estoy comunicando con mi director de recursos humanos. Seguro que hay algo para ti en la empresa.

—¿En la empresa? Pero yo quisiera...

—Tengo una cita a mediodía —la interrumpió Samuel zafándose suavemente de su agarre—. Por favor, en una próxima ocasión, no vengas sin avisar primero. Es domingo, día de descanso.

—No tanto, si tienes una cita —se quejó Susan, y Samuel la miró con su ceño fruncido—. Quiero decir... ¿Con quién tengo que comunicarme para que me den el trabajo? Dame el número de ese ejecutivo...

—Ellos te llamarán a ti.

—Pero, Sam... Es verdad que necesito trabajar en algo. Me ofrecí para trabajar en tu casa porque ya sabes que no tengo ninguna cualificación, y para Harper sería...

—Es todo lo que tengo por ahora, Susan. Lo tomas o lo dejas.

—Somos amigos.

—Y en nombre de esa amistad te estoy tendiendo la mano. De lo contrario, no habrías podido cruzar mi puerta siquiera—. Samuel dio la media vuelta dejando a Susan con la boca abierta totalmente sorprendida por sus palabras y su trato. Casi había sido amenazada.

Dirigió su mirada a Frank en un reproche.

—¿Cuándo cambió tanto?

—Siempre ha sido de carácter.

—¡Soy su amiga! ¡Amiga de toda la vida! ¡Jugamos juntos! ¡Él, Cassie y yo! —la mirada de Harper pasó de burla a admiración al escuchar que esta mujer había conocido a su madre, pero rápidamente disimuló. Su tío también había conocido a su madre, y también su abuelo. Y seguro estaba mintiendo.

Con una sonrisa satisfecha, volvió a sentarse frente al televisor, y con el rabillo del ojo comprobó que en verdad Susan se estaba yendo.

Catherine recibió un mensaje de Samuel donde le pedía que le diera la dirección de su casa para ir por ella y para confirmarle la hora en la que estaría llegando. No pudo evitar sonreír; Samuel siempre era un poco parco a la hora de comunicarse, sobre todo por medio de aplicaciones, pero era un aspecto de él que siempre le había parecido lindo.

—¿A dónde vas tan arreglada? —le preguntó su madre al verla pasar, y Catherine no se giró a mirarla.

—Es un almuerzo importante. De negocios —añadió. No quería que su madre empezara a hacer preguntas, sobre todo, porque era probable que se volviera realidad y con Samuel sólo hablara de negocios. Catherine había optado por un estilo semi formal y lucía un conjunto de blusa y pantalón en diferentes tonos tierra, un colgante que casi le llegaba a la cintura y su cabello suelto. Se había esmerado con su imagen, y estaba satisfecha.

Laverne levantó la vista de su teléfono y miró a su hija sin creerse mucho sus respuestas. Estaba leyendo en una revista virtual que cierto hombre había llegado a la ciudad deslumbrando con su dinero y que se estaba cotizando como un soltero de oro.

Samuel Slater.

Al verla, Samuel no pudo evitar sonreír, y desear tocarla de cualquier manera, así fuera sólo tomando su mano. No poder hacerlo envió pinchazos de decepción por todo su cuerpo, y carraspeando, le abrió la puerta para que ella entrara.

Una vez dentro, volvió a mirarla, y sin poder evitarlo, le dijo lo hermosa que estaba.

—Gracias —sonrió ella. Sólo había tardado dos horas vistiéndose y maquillándose, no era para tanto, pensó.

Él también estaba muy guapo, y no pudo evitar pensar en que vestido así, con una simple americana azul oscuro y pantalones caqui estaban muy bien conjuntados. Hacían buena pareja.

Y tuvo que disimular su sonrisa, que desde adentro había asomado hasta llegar a su cara.

Hicieron el recorrido prácticamente en silencio, haciendo sólo preguntas aleatorias acerca de la salud de la familia, y comentarios random acerca del clima. Al llegar al restaurante, Catherine no pudo evitar admirarse. Para conseguir una mesa aquí se requería de meses de anticipación. ¿Cómo lo había hecho Samuel? ¿Ya era tan influyente?

Él, como todo un caballero, corrió la silla para ella y se sentó diagonal a ella, no frente a frente, como habría sido lo normal si fuera una cita de negocios.

Catherine tragó saliva, y antes de poder hablar, el mesero les ofreció las cartas con el menú e hizo sus recomendaciones. Vio a Samuel mirar atentamente la carta y no pudo evitar sonreír.

—¿Cómo está Harper? —preguntó Catherine sin mirarlo, estudiando también el menú.

—Grande —contestó Samuel con una sonrisa paternal—, caprichosa, pero muy inteligente.

—Se parece a ti, ¿verdad? —Samuel ladeó su cabeza sin saber qué contestar, y sacó su teléfono para mostrarle una fotografía. En ella, los dos aparecían sonriendo y compartiendo un helado. Harper mostraba una enorme sonrisa de dientes desiguales, y aunque no se veía claramente el

color de sus ojos, la forma de estos era idéntica a los de Samuel.

—Es guapísima.

—Y es tu fan —Eso hizo que Catherine abriera grandes sus ojos.

—¿De verdad?

—Te sigue en todas tus redes sociales. Dice que te conoció personalmente una vez—. Confundida, Catherine buscaba en su memoria ese encuentro, pero no lo encontraba. Samuel sonrió—. Me contó que fue en el parque. Habló contigo, al parecer. Mencionó algo de... la estática...

—¡Oh! —exclamó Catherine cubriendo su boca con una mano—. Fue ella...

—Al parecer, no la reconociste—. Catherine rememoraba la escena preguntándose eso mismo.

—Tenía lentes de sol... Nunca olvidaría esos ojos. Si los hubiera visto... Obviamente habría sabido quién era—. Samuel la miraba fijamente como analizando esas palabras, y Catherine se sonrojó un poco por lo que acababa de admitir.

Pasaron unos segundos de silencio que ninguno interrumpió, el uno por hallarse complacido con lo que acababa de oír, y la otra por sentir que había revelado demasiado. El mesero llegó para tomar su pedido, lo que hizo que ambos se relajaran un poco.

Catherine no pudo evitar soltar una risita.

—¿Sabes? —dijo—, sabía que esto algún día pasaría —él levantó su mirada a ella. Catherine sonrió—. Cuando estaba en la universidad y te veía estudiar y trabajar tan duro... casi podía verte como eres ahora, un exitoso hombre de negocios—. Samuel sonrió, aunque sin mucha convicción.

—Parece que siempre tuviste fe en mí.

—Siempre —contestó ella con firmeza—. No dudé ni por un instante que... lo lograrías—. La sonrisa de él se tornó triste.

—Yo, en cambio, no confié en ti —ella frunció levemente su ceño, y lo miró interrogante—. Y me lo pediste, me pediste que confiara en ti.

—Sí lo hiciste —suspiró ella mirando sus manos—. Es sólo que todas las evidencias apuntaban en mi contra. Ahora lo recuerdo y pienso en lo absurdo que fue mi plan. Todo habría salido mejor si en vez de ocultártelo hubiese contado con tu ayuda. Pero... pensar en lo diferente que hubiesen sido todas las cosas es una pérdida de tiempo, y el alivio de los tontos, dicen. No se puede cambiar el pasado.

Samuel la miraba fijamente. Parecía analizar a profundidad cada una de sus palabras.

La conversación había dado este giro volviéndose fuerte y profunda, y es que tenían tanto que decirse, que hablar de temas aleatorios no podía tomar demasiado tiempo.

—Aun así —dijo—, quiero ser tonto hoy. ¿Cómo habría sido todo si... las cosas hubiesen sido diferentes? ¿En qué habría cambiado? —Catherine dejó la carta a un lado y lo miró fijamente.

—Ahora estaríamos casados —dijo ella sin titubear—. Y yo estaría luchando contra la decisión de tener o no un hijo antes de los treinta. Mis problemas se limitarían a pensar en eso, y a dónde iremos en las próximas vacaciones.

—Eso suena... idílico—. Catherine se echó a reír.

—Sí. Idílico. Ya ves... el alivio de los tontos...

Samuel tragó saliva, pues aunque ella se acusara a sí misma de tonta por soñar algo así, él sí que se lo podía imaginar.

—Yo también soñaba con algo así —dijo él—. Estaba tan enamorado de ti, que nunca pensé que algo se pudiera interponer entre los dos. Siempre pensé que sólo el amor bastaba, que las diferencias las iríamos superando poco a poco. Que yo aprendería de ti... y tú de mí.

—Yo aprendí mucho de ti.

—Lo sé. Aprendiste a compartir el baño —ella se echó a reír. Samuel extendió su mano por sobre la mesa y tomó la de ella—. Nunca pienses que lo que vivimos fue falso. Para mí, fue lo más real que jamás pude experimentar, y se quedó grabado a fuego en mi alma. Terminó... de la manera más cruel que una relación podría terminar... Y ahora pienso que es lo único que me habría podido separar de ti—. Catherine sintió una lágrima rodar por su mejilla.

—Estabas muy enojado esa vez que me viste con Oliver.

—Claro que lo estaba —sonrió él—. Me sentí como un tonto del que se habían burlado, y eso, con el orgullo que me gustaba, fue muy difícil de asimilar.

—¿Me habrías... perdonado? Si no hubiese pasado lo de Cassie... ¿me habrías perdonado, Sam?

—Él apretó aún más su mano entre la suya.

—Habría estado enojado contigo unos días... Y al enterarme de la boda, habría estado entre furioso y admirado... Y poco a poco... la admiración le habría ganado a la furia. También te habría reprochado el haber llevado a cabo ese plan tan arriesgado y loco sin contar conmigo... Pero al final, seguro que te habría llevado conmigo a Inglaterra. Allí... nos las habríamos arreglado.

—¿Pensabas llevarme contigo?

—Si tú aceptabas, sí. Tenía poca fe en cuanto a eso. Sabía que nada te haría abandonar tu carrera, y yo tardaría un poco en poder apoyarte en ese sentido. Incluso tenía planeado, si decías que no, venir a verte todo lo a menudo que pudiese.

—Tu plan de hacerte rico se habría retrasado.

—Sí, una década, pero no me habría importado, porque estaría viviendo lo que hace más rico a cualquier hombre en el mundo: el amor—. Catherine tragó saliva, y se limpió otra lágrima con poco éxito—. Nada me habría separado de ti, Cath... Pero la vida... nos golpeó en el único sitio en que sabía que jamás habríamos podido levantarnos.

Catherine apretó sus dientes con muchos deseos de echarse a llorar allí mismo.

Era verdad. Era todo tan cierto...

Pero poner en palabras que lo más hermoso que habías tenido estaba condenado a no ser dolía demasiado.

Y no es que apenas se estuviese enterando, lo había comprendido poco después de que él la dejara. Tonta ella, creyó que buscándolo y ofreciéndole su consuelo las cosas volverían a estar bien, pero no importaba nada, lo peor entre los dos había sucedido.

Un mesero llegó con sus platos, y mientras los ponía delante de cada uno, Samuel soltó la mano de Catherine y ella se secó las lágrimas con un pañuelo.

Respiró profundo e intentó al máximo calmar su alma, su adolorido corazón. Acababan de poner el dedo en la llaga, pero ella tenía que seguir adelante.

—Esto huele muy bien —suspiró Catherine mirando el plato delante de ella y disfrutando de su aroma. Samuel no pudo evitar sonreír.

—¿Sigues comiendo como un caballo? —Catherine lo miró. Se notaba que el tema también lo había afectado a él, pero también intentaba disimular.

—Yo nunca he comido como un caballo —contestó, ayudando a distender el ambiente.

—Los caballos no dirían lo mismo.

—No te metas conmigo—. Pero hacía tanto tiempo que Samuel no se metía con ella que eso fue inevitable, y mientras comían bromearon y rieron como si nada malo hubiese sucedido entre los dos, como si esos seis años sólo hubiesen sido un paréntesis, que una vez cerrado, se olvidaba.

Cómo desearía que fuese así, pensó Samuel bebiendo de su copa de vino al terminar la comida.

—¿Qué ha sido lo más raro de pasar de pobre a rico? —preguntó Catherine. Samuel no pudo evitar sonreír.

—¿Lo más raro? —él miró el techo pensándolo un poco, y luego, no pudo evitar reír—. El aire acondicionado —Catherine también rio. Recordó que en su casa de Altoona se sufría mucho en verano por esto—. Ahora puedo tener mucho aire acondicionado. ¡Hasta en el baño! —ella volvió a reír, totalmente encantada por él.

—¿Algo más?

—El concepto de que... todas las personas que contrato, como por ejemplo alguien que ayude con la limpieza, y la cocina... son inversiones... redituables. Todo lo que me ayude a ahorrar tiempo, es una ganancia, ya que las cosas en las que yo me ocupo, producen más—. Catherine asintió. Ella comprendía ese concepto desde mucho antes, lo había aprendido con su madre—. También el hecho de que podía comprarme lo que quisiera —rio Samuel un poco avergonzado. Catherine lo miró elevando sus cejas—. Todos los juguetes que no pude tener de niño, todos los electrónicos que no disfruté antes. Esas cosas caras e inútiles que veía que mis compañeros tenían y yo no...

—Te entiendo. Yo, al contrario, pasé de rica a pobre —dijo ella como si nada, pero Samuel pudo percibir cierta tirantez en su expresión.

Ya lo sabía, en el informe que de ella había recibido, se enteró de cuán mal habían estado sus finanzas por un tiempo.

—Por culpa de los White—. Catherine se encogió de hombros.

—Por culpa de mi madre. Ella hizo malos tratos, obró de manera equivocada...

—Eso sólo facilitó las cosas; ellos querían vengarse de ti, y lo hicieron—. Catherine guardó silencio y él no pudo evitar mirarla fijamente por largo rato. Ella no esquivó su mirada, sino que se la sostuvo por largo rato.

—¿Por qué no me odias? —le preguntó, y Samuel elevó una ceja.

—¿Por qué no me odias tú a mí? —ella se echó a reír.

—¿Por qué te odiaría?

—¿Por las palabras tan horribles que te dije?

—Oh... eso. Sí. Fueron horribles.

—Muchas veces pensé en eso, Cath. En lo que te dije, en la manera como me miraste... sabía que te estaba haciendo daño, y aun así, no me detuve... Eso me hace una muy mala persona, y un muy mal hombre. Sin embargo, en el momento... fue lo único que pude decir para poner entre los dos la distancia necesaria, porque...

—Acababas de perder a tu hermana... y te sentías culpable.

—No es que “me sienta culpable”. Ese alivio de los tontos que acabas de mencionar, ha sido mi tortura los últimos seis años, Cath. Pensar en lo diferente que hubiera sido todo... —Catherine bajó la mirada. Seguramente él se había pasado todos estos años deseando nunca haberla conocido.

Ay, eso dolía.

—Me imagino...

—No, no te lo imaginas. No te imaginas la tortura que ha sido desear poder tenerlo todo. Conservar a mi hermana, y conservarte a ti... Nunca encontré el modo, y... en el fondo... tenía que reconocer que conocerte fue de las cosas más hermosas que jamás me pasó... y que me volvería a pasar...

Catherine guardó silencio y miró a lo lejos. A pesar de que había prometido no hablar de amor, los dos se habían zambullido en el tema. Se admiraba de su sinceridad, se admiraba de él por reconocer cosas que cualquier otro hombre ocultaría o negaría.

Pero este era el Sam de siempre, el verdadero. Él no se guardaba las cosas, no las callaba, y por eso habían iniciado esta relación.

—Es sólo que... mientras te castigas a ti mismo... también me castigas a mí —susurró ella, y tuvo que pestañear ahuyentando las lágrimas—. El pensar todos estos años que me odiabas... también ha sido muy malo, Sam. Y encima, el pensar que fui la culpable de lo de Cassie.

—No eres culpable.

—Si no lo soy yo, tampoco lo eres tú.

—No, yo inicié todo —Catherine no pudo evitar soltar una risa burlona. Samuel la miró confundido.

—¿Tú iniciaste todo? —preguntó ella limpiando la comisura de sus ojos—. Te tienes demasiada confianza.

—Claro. Esa vez, cuando te besé...

—Yo ya venía trabajando sobre ti desde mucho antes —admitió ella tomando aire e irguiéndose en su silla—. Cada prenda que elegía para vestir, cada encuentro casual, cada batir de pestañas... tú simplemente caíste en mi red, Samuel Slater —él la miraba estupefacto. Y Catherine no pudo evitar mirar a otro lado y seguir riéndose de él—. Nunca te dije lo contrario para no herir tu orgullo, pero desde el mismo día que admití que me gustabas... consciente, o inconscientemente, empezó el asedio.

—¿Tú me sedujiste?

—Un poco a regañadientes... pero sí—. Catherine ladeó un poco su cabeza mirándolo fijamente, y Samuel no pudo evitar sentirse de nuevo seducido—. ¿Qué vamos a hacer con esto? —preguntó ella, y él no tuvo que preguntar a qué se refería con “esto”. Él lo sabía bien.

Pero no tenía respuesta.

¿Podría estar con ella sin dejar de pensar en su hermana? ¿Podría vivir todo lo que ella se perdió sin recordar que era el causante?

¿Y si en el futuro todo eso se acumulaba y empezaban los problemas? Si al mirarla no podía dejar de pensar en todo lo que salió mal, qué pasaría entonces?

Era horrible pensar en eso, pero, tenía que reconocer, era más horrible el haber estado alejado y auto flagelándose los pasados seis años.

Su pasado y su futuro no pintaban agradables, estaba atrapado.

Guardó silencio por largo rato, y en ese lapso, tampoco ella dijo nada. Era como si la verdad se hubiese vuelto a instalar entre los dos como un enorme ladrillo de hormigón, pesada y sucia.

—Míralos aquí —dijo alguien acercándose a ellos, y ambos elevaron la mirada para ver a la rubia y hermosa mujer que los miraba con una sonrisa molesta, aunque disimulada—. Samuel Slater y...

—Catherine Bell —dijo otra mujer a su lado, y Catherine apretó un poco sus labios al reconocer a Jessica White.

Qué mala suerte. Entre todos los restaurantes del mundo, ellas habían tenido que venir aquí.

—¿Estás a la caza de otro millonario, Cath? —preguntó Jessica con voz dura, y Catherine elevó una ceja queriendo burlarse de ella. Sin embargo, debía tener mucho cuidado con las palabras que eligiera. Jessica era peligrosa. Si bien ahora estaba casada y no podía representar un peligro en lo que a Samuel respectaba, tenía bajo su ala a Robin Cooper, y ésta sí que podía hacer algo.

¿Qué pensaba Samuel de ella?, se preguntó, y no pudo evitar mirarlo con esa pregunta en sus ojos.

—Soy yo quien está a la caza —contestó Samuel mirando a Jessica y a Robin con cierta displicencia en sus gestos—. Soy yo quien la asedia. ¿Algún reproche por eso? —Las dos mujeres lo miraron sorprendidas. Nunca esperaron una respuesta así.

—No... —titubeó Robin, odiando a muerte a Cath—. Tú puedes salir con quien quieras.

—Me alegra que lo sepas. ¿Ya se van? —Catherine mordió sus labios gobernando duramente sobre todos los músculos de su cara, pues la verdad era que quería reírse a carcajadas.

—Sí, ya nos vamos. Que tengas una bonita tarde.

—No lo dudes —sonrió Samuel, y se giró a mirar a Catherine, ignorando completamente al par de mujeres que, incómodas, dieron la media vuelta para salir del restaurante.

Catherine aguantó dos, tres segundos, pero luego fue incapaz y soltó la risa.

—¡Eres muy malo! —susurró. Samuel la miraba complacido consigo mismo—. Tienes negocios con Ronald Cooper. No deberías ser tan descortés con su hija.

—Tal como has dicho, mis negocios son con él, no con ella. Si Cooper fuera el tipo de hombre que espera la aprobación de su hija para hacer negocios, no sería quien es. Así que, tranquila—. Catherine suavizó su risa al reconocer que aquello era cierto. En el pasado, él no la rechazó a pesar de lo mal que se había llevado con Robin en esa fiesta.

—Te llevo a tu casa —la diversión se transformó en pesar en menos de nada con esas palabras, y Catherine miró su postre terminado lamentando haberlo comido tan rápido.

Catherine tomó su bolso y se puso en pie, y Samuel se apresuró a correrle la silla. Se miraron el uno al otro lamentando que el tiempo hubiese pasado tan rápido.

Se sentía como si todavía tuviesen mucho que hablar, pero al mismo tiempo, eran conscientes de que nada de lo que se dijeran el uno al otro cambiaría el estado de las cosas.

—Sam —lo llamó ella cuando ya estaban en el parqueadero y él le abrió la puerta para que ella entrara. Él la miró y Catherine tomó aire—. Todavía te amo —dijo, y eso hizo que él abriera un poco sus ojos por lo inesperado y fuerte de esa declaración—. Y sé que tú también me amas a mí.

Samuel cerró sus ojos incapaz de negarlo. Catherine dio un paso a él y puso su mano sobre su pecho. Samuel la miró sin decir nada, sin hacer nada, pero su respiración se había acelerado.

—Ya sé que no podremos estar juntos —dijo ella—. Ya sé que lo que le sucedió a tu hermana se interpone entre los dos. Entiendo que no puedas estar conmigo... también a mí se me hace difícil, pero... es más duro estar sin ti...

—Cath...

—No, no me interrumpas. Te dije que no te hablaría de amor ni nada de esas cosas, pero te mentí. La realidad es que te pedí esta cita sólo para hacerte una propuesta.

—Una...

—Sí, sí. Una propuesta. Quiero... que estés conmigo una última vez—. Ahora él no sólo abrió sus ojos por la sorpresa, sino también la boca—. Una última noche juntos, Sam. Una despedida de verdad. No volveremos a buscarnos, ni a preguntarnos qué hubiera pasado. Y como es algo de una sola vez... No tendrás por qué sentir que le has fallado a tu hermana, ni correrás a auto flagelarte por ello—. Samuel bajó la cabeza y cerró sus ojos como si estuviera en medio de un enorme dilema. Catherine ayudó a inclinar la balanza a su favor acariciando suavemente su mejilla, y, ay, hacía tanto tiempo que no tenía nada de esto, que no pudo evitar inclinar su cuerpo a ella—. Sólo una vez... sin miedos de por medio, sin permitir que el pasado y todo lo malo se interponga. Sé que tú también lo deseas.

—Oh, Dios... Sí...

—¿Sí?

—Pero...

—¿Qué, mi amor? —él abrió sus ojos, y estaban tan iluminados, tan brillantes, que Catherine supo que había ganado esta partida.

Samuel tomó su cintura, la pegó a su cuerpo, y la besó. Labios contra labios, un toque un poco superficial, pero tan profundo para los dos. Los brazos de él rodearon su estrecha cintura, metiéndola en su pecho, y al fin abrió sus labios para buscar su lengua... y ella se dejó encontrar. Un gemido, un "sí", y otra vez un profundo beso.

Samuel mordisqueaba sus labios con cierto afán, lamía sus dientes, buscaba su lengua, se enlazaba con ella y volvía a empezar, enfebrecido, feliz, su cuerpo completamente despierto, como nunca en estos seis años. Besó su mejilla y bajó por su cuello, besándola a cada centímetro, inhalando de su perfume, sintiéndola temblar dentro de su abrazo.

—Te amo —dijo él mirándola a los ojos—. Oh, Cath. No fui capaz de dejar de amarte. A pesar

de lo... duro que ha sido para mí. A pesar del deseo de dejar todo atrás... he fracasado intentando olvidarte. Todo este tiempo sólo me sirvió para comprobar que sólo estoy vivo si te tengo en mis brazos—. Los ojos de ella se humedecieron ante semejante declaración. Él, que era tan parco con sus palabras, diciendo algo tan hermoso.

—Entonces... ¿sí? —Samuel rio por lo bajo, y volvió a besarla, pegándola a sus caderas para que sintiera su verdadera respuesta. La boca podía decir mil tonterías, pero ah, el cuerpo... el cuerpo siempre diría la verdad.

—Yo quiero ser doctora —dijo Cassie una vez, hace tiempo, cuando aún eran niños y contaban con papá y mamá para llevar a cabo los sueños—. Seré una doctora, y sanaré gente.

Samuel, en ese momento, había arrugado su naricita y se había burlado de su sueño.

—Para ser doctora tienes que estudiar mucho —le advirtió. Cassie se encogió de hombros.

—Estudiaré.

—Te quedas dormida mientras lees.

—Tú me despertarás—. Ante eso, Samuel sólo había protestado, diciéndole que él estaría ocupado.

Fue por eso que le pidió perdón cuando se quedó embarazada de Harper. El embarazo estaba truncando en cierta manera su sueño, tal como le había ocurrido a Mary Anne, su madre. Pero ella había prometido seguir adelante de todos modos.

—Espera a que me gradúe y empiece a ganar más dinero —le pidió Samuel una vez—. Yo te ayudaré.

—¿Quién es el mejor hermanito del mundo? —bromeó Cassie abrazándolo cuando le dijo eso. Samuel sólo hizo rodar sus ojos.

—Sólo ve practicando para no quedarte dormida mientras lees.

—Que no, que no—. Y él se echó a reír.

Fue una promesa que jamás pudo cumplir.

Ah, cómo extrañaba a su hermana. Cuánto, cuánto la echaba de menos.

—Perdóname —le dijo ahora en un susurro, con sus ojos cerrados y humedecidos por las infaltables lágrimas, lágrimas que siempre acudían a él cuando pensaba en que no la volvería a ver, y que le debía tanto—. Perdona mi egoísmo. Perdona mi torpeza.

Ahora Cassie no estaba, y toda su vida no había siquiera empezado del todo, y eso lo hacía sentir sin ningún derecho para vivir la suya, para tener algo.

En su mente había forjado un camino, el camino de la venganza; destruiría a los White, les haría pagar su crimen, y luego...

Nunca era capaz de imaginar algo más allá de ese punto. Todo su trayecto terminaba allí, sus planes, sus ideales, todo, todo había tomado el propósito de la venganza.

Ya le había fallado a su hermana una vez, ¿volvería a hacerlo ahora? ¿Se desviaría de nuevo por sus deseos?

Pero es que, por Dios, no era un deseo cualquiera. Era el básico deseo de un hombre, y no precisamente el deseo sano sobre una mujer, sino el deseo de sentirse otra vez vivo. Vivir y no

sólo existir.

—¿Samuel? —llamó la suave voz de Catherine, saliendo del cuarto de baño luciendo una diminuta bata de seda color rosa y de encaje negro. Él se giró a mirarla, y Catherine vio sus ojos humedecidos, que seguía con toda su ropa puesta, y tal vez imaginó que se echaría atrás y la dejaría plantada, pero Samuel se puso en pie con la furia de una tormenta. Se fue desabrochando los botones de su camisa a cada paso que daba hacia ella, y una vez a su alcance, le tomó la cabeza con ambas manos y plantó en su boca un beso.

Catherine no tuvo tiempo de decir nada más, totalmente arrollada por este atronador deseo que fluía de él y la envolvía como una cálida manta. Lo abrazó y lo besó tan fuerte como él la besaba, le terminó de sacar la camisa y siguió con los pantalones.

Poco a poco, él la fue apoyando contra la pared, tomó su muslo para subirlo a su cintura, para sentirla más cerca, para restregarse un poco contra ella, porque olía tan bien, estaba tan suave, y era tan sexy... Ella metió la mano dentro de su ropa interior y lo tomó en su mano con fuerza, provocando en él un gemido de placer y satisfacción que le puso a ella los pelos de punta.

Ella se encargó de ponerle el preservativo, que precavidamente había traído, por supuesto. Había sabido que él no vendría preparado, y como este había sido su plan desde ayer, se hizo cargo. Para Samuel fue una tortura todo aquel toqueteo, y estuvo a punto interrumpirla con tal de saciar el hambre que lo roía desde adentro, pero pacientemente esperó, y cuando al fin ella terminó, la miró fijamente a los ojos lleno de esa hambre que sólo ella podía saciar.

—Esto... no va a tardar mucho —dijo él, casi como una promesa, casi como una disculpa.

Metió su mano entre los dos tocándola, pero no era necesario hacer más, ella estaba totalmente húmeda y lo guiaba a su centro. No se acordó de la cama, ni se preocupó por buscar una posición más cómoda para ambos, y allí mismo, contra la pared, Samuel entró en ella con fuerza y de un solo movimiento.

Catherine se encogió contra la pared lanzando un gruñido desde lo más hondo de su garganta, y Samuel aprovechó para besar su piel, sentir en sus labios el latir de su pulso y el sonido de sus gemidos. Duro, duro dentro de ella, hasta el fondo, sin espacio para nada. Hizo que lo rodeara con sus brazos y piernas, y envuelto por fin en ese capullo de amor, volvió a moverse para empujar dentro una vez más.

Apoyó su frente contra la pared, por encima del hombro de ella, y casi sin dejarle espacio para nada, siguió moviéndose dentro de ella fuerte y rápido. Ni siquiera se había quitado del todo los pantalones, ni qué decir de los zapatos, pero no importó. Gimió y gruñó por todo el placer que le recorría el cuerpo de arriba abajo con cada embate, y cuando ella se tensó debido a su orgasmo, se dejó ir, totalmente enloquecido. Aferró sus nalgas y entró y salió de su cuerpo una y otra vez disfrutando de este maravilloso momento, de esta celestial sensación, hasta que perdió un poco la conciencia y se vació totalmente.

Tuvo que aferrarse a ella, que a su vez se colgaba de él gimiendo entre dientes, apretándolo tan duro que Samuel sentía que lo exprimía, y alargaba este orgasmo por tanto tiempo retrasado.

Cuando al fin se quedaron quietos, se miraron el uno al otro demasiado conscientes de todo lo que los envolvía. Era una tontería negar lo que les pasaba; el uno amaba demasiado al otro. No se necesitaban las palabras; los dos sabían que una sola vez no sería suficiente. Ninguno de los dos fue capaz de retener las palabras que empezaron a salir a borbotones. Un te amo, seguido de un mi amor, te necesito, eres mía. Sí, sí. Por siempre.

Catherine se encargó de desechar el preservativo, mientras él terminaba de desnudarse y corría con ella a la cama.

—¡Los preservativos! —dijo ella con el último hilo de cordura que encontró en su mente, y él miró al bolso, donde ella señalaba. Se separó sólo un instante y tomó la pequeña caja, sacando uno de los sobres y volviendo a ponerse sobre ella. Catherine no pudo evitar sonreír—. Estás mucho más hermoso que antes —dijo ella poniendo su mano sobre el plano abdomen, que ahora tenía muy bien marcados sus abdominales, y los pectorales sólo pedían ser lamidos y saboreados con su lengua. Samuel respondió a su sonrisa llena de picardía elevando una ceja.

—Tú estás más deliciosa que antes.

—Tal vez... no soy tan hermosa como las mujeres con las que seguramente te acostaste en estos años, pero...

—¿De qué hablas? —Catherine se echó a reír, viendo cómo él estudiaba su cuerpo, tal como si fuera una muy sexy ecuación matemática de esas que a él le gustaban. Incluso le abrió los muslos y pasaba su mano por toda ella—. Ya sabes... las mujeres que... No espero que hayas sido casto todos estos años.

—Casto —repitió él como si la palabra fuera desconocida—. Oh... eso —y se echó a reír—. Cath —dijo—, hace tanto que no estoy con una mujer... que me sorprende que mi semen no haya salido en polvo—. Catherine lo miró seria por un breve instante, y luego soltó la carcajada. Él la miró encantado, mientras se ponía toda rojita por la risa, y no le impedía a él seguir mirándola, sino que disfrutaba de su escrutinio y reía por su broma.

—¡No te creo! —él encogió un hombro.

—Cariño, ¿no te dice nada que no haya durado ni cinco minutos anteriormente?

—Oh, yo lo sentí más largo. Fue divino y eterno. El súper orgasmo de la vida —Samuel sonrió mostrando todos sus dientes lleno de orgullo.

—Es sólo porque estabas transida de deseo—. Ella volvió a reír, pero no lo negó ni censuró su exceso de confianza. Después de todo, tenía toda la razón.

Samuel le sacó la pequeña bata que ella todavía llevaba puesta hasta dejarla completamente desnuda, y Catherine tiró suavemente de su cuello y lo besó. Sus lenguas se enredaron por largo rato y Catherine suspiró cuando la boca de él fue bajando por su cuello y pecho buscando su lugar favorito.

Qué bien que se había lanzado, pensó mordiéndose los labios sintiendo la lengua de Samuel meterse en su ombligo. Qué bien que se había arriesgado.

Samuel la abrió totalmente con sus dedos y lamió y chupó con algo de fuerza. Conocía perfectamente este cuerpo, sabía cómo debía hacer cada cosa, y casi se sorprendió un poco al ver que atinaba en cada recuerdo. Pronto, ella empezó a retorcerse, y Samuel se ubicó mejor para recibir más cómodamente el orgasmo de su mujer en su boca.

Ella estaba sudorosa e inquieta, pues esto no era suficiente para ella, a pesar de que acababa de correrse por segunda vez desde que llegaron al hotel. Y cuando empezó a tirar de él para que se pusiera sobre ella, él hizo caso.

Dios santo, cuánto la amaba. Y ahora sentía que era más, más fuerte el amor que sentía por ella. Sentía que antes amó a una niña, y ahora tenía a toda una mujer frente a sus brazos, totalmente entregada a él tal como en el pasado, pero más dueña de sí misma que nunca.

Él no había necesitado demasiado tiempo para ponerse duro otra vez, así que se puso el preservativo, juntó sus muslos y entró suavemente en ella. Catherine volvió a gemir con cada embate, y él mantuvo sus ojos muy abiertos bebiéndose cada expresión de éxtasis de ella, llenándose los ojos con la deliciosa imagen de sus senos moviéndose al ritmo de sus empujes, admirando el brillo que el sudor le daba a su piel.

Sí, sí. Catherine era perfecta. ¿Qué iba a hacer sin ella?

Nada, ni siquiera fue capaz de terminar del todo esa pregunta en su mente. Ahora mismo, todo su ser rechazaba un mundo donde ella no estuviera. Y descubrió que sólo en este santuario de amor él era plenamente feliz, otra vez un hombre completo, otra vez un hombre vivo.

Sólo aquí, viviendo su amor, el fuego de este amor, él encontraba una razón para hacer más que existir.

—Mi amor —le dijo, y ella abrió sus ojos. Tenía los dientes apretados, como si el deseo y el placer fueran demasiado para ella—. Te amo —le dijo él—. Tanto, tanto.

—Sí —gimió ella—. Sí.

Él siguió repitiendo cuánto la amaba, mientras con un brazo sostenía sus muslos en alto, y con el otro se apoyaba en la cama. Ya luego las frases salieron incompletas, inconexas, pero la esencia era esa. La amaba más allá de toda cordura.

Catherine abrió los ojos sintiéndose totalmente aletargada. Se había quedado dormida luego de la última ronda de sexo. No debió ser por mucho tiempo, pero lo cierto es que ya estaba oscureciendo.

Se pasó una mano por la cara y se movió sólo para tropezarse con Samuel, que dormía a su lado, totalmente perdido en los brazos de Morfeo.

Sonrió.

No había hombre más hermoso sobre la tierra. Él era perfecto, su rostro, su cuerpo, sus cabellos que ahora estaba totalmente desordenados sobre la almohada.

¿Cómo había podido vivir sin él estos pasados años?

No había vivido, se respondió. Sólo sobrevivió un día tras otro, sin la menor esperanza de volverlo a ver. Lo que los separaba seguía allí, pensó con miedo, pero tal vez ella consiguiera mostrarle que lo que tenían era más fuerte que la culpa por la muerte de Cassie.

Era verdad lo que le había dicho, lo había invitado a ese almuerzo con un oscuro propósito, y era romper todas sus barreras, convencerlo, aunque fuera con sexo, de que no debían estar separados. Nunca recuperarían a Cassie, y tal vez ella era demasiado egoísta por querer hacerle ver que sin el uno, el otro jamás viviría completamente.

No le importaba si esta era una forma poco ética de conseguir lo que quería, no le interesaba oír de nadie que nada compensaría la pérdida que él había sufrido por amarla. En este momento quería ser feliz, solamente, y quería que él lo fuera, y daba la casualidad que su felicidad estaba en su unión, en los dos aquí, enamorados el uno del otro, y prodigándose ese amor.

Le había dicho que sólo sería una vez, pero iba a mostrarle en esta única vez, que no podían estar más separados. Cuando se alejaran otra vez cada uno hacia sus casas, él sentiría en su cuerpo la huella que ella había dejado impresa, tal como en el pasado, pero esta vez, con más ardor, con más fuerza.

Lo estaba dando todo por el todo, y su victoria sólo la conseguiría cuando él le pidiera una segunda última vez.

Samuel abrió sus ojos sintiéndose otra vez duro, y entonces encontró a Catherine con su miembro en su mano mientras lo besaba y lamía de arriba abajo.

Oh, Dios, gimió. Oh, Dios.

Se mordió los labios volviendo a mirarla, y cuando ella se lo metió totalmente a la boca, dejó salir un gruñido.

Habían pasado toda la tarde desnudos y el uno dentro del otro en todas las formas posibles. Era increíble que su cuerpo siguiera listo para una vez más, pero aquí estaba la evidencia.

Sintió la lengua de ella rodearlo, su boca chuparlo, y meterse tan profundamente hasta casi tocar su laringe.

—Catherine —la llamó, pero ella estaba muy ocupada.

Ah, sólo disfruta, se dijo, y eso hizo. Sonrió cuando ella hizo ruiditos con él en su boca, se mordió los labios al sentir el absoluto placer de su lengua rodearlo, y poco a poco ella fue aumentando el ritmo hasta provocar su orgasmo, y Samuel se dejó ir dentro de su boca, que lo chupaba con hambre y ansias. Cuando terminó, y cayó lánguido sobre la almohada, la vio tragar y gatear hacia él para besarlo, y Samuel la besó, mucho, mucho, a esa boca maravillosa que hacía estragos en él. Sabiendo que ella estaba encendida como una flor roja, metió sus dedos dentro de ella y la acarició no con suavidad, sino con toda la fuerza que ella necesitaba, hasta hacerla llegar.

Y luego la abrazó, y la besó, y la mimó.

Ah, qué feliz era aquí. Hacía tanto tiempo que no lo era que se sintió raro, extranjero; sobre todo, porque era cosa de una sola vez.

Mañana, y pasado mañana, volvería a ser ese ser incompleto que fue todo este tiempo.

Y tuvo miedo.

—No me imaginé que iniciarías una marca de maquillaje —dijo él mientras comían un poco. Ninguno de los dos había mencionado la posibilidad de dar por terminada esta fabulosa sesión de

sexo, ninguno de los dos había dicho nada acerca de darse las buenas noches y volver a casa. El teléfono de cada uno estaba silenciado, el mundo podía esperar a mañana para volver a su afán.

—¿No? —él se encogió de hombros.

—Pensé que harías otra cosa, que le dejarías el maquillaje a tu madre—. Catherine miró a lo lejos por un momento.

—Habría sido así de no ser porque Laverne Inc. quebró. Tal vez hubiese hecho ropa.

—Y te habría ido muy bien también en eso—. Catherine sonrió orgullosa por su cumplido.

—¿No son seis años muy poco tiempo para hacerse tan rico como tú? —Samuel sonrió.

—No fueron seis años. Mi proyecto ya estaba en andas desde antes de irme a Inglaterra.

—¿De verdad?

—Owen Walton lo conocía, y fue por eso que decidí auspiciarme en el posgrado. Sabía que tenía una mina de oro entre manos.

—¿Ya desde entonces tenías ganancias?

—Sí. Pocas, pero las tenía. Sólo necesitaba un inversor, y ampliar un poco más mis conocimientos.

—Los Walton te dieron ambas cosas.

—Sí. Admito que sin su ayuda, todo habría sido más lento y difícil.

—Y William... ¿Qué hay de él? No lo vi esa noche en la fiesta—. Samuel se llevó a la boca un último bocado de comida, y por un momento pareció que no quería hablar del asunto, pero luego de beber un poco de vino suspiró.

—William está... bien. Él... no ha superado la muerte de mi hermana. Dice que no, pero creo que está peor que yo—. Catherine tragó saliva. Era la primera vez que él hablaba abiertamente de Cassie desde que se vieran otra vez. Pero bueno, era poco lo que habían hablado desde entonces.

—Tal vez... el haber conducido el auto en que falleció...

—No, era Cassie quien conducía —Catherine lo miró sorprendida—. Ella le pidió las llaves, y él, tonto, se las dio. Pero a veces pienso que habría sido peor si quien condujera fuera William. Su culpa se habría triplicado. Él tampoco habría sabido dominar el auto... Una camioneta los sacó deliberadamente de la carretera —le informó Samuel mirándola directamente a los ojos—. Es por eso que estamos seguros de que alguien quiso matarla—. Catherine frunció su ceño. De alguna manera, había algo extraño en todo eso. ¿Por qué los matones de Oliver no se habían percatado de que había una figura importante dentro de ese auto? Meterse con un Walton no era cualquier cosa, ¿por qué no escogieron otro momento, y otro método en donde el heredero multimillonario no estuviera en riesgo?

Sólo por inteligencia.

Pero bueno, Oliver no era precisamente el hombre más inteligente sobre la tierra.

—Lo destruirás, ¿verdad? —Samuel la miró fijamente a los ojos, y Catherine sintió un poco de duda. Tal vez él no le revelaría su proyecto de venganza.

Pero se sorprendió totalmente cuando él empezó a describirle su siguiente paso.

—Tenía un plan —admitió él levantándose de la mesa y llevando los platos a la pequeña cocina

de la suite—. Hace tiempo compré una empresa destinada a quebrar, “el hoyo negro”, la llamamos William y yo. No importa cuánto le invirtamos, lo único que hace es tragarse el dinero y quedar igual o peor que antes. La tomé en mi poder librando así a sus pobres antiguos dueños, y mi plan era hacer que los White invirtieran en ella, y una vez captado su dinero, hacer estallar todo —Catherine elevó sus cejas mirándolo impresionada, y Samuel sonrió orgulloso de sí mismo y de su plan.

Se apoyó en una de las sillas del comedor, y los ojos de Catherine no pudieron evitar echarle una miradita a todo él. Samuel estaba sin camisa, descalzo, y con los pantalones sin abrochar.

Ella, por su parte, sólo tenía la camisa de él. Una pequeña concesión al frío que había sentido poco después de su última ronda de sexo.

—Pero al llegar a Nueva York, y conocer a fondo el trato y los negocios de los White con la gente en general, me di cuenta de que no es necesario usar el hoyo negro contra ellos.

—¿Ah, no?

—Tienen muy mala reputación, y han ido acumulando delitos financieros uno tras otro. Mi próxima tarea será destapar su olla podrida y dejarlos expuestos, pero para eso, he tenido que ganarme la confianza de grandes y pequeños empresarios, conociéndoles, haciéndoles favores “gratuitamente”—. Catherine hizo una mueca de asombro ante lo que oía—. El agradecimiento es un arma muy poderosa, Cath. Más poderosa que el miedo, que es lo que ellos han usado por décadas. Con amenazas y trampas, han doblegado a mucha gente, ha quebrado a pequeños empresarios, y abusado de la confianza de inversores haciéndose cada vez más ricos. Eso se acabó.

—Los destruirás, y de paso, quedarás como un redentor.

—No tanto—. Catherine elevó una ceja mirándolo significativamente, y Samuel se echó a reír.

Tan hermoso, pensó Catherine. Amaba esa risa.

—Tal vez un poco —admitió él.

—Yo puedo echarle una mano con ese plan —dijo Cath—. Conozco a mucha gente que se vio afectada por los White. Mi madre no es la única persona a la que han destruido con su deslealtad —. Samuel asintió, pero no aceptó ni rechazó su oferta, sólo la miró un poco de reojo.

—¿Cómo está ella? —Catherine suspiró. No necesitaba preguntar a quién se refería.

—Es otra persona después del cáncer. Es más como un fantasma que habita mi casa y de vez en cuando me envía malas vibras. No es ni sombra de la mujer fuerte y aguerrida que fue.

—¿Después del cáncer?

—Tal vez lo tomó... como castigo divino. Nunca he hablado con ella del tema... Como recordarás... no nos tenemos la suficiente confianza como para hablar de temas tan íntimos.

—Pero al menos, aprueba la mujer en la que te convertiste—. Catherine hizo una mueca.

—No le ha quedado alternativa.

—En eso no ha cambiado, al parecer—. Catherine se levantó de la silla y caminó hasta la sala de la suite tirándose en el sofá de cualquier manera. Samuel no perdió tiempo y fue hasta quedar a su lado.

—A veces pienso que sí está orgullosa, pues me da consejos y me anima a no decaer... Pero son más las veces que censura mis decisiones. Cuando acepté la inversión de CS Technology casi

entra en pánico.

—¿Quieres que hable con ella y la tranquilice? —preguntó él acariciando sus piernas y moviéndolas para ponerlas sobre las suyas. Catherine lo miró confundida. ¿No entendía él que con esa propuesta casi estaba prometiendo que se verían con frecuencia en el futuro?

Su corazón se aceleró un poco ante la posibilidad.

—No sé si debas. Tal vez sea contraproducente. Nunca se sabe cómo va a reaccionar Laverne Brown—. Samuel sonrió pasando suavemente su mano por el largo muslo de ella, mirándola fijamente, y Catherine sintió ese abrumador deseo de hacerle una sola pregunta, una pregunta que tenía que ver con el futuro de los dos.

Ah, qué ganas de oírlo decir que lo de hoy se repetiría.

Pero no podía, no podía presionar. Esto tenía que nacer de él, el principal afectado, el que más perdió entre los dos por haberse juntado fuera de tiempo.

—Te quedaste serio de repente —observó él, sin dejar de mover su mano sobre su piel. Catherine sonrió ladeando su cabeza y mirándolo llena de amor.

—Es que eres demasiado hermoso —dijo, y él rio—. ¿De verdad llevabas mucho tiempo sin estar con una mujer? —preguntó, y él dejó salir el aire.

—La última fue... una hermosa morena de piernas largas, ojos grises, la noche que me gradué—. Catherine lo miró confundida.

—¿El grado de tu especialización? —él se echó a reír.

—No, tonta. De mi pregrado—. Catherine abrió grande su boca al comprender. Pero no, no podía ser. No podía ser ella la última mujer con la que él se acostara, seis años atrás.

Pero, ¿por qué mentiría en eso? Ella le había dejado claro que no se lo reprochaba, que, al contrario, lo tomaba con naturalidad.

Su corazón se aceleró muchísimo, y no pudo evitar que sus ojos se humedecieran.

No sabía cómo tomar eso. O era la declaración de amor más grande del mundo, o él simplemente había sido una especie de zombi que no se acordó de que su cuerpo seguía vivo y tenía necesidades.

Cuando reaccionó, Samuel estaba otra vez sobre ella y desabrochaba los botones de su camisa y husmeaba en el interior.

—¿Ahora entiendes por qué me asombra que mi semen no haya salido en polvo? —ella lo miró a los ojos, y sin poder evitarlo, se echó a reír. Al tiempo, una lágrima rodó por sus mejillas.

—¿Por qué, Sam? —la pregunta encerraba muchas cosas, y él la interpretó correctamente. Se alejó de ella y la miró con tristeza.

Quería decirle la verdad, que sólo a ella la deseaba, que era la única mujer por la que podía olvidar todos sus propósitos. Que aunque sí sintió deseo en esos años, nunca pudo llegar más allá de unos pocos besos porque esos labios eran extraños para él.

Porque sólo quería estar con ella.

¿Y si...?

Se detuvo ante el pensamiento. Lo retuvo allí, huyó de él, pero este lo alcanzó de todos modos.

¿Y si, después de vengarse de los White, su conciencia al fin se calmara y le permitiera a él la

paz de volver a estar con su mujer?

¿Podría?

¿Sería capaz?

¿No lo asaltaría de nuevo la duda y la culpa por estar viviendo tan normal luego de que por culpa de ese mismo amor la vida de su hermana quedara truncada?

Catherine pareció leer todos sus pensamientos, y se acercó a él acariciando suavemente, como un aleteo de mariposa, sus mejillas. Él se giró a ella y la miró, Catherine besó su rostro repetidamente. Casi le pedía con esos besos que olvidara todos esos pensamientos, y que se limitara a vivir el ahora.

Y eso hizo él... por las siguientes dos horas.

Era avanzada la noche cuando Catherine volvió a casa. No vio a Laverne levantada, pero ésta casi podía adivinar de dónde venía su hija y de hacer qué. Ella nunca se había ausentado tanto un fin de semana, no luego de que vivieran juntas otra vez.

Suspiró. Esta vez, tenía que cuidar muy bien los intereses de su hija. Tenía muy claro que alguien como Samuel Slater no era alguien con quien se pudiera jugar, ahora era un hombre rico, poderoso, y con muchos motivos para odiarlas a las dos.

Y Catherine podía estar siendo una presa fácil otra vez en sus brazos.

A la mañana siguiente, Frank vio a su hijo totalmente diferente a todos los días anteriores. Ya no parecía como si estuviese llevando sobre sus hombros el peso del mundo, y sonrió internamente. Ayer había salido muy arreglado y perfumado a una “cita de negocios”, y aunque no había llevado a Howard y por lo tanto, no podía preguntarle a este a dónde y con quién había se había visto, lo podía imaginar.

—Recuerda la reunión —le dijo Samuel antes de irse a las oficinas—. Te necesito allí —Frank asintió en silencio, y lo vio terminar su café, tomar su maletín, y salir.

A media mañana estuvo en las oficinas de CS Technology. La gente allí lo trataba con cierta deferencia, pues sabían que era el padre del dueño, pero él no había perdido ese aire de gentileza y cercanía con todos. Se había aprendido el nombre de la recepcionista, de la señora que se encargaba de la limpieza y la de las cocinas. El vigilante lo saludaba tocándose el sombrero de su uniforme, y a todos les sonreía a modo de saludo.

No era un millonario como otros grandes hombres, así que no tenía esas mañas y altanerías.

Tampoco su hijo, se decía con orgullo. Samuel era muy accesible a todos sus empleados, de alto rango o no.

La reunión se llevó a cabo en la sala de juntas, y a ella asistieron William y Owen Walton, Samuel, él, y Ronald Cooper. No sabía por qué este último estaba allí, pero no dijo nada. Cuando se hizo la hora del almuerzo, llevaron comidas desde un fino restaurante, y siguieron como si nada.

Hablaron, más que todo, del paso a seguir en la venganza contra los White. Comprobó que Cooper tenía mucho que aportar, pues, al llevar mucho más tiempo tratando con los White que

todos los demás, los conocía bastante bien, y a sus puntos débiles.

—No deshagamos el hoyo negro —sugirió Owen, refiriéndose a la compañía que habían planeado usar contra los White—. Puede servirnos para otra ocasión.

—Pero mientras tanto, come dinero como una esposa malcriada —sonrió Cooper.

—Se mantiene —dijo Samuel—. No aporta ganancias, y las pérdidas son controlables. ¿Contra quiénes quieres usarla? —Owen sólo se alzó de hombros. Miró a su hijo, pero William poco hablaba.

Al final, todos habían decretado el camino a seguir: la caída de los White empezaba de inmediato, y Frank se sintió un poco nervioso. Todos hablaban del tema con tanta tranquilidad, y él sólo pensaba en las familias que se quedarían sin ingresos por la caída de una gran empresa.

Sin embargo, no manifestó sus dudas en voz alta; se suponía que él debía ser quien más apoyara a su hijo en este tema.

—Quiero decirte algo en privado —le dijo cuando ya todos salían, y Samuel asintió señalándole la oficina, pero al momento, una asistente le anunció a Samuel que tenía una visita inesperada.

—¿Quién? —preguntó Samuel.

—Eh... Laverne Brown —contestó la asistente, y Frank y Samuel se miraron con idéntica expresión.

—¿Estás segura?

—Pues... ese fue el nombre que dio—. Samuel salió de la sala de juntas al pasillo y allí vio a la mujer alta y rubia, de cabello corto y ropa discreta, que se puso en pie al verlo sosteniendo en sus manos su cartera.

La mujer lo miró sin pestañear, y lo saludó con un movimiento de su cabeza.

—Samuel Slater —saludó, y él sólo frunció un poco su ceño—. Si me permite un momento, le contaré cuál es mi propósito aquí—. Samuel no dijo nada, ni asintió ni negó, sólo mantuvo su expresión algo ceñuda, y segundos después, miró a su padre.

—Yo te esperaré —le aseguró Frank en voz baja.

—Podemos hablar cuando regrese a casa...

—No. Te espero—. Samuel dejó salir el aire, pero volvió a mirar a Laverne y dio unos pasos hacia ella ubicándose en medio—. Papá, esta es la madre de Catherine —dijo, presentándolos, y Frank extendió su mano con cordialidad. Laverne, en cambio, como si sólo lo hiciera por educación—. Qué gusto, señora —ella sólo asintió muy tiesa y miró a Samuel esperando que éste la hiciera pasar, y Samuel lo hizo.

Frank elevó una ceja viendo a los dos desaparecer tras la puerta, y tomó una revista para sentarse en uno de los muebles.

—Imagino que se está preguntando qué hago aquí —dijo Laverne rechazando el asiento que Samuel le ofrecía, y este la miró haciendo una mueca.

—Realmente, no.

—Ah, ¿no?

—Puedo imaginarlo perfectamente. Quiere advertirme que no puedo estar con su hija, quiere que

me aleje de ella, o quiere que le declare qué intenciones tengo con ella y su empresa. ¿No es así?
—Laverne miró al hombre frente a ella de arriba abajo. Ciertamente, este no era el niño que una vez se entrevistó con ella. Ya en ese tiempo había demostrado tener carácter y una voluntad fuerte, pero ahora la energía que de él emanaba era más, mucho más intimidante.

Incómoda, porque en cierta manera había esperado intimidarlo un poco, Laverne tomó asiento, pero seguía con su espalda muy recta, como si tuviera un palo metido en el culo, pensó Samuel con cierto humor.

Qué diferente era de Catherine. Ella era más humana.

—Mi hija ya ha sufrido mucho por esa aventura que tuvo con usted hace seis años —dijo Laverne—. Sólo me preocupo por ella, por sus intereses—. Samuel no se sentó, sólo la miró fijamente esperando a que siguiera—. Si planea... vengarse de mí por lo sucedido...

—Sí, planeaba hacerlo —la interrumpió Samuel dándole la espalda—. Usted estaba en mi lista cuando llegué, pero investigué y... me enteré de que ya tuvo su castigo—. Laverne miró a otro lado frunciendo sus labios—. Los White le quitaron todo... y ha sido una carga para su hija los últimos años.

Laverne torció el gesto al oír eso último.

—Una...

—Sí, una carga. En todos los sentidos. Estuvo enferma, ¿no? Sé de primera mano lo caros que son los hospitales, y supe que no tenía nada al momento, ni un ahorro bien escondido que le permitiera sortear esa ola... No me imagino a Catherine ignorando esas necesidades, y por ende, invirtiendo su tiempo y su dinero en eso.

—No he venido aquí para escuchar tus críticas.

—Pero alguien tiene que hacerlas, ¿no?

—¿Está saliendo otra vez con ella?, ¿la está... engatusando, para luego destruirla?

—Jamás le haría daño a quien amo... a diferencia de usted, que la llevó hasta el altar con alguien que casi la mata frente a sus ojos —los ojos de Laverne se abrieron grandes, mirándolo sorprendida.

—¿Usted... se enteró de...?

—Yo y toda la alta sociedad de Nueva York. Catherine prefirió el ridículo y la censura antes que casarse con ese monstruo, pero usted, sabiéndolo, la empujó, la arrastró a esa situación—. Laverne tenía su ceño fruncido y miraba a todas partes menos a él—. No me diga que no sabía de lo que Oliver White era capaz —se burló Samuel—. No me diga que entregaba lo más valioso que tiene a un monstruo sin saber que lo era. Usted, señora, es la peor madre que he tenido la suerte de conocer.

—Cállese, ¡no tiene derecho!

—Sí lo tengo, porque usted es culpable de muchas cosas. No dudo de que Catherine le haya pedido, suplicado, que no la obligara a casarse con ese hombre, pero es obvio que los dólares que aspiraba ganar con esa transacción comercial le nublaron la mente.

—No vine aquí a ser reprochada por...

—¿Entonces a qué vino? —volvió a burlarse Samuel—. Dígalo. ¿A qué vino? —Laverne se puso

en pie de nuevo, se estiró cuan alta era y lo miró fijamente.

—Sólo quería... advertirle...

—Advertirme... ¿que no le haga daño a Catherine? —Samuel dejó salir una risita desdeñosa, y se acercó unos pasos a Laverne—. Señora, usted es la persona que más daño le ha hecho ya—. Los ojos de Laverne esquivaron de nuevo su mirada reprobadora, y Samuel dejó salir el aire. Eso, al menos, ella lo admitía.

—Su empresa es pequeña —dijo, ahora no con esa voz mandona y altiva, sino casi en un susurro—. No soportará si un gigante como usted se propone destruirla.

—Ya le dije que no tengo esa intención.

—Y ella... al parecer sigue enamorada de usted —dijo volviendo a mirarlo a los ojos. Samuel le sostuvo la mirada, porque no quería que se tomara como una debilidad o una vacilación si acaso la esquivaba.

—Lo sé —dijo. Laverne frunció su ceño.

—¿Y qué planea hacer al respecto?

—Eso sólo nos concierne a ella y a mí.

—No. Soy su madre... Y aunque no he sido la mejor madre... quiero saber. Necesito saber. Los White...

—No se preocupe por los White. Ellos no volverán a hacerle daño.

—Pero...

—Señora Brown, soy un hombre muy ocupado. Si eso es todo lo que venía a decirme, entonces esta entrevista ha terminado—. Y sin añadir palabras, Samuel fue hasta la puerta y la abrió para ella. Laverne lo miró sin poderse creer que la estuvieran echando.

Hubo un tiempo en que nadie habría osado hacer eso con ella, pero intuía que Samuel Slater, aunque siguiera siendo un don nadie, y ella una gran empresaria, de todos modos no le habría dado otro trato.

Sin añadir una palabra más, Laverne Brown salió de la oficina de Samuel Slater, y éste le cerró la puerta sin miramientos, aunque sin ruido.

Samuel cerró la puerta y su primer impulso fue llamar a Catherine para contarle lo sucedido.

Ah, el alma le picaba por hacerlo, por saber cómo había amanecido, y porque, simplemente, quería escuchar su voz.

Se sentó tras su escritorio mirando largamente su teléfono, preguntándose qué tan malo era sucumbir a la tentación.

Laverne Brown había venido a intimidarlo tal como hizo años atrás, pero la situación había sido muy diferente. ¿Se reiría ella?, ¿o le reprocharía por el trato dado a su madre?

Anoche, despedirse de ella fue muy duro, muy difícil. La llevó hasta su casa y casi le mete mano de nuevo en el coche, porque no quería separarse de ella. Y lo mejor es que parecía que ella sentía lo mismo, porque también lo besó mucho.

Era la última vez, eso sólo había sido una despedida.

Pero su cuerpo no era consciente todavía de eso, porque estaba plenamente satisfecho, saciado, y durmió como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Y despertó sonriente y buscándola en su cama, sólo para comprobar que no estaba allí. Un golpe de realidad.

Pero casi podía sentir bajo sus palmas la sensación de su piel, así que, la satisfacción todavía le duraba.

Sin embargo, quería escucharla, verla, besarla...

Se recostó en su sillón dejando salir el aire. Había estado con ella y no sintió que le fallaba a su hermana. No pensó en ningún momento en su error, en lo egoísta que era por disfrutar justamente con la persona por la que había sucedido todo.

Catherine lo había dicho: al castigarse a sí mismo, la castigaba a ella. Nunca lo había pensado así. Había subestimado el amor de Catherine por él, había pensado que lo olvidaría, que conocería a alguien más, pero al parecer, ella lo había amado de verdad, tanto como él a ella, y por eso no lo había olvidado.

Se pasó la mano por la cara y miró a la puerta. Laverne sí que era culpable por lo sucedido hace seis años. Le hizo daño a él, a su hija, a sí misma... y todo desembocó en la muerte de su hermana.

Oh, Cassie...

Cerró sus ojos. Le dolió un poco pensar en ella, pero no tanto como siempre; no quiso morirse, no quiso castigarse. Volver a hablar con Catherine, volver a besarla, le estaba devolviendo la cordura y la paz.

Laverne Brown se vio en el pasillo, echada como una plebeya que se atrevió a pedir audiencia ante el rey, y no pudo evitar reírse un poco.

Samuel Slater había resultado ser un hueso más duro de roer de lo que había pensado en un principio.

—Señora, ¿se encuentra bien? —preguntó un hombre tras ella, y Laverne se giró para mirarlo. Era el hombre de antes, tan parecido a Samuel.

Su padre, recordó.

Se enderezó todo lo que pudo, y sonrió de medio lado. Quería ser cordial, pero hacía tanto tiempo que no lo era, que había perdido la costumbre y la práctica.

—Señor Slater. Todo está bien —aseguró, y respiró hondo—. Bueno, no todo... ¿Podría... hablar con usted de algo? —Frank elevó una canosa ceja y la miró confundido.

—¿Conmigo? —Laverne asintió.

—Prometo no quitarle mucho tiempo —dijo, y caminó a los ascensores muy segura de que Frank lo seguiría. Éste miró la puerta de la oficina de su hijo, y pensando en que de todos modos él estaba ocupado, siguió a la elegante mujer.

Catherine miró su teléfono por enésima vez en el día. Revisó las llamadas recientes y no, nada, Samuel no la había llamado, ni enviado un mensaje. Ni una sola vez.

De todos modos, se mantuvo ocupada, y muy fluida en su trabajo. Había mucho que hacer, tenía planeado un viaje a Miami la otra semana, para abrir una tienda allí, así que eso consumía sus horas.

Pero quería hablar con él.

Vamos, guapo, quería decirle. ¿Cuánto tiempo más vas a resistirte? Deseas esto tanto como yo.

Aquello sonaba mucho a las palabras que un libertino le diría a una noble y casta doncella, y se echó a reír.

—Disculpe que haya dispuesto así de su tiempo, señor Slater —dijo Laverne sentándose en una fina cafetería de la quinta avenida, muy cerca a las oficinas que acababa de dejar—. Pero intenté hablar con su hijo y... realmente fue una conversación infructuosa.

—Está bien...

—Estoy muy preocupada por mi hija —empezó Laverne sin mucho preámbulo—. Luego de que... pasara aquello, hace seis años, tuvimos pérdidas graves. Yo perdí mi empresa, y sólo por un milagro Catherine pudo terminar la carrera. Estuve... —decir aquello todavía le costaba a Laverne, por eso se atusó el cabello y la ropa antes de seguir—. Estuve pagando un... una deuda, con la sociedad.

—Estuvo presa —ayudó Frank, tan franco como siempre, e, incómoda, Laverne miró a todos lados menos a él.

—A Catherine le costó mucho iniciar. Todavía está empezando. Señor Slater, si acaso su hijo tiene ansias de venganza, y quiere hacerle daño... Catherine no podrá dar la pelea. No podremos. Le pregunté, y asegura que no tiene intenciones de hacerle daño, pero entonces, ¿cuál es la razón de todo lo que ha hecho hasta ahora? Se hizo rico, vino justamente a Nueva York, usó a otra persona para esconderse, e invirtió en nuestra pequeña empresa...

—Sus enemigos no son ustedes —dijo Frank, y agradeció a la camarera que les trajo los cafés—. Puede estar tranquila.

—Pero...

—Se hizo rico porque ese era, de todos modos, su plan cuando estaba en la universidad. Tengo todo el derecho de presumir, y lo haré: mi hijo es inteligente, es el chico más listo que jamás he

visto, y le prometió a su madre y a su hermana que sería alguien grande. Ninguna de las dos pudo verlo cumplir esa promesa, pero lo hizo. Obviamente, el deseo de vengar la muerte de su hermana hizo que todo ese proceso se acelerara más de lo normal, pero le aseguro que él no tiene ninguna intención de dañarlas a usted o a su hija—. Laverne lo miró confundida.

—¿Vengar la muerte de su hermana? —preguntó, y Frank asintió lentamente. Le dio un sorbo a su café y la miró directamente—. ¿Qué tienen que ver los White en eso? —Frank se encogió de hombros.

—No es algo que deba discutir con usted. Quería saber lo que pretendía mi hijo y se lo he dicho. Tranquilícese. Aunque usted no es santo de su devoción, no le hará daño; en parte porque es la madre de la mujer que ama, y en parte... porque considera que ya tuvo suficiente castigo—. Laverne enrojeció.

Estos hombres Slater seguían tratándola como a una plebeya.

—No me enorgullezco de los errores que cometí —dijo en voz muy baja, pero Frank la escuchó.

—Pero tampoco se ha arrepentido.

—¿Cómo puede decirlo tan seguro? No me conoce.

—Entonces, no luce como alguien que está arrepentido.

—¿Y cómo se supone que debe lucir alguien que está arrepentido?

—Más humilde —dijo Frank sin pensarlo mucho—. Más asertivo. Imagino que fue a ver a Samuel con exigencias, no con preguntas. Con advertencias, no con peticiones. Samuel ya se acostumbró a ser quien manda y quien tiene la última palabra. Era orgulloso antes de tener dinero, y ahora lo es más. Pero es el orgullo que da la honorabilidad, no la soberbia. No piense que se dejará intimidar por nadie.

Laverne guardó silencio por unos instantes.

Era verdad. Ya desde antes había admitido que ese chico era orgulloso. Ciertamente, no se había dejado intimidar por ella en el pasado, menos ahora.

—¿Cree... que de verdad todavía quiere a Catherine?

—Sí.

—¿Se lo ha dicho, acaso?

—Sí. Me lo ha dicho.

—¿Así tal cual: “amo a Catherine”? —Frank no pudo evitar reír.

—Sí, así tal cual: “amo a Catherine”—. Laverne frunció su delicado ceño—. ¿Le asombra?

—Mi hija y yo... Creo que nunca hemos tenido esa confianza como para compartir... ese tipo de cosas. Dios... pobrecita—. Frank dio otro silencioso sorbo a su café, mirando a la mujer delante de él lamentarse tan tardíamente.

—Es cuestión de tiempo para que estén juntos de nuevo —dijo Frank—. Se quieren demasiado, y aunque se interpone un mundo de problemas, mientras el uno sea la paz del otro, siempre se buscarán. ¿Piensa oponerse de nuevo? —Laverne no dijo nada, sólo miró su taza de café, que hasta ahora no había tocado—. Mi hijo es ahora un hombre rico. Muy rico. ¿No se hizo un poco aceptable a sus ojos? —Laverne meneó su cabeza negando.

—Lo sé —dijo, y Frank la miró confundido—. Me merezco esa desconfianza y ese trato. Lo sé. Si Catherine lo quiere, y si él la ama... nunca, nunca más, me interpondré entre los dos. Ella se

merece todo el amor, todo lo bueno, todo lo... que él pueda darle. Ya es tiempo que al fin una descendiente de los Brown sea feliz.

“Vino tu madre a verme”, dijo Samuel en un mensaje, y Catherine sintió un cosquilleo en el estómago. No sólo porque él le había escrito, sino por el mensaje en sí.

Ok, él había dado el primer paso.

Samuel intentó escribirle un texto largo, pero luego eso le pareció tonto y marcó su número. Catherine se sorprendió aun más.

—Explícame eso —preguntó Catherine tratando de sonar preocupada, no feliz porque él la había llamado. Escuchó la sonrisa de Samuel. Sí, sabía que estaba sonriendo.

Idiota, admite ya que te mueres sin mí, quiso decirle.

—Vino a asegurarse de que no te destruiré a ti, o a tu empresa. Tal vez cree que le guardo rencor y está en mi lista negra.

—Y... ¿Qué le dijiste?

—Que la odio, pero que la dejaré tranquila—. Catherine guardó silencio, un poco pasmada por esa respuesta, y entonces, Samuel se echó a reír—. No. Le dije que no tiene nada que temer de mí, que jamás te haría daño.

—Ah.

—Pero... tal vez no fui muy amable—. Catherine suspiró.

—No puedo reprocharte. Ella es, en cierta forma... la causante de...

—Sí. Ella fue—. Guardaron silencio por un momento, y Catherine, viendo que la conversación moría, se mordió el labio preguntándose si acaso debía hacer algo al respecto.

Escuchó a Samuel suspirar.

—He pensado en ti todo el día —dijo, y el estómago de Catherine se encogió—. De verdad. Todo el maldito día—. Eso le hizo reír—. Qué ganas de... volver a verte. De volver a besarte. Extraño tu piel—. Catherine tragó saliva.

—Esa fue sólo... una despedida —dijo, pero porque tenía que decirlo, no porque lo pensara, y casi escuchó el gemido de Samuel en protesta.

—Sí. Lo sé.

—Entonces...

—Entonces... —repitió él casi en tono cansado—. Estoy condenado a desearte por siempre, a morir en vida sin ti—. Catherine tragó saliva. Era exactamente como ella había vivido los últimos años, muriendo en vida sin él.

Escuchó otro suspiro de él, y Catherine ya no lo pudo evitar.

—Ya di que me amas—. Samuel quedó en silencio por un par de segundos.

—Cómo... ¿cómo sabes que es eso lo que quiero decir?

—Porque te leo la mente. Tenemos telepatía por defecto desde que mis hermosos ojos se posaron en ti—. Entre divertido, confundido y asombrado, Samuel dejó salir una carcajada—. Te mereces estar muriéndote por mí. Yo ya lo hice por ti.

—Lo sé —dijo él con voz suave.

Pero no haces nada al respecto, quiso decir ella, y volvieron al silencio.

—Bien, entonces... Gracias por avisar. Le diré a mamá que no vuelva a entrometerse...

—No es necesario. Si vuelve a entrometerse, tendré otra excusa para llamarte.

—Oh. Le diré que quieres arruinarnos.

—Qué buena idea—. Catherine volvió a sonreír, pero esta vez con tristeza. Se pegaba el teléfono a la oreja sin pizca de deseo por terminar la conversación, y él tampoco cortaba.

—¿Cómo está Harper? —preguntó, y Samuel hizo un ruidito.

—A esta hora debe estar en casa... Haciendo sus tareas.

—¿Cómo le va en la escuela?

—Gracias a Dios no es tan floja como su madre.

—¿De verdad?

—Oh, yo era el que le hacía las tareas a Cassie—. Catherine rio, pero por dentro, sintió un inexplicable deseo de gritar—. Tal vez porque Harper no tiene hermanos, ni quien le apoye en sus momentos de malcriadez, es una niña bastante buena.

—Quisiera... verla. Saludarla. Era tan bonita a los dos años...

—Sí, todavía lo es... Pero si quieres verla, puedo arreglarlo.

—¿Lo harías?

—¿Por qué no? Es tu seguidora —Catherine volvió a sonreír.

—Me encantaría—. Samuel también sonrió, pero entonces su asistente entró a su oficina llamando su atención y cortó la llamada.

—Hablamos luego —dijo él más como un acto reflejo, y al fin cortó la llamada. Catherine miró su teléfono suspirando dividida entre la satisfacción y la tristeza.

—¿Estás ocupada? —le preguntó Joyce entrando a su oficina luego de un par de golpes en la puerta. Catherine se encogió de hombros volviendo la mirada a la pantalla de su portátil, que había entrado en reposo.

—Más o menos.

—¿Puedes salir esta noche? Quiero contarte algo —Catherine la miró pensando en lo mucho que dudaba que Samuel de repente la invitara a salir esa noche, así que asintió.

—Me tienes toda para ti.

—Excelente.

—¡Cierto! —exclamó Catherine cuando ya Joyce salía, pero aquello la detuvo—. ¿Cómo te fue con... Riqui-millonario? —Joyce hizo una sonrisa incómoda.

—De eso te quería hablar...

—Bien o mal —insistió Catherine, y Joyce sonrió.

—Bastante bien. Y desde hoy... ya no hagamos esas bromas.

—¿Qué bromas?

—Lo de llamarlo rico y millonario en vez de por su nombre.

—De acuerdo —susurró Catherine un poco intrigada, por lo general, Joyce no hacía peticiones de ese tipo, pero para ella parecía ser algo serio. Joyce asintió y salió de la oficina, y Catherine se preguntó qué habría sucedido esa noche con su amiga y ese hombre. Ella había dicho “bastante bien”, pero eso no necesariamente era una respuesta positiva.

El día se pasó entre trabajo, reuniones, y decisiones importantes que tomar, y a cada hora que pasaba, y se acercaba la noche, Samuel sentía más el temor de volver a su cama solitaria y enfrentar de nuevo la oscuridad y el silencio.

Sin embargo, cuando ese momento llegó, y se dispuso a pasar de nuevo una noche en vela, se quedó dormido con el teléfono en la mano, tan profundo que no tuvo energía para levantarse y quitarse la ropa con la que había trabajado todo el día.

Pensar en Catherine le hacía olvidar todo lo demás, y estaba siendo un analgésico muy efectivo para sus heridas. Inexplicablemente, amarla ya no traía tormento a su alma, todo lo contrario.

—¿Cómo es posible que hayamos perdido a ese cliente? —le reclamaba Denise a Oliver, que se rascaba el cuello en un movimiento que denotaba su nerviosismo y vergüenza—. Han trabajado con nosotros durante décadas. ¡Décadas! ¿Cómo hemos perdido su confianza y han preferido a un recién llegado?

—¡Yo me pregunto lo mismo! —exclamó Oliver con su ceño fruncido—. Les reclamé, ¡y todo lo que me dijeron fue puras tonterías!

—¿Les reclamaste? —preguntó Denise abriendo grandes sus ojos y palideciendo—. Dios mío, Oliver. No me digas que en vez de ofrecerles una mejor oferta, o al menos una nueva negociación para que se beneficiaran ambas partes, tú lo que hiciste fue reclamarles. ¡Dime que no lo hiciste!

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que me arrastrara y les lamiera las botas?

—¡Sí! —gritó Denise, y se puso una mano en el pecho sintiendo una punzada, pero no paró de gritar—. ¡Sí, joder, sí! —Oliver lo miraba un poco asustado. Su padre nunca le había gritado así—. Los malditos clientes son los que nos dan de comer.

—Tenemos más entradas. Más clientes...

—¡Ninguno como este! —dijo Denise entre dientes, mirando furioso a su hijo—. Debiste engatusarlos, dorarles la píldora, ¡lo que fuera necesario!

—El precio que Slater les ofreció tiene que ser absurdo. No tendrá ganancias, y pronto lo volverá a subir, y entonces ellos volverán a nosotros.

—¿Y si acaso Slater no los convenció con un menor precio, sino con mejor servicio y trato?

—Es una tontería.

—Maldición, ¡para ti todo lo que tenga que ver con la diplomacia y la fidelización es una tontería! ¡Vas a arruinarme! —Oliver frunció su ceño.

—¿Arruinarte? ¿Acaso esto es sólo tuyo?

—Sabes lo que quiero decir.

—¡Soy tu hijo! ¡Tu único heredero! ¡Todo lo que tienes es mío! —Denise miró a Oliver bastante incrédulo por lo que acababa de oír, pero no dijo nada, sólo volvió a su sillón en silencio.

—Entonces, deshazte de mí también —dijo con voz calma, lo que dejó en silencio a Oliver—. No me preocupo por mí, estoy enfermo, tal vez muera pronto... Pero tu madre... y mi nieto... — Oliver apretó los dientes mirando a otro lado—. Cuando yo no esté... ¿qué será de ellos? Dios, tengo un hijo idiota. Vas a arruinarnos—. Oliver dejó salir un gruñido de su garganta y le dio la espalda a su padre alejándose de su padre, que se quedó solo en la sala.

Joyce y Catherine entraron a un pequeño bar cercano a las oficinas de Catharis Beauty. Ambas se sentaron en la barra y pidieron bebidas. Por ser una noche entre semana, el sitio estaba bastante solitario, y la música era suave, lo cual era perfecto.

Joyce había esquivado sus preguntas en el camino aquí, y por el contrario, le hizo contar a ella todo lo que había sucedido desde la fiesta. Catherine, sintiendo que necesitaba su punto de vista acerca de esto, le contó.

—Entonces no demoras en estar de nuevo en una relación con él —sonrió Joyce—. Si tú lo quieres, y él te quiere... es cuestión de tiempo, ¿no? —El barman puso delante su coctel de vodka y durazno, y Catherine le dio un largo trago.

—Ojalá fuera tan sencillo —dijo, y Joyce, comprendiendo perfectamente, sólo asintió—. ¡pero, ya! ¡Cuenta! —exclamó mirando a Joyce ceñuda—. Dios mío, ¿debo cavar o algo así para sacarte la información? —Joyce se echó a reír, pero al fin empezó a contar.

En pocas palabras, le relató como él se decidió a hablarle aquella noche, y la invitó a otro lugar a tomar algo.

—Le dije que me invitara a comer, mejor —le contó a Catherine—, y me llevó a un restaurante. Pretendía llevarme a algo lujoso, pero le insistí por comida rápida, y ahí nos tienes, a los dos vestidos de etiqueta en un restaurante de comidas rápidas. La gente nos miraba raro —Catherine sonrió.

—¿Se disculpó por dejarte plantada esa vez? —Joyce miró a lo lejos.

—Más bien, me explicó lo que sucedió... Alguien le dijo que... yo sólo lo buscaba por el dinero. Le inventaron historias horribles sobre mí.

—¿Y las creyó? ¿No te preguntó?

—Acudió a la cita para eso, para saber mi versión.

—¡Pero no fue!

—Sí fue —sonrió Joyce con tristeza—. Pero me escuchó hablar contigo llamándolo millonario, y todo eso. Esa estúpida broma... me costó demasiado.

—Pero...

—Dijo que pensó que no necesitaba oír más. De todos modos, todo lo que yo le dijera luego, sonaría falso... Se molestó mucho, dio la media vuelta y se fue. Luego, me envió ese mensaje inventando la excusa que me dio. Cath... estoy tan molesta...

—¿Con él?

—No... No lo sé. Sí. Estoy molesta con él. Pero al tiempo, no. Es decir... Creo que a mí también me habría costado creerle a alguien a quien escucho expresarse a sí de mí. Más si antes me han envenenado el oído—. Catherine hizo una mueca sin saber qué decirle a su amiga, y Joyce suspiró—. Dijo que al volver al país, escuchó otra vez cosas acerca de mí, pero esta vez eran todas diferentes. Así que estaba intrigado, y quería saber la verdad.

—Tantos años después—. Joyce asintió, y Catherine se la quedó mirando fijamente.

—¿Quién le habló mal de ti? —Joyce se encogió de hombros—. ¿Quién, Joyce?

—Mis tíos —contestó ella en voz baja, y Catherine casi rechinó sus dientes, pero en vez de gritar o protestar, bebió otro trago de su coctel.

Una cosa era creer los rumores de la gente desconocida y malintencionada, pero otra, de la misma familia de la persona en cuestión.

Joyce se veía realmente triste, tal vez, porque aún tenía esperanzas con esa gente.

—Malditos —masculló Catherine, y Joyce sólo sonrió—. ¿Y le explicaste? ¿Le dijiste que todo era mentira?

—Él no me dijo qué era lo que le habían dicho, sólo explicó que lo que ahora sabía sobre mí desmentía esos rumores.

—¿Y? ¿Quedaron en volver a verse? —Joyce meneó su cabeza negando.

—Tiene novia —aquello cayó sobre Catherine como un baldado de agua fría, y Joyce sólo se echó a reír. Pero era una risa triste.

La tarde siguiente, Catherine llegó al parque y barrió todo el césped con su mirada. Samuel la había llamado diciéndole que había arreglado todo para que volviera a encontrarse allí “casualmente” con Harper. No la había llamado para verse de nuevo, pero al menos, esto era algo importante. Sabía lo celoso que Samuel era con la niña, y si le estaba permitiendo que la conociera, debía tomar esto como un gran avance.

Pero no vio a la niña, y estaba a punto de tomar su teléfono y llamarlo para preguntarle por si no estaba en el lugar correcto cuando escuchó su vocecita desde atrás.

—¿Otra vez estás soltando estática? —preguntó la niña, Catherine giró en redondo y sonrió mirándola.

Esta vez Harper no tenía los lentes de sol, no era necesario, pues el cielo estaba más bien opaco, avisando que el otoño estaba avanzando. Lucía jeans y un bonito abrigo rosa. Medía poco más de metro veinte, y tenía su cabello castaño y largo a la espalda.

Se parecía muchísimo a Samuel.

A unos metros, y bajo la sombra de uno de los árboles del parque, Catherine vio a una mujer rubia y alta, que debía ser la niñera de Harper, muy pendiente de ellas.

—Un poco —dijo, y se quitó los zapatos—. Es un buen momento. ¿Lo harás conmigo? —Harper sonrió ampliamente y se quitó también sus zapatos, y empezó a caminar con Catherine haciendo círculos en el césped.

—Vete, estática —decía la niña—. Vete, estática—. Catherine quiso reír, pero en cambio, la imitó.

Luego de unos minutos, Catherine se sentó en la hierba dejando salir un suspiro de cansancio.

—Esto es muy bueno —dijo, y Harper la imitó—. Es un gusto estar aquí de nuevo contigo. Mi nombre es Catherine.

—Lo sé. Te sigo en Instagram.

—Qué buena noticia.

—Yo soy Harper.

—Un placer conocerte, Harper. Oh, tienes ojos muy bonitos.

—Gracias. También tú.

—Nah. Los míos no son tan bonitos.

—Lo son. Son grises, y grandes.

—Sí, en la escuela me decían que sólo era ojos y piernas—. Harper se echó a reír—. ¡De verdad! Me hacían bullying por fea.

—No te creo. Eres muy guapa, en los videos siempre te ves muy guapa.

—Es el maquillaje. Pero tú, cuando seas grande, no necesitarás maquillaje. Mira nomás lo guapa que eres—. Harper volvió a sonreír tímidamente.

—Gracias.

—No quiero ser entrometida, pero seguro que tienes muchos amigos en la escuela.

—No tantos —sonrió Harper.

—Y... ¿novio? —Harper abrió grandes los ojos.

—¡No!

—¡Pero por Dios! ¡Cómo es posible! Con lo bonita que eres, deberías tenerlos a todos en la palma de tu mano.

—Mi tío me mataría si llegara a tener novio —Catherine sonrió. Típico de Samuel, pensó.

Pero al mencionar a su tío, su corazón se llenó de ternura y dulzura.

—¿Es muy celoso contigo?

—No tienes ni idea —dijo Harper sacudiendo su cabeza—. De todos modos, no estoy interesada en los niños. Son tan sucios y ruidosos —Catherine sonrió internamente.

—Así está mejor, por ahora. Créeme, los novios a veces son una molestia.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Tan demandantes.

—Le diré eso a Mindy y Glynis—. Catherine elevó una ceja sonriendo. Arrancó un puñado de césped y lo miró en su mano como si estuviera muy pensativa.

—Hacía esto con mi padre cuando estaba chica —dijo mirando fijamente la hierba—. Él creía que la madre naturaleza puede curarnos las penas—. Harper la miró un poco ceñuda.

—¿Creía? —Catherine asintió haciendo una mueca.

—Falleció hace muchos años —dijo—. Un accidente.

—Oh... Mamá también murió en un accidente—. Catherine tragó saliva.

—¿La... recuerdas? —Harper se quedó en silencio, como si intentara encontrar la mejor respuesta.

—No lo sé. A veces pienso que sí. Sueño con ella. Pero... el abuelo dice que era muy pequeña... y que tal vez sólo sueño con ella porque me sé de memoria sus fotografías.

—Debió ser muy bonita, así como tú—. Harper agitó su cabeza asintiendo.

—Era la melliza de mi tío. Hermanos del alma—. Harper guardó silencio largo rato, y Catherine buscaba la manera de hacerla hablar un poco más. Aunque imaginaba que presionarla no ayudaría mucho.

—No eres de Nueva York, ¿verdad? Tienes un hermoso acento inglés—. La niña volvió a sonreír.

—Eso me han dicho. Vivía con mi tío y mi abuelo en Londres, y nos vinimos este verano por el trabajo de mi tío.

—Oh. Supongo entonces que no has tenido tiempo de pasear.

—Muy poco. Sólo con el abuelo, pero estos días también está muy ocupado. Antes de iniciar las clases fuimos a Altoona, a visitar la tumba de mamá—. Catherine tragó saliva, y miró fijamente a la niña mientras ésta hablaba de su madre.

Le dijo que Cassie cocinaba muy bien, y eso ella lo sabía de primera mano. Había intentado enseñarle, pero Catherine simplemente era un desastre en la cocina.

—Tío me dice que era muy buena estudiante —siguió Harper—. Que siempre sacaba buenas notas, y que le gustaba mucho leer. También dice que era muy buena nadadora. Oh, quería ser

doctora... pero al parecer, se quedó embarazada de mí —se cubrió la boca acercándose a Catherine para hablar en tono confidente—. No se había casado —susurró, y Catherine sonrió.

—¿Qué escándalo! —sonrió Catherine, y Harper asintió totalmente de acuerdo.

—No conozco a mi papá —dijo Harper—. Y tío tampoco lo conoce, ni el abuelo. Pero no lo necesito, los tengo a ellos. ¡Y con ellos es más que suficiente! ¡Créeme! —Catherine rio, dándose cuenta de que el corazón le dolía un poco cada vez más.

—En los cumpleaños y en navidad, siempre me dan muchos regalos.

—Mi papá falleció cuando tenía doce... Y lo extrañé mucho, mucho. Estaba enojada con él... pero lo echaba de menos.

—¿Por qué estabas enojada? —Catherine hizo una mueca.

—Porque al morir... sentí que me abandonó, que me dejó sola. Pero no fue su culpa—. Harper guardó silencio por largo rato, cosa que preocupó un poco a Catherine y se giró por completo para quedar frente a ella. Harper suspiró.

—Tampoco fue culpa de mamá —dijo con voz suave, y Catherine, segura de que se echaría a llorar allí, decidió ponerse en pie y seguir caminando sobre la hierba para soltar estática.

Frank miraba unos documentos sentado en el asiento del copiloto del Bentley de su hijo. Howard nunca pudo convencerlo de que se sentara atrás, como correspondía. No. Él iba delante con él.

Venían de recibir información muy importante acerca del accidente donde falleciera Cassie Slater, Frank había estado reunido con un investigador durante mucho rato, y ahora salía con estos documentos y los miraba como si fueran algo muy malo, y a la vez, algo muy bueno.

—¿Es... crítico? —le preguntó. Frank dejó caer las manos en su regazo y miró por la ventanilla.

—Creo que... es igual de malo...

—¿Igual de malo... que si hubieran sido los White? —Frank asintió.

—Por favor. Llévame con Owen Walton. Hoy resucita un hijo... pero creo que muere otro.

Al caer la tarde, fue el momento de volver a casa, y Harper le pidió que la acompañara, ya que estaban muy cerca. Catherine aceptó.

Su corazón se encogió al ver que se trataba del mismo edificio en el que ella había vivido con su madre antes de todo el desastre, y como el mundo estaba lleno de casualidades, justo en ese momento, Samuel bajaba de un auto y las vio entrar.

—¡Tío! —gritó Harper y corrió a él—. Mira, es Catherine, ¡la de YouTube!

—Oh, qué casualidad.

—Tío también te sigue —le informó Harper a Catherine muy tranquilamente—. Y también ve tus videos. Le da like a todo lo que subes.

—¿De... verdad? —preguntó Catherine mirando fijamente a Samuel, que se sonrojó adorablemente.

Harper se los quedó mirando un instante.

¿No sería genial que su tío y esta chica guapa se hicieran novios?, pensó. Ella le caía bien. Era guapa e inteligente. Y buena, su corazón se lo decía. Había visto muchos de sus videos; para ella,

era el equivalente de la famosa más guapa y genial que tuviera la oportunidad de conocer. No imaginó que además pudiera hablar con ella como si fueran amigas.

Ojalá pudiera volver a verla en el futuro.

—La otra noche se la pasó viendo videos tuyos en su celular —siguió Harper con su informe detallado—. Tiene la foto de un monstruo en su avatar, así que por eso nadie sabe que es él. Ya sabes, como es una persona importante, tiene que usar nombres falsos.

—Ah...

—Y a todo le da corazón. Corazón, corazón, corazón. Tío, deberías pedirle un autógrafo — Samuel se rascó la coronilla en una sonrisa sonriendo tímido.

—Ya entra —le pidió a la niña—. Arriba está el abuelo esperando.

—¡Bueno! —aceptó Harper de inmediato, y se alejó seguida por Helga, mirando de vez en cuando hacia atrás y husmeando las reacciones de su tío.

Pero no se dieron la mano, ni se sonreían.

Esto iba a estar difícil.

—Creo que me han delatado —sonrió Samuel sin mirarla, pero ella no dijo nada, ni se burló de él y sus corazones, sino que guardó silencio.

Al verla, notó su expresión de tristeza y dolor.

—¿Pasa algo?

—Harper... extraña a su madre —dijo, y al instante, una lágrima rodó por su mejilla—. Me acordé de mí misma cuando extrañaba a papá y me enojaba con él por haberse muerto. A esa edad es muy difícil asumir la muerte y la ausencia. Lo de papá fue un accidente y aun así no lo aceptaba... Pero lo de Cassie... lo de Cassie no fue accidental.

—Amor... —susurró Samuel dando un paso a ella y extendiendo su mano para tomar la suya, pero Catherine no se movió.

—Siento que fui yo la que la dejó sin madre, Sam.

—No, amor...

—Siento que soy yo la que le hizo ese daño. Soy yo la que permitió que sólo la pueda ver en sus sueños. Dice que tenerte a ti y a Frank es más que suficiente, pero... Cassie era una buena madre. Sam, me siento tan...

—No, no —susurró Samuel envolviéndola en sus brazos—. Mi amor, no...

—¿Es esto lo que has sentido todos estos años? —sollozó ella en su pecho, pero sin ceder a su abrazo—. ¿Es este dolor el que te ha estado enloqueciendo desde entonces? —él guardó silencio, y Catherine escondió su rostro en el pecho masculino, y sin poder evitarlo, se echó a llorar.

Allí se estuvo largo rato, llorando sobre él, mientras Samuel la rodeaba completamente con sus brazos.

No imaginó que algo así ocurriría si hablaba con Harper, pero era inevitable.

Catherine lloraba deseando, más bien, echar a correr y esconderse en un sitio donde su culpa no la alcanzara. Estaba abrazando a Sam, porque lo necesitaba, más en este momento que en

cualquier otro, y al tiempo, pensaba que no debía. Si fuera una persona más justa, más sincera, decidiría dejarlo para siempre, permitir que conozca a alguien más, a alguien que, en vez de restarle, sumara cosas bonitas a su vida, pero aquí estaba, aferrada a él, permitiendo que seicara sus lágrimas...

Se separó y miró a la salida con toda la cara bañada en lágrimas.

—No debería estar aquí. Yo... Entiendo lo que has querido decirme desde siempre, Sam. Entiendo perfectamente por qué tú y yo no podemos...

—¡No! —exclamó él, pero ella echó a andar a la salida. Cuando estuvo afuera, Sam le tomó el brazo y tiró suavemente de ella pegándola a su cuerpo—. No, Cath...

—Lo entiendo. No te volveré a molestar con...

—No, no, no. ¡Escúchame!

—¡Qué! —gritó ella—. ¿Vas a decirme que no importa? Causamos la muerte de Cassie, Sam. No he podido vivir con eso hasta ahora, y ahora que he visto de frente las consecuencias, no podré tampoco en el futuro. Creí que mi amor por ti lo superaría, creí que sanaríamos nuestras heridas, pero, ¿y las heridas de Harper, Sam? El vacío tan enorme que le dejamos, ¿quién lo sanará?

—No... no lo sé. Catherine.

—Me siento tan horrible... —lloró ella de nuevo, alejándose otra vez—. Me siento tan mal. Dios mío. Esto es tan duro... —Samuel cerró sus ojos.

Hasta este momento, había estado bien para él llevar este peso y este dolor solo. De alguna manera, sentir que ella lo estaba sufriendo también era demasiado para él. No lo soportaba.

Tomó su mano tirando de ella hacia el auto. Este no era el Bentley de siempre, sino un hermoso Jaguar blanco. Abrió la puerta para ella y la hizo entrar.

Se puso frente al volante y puso el auto a andar. No sabía qué haría, pero necesitaba reconfortarla, que dejara de sentirse así.

No se daba cuenta de que, al eximirlo a ella de toda culpa, lo hacía consigo mismo, también.

Owen Walton estaba pálido. Al ver los documentos que Frank le enseñaba, perdió todo color.

Los soltó y se echó atrás en su asiento mirando los papeles con odio, sus labios finamente apretados, y las manos crispadas como garras como si quisiera hacerle daño a alguien.

—¿Cómo has... dado con esta información? —Frank se encogió de hombros.

—Digamos que... mi antiguo trabajo en el sector de la seguridad me consiguió buenos contactos aquí y allí. Un viejo amigo se vino a vivir a Nueva York y trabaja para una oficina de investigación. Me ayudó mucho cuando se lo pedí.

—En todos estos años, no habías usado ese contacto.

—No es así. Desde que supe que la muerte de mi hija no fue accidental, empecé a husmear. Pero fue hace poco que empezamos a tener un verdadero acercamiento a la verdad. No fueron los White, Walton. Fue alguien muy cercano a la mafia italiana... Tu esposa es italiana, y tu hijo... tiene bastante familia allá... —Owen cerró sus ojos.

—Esto va a devastar a William.

—Lo sé. Nadie mejor que yo sabe cómo se sentirá tener que decirle algo así. Samuel ya ha

vivido ese infierno por años. Pero esta, lamentablemente, es la verdad.

Owen se puso en pie y caminó a los ventanales de su oficina masajeándose la cara y dejando la palma de su mano sobre sus labios. No se imaginaba a sí mismo diciéndole tal verdad a William. Ya se sentía bastante mal porque el accidente fuera en su auto mientras daba un paseo con él. Saber que había sido directamente por él que ella muriera, lo volvería loco.

Recordaba la época en que Cassie estuvo en su casa, admirada de todos los lujos que la rodeaban, pero al tiempo, tan mesurada en sus reacciones. No había tenido nada en contra de que su hijo se enamorara de ella, aunque sería un mentiroso si decía que se había sorprendido por su elección. Vivía rodeado de chicas hermosas y sin los compromisos de un hijo. Tuvo sus dudas al principio, pero Cassie había demostrado ser especial, tanto como su hermano, y no pudo sino felicitar su buen ojo para las mujeres.

Cuando murió, fue terrible no sólo para él, sino también para Nico, su esposa. La recordaba muy triste por Cassie y la pequeña Harper, y por su hijo.

Ah, también para ella sería mala esta noticia. Muy mala.

Sin embargo, sería buena para Samuel y Catherine. Ellos al fin podrían estar juntos sin la sombra de la culpa merodeándolos y arruinando su felicidad.

Si acaso ocultara esta verdad, si acaso no le dijera nada a Samuel, su hijo podría seguir adelante, pero la vida de Samuel se vería truncada.

La pequeña tentación de desmentir esta prueba estaba allí, pero sabía que William lo odiaría luego.

Respiró profundo y se giró de nuevo a Frank. Era increíble que un simple hombre hubiese dado con la verdad más pronto que él, un millonario con todos los recursos. Aunque lo cierto es que él había asumido que eran los White y ya, y no siguió buscando pruebas. Todo esto demostraba que era bueno tener siempre cerca a alguien tan meticuloso.

—Yo... se lo diré a mi hijo.

—Por supuesto.

—Supongo que tú... se lo dirás a Samuel—. Frank asintió.

—Aunque, conociéndolo, tal vez quiera investigar por su propia cuenta.

—Lo hará.

—Lo que me importa es que no destruya a esa familia sin motivos—. Owen sonrió.

—No, Frank. Los White, aunque no hayan dado la orden de matar a Cassie, no son inocentes. Por el contrario, Samuel sigue con muchos motivos para querer vengarse.

—Pero, fuera de lo de Cassie, ¿qué más podría tener en contra de ellos?

—Arruinaron la empresa de la madre de Catherine, y la enviaron a la cárcel. Además de que Oliver White casi estrangula a Catherine frente a una multitud—. Frank pestañeó varias veces totalmente asombrado por esa nueva información.

—Nadie me cuenta nada —se quejó. Owen sonrió.

—Tal vez luego de saber esto no quiera acabarlos hasta reducirlos a polvo... pero deberá hacerlo, porque es lo que hay que hacer con los enemigos; nunca se les debe dar un respiro, porque corremos el riesgo de que se pongan en pie, se fortalezcan, y sean ellos los que nos destruyan a nosotros luego.

—Eso es...

—La ley de la selva. Yo no las inventé...

—Entonces, de todos modos, ¿los White van a caer? —Owen dejó salir el aire y tomó los documentos sobre su mesa guardándolos en su sobre.

—Sí, Frank. Pero no te apures... caerán por su propio peso, y eso supondrá un enorme alivio para muchas familias.

—Pero muchos quedarán desempleados, sin ingresos.

—No somos tan malos, ya tenemos eso contemplado.

—Oh... Bueno. No sé mucho de negocios, pero creeré en tu palabra.

—Cree en la de tu hijo. Es un hombre socialmente responsable; a veces, más que yo—. Frank sonrió, y luego de un saludo de despedida, salió de la oficina.

Owen siguió allí un rato más, a pesar de que su hora de salida ya se había pasado. No quería tener que decirle esto ni a Nico, ni a William.

Ojalá pudiera retrasar el momento eternamente.

El Jaguar blanco se detuvo luego de dos horas frente a una hermosa casa de dos niveles y arquitectura moderna. Desde el auto, Catherine pudo ver sus limpias líneas y aspecto sobrio. Estaba en los Hamptons.

Asombrada, salió del auto cuando él le abrió la puerta y miró alrededor. Había una fuente iluminada a lo largo de toda la entrada, y el movimiento del agua se reflejaba azul sobre las paredes blancas. Él tiró de ella suavemente hasta la puerta principal, y Catherine admiró todo alrededor; desde el césped bien cortado, hasta los árboles situados a cada lado haciendo una especie de marco a la casa.

—¿Es... tuya? —él asintió en silencio, y Catherine se limpió las lágrimas del mentón y el cuello. No había parado de llorar en todo el camino, y tampoco le había preguntado a él a dónde la llevaba. No notó que habló por teléfono, dio órdenes, ni conducía hasta aquí. Ella había estado todo ese rato en su propio mundo, flagelándose y deseando morir.

La puerta se abrió y tras ella apareció una mujer mayor que le dio la bienvenida. Él la saludó en un español muy torpe, y entró con ella. La condujo hasta la sala principal, donde los muebles eran blancos al igual que las paredes, y los ventanales daban al océano y la fuente. Todo era hermoso.

—¡Tienes una casa en los Hamptons! —exclamó Catherine al fin, y Samuel sonrió.

—¿Eso te asombra?

—¡Sí! ¿No debería?

—Todos los ricos tienen una casa aquí.

—¡No es cierto! Tú... ¿Por qué me trajiste aquí?

—Pensé llevarte a tu casa, para que te calmaras, te dieras una ducha, y te sintieras mejor. Pero imaginé que Laverne estaría allí y cambié de idea. Aquí puedes seguir llorando toda la noche, o no. Lo que tú quieras—. Catherine tragó saliva y le dio la espalda.

—Siento que no había llorado por Cassie como correspondía —dijo con voz triste—. Todos

estos años lloré más por lo nuestro que por ella. Me siento muy mal por mi egoísmo. Y además... Sam...

—Sé lo que estás sintiendo, Cath—. Ella se giró de nuevo a él.

—¿Qué vamos a hacer, Sam? Te amo tanto, y a la vez... —él caminó de nuevo a ella y le tomó las manos.

—No te culpes más, mi amor. Por favor.

—No, no. Es que no me estoy adjudicando culpas que no son mías. No soy tan mártir, no soy tan buena. Reconozco... mi responsabilidad en todo esto. Sam, reconozco... que tuve mucho que ver. En todo el camino aquí sólo pensaba... si no hubiese esperado hasta la boda, si me hubiese quedado mejor contigo ese verano, si simplemente renunciaba a ser la hija de Laverne Brown... Si desde el principio no hubiese actuado fingiendo estar interesada en Oliver para que Jessica hiciera lo suyo... Hice todo mal. Mi estúpido plan salió terriblemente mal... —Samuel tenía su ceño fruncido.

—¿Fingiste estar interesada en...?

—¡Sí! —exclamó Catherine—. Antes de estar contigo, antes de siquiera saber que podía enamorarme tanto de ti, actué como si de verdad Oliver me interesara.

—¿Por qué?

—Porque había una arpía que prometió quitarme a cualquier hombre con el que yo estuviera, y sólo la estaba provocando. Me pavoneaba con él como diciendo: “mira cómo lo quiero, mira cuán duro me dolería si acaso me lo quitas”, sin importarme que Oliver lo tradujera como que yo al fin estaba cediendo. No, yo sólo tenía mi mirada en ella. Jessica sí hizo su parte acostándose con él, pero él tomo mi desaire de después como una burla a su persona ¡y por eso todo empeoró! ¿Ves? ¡Sí soy la culpable! ¡Por idiota! ¡Por creerme la súper estratega y armadora de planes!

Samuel guardó silencio por largo rato, y a cada segundo que pasaba, Catherine sentía su pecho más y más oprimido. Caminó hacia uno de los sillones y se dejó caer mirando el suelo.

—Lo siento tanto —lloró de nuevo—. Lo siento tanto...

Samuel, sin decir nada, se arrodilló frente a ella, tomó sus manos e hizo que lo mirara.

—Hicimos todo lo que hicimos... porque nos fue inevitable, mi amor—. Catherine lo miró a los ojos. Los de él estaban brillantes, como si de repente, toda la turbulencia que llevaba dentro se aclarara—. Ninguno de los dos, nunca... quiso hacerle daño a nadie. Tú sólo te defendías... yo sólo seguía a mi corazón, porque estaba plenamente seguro de que jamás me volvería a enamorar así. Y tenía razón. Y también tú tenías razón.

—Pero...

—Tal vez, si volviéramos a estar en esa situación... haríamos las cosas de la misma manera, porque ese fue el camino que nos tocó. Catherine... Mi hermana está muerta... y nunca va a volver. No importa cuánto la lloremos, no importa cuánto nos culpemos. Ella no va a volver.

—Sam...

—Ya sé lo que es perderla... y sé lo que es estar sin ti. Lo primero no lo puedo remediar... pero lo segundo sí. Y duele, Cath. Duele demasiado estar sin ti. Mientras estuve lejos apenas si pude soportarlo, pero ahora que te tengo cerca no, no puedo. Maldición, es demasiado. En mi corazón, durante todos estos años, he pensado que dondequiera que Cassie estuviera me estaría odiando por seguir amando a la mujer por la que ella fue quitada de esta vida, y tal vez sea así... —los

ojos de él estaban húmedos, y Catherine no pudo evitar extender su mano a ese hermoso rostro y acariciarlo suavemente—. Tal vez sea así. No lo sé. No está aquí para hacerme saber. Pero, mi amor, por primera vez desde que la dejé en la fría tierra... quiero ser egoísta, y ser feliz. Y sólo puedo ser feliz contigo. Sólo contigo.

—Oh, amor... —él se acercó más a ella y la abrazó. Catherine envolvió sus hombros con sus brazos besando su cabello y oreja.

—Ya no quiero sufrir más. Ya no quiero llorar más. Me estoy muriendo, Catherine. Estoy enloqueciendo—. Catherine lo miró a los ojos—. Por eso, mi vida, no te culpes, tus lágrimas me duelen, me dejan sin esperanza. Puedo soportarlo todo, menos a ti llorando. ¿Me entiendes? —ella pestañeó y sorbió sus mocos secando sus lágrimas, preparándose para hacer una gran declaración.

—Entonces... no es culpa nuestra lo de Cassie —dijo—. Nunca lo fue. Amar a alguien nunca debería costar tanto. Los malos fueron... los que ocasionaron el accidente, los que dieron la orden—. Él la miraba fijamente. Ella no estaba diciendo: “mi culpa”, “tu culpa”. Lo incluía, avisándole que si acaso seguía insistiendo en eso, los afectaría a los dos.

Porque eran uno solo. En alma y corazón.

Catherine lo miraba esperando. Sabía que era algo con lo que él llevaba lidiando mucho más tiempo, y que le costaría, pero ansiaba oírlo decir que aceptaba esa verdad, que al fin fuera libre.

Al fin, Samuel movió su cabeza en un asentimiento, tomó la mano de ella y la puso sobre su pecho, para que ella sintiera su corazón.

—A partir de hoy —dijo con voz grave— dejaré de pensar en mi hermana con dolor, y trataré de hacerlo con alegría. Dejaré de pensar en todo lo que pudo ser y no fue, y trabajaré duramente para proteger lo que ella dejó. Y te amaré, porque, Cath, sólo a tu lado soy realmente feliz.

Ella sonrió pestañeando para ahuyentar las lágrimas.

No podía imaginar cuánto tuvo que atravesar para llegar al fin a esta decisión, pero lo celebraba. Al liberarse él, también ella era libre.

Estuvieron allí por largos minutos, mirándose a los ojos y diciéndose mil cosas sin palabras, amándose hoy más que nunca.

El deseo de besarse y acariciarse estaba latente; en otra época no habrían desperdiciado tanto tiempo contemplándose el uno al otro, pero para los dos, este instante era tan íntimo y desnudo, que no necesitaban más.

Por ahora.

Largo rato después, los abrazos se transformaron en besos y caricias, y las lágrimas en sonrisas.

Porque, definitivamente, Samuel era incapaz de tener a Catherine cerca sin querer extender su mano y tocarla, tocarla por donde ella se dejara tocar.

Afortunadamente, ella sentía lo mismo.

Suspirando, Catherine dio un paso atrás y se quitó el blazer que llevaba puesto, quedándose sólo en una blusa de seda verde olivo.

—¿Pasaremos la noche aquí? —los ojos de Samuel brillaban quedándose sobre su blusa.

—Si así lo quieres.

—Tengo hambre —dijo ella, y eso pareció activar una función en Samuel.

—Mientras veníamos, pedí comida a domicilio. Ya no tardan —caminó hasta la cocina, y Catherine lo siguió admirando todo alrededor. Entre los cuadros colgados en las paredes de los pasillos, Catherine descubrió una pintura que le llamó especialmente la atención.

—¡Tienes un Monet! —exclamó. Caminó a él, que sacaba agua del refrigerador y lo servía en un vaso de cristal para ella—. ¡Tienes un Monet! —repitió.

—Ah, sí —dijo Samuel, sin pizca de emoción.

—¿Ah, sí? —repitió Catherine recibiendo su vaso de agua—. ¡Es Monet! No digas sólo “Ah, sí”—. Samuel sonrió.

—Tiene más de mil cuadros, Cath. Es decir, que hay más de mil personas que también tienen un Monet.

—Eso no lo hace menos valioso —masculló ella bebiendo el agua, pero él se encogió de hombros mirándola aún con esa sonrisa en sus labios—. No te impresiona tener un cuadro tan codiciado. Tienes uno de sus nenúfares. Sam, ese cuadro debió ser carísimo.

—Sí, lo fue. No me arrepiento de haberlo comprado, si eso te impresiona tanto —Catherine sonrió mordiéndose un labio, y la felicidad de saber que ahora podía amarlo sin reservas inundó su corazón. Sin dejar de mirarlo con coquetería, se subió al mármol de la isleta de la cocina y lo miró incitadora. Samuel no perdió el tiempo y se puso entre sus piernas.

Allí se besaron, se acariciaron. Pasaron sus manos por encima de la tela de la ropa, pero anhelando llegar a la piel, y sin embargo, absteniéndose.

—Señor, llegó su comida —dijo la voz de una mujer, y ambos casi saltaron. Habían olvidado que no estaban solos en la casa.

—Gracias, Gloria —dijo Samuel alejándose de Catherine. Tomó su mano y la puso delante de sí presentándosela a la mujer de baja estatura y mirada agradable—. Ella es Catherine; mi novia, futura esposa, madre de mis hijos y dueña de mis calzones—. Catherine abrió grandes sus ojos por esa declaración, sintiéndose un tanto avergonzada, pero Gloria sólo rio.

—Bienvenida, señorita.

—Gracias.

—Nosotros nos serviremos, Gloria. Puedes irte a descansar—. Gloria asintió y se retiró. Catherine miró a Samuel de hito en hito—. Qué, ¿no te gusta mi manera de presentarte?

—¿Harás eso siempre? —Samuel se encogió de hombros.

—No he dicho nada que no sea cierto, porque, definitivamente, esta vez sí te haré mi mujer.

—Hasta no ver el anillo, no aseguraré nada.

—Ya lo tendrás —sonrió él, y se acercó para darle un beso en los labios. Sin embargo, el aroma de la comida era muy atrayente, y se dedicó a destapar las cajas mientras Catherine buscaba los platos en los diferentes cajones y puertas.

Cenaron en la cocina, hablando de todo, haciéndose preguntas, y contestándolas con gusto.

—Harper es preciosa —dijo Catherine llevándose a la boca el último bocado de su comida, un delicioso plato francés traído de algún fino restaurante—. Creo que le caí bien.

—Ibas con ventaja —admitió Samuel—. Ya era una especie de fan, así que tal vez eso te ayudó un poco. Harper es muy desconfiada con las adultas guapas.

—¿Por qué?

—Porque cree que todas tratan de conquistarme dejándola a ella de lado.

—¿Muchas mujeres te perseguían? —Samuel hizo una mueca.

—Unas cuantas. No tantas, pero seguro fue suficiente para que Harper se sintiera insegura de ellas—. Catherine sólo meneó su cabeza dándole un último trago a su copa de vino y volviéndola a llenar. Samuel vio ese movimiento con sus ojos muy brillantes.

—¿Vamos a embriagarnos? —ella elevó la botella en señal afirmativa. Samuel se echó a reír, y llenó su propia copa. Hicieron un brindis silencioso mirándose a los ojos, y los de ella relampagueaban de pura excitación.

—Dios, estoy emocionada —dijo bajando la mirada con timidez, cosa que le llamó la atención a Samuel.

—¿Por qué?

—Porque ahora... Porque ahora sí podremos estar juntos de verdad, sin miedo, ni... En el pasado tuve mucho miedo, Sam. Miedo de que te pasara algo, o... —Él se puso en pie y tomó su mano para levantarla también. Catherine siguió hablando—. Tenía miedo de Oliver, de mi madre, de mí misma... Era la primera vez que un chico estaba conmigo por tanto tiempo; era la primera vez que me enamoraba tanto, y era correspondida —sus ojos se humedecieron—. Tú fuiste mi primer amor.

—Y tú el mío. Y espero ser también el último—ella rio bajando de nuevo su mirada, y Samuel le tomó la barbilla para levantársela, besó ligeramente sus labios con sabor a vino y le sonrió—. Mi primer y único amor. Sólo tú, Cath.

—Gracias por no olvidarme... todo este tiempo. Gracias por... amarme, Sam—. El negó.

—Gracias a ti por rescatarme —él respiró hondo y la abrazó—. Me salvaste de mí mismo, en el pasado y ahora. Enamorarme... no estaba en mis planes. Gracias por hacerme vivir el amor—. Ella cerró sus ojos sintiendo su corazón acelerado. En el fondo estuvo el pequeño sentimiento de pérdida, pero el amor era más grande, y lo miró al rostro buscando sus labios para besarlos.

Él saboreó sus labios lentamente, pasándoles la lengua y mordiéndolos ligeramente. Al tiempo, iba desabrochando los botones de su camisa. Catherine pasó sus manos por su mejilla áspera, metió sus dedos entre sus cabellos y se pegó más a él sintiendo su calor inundarla. Amaba su cuerpo, amaba el aroma que emanaba de él, toda esa sensualidad contenida ahora se desbordaba, y lo adoraba.

Samuel la giró para pegar su espalda a su pecho, y Catherine pegó su trasero a él, restregándose un poco contra sus caderas. Samuel acarició sus senos por encima de su blusa y besó su cuello y sus hombros con la respiración ya acelerada, con su erección palpitando en sus pantalones, pero deleitándose en amarla, tocarla, hacerla hervir.

—Bellísima —dijo él en un susurro, tomando su cuello y torciéndola hasta hacerlo besarlo—. Eres la mujer más hermosa sobre la tierra —ella sonrió, y alejándose, tomó su mano guiándolo a las escaleras que conducían a la planta alta.

Samuel se dejó guiar, aunque luego fue él quien tuvo que conducirla a la habitación principal.

Al entrar, ella poco se fijó en el hermoso mobiliario y los lujos que la componían, sólo se concentró en quitarle la ropa, besarlo y dejarse besar por él.

Ahora mismo, no importaba más.

Horas después los dos yacían en la cama, frente a frente, con sus piernas entrelazadas, sin sábanas de por medio; totalmente desnudos. Se miraban a los ojos como tratando de expresar la inmensa suerte que cada uno tenía al estar allí, así. Sonreían, pero no por timidez, sino porque la felicidad se desbordaba, y al tiempo, el momento era demasiado solemne como para reír a carcajadas.

Catherine sentía esa felicidad burbujear en su pecho, llenarla y calentar su alma.

Ahora mismo, se alegraba un poco de ser como era, de haber tomado la iniciativa, de haberlo engatusado con sexo.

—Te ves muy satisfecha de ti misma —dijo él con un ronco susurro, y Catherine sonrió ampliamente.

—Lo estoy—. Él extendió su mano y la posó sobre su cintura, apretándola suavemente y arrastrándola hasta él. Catherine dejó salir una risita llena de expectativa.

—¿Te gusta esta casa? —ella miró alrededor, como si hubiese olvidado dónde estaban.

—Sí.

—Sí de “¡Oh, qué casa tan encantadora!”, o sí de “No está mal”—. Catherine volvió a reír.

—No la he visto al completo.

—Solucionemos eso —dijo él saltando de la cama, buscó su ropa y al instante ya estaba cubierto de la cintura para abajo. Catherine sólo tomó la camisa de él y salió. Él no perdió el tiempo en decirle lo sexy que le parecía cuando se ponía su ropa.

La guio por toda la casa en un tour digno de un agente inmobiliario. Él iba encendiendo luces y enseñándole salones, habitaciones y baños describiendo los materiales con los que estaba hecho.

Samuel la había comprado hacía poco, y en un primer momento tuvo intención de habitarla, pero le tomaba mucho tiempo para llegar a la oficina, y prefirió comprar algo en Manhattan.

—Y entonces —preguntó él cuando paseaban por el jardín exterior y miraban hacia el océano frente a la piscina iluminada—. ¿Te gusta? —Catherine sonrió, y acercándose más a él, le tomó la mano y se recostó en su hombro.

—¿Qué harás si digo que no?

—Comprar otra—. Catherine rio.

—Mi amor. Me enamoré de ti cuando apenas si tenías dinero en el bolsillo para comer.

—No me recuerdes esos tiempos.

—Pero así pasó —rio ella.

—Está bien. Pero quiero que seas malcriada. Anda, di. Te gusta o no—. Ella elevó sus cejas y dejó salir el aire.

—Sí, me gusta.

—Qué bien. Todo está nuevo, hice algunas remodelaciones... Pensaba aumentar su valor y venderla, pero... ya que te gusta...

—Sí, me gusta. Pero necesitaremos un helicóptero.

—Ya tengo uno.

—Oh. Pero prefiero los yates —dijo ella en tono displicente, incluso elevó su mentón.

—También lo tengo.

—¿Elegiste uno sin mí? —él miró a un lado apretando sus labios.

—Lo cambiaremos si no te gusta. Y también tengo un avión privado para cuando quieras ir de compras a Europa.

—De acuerdo. Seguro llegará un momento en que las tiendas de Nueva York no me serán suficientes—. Él se echó a reír—. ¿Cuánto más vas a malcriarme? —preguntó ella rodeando sus hombros con sus brazos. Él paseó sus manos por su cintura y bajaron a su trasero.

—Cuando empieces a portarte mal, te encaminaré con unos cuantos azotes en el trasero —dijo él apretando una de sus nalgas—. Ya sabes, al estilo antiguo. Te cruzaré sobre mis rodillas, y palmearé tus hermosas nalgas.

—Empezaré a portarme mal tan pronto como pueda —sonrió ella restregándose contra él, notando cómo él volvía a excitarse, pero Samuel se echó a reír.

A la mañana siguiente, un helicóptero fue por ellos y los dejó de nuevo en la ciudad. Catherine y Samuel se despidieron pesarosamente con muchos besos y abrazos, prometiéndose hablar durante el día, y volver a verse en la noche. Samuel le propuso presentarla en casa como su novia, pero ella lo frenó a causa de Harper. Para la niña, ellos acababan de conocerse, así que mejor ir despacio.

Esa tarde, un mensajero llegó a la oficina de Catherine con un paquete para ella. Eran las llaves de un Ferrari, regalo de su novio.

Catherine, totalmente sonrojada, bajó del edificio a comprobar, y se encontró con que Howard la grababa en un video, seguramente para llevarle la evidencia a su jefe.

Era un precioso convertible azul oscuro. Jesús, con lo que costaba ese coche podría pagar todas las deudas de su empresa, pensó. Pero Samuel se lo estaba regalando como si nada.

En el momento, su teléfono timbró con un mensaje de Samuel: “¿Esto te está malcriando?”. Ella se echó a reír, y como inevitablemente había llamado la atención de todos en la oficina, no paró de recibir comentarios de asombro y felicitación.

Esa noche la pasaron juntos en un hotel.

Y al día siguiente recibió joyas.

Samuel estaba enloqueciendo. Pero bueno, ella no se iba a quejar.

Obviamente, los chismes de que estaban juntos, y ella estaba recibiendo lujosos regalos no se hicieron esperar. Como Catherine era una especie de *influencer* en las redes sociales, y su imagen era pública, surgieron muchos videos que circularon rápidamente por internet de los dos juntos caminando por la calle de la mano, ingresando a hoteles o restaurantes de lujo, y de los regalos que él le hacía.

No era algo demasiado viral ni llamativo, sólo para quienes de verdad la seguían y estaban pendientes.

Y no todos los que hacían eso eran sus fans, o al menos, buenos fans.

Oliver tiró su teléfono en un sillón cuando le llegaron más imágenes de ella en un parque junto a Samuel y una niña de menos de diez años. Compartían como si fueran una hermosa familia feliz.

Malditos fueran los dos.

—¿Qué te tiene tan gruñón? —preguntó Jessica ingresando a la sala con sus manos llenas de bolsas de reconocidas tiendas de ropa y joyas. Al verla, el ánimo de Oliver empeoró. Se puso en pie y la miró retador.

—¿Es todo lo que haces durante el día? ¿Comprar y comprar? Sólo sirves para gastar mi dinero —. Jessica lo miró de arriba abajo.

—En todo caso, es el dinero de tus padres, no el tuyo.

—No seas estúpida. Es mi dinero. ¿Podrías, por una vez en tu vida, ser productiva? ¿Servir para algo?

—Hoy estás imposible —dijo ella siguiendo a su habitación.

Por lo general, Oliver la dejaba en paz y la ignoraba. Nunca le prestaba demasiada atención a menos que quisiera algo de sexo, que con su esposa era aburrido y más caro de lo que cualquiera creería, pues ella se encargaba de cobrarse honorarios exageradamente altos. Pero hoy Oliver quería pelea, así que fue tras ella.

—Te la pasas todo el día vegetando, o yendo de compras. Gastas más de lo que vale tu mísera existencia.

—Parí un hijo para ti, le di un nieto a tus padres. ¿Tan mísera es mi existencia?

—Cualquiera podría haber hecho eso.

—Ay, ya cállate.

—Cualquiera habría dado lo que fuera por ser una White y darme el preciado heredero.

—Menos Catherine —se burló Jessica—. A esa nunca pudiste encandilarla con tu dinero—. Aquello le valió una bofetada de Oliver, que no se limitó a golpearle la mejilla, sino que además la tomó del cuello dejándola sin aire.

—No te atrevas a burlarte de mí.

—Pero es lo único que me provocas: risa. Todo el mundo sabe que jamás pudiste conquistarla. Ni con tu dinero, ni con tu...

—Cállate, Jessica. Hoy más que nunca quiero matarte.

—Hazlo. Acaba con esto. Hazlo—. Él apretó más. Parecía de verdad tener intención de matarla, y Jessica empezó a asustarse. Él otras veces la había golpeado y asfixiado, pero nunca llegó tan

lejos.

—Catherine... prefiere... a Slater —dijo. Si iba a morir, se aseguraría de provocarle el peor daño. Pero entonces Oliver la soltó, no sin antes arrojarla contra una pared haciendo que se golpeará duramente. Oliver tenía el rostro totalmente demudado, y Jessica se concentró en recuperar el aire en sus pulmones.

Cuando se giró a mirarlo, lo vio con expresión atormentada. Sonrió.

—Si quieres, yo se lo quito de encima —dijo jadeante, y Oliver la miró—. Me prometí quitarle a Catherine... todos los hombres de los que se enamorara—. Oliver la recorrió con su mirada y se echó a reír.

—¿Crees que Slater te preferirá por encima de Catherine?

—No te burles de mí.

—Estás casada, tienes un hijo, y encima... no eres tan irresistible...

—De acuerdo... Slater no tiene que preferirme... Sólo que Catherine lo crea—. Oliver la miró con su ceño más fruncido aún.

—¿Tú también prefieres a ese pobretón?

—¿Pobretón? ¿De quién rayos hablas?

—Si te veo coqueteando con él, no dudaré, y de verdad te mataré.

—Estás loco, Oliver. No me quieres, ni siquiera te gusto, ¿y me haces esta escena?

—No volveré a perder una mujer frente a él. Prefiero matarlo—. Jessica aún tenía el corazón acelerado, pero ahora sintió que se saltaba un latido, y casi dolió.

—¿Por qué a él? —Oliver la miró de nuevo—. ¿Por qué no a ella? —En esta ocasión, Oliver sonrió.

Harper esperaba en un pasillo de las oficinas mientras su abuelo y su tío hablaban a solas en su despacho. Llevaba allí poco más de cinco minutos, pero estaba distraída con su Tablet, así que no era un problema. Luego de esto, irían a comer todos juntos en un almuerzo familiar junto a Catherine.

Estaba contenta porque su tío la tenía a ella como novia y no a cualquier otra. Catherine siempre era muy agradable con ella, y había prometido llevarla de compras, lo cual era algo extraño. Siempre iba de compras con su abuelo, y las pocas veces que fue con una mujer adulta, fue con Helga, o Nicoletta, la mamá del tío William. Pero Nico siempre estaba ocupada, y Helga era más bien aburrida; iban, ella se probaba algo, lo pagaban con la tarjeta de tío Samuel y volvían.

Tenía muchas expectativas de esa salida con Cath.

—Oh, ese juego se ve divertido —dijo una voz a su lado, y Harper dio un respingo, pues había estado muy concentrada. Al ver que era Susan, apagó la Tablet e hizo rodar sus ojos—. ¿Por qué dejaste de jugar?

—No me gusta que me miren.

—Ah —dijo Susan, pero no se movió del asiento de al lado, simplemente siguió mirándola y sonriendo—. Supongo que estás molesta porque tu tío tiene novia —dijo, y Harper la miró de reojo.

—No.

—¿No? ¿A pesar de que es probable que se casen? —Susan suspiró—. Cuando una pareja se casa, quieren irse a vivir juntos y tener sus propios hijos. Cuando los tienen, se olvidan de todo lo demás. ¿No has pensado en eso? Frank ya está algo viejo, ¿crees que él se ocupará de ti? —Harper tenía sus ojos muy abiertos y sus pupilas contraídas al pensar en eso, pero Susan no se detuvo—. Conocí el triste caso de una chica sin padres que fue criada por sus tíos. Cuando tuvieron sus propios hijos, a ella la enviaron a un orfanato.

—¡Tío jamás me enviaría a un orfanato!

—¡Claro que no! Los ricos envían a los niños molestos a internados en el otro lado del mundo. Nunca los vuelven a ver hasta que ya cumplen la mayoría de edad, y entonces, ellos ya están grandes y tienen que trabajar para vivir.

—Estás mintiendo —susurró Harper, pero su corazón latía acelerado, y había palidecido.

—Si tu madre estuviera viva, sería diferente, estarías con ella, pero Cassie murió. Dicen que fue un accidente, pero no sé... ¿y si fue porque en ese tiempo tu tío y Cath ya eran novios? Recuerdo muy bien ese tiempo; tu mamá se vino a Nueva York a unas vacaciones, dejó su trabajo y todo, pero más bien parecía que todos estaban huyendo. Y luego, tuvo ese accidente y murió. Sería muy triste que por culpa de Catherine tú te quedaras sin mamá, y ahora también te quedaras sin tío.

—Eres mala —dijo Harper entre dientes, totalmente aterrorizada.

—No soy mala. Realmente, soy la única que se preocupa por ti. Pero tú prefieres a Catherine—. Harper no encontró nada para decir, simplemente rehuyó su mirada—. Yo nunca te enviaría lejos —siguió Susan—, soy buena, y era la mejor amiga de tu mamá. Te criaría como a mi hija... Pero Catherine es una aparecida. ¿No te parece sospechoso que reaparezca ahora que tu tío es muy rico? —Ahora Harper cerró con fuerza sus ojos, y Susan, considerando que su trabajo estaba hecho, se puso en pie y se alejó.

Harper siguió con sus ojos cerrados largo rato, pero no pudo evitar imaginarse todos los escenarios que le acababan de describir. Ella en un orfanato, ella en un internado, sola, sin poder volver a ver a su tío, o peor, que este ya no la quisiera porque tenía a sus propios hijos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se las limpió odiando que alguien la viera llorar. Se puso en pie y caminó a la puerta del despacho de su tío, pero no se atrevió a entrar.

—Empecé esta investigación cuando me dijiste que lo de Cassie no había sido un accidente, Sam —explicaba Frank poniendo en las manos una carpeta con documentos, una copia de la que días atrás le había entregado a Owen.

Sabía que éste no le había dicho nada a su hijo, y él había esperado todo este tiempo para hablar con Samuel. Al ver que había logrado retomar su vida, y su relación con Catherine, tuvo más paciencia para esperar, pero ya era tiempo de que se supiera la verdad.

Samuel tomó la carpeta y empezó a hojearla.

A pesar de que la camioneta que provocó el accidente de Cassie y William carecía de la placa con la matrícula, al parecer, Frank había sido capaz de rastrearla. Había evidencia de la investigación, buscando por el modelo, sus diferentes dueños, y la relación que éstos podían tener con los Owen.

Debió ser un trabajo largo, pues era una camioneta bastante común, luego había descartado gran parte de ellas cuando descubrieron que la implicada estaba blindada, y allí se redujo el número.

Estaba viendo años de investigación por parte de su padre, imágenes de videos de seguridad en donde se veía a Cassie conduciendo y riendo junto a William, y la camioneta a pocos metros de distancia, siguiéndolos.

—¿Por qué... los Walton? —preguntó en voz baja, pasando los documentos sin dejar de mirarlos atentamente. Frank suspiró.

—Porque nada apuntaba a los White. Y había algo que no encajaba del todo; el accidente fue el mismo día en que Oliver estaba celebrando una boda.

—Una boda que no se realizó.

—Era muy poco espacio de tiempo para organizar algo tan bien hecho... Y Cassie no se accidentó en un auto cualquiera, sino en el Porsche de William. Como puedes ver en esos papeles, los vehículos pertenecen a una empresa de origen italiano. Están vinculados con la mafia, aunque todo es muy dudoso. Y buscando, y buscando... encontré también que Nicoletta, la esposa de Owen, viene de Italia, y antes de saltar a la fama como actriz de cine era la hija mimada de un poderoso hombre que tenía negocios dudosos en ese mundo.

—La... mafia italiana... —susurró Samuel, dándose cuenta de lo oscuro que se volvía todo cada vez.

—Pudieron ser ellos directamente, pudieron ser enemigos de ellos. No sé qué líos haya entre esas familias... Pero tal vez le guardan rencor a Nico, o a Owen, o a los dos, y quisieron deshacerse de su hijo.

—Pero, si no fueron los White...

—Tal vez tengas que replantear toda tu venganza—. Samuel frunció el ceño, y se dejó caer poco a poco en uno de los sillones de su oficina. Frank se sentó frente a él espionando sus reacciones.

Casi podía ver cómo la esperanza volvía a su cuerpo. Su mirada se iluminaba y las manos se aferraban a esos documentos como si quisiera exprimir de ellos toda la verdad. Era la lucha interna que sabía sucedería si se los mostraba.

—Sí, Sam —suspiró Frank—. El haberte enamorado de Catherine no tuvo nada que ver con la muerte de Cassie. Ella sólo estaba... en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Tal como le pasó a tu madre, al parecer—. Samuel siguió en silencio, muy quieto, mirando fijamente los papeles—. El objetivo debió ser William... A esas personas no les importó que a su lado fuera alguien totalmente ajeno e inocente. ¿Qué ha hecho William, o su familia, para ganarse enemigos dispuestos a matarlo?, no lo sé. Pero no tuvo nada que ver contigo, Sam. Ni con Cath.

—Papá... ¿William sabe esto?

—Owen lo sabe desde hace unos días. Sospecho que aún no se lo ha dicho a su hijo.

—Que no lo sepa—. Samuel se puso en pie y guardó los papeles de nuevo en la carpeta y se los devolvió a Frank—. No es necesario que lo sepa.

—Lo siento. Eso ya no depende de ti.

—¿Por qué causarle ese dolor? ¿Qué ganamos con eso? —Frank sonrió.

—Es admirable cómo siempre tratas de proteger a todo el mundo y eres tan descuidado contigo mismo.

—Sé lo que se siente llevar esa culpa en el alma; no quiero eso para Will.

—Hijo...

—Yo no se lo diré —lo interrumpió Samuel—. Y tampoco lo hagas tú. Si Owen se lo dice... ya es cosa de él—. Frank respiró hondo.

—De acuerdo. Pero todavía quiero que los culpables de la muerte de mi hija paguen—. Samuel apretó sus dientes, y un músculo latió en su mejilla. Para hacer aquello, tendrían que involucrar a todos los Walton. Era un dilema.

Oh, pobre Will, pensó.

Y por otro lado, qué enorme peso le quitaban de encima.

Estaba dividido entre el deseo de llamar a Cath, compartirle la noticia y celebrar que ya podían ser libres de tan terribles cadenas que por tanto tiempo los tuvieron cautivos del dolor y la culpa, y el pesar por saber que lo más probable era que esas pesadas cadenas cayeran sobre otro ser humano al que él apreciaba y respetaba tanto.

Sintió la mano de su padre en su hombro palmeándolo con suavidad.

—Llámala y cuéntale —le dijo—. Ella merece saber.

—Pero... me siento mal por Will.

—Ya no más con eso de cargar culpas que no te corresponden, Samuel, por Dios. Por una vez en tu vida, piensa primero en ti. ¿Dejarás a Catherine por siempre en la oscuridad? ¿Pensando por el resto de su vida que ser feliz fue una audacia demasiado grande?

—Claro que no. Se lo diré. Es sólo que... se siente raro... Papá... —dijo Samuel, mirando a Frank fijamente a los ojos—. Se siente raro —siguió, y puso una mano en su pecho—. Como un vacío aquí.

—Es para que lo llenes con cosas positivas. Y ya detengas esa locura contra los White—. Samuel meneó la cabeza.

—No he tenido que hacer gran cosa contra ellos. Sólo hice caer una pieza... Todo lo demás estaba alineado como piezas de un dominó... Así que, con respecto a ellos, no hay nada que hacer.

—Pero, Sam...

—Le hicieron mucho daño a Catherine. Oliver intentó matarla... Ha oprimido a muchos pequeños empresarios, han jugado sucio. Caerán por el peso de sus propias acciones.

—Pero, te conozco. ¿Podrás dormir con eso? —Samuel sonrió de medio lado.

—Sí. Dormiré como un bebé. Yo, y todos los que sufrieron daño y atropellos por parte de esos hampones.

Samuel salió de su oficina y encontró a Harper de pie frente a ella como si quisiera llamar, pero totalmente estática.

—¿Ya tienes hambre? —le preguntó posando una mano sobre su hombro, y Harper lo miró con sus enormes ojos llenos de incertidumbre—. ¿Estás bien? —Harper sólo asintió en silencio—. Ya vamos a comer. ¿Catherine no ha llegado? —le preguntó a su asistente, que meneó su cabeza negando.

—¿Y si... vamos solos? —preguntó Harper, pero Samuel ignoró su pregunta, pues marcaba el número de Catherine en su teléfono.

—Hola, amor —sonrió ella al otro lado—. Ya estoy estacionándome. Supongo que iremos en tu auto—. Samuel sonrió también.

—Espéranos abajo. Ya terminé aquí.

—De acuerdo.

—No tengo hambre —dijo Harper, y Samuel la miró un poco extrañado.

—Pediremos algo liviano para ti, entonces.

—No quiero ir a comer.

—Cariño, ¿pasa algo? —Harper meneó su cabeza cruzándose de brazos. Samuel hizo presión llevándola hasta los ascensores, y Harper empezó a sentir que la angustia la llenaba.

—¿Se lo dirás a Catherine de inmediato? —le preguntó el abuelo Frank a tío Samuel, y Harper se preguntó de qué hablaban.

¿Del anillo? ¿Le daría un anillo en el almuerzo?

¿Se casarían, tendrían hijos, y a ella la enviarían a un orfanato o internado?

—Esperaré el momento adecuado.

—¿Esta noche, entonces? Debes decírselo cuanto antes.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Harper, y los dos adultos la miraron confundidos.

—¿Por qué, qué, cariño?

—Puedes esperar —contestó la niña con tono asustado—. Espera a que yo me haga más grande, por lo menos—. Los ojos de ella se empañaron, y Samuel se agachó frente a ella con mirada inquisitiva.

—Desde hace unos minutos te noto extraña. ¿Hay algo que quieras decirme?

—¿Te casarás con Catherine? —preguntó Harper, y una lágrima gorda y pesada cayó de su carita.

Las puertas del ascensor se abrieron en el momento, y en el lobby Catherine los saludó agitando su mano. Harper se colgó de su tío y se echó a llorar, dejando a todos con un enorme interrogante en sus rostros.

—¿Qué tiene Harper? —le preguntó Catherine a Frank cuando vio que Samuel, en vez de caminar a ella para saludarla, alzaba a Harper en sus brazos, se iba a otro lado para estar a solas con ella y le hacía señas para que lo esperara.

—Creo que se puso un poco sensible con el tema de tu relación con Sam. Pero es extraño, tú le gustas a Harper. Hasta ahora no había mostrado signos de celos.

—Tal vez deba hablar con ella.

—Deja que Sam maneje el asunto. Si te necesita, te llamará—. Catherine asintió, pero no dejó de echarles un ojo.

—Si te casas, tendrás tus propios hijos y me enviarás a un orfanato —lloró Harper, lo que dejó a Samuel entre furioso y sorprendido.

—¿Pero quién te dijo semejante estupidez? —exclamó, lo que hizo que Harper diera un respingo, pues su tío nunca decía esas palabras delante de ella—. Harper, ¿quién te dijo eso?

—¿Entonces, no es verdad? ¿No te casarás? —Samuel dejó salir el aire.

—Mi cielo, tú eres el amor más grande de toda mi vida —le aseguró tomando su carita entre sus manos, echando atrás sus cabellos humedecidos por las lágrimas que no paraban de salir—. Lo más hermoso, lo más puro, y lo más valioso. Nunca te dejaría. Aunque tenga diez hijos, cien nietos, y mil bisnietos, tú ocupas para siempre el lugar más importante de mi corazón. Eres mi bella sobrina.

—Pero las sobrinas no son hijas... y si tienes hijas...

—Tú serás una excelente prima para ellas. Como serás la mayor, tendrás muchas cosas que enseñarles, y ya verás si las consientes o las regañas, y ellas te querrán, porque eres la sobrina adorada de su papá, la única hija de la hermosa tía Cassie... —Harper tragó saliva—. ¿No crees en mi palabra? ¿Alguna vez te he mentado? —la niña meneó su cabeza y respiró hondo—. Además... tú le gustas mucho a Catherine. Si acaso yo me volviera loco y te enviara lejos, estoy seguro de que ella me golpearía en la cabeza con un sartén—. Harper rio al imaginar la escena—. Y ella también quería mucho a tu madre. Se conocieron cuando estábamos en la universidad, y se hicieron grandes amigas. Tienen fotografías juntas, algún día te las enseñaré.

—¿Se conocían de antes?

—Sí.

—Entonces lo que ella dijo es verdad.

—¿Ella quién, Harper?

—La que quiere ser mi niñera, ella me dijo que... pero no lo creo. De todos modos...

—¿La que quiere ser tu niñera? —preguntó Samuel, totalmente dispuesto a llegar al fondo de todo—. ¿Susan? —preguntó, y cuando la niña asintió, Samuel sintió que palidecía de la misma ira.

Había muy pocas cosas que no soportaba en esta vida, pero la más fuerte de todas, era que se metieran con lo que era más valioso para él. Y ah, que le hicieran daño a su sobrina estaba en el top de esas cosas fuertes, por las que casi estaba dispuesto a estrangular.

—Mírame, Harper —le pidió a la niña, que al fin había dejado de llorar—. Te amo con todo mi corazón, y te prometo que nunca te dejaré. Es más, estoy segurísimo de que serás tú quien me deje a mí.

—¡No, nunca! —Samuel sonrió, practicando paciencia y serenidad. Debía mostrarse tranquilo ante la niña.

—Te juro que lo que te dijo Susan es mentira. Me comeré un sapo si acaso faltó a mi palabra—. Harper hizo cara de asco, pero se tomó muy en serio el juramento de su tío, y acto seguido, lo abrazó.

Le tomó la pequeña mano y caminó con ella hasta el auto. Al estar delante de Catherine, Harper no se mostró alegre como siempre, sino reservada, y el corazón de Samuel dolió.

—Consigue cualquier motivo para echarla —dijo por teléfono, quedándose unos pasos atrás—. Y si no lo hay, paga la indemnización. La quiero fuera de mis empresas hoy mismo—. Y guardando de nuevo el teléfono, recompuso su semblante y sonrió para tranquilizar a sus mujeres.

El departamento de marketing de Nvist, ese mismo día, tuvo que enfrentarse a un duro golpe cuando fue demandado por usar una patente que no les pertenecía. Todos sus abogados cerraron filas para defender la empresa, pero la parte acusadora había echado a rodar su queja por las redes sociales, lo que hizo todo incontenible.

Si las cosas seguían así, al día siguiente las acciones reflejarían el golpe con una dura caída, cosa que no les convenía cuando ni siquiera lograban recuperarse de la anterior.

Al enterarse, Denise White tuvo que dejar su retiro y volver a la ciudad para hacerse cargo de los daños, reunir a los implicados y dictar el curso a seguir.

—La patente es nuestra —aseguró uno de los expertos a cargo—. Tenemos el documento que lo indica—. Denise extendió la mano para que se le entregara dicho documento, y cuando lo miró, sintió un frío recorrerle la espalda.

Sí, la patente era suya, pues la habían conseguido con un poco de presión y amenazas.

Al parecer, esta persona había decidido que no le importaba que los White cumplieran con ellas, si estaba dispuesta a enfrentárseles en las cortes.

—No pierdan más el tiempo —dijo, sentándose con tranquilidad en su sillón, y mirando a su hijo de forma significativa—. Hagan que desista.

—Te refieres a...

—A hacer lo que haya que hacer. No podemos perder esa patente.

—Pero es nuestra. No vamos a perderla.

—Tú haz lo que te digo —imperó Denise, y Oliver asintió y tomó los documentos de manos de su padre, entendiendo lo que tenía que hacer.

—Entonces, ¿irás de compras con tía Catherine al terminar el almuerzo? —preguntó Frank, y Harper miró a Catherine muy seria.

—No lo sé —susurró, totalmente insegura. Catherine miró a Samuel interrogante, pero este le hizo señas de que esperara a estar a solas.

—Si te sientes cansada, podemos ir otro día —aseguró Catherine—. Pero nos arriesgamos a que tal vez luego no encontremos modelitos tan bonitos—. Harper la miró, y era como si la analizara. Catherine nunca se sintió tan insegura delante de ningún niño.

Como respuesta, Harper se encogió de hombros.

—Primero tengo que ver qué tienes en tu armario —dijo, y miró su reloj—. ¿Me enseñarás,

Harper?

—¿Quieres ir a mi casa?

—Claro. Por qué. ¿Está muy desordenada?

—No.

—¿Tienes los calcetines por todos lados? ¿Veré ropa interior sucia?

—No —contestó Harper ahora con una sonrisa.

—Entonces no veo por qué no. No quiero comprarte algo que ya tengas, y debo saber para luego hacer buenas combinaciones.

—¿Y compraremos maquillaje?

—Por supuesto, cuando cumplas dieciséis—. Harper hizo una mueca decepcionada, pero que ella dijera que estarían juntas aún a los dieciséis mejoró su ánimo.

Luego de eso, y durante el almuerzo, los cuatro hablaron de todo con más normalidad. Había costado un poco, pero Harper poco a poco se fue abriendo de nuevo a Catherine. Al terminar, Samuel las llevó a casa para que Catherine inspeccionara todo el guardarropas de Harper antes de ir de compras.

Al entrar al apartamento, Catherine contuvo la respiración. Nunca había venido aquí, porque hasta ahora, no habían mostrado abiertamente su relación delante de Harper. Siempre se habían visto por fuera, ya fuera en hoteles, restaurantes, o, como el otro día, en un parque con Harper.

—¿Te gusta? —preguntó Samuel, como siempre, pero Catherine estaba quieta en la entrada mirando todo casi con terror—. ¿Estás bien, nena?

—Sam... este es el antiguo apartamento de mamá—. Samuel la miró ceñudo, y echó un vistazo a su sala como si la viera por primera vez. Catherine cubrió su boca con su mano y dio unos pasos mirando todo—. Aquí viví... desde el divorcio de mis padres, hasta que me fui a la universidad. Y desde que te conocí, ya no regresé más. Oh, Sam. Compraste el apartamento de mamá.

—Fue una casualidad —dijo mirándola muy serio.

—Pero... Por qué...

—Estaba en remate —explicó él—. Costó mucho menos de lo que en verdad valía. Hice una buena oferta y fue mío. No lo sabía, Cath.

—No te lo estoy reprochando. Quiero decir... Dios, qué casualidad.

—Lo estoy tratando bien —aseguró él, lo que hizo reír a Catherine.

—Seguro que sí.

—Harper, lleva a Cath a tu habitación—. Y Harper la llevó. Era su antigua habitación, pintada y decorada diferente. Sonrió al darse cuenta de que aquí siempre se sintió muy sola, abandonada por sus padres, olvidada de todos. Miró las paredes que antes la rodearon, haciéndola sentir un poco oprimida.

Ya no eres esa Cath, se tuvo que recordar. Miró a Harper, que casi, casi, estaba en la misma situación en la que ella estuvo, pero mucho más afortunada, porque tenía alrededor gente que sí la amaba.

—Enséñame tu ropa —dijo, y caminó al clóset para empezar a inspeccionar prenda por prenda.

—Sam, tiene que haber un error —exclamó Susan al verlo llegar en su auto. Estaba fuera del edificio, al parecer, acababan de despedirla, y al ver a Samuel corrió a él—. Me echaron, Sam, tienes que corregirlo—. Samuel la miró exudando todo el veneno que ella le inspiraba.

—No fue un error. Yo te eché.

—¿Qué? Pero, ¿por qué? ¡Somos amigos!

—Tú no eres amiga de nadie. Y no tengo que darte explicaciones. Vete de mi empresa.

—Samuel...

—Te metiste con Harper —dijo Samuel deteniéndose y mirándola duramente—. Y eso no te lo voy a perdonar.

—¡Es mentira! Jamás le hice nada a Harper—. Al darse cuenta de que no reconocería su error, Samuel sonrió con desdén. Sólo estaba perdiendo su tiempo.

—Si te vuelvo a ver cerca de ella, te demandaré. No me conoces, si crees que puedes meterte con mi familia y salir indemne —y sin añadir nada más, entró al edificio, ignorando sus ruegos y lágrimas.

Catherine y Harper pasaron la tarde juntas, y poco a poco, la niña empezó a ser la misma de antes. Samuel no había tenido tiempo de contarle qué había pasado, sólo le dijo que luego lo hablarían, pero al ver la reticencia en la pequeña casi podía imaginárselo.

Y tocar el tema era complicado. Harper debía confiar en ella sin demasiadas promesas de por medio. Merecía tener la seguridad de que era amada sin que se lo juraran, tal como un hijo lo sabía sin que sus padres tuvieran que estar haciendo promesas.

Hizo que aquella tarde fuera divertida, compraron mucha ropa y zapatos, y pagaron todo con las tarjetas de su tío. Luego llegó de vuelta al apartamento y le ayudó a sacar todo de las bolsas y acomodarlo en el clóset.

—Ah, estoy cansada —se quejó Catherine sentándose en el sillón de la habitación—. Ir de compras es agotador—. Harper asintió. Ella también estaba totalmente exhausta—. En navidad, recuérdame llevar zapatos más cómodos —le pidió, cerrando sus ojos. Harper sonrió.

—¿En navidad volveremos a ir de compras así?

—Por supuesto. Y en tu cumpleaños, y en Halloween, y cuando tengas que iniciar un nuevo año escolar, etcétera. Ser tía es agotador—. Harper guardó silencio, y Catherine abrió un ojo para mirarla—. Deberías agradecerme con una limonada.

—¡De acuerdo! —sonrió Harper, y corrió a la cocina, y Catherine sonrió.

Afortunadamente, el corazón de un niño casi siempre era puro.

Los días se pasaron con tranquilidad. Excepto para los White, que enfrentaban un nuevo escándalo. Envalentonados tal vez por la demanda de la patente, y que no habían podido silenciarlo todo rápidamente como siempre, otra empresa se atrevió a hacer una nueva acusación. Esta vez era algo más grave, algo que en verdad representaría la cárcel si acaso no se solucionaba pronto.

Los acusaban de haber sobornado funcionarios públicos para obtener licencias de funcionamiento. Era cierto, pero no entendía por qué de repente todo salía a la luz ahora. Por

años las cosas funcionaron a la perfección, pero de un momento a otro todos empezaban a volverse en su contra.

—Tendremos que usar un chivo expiatorio —dijo Denise sin mirar a su hijo.

Era lo que siempre hacían. Despedían a un alto cargo y le endilgaban toda la responsabilidad. Ellos pasaban por inocentes, como que no sabían lo que estuvo sucediendo bajo sus narices, pero en esta ocasión, el chivo expiatorio se revolvió con todas sus fuerzas y se negó a ir a la cárcel solo, mostrando evidencia de que el presidente sabía perfectamente lo que sucedía.

A causa de esto, perdieron muchos otros contratos, la imagen pública de la empresa empezó a decaer estrepitosamente, al igual que el valor de sus acciones, y pronto empezaron a verse sin liquidez, a endeudarse, pues los abogados no eran gratis, y a perder la confianza de sus socios.

Éstos empezaron a cuestionarse la conveniencia de sacar a los White de la presidencia. Era eso o hundirse. Y no podían hundirse, era demasiado dinero en juego, demasiadas familias afectadas, y sus propias economías.

—Han citado una junta extraordinaria en Nvist —le contó Samuel a William una tarde en que se vieron en el club—. Están eligiendo un nuevo presidente—. William guardó silencio, y se recostó en su mueble meneando su vaso de whiskey.

—Están cosechando lo que sembraron —murmuró luego. Samuel asintió—. ¿Lo dejarás allí? ¿Pararás con tu plan? —Samuel lo miró de reojo.

—¿Por qué pararía? Ellos mataron a Cassie—. William se echó a reír, pero era una risa amarga.

—No tiene caso, Sam. Ya lo sé.

—Ya sabes qué.

—Que no fueron los White. Fue por mí—. Samuel se enderezó en su asiento y lo miró fijamente —. Iban por mí... y se llevaron por delante a Cassie. A mí no me pasó nada... pero ella perdió la vida. No fueron los White, pero está bien que quieras verlos hundidos. Sólo no digas... que es por Cassie.

—Will...

—¿No deberías odiarme? —le preguntó William moviéndose en su asiento hasta quedar sentado en la punta—. Dejaste a Catherine por largos años porque creías que ella tenía que ver. ¿No harás lo mismo conmigo?

—No. No fue tu culpa.

—Tampoco fue culpa de Cath.

—Era diferente. Se sentía diferente. Will... yo hubiese preferido que nunca lo supieras. Por favor... no te autodestruyas por eso. Ya mi hermana no está, y nunca volverá. Por favor, vive bien, vive tu vida—. William cerró sus ojos mientras vaciaba su vaso de whiskey, lo dejó en la pequeña mesa de cristal ante la cual estaban, y dejó salir un ruido de su garganta por el escozor que el trago le provocaba.

—Mañana. Mañana viviré mi vida. Hoy quiero embriagarme. Llama a Catherine y dile que hoy no la verás—. Samuel la miró de hito en hito—. Voy a destruir a los malditos que hicieron esto... pero el problema es que ahora la apuesta es más alta. Ante ellos... los White son unas inocentes criaturas. Sam, te necesito para mi venganza.

—Cuenta conmigo.

—No, estás demasiado sobrio.

—Te lo repetiré cuando esté ebrio.

—Eso me gusta.

—Y no lo haré sólo por ti. Por Cassie, los destruiremos.

—Será peligroso. Tú ayudarás de lejos.

—Me acercaré tanto como pueda. Que el enemigo esté más alto sólo indica que tendremos que subir más. En seis años llegamos hasta aquí, y no nos detendremos. Sólo prométeme que... si llegas a conocer a una buena chica... no la dejarás pasar.

—Ah. De veras...

—Júralo. Y déjate de idioteces. Júralo ahora mismo—. William lo miró fijamente por varios segundos como calibrando el humor y la seriedad de su amigo. Al ver que hablaba totalmente en serio, sonrió.

—Lo juro. Si me enamoro...

—No, no, no. Si conoces a una buena chica, lo intentarás. Así no estés seguro de que estás enamorado. Lo intentarás.

—Qué exigente.

—Habla.

—De acuerdo, de acuerdo... Lo intentaré. Pero... ¿una buena chica? ¿Qué es eso?

—Cassie lo era, y lo reconociste al verla. Cuando vuelvas a encontrar una, volverás a saberlo—. William analizó aquellas palabras, pero su corazón estaba tan cerrado ahora, que dudaba volver a considerar a otra mujer por mucho tiempo.

Sin embargo, hizo el juramento.

—¡Amor mío! —dijo la voz ebria de Samuel a través del teléfono, y Catherine frunció su ceño.

Casi había saltado de la cama por el timbre de su llamada, y al ver la hora se preocupó mucho. Samuel no la llamaría en la madrugada de no ser por algo muy grave.

—¡Te amo! —siguió Samuel, y con voz risueña agregó: —¡Con todo mi ser!

—Sam... ¿estás ebrio?

—Sólo un poquito —contestó él alargando las vocales, y Catherine dejó salir el aire cerrando sus ojos aliviada—. Sólo un poquito chiquito—. Más allá, se escuchó la risa de William, también ebrio.

—Eres un tarado. ¿Por qué llamas a las mujeres?

—Cuáles mujeres, idiota, sólo tengo una. Y con esa me basta y me sobra. ¡Me tiene agotado! ¡Golosa! —Catherine hizo una mueca acomodándose mejor entre sus almohadas y escuchando la diatriba de los borrachos.

—¿Dónde estás?

—No lo sé. Will, ¿dónde estamos?

—¡En la autopista al infierno!

—¿Y eso dónde queda? —preguntó Samuel, pero como respuesta, William se puso a cantar la canción con la misma letra—. Mi amorcito —siguió Samuel—. Espérame desnuda.

—Oh, ¿vendrás?

—Quítate toda la ropa. Te voy a manosear hasta donde tu apellido pierde la dignidad. Ricura. Hembra deliciosa.

—¡Hembra deliciosa! —gritó William.

—Tú cállate, que me desconcentras. Le estoy diciendo cosas bonitas a mi novia.

—¿Estás con Howard? —preguntó Catherine, algo preocupada.

—Sí. Howard no quiso beber; está sobrio como una cuba.

—¡Catherine! —gritó William—. Preséntame una amiga.

—¿Ahora? —le reprochó Samuel.

—¿Qué tiene de malo? Seré muy amable, aunque me ponga cachondo.

—Asqueroso. Mi amor, no le prestes atención. Olvida que escuchaste esas asquerosidades. ¿Ya te dije que te voy a pasar la lengua por todos lados? —Catherine no pudo menos que echarse a reír, y lejos de molestarse por haber sido interrumpida en su sueño reparador, se quedó con él hasta que cortó la llamada. Siempre había escuchado que si un hombre te llamaba estando ebrio, entonces era tuyo, ya que su pensamiento eras tú aun cuando su cerebro no servía para pensar.

Sin embargo, no pudo evitar preguntarse por qué había decidido embriagarse. William estaba con él; ¿lo hacía sólo por acompañar a su amigo en un mal momento?

Esperaba que fuera eso. Esos dos siempre fueron muy unidos, así que Sam debió haberse solidarizado con él.

Temprano en la mañana, a pesar de ser domingo, los noticieros estaban inundados con noticias acerca de Nvist, su actual situación, y de los análisis de lo mucho que esto afectaría la economía.

Sin pensarlo, tomó su teléfono y llamó a Samuel, olvidando completamente que éste debía estar durmiendo la mona.

Fue Harper quien contestó el teléfono.

—Está dormido —confirmó la niña—. Pero parece muerto. Y huele horrible —Catherine se echó a reír imaginando la naricita arrugada de Harper al decir aquello.

—Seguro va a dormir todo el día —suspiró Catherine—. ¿Quieres pasarlo conmigo?

—¿Puedo?

—Claro que sí. Dile a tu abuelo que te traiga a mi casa. En la tarde podemos ir a cine—. Así hicieron; Frank llevó a la niña a su casa, y Laverne, al verla, se impresionó bastante.

Era una niña preciosa, y de inmediato notó el parecido con Samuel Slater. Sin embargo, como sabía muy poco de su vida privada, lo único que podía imaginar es que era su hija.

—Es su sobrina —le aclaró Catherine—. Hija de Cassie, su hermana.

—Ah, ¿y donde está ella?, ¿pasas las vacaciones con tu tío?

—Mi mamá está en el cielo —respondió la niña, lo que arrugó de inmediato el corazón de Laverne. Catherine la miró algo impresionada. Su madre nunca había sido apegada a los niños, ni

si quiera con ella cuando lo fue, pero al parecer, Harper estaba despertando en ella ese instinto.

—Iremos un rato al parque, alquilaremos bicicletas y comeremos mucha azúcar. ¿Quieres unirse?

—preguntó Catherine con cautela, pero los ojos de Laverne se iluminaron.

—¿Puedo? —Catherine sonrió un poco consternada. Su madre seguía siendo la mujer más extraña del mundo.

A media mañana, Joyce la llamó y pidió unirse a la aventura, así que fueron tres adultas y una niña las que fueron al parque a divertirse. Harper lo estaba pasando genial a pesar de estar entre grandes, pero siempre había sido así para ella.

Ya en la tarde, Samuel fue por ellas con cara de haber pasado mal día, pero sobrio, y Catherine lo saludó con un beso en los labios.

—Te hice varias llamadas anoche —dijo él en tono de disculpa.

—Ah, no te preocupes. Fuiste divertido.

—Ya que pasaste todo el día con mi sobrina —murmuró él tomando su mano—, ¿pasarás toda la noche conmigo? —Catherine se echó a reír. Él la miraba con picardía, así que le rodeó los hombros con sus brazos y le besó los labios.

—¿Cumplirás tu promesa y me lamerás hasta donde mi apellido pierde la dignidad? —él frunció el ceño.

—¿Te prometí algo así?

—Sí. Anoche. Borracho.

—Oh. Típico de mí —ambos rieron, y tuvieron que escuchar el carraspeo de Joyce para volver a la tierra.

Samuel la saludó, y les abrió la puerta de su auto para que todas subieran a él. Las llevó a sus casas, pero Catherine no se bajó cuando fue su turno, sino que decidió que se iría al de él.

—Cada vez pasas menos tiempo en tu casa —la pulló él un poco—. Deberías mudarte.

—Oh, no hagas esas bromas, o un día de estos te tomaré la palabra —él la miró un poco de reojo, y Catherine lo notó un poco raro—. ¿Lo estás diciendo en serio? —Samuel se echó a reír.

—Sólo si a ti te parece bien. No tienes que seguir viviendo con tu madre.

—Hasta ahora... todo fue porque... Bueno, no podíamos permitirnos vivir en lugares diferentes, y ella estaba enferma, así que...

—Pero ya no está enferma.

—No, no lo está.

—Y es muy incómodo ir a verte sabiendo que ella está al otro lado.

—Sí, lo es.

—Si se porta bien, tal vez le compremos algo más grande y lujoso —Catherine no pudo evitarlo y se echó a reír.

—Te amo.

—Entonces, no se diga más. Te vienes conmigo—. Catherine lo miró en silencio, mordiendo una sonrisa.

Y así, como si nada, decidieron irse a vivir juntos.

Al llegar a casa, Samuel simplemente anunció que Catherine se mudaría. Frank no dijo nada, y Harper no pudo disimular su emoción.

Esa noche, cuando ya estaban acostados disponiéndose a dormir, Samuel aprovechó y le contó todo acerca de William y la verdadera razón de la muerte de Cassie.

Sin podérselo creer, Catherine se enderezó en la cama, sentándose, y lo miró en silencio por largo rato.

—¿Es... verdad? Oh, Sam... ¿Es verdad?

—Antes de decidirme a decírtelo, hice mi propia investigación. Papá tenía razón; no fueron los White. No fue por nosotros.

Catherine casi podía sentir cómo ese peso que le oprimía el corazón se levantaba de su pecho, dejándola al fin respirar en paz.

Sus ojos se humedecieron de puro alivio, y un nudo se formó en su garganta. Samuel se sentó a su lado en medio de la cama y le sobó la espalda como comprendiendo exactamente cómo se sentía. Y lo hacía, él comprendía.

—Dios... santo —susurró ella—. Esto es tan...

—Un conocimiento que llegó seis años tarde... pero que me alivia inmensamente —ante esas palabras, Catherine lo miró fijamente.

Sí, habían perdido seis años, y fueron años horribles del uno sin el otro. Pero en vez de pensar en eso, ella sólo podía sentir alegría por haberlo sabido a tiempo, por haberlo descubierto al fin.

—Tengo que agradecerle mucho a mi suegro —sonrió ella limpiando sus ojos y recostándose en su pecho—. Gracias a su tenacidad y persistencia, descubrimos la verdad.

—Y ahora tenemos una idea de quién es el verdadero culpable, aunque creo que William sabe exactamente quién es.

—No hagas nada peligroso, por favor. Ni a Cassie, ni a mí, ni a nadie, nos gustará que por perseguir la venganza te pase algo malo—. Samuel suspiró.

—Tendremos cuidado—. Se miraron de nuevo a los ojos en silencio, y Samuel sonrió besando su frente—. Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —Catherine sonrió.

—¿Que nuestro amor no causó la muerte de nadie?

—Aun así, los White no merecen compasión. ¿Tú los compadeces? —Catherine recordó los años de su madre en la cárcel, las dificultades económicas, y la cantidad de tropiezos que tuvo para poder sacar adelante su negocio sólo porque a ellos les había dado la gana.

—No. Pero... Y aunque los odio, no tienen culpa de lo que le pasó a Cassie.

—Todo lo que les está ocurriendo actualmente son consecuencias de sus actos. Están cosechando todo lo que sembraron.

—Aunque se merecen perderlo todo por haber jugado sucio tantos años, Nvist es un muy buen negocio. ¿Lo dejarás perderse así nomás? —Samuel la miró como analizando sus palabras.

—Tienes un buen punto ahí. Pero ahora hablemos de otra cosa. ¿Cuándo nos casaremos? —Ella elevó sus cejas un poco tomada por sorpresa por ese cambio de tema tan brusco. Pero luego se echó a reír, sobre todo, por su cara enamorada que buscaba un beso.

—Estamos teniendo una conversación que normalmente se tiene luego de ponerle a la novia el anillo de compromiso.

—Oh, perdona, pero es que nunca había pensado en casarme con nadie.

—Pues ese es el orden.

—¿Te casarás conmigo?

—Sí —contestó ella sin dilación, sin hacerse rogar, ni poner demasiado suspenso—. Sí. Pero aun así, quiero el anillo —él se echó a reír, y la empujó suavemente a la cama para hacerle el amor.

La paz que sentía Catherine luego de que Samuel le revelara que no había tenido nada que ver con lo de Cassie fue tan grande, que influyó muchísimo en su comportamiento de allí en adelante; en su sueño, en su tranquilidad. Oh, besar a Samuel se sentía mucho mejor ahora, dormir con él, estar con Harper y Frank... Eso lo había cambiado todo.

Sentía que a veces podía llorar de puro alivio, y en otras ocasiones, quería reír.

Sabía que ahora nada los detendría para poder estar juntos al fin. Sabía que pronto haría su propuesta formal de matrimonio, y obviamente ella diría que sí, y su sueño de cuento de hadas, que no sabía que tenía, se haría realidad.

Como prometió, esa misma semana se mudó a la casa de los Slater. Laverne no hizo comentarios al respecto, pero Catherine los habría ignorado de todos modos. Ahora pasaba todas las noches con él, y salían con más libertad, ya fuera a cenar, bailar, pasar fines de semana por fuera... Siempre que podían incluían a Harper, y gracias a Dios, Frank era muy poco entrometido en sus cosas. Una noche, en la cena, comentó la posibilidad de irse a otro lado, pero Catherine, que entendía que si no lo había hecho antes se debía más que todo a su nieta, se mostró inconforme con la idea.

De ese modo, todos alrededor, amigos y compañeros de trabajo, se enteraron de su relación, y comenzaron a llegar las preguntas.

Sí, vivían juntos. Sí, se iban a casar. Que todo el mundo se enterara...

Y todo el mundo se estaba enterando, entre ellas personas no gratas, como Robin Cooper, que siempre que tropezaba con ella en algún lugar público le hacía desaires, pero Catherine a veces ni se enteraba de sus intenciones, como si viviera en las nubes.

Una noche de viernes, que tenía mucho trabajo acumulado y quería dejarlo todo listo antes de la mañana, pues quería irse de viaje con Samuel ese fin de semana, se le hizo tarde en las oficinas para salir. Pero antes de dejar el edificio y dirigirse al parqueadero donde tenía su Ferrari, pudo ver que un hombre merodeaba su auto. Se detuvo abruptamente y su corazón empezó a acelerarse. El hombre era Oliver White.

—García —llamó ella al conserje, que de inmediato acudió a ella—. Por favor, acompáñeme al auto —le pidió Catherine—. No me deje sola en ningún momento.

—Claro, señorita —contestó García, que de inmediato se hizo delante de ella en pose vigilante.

Al verla acompañada por el vigilante, Oliver dejó salir una risita desdeñosa, la miró de arriba abajo y se cruzó de brazos.

—¿Me tienes miedo? —se burló. Catherine fue sacando lentamente las llaves de su bolso, como si temiera que un movimiento brusco lo fuera a asustar volviéndolo agresivo.

—No lo sé. La experiencia me dice que debo desconfiar de ti, ya que no te importa si estás solo o rodeado de gente, eres capaz de agredir a una mujer—. Un músculo latió en la mejilla de Oliver, como si sus palabras lo disgustaran.

—Ese día tenía fuertes razones, y lo sabes.

—Ese día mis razones se confirmaron. ¿Qué haces aquí? —preguntó ella caminando hacia su auto. García no se alejó de ella sino lo suficiente para que pudiera moverse—. ¿Qué quieres ahora?

—¿Es verdad que estás viviendo con Slater?, ¿que te vas a casar con él? —preguntó Oliver sin pérdida de tiempo; Catherine desactivó los seguros de su auto y quedó con la mano en la manija de la puerta.

—Sí. ¿Por qué vienes hasta aquí para preguntar algo que ya sabes?

—Joder, Cath. Esto no es justo. Yo te conocí desde antes, yo te amé desde antes...

—Recuerda que eres un hombre casado y hasta tienes un hijo.

—Si me aceptaras al fin, yo no dudaría en divorciarme... —Catherine no pudo evitar echarse a reír a carcajadas, y el músculo en la mejilla de Oliver latió otra vez.

—¿Es que no has entendido? Oliver, ¿cuándo comprenderás al fin que aunque volvieras a nacer, nunca estaría contigo?

—No me provoques...

—Caballero —intervino García—, será mejor que guarde las distancias.

—Tú no te metas, igualado...

—¿Hay cámaras en el parqueadero, García? —preguntó Catherine queriendo sonar muy segura, pero por dentro empezaba a sentir temor.

—Sí, señorita. Está totalmente cubierto.

—¿Y esa arma... dispara balas de verdad?

—Así es. ¿Cree que tenga que usarla?

—Con Oliver White nunca se sabe—. Ahora el vigilante tenía una mano sobre el forro de su arma, y Oliver tuvo que retroceder varios pasos.

—Te estoy dando tiempo —masculló él—. Te estoy dando tu última oportunidad.

—Y yo te estoy dando una última advertencia. No te metas conmigo, White. No te hagas odiar más.

—No... No digas que me odias... —Catherine lo miró frunciendo su ceño. Este hombre ya parecía loco, no sólo obsesionado. ¿Por qué esperaba que ella lo aceptara después de todo lo ocurrido entre los dos?

Sin embargo, debía ser muy cuidadosa con las palabras que decía. No podía arriesgarse a que esta vez sí le hiciera daño a Samuel, o a cualquiera de su familia.

—Ya déjalo, Oliver —le pidió ella con voz calmada—. Sigue adelante con tu vida, tienes un hijo, dedícate a él.

—¡A la mierda todo! —gritó Oliver—. ¡Siempre te quise a ti!, ¡siempre! ¡No te imaginas todo lo que he tenido que hacer para tenerte! Nunca pude soportar que Gustav me ganara en la carrera a tu cama. Tú siempre has preferido a otros por encima de mí, siempre a perdedores como él...

—¿Gustav? —preguntó Catherine con el corazón latiendo fuerte en su garganta.

—Oh, eso no lo sabes... Gustav pagó muy caro haber sido quien te quitara la virginidad—. Ahora Catherine palideció. Todo lo vivido en su adolescencia voló a su mente, y sus ojos se humedecieron.

—¿Qué?

—Yo te amaba más. Debí ser yo, Catherine.

—¿Qué le hiciste a Gustav? —preguntó Catherine con voz trémula—. Tú no... lo mataste, ¿o sí? —como respuesta, Oliver se echó a reír, y Catherine cerró sus ojos tratando de pensar rápido. Miró a García, que observaba muy atento, y ante su mirada, el hombre meneó la cabeza. No. Aquello no servía como una confesión ante una corte.

Ahora, más aterrorizada que nunca, Catherine abrió la puerta de su auto y se introdujo en él.

—¡Nunca podrás dejarme! —gritó Oliver—. De alguna manera serás mía. ¡Porque sabes que prefiero verte muerta que con otro!

—Aléjese —le ordenó García—. Tenga mucho cuidado con lo que dice, si algo le sucede a la señorita Bell, todo lo que está diciendo aquí será usado en una corte.

—¡Me importa un saco de mierda! ¡Catherine! —gritó a garganta viva, pero Catherine maniobraba para salir del parqueadero—. ¡Te amo! —gritó—. Nunca amé a nadie más. ¡Te amo! Catherine salió del parqueadero, y a través de su retrovisor pudo ver que García intentaba controlarlo aún con su mano en su arma.

Sus ojos seguían nublados por las lágrimas, y estas pronto rodaron por sus mejillas. Gustav no había sido el gran amor de su vida, tan sólo el primero, y ahora se estaba enterando de que probablemente todo fue una apuesta con Oliver, y que al perderla, éste probablemente lo había asesinado.

Sí, podía ser. Oliver podía ser culpable, ahora que analizaba todo.

Samuel la vio llegar con mal semblante. Se notaba que antes había llorado, y verla así lo preocupó.

—¿Estás bien, amor? —ella asintió, pero sus gestos negaban esas palabras, así que la abrazó.

Como siempre, estar en los brazos de Samuel le infundió seguridad y calma, y poco a poco fue recuperando el control de sus emociones.

—Tengo algo que contarte —le dijo—. Algo que aún no sabes de mí. Tal vez... cambie un poco la visión que tienes de mí, pero...

—Nada cambiará lo que pienso de ti.

—De todos modos...

—Hola, tía Cath —saludó Harper asomándose a la sala. Catherine se secó disimuladamente las lágrimas y devolvió el saludo.

—No has comido nada, ¿verdad? —le preguntó Samuel, y Catherine meneó la cabeza negando. Samuel caminó con ella a la cocina y empezó a trastear en ella.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Harper mirándola con curiosidad. Catherine al fin sonrió.

—Sólo... me duele un poco la cabeza.

—Hay un botiquín con pastillas. ¿Quieres que te traiga una? —Catherine extendió su mano y acarició el oscuro cabello de la niña.

—Sí, me gustaría—. Harper saltó de la silla hacia las habitaciones, y Catherine respiró hondo.

Estaba experimentando, casi por primera vez, lo que era tener una familia.

Y al pensar aquello, se sintió mucho mejor.

—Cuéntame ahora qué es eso que hará que cambie mi forma de verte —le pidió Samuel cuando, pasado el rato, estuvieron a solas. Ella se estaba preparando para dormir y se cepillaba el corto cabello antes de meterse a la cama.

Harper ya estaba dormida, las luces todas apagadas, y ella estaba satisfecha luego de una rica cena preparada por Samuel. Había intentado ayudar, pero él, como siempre, rechazó su ayuda.

—Es que... A la salida del trabajo, me encontré con Oliver... Estaba esperándome afuera, así que el encuentro fue inevitable—. Los ojos de Samuel enseguida se afilaron, y Catherine meneó su cabeza suspirando—. No se resigna, Sam.

—Tendrá que hacerlo en algún momento. Podríamos imponer una demanda y pedir una orden de alejamiento. Mañana temprano llamaré a mis abogados...

—Me dijo que... O más bien, insinuó... que él mató a Gustav—. Samuel frunció levemente su ceño un poco confundido.

—¿Quién es Gustav?

—Mi primer novio —explicó Catherine—. El chico con el que me acosté por primera vez.

—Ah... ¿Está muerto? —Catherine asintió.

—Un día, fuimos todos de paseo a una casa de campo. Fuimos todos, menos Jessica, pues estaba muy disgustada conmigo...

—¿Él te gustaba? —Catherine lo miró de reojo mordiéndose levemente los labios, y decidiendo que tenía que contarle la historia completa, dejó a un lado el cepillo para el cabello y se metió en la cama a su lado.

—Tenía dieciséis años. Joyce, Jessica y yo éramos mejores amigas. Jessica estaba enamorada de Gustav, pero también yo. Habíamos hecho la promesa de que ninguna de las dos lo tendría, para no traicionar nuestra amistad. Yo le fallé—. Samuel la miró totalmente en silencio, sin lanzar juicios siquiera con su mirada, sólo esperaba atentamente a que ella terminara.

Catherine cruzó sus piernas y empezó a jugar con la almohada en su regazo.

—Éramos una “mini sociedad”. Los más ricos e importantes, criados y educados en las mismas escuelas, frecuentando los mismos clubes. Yo llegué un poco tarde, ya que mi madre apenas estaba haciendo dinero y se hacía notar, pero me acogieron fácilmente, además... Yo era algo imponente, siempre con la mentalidad de mi madre, y la filosofía de pegar antes de que te peguen, y arrebatar lo que quieres antes de que otro se te adelante, o aunque otro ya se te hubiera adelantado. Era una chiquilla inmadura y... un poco caprichosa.

A la mente de Samuel vino la Catherine que conoció en la universidad. Ciertamente, ella era así, y podía notar los grandes cambios que se habían producido en ella. Laverne no pudo convertirla en una copia de sí misma, y tampoco lo consiguió la vida con todas las dificultades que le envió.

—Jessica fue la que me introdujo en ese círculo de amigos, y así conocí a todos. Oliver me llevaba unos cuantos años, pero de alguna manera siempre estaba con nosotros y otros chicos de su edad que eran sus amigos. Entre ellos, Gustav —y luego suspiró como una colegiala—. Era interesante, con su cabello y ojos oscuros, tan guapo... y tan idiota —sonrió—. Pero me gustaba, y a Jessica también, así que... hicimos la promesa, y nos distanciamos de él. Sin embargo, Gustav empezó a asediarme; llamaba a mi casa, preguntaba por mí, empezó a buscarme en cada sitio al que iba...

—Te sentiste halagada por él.

—Nunca un chico había mostrado tanto interés. Yo no era tan guapa.

—Seguro que sí lo eras—. Catherine se encogió de hombros—. ¿Qué hizo para que te convenciera de acostarte con él?

—Me dijo que me amaba —susurró Catherine, pero su expresión era más de mortificación, como si no se pudiera creer que hubiese caído tan fácil—. Que se casaría conmigo algún día. Me relató todo el plan que tenía: una casa, niños... Dijo que cuidaría de mí, porque yo era su gran amor. No me detuve a pensar que aquello era demasiado prematuro, o exagerado. Sólo me dejé deslumbrar por sus palabras bonitas, por el sueño tan bonito que me pintó.

—Y lo hiciste.

—Fue... Incómodo, y doloroso. Y luego me arrepentí. Cuando me buscó de nuevo, lo rechacé, pero fue demasiado dulce de nuevo, y otra vez olvidé a Jessica. Ella tiene razones para odiarme. Cuando se enteró, nuestra amistad se arruinó, y ella... Ella juró que me arrebataría a todos los hombres que yo tuviera, así que, luego de Gustav, no estuve con nadie. Hasta ti—. Samuel la miraba pestañeando.

—¿Te estabas castigando? ¿O sólo temías a su amenaza?

—Un poco de cada cosa. Ya ves que con Oliver cumplió.

—¿Cómo murió Gustav? Fue en esa casa de campo, ¿verdad? —Catherine asintió.

—Amaneció flotando en la piscina. Se ahogó.

—¿Qué dijeron los forenses de aquello?

—Que fue un accidente. Se resbaló, su cabeza se golpeó contra el borde, y murió. Pero ahora... Ahora Oliver insinúa que fue él, debido a mí. Porque me acosté con Gustav y no con él. Mencionó una carrera a mi cama. Estaban apostando por quién sería el primero que se acostara conmigo, y yo fui tan tonta...

—No te recrimines por eso.

—Pero no te das cuenta de que...

—Sí, pudo ser Oliver en venganza, pero fue un plan que trazaron entre los dos, porque ambos eran estúpidos. Bueno, Oliver sigue siéndolo. No tiene nada que ver contigo. Pudiste ser tú, pudo ser Jessica, o la misma Joyce. Tú eres otra víctima de las circunstancias—. Catherine pestañeó varias veces ahuyentando sus lágrimas.

—Jessica me acusa de su muerte —dijo—. Sé que es estúpido, pero dice que murió por mi culpa. ¿Por qué estaría Gustav afuera a esas horas de la noche? Tal vez fui yo que lo empujé y lo hizo caer. No importaba cómo se lo dijera, ella no entendió nunca. Y, pues... como yo le fallé en primer lugar, nunca tuve la confianza para explicarle que esa noche no estuvo conmigo, que ya me había prometido no volver a caer... Pero siempre me pregunté si acaso... sólo estaba siendo demasiado optimista. Lo mismo me dije la primera vez, y hubo una segunda. Si no hubiese muerto... tal vez ese ciclo se hubiese repetido una y otra vez.

—Nunca lo sabremos.

—Yo era tan tonta —siguió Catherine—. Tan crédula.

—No. Sólo estabas necesitada de amor. No lo tuviste en tu madre, tu padre estaba muerto, estabas y te sentías completamente sola... Por eso el primer tonto que dijo amarte consiguió todo de ti. No es tu culpa.

—Pero...

—Si hizo esa apuesta, tal vez esa noche le estaba rindiendo cuentas a White. Tal vez se ufanó demasiado de su victoria y provocó su ira. Ya sabemos que pierde el control y es violento, en ese caso, él se lo buscó. No estoy eximiendo de culpas al asesino, pero tampoco podemos dejar a la víctima como un santo. Y Oliver White, si tanto te quería, ¿por qué te apostó? Cuando un hombre se enamora, el objeto de su deseo es un tesoro, es sagrado, es puro. Ni quieres siquiera imaginarte la posibilidad de que caiga en los brazos de otro. Tal vez, en un pequeño momento, tuvo la diminuta posibilidad de tenerte, pero con ese acto la perdió.

Catherine tragó saliva, un poco atravesada por las palabras de Samuel, y el hecho de que en el mundo hubiese existido la posibilidad de caer en los brazos de Oliver White.

Pero tenía que ser sincera consigo misma. En aquel entonces era tonta, un poco crédula en cuanto al amor de los hombres, y totalmente inexperta. Si Oliver hubiese sido más inteligente, tal vez habría conseguido de ella lo mismo que consiguió Gustav.

Su piel casi se erizó ante la posibilidad.

Samuel, al ver su gesto, se acercó a ella y la abrazó.

—No pienses en lo que pudo ser. En esta ocasión, debes estar agradecida.

—Los dos fueron unos completos imbéciles.

—Totalmente de acuerdo.

—Pero Jessica nunca me perdonó.

—No sabe de lo que se libró. Debería estarte agradecida, más bien, pero como ella misma se puso en el camino de Oliver años después, librándote un poco de él, digamos que ya agradeció—. Catherine sonrió al fin.

—Nunca lo había visto así.

—Es porque me necesitas para eso, mi amor—. Ella siguió sonriendo y mirándolo totalmente enamorada.

—De no ser por eso que pasó, yo tal vez habría tenido más experiencia en la cama cuando estuve contigo por primera vez...

—No tengo ninguna queja al respecto.

—Pero tienes que reconocer que la primera vez yo fui algo... torpe.

—Encantadora, sexy... dulce. Totalmente mía—. Catherine volvió a reír, y lo abrazó totalmente aliviada.

Se acomodaron en la cama y ella se acurrucó a su lado; comprendiendo que esta noche ella sólo quería dormir, Samuel suspiró y la rodeó con su brazo.

Mañana tendría que contactar a sus abogados para contarles lo ocurrido esta noche en el parqueadero con Catherine, y tal vez debiera instigar una investigación de lo ocurrido en el pasado con ese tal Gustav.

También debía contratar un escolta para Catherine, al menos, mientras todo esto se solucionara. A ella no le iba a gustar, pero no tenía alternativa, primero era su seguridad.

Y luego de hacer todas esas notas mentales, se fue quedando dormido.

Oliver llegó a su casa, ahora vacía y desprovista de lujos, de muy mal humor. Jessica salió de una de las habitaciones y corrió a la sala donde estaba para reprocharle cosas, como siempre, quejarse de las cosas que no tenía y que estaba perdiendo.

—¡Rechazaron mis tarjetas de crédito en una tienda! —gritaba—. ¡No sabes la vergüenza que pasé! —Jessica siguió gritando y gritando, hasta que Oliver se cansó y la silenció con una bofetada. Jessica cayó al suelo, escupió un poco de sangre, y se puso en pie.

—Ya cállate —le ordenó Oliver sin demasiada emoción en su voz—. Me aturdes.

—Quiero el divorcio, Oliver—. Oliver se echó a reír, pero Jessica permaneció seria.

—Está bien, pero recuerda que no te llevarás gran cosa con la separación.

—No me importa. No te soporto—. Oliver agitó su cabeza asintiendo. Seguro deseaba estar libre para poder cazar a otro millonario y volver a llevar su vida de antes.

En fin, le daba igual.

—¿Todavía quieres que matemos a Catherine Bell? —los ojos de Jessica centellearon—. Te daré el divorcio... y todo lo que me pidas, si me ayudas con eso—. Jessica sonrió.

—Muy bien.

—Ten en cuenta que no tengo mucho...

—Lo sé, querido.

—Tiene que parecer un accidente, o algo así...

—Lo sé, lo sé. Déjame planear bien las cosas. No te arrepentirás luego, ¿verdad? —Oliver meneó su cabeza.

—No. Prefiero que muera... —Jessica esperó que dijera algo más, pero Oliver guardó silencio. Se encogió de hombros y se alejó. Tenía un asesinato que planear.

Samuel hizo tal como había planeado la noche anterior, y llamó a sus abogados para interponer una demanda. Al principio, éstos le dijeron que no había causales suficientes para conseguir algo sólo porque él había ido a visitarla a la salida de su trabajo, pero cuando Samuel les enseñó el video de Oliver intentando ahorcar a Catherine, y el de las otras amenazas, estos transigieron. Fue algo más bien rápido. De ahora en adelante, Oliver tendría que guardar una distancia prudente de Catherine, o sería arrestado.

Los días pasaron. Catherine hizo su viaje previsto a Miami, pero en el avión privado de Samuel, quien insistió en que lo usara, y ella, por supuesto, no se negó. Al segundo día de estar allí, él simplemente la llamó preguntándole si podía ir a verla, cosa que la sorprendió bastante.

—¿Por qué no... simplemente, te apareciste y ya?

—Oh... ¿habrías preferido la sorpresa?

—Pues... sí.

—Debo ser el tipo más anti romántico del mundo—. Catherine se echó a reír.

—No lo eres. Es tierno que me preguntes, de todos modos.

—Bueno... es que eres una mujer ocupada... —contestó él tranquilamente—. Dueña de tu tiempo y tu espacio. Lo que algunos pueden considerar romántico, otros podrían tomarlo como una invasión. ¿Y si tenías reuniones con socios y empleados? No es un viaje de placer en el que estás, es uno de negocios. Respeto mucho eso.

—Dios, eres romántico a tu manera —sonrió ella.

—Sólo no quería ser una molestia.

—Amor... tú nunca serías una molestia. ¿Ya estás tomando el avión? —Samuel se echó a reír lleno de pura anticipación. Por supuesto, aquella misma tarde viajó a Miami y pasó la noche con ella.

A la mañana siguiente, en el desayuno, él le dio el anillo de compromiso. No un diamante, sino una piedra extraña y de color violeta que Catherine de inmediato amó.

Su respuesta, por supuesto, fue sí.

A pesar de que ambos estaban muy ocupados por su trabajo, siempre encontraban el tiempo para salir y divertirse. A veces solos, a veces con la familia. La relación con Laverne era más bien distante, pero al menos Catherine la llamaba de vez en cuando para asegurarse de que estaba bien. Extrañamente, ella no hacía comentarios acerca de la diferencia de lujos que estaban viviendo. Parecía conforme con su nueva situación. Al menos, tenía el apartamento para ella sola.

Y así pasaron las semanas. Cuando empezaron a asistir juntos a las fiestas, la gente no pudo evitar notar el anillo en su dedo, así que los rumores empezaron a circular. Robin Cooper fue más odiosa aún que antes, pero resultó que cierto hijo de cierto millonario captó su atención y poco a poco fue perdiendo el interés en Samuel Slater. Además, tal vez al no estar bajo la influencia de Jessica White, empezó a centrarse más en su vida y menos en la de los demás.

Por otro lado, los White parecían haber desaparecido de la alta sociedad. Ya no se les veía en las fiestas y reuniones, eran pocas las personas que preguntaban por ellos, y si lo hacían, se

aseguraban de hacerlo a personas de confianza y en voz muy baja. Los White se habían convertido en sinónimo de desvergüenza y deslealtad; fraude, mentiras y robo. Nadie quería tener nada que ver con gente así; los que vieron sus negocios afectados por sus malas prácticas se aseguraban de maldecirlos en voz alta, aunque antes se hubieran visto beneficiados.

La fortuna White estaba acabada. Sólo se habían requerido un par de meses para hacer caer todo un imperio. Tanto tiempo que había tomado construirlo.

Denise estaba ahora en su cama, conectado a una bala de oxígeno, deseando poder volver el tiempo atrás y hacer las cosas de manera diferente. Oh, pero no era el tipo de arrepentimiento que le hacía desear obrar con el bien, sino haberse asegurado de que al caer él, caerían también sus enemigos. Por no haber tomado esas medidas, ahora él estaba abajo, y sus enemigos arriba.

—Fue Slater —dijo en un silbido de voz, mirando a su hijo con los ojos llorosos—. Fue él—. Oliver, ignorando los sollozos de su madre, asintió mirando fijamente a su padre.

Los médicos habían dicho que era cuestión de tiempo que se fuera para siempre. Todo el estrés sufrido estos meses habían deteriorado aún más su salud, y lo tenían al borde de la muerte. Esto también era culpa de Slater, por supuesto.

Y también de Catherine.

—Te prometo que le haré pagar—. Denise se echó a reír, y la risa se convirtió en tos, y la tos decantó en una crisis que les hizo temer por que fueran sus últimos momentos. Pero Denise se calmó, más agotado aún que hacía unos minutos.

—No. No podrás. Ni siquiera tienes cómo pagar las cuentas de hospital. No podrás.

—Sí podré. Le quitaré eso que más quiere.

—No... —le pidió Denise buscando su mano, y Oliver la tomó—. Mejor... dedícate a levantarte de nuevo. Cuida a mi nieto... a tu madre.

—No descansaré hasta verlo acabado.

—Oliver... —Pero Oliver no cambió de parecer, de modo que, cuando Denise dejó este mundo, se fue lleno de preocupaciones.

Jessica White asistió al funeral y se mantuvo debidamente cabizbaja durante todo el proceso. Sólo porque habría estado muy mal visto que no asistiera al entierro de su propio suegro, pero hacía días que vivía en casa de sus padres, y había empezado a salir con otros hombres. Los papeles del divorcio con Oliver ya estaban listos, sólo era que él los firmara para hacerse realidad, pero él no lo firmaría hasta que Catherine estuviera muerta.

Era el trato que habían hecho.

Por fortuna, ya todo estaba listo, en su lugar.

Los estaba retrasando la muerte del viejo White.

Audrey, afortunadamente, había podido conservar parte de su propio dinero, herencia de su familia, y que siempre tuvo la precaución de no vincular con los negocios de su marido. Ahora vivía en una casa a las afueras, y con ella, Oliver. Era él quien no tenía casi nada, unos pocos bienes, y una escasa cuenta en el banco. Mientras antes estuvo llena de millones, ahora apenas llegaba a unos cuantos miles.

Audrey le había dicho que con ese dinero podía volver a empezar, iniciar un nuevo negocio, pues

era joven, listo, determinado, pero Oliver, al parecer, no tenía ninguna intención de volver a empezar su vida. No era ya ese hombre pulcro que ella había criado, dormía hasta tarde, se desvelaba cada noche, y no estaba buscando un trabajo. De todos modos, decía él, nadie lo contrataría, pero se estaba convirtiendo en una carga, un hijo borracho problemático, lleno de odio, que sólo salía para traer a casa más licor.

—Hola, Catherine —la saludó Jessica White, una tarde, en una tienda de ropa.

Catherine había estado tan concentrada en los modelos que tenía delante, que no notó que había entrado tras ella.

Se giró a mirarla, y totalmente sorprendida por quien le estaba dirigiendo la palabra, contestó.

—Jessica—. Ésta suspiró.

—Muchas cosas han cambiado desde la vez que hablamos en una tienda de ropa y tú eras la dependienta—. Catherine analizaba el estado de humor de su antigua amiga, pero no supo con qué se encontró. Sin embargo, asintió a su comentario y volvió a mirar la blusa que tenía en sus manos.

—Sí. Han cambiado mucho.

—¿Todavía me odias? —eso le hizo sonreír.

—Soy yo quien debería hacer esa pregunta—. Jessica se encogió de hombros.

—No lo sé. A veces pienso que te tocó lo mejor de la vida, a pesar de todo.

—Sabes que no es así. Sabes que... tuve mi cuota de sufrimiento. Jessica, yo... siempre lamenté...

—Si vas a pedirme perdón, no lo hagas aquí —esquivó Jessica respirando profundo y mirando alrededor. Catherine notó que tenía los ojos humedecidos.

Su corazón empezó a palpar fuertemente.

—¿Quieres que... hablemos?

—Siempre me pediste perdón, pero yo nunca me tomé el tiempo para escuchar lo que tenías para decirme. Te odié y... Tal vez sea tiempo de que dejemos todo atrás.

—Sí. Sí... —dijo Catherine.

—Fueron... tonterías de adolescente.

—Pues, sí —sonrió Catherine.

—¿Por qué no me invitas a tomar unos tragos? Hablamos y... Tal vez no podamos volver a ser las mejores amigas, como antes, pero...

—Yo...

—Me estoy divorciando de Oliver —agregó Jessica con ojos brillantes—. Y tal vez no te importe, pero vivir con él fue... Cath... No sabes de lo que te salvaste.

—Tal vez sí lo sabía, y por eso preferí... la vergüenza pública, que casarme.

—Yo, en cambio, tuve las dos cosas.

—Lo siento tanto...

—No, no —Jessica se secó las comisuras de sus ojos, y sacó de su bolso una tarjeta con el

nombre y la dirección de un bar impresos en ella—. Mira, este lugar es bueno, podemos hablar allí. Pienso irme del país luego de que me divorcie, así que... tal vez sea la última oportunidad que tengamos para hablar, y sincerarnos del todo. A pesar de que todo sucedió hace mucho tiempo, y que Gustav está muerto y nada lo va a revivir, tú y yo hemos recorrido un largo camino desde entonces que nos hizo daño. A mí, sobre todo. Catherine... hablemos una última vez, perdonemos, y... sigamos con nuestras vidas. ¿Estás de acuerdo? —Catherine miraba la tarjeta en sus manos incapaz de rechazar aquella ofrenda de paz.

Al verla indecisa, Jessica añadió:

—Lleva a Joyce. Tal vez sea bueno tener un testigo de... ya sabes—. Catherine sonrió.

—Le diré.

—¿A las siete? —preguntó Jessica haciendo amago de irse. Catherine movió la cabeza afirmativamente, agradeciendo que Samuel estuviera fuera de la ciudad, aunque había prometido llegar temprano por ella.

—Allí estaré.

—Entonces, ¿sacó la bandera blanca? —preguntó Joyce aquella misma tarde, en su despacho, luego de que Catherine le contara su encuentro con Jessica—. No lo puedo creer.

—También fue sorprendente para mí. Jamás me esperé eso de ella.

—¿Crees que de verdad maduró y pasó página?

—Tal vez todo esto que ha sucedido con los White le ha ayudado a comprenderme un poco. Tal vez aprendió un poco de humildad... Aunque decir eso es muy egoísta de mi parte. Fui yo la que falló a nuestra amistad, Joyce.

—Siempre has dicho eso. Ya sabes cuál es mi opinión al respecto. Para mí, tú sólo fuiste una víctima de Gustav...

—Sí, pero... eso no me exime de haber traicionado un pacto que hice.

—Un pacto estúpido. Éramos niñas. En fin, que ella se lo tomó muy a pecho, de todos modos, y te hirió innumerables veces por eso. Desde tu punto de vista tal vez debas pedir perdón, pero ella, mucho más.

—Como sea. Tal vez sea esta la forma de dejar al fin todo atrás. ¿Irás conmigo? —Joyce torció el gesto, pero al ver los ojos suplicantes de Catherine, sonrió.

—Como ella dice, haré de testigo. Tal vez hasta deba grabar, hacer una transmisión en vivo, o quién sabe, por si las moscas.

—No exageres.

—¿Recuerdas cómo te salvó haber grabado una conversación en el pasado?

—Está bien —capituló Catherine y sonrió. Miró su reloj y suspiró—. Saldremos juntas entonces, y temprano, para que no nos retenga el tráfico.

—De acuerdo. Llevarás a tu guardaespaldas, ¿verdad?

—Si no lo hago, Samuel me terminará—. Joyce se echó a reír y salió al fin de la oficina.

Samuel bajó las escaleras de su avión privado y se metió en el auto con el teléfono pegado a su

oreja. Escuchaba los últimos mensajes de audio de Catherine, y se sorprendió un poco con el último, donde le decía que se encontraría con Jessica White, y le dejó una fotografía de la tarjeta. “Si quieres, nos vemos allí”, decía el mensaje que acompañaba la foto, y Samuel frunció su ceño mientras Howard maniobraba para salir del aeropuerto.

—¿A casa, señor? —preguntó el hombre, pero Samuel no contestó—. ¿Señor? —insistió Howard.

—Ah... no. Vamos a esta dirección —dijo, y le mostró la pantalla de su teléfono. Ya iban siendo las siete, pero por el tráfico, tal vez llegara para cuando la cita hubiese terminado. Por alguna razón, imaginaba que sería algo que no tomaría toda la noche.

Catherine y Joyce llegaron al lugar y no pudieron menos que sentirse un poco cohibidas. No era un bar muy reconocido, olía un poco sucio, y estaba más bien oscuro.

Unos hombres las piropearon de mala manera al pasar, e incluso uno casi le toca el trasero a Joyce, pero al ver que iban acompañadas de un grandulón armado, recogió su mano a tiempo y se escabulló.

—Mataré a Jessica —masculló Joyce.

—Venimos a enterrar el hacha.

—Pues ahora quiero enterrarla en su pecho—. Catherine se echó a reír, y al fin vieron a Jessica sentada en la barra, sucia y pegajosa, tomando una cerveza.

—Hola, Joyce —saludó Jessica mirándola de arriba abajo—. Pensé que no vendrías.

—Tus gustos han cambiado muchísimo en estos años —comentó Joyce mirando con asco todo alrededor—. Hubo una época en que habrías muerto sólo por imaginar estar en un lugar así—. Jessica se echó a reír, y miró de reojo al hombre que acompañaba a las dos mujeres.

Las condujo a una mesa en un rincón oscuro, y mientras el mesero quitaba los vasos y botellas que algún otro cliente había dejado allí, Jessica envió varios mensajes desde su teléfono.

Se sentaron, se miraron la una a la otra, y Catherine, sin saber cómo empezar a hablar, esperó en silencio. Jessica suspiró y las miró fijamente.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos reunimos así por última vez? —preguntó Jessica con una sonrisa, y Catherine y Joyce se miraron.

—Diez años —dijeron al tiempo.

—Ah, es verdad. Cuántas cosas han pasado. Yo me casé, tuve un hijo. Catherine está a punto de casarse... ¿Qué hay de ti, Joyce?

—No tengo ningún afán. Estoy joven.

—¿Qué pasó con ese chico Rutherford? —Joyce la miró sorprendida.

—¿Cómo sabes de él?

—Bueno... Soy amiga de una amiga de la familia. No te conviene —siguió Jessica al ver el asombro aún en el rostro de Joyce—. Son gente muy esnob, jamás te habrían aceptado.

—Bueno... gracias.

—Aunque ellos también tienen sus propios muertos en el armario, ya sabes, pero... esperan que Christopher se case con alguien perfecto. La novia que tiene ahora, lo es. Es doctora. Tiene

cientos de títulos y especializaciones. Hija del director de una clínica...

—Hablemos de nosotras —pidió Catherine tratando de cambiar el rumbo de la conversación.

—Sí, hablemos de ti —dijo Jessica—. Oliver me dijo que el hombre con el que te vas a casar, Samuel Slater, es el mismo con el que tuviste una aventura en la universidad. En ese tiempo él era pobre. ¡Vaya historia!, de pobretón a millonario. ¡Todo un best seller!

—Esto se está tornando incómodo.

—Pero tenemos años de chismes atrasados. Catherine, ¿no temes que te deje en vergüenza un día de estos? Ya sabes, la gente de abajo no sabe ni comportarse en la mesa, y recuerdo que Laverne era tan quisquillosa con eso... ¿Cómo se lleva con ella? Es rico —se respondió a sí misma—. Por supuesto que se llevan bien, qué pregunta tan tonta.

—Jessica...

—Espérenme aquí, por favor no se vayan —dijo Jessica tomando su bolso y levantándose de su asiento—. Llegué media hora antes que ustedes y tengo una cerveza en mi vejiga —rio y se alejó. Catherine y Joyce se miraron la una a la otra preguntándose qué hacer.

—Te lo dije, esta no vino en son de paz—. Por el rabillo del ojo, Catherine vio que Jessica, antes de cerrar la puerta del baño, se pegaba el teléfono a la oreja y hablaba con alguien. Una alarma se encendió dentro de ella y se puso en pie también. De inmediato el guardaespaldas la siguió. Se ubicó detrás de la puerta del baño, que era muy pequeño y sucio también, y a través de una rendija podía verla.

—¿Emergencias? —escuchó que decía Jessica, con voz muy agitada, como si estuviese a punto de echarse a llorar—. Hubo un tiroteo —dijo, y a continuación dio la dirección del lugar en que estaban—. Por favor, vengan pronto, ¡hay gente herida! —Catherine palideció, y girándose rápidamente corrió de vuelta a la mesa con Joyce.

—Tenemos que irnos.

—¿Pasa algo?

—No lo sé —dijo Catherine tomando su bolso—. Pero tenemos que irnos.

—Catherine, cuéntame.

—Escuché a Jessica llamando a emergencias por un supuesto tiroteo. No sé qué esté planeando, pero no me gusta nada. Desde que llegamos no ha hecho sino burlarse de nosotras. No cabe duda de que me tendió una trampa y por eso estamos en este sitio de mala muerte. Morgan —dijo, mirando a su guardaespaldas—. Búscanos un sitio seguro para salir. Temo por lo que nos pueda estar esperando en la salida.

—De acuerdo —asintió el hombre, y las condujo a la salida trasera del bar.

—¿Llamó a emergencias? —preguntó Joyce confundida, y Catherine asintió sintiendo un nudo en su garganta. Sacó su teléfono intentando llamar a Samuel, pero la llamada saltó directamente al buzón.

La salida trasera del bar daba a un callejón inundado de orines de borracho, pero no les importó ensuciar sus caros zapatos. Debían salir de allí lo más pronto posible.

Sintió su teléfono vibrar en su bolso, pero ahora no podría perder tiempo contestando. Tal vez era Samuel devolviéndole la llamada, pensó, pero no alcanzó a comprobarlo siquiera.

Dos disparos sonaron en la noche, y Catherine y Joyce gritaron asustadas. Un golpe seco les

anunció que alguien había caído. Morgan yacía en el suelo húmedo con dos hoyos en el centro del pecho.

Abrazadas la una a la otra, vieron a pocos metros a Oliver White con una pistola cuya punta aún humeaba en la mano, y una sonrisa de intensa satisfacción en un rostro aún hermoso.

Catherine y Joyce eran pobremente iluminadas por la mortecina luz de una lámpara que parpadeaba sobre ellas, mientras Oliver permanecía en la sombra, apenas visible. Ambas mujeres contuvieron la respiración, cuando lo que deseaban en verdad era gritar como locas y correr, pero eran conscientes de que ser presas de la histeria podía costarle la vida a alguna, o a las dos.

Catherine miró a Morgan en el suelo, pero no había sangre en su pecho. ¿Podía ser posible que llevara algún chaleco antibalas?

El pensamiento la llenó de alivio. Llevaba poco tiempo con el hombre, pero le dolería que muriera así por ella.

—Joyce, corre —le susurró, y ésta apretó aún más su mano.

—No.

—Corre. No te hará nada. Me quiere a mí.

—¿Y cómo crees que será mi vida luego si huyo dejándote aquí, y luego tú mueres? No. Las dos nos salvamos, o las dos nos morimos. Estamos juntas en esto.

—Rayos —masculló Catherine, pero tenía que reconocer que aquello le infundió algo de valor, pues ya no estaría sola en esto. Tomó aire y se enderezó poco a poco, con movimientos suaves, y Joyce soltó su agarre—. Finalmente —dijo en voz alta, para que Oliver la oyera—, te convertiste en un asesino.

—No —dijo Oliver—. Sólo te quiero muerta a ti.

—¿Por qué? —preguntó de inmediato. Y dio un paso atrás cuando vio a Oliver acercarse saliendo de su escondite y apuntándole al centro del pecho con su arma. Catherine lo miró de arriba abajo. Parecía muy tranquilo, pero ella lo conocía bien. La mano que tenía libre le temblaba un poco, y parecía querer rascarse la oreja con su hombro en un tic nervioso. El resto de su cuerpo parecía muy quieto, muy calmado.

¿Iba a disparar así nomás?, se preguntó. ¿Sin el consabido discurso del villano?

Hazlo hablar, se dijo. Cada segundo cuenta.

—La policía no tarda en llegar, Oliver.

—Nadie llamará a la policía en un lugar como este—. Por eso eligieron este bar, pensó Catherine. Seguro todos los que estaban dentro tenían cuentas pendientes con la justicia. No eran el tipo de personas que llamarían a la policía por un simple disparo.

—¿Por qué, Oliver? —preguntó, y cerró sus ojos inundando su expresión con toda la invalidez, miedo e inseguridad que seguro él quería que sintiera—. ¿Qué fue eso tan malo que te hice?

—Oh, no seas tonta. Ya lo sabes. ¿Para qué explicarte? —ahora sostuvo el arma con las dos manos. Dios, en verdad iba a disparar.

Justo en ese momento, apareció Jessica por la misma puerta por la que ellas habían salido. Pareció muy sorprendida al ver la escena, e incluso masculló una maldición. No parecía feliz de estar aquí. Si había planeado esto con Oliver, no lucía como alguien que ve su plan ir sobre

ruedas, todo lo contrario.

Eso hizo que Catherine comprendiera todo, y no pudo evitar echarse a reír.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Oliver con voz alterada, y Catherine volvió a reír, esta vez con más ganas, mirando de Jessica a Oliver y viceversa. Sintió el tirón de Joyce en la espalda, pero tal vez había encontrado el modo de ganar tiempo.

—Entonces, planearon esto juntos, ¿no? Pero, Oliver, ella ya llamó a la policía —dijo—. Antes de que siquiera saliéramos, antes de que cometieras homicidio... Ella te traicionó.

—¿De qué estás hablando, estúpida? Oliver, ¿por qué pierdes el tiempo? ¡Dispárale ya!

Oliver, haciéndole caso, volvió a apuntarle con el arma, pero ya no se le veía tan tranquilo como antes.

—Ella nos atrajo aquí, ¿verdad? —preguntó Catherine, poniendo poco a poco a Joyce tras ella—. Ella tendió la trampa, y tú eres el verdugo, lo planearon entre los dos, pero lo que no sabes, Oliver, es que tu esposa te traicionó.

—¡Dispárale ya, Oliver! —gritó Jessica.

—¿Por qué el afán? —preguntó Catherine con humor—. Porque sabes que es cuestión de minutos que llegue la policía. ¡Tú los llamaste!

—¿Por qué haría eso? —preguntó Oliver todavía con el arma alzada y apuntándole—. Si caigo yo, cae ella también.

—Eres idiota, en verdad.

—Mira, tú...

—¡Ciérrale la boca a balas! —gritó de nuevo Jessica—. No me hagas arrepentirme de haberte ayudado.

—Y si la policía viene, y encuentra restos de pólvora en las manos de Oliver, o huellas, o lo que sea —metió baza Catherine, sabiendo que el tiempo se agotaba—, irá preso por asesinato, y tú te quedarías con el niño y lo poco que le queda, ¿verdad? Fingirás que no tenías idea de lo que tu esposo planeaba, incluso debes tener lista una coartada para pretender que nunca estuviste aquí, o que nunca llegaste. Planeaste esto con él, pero llamaste a la policía para que lo atrapen. Por eso saliste por la puerta de atrás, porque sabías que debías correr antes de que llegara la policía.

—¿Eso es verdad? —preguntó Oliver bajando un poco el arma y mirando a su esposa—. No serías tan estúpida para traicionarme, ¿verdad, Jessica?

—Ella sólo está gastando nuestro precioso tiempo aquí. Quiere meterte cucarachas en la cabeza para salvar su trasero. ¡No pierdas el tiempo y mátala!

—Yo la escuché hablando por teléfono —volvió a hablar Catherine elevando su voz—. Cuando no hizo sino burlarse de Joyce y de mí, me di cuenta de que su intención al hacernos venir a este horrible lugar no era disculparse ni retomar la amistad, así que la seguí a los baños y la escuché. Eso me dijo que todo esto no era sino una trampa, y por eso me di prisa en salir por la puerta de atrás. ¿No te parece sospechoso que haya decidido salir cuando no llevábamos ni diez minutos dentro? Ella llamó a emergencias y fingió que aquí hubo un tiroteo. ¡Te traicionó, y la policía ya viene! —Y como corroborando sus palabras, muy a lo lejos se escucharon unas sirenas.

—Tú, maldita —susurró Oliver entre dientes mirando a su esposa—. Lo hiciste, me traicionaste. ¡En verdad, me traicionaste!

—No le vas a creer, ¿verdad?

—Por supuesto que lo hizo. Incluso atestiguará contra ti ante la corte. Pondrá su mano sobre la biblia y jurará que todo lo planeaste tú. ¿Pero sabes que es lo más irónico de todo? Jessica, él mató a Gustav —los ojos de Jessica se abrieron grandes—. Me lo dijo, lo mató. Apostó contra Gustav para ver quién se acostaba primero conmigo, y no le gustó perder.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que pasa aquí? —preguntó Oliver, molesto.

—Tiene todo que ver. La razón por la que Jessica me odia es Gustav. ¡Pero fuiste tú quien lo mató! Él estuvo en esa fiesta esa vez, con todos los demás —dijo, volviendo a mirar a Jessica, que miraba a Oliver muy sorprendida por lo que escuchaba—. Mató al chico que querías, y luego te casaste con él y le diste un hijo. ¿No es irónico todo? —todos quedaron en silencio, Jessica abrió su boca queriendo decir algo, pero las palabras no salían de su boca.

—¿Tú... lo hiciste?

—Eso fue hace mucho tiempo...

—¡Contesta!

—¿Y qué si lo maté? —preguntó Oliver. Jessica interpretó esas palabras como una confirmación y encogió sus manos como garras, pero Oliver no lo vio—. Eres mi esposa ahora. Me debes lealtad a mí.

—¡Eres un maldito! ¿Lealtad? Has estado enamorado de esta arpía desde siempre. ¡Como siempre —dijo mirando a Catherine—, tú dejándome sin nada! Te odio. ¡Los odio a los dos! ¿Por qué no la matas y luego te disparas a ti mismo y me dejas en paz?

—No te hagas la víctima ahora, Jessica —masculló Catherine—. Tú también eres una arpía traidora.

—¡Se lo merece!

—Entonces, ¿sí llamaste? —preguntó Oliver bajando el arma, notándose aún más desquiciado que antes—. Sabes que si me traicionaste, lo pagarás caro, ¿verdad? No, no serías tan...

—¡Te lo mereces! ¿Creías que te ayudaría a cambio de nada?

—A cambio de... —Oliver bajó totalmente el arma y se echó a reír a carcajadas—. ¡A cambio de nada! ¡No tengo nada, estúpida! Todo está a nombre de mi madre, y ya me aseguré de que si me pasa algo a mí, mi madre tendrá la custodia del niño y todo lo administrará ella. ¡Me traiciones o no, no te quedará nada!

—¡Eres un maldito! —gritó Jessica, y se abalanzó sobre Oliver, que no lo dudó y disparó contra ella. Tres veces, en el pecho y el abdomen, y Jessica cayó al suelo inundada en un charco de sangre, con sus ojos abiertos mirando la noche oscura.

Catherine y Joyce volvieron a abrazarse la una a la otra y gritaron lo que duró el ruido de los disparos. La policía se acercaba, ¡pero cómo tardaban en llegar!

Su teléfono volvió a vibrar, pero no podía moverse ahora para contestar, tenía miedo de que Oliver usara las balas que le quedaban.

Levantó su cabeza y miró a Oliver, que observaba a Jessica tirada en el suelo. Parecía que matar a su esposa lo había trastocado un poco.

Su primera muerte fue la de Gustav, y debió ser un accidente, pensó, algo que no planeó. Luego, Morgan, pero era un desconocido, no le importaba mucho.

Sin embargo, Jessica era su esposa, la mujer con la que había compartido los últimos años, y la madre de su hijo. Eso debió ser fuerte para él, porque tenía los ojos cerrados y los labios apretados en un rictus amargo.

—Es tu culpa, Cath —dijo, y aquello sonó más como un sollozo—. Todo es tu culpa.

—No, Oliver. Fuiste tú.

—Si me hubieses querido... nada de esto hubiese sucedido.

—Lo siento, pero jamás me habría enamorado de ti.

Con el rostro contraído por el odio, Oliver volvió a elevar el arma a ella y apretó el gatillo.

Samuel cortó su llamada sintiendo desesperación porque Catherine no contestaba, y saltó del auto cuando al fin llegaron al lugar que marcaba el mapa.

Su teléfono se había descargado por un momento y no se dio cuenta, y tardó unos minutos en volver a conectarlo en el auto. Cuando lo encendió de nuevo, vio las llamadas perdidas de Catherine, y eso le dio mala espina. Seguro que la cita había salido peor de lo que pensó, pues era temprano todavía. Ahora la estaba llamando, pero ella no contestaba.

Vio afuera el auto en el que seguro Morgan las había traído siendo codiciado por dos matones, pero los ignoró y se dirigió a la entrada del bar. Escuchó dos disparos, y de inmediato todas sus alarmas se encendieron. Si Catherine estaba aquí, corría peligro, le gritaban todas esas alarmas, y entró corriendo al bar esperando algún desastre, pero la gente estaba tranquila, como si nada.

Por un momento, pensó en que se había equivocado de lugar. O tal vez Catherine ya se había ido, pues no se la veía por ninguna parte.

Algunos de los presentes lo miraron con una media sonrisa de burla, sabiendo que era alguien que no debía estar aquí, pero para nada alterados por los disparos.

—Qué lugar tan horrible —dijo Howard, y juntos se dirigieron a la barra. Allí, le preguntaron al que atendía si había visto a Catherine, describiéndola, pero el hombre sólo se encogió de hombros.

—Esa información es valiosa —dijo—, y parece que tú tienes dinero—. Por un momento, Samuel quiso enseñar sus dientes y sacarle la respuesta a golpes, pero en vez de eso, metió su mano al bolsillo y sacó dos billetes de los grandes. El bartender sonrió y los tomó tan rápido como los vio—. Tres chicas hermosas se sentaron en esa mesa —dijo, señalando una en un rincón—. Luego una de ellas se metió al baño, otra la siguió, pero regresó y tomó sus cosas, pagaron y se fueron por la puerta de atrás.

—¿Dónde está esa puerta? —el hombre la señaló, y cuando al fin Samuel tomó camino hacia ella, escuchó otros tres disparos.

El cuerpo de Catherine estaba completamente tensionado, abrazada a Joyce, esperando el dolor del disparo a su cuerpo, pero no se oyó nada, ni sintió nada, y cuando volvió a moverse para mirar a Oliver, vio que esta revisaba su arma. Se había encasquillado y la bala se negaba a salir.

—¡Corre! —le gritó a Joyce, y ambas salieron de allí a todo lo que podían. Oliver fue tras ellas intentando disparar, pero el arma simplemente se negaba a escupir balas. En su desesperación, la golpeó varias veces, pero eso no ayudó.

En la carrera por salir, Catherine tropezó en la oscuridad con una bolsa de basura y cayó quejándose fuertemente. Joyce se devolvió por ella, y la ayudó a levantarse, pero habían perdido la ventaja que tenían, y tuvieron a Oliver otra vez encima, que tomó a Joyce y la golpeó fuertemente en la cara.

Catherine gritó, tomó una de las bolsas negras y la lanzó contra él, que soltó a Joyce para concentrarse en ella. Tiró el arma al suelo y la tomó del cuello.

Otra vez esa sensación, otra vez, Catherine se estaba quedando sin aire por las manos de Oliver. Joyce se levantó y empezó a golpearlo para hacer que la soltara, pero no tenía la suficiente fuerza, y Catherine lloró.

De repente, la presión cesó, y el aire volvió a entrar a sus pulmones. Con ojos llorosos, vio cómo Samuel golpeaba una y otra vez a Oliver.

—¡Señor! —gritó Howard llegando al lugar y sacando su arma.

—Sácalas de aquí —gritó Samuel señalando a las mujeres—. Este es mío —murmuró, y volvió a azotar el rostro de Oliver con su puño.

—¡Samuel! —gritó Catherine cuando pudo volver a hablar, pero Joyce tiraba de ella.

—Hagamos caso, salgamos de aquí.

—Pero Oliver está armado.

—Catherine...

—¡No!

—Salgamos de aquí —gritó ahora Howard—. No tengan miedo, nadie le gana a Slater en una pelea a puños.

—¡No me iré sin Samuel! —las sirenas se escucharon más fuerte ahora, y pronto la policía rodeó el lugar. Eran sólo dos autos, pero el alivio los inundó.

En el callejón trasero, Samuel esquivó un golpe de Oliver y de un manotazo lo estampó contra la pared. Una vez allí, hundió su puño repetidas veces en su abdomen, dejándolo sin aire. Le tomó el pelo y tiró de él.

—¡Debería matarte a golpes! —gruñó Samuel—. ¡Esta paliza te la debía hace mucho tiempo por ser el imbécil que eres! —Oliver tenía sangre en la boca, pero recuperó el aliento lo suficiente como para echarse a reír.

—Ella... es mía.

—¡Jamás, imbécil! —rugió Samuel y lo lanzó contra los contenedores de basura, que olían a orín y ratas—. Nunca lo fue, nunca lo será. Te obsesionaste con un imposible.

—Si pudiste tenerla tú... ¿por qué no yo? Soy mejor que tú en todo.

—A Catherine nunca le importó quién era mejor de los dos, y con tu obsesión, sólo conseguiste que te odiara y te despreciara—. Al oír esas palabras, Oliver se lanzó contra Samuel. Nunca imaginó que tendría tanta desventaja en una pelea cuerpo a cuerpo, por eso procuraba de nuevo alcanzar su arma, olvidando que estaba inservible.

Aun así, tenía que intentarlo.

Un golpe más de Samuel, otro. Oliver cayó al suelo, el arma estaba a pocos metros. Se arrastró sobre el mugre y la alcanzó al fin. En el momento en que la empuñó, sonrió. Su plan era matar a Catherine, pero llevarse a Samuel no era tan mal cambio.

Apuntó a Samuel, y en ese preciso momento salieron los agentes de la policía por la puerta, todos apuntando con sus pistolas y gritando que elevaran sus manos y soltaran las armas. Samuel elevó sus manos mostrando que estaba desarmado, pero Oliver, no queriendo perder su última oportunidad, apretó de nuevo el gatillo contra Samuel.

Éstos no sabían que el arma estaba inservible, y dispararon contra Oliver, que quedó inmóvil en el suelo.

El bar fue rodeado no sólo por más patrullas de la policía, sino también por ambulancias. Catherine, que era revisada por un paramédico, vio una camilla ser llevada hacia una de las ambulancias, pero desde lejos pudo ver que era Morgan, no Samuel. Aun así, su alivio fue grande. El hombre tenía varias costillas rotas por las balas, y el golpe en la cabeza al caer lo había dejado inconsciente, pero se recuperaría.

Cuando vio a Samuel salir por su propio pie del asqueroso bar, agitó sus brazos para llamar su atención. Samuel la vio y acudió a ella. La abrazó, y Catherine lloró en su hombro. Samuel la sostuvo allí largo rato y la escuchó llorar. Todo el miedo que había estado reprimiendo salió de pronto manifestándose en temblores y lágrimas. Samuel intentaba apaciguarla, luego sólo la dejó llorar.

—¿Estás bien?

—Creo... que me rompí el tobillo.

—Te llevaremos al hospital.

—No me dejes.

—No te dejaré.

—¿Tú estás bien? —Samuel asintió, y mientras ella revisaba los golpes en su rostro, él le miró las marcas de los dedos en su garganta—. ¿Qué pasó con... Oliver? —Samuel dejó salir el aire por entre sus dientes. En el momento, otras dos camillas salían del bar. Jessica y Oliver. Los dos con sus cuerpos cubiertos por mantas blancas.

Catherine volvió a esconder su rostro en el hombro de Samuel. No, no se alegraba de sus muertes. Para nada. Todo lo contrario. Los conocía desde hacía tanto tiempo que no podía creerse que terminaran así.

Todo por una obsesión.

Llevaron a Catherine al hospital para hacerle pruebas de rayos X en su tobillo. No estaba roto, pero de todos modos lo inmovilizaron. Joyce fue atendida por sus golpes también, y luego de eso, todos rindieron testimonio a la policía.

Audrey, la madre de Oliver, sería interrogada por todo lo sucedido, aunque Catherine estaba segura de que esa pobre mujer no tenía nada que ver con nada.

Pobre niño, pensó también. Sin padres, sin abuelo, una fortuna disminuida, y una mala historia por parte de todos ellos.

—No te sientas mal por ellos —le pidió Samuel—. Pudieron rectificar su camino, tuvieron muchas oportunidades, pero nunca se preocuparon por eso—. Catherine apretó su mano y cerró sus ojos. Todavía sentía que su cuerpo temblaba a causa de toda la adrenalina.

—Fue una trampa —le dijo—. Caí en la trampa de Jessica.

—Ella obró de mala fe. Lo que obtuvo sólo fueron las consecuencias de sus actos.

—Si no hubieses llegado a tiempo...

—Sí... Lo sé. Tuve mucho miedo, Cath. Si algo malo te pasara, yo simplemente enloquecería... Moriría sin ti—. Ella lo miró fijamente. No lo había sabido, pero escucharlo decir eso era como un bálsamo, pues en el pasado, las palabras decían todo lo contrario—. Pero... me alegro de haber llegado a tiempo.

—Gracias por ir —lloró ella—. Me salvaste—. Samuel se inclinó a ella y besó su frente en una dulce caricia.

—No llores, mi amor.

—Quería creer en el cambio de Jessica. Quería creer que todo se iba a arreglar. Fue mentira.

—Una vil mentira —dijo Joyce entrando en la habitación y acercándose a la camilla—. No es culpa nuestra, Catherine. Ella planeaba matarnos.

—Lo sé —dijo, pero sus ojos y su expresión demostraban que todo el asunto aún la perturbaba. Joyce tomó su mano y la apretó suavemente, y Samuel las vio lamentar en silencio el final que habían tenido dos personas que antes fueron amigos, y amigos de la infancia.

No debía ser nada fácil, habían presenciado y vivido en carne propia el horror que una obsesión podía causar, y esa noche, incluso casi pierden la vida.

Suponía que aquellas lágrimas iban más destinadas a los niños despreocupados que alguna vez fueron, que a los locos asesinos en los que se habían convertido, en especial, Jessica.

Todo había terminado, pero ellas no estaban para nada felices.

—Yo ya puedo irme —dijo Joyce limpiando sus lágrimas y mirando de Catherine a Samuel—. Me iré a casa, pero... si necesitan algo...

—Estamos bien, gracias —contestó Samuel—. Catherine pasará la noche aquí.

—No lo necesito.

—De todos modos, quiero asegurarme. Tú ve a casa y descansa.

—Y, Joyce —intervino Catherine mirando fijamente a su amiga— la próxima vez... no te quedes en el peligro. Sólo huye—. Joyce sonrió.

—No me regañes cuando tú habrías hecho exactamente lo mismo.

—Pero...

—Y lo que te dije allá es real; cómo habría podido seguir mi vida luego de abandonar a mi amiga en medio del peligro? Eres mi hermana, Cath—. Catherine dejó salir el aire meneando su cabeza, pero emocionada por sus palabras. Era verdad; Joyce no era su amiga, era más como una hermana.

—Necesitas una ducha —le dijo arrugando su nariz, y Joyce la miró de reajo, pero Catherine sonrió—. Hueles muy mal.

—Tú también hueles mal.

—Y también yo —dijo Samuel separando la tela de la camisa de su cuerpo. Ya se había quitado el saco, pues estaba muy sucio, pero aún sentía que olía a orines y basura.

—Ve a descansar —le pidió Catherine a Joyce—. Lo necesitas.

—Hay reporteros afuera —suspiró ella.

—Howard te ayudará a escapar de ellos.

—Gracias —dijo Joyce, y luego de despedirse de Catherine, salió de la habitación.

—Va a ser una noticia grande, ésta —dijo Catherine cuando volvió a quedar a solas con Samuel.

—Te harás popular.

—No quiero esa clase de popularidad—. En el momento, la puerta se abrió, y tras ella apareció Laverne luciendo muy pálida, y mirando a Catherine recostada en la camilla—. ¡Mamá! —exclamó Catherine al verla—. ¿Qué haces aquí?

—Yo la llamé —admitió Samuel mirando a una y a otra—. Le conté lo sucedido.

—¿Estás... bien? —preguntó Laverne dando unos pocos pasos al interior de la habitación. Era como si no supiera qué hacer, o qué decir. Como si nunca en la vida hubiese ido a visitar a un enfermo a un hospital, y por lo tanto, no sabía qué palabras usar.

Catherine entendió su indecisión, y apoyó su cabeza en la almohada dejando salir el aire.

—Estoy bien. Sólo es el tobillo...

—Ah... Me... alegre. Quiero decir... —Catherine la vio pestañear varias veces, pero no acudió en su auxilio. Esto que le acababa de ocurrir seguía siendo fruto de sus acciones pasadas—. Me culpas, ¿verdad? —preguntó Laverne en voz baja—. Puedo ver que lo piensas.

—Mamá...

—¿Podrías dejarme a solas con mi hija? —pidió Laverne mirando a Samuel de reajo, no directamente a los ojos. Samuel sonrió.

—De ningún modo—. Laverne lo miró al fin, pero con dureza. Samuel se encogió levemente de hombros.

—Puedes decirme lo que sea delante de Samuel, mamá—. Ella guardó un incómodo silencio, como si le costara mucho decir lo que tenía en mente. Luego, cuando vio que esta batalla también la había perdido, dejó salir el aire e intentó parecer más relajada.

—Yo... creo que... debo decir... que lo siento. Lo siento.

—Lo sientes. ¿Qué cosa, mamá? —Laverne miró con ceño a su hija. Ella debía estar colaborando cuando su madre pedía perdón, pero al parecer, no pensaba ponerle fácil las cosas.

—Tal vez tengas razón, y todo lo sucedido haya sido... mi culpa. Fui... Tú tenías razón. Todavía

puedo recordar cuando me pediste...

—Que no me vendieras —completó Catherine.

Muy tiesa, Laverne dio una cabezada asintiendo a sus palabras. No miraba a Samuel, parecía intentar ignorar que él estaba allí.

—Asociarme con los White fue... el peor negocio que jamás he hecho. Intentar unir nuestras familias a través del matrimonio... la peor idea. Debí confiar en tus instintos y dejarte ser; dejarte elegir al hombre que quisieras. Debí suponer que no había criado a una tonta, y que, de todos modos, elegirías a alguien aceptable que te permitiría seguir viviendo el estilo de vida al que estábamos acostumbradas, que no sería un lastre para que triunfaras, todo lo contrario. Tenías razón. Yo... me equivoqué. Y por eso, lo siento.

Catherine quiso escupirle que no había elegido a Samuel por eso, sino porque lo amaba, pero se detuvo. El amor era un lenguaje que Laverne aún no comprendía del todo, y no estaba lista para esa conversación. Si acaso lo decía, ella sólo diría: “Como sea, tenías razón”. Una pérdida de esfuerzo.

De todos modos, ella, por una vez, estaba bajando la cabeza, al menos metafóricamente hablando, y decía “lo siento”.

Samuel había presenciado escenas mucho más emotivas que esta, pero suponía que no se podía esperar más de Laverne. Tener los ojos brillantes sería lo más cercano a unas lágrimas que Catherine jamás vería. Era ella la que parecía tener deseos de llorar, porque su madre por fin estaba admitiendo sus errores, y además, pedía perdón.

La había llamado con esta finalidad. Le había dicho el nuevo intento de Oliver por matar a Catherine para que se sacudiera un poco, y tal vez lo había conseguido. Lo había dicho de tal manera para que se entendiera que era su obligación de madre hacerse presente en el hospital, y por eso vino. Tal vez debió presionar más, esto le parecía insuficiente.

Si estuviera en la posición de Catherine, pensó Samuel, él la haría sufrir mucho. Él no era tan bueno, ni tan comprensivo, pero Catherine no era así. Estaba seguro de que la perdonaría. Ya lo había hecho aun antes de esta conversación, aunque nunca lo admitiera.

Como muestra, Catherine asintió con un movimiento de cabeza, y así quedó sellado el perdón.

Laverne pareció más relajada entonces, menos como si tuviera un palo en el culo. Miró a Samuel por primera vez a los ojos sin hostilidad.

—Yo cuidaré de ella —contestó él a la silenciosa pregunta que ella le hacía con los ojos. Ella acababa de pedir perdón y de admitir sus errores, pero aún no quería quedarse en un hospital cuidando de su hija.

—Gracias. Entonces... te dejo en buenas manos—. Catherine volvió a asentir, y disimuladamente, Samuel tomó su mano. Catherine la apretó fuertemente. Laverne los miró por última vez, y dando la media vuelta, salió de la habitación.

Al estar de nuevo solos, Catherine cerró sus ojos y dejó salir las lágrimas contenidas.

—¿Es todo... lo que obtendré de ella? —Samuel hizo una mueca.

—Al parecer sí... Pero creo que es un avance. No dejes que te afecte demasiado—. Catherine tragó saliva y se secó las lágrimas. Respiró hondo y volvió a recostarse en las almohadas.

—Las hay peores, supongo —susurró Catherine cerrando sus ojos. Samuel miró sus pestañas aletear suavemente mientras intentaba relajarse para dormir.

Sonrió al pensar en que ella, al contrario, sería una buena madre. Si tenía hijas, velaría porque fueran fuertes, pero también amadas.

Se inclinó a ella y besó su mejilla.

—Descansa, mi amor —susurró—. Mañana volveremos a casa—. Ella asintió con un ruidito y empezó a relajarse al fin.

A la mañana siguiente, Catherine volvió a casa. Samuel la alzó en sus brazos y la llevó hasta la habitación. Harper sostenía la bolsa con medicamentos que le había recetado el doctor e iba tras ellos. Cuando Samuel la depositó en la cama, Harper revisó que las almohadas estuvieran bien puestas y miró a Catherine con muchos interrogantes.

—Estoy bien, sólo es un esguince. En unos días podré volver a lucir mis tacones—. Harper sonrió.

—Pero no podrás moverte.

—Mañana me quedaré en casa todo el día, pero luego podré volver a andar, no te preocupes.

—¿Te duele? —le preguntó Samuel acomodando una almohada bajo su tobillo vendado. Catherine reprimió una mueca. La verdad, es que estaría más de un día inmovilizada, y por semanas tendría que andar en zapatos planos, pero no era tan malo, si tenía a estos dos cuidando de ella.

Además, pudo ser peor, se recordaba siempre.

Anoche, había tenido pesadillas con lo ocurrido. Se vio otra vez en ese callejón, con Jessica muerta muy cerca, y el arma de Oliver apuntando a ellas.

—No, no mucho—. En el momento, Harper encendió la televisión de la habitación, y le pasó a Catherine el mando a distancia para que eligiera qué ver. Luego, le preguntó si quería comer o beber algo, y Catherine se dio cuenta de que decir que no necesitaba nada era una respuesta decepcionante para ella, así que se aseguraba siempre de necesitar algo, aunque fuera sólo una liga para recogerse el cabello.

Las noticias se inundaron con el informe de la muerte de los White, Jessica y Oliver. Salieron a la luz testimonios de algunos pocos testigos y de esta manera terminó de desaparecer el legado de esta familia que una vez fue grande y poderosa. Los padres de Jessica lamentaban la muerte de su hija y juraban odiar a los White debido a ella, y ahora se estaban lanzando de cabeza en la pelea por la custodia del nieto. Audrey, al parecer, tendría que enfrentarlos en la corte.

A Catherine todo aquello la abrumaba. Le parecía muy triste, sobre todo con el niño. Ella sabía lo que era no tener padres, o tener unos muy malos. Pero no podía hacer nada por él.

Joyce fue a verla en la tarde. Sus moratones habían palidecido un poco y la inflamación había bajado. Pasaron la tarde juntas viendo películas en la cama que compartía con Sam, y al final, las dos se habían quedado dormidas con Harper en medio.

Laverne hizo su deber y también fue a ver a su hija, pero toda su conversación giró en torno a lo increíble que era que Samuel hubiese comprado exactamente este apartamento, y se preguntaba si acaso tendrían intención de venderlo.

—No podrías comprarlo de todos modos, mamá —le recordó Catherine, y Laverne guardó silencio a partir de entonces.

Al segundo día, Catherine volvió a sus tareas de empresaria, pero desde su cama. Hacía video

llamadas para dar órdenes y estar al tanto de que se cumplieran. Cuando pudo volver de manera presencial a su empresa, lo hizo acompañada de Harper, que se sentía en una especie de Disney Land por ver de cerca una empresa de maquillaje que ella admiraba mucho. Había esperado algo así como una fábrica de fantasía con muchos brillos y barnices, pero a pesar de que todo eran oficinas comunes y corrientes, no se sintió demasiado decepcionada.

—¿Qué pasó exactamente? —le preguntó Ronald Cooper a Samuel en la mesa de juntas de sus oficinas. Estaban reunidos como siempre que se sentaban a planear su venganza, y ahora la reunión debía ser para celebrar la victoria, sin embargo, ninguno parecía feliz. Todo había desencadenado en dos muertes, después de todo.

Samuel les narró los hechos con todos los detalles que pudo, y cuando quedó claro que Oliver había intentado de nuevo matar a Catherine, y también a él, los mayores menearon su cabeza en señal de desaprobación.

—Eran una amenaza peor de la que imaginábamos. No quiero imaginar qué hubiera pasado donde ese chico quedara a la cabeza de su imperio.

—Y así habría sido si Samuel no aparece. Gracias a ti, esa época de terror cesó, y sin querer, le han cedido el paso a muchas empresas pequeñas.

—Es cierto —sonrió Owen—. Todas esas firmas que estuvieron bajo la sombra de ese imperio están saliendo a la luz. De todos modos, Nvist se repondrá; con las inversiones y propuestas que están recibiendo ahora que los White no la dirigen, será de nuevo una empresa fuerte. He visto que su nuevo gerente tiene una visión muy distinta, así que, Frank, los miles de empleados están a salvo.

—Eso me alivia —contestó Frank con voz pausada, y miró a su hijo—. ¿Está cumplida tu venganza? —Samuel hizo una mueca.

—Sí, papá. Aunque nunca imaginé nada de lo que pasó esa noche.

—Ninguno lo imaginó, pero cuando pienso que tú y Catherine pudieron caer a manos de ese desquiciado, no puedo evitar pensar en que ese loco sólo obtuvo lo que se buscó.

Samuel asintió, y luego de agradecerse unos a otros toda la ayuda durante esta travesía, salieron de la sala. William miró a Samuel, que entendió el mensaje que le enviaba.

Para ellos, las cosas no habían terminado. Sólo que debían tener mucho más cuidado que antes.

Aquella navidad fue especial. La pasaron en familia, convidaron a Joyce para que no estuviera sola, y celebraron todos juntos. Catherine había decidido contratar a alguien para que planeara su boda y se encargara de los detalles más escabrosos mientras ella se dedicaba a hacer crecer su marca.

Pronto lanzarían su primer perfume, una idea de Joyce que había sido bien acogida y que la tendría a ella como líder, razón por la cual se iría a Europa una corta temporada el siguiente año.

—Eh, Frank —saludó William mirando al hombre entrar a su oficina. No había pedido cita, pero Frank era de los pocos que podía presentarse en su trabajo sin una cita previa—¿Qué te trae por aquí?

—Un pajarito me contó que te irías a Italia —contestó Frank con su usual voz tranquila, y

William lo miró elevando una ceja y deteniendo su trabajo. Había estado recogiendo documentos importantes y los metía a un portafolio. En la noche era su vuelo, y debía dejar todo organizado.

—Un pajarito, ¿eh? ¿Se llama Owen, de casualidad?

—Sólo vine a decirte que me iré contigo —aquello sorprendió a William—. Sé que irás a averiguar cosas acerca de esas personas que intentaron matarte hace años. Avanzarás más si me llevas contigo.

—No lo creo, Frank. No voy a ir de paseo, y si algo te pasara, Samuel me...

—Por lo mismo. No va a ser un paseo, y yo sé muy bien a lo que me arriesgo. Samuel no tiene nada que decir al respecto.

—¿Por qué querrías...?

—Porque no sólo se trata del atentado que te hicieron a ti —volvió a interrumpirlo Frank—. Ellos mataron a mi hija—. William llenó su pecho de aire y miró fijamente al hombre ante él.

Tenía que reconocer que gracias a Frank se habían enterado de la verdad al fin; en cierta forma, se lo debía.

—Mi vuelo sale esta noche.

—Tomaré el de mañana.

—¿Samuel lo sabe?

—Se lo diré en su momento.

—¿Dejarás a Harper?

—Será por poco tiempo. Además... Quiero darles un poco de privacidad a mi hijo y su novia. Al menos un tiempo—. William sonrió.

—Entiendo. Prepararé todo para que...

—No tienes que hacerte cargo de mí, Will. Yo me cuido solo. Sólo dame tu nuevo número cuando estés allá, yo me encargaré de contactarte.

—De acuerdo —Frank dio media vuelta dispuesto a salir, pero William lo llamó—. Gracias —le dijo—. No quería hacer esto solo, pero ya no podía convidar a Samuel.

—Entiendo. Nos vemos en Italia—. William sonrió y siguió empacando sus cosas mientras Frank salía.

Samuel y Catherine despidieron a Frank en el aeropuerto. Sabían que se iba para acompañar a William en la nueva búsqueda, pero no podían impedirselo. Esperaban que todo fuera para bien. Los dos eran adultos y sabían cuidarse, pero no podían evitar sentir un poco de intranquilidad.

En esos últimos meses, luego de que William conociera la verdad acerca de la muerte de Cassie, él había cambiado un poco. Pasó de ser un ermitaño a alguien que salía mucho y socializaba más. Asistía a fiestas y él mismo organizaba otras. Samuel, aunque no se lo había preguntado, sabía que todo se debía a una estrategia, que era una fachada, pero se alegraba de que William intentara seguir con su vida, así fuera de mentiras.

Tal vez, entre la simulación y el fingimiento, lograra encontrar su felicidad.

Joyce regresó de Francia, y Catherine se moría por verla. Extrañaba a su mejor amiga, quería conocer de primera mano el aroma del primer perfume de su marca, y se moría por contarle

chismes frescos.

Cuando regresaban del aeropuerto, Catherine la puso al día con todo lo referente a la planeación de su boda. Ya tenían el lugar, la comida, los vestidos de las damas de honor y etcétera.

—No tienes ni cien invitados, ¿cómo es posible que haya que hacer tanto trabajo?

—Ni me lo preguntes —suspiró Catherine—. Cada día me alegra más haber contratado a un experto—. Joyce sonrió, y Catherine la miró de reojo.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—Eh... No particularmente.

—Me estás mirando raro, Cath. ¿Engordé? ¿Adelgacé?

—No, no.

—¿Entonces?

—Es que... No sé si decírtelo. Tal vez ya no te interese.

—¿Qué cosa?

—Christopher Rutherford está soltero otra vez —Joyce abrió un poco sus ojos, pero no se giró a mirarla. Parecía empeñada en mantener su expresión serena, pero Catherine la conocía muy bien.

—Ah... ¿sí?

—Terminó con la doctora. Nadie sabe por qué, pero es verdad, rompieron. La familia de ella está muy molesta, al parecer, ya se imaginaban como parte de los Rutherford.

—Ya veo.

—Así que... Eso, eso te quería decir.

—Gracias por informar —dijo como si nada, y Catherine soltó una risita. Joyce la miró inquisitiva, pero Catherine sólo siguió riendo—. ¿Qué es tan gracioso?

—No lo sé. Oh, Joyce. No lo sé. Pero... ¿Y si...?

—No, no vayas por ahí. “Y si” nada. Ya no soy una chiquilla como para hacerme ilusiones por... De todos modos, Tengo cosas que hacer. El romance no está en mi lista—. Catherine se encogió de hombros. No le creía ni un poco, pero no podía seguir presionando. Al contrario, empezó a hacerle una pregunta tras otra acerca de su tiempo en Francia, y todo su aprendizaje en perfumería.

—¿Tendrás hijos, tía? —le preguntó Harper a Catherine una vez, y ésta casi escupió el agua que segundos antes había bebido. Miró a Joyce, que sonreía disimulada, y se secó el rostro con un pañuelo.

Habían estado jugando un sencillo juego de cartas. Harper había aprendido muy rápido, pero de repente había salido con esta pregunta sacada de la nada.

Catherine la miró y respiró hondo.

—Sí. Algún día.

—¿Cuándo?

—Algún día —repitió Catherine.

—¿Cuándo es “algún día”?

—Es un momento entre mañana y dentro de veinte años —rio Joyce, y Catherine le echó malos ojos.

Con Samuel habían bromeado acerca de los hijos que tendrían, pero no se habían sentado a dialogar el tema como se debía. Había supuesto que lo hablarían luego, pero, ¿y si él quería hijos pronto? ¿Y si le pedía que se embarazara nomás volver de la luna de miel?

Ella quería niños, sí, pero ahora mismo, su empresa requería de todo su esfuerzo y atención.

—Algún día es... el otro año, o el año de más arriba. Dos o tres años más. Mientras tanto, tú seguirás siendo la consentida, no te preocupes.

—Si tienes hijos... ¿yo dejaré de ser tu consentida? —aquello parecía preocuparla de verdad, así que Catherine fue muy sincera. Dejó sus cartas boca abajo sobre la mesa y la miró fijamente.

—No —respondió—. Porque tú, más que mi sobrina, eres mi amiga.

—¿De verdad?

—Ese lugar no te lo quitará nadie.

—¡Gracias! —exclamó la niña, y luego de abrazarla, reveló sus cartas. Ella había ganado.

Se fue de allí celebrando, dejando solas a Joyce y Catherine.

—Tu amiga, ¿eh? —se quejó Joyce mirándola con cara de pocos amigos—. ¡Me has desplazado totalmente! Llevo conociéndote toda mi vida, dándote mi amistad incondicionalmente, ¡y así me pagas!

—No seas tonta, tú eres mi mejor amiga.

—¡Ve! —exclamó Joyce en el tono más dramático que pudo encontrar en su repertorio— Ve y planea tu boda con tu nueva amiga, ve de compras y de tragos con ella—. Catherine se echó a reír por el show de celos.

Aquella noche, en la cama con Samuel, mientras miraban la televisión, Catherine le hizo la pregunta.

—¿Cuándo tendremos nuestros hijos? —aquello pareció alterarlo un poco, pues se enderezó en la cama y la miró serio—. ¿Quieres que sea pronto? ¿O está bien para ti si esperamos un poco?

—al ver la duda en su rostro, Samuel sonrió. Extendió su mano y acarició el hermoso rostro.

—Tú quieres que esperemos —dijo. No fue una pregunta. Catherine dejó salir el aire.

—Es por... Tenemos tanto que hacer... Sí quiero tener tus bebés, es decir... ¿Pero podríamos... esperar un par de años?

—Yo no tengo afán, Cath. Puedo engendrar hijos hasta los ochenta años —aquello la hizo pestañear un poco, y no pudo evitar echarse a reír.

—¿Tendrás la energía?

—Existe el Viagra—. Ahora ella soltó la carcajada, pero luego su sonrisa se borró.

—Si quieres tener hijos a tus ochenta, no va a poder ser conmigo.

—Entonces, depende de ti cuándo los tendremos, ¿no? —Catherine asintió, y sonrió de nuevo cuando él se fue acomodando sobre ella—. Podemos no embarazarnos, pero sí que nos ocuparemos en la actividad que los trae al mundo.

—¿Hasta los ochenta?

—Oh, sí. Compraré un laboratorio de Viagra para asegurarme de que sigan estando a la venta — Catherine volvió a reír, y poco a poco fue quedando totalmente oculta por él y sus besos.

Poco antes de celebrarse la boda, un hombre llegó a las oficinas de Samuel pidiendo una cita con él. Como era lo natural, le costó conseguirla. No fue sino hasta que dijo que era un viejo amigo de Altoona, y que conocía muy bien a Cassie, que lo pudo conseguir.

Samuel estaba intrigado, y miró al hombre fijamente desde que traspasó las puertas de su oficina. Vestía ropa casual, barata y desgastada, era rubio, de ojos azules, de alta estatura y barba descuidada.

—Mi nombre es Jerry Anderson —dijo con una media sonrisa que Samuel odió. Pero no dijo nada, sólo lo observó en un mortal silencio—. Y soy... —el hombre carraspeó—. Soy el padre de Harper—. Samuel siguió sin decir nada, y ahora, sólo entrecerró sus ojos sin quitar la mirada de encima de este individuo.

Como él seguía en silencio, el hombre empezó a ponerse nervioso.

—Tú eres... Samuel Slater, ¿no? El hermano mayor de Cassie.

—No —respondió él, y el hombre frunció el ceño.

—¿No? Me dijeron que lo eres. Llevas el apellido, y Cassie me llegó a hablar de ti.

—No soy su hermano mayor. Éramos mellizos, ella nació primero.

—Ah...

—¿Quién te dijo cómo encontrarme? —El hombre apretó levemente sus labios, lo que le indicó a Samuel que no quería decirlo, y esa fue una respuesta en sí.

Dejó salir el aire entre los dientes y se puso en pie acercándose al recién llegado.

—Mi hermana murió hace seis años —El hombre asintió—. Entonces, lo sabías.

—Eh... sí.

—Un poco tarde para las condolencias, ¿no? De todos modos, no las necesito de un desconocido. Ya puedes irte.

—No vine sólo a darte mis condolencias —dijo Jerry Anderson—. Sólo quiero conocer a mi hija —. Samuel se quedó totalmente quieto al oír aquello. Un músculo latió en su mejilla, y lentamente, se giró a mirarlo.

Su mirada y su gesto eran tan ominosos, que el hombre tuvo que dar un paso atrás.

—No —dijo con voz terriblemente suave—, tú no quieres conocerla. Sólo vienes a ver qué provecho puedes sacar de la situación.

—Harper... tiene derecho a conocer a su padre —titubeó el hombre, y Samuel se acercó otro paso a él con el mismo gesto intimidatorio.

—¿“Derecho”? ¿Te atreves a hablar de derechos?

—Soy... el padre biológico.

—No eres nada. Renunciaste a todo derecho cuando mi hermana te anunció su embarazo y tú te hiciste el sordo. No quiero siquiera imaginar cuáles fueron tus excusas; no dudo que fueron todas patéticas, pero mágicamente, casi nueve años después, te apareces y reclamas tu paternidad. ¡Qué casualidad!

—Yo...

—Es tan ridículo que te presentes ante mí. ¿Qué esperabas que sucedería? ¿En realidad eres tan idiota? —El hombre apretó sus dientes y lo miró elevando su mentón.

—Sólo quería ser parte de su vida —dijo—. Conocerla. Pero está bien, hablaré con un abogado.

—Adelante —lo invitó Samuel con media sonrisa—. Lo estaré esperando—. El hombre, viendo que hoy no conseguiría nada, apretó sus dientes, dio la media vuelta y salió.

Sin pérdida de tiempo, Samuel tomó el teléfono, y luego de dejarle un mensaje a su padre y contarle a Catherine, llamó a sus abogados.

—Pero... ¿por qué hasta ahora? —preguntó Catherine ya en la noche, escuchando lo que Samuel le contaba. Harper ya dormía, y por eso hablaban con cierta normalidad.

—Para mí sólo hay una respuesta: ahora tengo dinero. El fideicomiso de Harper es atractivo; aunque su monto no lo conoce nadie, es fácil de deducir—. Catherine meneó su cabeza negando—. Harper estuvo a su alcance por dos años, los dos años que vivió en Altoona, y en ningún momento él mostró arrepentimiento ni la buscó. Es muy sospechoso que hasta ahora quiera aparecerse.

—¿Cómo se enteró de ti y tu fortuna? —Samuel hizo una mueca.

—Le contaron de mí. Tengo una idea de quién fue—. Catherine lo miró interrogante—. Susan, la antigua vecina. No consiguió nada cuando vino, y parecía empeñada. Incluso se atrevió a lastimar a Harper. No me sorprendería que haya sido ella quien lo buscara y le contara todo acerca de nuestra nueva situación.

—Pero, ¿qué ganaría ella con eso?

—Quién sabe. No puedo siquiera imaginar cómo funciona su mente—. Samuel se pasó la mano por los cabellos muy molesto—. Podría simplemente darle dinero, que seguramente es lo que quiere, y alejarlo.

—No —lo atajó Catherine muy seria—. Si le das dinero, volverá, y lo hará con amenazas. Harper un día crecerá, se hará una mujer, y alguien podría hacerle creer que alejaste a su padre con dinero, mentiras, e intrigas. Esto podría volverse contra ti.

—Entonces... ¿qué hago? Diablos. Sabía que esto algún día pasaría, pero no esperé que fuera tan pronto.

—Déjalo en manos de los abogados. Cuando Harper se haga adulta, ella decidirá si quiere conocer o no a su padre. Por ahora, y ya que la decisión te corresponde a ti, haz lo que es mejor para ella—. Samuel asintió ante las palabras de su novia, y tomó su mano agradeciéndolas.

Pero no fue necesario entrar a pleito. Era evidente que Jerry Anderson sólo quería algo de dinero, y no iba a invertir en abogados. Cuando vio que no podría conseguir nada, empezó a acechar a la niña, pero Harper nunca salía sola a ningún sitio, así que sus posibilidades de hablar con ella eran prácticamente nulas.

Samuel tuvo que soportar la situación por unas semanas, y luego de eso, Jerry Anderson simplemente desapareció.

Algún día tendría que contarle la verdad a Harper, algún día le revelaría el nombre de su padre biológico, por ahora, prefería no interrumpir la feliz niñez que estaba llevando, ni la tranquilidad de su vida.

La boda se llevó a cabo sencilla y modesta para Samuel y Catherine. Pocos invitados, pero hermosa celebración.

Esta vez, la familia de Catherine asistió al completo. La tía Janice, su esposo y sus hijos, los amigos del trabajo, y otros pocos más, entre ellos, los Walton y Ronald Cooper.

Frank y William vinieron especialmente para asistir a la boda, y Frank planeaba quedarse las dos semanas de la luna de miel de la pareja para pasarlo con su nieta.

Janice no se podía creer lo hermosa que estaba Catherine, y lo guapo que era el novio.

—¿Por él fue que lloraste una semana entera encerrada en la habitación de Nathalie? —le preguntó la tía Janice a Catherine, y ésta sólo frunció su ceño un poco avergonzada.

Pero era cierto. Había llorado una semana entera, encerrada en una habitación, por él.

—Sí —admitió Catherine sintiéndose acalorada. Janice se abanicó el rostro con su mano.

—¡Yo hubiera llorado un mes entero! —exclamó, y Catherine se echó a reír.

Increíblemente, Christopher Rutherford estaba entre los invitados a la boda, y al verlo, la más sorprendida fue Joyce. Enseguida corrió hacia su amiga para preguntarle por qué estaba aquí, si ella había tenido algo que ver.

—No —contestó Catherine con inocencia—. Invitamos a su padre, no a él. Samuel y él son socios en algunos negocios, y se llevan bien. ¿Jason Rutherford está con él?

—Está solo. ¡Está solo!

—Claro que está solo. Recuerda que te dije que rompió con la doctora.

—¡No me refiero a eso! ¿Quién viene solo a una boda? —Catherine sonrió.

—Tal vez venga dispuesto a conquistar a la dama de honor.

—¡No digas tonterías!

—De acuerdo —volvió a sonreír Catherine.

Pronto dio inicio a la ceremonia. El jardín donde se celebraba estaba especialmente hermoso, y la tarde pintó el cielo de múltiples colores. Al desfilar hacia el arco donde la esperaba Samuel y el hombre de ley que los casaría, Catherine no pudo evitar sentirse supremamente agradecida.

Hoy dejaría sentado, ante Dios y los hombres, que era la señora Slater, la amante esposa de ese

hombre que la esperaba con su traje negro y sonrisa franca. La dueña de su corazón y sus calzones.

La vida con él, hasta ahora, había sido divertida, hermosa, y placentera. En los meses que compartieron en la misma casa, aprendió mucho de él, y volvió a enamorarse, y a felicitarse a sí misma por haber tenido tan buen ojo al elegirlo a él.

Era fácil vivir con Samuel, él era fácil de tratar. En los asuntos en que no estaban de acuerdo, siempre lo solucionaban con el diálogo y los acuerdos.

Ah, quería pasar el resto de su vida con él. Y eso iba a hacer, si todo salía bien.

Miró al cielo elevando una oración.

Por favor, que todo salga bien.

Cuando llegó a su lado, él le sonrió, y ella devolvió la sonrisa.

¡Amaba tanto a este hombre!

—Estás preciosa —susurró él, y ella se embelesó mirando esos ojos, que no paraban de llamear.

Ella se aseguraría de que ese fuego siguiera allí por siempre, su mayor deseo era que nunca dejara de mirarla así.

Hicieron los votos, firmaron los papeles, intercambiaron anillos... Y así, sin más ni más, estuvieron casados.

Samuel la acercó para besarla, y ella le rodeó el cuello con sus brazos feliz, absolutamente feliz.

—Ella será feliz —le dijo Frank a Laverne. La mujer no había sonreído más que lo necesario durante la fiesta de bodas. De alguna manera, parecía que no aprobaba esta unión, lo que intrigaba a Frank.

—Lo sé —fue la parca respuesta de ella. A veces le molestaba un poco que este hombre le hablara de igual a igual, pero era el único que le ponía conversación, así que estaba sola.

—Entonces... ¿por qué la preocupación? —Laverne pestañeó sin mirarlo.

No podía decirle lo que en verdad pensaba, que ella no creía en el amor de los hombres, y que desde que su hija le dijera que se casaría, había pensado que todo algún día terminaría.

Incluso había sugerido la idea de que se casaran por bienes separados.

—¿Qué estás tratando de decir, mamá? —fue la respuesta indignada de Catherine.

—Tienes que poner a salvo tus bienes.

—¿Insinúas que algún día me separaré? ¿O es lo que estás deseando secretamente?

—Lo desee o no, siempre hay riesgo de que pase. El divorcio siempre será una posibilidad.

—¡No para mí! —le gritó Catherine roja de la indignación, y Laverne la miró sorprendida—. No para mí, y tan segura estoy, que no, no te haré caso ni sugeriré la separación de bienes. Creí que habías cambiado, pero ya veo que sólo estuviste fingiendo todo este tiempo.

—Catherine...

—Adiós, mamá. Sólo venía a avisarte de la fecha de bodas, aunque no me sorprendería si no vas —. Y luego de eso, ella había tirado la puerta y no la volvió a llamar.

Qué tonta era su hija.

Luego suspiró. Tal vez era mejor si no firmaba la separación de bienes; si acaso algún día se divorciaban, Catherine saldría ganando, pues Slater era mucho más rico que ella.

Vio a la pareja bailando, ensimismados, totalmente absortos el uno en el otro, y su corazón dolió. Por primera vez en su vida deseó de todo corazón que esto de verdad funcionara, que su hija fuera feliz, pero absolutamente feliz.

Ella ya lo es, pensó entonces, cuando lanzó el ramo y le cayó a Joyce en el regazo. Ella ya lo es. Era una lástima que no tuviera el valor para decírselo, para que dejara de odiarla un poco.

Samuel y Catherine pasaron la noche de bodas en la suite de un hotel, y allí, señor y señora Slater hicieron por primera vez el amor... como personas casadas.

Pero fue más una noche de risas y anécdotas que de sexo y lujuria. Algo extraño. Catherine le contaba a Samuel todas las peripecias sufridas durante la organización de la boda y el desarrollo de la fiesta, y Samuel le contaba todo lo que había tenido que hacer para dejar las oficinas durante las semanas de la luna de miel. Harper había arreglado sus maletas asumiendo que viajaría con ellos, y tristemente tuvo que decirle que no sería así.

—Tendremos que organizar algo luego con ella —dijo Catherine recostándose en su abdomen, totalmente relajada y saciada.

—Sí —suspiró Samuel—. Siento que iniciamos este matrimonio ya con hijos a bordo—. Catherine sonrió.

—Y así es, en cierta forma.

—Tu tía es muy agradable —comentó Samuel tomando la mano de ella y jugueteando con sus dedos, besándolos y acariciándolos—. Deberíamos invitarla a pasar con nosotros alguna temporada.

—¿De verdad?

—Sí.

—Oh, mi mamá va a odiar eso... ¡Hagámoslo! —Samuel se echó a reír—. Por cierto, ¿por qué Christopher Rutherford asistió a la boda en vez de su padre? —Samuel hizo una mueca.

—Creo que Jason tuvo que hacer un viaje de emergencia y le pidió que fuera en su lugar.

—Oh.

—¿No te agrada el hijo?

—No es eso... ¿Qué piensas tú de él?

—Lo he tratado muy poco, pero es agradable —contestó Samuel, preguntándose por qué el interés de su esposa en este hombre—. Lo quieres para Joyce, ¿no es así? —Catherine sólo reprimió una sonrisa.

No le dijo que se trataba más que de eso. A pesar de todo lo que una novia tenía que hacer durante su boda, la cantidad de fotos, saludos, abrazos, y la atención que debía prestarle al novio, pudo darse cuenta de que Christopher y Joyce bailaron por lo menos dos piezas, y que luego estuvieron largo rato sentados a la misma mesa hablando.

Tal vez estuvieran juntos ahora mismo, sonrió secretamente.

Dejó salir un leve chillido cuando Samuel tomó su cintura y la acomodó sobre él en la cama.

Catherine pestañeó varias veces sorprendida, pero enseguida entró en situación.

—Deja de pensar en los demás, esta noche eres solo mía —Catherine sonrió.

—Ya lo sé —dijo, y se inclinó a él para besar su boca.

—Mía para siempre —le dijo entre besos.

Catherine sonrió, y esta vez el fuego del deseo llameó en sus ojos.

Lo besó profundamente, ardientemente, tal como el amor de su vida merecía ser besado, y recibió de él la misma respuesta.

Fin.

Epílogo

Un año después...

—No te pongas así, no es para tanto —le pidió Catherine a Samuel inclinándose en el espejo inspeccionando su maquillaje. Estaba perfecto, comprobó, y acto seguido, se dirigió a su alhajero para seleccionar los diamantes que mejor le iban a su atuendo.

—No me agrada la idea —refunfuñó Samuel tras ella, trabajando en el nudo de su corbata.

—Un reinado de belleza no la va a volver plástica y materialista. Yo no me volví así —Samuel la miró de reojo—. Bueno, un poco, pero yo no tenía a nadie que me guiara y me corrigiera. Déjala participar. Harper recordará esto como una aventura más.

—Está muy pequeña. ¡Sólo tiene diez! —Catherine sonrió.

—Todas las otras participantes tienen diez también.

—No lo sé—. Catherine suspiró, y luego de aplicarse perfume, se giró a él y le ayudó con la corbata.

—Qué bien luces —susurró buscando distraerlo del tema, y fue efectivo, pues Samuel enseguida cambió su mirada.

—Tú estás espectacular.

—Lo sé. Es tan difícil controlar mi belleza para que no se desborde. No quisiera opacar a la novia, pero teniéndote a mi lado, yo sólo brillo más—. Samuel se echó a reír. Adoraba a esta mujer, definitivamente.

—No creo que Joyce espere que apagues tu brillo para poder resaltar ella—. Catherine suspiró.

—Ella sí es la chica más hermosa que he conocido. Nadie la opaca fácilmente. Bajemos ya, la pobre debe estar desesperada.

—La dejaste hace sólo una hora —comentó Samuel buscando su teléfono y billetera. Vio que tenía un mensaje de William y lo revisó. Era una fotografía suya en alguna discoteca de Milán. No iba solo, andaba con Frank. En el fondo, se podía ver a una bailarina exótica mostrando sus curvas. Meneó la cabeza negando y envió una respuesta.

Catherine metió en su diminuto bolso algunas cosas e inspeccionó su peinado con manos delicadas.

—No sabes lo histéricas que nos podemos volver algunas novias.

—En nuestra boda, tú no estabas histérica.

—Porque me tomé un té de marihuana.

—¿Qué? —Catherine se echó a reír, y enderezando su espalda, tomó el brazo que Samuel le ofrecía y salieron de la habitación.

Joyce se casaba esta tarde, y había sido Catherine quien más la había ayudado en todo el proceso.

Ya no era ni sombra de la chica atribulada que una vez fue, Joyce brillaba por toda la felicidad que había recibido y vivido el último año. Catherine estaba absolutamente feliz por ella, y agradecida con el novio.

Nadie la iba a entregar al altar, pero no importaba.

Catherine llegó al lugar de la ceremonia del brazo de su marido, y luego de recibir algunos saludos, se separó de él para buscar a Joyce, que caminaba de un lado a otro muy nerviosa. Lástima que no tuviera té de marihuana aquí, sonrió.

—Una copa de vino para la novia —pidió Catherine, pero Joyce abrió grandes los ojos.

—No, no. Nada de licor.

—¿Por qué no?

—Pues... No quiero estar ebria en mi boda.

—Una copa no te pondrá ebria.

—No importa —Catherine la miró entrecerrando sus ojos.

—Está bien, como quieras —dijo, dejándolo pasar—. Ya casi es la hora —canturreó.

—Debimos simplemente escapar a las Vegas y casarnos allí. Todavía tenemos tiempo. Usemos el avión de tu marido. He oído que esas iglesias están abiertas hasta el amanecer —Catherine se echó a reír.

—Ya es tarde. Lo peor ya pasó, ahora sólo queda que disfrutes tu boda—. Joyce se sentó, y Catherine ayudó con su faldón para que no se arrugara.

—Voy a casarme, Cath.

—Así es—. Joyce sonrió, y acomodando su vestido, respiró hondo mirando hacia la salida.

Hoy empezaba su nueva vida.

Otros libros de Virginia Camacho

Ámame tú

Yo no te olvidaré

Rosas para Emilia

Un verdadero caballero

Tu silencio (Saga Tu silencio No. 1)

Tus secretos (Saga Tu silencio No. 2)

Mi placer (Saga Tu silencio No. 3)

Tu deseo (Saga Tu silencio No. 4)

Tu ilusión (Saga Tu silencio No. 5)

Dulce renuncia (Saga Dulce No. 1)

Dulce destino (Saga Dulce No. 2)

Dulce verdad (Saga Dulce No. 3)

Un príncipe en construcción (Saga Príncipes No. 1)

Un ogro en rehabilitación (Saga Príncipes No. 2)

Un rey sin redención. (Saga Príncipes No. 3)

Locura de amor (Saga Locura No. 1)

Secreto de amor (Saga Locura No. 2)

Anhelo de amor (Saga Locura No. 3)

Biografía de la autora

Virginia Camacho nació en Colombia, en la ciudad turística de Cartagena de Indias en el año 1982.

Desde adolescente escribió historias de amor, leyéndoselas en voz alta a sus familiares y amigas, hasta que alguien la convenció de que lo hiciera de manera más pública y profesional.

Estudió Literatura en la Universidad del Valle, y actualmente es maestra en la asignatura de Lenguaje; vive en Bucaramanga, Colombia, y además de leer y viajar por el país en busca de ideas e inspiración, escribe sin cansancio con la idea de sacar a la luz pública todas las historias que tiene en su haber.